

Simón Bolívar


Gerhard Masur



Bogotá, D. C., 2008

2ª Edición Fica, 25 de septiembre de 2008,
a los 180 años de la noche septembrina.

Título del original inglés: Simón Bolívar
Traducción: Pedro Martín de la Cámara

©  Fundación para la Investigación y la Cultura
Cali · Bucaramanga · Bogotá
Correo: fundafica@gmail.com
www.cronicon.net/fica/index.html




BIBLIOTECA BOLIVARIANA PARA EL TERCER MILENIO

Portada: “El Bolívar Iluminado”
Técnica Plumilla y aguado. Por Alberto Tejada.
Especial para la presente edición

Dibujo de Indoamérica más que un sueño
de Jairán Sánchez

Coordinación editorial:
Gerardo Rivas Moreno

Diagramación e impresión:
 Tel. 751 92 96
luarltda@yahoo.com

ISBN: 958-9091-59-8

Hecho en Colombia
Septiembre de 2008

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| PREFACIO | 9 |
| RECONOCIMIENTOS | 13 |
| Primera Parte | |
| HOMBRE DE AMBICIÓN | 15 |
| I AMBIENTE | 17 |
| II JUVENTUD | 39 |
| III EL VOTO DE MONTE SACRO | 55 |
| IV FRANCISCO DE MIRANDA Y LA POLÍTICA DE LAS GRANDES POTENCIAS | 70 |
| V EL ALBA DE LA REVOLUCIÓN | 87 |
| VI UNA MISIÓN A LONDRES | 102 |
| VII LA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA | 114 |
| VIII LA PRIMERA REPÚBLICA | 123 |
| Segunda parte | |
| HOMBRE DE LIBERTAD | 147 |
| IX MANIFIESTO DE CARTAGENA | 149 |
| X EL LIBERTADOR | 162 |
| XI EL DICTADOR | 173 |
| XII REBELIÓN DE LOS LLANOS | 186 |
| XIII 1814 | 197 |
| XIV ¡VIVAN LAS CADENAS! | 213 |
| XV LA CARTA DE JAMAICA | 225 |
| XVI DE CAYO EN CAYO | 246 |
| XVII PIAR Y PÁEZ | 262 |
| Tercera parte | |
| HOMBRE DE GLORIA | 289 |
| XVIII LA LEGIÓN EXTRANJERA | 291 |
| XIX EL CONGRESO DE ANGOSTURA | 306 |
| XX LIBERACIÓN DE NUEVA GRANADA | 320 |
| XXI LA GRAN REPÚBLICA COLOMBIANA | 340 |

| | | |
|--------------|---|-----|
| XXII | ARMISTICIO | 357 |
| XXIII | LA LIBERACIÓN DE VENEZUELA | 372 |
| XXIV | EL HIJO PREDILECTO | 389 |
| XXV | LA CONFERENCIA DE GUAYAQUIL | 407 |
| XXVI | INTERMEDIO | 428 |
| XXVII | JUNÍN Y AYACUCHO | 441 |
| XXVIII | BOLIVIA | 469 |
| XXIX | ¿SIMÓN I ? | 490 |
| XXX | LA LIGA DE LAS NACIONES DE AMÉRICA DEL SUR | 502 |
| Cuarta parte | | |
| | HOMBRE DE PESARES | 517 |
| XXXI | PÁEZ Y SANTANDER | 519 |
| XXXII | LA NOCHE DEL 25 DE SEPTIEMBRE | 541 |
| XXXIII | DESINTEGRACIÓN DE LA GRAN COLOMBIA | 563 |
| XXXIV | MUERTE Y TRANSFIGURACIÓN | 588 |

*A la memoria de mi madre,
Frieda Strassmann Masur*

PREFACIO

El otoño de 1935 crucé la frontera en dirección a Suiza, resuelto a no volver a mi Alemania natal hasta que dejara de ondear la insignia de la cruz svástica.

Mientras buscaba una nueva esfera de actividad, oí que el gobierno colombiano planeaba invitar a un grupo de intelectuales alemanes para ir a su país. En tanto esperaba al embajador en la Embajada colombiana en Ginebra, reparé en un retrato de Simón Bolívar. Entonces sabía de él tan poco como la mayoría de los europeos. Pero en ese momento supe que, de llegar a Colombia, me vería obligado a escribir la historia de su vida.

Alguna vez dijo Carlyle que Bolívar fue un Ulises cuya odisea era conveniente referir, siempre que hubiese un Homero capaz de desarrollar la narración. Mis pretensiones no son tantas. Pero no hay duda de que requiere trabajo relatar la vida de Bolívar. Si hubiera sospechado las dificultades que tuve que superar al principio, me habría faltado coraje. No fue como cuando hay una biografía verdaderamente satisfactoria a la que remitirse; y los trabajos antiguos ya no son adecuados. Ludwig y otros como él apenas si pueden considerarse auténticos o profundos en su enfoque. Les falta el ambiente: el estudio del país, del pueblo, de su modo de vida. Con todo esto tuvo que luchar Bolívar, y esto contribuyó fundamentalmente a su grandeza y a su tragedia.

Se me proporcionó la oportunidad de descubrir estas circunstancias tan a fondo como puede hacerlo un europeo. Pero no pude prever la cantidad casi inagotable de material histórico que tendría que vadear; las cartas, los memoriales, los discursos y las proclamas de Bolívar; la correspondencia oficial, las resoluciones de gabinete y los instrumentos de gobierno; para no hablar de los diarios, las memorias y el torrente de documentos históricos que crecían cada día.

A veces me sentía perdido en ese mar de tinta como un marinero náufrago en el Pacífico. Alternativamente maldije la ligereza con que me había embarcado en esta aventura y la obstinación que me ligaba a ella. Pero de manera gradual se fue disipando la niebla y tomó forma el panorama histórico. Fue ésta una extraña tarea que me asigné; ella me hizo soportable la soledad de mi exilio y me condujo a través de la oscuridad de los años de guerra.

Después de haber expuesto mi propósito al escribir el libro y lo que me condujo a ello, me queda decir por qué, en mi opinión, nadie emprendió la tarea antes que yo.

Aunque hoy estamos en posesión de los documentos más importantes sobre Bolívar y todo el movimiento emancipador sudamericano, hasta ahora este material ha sido escasamente asimilado. Sólo hay una manera en que esto puede lograrse: por los métodos críticos realistas, que desarrollaron los historiadores europeos desde Tucídides hasta Ranke y Taine, pero que sólo se aceptan en forma parcial en Sudamérica. Algunos sí aplican estos métodos, pero, para la mayoría de los escritores, la historia es únicamente una parte esencial del desenvolvimiento nacional; la fábula es más importante que la investigación, la leyenda que el análisis y la anécdota más interesante que la interpretación. No es mi intención criticar esta actitud, inevitable en el desarrollo de las naciones jóvenes. Pero los monumentos en las plazas públicas tiene una pátina tan gruesa que a menudo es difícil reconocer la forma que está debajo. La figura de Bolívar creció en Sudamérica como un dios para unos y como un destino fatal para otros. Las pasiones del nacionalismo y la parcialidad política impiden apreciar su estatura con justicia. El mismo Bolívar dice: “Para juzgar a las revoluciones y a sus jefes, debemos observarlos desde cerca y juzgarlos desde muy lejos.”

Antes nunca tuve conciencia del abismo que separa a los hechos y acontecimientos verdaderos de lo que llamamos historia. Es imposible relatar sólo “lo que verdaderamente ocurrió”. El historiador elige los acontecimientos que le parecen más importantes y los ordena hasta formar un cuadro completo. Su criterio no es y no debe ser puramente científico; debe ser también sugestivo y artístico. De otro modo, queda sumergido en los hechos y es, cuando mucho, un cronista.

Sin embargo, forzosamente se han de descuidar algunos aspectos de la vida de Bolívar; éste puede estudiarse desde muchos ángulos; militar, diplomático y literario, y cada faceta proporciona material para volúmenes enteros. Pero el biógrafo debe ordenar los hechos en torno al corazón del individuo, porque sólo así puede apreciar la estructura íntegra a partir de la cual todos los demás aspectos cobran forma.

Bolívar se me aparece como una de las principales figuras del siglo XIX y como una de las personalidades más grandes de todos los tiempos. Hay ciertos principios por los que vivió y en los que yo también creo: la libertad es un valor en sí misma; que es mejor morir por la libertad que vivir en la esclavitud; que la organización política de la libertad tiene su expresión en la democracia, pero que la democracia debe hallar el equilibrio entre las exigencias de la libertad y las de la estabilidad y la eficacia, o se producirá la anarquía; que los problemas internacionales

deben encontrar su solución en una liga de pueblos libres que resista la agresión con la fuerza de las armas y dirima las controversias entre sus miembros a través de un tribunal de justicia. Esta es la esencia del credo político del Bolívar. Su significado para nuestra propia época parece evidente.

Tengo conciencia de la grandeza de Bolívar, pero no lo he descrito como un individuo infalible. “No pertenecen a la historia ni la falsedad ni la exageración, sino tan sólo la verdad”, dijo el Libertador. Y teniendo en cuenta estas palabras he tratado de reseñar su vida y su obra.

G.M., 6 de junio de 1946

RECONOCIMIENTOS

El autor desea dejar constancia de su reconocimiento a la Fundación Rockefeller por las generosas subvenciones que le permitieron continuar, en Bogotá, Caracas, Washington y Nueva York, durante los años que van de 1945 a 1947, la investigación de la vida de Simón Bolívar que comenzara en 1941. El doctor D.H. Stevens, el profesor William Verrien y el doctor John Marshall han seguido el desarrollo del libro con provechosa comprensión. También ha colaborado mucho la comisión Americana para los Eruditos Emigrados en Nueva York.

Asimismo desea expresar su gratitud a las muchas personas e instituciones cuyo interés y cooperación fueron de incalculable valor para el progreso de este tratado: a los bibliotecarios de la Escuela Normal Superior de Bogotá, del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, del Banco de la República, de la Biblioteca Nacional y del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bogotá; a los bibliotecarios y al personal de la Academia Nacional, del Archivo de Bolívar y de la Biblioteca nacional de Caracas; al señor Lewis Hanke, de la Biblioteca del Congreso, y al bibliotecario y al personal de la Unión Panamericana en Washington.

Muchos sudamericanos han colaborado con sugerencias y consejos. El autor agradece especialmente al señor Vicente Lecuna, de Caracas, el permiso para reproducir el mapa por él diseñado, muchas conversaciones interesantes e instructivas, y su simpatía y aliento constantes. También queda en deuda con los señores Sanín Cano, Guillermo Hernández de Alba, los difuntos Guillermo Valencia y Raimundo Rivas, Favio y Carlos Lozano y Lozano, y monseñor J.V. Castro Silva, todos de Bogotá, Colombia. Entre otros amigos en Caracas, J. Nucete Sardi y monseñor N. Navarro fueron quienes más colaboración prestaron.

El autor queda muy agradecido a la señora Beatrice Winokur por sus altruistas esfuerzos para traducir al inglés la mayor parte del manuscrito alemán. La señora Patricia Fox preparó el primer tercio del material para su publicación. La señora Helen Gaylord Knapp revisó los capítulos restantes; su labor y su constante interés han sido de inestimable valor para el autor. La doctora Dorothy Woodward, de la Universidad de Nuevo México, ha prestado valiosa ayuda al revisar el manuscrito.

Todo error de hecho que pueda encontrarse es del propio autor.

Sweet Briar, Virginia, febrero de 1948

Gerhard Masur

Primera Parte

HOMBRE DE AMBICIÓN

AMBIENTE

América no fue descubierta. América fue conquistada. Cuando la gente de Europa, en su expansión por la faz de la tierra, conquistó este continente palmo a palmo, los agujones de la avaricia y de la aventura y el ansia de poder prevalecieron sobre los motivos más elevados que pudieron haber conducido al descubrimiento de América. América fue conquistada antes de descubierta; la dominación precedió a la comprensión.¹

¿Es coincidencia que Cristóbal Colón jamás pasase más allá de la costa sin adentrarse en suelo americano? Hoy parece casi simbólico que, rodeado por paisanos ciegos y equivocados, muriese en la desesperación, ignorante de su propia hazaña.

Sólo en la figura de Colón, resplandeciente en medio de la primera generación de conquistadores y aventureros, de piratas y buscadores de oro, se dan las características de un descubridor. Paul Claudel compara el genio de Colón con un espejo que por un lado brilla a la luz y por el otro tiene moho y rayaduras. En él y en su derredor todo es misterioso, oculto bajo un velo que él mismo confeccionó y al que se aferraba desesperadamente.² ¿Era genovés, español o judío? ¿Pirata, marino o geógrafo? ¿Genio diletante o estafador favorecido por la fortuna? Quizás fue todo esto, pero tan enredado en un intrincado nudo del destino que los hilos no podían ya separarse. Cuando llegó su gran momento, ya encontramos en él los rasgos que iban a constituir el retrato final: los ojos de un investigador y la imaginación de un soñador; la frente de un profeta y las manos de un usurero.

El suyo fue un descubrimiento, aunque distinto de sus propios deseos e ilusiones. Aunque existía en él el afán de riqueza, no fue esto lo único que lo estimuló, porque un misticismo definido aparece en sus cartas y papeles.

Cuando llegó a la lejana tierra de sus sueños, vio en ella el cumplimiento de las Sagradas Escrituras y la promesa del Espíritu Santo, y cuando

1 G. Arciniegas: "El sentido de los descubrimientos", en *Prosistas y poetas bogotanos*, pág. 401. Bogotá. 1938.

2 S. de Madariaga: *Cristóbal Colón*. Buenos Aires, 1940. G. Friderici: *Der Charakter der Entdeckung und Eoberung Amerikas*, Stuttgart. 1925. H. Vignaud: *Etudies critiques sur la vie de Colón*. Paris, 1905. S. Ruge: *Kolumbus*, Berlín, 1902. S. Morrison: *Admiral of the Ocean Sea*. Boston, 1942.

alcanzó las frescas aguas del Orinoco creyó que entraba en un paraíso perdido.³

Pero Colón no fue lo bastante fuerte para ganar y conservar una parcela de la tierra. La dirección de su vigorosa empresa pasó con demasiada rapidez a manos de los que buscaban su engrandecimiento personal. Así, América fue conquistada antes que descubierta, esclavizada antes que reconocida, ordenada y reglamentada antes que comprendida. Fue necesario un redescubrimiento —y una nueva perspectiva de este redescubrimiento— y en él Simón Bolívar desempeñó el papel de Colón. Más de trescientos años separaron al buscador europeo del genio americano; trescientos años de conquista, saqueo y esclavitud; pero por fin siguió un período de crecimiento y formación, durante el cual las fuerzas del país se combinaron y las energías se unieron. No fue sino a comienzos del siglo XIX cuando Sudamérica volvió a ganar su identidad.

Medio siglo después de que Colón destruyera los conceptos de la Edad Media y estableciera una cabecera de puente en el suelo americano, los conquistadores habían tomado posesión del continente —del Río Grande al Río de la Plata y del Atlántico al Pacífico⁴— para las colonias de Castilla y Aragón.

España dio al nuevo continente lo que tenía de mejor y de peor. Hubo grandes condotieros, como Cortés; eruditos, como Jiménez de Quesada, y monjes pendencieros, como Fernando de Luque por un lado, con Pizarro y Benalcázar y su secuencia de aventureros sedientos de sangre y oro en las filas del otro. Hubo quienes por una u otra razón no deseaban ya respirar el aire de su tierra nativa: herejes o criminales para los que la vida no tenía mayor importancia y que no le pedían otra cosa que la que podía contener una breve hora de dolor o de placer. Pero hubo

3 A. von Humboldt: Examen critique de l'histoire de la géographie du nouveau continent. París, 1836.

4 R. Levene: *Historia de América*, vols. I-VII. Buenos Aires, 1940. L. Ulloa Cisneros: *Historia Universal*. editada por el Instituto Gallarch. Vol. VI; América, Barcelona, 1932. C. Pereyra *Historia de la América Española*. Madrid, 1924. R. Altamirano: *Historia de España y de la Civilización española*, vol. VI. Barcelona, 1911. E. Gorhein: *Staad und Gesellschaft im Zeitalter der Gegenreformation*. Munich, 1922. L. Halphen y Ph. Sagnac: *Peuples et Civilisations*, vols. VIII, IX y X. París, 1929-1935. R. Bigelor Merriman: *The Rise of the Spanish Empire*, vols. I-IV, Nueva York, 1936. A. Rein: *Die Vedeutung der iberseeischen Ausdehnung fur das europaische Staatensystem*. His Zeitschr. Vol. CXXXVII.

también quienes soñaron con los reinos fabulosos de castillos y mujeres prometidos a los héroes de las narraciones románticas. Como es usual en los grandes momentos de crisis, tanto lo bueno como lo malo fueron levantados por la marea y arrojados juntos a las nuevas playas.

*Mis arreos son las armas,
mi descanso es el pelear,
mi cama las duras peñas,
mi dormir siempre el velar.*

¿Qué unía a estos grupos mal avenidos? ¿Sufrían las privaciones y peligros de un mundo tropical por el fantasma de la fama o por la gloria de España? En la mayoría de los casos fue la ambición personal la que animó a los conquistadores. Desde el tiempo de su conquista, la sujeción de Sudamérica fue la obra de individuos, y casi siempre hombres jóvenes y díscolos, atraídos por el espíritu de aventura. El Estado español permaneció lejos observando y esperando durante las primeras etapas de la conquista de América por sus hijos. Aunque hubo pactos con los jefes de las expediciones y apoyo de acuerdo con sus éxitos, el Estado tomó poca parte activa al comienzo.⁵

Las huellas de esta actitud están grabadas en forma indeleble en el aspecto del reino colonial en desarrollo. La lejanía del Estado español explica en parte la anarquía, la crueldad y el carácter criminal que caracterizan la conquista en casi todo el continente. Muy apartada de la autoridad y la justicia, sin control ni dominio, la sangre india fue vertida a torrentes. No había nadie que exigiese a los intrusos rendir cuentas. Así que se desarrolló ya desde el principio una modalidad de dominación feudal en el Nuevo Mundo que iba a adquirir creciente importancia en la formación social de Sudamérica.

Los historiadores de cuatro siglos han descrito la crueldad de la conquista española, que es imposible negar frente a los horribles testimonios. Toda conquista es cruel, sin embargo, la sujeción de una tierra extraña y una raza extranjera, en medio de penalidades continuas nunca relatadas, obligó a los españoles a adoptar esa política. El juicio final sobre la hispanización de América del Sur y Central depende de la importancia dada a su colonización más que a su conquista.

No ha sido raro ver a un pueblo iluminar un rastro de fuego y espada sólo para conseguir oscurecer el recuerdo de la sangre vertida, de manera

5 *J.M. Ots. Caddequí: Estudios de historia del derecho español de las Indias, pág. 406. Bogotá, 1940. Ch. E. Chapman: Colonial Hispanic América. Nueva York, 1933.*

que los enemigos de ayer se conviertan en los amigos de hoy y en los hermanos de mañana. ¿Qué, entonces, de la colonización española? Es el resultado de la suma de las fuerzas en conflicto; los indios y los conquistadores españoles.

El mundo se ha maravillado de que un puñado de hombres conquistase tan fácilmente los imperios de los aztecas y los incas. Se han buscado las razones y se las ha atribuido variadamente a la superioridad de las armas europeas, a la desintegración política y hasta la falta de vitaminas en la dieta de los indios. Pero a los ojos de quienes buscan más profundamente, la verdadera causa aparece en la superioridad de la civilización europea.⁶

Cuando se produjo la invasión europea, los pueblos indios habían alcanzado una etapa en su desarrollo cultural que correspondía a la de los egipcios o babilonios. Estaban en un período de transición de la edad de piedra a la de metal. Se usaban el oro y el cobre, pero el hierro se desconocía tanto en la guerra como en la labranza. La organización política religiosa de los reinos y las castas sacerdotales muestran un desarrollo similar. La agricultura era primitiva y el uso de la rueda desconocido. Se utilizaban pocos animales domésticos. Los jeroglíficos y el lenguaje de los quipos eran comunes a lo largo de México y Perú. En consecuencia, la estructura económica general restringía la industria al hogar, donde se tejía y se hacían vasijas de barro, armas y joyas.

No obstante, el arte alcanzó un alto nivel de desarrollo y su exótico esplendor y demoníaco genio puede verse todavía en el trabajo de los mayas y en la arquitectura indestructible de los incas y aztecas. Tuvo, como era inevitable, inspiración religiosa, y los sacerdotes, para quienes el año astronómico era tan fluido como para los adoradores del Nilo o del Eúfrates, lo utilizaban para sus propios propósitos. Los ritos y cultos de los pueblos andinos, su idolatría y leyendas, poseen el mismo carácter místico y terrible de su arte. Los sacrificios humanos constituían el corazón de muchas de sus religiones, y la sangre se derramaba con un entusiasmo que era alternativamente de un éxtasis pueril y de una crueldad viciosa.⁷

6 I.B.S. Haldane: "Es la historia un engaño? Revista de las Indias, No. 7, pág. 22. Bogotá, 1937.

7 H. Beaucht: *Manuel d'Archéologie Americaine. Paris, 1912.* R.C. Markhan: *Los Incas del Perú. Lima, 1920.* Ph. Means: *Ancient civilizations of the Andes. Nueva York, 1931.* J. Acosta: *Compendio histórico del Descubrimiento y Colonización de la Nueva Granada. Bogotá. 1901.* H. I. Spinden: *Ancient Civilizations of Mexico and Central América. Nueva York, 1928.* H. I. Spinden: *A study of Maya Art. Cambridge. 1913.* S. C. Morley: *The Ancient Maya. Stanford. 1946.*

Pese a la exuberancia de la vida de las plantas tropicales, los instrumentos agrícolas de estos pueblos primitivos eran demasiado inadecuados para hacer posible un gran aumento de población. Los cálculos varían con respecto al número de indios encontrados por los españoles, pero ciertamente era pequeño en proporción al territorio y abrumador sólo si se lo compara con el de sus conquistadores.

Los indios suramericanos se vieron obligados por las necesidades climáticas a cambiar sus domicilios a la altiplanicie andina, a México, Quito y Cuzco. En contraste con las culturas superiores de Asia, que siguieron el curso de los grandes ríos la civilización india se desarrolló en las altiplanicies o cordilleras. A lo largo de los vastos ríos y de las zonas costeras de América vivían las tribus más primitivas. En general los indios precolombinos eran pueblos con poco o ningún conocimiento de la navegación, y prácticamente no hacían intercambio de ideas o de bienes materiales. No es sorprendente que sin haber aprendido mucho unos de otros, sucumbieran con rapidez a la férrea disciplina de sus nuevos amos, con la ventaja de cuatrocientos años de superioridad intelectual y técnica.

Los españoles tenían plena conciencia de esta superioridad. España inició la era del descubrimiento y expansión con todo el impulso que le diera la reconquista del territorio a los árabes. El año 1492 vio no sólo la caída de Granada, sino también el descubrimiento de América. El espíritu de cruzada que animó la expulsión del Islam fue transportado a las batallas y campañas del otro lado del Atlántico y dio a la empresa el carácter severo, orgulloso y fanático de una Edad Media atrasada. La idea de una nación-mundo en la unión de la Iglesia, la Sociedad de Jesús, el nuevo misticismo de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, el nuevo escolasticismo y la novela de caballerías, todo atestiguó el espíritu de la Edad Media que, tanto en España como en América, sobrevivió al momento que le correspondió en otras partes. Este concepto dominó en los conquistadores, aun en los más humildes, que se dedicaron a la gran aventura que llamaron Nuevo Mundo. Y esto les garantizó el derecho de gobernar.⁸

Una vez vencidos y subyugados, la situación de los indios se hizo trágicamente desesperada. A lo más, fueron la materia prima para sus amos españoles, la arcilla para construir los cimientos del futuro orden mundial. Era evidente que su ordenamiento político, su lengua, su

8 *Menéndez Pividal: La Espada del Cid. Buenos Aires, 1939. F. De Onís: Ensayo sobre el sentido de la cultura española. Madrid, 1932.*

religión y costumbres, todo esto sería suprimido y sólo podrían vivir una existencia ilegal y clandestina. Por mayor que sea nuestra simpatía hacia los oprimidos debemos comprender que este pueblo no podía haber escapado al proceso de expansión occidental.

El Estado español y la Iglesia fueron los instrumentos que impidieron un exterminio de los indios tal como el ocurrido en Norteamérica. El Estado y la Iglesia Católica defendieron a los indios contra los españoles, en parte, porque la política colonial se afirmaba en la existencia de esas clases laborales que podían explotarse, y en parte, por un sentido del deber sincero y cristiano. En toda apreciación crítica del método de gobierno español de ultramar, no debemos olvidar que España era una nación medieval en la Europa moderna, la tierra sin Renacimiento, y la política de España durante el siglo XVI llevaba la impronta inconfundible del absolutismo.⁹

Era natural que el Estado español no permitiese la división de su soberanía y no otorgase estado legal internacional a sus colonias. Otras naciones europeas habían adoptado igual actitud. Pero en contraste con las fundaciones inglesas en Norteamérica, los españoles negaron a sus colonias toda suerte de autonomía local, y este hecho tuvo vital importancia en el complejo desarrollo de Norte y Sudamérica.¹⁰

El Estado español tomó firmemente en sus manos la formación constitucional de sus posesiones después de un sólo corto periodo de espera, aplicando las normas que estaban en vigor en Castilla, España, una nación continental, no se contentó, como Holanda y Portugal, con un sistema de comercio costero, y pronto llevó a cabo la penetración completa de su recientemente adquirido territorio.

El Consejo de Indias, que había estado funcionando desde 1511 y tenía su asiento en Madrid, asumió la autoridad del rey y tomó a su cargo las obligaciones de cuerpo gubernamental así como también las de tribunal supremo, mientras que en la misma América del Sur transfería el poder de gobierno de los conquistadores a funcionarios y corporaciones designados por la Corona; virreyes, gobernadores, comandantes y audiencias. Los

9 *R. Altamira: La Política de España en América. Valencia, 1921. R. Altamira: La Huella de España en América. Madrid, 1918. B. Moses: The Establishment of Spanish Rule in América. Nueva York, 1907.*

10 *S. A. Zavala: Las instituciones jurídicas en la conquista de América. Madrid, 1935. Ots Capdequí: Instituciones sociales en la América Española durante el período colonial. La Plata, 1934. J. Becker: Política Española en las Indias. Madrid, 1920. Ch. H. Cunningham. The Audiencia in the Spanish Colonies. Berkeley, 1919.*

virreinos de México y Perú siguieron el modelo de los de Nápoles y Sicilia, mientras que en Quito y Bogotá, las audiencias o tribunales de justicia fueron una copia de Valladolid y Granada. Venezuela y los países del Plata se organizaron en distritos militares bajo la comandancia general. Esta disposición no fue final, y frecuentemente tuvieron lugar divisiones y reorganizaciones.

La monarquía absoluta no aprobó la relativa independencia de estos territorios, una independencia que fue mayor que la obtenida por las posesiones españolas en Europa. La expansión, la distancia y la falta de comunicaciones regulares aflojaron, más que en Europa, las riendas del gobierno, y en consecuencia adquirió la mayor importancia delegar la autoridad en hombres dignos de confianza y competentes. Fue axiomático que los puestos dignos de confianza fuesen cubiertos exclusivamente por españoles nativos. Este carácter muy penetrante de la administración española representa, si lo examinamos hoy, una de las glorias de su control colonial, y se convirtió en el fundamento de la cultura iberoamericana. La organización de las comunidades urbanas fue de primordial importancia en este proceso de trasplante de las costumbres europeas al suelo americano. Esta organización siguió el modelo español; hubo alcaldes y sus numerosos auxiliares; hubo ayuntamientos y también cabildos abiertos o sesiones voluntarias de estos consejos, en las que los ciudadanos del municipio se reunían para discutir problemas particularmente importantes. Los municipios constituyeron ya desde el principio un contrapeso para el feudalismo de la joven aristocracia y las demandas autoritarias del gobierno estatal. Cuando sonó la hora de la independencia, fueron las sesiones de los municipios libres las que dieron el impulso a la revuelta.¹¹

No es posible indagar demasiado profundamente en los detalles de esos gobiernos coloniales. Resulta suficiente saber que la monarquía española había creado una reglamentación que parecía al menos sancionar el orden y la justicia. Se estableció una base para esta actitud en 1680, con la codificación de leyes para América, las Leyes de Indias, que se distinguieron por su liberalidad y lenidad.¹²

Desgraciadamente no se siguieron las normas establecidas, o cuando

11 *Ots Capdequí*: El régimen municipal hispanoamericano del período colonial. *En Estudios*, págs. 136 y ss. E. Schaefer: El consejo real supremo de las Indias. Vol. 1. Sevilla. 1935.

12 J. De Solórzano y Pereyra: política indiana. Amberes, 1703. A. Dempf: *Christliche Staatphilosophie in Spanien*. Salzburgo, 1937.

más se observaron sólo parcialmente. La fórmula clásica: “Se acata, pero no se cumple” da una idea del abismo que se abría entre el ideal y la realidad. La contradicción entre la apariencia de justicia y la realidad política y económica sólo puede apreciarse a través de un estudio de la estructura social de la época colonial y su orden doméstico. La Corona, celosa de sus derechos, tuvo éxito en arrebatar el poder político de las manos de la primera generación entregándolo a su vez a una burocracia adulatora. Fue imposible, sin embargo, impedir el completo feudalismo de la nueva economía doméstica. La Corona comprendió perfectamente bien que aquí residía la recompensa necesaria para todos los esfuerzos e incomodidades de los conquistadores. Aparte de la apropiación de oro, plata y piedras preciosas, que representaba sólo una fase transitoria, el factor decisivo, como en toda conquista, fue la propiedad real de la propia tierra. Teóricamente, conforme a la ley medieval, la tierra pertenecía a la Corona, pero las concesiones a los vasallos leales y entusiastas eran el resultado natural de la conquista. Las vastas posesiones creadas por la adquisición y desarrollo de la tierra dieron origen al establecimiento de la encomienda, espina dorsal de la economía colonial.¹³ La tierra se prorrataba como botín entre los valientes y afortunados, pero como esta tierra no hubiera sido de ninguna utilidad sin el trabajo, los nativos fueron repartidos entre los nuevos propietarios, quienes conforme a un edicto real, tenían a su cargo su protección y defensa, y su conversión al cristianismo. Esta definición ideológica apenas disimulada el intento económico de la encomienda. El encomendero era un supraseñor feudal, quien, no obstante mantenía obligaciones para con el rey, como en España. No era el verdadero propietario de la tierra y por lo común sólo disponía de ella durante dos generaciones a lo más, pero era quien recibía los regalos que los indios estaban obligados a hacerle. Era natural que estos amos feudales trataran de convertir la tierra en su propiedad por accesión, venta, ocupación o trampa: por las buenas o por las malas. El resultado fue la creación de las haciendas, vastos estados que hasta hoy caracterizan la economía sudamericana.

Así, el trabajo indígena fue indispensable, y los nativos se vieron obligados a pagar sus tributos trabajando, por lo que el abuso y la

13 *J. De la Peña*: El tributo, sus orígenes, su implantación en Nueva España. *Sevilla, 1934*. *S.A. Zavala*: La encomienda indiana. *Madrid, 1935*. *Amunategui*: Las encomiendas indígenas en Chile. *Santiago, 1909*. *L. Byrd Simpson*: The Encomienda in New Spain. Berkeley, 1929. *G.V. Vásquez*: Doctrinas y realidades en la legislación para los indios. *México, 1940*.

explotación no pudieron impedirse. Esto, agregado al hecho de la pereza de los indios, los llevó a hundirse rápidamente en el nivel desesperado de bestias de carga. Las leyes laborales y de la propiedad del período proporcionan la mejor explicación del descenso de la población indígena después de la conquista. Por más lerdo que pueda haber sido el espíritu indio, el recuerdo de la injusticia se grabó firmemente en las mentes del pueblo y se constituyó en una gran responsabilidad para la Corona de España durante las revoluciones que siguieron.

En defensa propia los españoles habían sostenido que leyes similares ya existían antes de Colón. No sólo los terratenientes, sino también los altos oficiales asumieron la actitud de que la economía social debía construirse sobre el trabajo forzado de los indios. Este trabajo forzado fue el tributo permanente que los conquistadores impusieron a sus súbditos durante los trescientos años de su conquista. Además, el trabajo no sólo fue exigido por los terratenientes, sino reclutado por la Corona tanto para explotar los materiales preciosos como los semipreciosos; y la mita, una ley laboral en la industria minera, corrió pareja con la encomienda en la labranza. Los indios evitaban estas obligaciones siempre que les era posible, y frecuentemente huían a las ciudades, donde eran tratados con un poco menos de brutalidad que en el campo. Para escapar de la mita los nativos se retiraron a zonas inaccesibles y malsanas y esto también contribuyó a la baja en la población.

Los resultados de estas medidas se discuten acaloradamente hasta el día de hoy. Quizá los sacrificios demandados por los españoles a los nativos no fuesen mayores que los impuestos antes de la conquista, pero se sentían más amargamente por ser exigidos por extranjeros e invasores. En el corazón del indio se alojaron el rencor, el resentimiento y la malicia. Como los nativos no pudieron manifestarse directamente recurrieron a los subterfugios. Puesto que no podían decir la verdad, acudieron a las mentiras y evasiones. Así se desarrolló esa extraña psicología, que los mejores escritores hispanoamericanos están aún tratando de analizar: la psicología de un pueblo que se convirtió en servil, pero resentido; voluble, pero deshonesto; complaciente, pero desconfiado, vigoroso y vengativo.

*¡Oh raza antigua y misteriosa,
de impenetrable corazón,
que sin gozar ves la alegría,
y sin sufrir ves el dolor!*

Santosa Chocano.

La tensión trágica que caracteriza las relaciones entre españoles y nativos no era muy diferente de la que encontramos en dominios coloniales similares. No obstante, el historiador violaría su deber si no señalase los esfuerzos que se hicieron para mejorar la suerte de los indios.

Desde los primeros días de la conquista se desencadenó en España una apasionada guerra de ideas con respeto a la posición de los indios desde el punto de vista de la teología y del derecho natural. Unos veían en los indios únicamente a objetos de esclavitud, pero otros, impulsados por un sentimiento de justicia y compasión, les reconocían el derecho por los menos a un mínimo de privilegios humanos. La Corona sabía perfectamente cuánta crueldad y avaricia había en la conducta de los españoles, y en edictos y prohibiciones interminables intentó poner freno a la incontrolable clase dominante. Pero la distancia de la autoridad real del escenario de la acción y el derecho de los regentes americanos a condicionar las nuevas leyes por los resultados de su aplicación, impidieron en muchos casos el cumplimiento cabal de edictos bien intencionados. Con todo, la Corona consiguió que los indios fuesen declarados hombres libres. En virtud de estas medidas la Corona pudo, al menos esporádicamente, detener la baja de la población.

Es peculiar la situación referente a la libertad teórica de los indios; sus derechos tuvieron que adquirirse a costa de la injusticia para con otros. Mientras escribimos se nos aparece el rostro honesto e indignado de fray Bartolomé de las Casas, a quien inspiraron la piedad por los indios perseguidos y la vergüenza hacia sus propios compatriotas. Entonces ya se importaban negros, pero fue gracias a sus esfuerzos como el negro reemplazó al indio en el trabajo de las plantaciones y posteriormente también de las minas. La investigación ha probado que su gran celo y su repulsa ante las condiciones existentes le indujeron a exagerar muchas cosas, pero su Historia de las Indias quedará como prueba de una gran conciencia social que no podía silenciarse.¹⁴ El remedio fue, sin embargo, casi peor que el mismo mal, y las condiciones bestiales en las que fueron traídos los negros del África y la vida infame que se vieron obligados a llevar abrieron un sombrío capítulo en la historia colonial.¹⁵ Los negros relevaron a los indios dondequiera que los cuerpos

14 B. de las Casas: Historia de las Indias. Madrid. 1927. R. Schneider: Las casas vor Karl V. Liepsizg, 1938., pág. 148. Munich, 1938. Byrd Simpson: op. cit., págs. 1 ss.

15 Con respecto al comercio de esclavos, véase Sombart: Der moderne kapitalismus. Vo.. I, 2, pág. 704. Munich, 1928.

acostumbrados a la montaña de estos últimos no podían resistir el sol tropical. La queja principal contra la política de Las Casas es que avivó las ya existentes diferencias raciales del mundo sudamericano. También aquí nos encontramos frente a uno de los fenómenos del continente que se desliza como una serpiente por la escarpa de los días coloniales. Esta diferencia racial entre los pueblos de los Estados latinoamericanos echó profundas raíces durante el movimiento emancipador, y sólo ahora va desapareciendo lentamente.¹⁶

De acuerdo con Cervantes, América se había convertido en el refugio y en la protección para los desesperados, el asilo de asesinos, un refugio para tahúres y cebo para mujeres de mala vida. En general significó la decepción para muchos y una panacea para unos pocos. Pero en todos latían la sangre y el orgullo españoles. España impuso a América su idioma, religión y las leyes de su gobierno, reteniendo los indios como propias nada más que sus vidas. Con ellas, sin embargo, pronto penetraron en las filas de sus conquistadores, numéricamente inferiores. Los españoles habían traído consigo a pocas mujeres, y el apareamiento con las nativas se hizo una necesidad. Pero a pesar del aumento casi universalmente reconocido en las uniones interraciales, la ficción de la familia de pura sangre se mantuvo viva. Sus miembros se llamaron a sí mismo criollos, y tuvieron un excesivo orgullo por su origen. Además hubo indios de sangre sin mezcla, negros de pura cepa, y todas las combinaciones posibles entre estas razas. Alejandro von Humboldt encontró en México, como encontraría en otras partes, siete razas: los blancos nacidos en Europa; los criollos de origen americano; los mestizos de sangre india y europea; los indios puros; los mulatos, producto de la unión de blancos y negros; los zambos, con sangre india y negra; y los negros puros.¹⁷ El control de esos grupos heterogéneos exigía mucho a sus gobernantes, y los españoles estuvieron lejos de comprender los problemas involucrados. Su concepto difería mucho del de un crisol del que algún día emergería una forma unificada. Creyeron que sólo perpetuando las diferencias entre razas y clases podían asegurar el dominio completo y permanente de sus colonias.¹⁸

16 C. Knight Jones: La transmisión y difusión de la civilización de las colonias iberoamericanas, *pág. 18, vol. I. Bogotá, 1940. Quesada: La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española. Madrid, 1893.*

17 A. v. Humboldt: *Essai politique sur le royaume de la nouvelle Espagne, vol. I* *pág. 76. París 1811.*

18 B. Moses. Social revolution of the XVIII century in South América. *Informe Anual de A.H.A.,* *pág. 163-170. 1915.*

En una sociedad donde, de acuerdo con Humboldt, la posición social del hombre estaba determinada por el color de su piel, el único punto de unión posible era la religión. La religión preservaría los elementos en pugna de la anarquía, y esto sólo pudo lograrlo porque su jurisdicción trascendía las distinciones terrenas de razas. En los tiempos coloniales todo se centraba alrededor de la vida religiosa. Puesto que todas las cuestiones políticas se resolvían en el país madre y no existía todavía una cultura americana, las fuerzas no usadas trataron de encontrar aquí su esfera de actividad. En congruencia con la misión española, los sacerdotes acompañaron a los conquistadores a las Américas. El dominio y la conversión fueron sinónimos.¹⁹

La vasta organización de la Iglesia se trasplantó a todas las partes del nuevo continente donde los arzobispos y los abades, al seguir a los virreyes y gobernadores en la jerarquía de los conquistadores, representaron la idea del imperialismo para la mayor gloria de Dios.

En adición al clero secular aparecieron las órdenes de los franciscanos, capuchinos, dominicos y jesuitas, que se convirtieron en los guías espirituales de las tribus conquistadas del Orinoco y el Amazonas, y que completaron aquí los proyectos educacionales iniciados por varios altos prelados en muchos sitios. Se establecieron escuelas, se crearon las Universidades de Lima y México, y hasta se comenzó a educar la población india que constituía las clases más bajas.²⁰

No cabe esperar que estos establecimientos y la educación que impartieron expresasen otra cosa que lo que caracterizaba a la Península Ibérica. Los españoles dieron lo que tenían para dar: la cultura teológicamente condicionada por su prolongada Edad Media, y todo lo que existió en el nuevo continente con relación a la vida intelectual se debió a la Iglesia. Esta vida cultural fue aristocráticamente exclusiva —los mestizos y mulatos fueron mantenidos aparte— y no hubo interés en desarrollar una clase intelectual capaz de dedicarse a enfrentar las necesidades y demandas siempre crecientes de la vida en América. La literatura fue limitada. Las Leyes de Indias incluyen nada menos que

19 *Mecham: Church and State in Latin América. Chapel Hill., 1934. Saiz de la Mora: La colonización española y la Iglesia en América. La Habana, 1911. L. Ayagaray: La iglesia en la América y la dominación española. Buenos Aires, 1920. Desert: L'eglise espagnole des Indes. Rev. Hisp. Vol. XXXIX.*

20 *B. Moses: Intellectual Background of the Revolution in South América, págs. 4 y 5. Nueva York, 1926. H. Hernández del Alba: Panorama de la Universidad en la Colonia. Bogotá, 1937. G. Hernández de Alba: Crónica del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Bogotá, 1938.*

quince leyes que regulan la impresión y el envío de libros en América, y tanto la censura terrena como la eclesiástica controlaban el estricto cumplimiento de esta prohibición. Era muy poca la lectura que interrumpía el ritmo digno y esnobista de la vida de los hombres en aquellos tranquilos días coloniales. Pero algo se escribía y pueden encontrarse, y son de mucho valor, crónicas y tratados de geografía, así como también estudios del lenguaje de los nativos. Garcilaso de la Vega, un descendiente de los incas, escribió *La conquista del Perú*, que es todavía un clásico de esa época y de ese mundo; en tanto que en México y Nueva Granada nos encontramos con monjas místicas que siguieron las preceptos de Santa Teresa. Hubo personalidades que formaron en la primera fila de la literatura española, tales como Ruiz de Alarcón. El idioma, vínculo de unión incomparable de todos los pueblos suramericanos, se cultivó con una especie de puritanismo celoso, protegido de los barbarismos con que los amenazaba la influencia de esos grupos heterogéneos.²¹

Sin embargo, medida por normas permanentes, nada hay en la literatura de este período que demande su inclusión en la “reserva eterna de la poesía humana”. Entonces la sensibilidad sudamericana estaba todavía en proceso de formación, pero se encontraba en ella el germen de un naciente lirismo de la naturaleza y la promesa de una nueva forma de poesía épica.

El espíritu americano se expresó con menos conciencia propia y con más riqueza artística —ligado estrechamente a la iglesia; en realidad, formando uno con la iglesia— y su carácter se expone de un modo único. El barroco colonial —cuya historia tendrá que escribirse— no fue especialmente creador en arquitectura, escultura o pintura; siguió en lo fundamental el ejemplo europeo, pero su decoración se caracterizó por la riqueza de nuevas ideas. En púlpitos y arcas, en relicarios y altares, en ropajes y cruces, en vestidos y bordados, se presenta ante nuestros ojos una vida gloriosamente lujosa, entretejida en forma tan intrincada como la vida vegetal en la jungla. Los ornamentos europeos se juntan con los tropicales, y el ananá y la uva, el motivo de la cruz y el símbolo del sol, se unen en formas nuevas. Los propios materiales hablan claramente de los orígenes de este arte, pues paredes y techos, armazones y columnas, resplandecen de oro. Las coronas de las figuras religiosas contienen

21 *Menéndez y Pelayo*: Historia de la Poesía Hispanoamericana. Madrid, 1915. *G. Quesada*: La vida intelectual en la América Española durante los siglos XVI-XVIII. Buenos Aires, 1917. *L.A. Sánchez*: Historia de la literatura americana. Santiago, 1937.

esmeraldas, perlas y amatistas, en tanto que las cajas y candelabros combinan el caparazón de la tortuga, el ébano, la madreperla y la plata en un todo nuevo y mágico.²²

Su misma suntuosidad proporcionaba belleza y elegancia a los innumerables días festivos y sacros que interrumpían la monotonía de la vida diaria de las colonias. El arribo de nuevos funcionarios, los cumpleaños y los aniversarios del fallecimiento de los miembros de la familia real y sobre todo las festividades de la iglesia, constituían la agradable excusa para organizar ruidosas fiestas y costosas procesiones, riñas de gallos y corridas de toros. El lujo, la prodigalidad, la indolencia y el placer caracterizaban la vida de las altas clases blancas. Como sólo recientemente revelaron los periódicos y diarios de la época, llevaban la vida vergonzosa de los zánganos, rodeadas de un ejército de esclavos, sin contacto con el resto del mundo y en un clima donde la pereza era deseable.²³ Mas que estos hechos sorprende que estos hombres no degeneraran en mayor medida de lo que lo hicieron.

Aunque las clases bajas estaban obligadas a realizar trabajos físicos, siempre se hallaban prontas a imitar a sus amos en la indolencia y la holgazanería. Así era la vida en aquellos días coloniales, a la que durante siglos no afectaron ni la guerra ni la revolución: una vida tranquila, somnolienta e indolente, fuera de la imaginación de los hijos del siglo XX.

Este estado de cosas se prolongó durante tanto tiempo por varias razones: primero, porque la distancia de Europa y la separación debida a dos océanos impidieron las invasiones de nuevos conquistadores. Con excepción de las expediciones de los piratas ingleses u holandeses, los sudamericanos no conocieron la guerra. Segundo, el gobierno español prohibió con severidad la inmigración de extranjeros, y la Inquisición se cuidó bien de que la posible influencia ideológica de los inmigrantes que lograron entrar fuese suprimida radicalmente.

Esta firme política de aislamientos y separación encontró su expresión y su arma más efectiva en la política comercial de España, país que, como la mayoría de los europeos, era mercantil.²⁴ Sus colonias representaban para España un mercado suplementario del que las otras naciones estaban excluidas. Pero su principal interés residía en su propio enriquecimiento

22 G. Hernández del Alba: *Teatro del Arte Colonial. Bogotá, 1938. I.G. navarro: La Escultura en el Ecuador . Madrid. 1928.*

23 *Diario de Lima, 1640 – 1694. Publicado por H. Urteaga. Lima, 1917-1918.*

24 C. Haring: *Commerce and Navigation between Spain and the Indias. Harvard, 1918.*

mediante la importación de oro y plata , más que en cualquier desarrollo industrial o económico.²⁵ Se prohibió a los americanos toda competencia con el país madre, y hasta las distintas regiones del continente no podían comerciar entre sí. Los productos americanos que iban de un lado al otro de América tenían que describir un circuito a través de los puertos españoles, y la navegación española impuso un monopolio en el comercio con las colonias. No obstante, España no estaba suficientemente desarrollada en cuestiones industriales y marítimas como para cubrir las demandas que surgen de este concepto comercial. Sólo dos flotillas por año unían Europa con América, una para América Central y otra para Sudamérica, cada una con un número de barcos que iba de quince a noventa. Pero ni aun estas restricciones hicieron posible la conversión del imperio en una unidad económica cerrada. La influencia hipnótica del oro hizo que en España la producción industrial desmejorara y las guerras sin fin en el continente europeo aceleraran su empobrecimiento. De este modo se redujeron las exportaciones a América, y los franceses, ingleses y holandeses sacaron provecho del floreciente comercio de los productos del contrabando. Muchos observadores entienden que la razón más importante de la declinación del poder español se encuentra en esta incompetencia económica y en la incapacidad de vincular más estrechamente a sus colonias. Pero en tanto los síntomas dieron paso a la enfermedad declarada, esos doscientos años primeros, entre 1550 y 1750, de aislamiento interno y de supervisión espiritual, garantizaron la estabilidad del continente.

Controles monopolizadores, economía monopolizadora, cultura monopolizadora: tal es el compendio del gobierno colonial de España. Con escasos contactos interprovinciales, sin inmigración, pocos barcos, viajes llenos de los mayores riesgos, raras cartas, muy pocos libros, ¿es de extrañarse que en estas condiciones pudiesen mantener a América alejada de las semillas de la duda y de la desintegración? La paz, la indolencia, el silencio de los días ociosos y de las noches más largas, todo contribuía al embrutecimiento en la época colonial. ¿Era el silencio de la tumba, al decir de Shiller? No, sino la pasividad soñadora de un chico que soporta pacientemente una rígida tutela, con muchos acontecimientos externos y fuertes pasiones interiores que se necesitan antes de alcanzar la mayoría de edad.

25 *M. I. Bonn: Spaniens Niedergang während der Preisrevolution des XVI Jahrhunderts, pág. 109. Stuttgart, 1986. Häbler: Die wirtschaftliche Blüte Spaniens und ihr Verfall. Berlin, 1888. J.J. Gervinus: Geschichts des XIX Jahrhunderts, vol. III. Leipzig, 1858.*

El período final de la dominación española está caracterizado por reformas, rebeliones, ideas revolucionarias en el interior y grandes líderes en el exterior, que proyectaban todos sus sombras a través del Ecuador. Es importante recordar las muchas influencias que dieron el impulso a la independencia y a su principal promotor, Bolívar.

La Edad Media se prolongó en España hasta fines del siglo XVII; la muerte de Calderón y el fin de la dinastía de los Habsburgo marcaron su paso. Comenzó un nuevo periodo con la Guerra de Sucesión española y el advenimiento de los Borbones, que se distinguió por el intento español de ponerse a la par de una Europa progresista e ilustrada. El aislamiento de Sudamérica terminó en virtud de los esfuerzos de los Borbones, y a través de sus ilustradas reformas surgió el inevitable deseo de independencia y libertad.

Bajo los Borbones, España volvió la espalda a la antigua tradición de los Habsburgo y se identificó con el sistema francés de asuntos nacionales y extranjeros.²⁶ Los nuevos gobernantes intentaron con energía regular las finanzas, promover un mayor esfuerzo de la agricultura y la industria y, en síntesis, transformar el estado decadente de la Contrarreforma en un despotismo ilustrado. Sin embargo, la nueva relación dinástica con Francia puso a España en conflicto externo con una Inglaterra que rápidamente se transformaba en una potencia mundial, factor que iguala en importancia a las reformas de los ministros para liberar a Sudamérica.

Carlos III hizo tremendos esfuerzos para elevar el potencial económico de España en Sudamérica. Se destacaron observadores para informar sobre las colonias, se dio comienzo a los estudios científicos sobre el uso de los metales extraídos de las minas, se construyeron caminos y se levantaron nuevas industrias. Los extranjeros fueron admitidos y reconocidas las falacias inherentes a la vieja política comercial monopolista. Se abolió el sistema de las flotillas anuales, que sólo había llenado los bolsillos de los mayoristas sevillanos, y en su lugar se estableció la libre navegación, que pronto condujo a la formación de grandes compañías independientes. El comercio entre España y sus posesiones se elevó en diez años de 148 a 1.104 millones de reales.²⁷ Desde el gobierno de España, Campomanes, Floridablanca y Aranda trataron todos de seguir los consejos de la escuela

26 *P. Zabala y Lera: España bajo los Borbones. Barcelona, 1926. R. Altamira. Hist. De la civilización española. Madrid, 1935.*

27 *J. Mancini: Bolívar y la emancipación de las colonias españolas, págs. 49 y siguientes. París, 1930. R. D. Hussey: The Caracas Company, 1728-1784. Harvard Hist. Studies. 1934.*

de los fisiócratas, de cuyo éxito indiscutible nos ocuparemos más tarde. Pero los resultados no correspondieron enteramente a las esperanzas de España, que tampoco sacó mucho provecho de estos consejos.

Porque en última instancia fue el régimen extremadamente severo el que impidió las buenas relaciones de Sudamérica con la Corona y sus ilustrados virreyes. Y fue este régimen, la exclusión de los criollos de los altos puestos gubernamentales y el sistema de espionaje, lo que España —error de todo absolutismo— no quiso reformar. Si su propio sistema se basaba en un despotismo ilustrado pero centralizado por completo, ¿cómo podía otorgar a las colonias lo que negaba a su mismo pueblo?

Los Borbones emplearon métodos muy diferentes para mantener a las colonias convenientemente subordinadas. El sistema de la Contrarreforma, dependiente de la relación entre el poder espiritual y temporal, les parecía insípido e inadecuado. En cambio, querían reunir todo el poder en manos del cuerpo gubernamental. Es importante recordar a este respecto la expulsión de los jesuitas en 1767 por decreto del ministro Aranda, en coincidencia con el movimiento general europeo contra la Sociedad de Jesús.

A los ojos de un observador objetivo, la expulsión de los jesuitas de Sudamérica no puede aparecer como una medida constructiva o paliativa. La pérdida de casi dos mil quinientos sacerdotes, que trabajaban en misiones y actividades educacionales, no sirvió para promover el desarrollo de la población americana. Y como si instintivamente sintiesen el error de la política española, los americanos resistieron el decreto en forma unánime.²⁸

Más que ningún otro paso dado por el gobierno español, fue éste el que hizo crecer la duda acerca de la sabiduría de la Corona. Miles de jesuitas, obligados a abandonar sus casas y escuelas para volver a Europa, añoraron el paraíso perdido donde habían gozado de poder y respeto, y no pocos se unieron a los disidentes y conspiradores que minaron la soberanía española a fines del siglo XVIII. Donde más se sintió la expulsión de los jesuitas fue en el vacío dejado en escuelas y universidades y en el inmediato relajamiento de la disciplina espiritual. Así, el pueblo americano perdió sus guardianes más leales y la Corona española a algunos de sus defensores más celosos.

Los americanos no dudaron en aumentar y fortalecer, en cuanto les fue posible, su recientemente ganada libertad, y los numerosos eruditos a quienes los generosos Borbones permitieron visitar y explorar el Nuevo

28 *Blanco: Doc. Bd. I, págs. 91-103. L. A. Sánchez: op. cit., págs. 134 ss.*

Mundo, tomaron su dirección. Quedamos en deuda con Jorge y Antonio Ulloa por sus “notas secretas” sobre América. Expediciones científicas llegaron a Perú y Chile para realizar investigaciones sobre la flora. El gran Mutis, descubridor de innumerables plantas tropicales, fue a Nueva Granada ; allí le siguieron La Condamine, Bompland y Alejandro von Humboldt, el más ilustre de todos.²⁹ Este florecimiento científico, iniciado por los europeos y calurosamente acogido por los americanos, es el mejor fruto de los intentos de reforma hechos por los Borbones. Señala el comienzo del segundo descubrimiento que, contrastando con el primero, se dedicó exclusivamente a la misma Sudamérica. Se invirtió mucho dinero para fundar museos y levantar colegios secundarios en Bogotá, Santiago, La Habana y Quito. Se levantaron muchas restricciones que limitaban la importación de libros, y los que no pudieron entrar legalmente en el país lo hicieron de contrabando. Los criollos educados intentaron restablecer contacto con la filosofía europea y los nombres de Bacon, Descartes, Leibniz y Newton se volvieron familiares para ellos. La obra de Rousseau sirvió a los sudamericanos de cartilla política.³⁰

Empero, de nuevo cabe preguntarse: ¿Por qué no logró España someter a su voluntad estas energías florecientes? ¿Por qué se retiraron las aguas de la rueda de la maquinaria estatal, en vez de hacerla girar? Es comprensible que el primer contacto con las ideas liberales despertase en los sudamericanos una fuerte antipatía contra el régimen existente. Pero un gobierno perspicaz quizás hubiese podido salir con bien de la empresa esperando que pasase esa primera fase de oposición y orientado esa inteligencia recién despierta hacia un amplio programa de autonomía colonial. España no lo hizo, y cuando por fin lo intentó, fue demasiado tarde. Es, pues, evidente que lo que estimuló todas las reformas de los Borbones fue un deseo egoísta de aumentar las rentas fiscales, con nuevas reglamentaciones y planes cuyo único objeto era llenar las arcas del Estado.

La reiteración de demandas financieras promovió una serie de rebeliones en las colonias, en las que podía verse el prelude de la Revolución Sudamericana. Aunque ellas se produjeron en distintos puntos del continente, en Perú y Colombia se extendieron a las insurrecciones en masa. Fueron diferentes en cuanto al origen y al comportamiento,

29 *M. Maldonado: La obra de España en América. Maracaibo, 1928. Mutis: Homenaje del Ayuntamiento de Bogotá. 1932. G. y A. de Ulloa: Noticias secretas de América. Londres, 1826.*

30 *I.R. Spell: Hisp. Am. Rev. 1935, vol. XV, pág.. 260.*

a la dirección y al desarrollo. Pero todas tuvieron el mismo resultado trágico y en la historia del continente se las conoce con el mismo nombre: comuneros.

Bajo la dirección de Túpac Amaru, un jefe indio que se vanagloriaba de llevar sangre del inca en sus venas, los naturales del Perú se rebelaron contra los nuevos impuestos y los viejos malos procedimientos.³¹ Los odiados recaudadores de impuestos y otros oficiales fueron asesinados y asaltadas las aduanas. Túpac Amaru, pretendiente al trono de los incas, no abjuró del todo de su sumisión al rey de España, y encontramos así entre sus secuaces, tanto a blancos como a mestizos, saturados por las injusticias de la burocracia. Entre ellos estaba el obispo de Cuzco. Es comprensible, por lo tanto, aunque sea imperdonable, que los españoles, al dominar la situación, castigasen a Túpac Amaru con extrema severidad. En efecto, después de tener que presenciar el exterminio de toda su familia, fue descuartizado por cuatro caballos. La rebelión, si bien no logró su intento de restaurar a los incas, puso por lo menos en descubierto el profundo y creciente descontento de las masas.

Factores similares promovieron la revuelta que estalló en Nueva Granada en marzo de 1781. Las demandas de mayores impuestos fueron recibidas por la masa del pueblo con vivas al rey y abucheo al mal gobierno, extendiéndose tan rápidamente el descontento, que el virrey se vio obligado a huir a la costa.³²

También en Nueva Granada los rebeldes trataron de restaurar el trono indio, aunque los más moderados sólo pretendían que se promoviesen los nacidos en América a importantes puestos de gobierno. José Antonio Galán y Juan Francisco de Berbeo fueron los jefes de los comuneros. El gobierno impotente superó la revuelta con ardides y engaños. Con los buenos oficios del obispo de Bogotá, prometió a los rebeldes abolir todos los impuestos y tributos nuevos, y los comuneros, conseguido su propósito, depusieron las armas. Pero tan pronto como se puso a salvo en la capital, el virrey ordenó que se renovasen las demandas y se castigasen a los desobedientes. Desarmados y desalentados, los rebeldes fueron reducidos fácilmente, y aunque Berbeo pudo escapar, Galán fue capturado y ahorcado, y su cabeza y su cuerpo descuartizado

31 *B. Levin: Túpac Amaru. Buenos Aires. 1934. Blanco: Doc., vol. 1, página 146. Túpac Amaru: Cuarenta años de cautiverio. Lima, 1941.*

32 *Posada e Ibáñez: Los comuneros. Bogotá, 1905. M. Briceño: Historia de la Insurrección de 1781. Bogotá, 1880. G. Arciniegas: Los comuneros. Bogotá, 1938.*

exhibidos como advertencia a los rebeldes. El orden fue así restaurado, pero en las clases bajas quedaron las semillas del desconsuelo y del descontento, que luego iban a brotar a la superficie.³³ Los hijos de estos muertos ganaron la guerra contra España, y los que fueron alevosamente asesinados clamaron venganza a Bolívar y sus ejércitos. Cuarenta y cinco años después de la insurrección, el hermano de Túpac Amaru, que había sobrevivido prisionero en España, escribió a Bolívar una emocionante carta. En ella se consideraba afortunado por haber vivido lo suficiente para ver completada la obra que habían iniciado los comuneros.

Los hilos del tapiz histórico se entrelazan. Las guerras españolas, que requirieron impuestos excesivos y llevaron así a la insurrección de los comuneros, provocaron la guerra de la independencia sudamericana. Inglaterra estaba luchando contra Norteamérica, que había declarado su independencia. ¿Qué más natural que el apoyo prestado por España a Norteamérica en contra de los ingleses? Siempre existía la esperanza de recuperar los territorios perdidos, y cuando en 1783 se concertó la paz, España retuvo a Florida y Menorca. No obstante, las pérdidas sufridas al apoyar a los norteamericanos fueron en realidad mucho mayores que las ganancias territoriales. Las monarquías absolutas, al aprobar esta revolución republicana, habían aserrado la rama del árbol en que se sentaban. Y además, España había ofrecido a sus súbditos de ultramar el espectáculo de ayudar a la revolución de las colonias extranjeras. Se necesitaba una fe ciega en la fidelidad de Sudamérica para creer que ella no aprovecharía la lección. Tupac Amaru fue castigado con la muerte en 1781. Galán fue ejecutado en 1782. Los Estados Unidos obtuvieron su independencia en 1783. La Revolución Francesa estalló en 1789.

¿Sabían los sudamericanos lo que ocurría en el mundo? ¿Escuchaban el repiqueteo de la campana el 4 de julio de 1776 y conocían los apasionados discursos pronunciados ante la Asamblea Nacional Francesa? En realidad, se infiltraban por las paredes del aislamiento español más noticias de las que parece posible. Las grandes compañías marítimas cuyos barcos realizaban el comercio entre Europa y Venezuela, no sólo traían mercancías útiles, sino que introducían ilegalmente libros y periódicos. Estos pasaban de Caracas a Bogotá, centro intelectual donde un círculo literario discutía y recitaba a Corneille y Racine y el pulso latía más rápido antes versos como éstos:

33 G. Arciniegas. *Comuneros*, pág. 393. *O'Leary: Doc.*, vol. X, pág.5.

L'injustice á la fin produit l'indépendance.^{34*}

En Bogotá existían algunos modestos periódicos y pronto se fundaron bibliotecas públicas y privadas. De la biblioteca privada de Antonio Nariño se escuchaba el grito de la liberación francesa, que llegó al corazón de Sudamérica.

Antonio Nariño es una de las grandes figuras en la historia de Sudamérica prerrevolucionaria.³⁵ Era un criollo incansable y versátil, que coleccionaba obras clásicas y modernas, enciclopedias francesas y crónicas españolas, y que tomó la determinación de hacer su fortuna mediante empresas clandestinas. Interesado en el único periódico que se publicaba, difundiendo el texto de la Carta Magna, no sólo obtuvo un informe de las actuaciones de la Asamblea Nacional Francesa, sino que lo publicó clandestinamente en su propia casa. Sin embargo, cuando se descubrió esta publicación, Nariño y diez colaboradores fueron puestos bajo custodia. Entre sus papeles se encontraron el Triunfo de la razón y apologías de Franklin como ésta:

Eripuit caelo fulmen spectrumque tyrannis!^{36*}

Después de haber sido sentenciado a diez años de prisión y a la pérdida de su propiedad, Nariño logró escapar de su cárcel de Cádiz y viajó de incógnito a Madrid, París y Londres para reclutar adeptos al movimiento emancipador de Sudamérica. Muchos años más tarde regresó a Venezuela disfrazado de sacerdote, sin haber jugado aún todo su papel. Nos encontramos con él en muchos momentos de la revolución.

La idea de la revolución se propagó por medio de innumerables canales subterráneos a las clases criollas superiores. Pero la naturaleza de éstas había sufrido alteraciones desde los comienzos del siglo XVIII. Los criollos multiplicaron sus fortunas por las condiciones comerciales imperantes, las ganancias que producía el contrabando y el aumento en las importaciones de productos coloniales. Cuando comenzó la guerra por la independencia, se consideraba que la riqueza de Sudamérica era mayor que la de Estados Unidos en ese mismo período.³⁷ Como la

34 *La injusticia produce al fin la independencia*

35 *Posada e Ibáñez: El precursor. Bogotá, 1903. R. Rivas: El andante caballero, págs. 73 y ss. Bogotá, 1926. J. R. Vejarano: Nariño, Bogotá, 1939.*

36 Arrancó el rayo al cielo y el cetro a los tiranos.

37 *C. Pereyra: La juventud legendaria de Bolívar, pág. 270. Madrid, 1932. B. Moses: Spain's declining power in South América. 1703-1806. Berkeley, 1919.*

burguesía francesa durante el estallido de la Revolución Francesa, los criollos no constituían de manera alguna una clase empobrecida, sino, por el contrario, un grupo floreciente. La misma superioridad económica alcanzada sirvió de palanca a sus demandas políticas. Les parecía natural que la autosuficiencia política fuese la consecuencia de la autosuficiencia económica. Naturalmente, esto chocó con la voluntad de poder de España y todas las demandas fueron rechazadas. Ya demasiado tarde, a comienzos del siglo XIX, Godoy, el “Príncipe de la Paz”, otorgó mayores concesiones a las colonias. La mayor parte de sus proyectos quedó muerta en el papel y fue finalmente abandonada; según sus propias palabras, “en España las cosas se mueven muy lentamente”.³⁸

Pero la historia mundial no se movía despacio en este período de las guerras napoleónicas, y España, en su vacilación, perdió la última oportunidad de recuperar los restos de la lealtad, que desaparecía con rapidez, de sus colonias sudamericanas. Se comprobó que fue un error grande y costoso seguir considerando a los criollos como un grupo estéril e indolente que pasaba sus días en las hamacas y sus noches jugando a las cartas: un grupo consumido por las enfermedades, las pasiones y el peligroso calor de los trópicos. Se acercaba el día en que la Corona y el pueblo español tendrían que pagar las consecuencias de esta orgullosa ilusión.

38 *Mancini: págs. 222 y ss. E. Benzo: La libertad de América. Madrid, 1922. Marius André: La fin de L'Empire Espagnol de l'Amérique. Paris, 1922.*

II JUVENTUD

Simón Bolívar nació el 24 de julio de 1783 en Caracas, capital de Venezuela. Fue el cuarto hijo de don Juan Vicente Bolívar y doña María Concepción de Palacios y Blanco. La familia Bolívar, entonces una de las más nobles y ricas de la aristocracia criolla de Caracas, había gozado del respeto y estima en las Indias Occidentales desde que Simón de Bolívar se estableció en la isla de Santo Domingo entre los años de 1550 y 1560. Hombre de selectas relaciones y de vida desahogada, De Bolívar fue nombrado para desempeñarse en las altas esferas gubernamentales. Cuando el gobernador de Santo Domingo fue transferido a Caracas se llevó consigo a De Bolívar. Este, pronto ganó la confianza de los caraqueños, y así fue enviado a España con ciertas peticiones a favor de las colonias.³⁹ Por una de estas peticiones, Simón el Viejo, como lo llamaban los americanos, requirió información respecto a la nobleza, linaje y heredades de su familia. El 5 de julio de 1574 recibió la respuesta, según la cual Simón de Bolívar era un noble, cuya familia había vivido durante siglos en las Provincias Vasca; detallaba además su parentesco, posesiones y títulos.⁴⁰

Al establecerse la familia en Caracas, sus hijos se mostraron activos en los cargos públicos y en los tribunales, fueron católicos devotos que hicieron cuantiosas donaciones a la iglesia y, realizando matrimonios entre las familias aristocráticas de la ciudad —descendientes de los conquistadores—, agregaron a su herencia vasca la navarra y la andaluza. San Mateo, una encomienda que trabajaban los indios, permaneció en manos de la familia unos doscientos años y constituyó la base de la fortuna de la misma. Los Bolívar fueron designados alcaldes y se destacaron en la defensa de La Guayra. Así, el linaje del Libertador está dado por una larga e ininterrumpida línea de adinerados y respetados hombres y mujeres de la aristocracia colonial.

39 S. de Izpizua: *Los vascos en América. La ascendencia vasca del Libertador Simón Bolívar*, págs. 42-43. Madrid, 1919. L. A. Sucre: *Historial genealógico del Libertador*. Caracas, 1930. J. Gil Fortoul: *Historia constitucional de Venezuela*, pág. 198. Berlín, 1907. C. Pereira: *Juventud*, págs. 23 ss. Simón Bolívar, el viejo. B. de H. Caracas Vol. X., número 38, pág. 163.

40 A. F. Ponte: *Árbol genealógico del Libertador*. Caracas, 1911. F. Francia: *Árbol genealógico de la familia Bolívar*. Caracas, 1911. J. Humbert: *Les origines et les ancêtres du libérateur*. Paris, 1912.

Sin embargo, encontramos un hilo desprendido en la trama genealógica de la familia Bolívar, en la persona de María Petronila de Ponte, que se convirtió en la segunda esposa de Juan de Bolívar a comienzos del siglo XVIII. Sus orígenes no son claros y por eso resultaron inaceptables a los ojos de los españoles en cuanto a su pureza racial. La madre de María fue la hija ilegítima de una mujer desconocida, a quien sólo pudo encontrarse en el registro de nacimientos bajo el nombre de María Josefa. Su padre había declarado en su testamento, aunque en forma poco convincente, que su madre era su igual en cuanto a nacimiento. Esta María Josefa fue la tatarabuela de Simón Bolívar. Resulta imposible determinar por los registros si ella tenía o no sangre europea, pero no debemos afirmar únicamente por eso que Bolívar era mulato. No obstante, un estudio de su fisonomía y ciertas peculiaridades de su carácter, de las que nos ocuparemos luego, hacen que parezca probable que tuviese una ligera proporción de sangre negra. Y en Sudamérica, según el dicho, mucha gente es *café con leche*.⁴¹

De todos modos, la familia Bolívar obtuvo ciertas ventajas con esta unión, y sus ya considerables posesiones se vieron aumentadas por la adquisición de minas, casas, capillas y grandes propiedades. El vigor y el nervio vascos heredados por Bolívar se volvieron más ligeros, sutiles y sensitivos por la mezcla de sangre tropical.

El padre de Bolívar, nacido en 1726, defendió, como súbdito de su rey, los puertos de Venezuela contra los piratas ingleses, y a los veintiún años fue electo diputado caraqueño en España. Pasó cinco años en la corte de Madrid, pero América no lo olvidó, y cuando regresó a Venezuela, con más cultura y experiencia, fue distinguido con nuevas designaciones. Con todo éxito sustituyó al gobernador, al juez y al comandante de un regimiento de milicia, que había sido necesario crear por la creciente amenaza que para las colonias significaba el poder marítimo británico. No hay duda que aparentaba ser un súbdito leal al su rey, pero hoy sabemos que ya alimentaba en lo íntimo de su alma la idea de la insurrección. En julio de 1781, dos años antes del nacimiento de Bolívar, estampaba su firma al pie de la siguiente carta, referente a las condiciones reinantes en Venezuela: “Nos encontramos en una vergonzosa prisión, y somos tratados aún peor que los negros esclavos, en quienes sus amos confiaban más. No nos queda otra alternativa que sacudir este insoportable e

41 Sucre: *op. cit.*, pág. 118. Pereyra: *op. cit.*, págs. 34-35. A. F. Ponte: Simón Bolívar, pág. 226. Caracas, 1919. M. S. Sánchez: *Origen de Josefa María de Narvaéz*. B. de H. Caracas, vol. XXVII, num. 106. 105.

ignominioso yugo”. Bolívar envió una carta a Miranda, en la esperanza de que instigara la revolución. “A la primera seña que nos haga, estamos dispuestos a seguirle como a nuestro jefe hasta el fin, y a derramar la última gota de nuestra sangre en esta empresa grande y honrosa”. Fue su hijo, sin embargo, quien hizo realidad este sueño revolucionario.⁴²

Todavía se ve en la casa donde nació Bolívar un retrato de su padre, representando como un caballero del siglo XVIII: afectado, elegante y con penetrantes ojos oscuros de mirada muy inteligente. El parecido entre padre e hijo es evidente. El primero, apasionado buscador de placeres, fue un hombre de acción, adaptable, de ideas liberales e independiente. A los cuarenta y seis años se casó con una joven que sólo tenía catorce a la fecha de su enlace, y le dio cuatro hijos en diez años: dos niñas, María Antonia y Juana María, y dos niños, Juan Vicente y el menor que inmortalizaría el apellido de la familia, Simón José Antonio de la Trinidad.⁴³

La casa donde Simón Bolívar pasó sus primeros años era grande y lujosa, al estilo de los días de la colonia. Era el edificio de un piso de origen andaluz, extendido por toda Sudamérica, con techo saliente, puertas coronadas con blasones y ventanas enrejadas. Una fachada simple encubría la verdadera profundidad de la casa, en la cual las habitaciones y el patio estaban dispuestos simétricamente. En el patio, a la sombra de las plantas tropicales, se centraba la vida diurna y nocturna de la familia. Espesas paredes impedían que el calor se filtrase al interior y que las conversaciones sostenidas dentro de ella llegasen a oídos de los extraños. En la sala de recibo se distinguían los retratos familiares, que miraban hacia los graciosos muebles churriguerescos colocados contra las paredes, mientras que en el comedor brillaba el servicio de plata; las copas, tazas, platos y fuentes que constituían el orgullo de todas las familias criollas. Los libros de la biblioteca versaban en su mayoría sobre temas militares, históricos o religiosos: una edición de Calderón, una historia del mundo, los sermones de Bossuet.⁴⁴

Los cuatro niños que llenaban con su actividad la casa de Bolívar iban a crecer separados. Ya desde pequeños sus diferencias fueron acentuadas:

42 W.S. Robertson: *Live of Miranda*. Vol. I, pág. 28. Chapel Hill, 1929. C. Borges: “La casa de Bolívar”, en *Antología Bolivariana*. Bogotá, 1938. V. Lecuna: *Historia de la casa de Bolívar*. Caracas, 1924.

43 C. Lecuna: *Adolescencia y juventud de Bolívar*. B. de H. Caracas. Volumen XIII, número 52, págs. 573. O’Leary: *Memorias*. Vol. I. pág. 4. Pereyra: *Juventud*, pág. 54.

44 Lecuna: *Papeles de Bolívar*, pág. 375. Caracas, 1917.

Juana y Juan Vicente eran rubios y de ojos azules, gentiles y dóciles, en tanto que María Antonia y Simón, ambos morenos y de ojos negros, eran porfiados, positivos, de fuerte personalidad y de una comprensión mutua que se prolongaría a los largo de sus vidas. Como era la costumbre en esos días coloniales, los niños estuvieron al cuidado de sirvientes negros. Uno de éstos, Hipólita, fue la nodriza de Simón. Ella guió sus primeros pasos y le profesó un cariño y una devoción que el Libertador no habría de olvidar. En una carta que envió a una de sus hermanas, muchos años después, Bolívar escribía: “Te envío una carta para que des a mi madre, Hipólita, todo lo que ella desee y la trates como si fuese tu propia madre. Ella me crió. No conozco otros padres fuera de ella”.⁴⁵

Simón Bolívar quedó huérfano a muy temprana edad. Tenía sólo tres años cuando murió su padre, y la tutoría de los niños, así como la administración de la vasta propiedad, quedaron al cuidado de su madre, doña María, y del padre de ésta. Otra valiosa propiedad, que dejó a Simón un tío por línea materna, lindera con la residencia en Caracas, quedó también bajo la administración de ella.⁴⁶ Doña María llevó la vida de reclusión que su condición de viuda exigía. La escasa información que sobre ella poseemos nos la muestra como una mujer sabia y generosa, pese a lo cual no ejerció una gran influencia en la educación de Simón. Se necesitaba para controlarlo una mano más fuerte que la de una dama criolla de ilustre origen. Y en realidad, desde que doña María murió de tuberculosis cuando el niño tenía sólo nueve años, se establece una clara línea de demarcación que separa su educación de los días pasados en la casa paterna.⁴⁷

No mucho después de la muerte de su madre, en 1792, también falleció el abuelo de Simón y se casaron sus dos hermanas, de modo que el niño se vio separado de la vida familiar y de los lazos íntimos que la misma involucraba. La educación que recibió, el modelo que siguió, fue así, más que una parte de su ambiente, el resultado de influencias extrañas. Esta circunstancia lo hizo posiblemente más confiado en sí mismo. Privado de la tranquilizante serenidad de su casa y arrojado en brazos de la vida de la ciudad, con su variedad de impresiones turbulentas, el muchacho perdió muy pronto su simplicidad juvenil. Estas influencias fueron profundamente sentidas por Bolívar, que escribió: “La tierra del suelo natal antes que nada. Ha moldeado nuestro ser con su sustancia. Nuestra

45 V. Lecuna: *Cartas del Libertador*. Vols. I-X. Vol. 19. Caracas.

46 Lecuna: *Adolescencia*, pág. 446. Lecuna: *Papeles*, págs. 349, 379, 390.

47 Lecuna: *Adolescencia*, pág. 454. *Cartas*, vol. V. pág. 20

vida no es otra cosa que la esencia de nuestro pobre país. Es allí donde tenemos los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia que nos infundieron alma al educarnos. Están las tumbas de nuestros padres que nos exigen seguridad. Todo nos recuerda nuestro deber. Todo nos despierta dulces recuerdos y apacibles sentimientos. Fue la época de nuestra inocencia, nuestro primer amor, nuestras primeras impresiones y todo lo que influyó sobre nosotros”.

A fines del siglo XVIII Caracas era la tercera ciudad en importancia y una de las más florecientes en Sudamérica. Construida en las cercanías del mar, su altitud y su clima agradable, estival, contribuyeron a realzar el encanto de su vida. Los viajeros escribieron con admiración de sus casas y jardines, de sus calles y plazas, de sus iglesias y puentes.⁴⁸

Aunque en Caracas no existía demasiada preocupación por una educación desarrollada a un nivel científico, había de todos modos numerosas oportunidades para los mimados jóvenes aristócratas. Los datos coinciden en revelar que Simón era un muchacho salvaje, vocinglero y más inclinado a las distracciones que al estudio. Esta fue la razón por la cual, aun antes de la muerte de su madre, Simón quedó a cargo de un enérgico tutor, José Sanz. Se supone que Bolívar pasó dos años en la casa de este reputado abogado y consejero familiar. Por lo menos está definitivamente establecido que Sanz manejó la propiedad de Bolívar durante varios años y acompañó frecuentemente a “Simoncito”. A través de su descripción Bolívar se nos aparece como un muchacho vigoroso, siempre con la respuesta a flor de labios. Una vez que Sanz le llamó barrilito de pólvora, Simón le respondió: “Tenga cuidado, no se me acerque. Puedo estallar”. Otra vez, mientras iban cabalgando juntos. Sanz en un purasangre y el muchacho en un burro, el primero dijo: “Me temo que nunca llegarás a ser un buen jinete”. A lo que Simón replicó: “¿Cómo voy a ser un buen jinete montando un burro demasiado débil hasta para cargar leña?”

En mi opinión, estas anécdotas están situadas más probablemente en el campo de la ficción que en la realidad. Sin embargo, a través de las mismas se percibe una similitud tal de opiniones con respecto al carácter y temperamento de Bolívar, que su autenticidad fundamental no puede ponerse en duda.⁴⁹

48 Mancini: pág. 107. F. de Segur: *Memoires et couvenirs*, vol. I, pág. 446 París. 1827. F. Depons. *B. de. H. Caracas*, número 51 ss.

49 A. Rojas: *Leyendas históricas de Venezuela*, vol. II, pág. 249. Caracas, 1891. O’Leary: *Memorias*. Vol. I, pág. 5. Pereyra: *Juventud*, pág. 74, y

Después de la muerte de su madre y de el abuelo de Simón, su tío, Carlos Palacios, lo tomó a su cargo y cuidó que aprendiese las nociones fundamentales de la lectura, la escritura, la geografía y la historia. Recibió sus primeras enseñanzas en su casa, a la manera de la mayor parte de los niños de su condición social, pese a que su padre había abrigado la esperanza de enviar a sus hijos a educarse en Europa. Pero los tiempos no lo permitieron, puesto que las guerras europeas y el bloqueo británico lo hicieron muy peligroso para un muchacho de su edad, y Bolívar se quedó en Caracas. El mismo escribió acerca de su educación: “Mi madre y mis tutores hicieron cuanto pudieron para que estudiase. Primero me consiguieron excelentes maestros.... Aunque yo no sepa nada, de todos modos fui educado tal como lo debe ser un niño de buena familia según las reglas españolas”.⁵⁰

¿Quiénes fueron estos maestros? El primero que menciona Bolívar en sus escritos es Andrés Bello, que después llegó a ser un gran filólogo y poeta, y compiló una gramática española que fue considerada como una obra fundamental. En ese entonces Bello tenía tres años más que su alumno, y parece un poco improbable que pudiese contribuir mucho al desarrollo educativo de Simón. La incorrecta ortografía de las cartas enviadas por Bolívar en su primer viaje a Europa nos lleva a la conclusión de que su maestro ejerció en él poca influencia o que, en su defecto, el alumno tenía pocas aptitudes para recibir instrucción teórica.⁵¹

La disciplina de un colegio particular pudo haber resultado saludable para un carácter como el de Bolívar, pero su tío era demasiado bondadoso para obligar al niño a cambiar el hogar por un internado, y por lo tanto éste continuó bajo el cuidado de sus tutores. Fue un hombre, Simón Rodríguez, quien ejerció la mayor influencia sobre Bolívar y a quien

Lecuna: *Adolescencia*, pág. 446. Yo no creo que sea necesario descartar completamente estas anécdotas. Cuando Bolívar estaba en España su tío-tutor escribió lo siguiente: “Me dices que te quita mucho tiempo para atender a su educación; lo creo así; pero como quiera que tú eres un hombre que por tu Constitución te debe faltar el tiempo por mucho que lo aproveches, es necesario que no por atender a él te perjudique a tus intereses; y así es que es preciso hablarle gordo o ponerlo en un Colegio si no se porta con aquel juicio y aplicación que es debido como se lo escribo ahora.” Lecuna: *Adolescencia*, pág. 562. R. Blanco Fombóná: *Mocedades de Bolívar*. Buenos Aires, 1942.

50 *Cartas*, vol. IV, pág. 338. T.C. Mosquera: *Memorias sobre la vida del Libertador Simón Bolívar*, pág. 6. Nueva York, 1853.

51 M. L. Amunátegui: *Vida de Andrés Bello*. Santiago, 1882. *Cartas*, volumen VIII, pág. 304. O’Leary: *Memorias*. Vol. I, pág. 7. Véase también *Homenaje a Andrés Bello*, B. de H. Caracas, núm. 51. L. Duarte Level: *Cuadros de la historia civil y militar de Venezuela*, pág. 214, Madrid.

debe considerarse como su verdadero preceptor. Rodríguez es una figura bizarra, aunque quizá grotesca, y su biógrafo no estuvo desacertado al titular su libro *¿Genio o loco?*⁵² Había nacido en Caracas en 1771. Su nombre verdadero era Simón Carreño, pero más tarde repudió el apellido de su padre, llamándose a veces a sí mismo Robinsón. Deseaba vivir como el hombre primitivo, en la naturaleza. Su equilibrio mental debió sufrir alguna alteración a temprana edad. Relámpagos de genialidad y de idiotez, de inteligencia y locura, se sucedían en las obras de este hombre, que desde sus retratos nos clava la vista con una mirada de lunático capaz de confundir a la gente normal. Había leído todos los libros de filosofía caídos en sus manos: Spinoza, Holbach y sobre todo Rousseau. Su gran ambición era convertirse en el Jean-Jacques de Suramérica. Además era mujeriego, cínico, descarado, inconstante y simpático impostor. Se le podría llamar un Eulenspiegel de la pedagogía, si no fuera por la nota de trágica convicción características de todos sus sueños y fantasías. Finalmente, debe haberse dado cuenta de que se gana poco dinero impartiendo ideas y en años posteriores se ganó la vida administrando una fábrica de velas. Ya viejo —llegó a los ochenta años— admitió: “Yo, que desee hacer del mundo un paraíso para todos, lo convertí en un infierno para mí.” Aún más conmovedoras son estas otras palabras suyas. “Cuando no se puede esperar nada de la vida, se puede esperar algo de la muerte.” No existe prueba definitiva de que este visionario reformador y luchador haya aplicado a Bolívar las teorías de *Emile*, pero es indudable que puso a Rousseau en contacto con el joven. Ciertamente los puntos de coincidencia con *Emile* son notables; Bolívar era huérfano, condición requerida por Rousseau; también era rico, sano y fuerte. Rodríguez, que en ese entonces vivió en San Mateo con Bolívar, pudo exponerlo a la influencia de la naturaleza e inmunizarlo de la del mundo exterior.⁵³

En todas las cartas y escritos de Bolívar, ningún autor es mencionado tantas veces como Rousseau. En su confesión a Simón Rodríguez, Bolívar afirma con toda claridad: “He transitado el camino que usted me ha señalado.” Para luego agregar: “Usted ha moldeado mi corazón para la libertad y la justicia, para lo grande y lo hermoso.”⁵⁴

52 F. Lozano y Lozano: *El maestro del Libertador*, París, 1913. J. R. Wendehake: *The Master on Bolívar*, Colón, 1930. E. Posada: *El maestro del Libertador. B. de H. Bogotá*, Vol. XVI.

53 J. J. Rousseau: *Emile*, vol. I, págs. 17, 20, 42. París, 1882. M. André: *Bolívar y la democracia*, págs. 19-20. Barcelona, 1924. Simón Rodríguez: *Defensa de Bolívar*, pág. 12. Caracas, 1916.

54 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 6. O'Leary: *Doc.* Vol. IX, págs. 511 ss. *Cartas*, vol. IV, pág. 32.

Empero, Rodríguez no pudo vanagloriarse de resultado tangible alguno, puesto que Simón fue un excelso especialista en el arte de no aprender nada. Fue más la educación que la instrucción que recibió, pero con ello, al menos, el maestro se ganó un lugar en la historia. Contribuyó a la formación de un gran hombre y ¿qué más puede pedirse a un pedagogo? En realidad, esta conducta de Rodríguez tuvo mejores posibilidades de llegar al corazón de su discípulo, porque aunque Bolívar comprendía rápidamente y tenía buena memoria, no se preocupaba mucho por sus estudios. Sensible, franco, impaciente, fácilmente desconcertado, los sentimientos apasionados se enraizaban más pronto en su alma que la aridez de los hechos y la filosofía. Con toda su turbulencia, sin embargo, se nota en él cierta madurez temprana, y el joven prefirió decididamente las conversaciones de los adultos a la compañía de los de su edad. Rodríguez dijo de sí mismo que no deseaba echar raíces como un árbol, y su primer contacto con Bolívar no fue de larga duración. Nadie puede sorprenderse de que Rodríguez, a causa de su temperamento, se haya visto envuelto en dificultades políticas que finalmente lo obligaron a alejarse de Caracas y de su discípulo. El primero de estos incidentes llevó la atención de Bolívar hacia la política. Hasta ese entonces, compartía la creencia, generalmente aceptada, en la autoridad de origen divino del rey de España, lejana deidad a quien se debían leal sumisión y ciega obediencia.⁵⁵ Sin embargo, los hechos de 1796 sacudieron hasta la candorosa credulidad de los venezolanos. La vida colonial se había visto profundamente afectada por la guerra abierta con Inglaterra: se había interrumpido el comercio a causa del bloqueo inglés y las ventas habían disminuido, mientras que los fletes y las tasas de seguro habían aumentado. En vez de proteger al comercio americano, la armada española se enfrentó con la flota británica y sufrió una clara derrota en 1797. La madre patria perdió a Trinidad y el continente americano sufrió considerablemente. En Venezuela se reprimió con facilidad una insurrección de los negros, que no había alcanzado proporciones de importancia, pero el aire estaba preñado de ideas revolucionarias.⁵⁶ La gente hablaba de la Revolución Francesa, de los acontecimientos de Haití, de la emancipación de los esclavos y de los iguales derechos de los negros. Las clases blancas superiores que observaban estos hechos desde muy cerca, se dieron cuenta que el levantamiento de los negros era el comienzo de ese fin. Pero mientras

55 J. Zalamea: "Infancia y adolescencia de Simón Bolívar." En *Antología Bolivariana*, pág. 132. Bogotá, 1938.

56 Blanco: *Doc.*, vol. I. 230. Gil Fortoul: *op. cit.*, pág. 92

se estaba aún discutiendo esto, se produjo una rebelión de dimensiones mucho mayores. La suerte de un grupo de españoles, acusados de desplegar actividades republicanas en la madre patria y deportados a la prisión de La Guayra, despertó la simpatía de los venezolanos. Los prisioneros fueron tratados con mucha cortesía, hasta con deferencia, en esta prisión, en la que la vida se asemejaba a la del *Die Fledermaus* de Strauss. Recibiendo visitantes, pronunciando conferencias sobre “los principios claros y simples del sistema republicano”, los prisioneros, y finalmente también sus discípulos americanos, se pusieron de acuerdo para realizar un plan revolucionario. Primero, los españoles debían ser puestos en libertad y enviados a las Antillas, y después tenía que estallar en Venezuela una revolución general, dirigida por José María España y Manuel Gual, ambos miembros respetados de la sociedad criolla.⁵⁷

La parte inicial del plan fue ejecutada y los prisioneros escaparon, pero pronto olvidaron la ayuda que habían prometido a sus amigos americanos y nada más se supo de ellos. En el ínterin, había estallado la revolución en Caracas, pero sólo para fracasar, porque una prematura revelación permitió al gobierno tomar prisioneros a muchos de los conspiradores. Entre los sospechosos estaba Simón Rodríguez. Las clases superiores de los criollos se apresuraron a reafirmar su lealtad al gobernador y fue relativamente fácil aplastar el levantamiento. La llama de la revolución no se extendió muy lejos.⁵⁸ Los líderes fueron arrestados; Gual escapó, pero España fue arrastrado por caballos hasta la horca y su cabeza y sus miembros fueron seccionados exhibidos como advertencia a todos.

Bolívar los vio. ¿Cuáles fueron sus sentimientos? ¿Cuáles sus pensamientos? Estaba informado de los planes rebeldes y se le había confiado la parte que le correspondía a su maestro en la conspiración, pero — pese a su juventud— nada reveló de lo que conocía de la empresa. Durante el juicio por traición, recibió permiso para visitar a los prisioneros, y cabe suponer que fue entonces cuando nacieron sus primeras dudas políticas. Rodríguez escapó de la condena por falta de pruebas. Y puesto que no tenía mayores intenciones en perder la cabeza, decidió que lo más conveniente era dejar a Venezuela. De este modo, Bolívar perdió sus huellas por algún tiempo.⁵⁹

57 Fulgencio López Castro: *La Guayra: Casa y matriz de la Independencia*. Caracas, 1941. Blanco, *Doc.*, vol. I, págs. 287-288.

58 Baralt y Díaz: *Resumen de la Historia de Venezuela*, vol I, págs. 18-20. Brujas, 1939. Blanco: *Doc.*, vol. I, pág. 311. Lecuna: *Adolescencia*, pág. 540.

59 21 Mosquera: *op. cit.*, pág. 7.

El desasosiego político hizo que el gobierno prestase mayor atención a la milicia recientemente organizada en Venezuela. El padre de Bolívar había formado un batallón, y a esta unidad, la Milicia de Aragua, se incorporó como cadete el joven Simón Bolívar a la edad de catorce años. Bolívar pasó un año en la milicia, y aunque a la terminación de su servicio fue ascendido al grado de teniente, apenas si pudo recibir entrenamiento militar adecuado. Aparentemente le gustaba mucho lucir sus uniformes. Sus partes militares no tienen nada de destacado, y en realidad poco era probablemente lo que podía calificarse de destacado en el joven de ese entonces. Era despierto, inteligente, elegante y buen mozo; amante del baile, de la equitación y de la natación, sobresalía en todo, como la mayoría de los jóvenes sudamericanos de su clase.⁶⁰

Había aprendido todo cuanto pudo o quiso en Caracas, y pareció llegado el momento de ampliar los horizontes. Su tío, Esteban Palacios, que en ese momento residía en Madrid, tenía amigos influyentes en la corte, de modo que aprovechó la oportunidad de enviar a Simón a España para que hiciera fortuna. Todos presentían que con un poco de suerte el joven podría obtener dinero, título y alto cargo; pero el destino lo quiso de otro modo. Bolívar se embarcó en el *Ildefonso* el 19 de enero de 1799, provisto de las cartas de presentación adecuadas para un joven de su condición.

Esta es la primera vez que Simón Bolívar, entonces un agradable y sociable muchacho de dieciséis años, no dependía de nadie, y aprovechó la ocasión para dilapidar el dinero a manos llenas. Su barco se detuvo en Veracruz, proporcionando a Simón Bolívar una rápida visión de México. Durante una audiencia concedida por el virrey al joven criollo, tuvo éste la oportunidad para expresarse con palabras que poco tuvieron de ingenuas. Su audacia impresionó a los presentes, pues elogió a la Revolución Francesa e incluso defendió el derecho de América a su independencia. Pero el virrey no le concedió mayor importancia. México constituía un terreno peligroso, amenazado desde hacía tiempo por revueltas políticas. Poco importaba que un mequetrefe de Venezuela hablase de cosas que no entendía, y el virrey se limitó a despedirle cortésmente, dándole nuevas cartas de recomendación para el gobernador de La Habana.⁶¹ Pero antes de embarcarse otra vez, Bolívar escribió a su tío y tutor una carta

60 Lecuna: *adolescencia*, págs. 473-544. Blanco: *doc*, vol. I. pág. 190.

61 Mosquera: *op. cit.*, pág. 7. Larrazábal: *Vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar*, pág. 7. Nueva York, 1901. O'Leary: *Memorias*, vol I, pág. 7-8.

—la primera de una enorme colección, puesto que después habría de convertirse en uno de los más prolíficos, si no el más, de los escritores de cartas en Sudamérica— sumamente mal escrita, con la descripción de esta primera etapa de su viaje a Europa.⁶²

Simón Bolívar llegó a España a comienzos de la primavera. Sus parientes no indagaron el propósito de su viaje y convinieron que la presencia en la corte de un compatriota deseoso de proteger a los sudamericanos tenía necesariamente que explotarse. No obstante, se dieron cuenta de inmediato que el joven era muy ignorante y que, aunque tenía una presencia agradable, no poseía cultura alguna. La primera tarea fue suministrarle fondos, pues había llegado a España con los bolsillos vacíos. Se consideró conveniente instruir a Simón en el conocimiento de unos cuantos idiomas, los rudimentos de las matemáticas, y el arte de la danza y el duelo. Obran en nuestro poder las cuentas detalladas de todos los gastos efectuados para convertir al joven provinciano en un cortesano madrileño.⁶³ En ella observamos que su tío tuvo que pagar más por ropas que por libros y maestros; ¡parece que no es sólo ahora cuando los buenos sastres cuestan más que los buenos profesores! Bolívar fue amable, obediente y complaciente en extremo; estudió con ahínco su propio idioma y otras lenguas extranjeras y hasta tomó en serio sus lecciones de matemáticas. Al principio, el muchacho vivió con su tío en casa del sudamericano Mallo, pero ante las quejas de aquél por las molestias que a veces le ocasionaba su sobrino, se le puso bajo el cuidado de un gran caballero de Caracas, el marqués de Ustariz. Fue él quien primero inculcó a Bolívar el gusto por la lectura. Según el propio Libertador, en su juventud leyó a todos los grandes poetas de la antigüedad, a todos los filósofos, historiadores y oradores y a los clásicos modernos de España, Francia, Italia e Inglaterra.⁶⁴ Entre los antiguos, fue Plutarco quien más lo impresionó. Sea como sea, es cierto que en ese entonces leía mucho, atracándose de ideas cuya importancia sólo apreció más tarde. Pero estos estudios no ocupaban todo su tiempo, y por otra parte su viaje nunca pretendió ser meramente educativo. Había cosas más concretas y remunerativas que aprender, no de los libros, sino de la vida en la corte.

De todas las cortes del *Ancien Régime* era esta, seguramente, la más degenerada. Detrás de la fachada de las ceremonias españolas se

62 *Cartas*, vol. I, pág. 3. Lecuna: *adolescencia*, págs. 552-562.

63 Lecuna. *Adolescencia*, págs. 449-450, 556.

64 *Cartas*: Vol. IV, pág. 333.

escondían la pobreza y la depravación. En los diez años subsiguientes al estallido de la gran revolución, la política española no siguió una dirección recta, pues Carlos IV le imprimió un curso incierto, al compás de las políticas de Francia e Inglaterra. Corrió el riesgo de perder poco a poco su poderoso imperio, aboliendo hoy lo que había sancionado ayer. Los hombres de mayor visión, como el conde de Aranda, se habían dado cuenta hacía tiempo de la amenaza pendiente sobre las posesiones coloniales de España, pero la corte había desechado sus opiniones por pesimistas. Carlos IV, el mejor de los hombres y el peor de los reyes, sólo conocía los placeres de la caza, en tanto que la reina dirigía los asuntos de Estado desde su dormitorio. Aunque no se esté dispuesto a creer todas las historias que una *chronique scandaleuse* contada sobre María Luisa, es indiscutible que Godoy fue su amante, bien que obligado a compartir con muchos otros los favores de la reina. Cuando Bolívar llegó a Madrid, el favorito de turno era Manuel Mallo, y se dice que cuando el rey preguntó a éste el origen de su fortuna, recibió por respuesta que era mantenido por una mujer vieja y rica. Bolívar no pudo, en virtud de su falta de experiencia, aceptar la brillante posición que le ofreció Mallo, pero vivió un tiempo en su casa y tuvo oportunidad de observar las idas y venidas de la reina, sus inspecciones a la cocina y su pago de cuentas.⁶⁵ Una vez hasta la escoltó, disfrazado, de regreso a sus alojamientos, y pese a no tratarse en realidad más que de un encuentro accidental, se tejieron en torno a este incidente interpretaciones eróticas.⁶⁶ Con todo, esto no podía elevar el respeto de Bolívar por la dinastía y la forma monárquica de gobierno. Los sudamericanos habían mirado con adoración religiosa al ídolo de su Imperio, que visto de cerca perdía todo su esplendor. Bolívar no podía evitar estos pensamientos, aunque a causa de su extrema juventud ellos no le reportaran luz y seguridad. Para él, la corte constituía una aventura agradable.

Mientras jugaba, se enfrentó con uno de sus futuros adversarios, el príncipe de Asturias, que un día llegaría a ser el rey Fernando VII. En el calor de una partida de pelota y pala, y en presencia de la corte, Bolívar le arrancó el sombrero de la cabeza a su oponente. El príncipe esperó en vano una disculpa, y la reina dio la razón a Bolívar. Relatando más tarde este pequeño incidente, dijo: “¿Quién podría haberle profetizado a

65 O'Leary: *Memorias*, vol. I, págs. 9-10.

66 O'Leary: *op. cit.* Larrazábal: Vol. I, pág. 8. Mosquera: *op. cit.*, pág. 8. De Villa Urrutia: *La reina María Luisa y Bolívar*. Madrid, 1927.

Fernando VII que ésta era una señal de que algún día yo iba a arrancarle la joya más costosa de su corona?⁶⁷

Oficialmente, Bolívar pertenecía al círculo de americanos bajo el patronazgo de Mallo, y estaba obligado a rendirle ciertas muestras de respeto exteriores, porque en realidad sus relaciones eran superficiales. Cuando su tío fue arrestado repentinamente por alguna razón incierta, Simón aprovechó la oportunidad de apartarse de Mallo y buscó a cambio la protección del marqués de Ustariz.⁶⁸ Se debe en gran parte al marqués que este pequeño aristócrata se convirtiese en un joven ilustrado y cultivado, cuya devoción al trabajo fue tan apasionada que corrió el peligro de caer enfermo. Esta es la primera revelación de la pasión de Bolívar que, junto con una perseverancia indestructible, iba a conducirlo al triunfo.⁶⁹

En la casa de Ustáriz el muchacho se encontró con María Teresa, hija de un noble nacido en Caracas, Bernardo Rodríguez de Toro, y de inmediato se convirtió en su novio. Ella era una muchacha de veinte años, nada bonita, pero con mucho encanto, que atrajo a Bolívar por la gran dulzura de su personalidad y la madurez de su carácter. Cortejó a María Teresa, a quien consideraba una joya de inestimable valor, con gentileza y pasión, y ella correspondió a ese amor. Tanto el marqués de Ustariz como el padre de María Teresa prestaron su consentimiento al matrimonio, con la condición de que el mismo se postergase, dada la juventud de Bolívar, que por ese entonces contaba diecisiete años. Como su tío Esteban estaba aún en la cárcel, Simón envió el anuncio oficial de su boda a su familia en Caracas, aunque temiendo que su edad constituyese un factor de oposición. La carta en que solicita el consentimiento es una obra maestra de diplomacia, que recuerda en algunos aspectos la famosa carta de amor de Otto von Bismarck. Simón escribió con unción, humildad y encanto, recordando a su tío que si moría sin desprenderse de la vasta propiedad que él, Simón, heredaría con la condición de residir en Caracas, ella pasaría a las manos de otra rama de la familia. Todo esto, aunque en cierto modo verdad, no era naturalmente lo que más importaba al joven, pero la circunstancia de que especulara con éxito sobre los estrechos lazos familiares de los Palacios, para obtener lo que deseaba, revela ya al político en el muchacho de diecisiete años.⁷⁰

67 Mosquera: *op. cit.*

68 *Cartas*: Vol. IV, pág. 333.

69 O'Leary: *Memorias*. Vol. I, pág. 10.

70 *Cartas*: vol. I, págs. 11-12. Mosquera: *op. cit.*, pág. 9. Pereyra: *Juventud*, pág. 173.

La familia prestó su consentimiento. Empero, antes de seguir a los Toro cuando se trasladaron a Bilbao, se encontró envuelto en una de esas oscuras intrigas que preceden frecuentemente la caída en desgracia de un favorito de la corte. Esta vez se presagiaba el fin de Mallo, de quien la reina se había cansado. Su viejo favorito, Godoy, estaba otra vez en el candelero. Sin embargo, antes de producirse la caída, la pandilla de Mallo, a la que Bolívar pertenecía, por lo menos a los ojos de la corte, olfateó el cambio de viento. Un día, cuando se disponía a atravesar la Puerta de Toledo, fue detenido; se le entregó una orden del ministro de Fianzas que reprimía el uso excesivo de diamantes. Bolívar resistió el registro de su persona con la espada desenvainada —estaba vistiendo uniforme—, y con la ayuda de amigos que pasaban logró impedir el escándalo. Hasta hoy se ignora la causa real o el instigador de dicho incidente: mientras algunos se inclinan a creer que la orden fue dada por la propia reina, otros creen que fue Godoy.⁷¹ De este modo se desvanecieron las posibilidades de que Bolívar hiciese una gran carrera en la corte española; pero sólo tenía dieciocho años y María Teresa le importaba mucho más que María Luisa y sus favoritos. Simón se apresuró a seguir a su prometida a Bilbao, y luego de pasar con ella muchos meses, hacía fines de 1801 realizó un corto viaje a Francia.

En su recorrido por ese país, Bolívar pudo observar señales de la actividad napoleónica. Se había firmado la Paz de Amiens y Francia se había asegurado el control de Europa en virtud de sus victorias de Marengo y Hoehenlinden. La irreconciliable Inglaterra había reconocido, por un corto período al menos, la invencibilidad de Napoleón, a quien su propio país le había ratificado su confianza en un plebiscito. No sabemos cuál fue la impresión que este estado de cosas produjo en el joven Bolívar, aunque es probable que su cabeza se preocupase más por los regalos de casamiento para su novia. Las cartas de entonces a sus parientes son en su mayoría peticiones de dinero.⁷²

Para Bolívar, el presente era mucho más importante que los sueños de un futuro heroico, e inmediatamente después de obtener el consentimiento real, se caso. Según su propia confesión, estaba dedicado por completo a su novia y las ideas políticas no habían entrado todavía en su imaginación. “Mi cabeza —escribía— sólo contenía la niebla de un amor apasionado”.⁷³

71 O’Leary: *Memorias*, vol. I. págs. 11-12. Mosquera: *op. cit.*, pág. 9. Pereyra: *Juventud*, pág. 173.

72 *Cartas*: Vol. I. págs. 5-8.

73 Perú de la Croix: *Diario de Bucaramanga*, págs. 226-230. Ed. por Monseñor Navarro. Caracas, 1935.

Desde España, la joven pareja viajó a Caracas, a donde llegó a mediados de 1802. Aunque Bolívar se consideraba el hombre más feliz del mundo, su felicidad duró poco. Su esposa pudo resistir al principio los peligros del clima tropical, pero sucumbió al desatarse una fiebre y murió demasiado pronto para dejarle un heredero. Quien había crecido sin padre ni madre estaba nuevamente solo. Parece como si el destino no le deparara una vida de familia y le adjudicase en cambio mucha soledad, que, sin embargo, supo cómo sobrellevar.

Bolívar jamás volvió a casarse. Muchos años después le decía a un amigo: “Yo quería mucho a mi mujer. A su muerte, juré no volverme a casar nunca. He mantenido mi promesa”. Empero, no permaneció fiel a la memoria de María Teresa, y su trágico y breve matrimonio sólo fue un intermedio en el conjunto de su vida. En realidad, es poco probable que María Teresa hubiese podido retener permanentemente a este hombre, que poseía muchas mujeres, pero sobre quien ninguna ejerció mayor influencia. Cierta vez, en un momento de dramatismo, muy propio de su temperamento, inclinado hacia lo teatral, dijo:

“Considero que mi esposa fue una emanación de ese Ser que le infundió vida. El Cielo creyó que le pertenecía, y la arrebató de mi lado. Porque ella no era de este mundo”.⁷⁴

No obstante, su desolación primera no iba a perdurar. La vitalidad y sensualidad tropicales de Bolívar, que se encendían al primer encuentro, no podían quedar mucho tiempo de lado por el peso de un juramento romántico. Sabía cómo tolerar su soledad y en todas las etapas de sus andanzas, a través del “desierto del egoísmo que se llama vida”, encontró un oasis y una mujer dispuesta a compartirlo con él. En verdad, algunos cínicos insisten en que sólo pronunció su juramento a efectos de quedar libre para gozar de las experiencias y sensaciones que lo tentaron a lo largo de su vida.

Pero había una razón mucho más profunda que hizo que Bolívar mantuviese su promesa. Al hablar de su casamiento, unos veinticinco años después, dijo: “De no haber sido viudo, quizás mi vida habría sido distinta. No me habría convertido en el general Bolívar ni en el Libertador de Sudamérica. La muerte de mi esposa me puso pronto en el camino de la política”. Pudo haber vivido —si seguimos el curso de su pensamiento— al lado de María Teresa en San Mateo; pudo haber tenido muchos hijos y ser simplemente miembro pasivo del gran movimiento que en realidad lo tuvo como fundador y jefe. Bolívar sabía demasiado

74 Mosquera: *op. cit.*, pág. 10.

bien que ese tipo de existencia no lo habría satisfecho por mucho tiempo. No había nacido para vivir un pacífico idilio, y de esto se daba cuenta él mismo, diciendo semiconscientemente: “Admito que mi genio no se conformaba con llegar a intendente de San Mateo.”⁷⁵ Pero, si no, ¿con qué otra cosa entonces?

75 D. de B. *op. cit.*

III

EL VOTO DE MONTE SACRO

A la muerte del padre de Bolívar sus herederos obtuvieron la posesión de grandes propiedades que incluían doce casas en Caracas y La Guayra, gran número de cabezas de ganado diseminadas en las anchas planicies de Venezuela, campos de índigo en el valle de Suata, ricas minas cerca de Aroa, y San Mateo, donde se destilaba el ron de la caña de azúcar que crecía en esa misma heredad. Aparte de la herencia de su padre, Simón administró otra propiedad que le proporcionaba una renta de unos veinte mil pesos. Era uno de los hombres más ricos de Caracas y podía desarrollar un gran número de actividades.⁷⁶

Pero Bolívar siempre se mostró indiferente hacia el dinero y las propiedades. Es cierto que nunca le faltó lo suficiente para solventar sus necesidades, pero continuamente repartió, donó y gastó sin pensar en el futuro. Sus inclinaciones hacían que no pudiera incluirse en ese grupo —al que pertenecía por sus posesiones— que daba fundamental importancia a las palabras “propiedad” y “posición”. El dinero no era para él sino un medio para olvidar la muerte de María Teresa. No pudo olvidarla en Caracas ni en los hermosos valles de la hacienda, en donde todo se unía para recordarle los días felices de su matrimonio.

Una vez arreglados sus asuntos, inició los preparativos para viajar otra vez al Viejo Mundo.⁷⁷ Quizás se sintiese atraído por Europa al comprender que sólo allí podría completar su educación y experiencia, por medio de lecturas, estudios y el trato con las gentes. O quizá recordase los placeres ya gustados en su primer viaje. Ambos atractivos formaron el contenido de los años que pasó en Europa durante ese período de su vida.

Desembarcó en Cádiz después de un viaje largo y pesado, y se apresuró a ir a Madrid para encontrarse con el padre de su difunta esposa.

El pesar de Bernardo Toro, que había sufrido aún más que Bolívar por la pérdida de su única hija, hizo que su herida volviera a abrirse. “Nunca —dijo después— podré olvidar mi encuentro con don Bernardo, cuando le comuniqué los recuerdos de María Teresa. Hijo y padre vertieron juntos sus lágrimas. Fue una escena de dulce pesar, puesto que los pesares de amor son dulces”.⁷⁸ Pero quien cree que las tristezas son dulces no puede

76 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 14.

77 *Cartas*: Vol. I, pág. 10. Lecuna: *Papeles*, pág. 458.

78 Mosquera: *op. cit.* pág. 10.

sentir la tristeza ni el amor muy profundamente, y aunque Bolívar, un verdadero discípulo de Rousseau, aún se consumía de dolor por la muerte de su esposa, su curiosidad y su fuerte voluntad lo impulsaron a seguir adelante.

En Madrid encontró un grupo de jóvenes sudamericanos que le resultó atractivo. Igual que él eran ricos, vivían en la ociosidad y no contaban con el favor de la corte. El odio y el sentimiento de inferioridad que muchos criollos abrigaban hacia la madre patria iban desembocado en sus corazones en impulsos revolucionarios. Quizá Bolívar se diese cuenta de sus intenciones, pero en esos momentos no era de manera alguna un conspirador envuelto en un movimiento de esa índole. No obstante, fue conminado, junto con sus amigos, a abandonar Madrid en un plazo perentorio. El pretexto esgrimido por el gobierno para deshacerse de todos los extranjeros fue una temporal escasez de comida. Pero, por supuesto, el edicto estaba dirigido contra los fastidiosos sudamericanos. Y Bolívar, no queriendo enfrentarse a la situación, se fue a París después de una breve visita a Bilbao.⁷⁹

En ocasión de su primer viaje a Europa, su punto de destino había sido España, donde se halló bajo la influencia de la corte y de María Teresa. No obstante, en este otro viaje, la madre patria apenas si fue una etapa en el camino hacia Francia e Italia, donde desempeñaron los papeles más importantes su viejo maestro, Simón Rodríguez, y madame Fanny Dervieu du Villars, a quien Bolívar había conocido en Bilbao durante su primer viaje al Viejo Mundo. En esa oportunidad, este último se encontraba demasiado ocupado haciendo la corte a María Teresa, pero ahora, en París, se acordó de Fanny. Y como su nombre de soltera, Aristiguieta, figuraba en el árbol genealógico de los Bolívar, ambos decidieron sin más que eran primos y Simón se alojó en su casa. Fanny, que tenía veintiocho años y era un poco mayor que Simón, estaba casada con el barón Dervieu du Villars, que casi le doblaba en edad. Este, como oficial del ejército de Napoleón, estaba casi constantemente fuera de su hogar a causa de sus obligaciones en el extranjero. A juzgar por las miniaturas de Isabeau, Fanny era una mujer encantadora, de cabello oscuro y rizado y luminosos ojos negros. Parecía sentimental, orgullosa y sensual: una belleza típica de la época. Por su parte, Bolívar, a juzgar por un cuadro de la colección de la propia baronesa, era delgado y llevaba con elegancia los graciosos

79 O'Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 12. Mosquera: *op. cit.*, pág. 11.

trajes entonces de moda; dominante, confiado en sí mismo, inconstante y de mal genio, tenía frente amplia, cabello negro y ojos magnéticamente brillantes.⁸⁰

Fanny fue en París la confidente de Bolívar. Amiga cordial, supo comprender sus extravagancias, escuchar sus confesiones sobre deudas de juego y ayudarle en muchas situaciones embarazosas. Pero fue además su compañera durante otras horas más serias, cuando él le confiaba sus recientemente adquiridas ideas políticas.⁸¹ Quizá Bolívar se lamentó ante ella de la pérdida de María Teresa. En los días de Chateaubriand y su René, Fanny se mostró tan dispuesta a ayudarle a olvidar su desgracia como él a recibir consuelo. Primero su confidente, después de convirtió también en su amante. No pueden interpretarse de otro modo las palabras que ella le escribió después de veinte años: “Tengo el convencimiento de que me querías sinceramente”, o si no: “Dime... pero escribemelo con tu propia mano, que eres verdaderamente mi amigo. Es el único sentimiento que deseo y por él cual siento celos, pues no tengo derecho a reclamar nada más”⁸². Ella trató de ayudarle y comprendió las razones por las que quería parecer un *dandy* parisiense y codearse con los hombres de mundo de la capital francesa. Pero ambicionaba también la gloria, para él y para sí misma; soñaba con una gran carrera y con recibir los reflejos de su fama futura. En el mundo de Napoleón todo era posible.

Fanny du Vilars, mujer muy elegante, que creía que las relaciones sociales significaban triunfos altos en el juego de la vida, era dueña de un salón donde se reunía la sociedad de París imperial.⁸³ Fue precisamente en su casa donde Bolívar conoció a numerosos jefes militares de Francia y, por su intermedio, a muchos hombres y mujeres influyentes que daban la tónica de la moda en la capital. Eugenio Beauharnais fue rival de Bolívar en la disputa por el amor de madame Du Villars y en cierta ocasión solamente la intervención de la propia Fanny evitó que en una

80 L. A. Sucre: “Bolívar y Fanny du Villars.” B. de H. Vol. XVII, núm. 68, página 345. Lecuna: *Adolescencia*, págs. 655 ss. Pereyra: *Juventud*, pág. 204. Con respecto a la carta falsificada de Viena, véase Lecuna: *Cartas*, vol. I. pág. 11 y vol. X. Pág. 395. Bolívar nunca había estado en Viena. Toda la carta es absurda y producto de una leyenda. Ya es tiempo de que sea definitivamente testada en la biografía de Bolívar. puede decirse lo mismo de los materiales restantes que tienen su origen en la misma fuente, publicados por Lecuna en *Cartas*, volumen X.

81 O’Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 19.

82 O’Leary: *Doc.*, vol. XII, págs 293 ss y 298.

83 Lecuna: *Adolescencia*, pág. 656.

pelea originada en un equívoco verbal desembocase en un duelo.⁸⁴ El orgullo, el espíritu de independencia y el temperamento volcánico del sudamericano no quedaban perdidos en medio de esta constelación de hombres famosos y uniformes brillantes. Bolívar estaba impresionado, pero trataba de aparentar indiferencia emitiendo sus opiniones republicanas apenas maduras; gozaba escandalizando a sus compañeros de cena, miembros del nuevo régimen, con sus atrevidas palabras. Como desechaba la posibilidad de ser incluido en la lista negra oficial, exponía libremente sus puntos de vista sobre Napoleón, a quien admiraba y detestaba por igual, y sobre el carácter del pueblo francés en general.

¿Era ya entonces un republicano convencido? Es cierto que había devorado a Montesquieu, Voltaire y Rousseau, y, según sus propias afirmaciones, leído también a Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert y Helvetius. Le fascinaron dos grandes pensadores del siglo XVII: Hobbes y Spinoza. El espíritu independiente del primero y el republicanismo del segundo, y ambos con un sentido realista de la política, ejercieron gran influencia en el pensamiento del sudamericano.⁸⁵

El resultado positivo de todas estas lecturas fue una adhesión completa a las ideas ilustradas de los siglos XVII y XVIII, así como la firme creencia en los derechos del hombre; en la libertad, en la razón, en la dignidad, en la humanidad. Bolívar, que era hombre de acción, no puso a prueba estas nuevas formas de pensar y sin más las aceptó, dejando que lo dominaran: y con estas ideas quedó destruido todo lo que quedaba de la ingenuidad bondadosa de sus veintinueve años. Aprendió, si no a aceptar, a guiarse por las ideas eternas de la razón, la justicia y la libertad. Entonces se convirtió, desde un punto de vista filosófico, en un racionalista, ni radical ni irrealista, sino creyente convencido en los elevados conceptos que triunfaron en las revoluciones de Inglaterra, Francia y Norteamérica. Esto queda bien claro si se estudia el vocabulario que utilizaba en sus discursos, notas, cartas y folletos, inflamados todos con sus ideas de independencia, soberanía popular, progreso y civilización.⁸⁶ Era muy natural que desease ver realizados estos ideales en su propio país y que comparase el *statu quo* allí existente con lo que podría ser.

Esta concepción ideológica lo puso en contacto con la francmasonería: se incorporó a la cofradía americana en París, alcanzando el grado de maestro. Pero pronto llegó a sentir desprecio por el aspecto teatral de

84 O'Leary: *Memorias*, vol. I, págs. 16 ss. Mosquera: *op. cit.*, pág. 11

85 *Cartas*: Vol. I, págs. 333. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 18.

86 Pereyra: *Juventud*, pág. 187.

las logias; en el mundo en que vivía, fuerzas poderosas confluían para fortalecer sus convicciones democráticas.⁸⁷

Entre las muchas personas que Bolívar conoció en París, Alexander von Humboldt fue quien más lo estimuló a seguir avanzando por el camino liberal. El gran científico había regresado a Francia después de haber estado cinco años en Sudamérica. En compañía del joven francés Bompland, Humboldt había navegado por el Orinoco río abajo y cruzado las vastas planicies que yacen al pie de los Andes. Había explorado cordilleras y clasificado las plantas. Había visitado a Bogotá, Quito, Lima y México. Había ascendido a los picos recubiertos de nieve y dormido en la humedad del follaje a lo largo de los anchos ríos. Ningún esfuerzo ni peligro, ninguna plaga ni enfermedad, pudieron desviar a este hombre de su desinteresado afán de desentrañar los secretos de la naturaleza tropical. Su regreso a Europa constituyó un hito en la historia de la ciencia: Napoleón rindió honores a Humboldt y Bompland por decreto imperial y todo París se hizo eco de su fama.⁸⁸

Bolívar debió conocer al científico en el salón de Fanny du Villars, o más posiblemente en la casa del arrabal de St. Germain. No faltó la comunidad de intereses mutuos. Aunque Bolívar estaba en Europa cuando Humboldt llegó a Venezuela, el gran científico había gozado de la hospitalidad de muchos caraqueños relacionados de una u otra manera con el joven criollo. El prusiano, a quien Bolívar consideró como ciudadano del mundo, organizador, erudito, visionario y hombre de Estado, habló de la inmensa riqueza del continente americano, de la fertilidad de su suelo, de la extensión de sus llanuras y la majestuosidad de sus corrientes de agua. Todo esto era para el joven tan natural como las piedras de la casa en la que había pasado su niñez, y no había pensado demasiado sobre el particular. Pero reconoció en el cuadro descrito por Humboldt las numerosas facetas y posibilidades potenciales de América. En su conversación se salvó fácilmente el abismo entre la naturaleza y la historia. Aunque Alexander von Humboldt no tenía razones personales para estar en contra del gobierno español, era de todos modos un liberal para quien España representaba siempre un instrumento despótico. En

87 D. de B. pág. 238. Mancini, pág. 131.

88 A. von Humboldt: *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, 1805-1832*. Hammy: *Lettres américaines d'Alexander de Humboldt*. París, 1905. N. García Samudio: *El viaje de Humboldt a América*. Bogotá, 1934. Boeckh y C. Titter en *Deutsche Denkrede*. Munich, 1928, y Dove, en *Allgemeine Deutsche*. Biografía, vol. XIII.

consecuencia, no debió sorprenderse mucho cuando Bolívar afirmó que “en realidad, qué brillante destino el del Nuevo Mundo sólo con que su pueblo se liberase de su yugo”. A lo que Humboldt replicó: “Creo que su país está maduro para su independencia, pero no vislumbró quien pueda dársela”.⁸⁹

Cuanta sublime ironía encierran estas palabras pronunciadas precisamente ante el hombre que iba a llevar a cabo tan magna empresa. Quizá fue así como se introdujo la duda, como una brasa resplandeciente, en el alma de Bolívar, que entonces tuvo una idea cabal de los problemas que habría que afrontar en el futuro. Se dio cuenta que ya no era posible seguir deseando simplemente la independencia de América. Había que conquistarla. Las palabras de Bompland fueron reconfortantes: “Las mismas revoluciones producen grandes hombres dignos de realizarlas”. Incuestionablemente, el encuentro de Bolívar con Humboldt señaló una etapa fundamental de su vida; posiblemente fue incluso lo que hizo que reconociera cuál era la meta a la que quería llegar, y con ella su destino personal.

Pero hubo también otra influencia que contribuyó a despertar la conciencia de su sino en este joven aristócrata que malgastaba su tiempo en las mesas de juego y pasaba sus noches con su “prima” Fanny o en el ambiente equívoco del Palais Royal: la estrella de Napoleón, que eclipsaba a todas las demás, y encendió una llama por respuesta en el corazón de Bolívar.

Francia se había convertido en un imperio hereditario por medio del Primer Cónsul, quien, después de su unción por el papa, se coronó a sí mismo y a Josefina el 2 de diciembre de 1804. Bolívar había recibido una invitación del embajador español para presenciar la ceremonia en la catedral de Notre Dame, pero la rechazó.⁹⁰ Este acontecimiento hizo que el joven republicano reaccionase tan violentamente como Beethoven, que rompió su *Heroica* al conocer la autopromoción de su ídolo, “Desde ese día—dijo Bolívar—lo considero un tirano deshonesto”. En otra oportunidad afirmó: “Desde que Napoleón se coronó a sí mismo, su fama me parece el reflejo del infierno”.⁹¹ Pero existen ciertos indicios que permiten suponer que, pese a este primer rechazo, presenció la coronación. No había consentido en aparecer entre los cortesanos para no dar públicamente

89 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 18. Larrazábal: Vol. I, pág. 13. Mosquera: *op. cit.*, pág. 12.

90 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 17.

91 Mosquera: *op. cit.*, pág. 11.

la impresión de aprobar lo que en su vida privada despreciaba; pero no parece probable que se encerrara en su habitación un día así. El mismo relata: “Vi la coronación de Napoleón en París, en el último mes de 1804. Esta gigantesca demostración me conmovió, no tanto por su brillo como por el cariño mostrado por este gran pueblo hacia el héroe. Esta unánime expresión de sentimientos, esta adhesión libre y espontánea de la masa, que merecieron Napoleón y sus grandes hazañas, me pareció –le rindieron honores más de un millón de hombres- el pináculo de los deseos humanos, la realización de la más alta ambición humana. Miré la corona, que Napoleón colocó sobre su propia cabeza, como un pobre ejemplo de una costumbre pasada de moda. Lo que me maravilló fue la aclamación general y el interés que despertaba su persona. Esto, lo admito, me hizo pensar en la esclavitud de mi propio país, y en la fama que ganaría quien lo liberase. Pero estaba muy lejos de imaginar que yo sería ese hombre”.⁹²

Esta extraordinaria confesión revela la actitud del joven Bolívar hacia Napoleón, en todas sus contradicciones y en su admiración. Para el joven republicano la coronación parecía condenable y arcaica; una traición al ideal revolucionario. Pero la gloria, el entusiasmo de las masas, el reflejo de heroicas hazañas, todo eso lo inspiraba, se apoderaba de su pensamiento e inflamaba su imaginación. La fama era el deseo más sentido del hombre, y la adoración rendida a un héroe su mayor ambición. Al recordar la falta de libertad de su propio país, un pensamiento acudió a la mente de Bolívar: “¡Qué gloria sería la mía si llegase a ser el libertador de Venezuela!”

En los días subsiguientes a la coronación su alma se debatió en medio de emociones encontradas. Según él mismo lo admitió, había adorado a Napoleón como campeón de la República, la estrella refulgente de la fama, el genio de la independencia. “No conocí a nadie en el pasado que pudiera comparársele y en el futuro no es probable que aparezca nadie como él”.⁹³ Pero repentinamente Napoleón pareció cambiar y convertirse en un obstáculo para los impulsos generosos de la humanidad. Había hecho añicos el pedestal sobre el cual había descansado la diosa de la libertad. ¿Quién podría levantarlo otra vez? Desde este aspecto, la coronación no pareció sino un sueño melancólico, y Bolívar, posesionado por un amor fanático por la libertad, experimentó una súbita repulsión. El resplandor del halo de Napoleón se convirtió para él en oscura llama de un volcán.

92 D. de. B., págs. 226 ss

93 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 15. Mosquera: *op. cit.*

¿Y qué había pasado con Francia? ¿Cómo era posible que el pueblo de esta poderosa República, que odiaba apasionadamente la tiranía y estaba sediento de igualdad, se mostrase indiferente ante la pérdida de derechos arduamente conquistados?

Pero en ocasiones esos pensamientos de Bolívar se veían desplazados por otros, en los que la fama parecía todo y nada la idea. Por segunda vez, durante un viaje por Italia, fue testigo de una solemne ceremonia en la que Napoleón intentó disimular la falta de tradición histórica del nuevo imperio. “Toda mi atención se centraba en Napoleón –relata Bolívar- y sólo a él vi entre esta multitud allí congregada. Mi curiosidad era insaciable. ¡Qué grande y qué brillante el conjunto de generales de Napoleón, y cuánta la simplicidad de su propio atavío! Todo su séquito estaba cubierto de oro y ricos bordados, pero él sólo lucía sus charreteras, un sombrero sin adornos y una capa sin guarniciones”. Pero era algo más que el contraste lo que le encantaba de Napoleón; sentía que estaba en presencia de un gobernante mundial, en cuya persona se centraba el interés de todo un continente, quizá de la humanidad misma. Y una vez más este espectáculo encendió en Bolívar el deseo de ser famoso. Se comparaba con Napoleón y tenía conciencia de la distancia que lo separaba de la importancia mundial del emperador. Resulta muy revelador que termine su descripción de la ceremonia de Milán con estas palabras: “Insisto en que en ese entonces estaba lejos de prever que algún día yo también me convertiría en un objeto de atención y, si se quiere, de curiosidad de casi un continente entero... podría decirse de todo el mundo”.⁹⁴ Cuan reveladoras son las palabras “yo también”. No podía preverlo, es cierto; pero lo deseaba con cada una de las fibras de su ser. ¡Fama, fama y todavía más fama! La carrera de Napoleón debe considerarse como uno de los factores más determinantes de su juventud, y fue en la Francia de ese período donde el sudamericano captó por primera vez la idea de la grandeza humana, sus leyes y su destino. La ascensión meteórica del pobre teniente de artillería, que lustraba sus propias botas, hasta la condición de jefe mundial despertaba en el rico venezolano un sentimiento de vergüenza al compararla con su propia e inútil existencia.⁹⁵ Pero mientras la gran revolución hizo posible que el corso se embarcase en una carrera sin parangón, Bolívar se vio obligado a esperar a ser convocado por el movimiento de independencia. El modo

94 *D. de B. Op. cit.* págs. 137, 198. Hiram Paulding; *A Sketch of Bolívar in his Camp*, págs. 71-72. Nueva York, 1834.

95 E. Ludwin: “Bolívar y Napoleón” *Rev. de las Indias*. Agosto 1939, páginas 57 ss.

como su nombre se identificó con la lucha por la libertad de Sudamérica difiere en mucho del papel desempeñado por Napoleón en la Revolución Francesa. Pero al ver lo que había podido hacer en Francia un solo hombre, se dio cuenta de su vocación. Bolívar nunca sintió la tentación de seguir el grande pero peligroso ejemplo de Napoleón de colocar su *moi colossal* contra o por encima de la felicidad general.

Como diría Napoleón, Bolívar siguió siendo un ideólogo o un romántico cuyo espíritu se elevaba en alas de la libertad. Como él mismo admitía, lo dominaban las ideas de la fama y la libertad. Podríamos agregar “la fama *por medio* de la libertad”, puesto que no deseaba otra. Este es el acorde fundamental en la trágica sinfonía de su vida. Napoleón se había convertido, de poeta apasionado, en realista matemático; pero Bolívar, aun en medio de sus desilusiones y desengaños mas penosos, siguió siendo un idealista a quien le fue imposible enterrar sus esperanzas.

En un periodo posterior de su vida, Bolívar señaló que había evitado conscientemente admirar a Napoleón de un modo abierto para no poder ser acusado de abrigar tendencias cesáreas. Pero en realidad su silencio obedecía a otra razón. Pese a la circunstancia de que consideraba a Napoleón el mayor estratega militar del mundo, o que creía que su propio genio estaba íntimamente relacionado con el de Napoleón, tenía perfecta conciencia del criterio que los separaba. Napoleón no reconocía por encima de él otra cosa que su estrella y las exigencia de la vida y el destino que no podía controlar. No se detenía ante nada. Por el contrario, Bolívar respetaba las estructuras ideológicas y legales. Es cierto que ocasionalmente las rompió y hasta se puso por encima de ellas, pero jamás negó su importancia ideal.

Las victorias de Napoleón gritan en los oídos de Bolívar, pero no pudieron acallar la voz insistente de la libertad que surgía de su corazón. En 1805 su lema era “libertad y fama”. A los veintiún años no se daba cuenta de que un destino inexorable exigiría algún día el sacrificio de una u otra.

El mérito de que Bolívar no sucumbiese totalmente a la influencia de su preceptor corso no le corresponde a él solo. En París había vuelto a encontrarse con su viejo maestro Simón Rodríguez, y el ascendiente de este admirador de Rousseau lo inmunizó contra el emperador.⁹⁶ Después de su partida de Caracas, Rodríguez se dirigió a Jamaica y de allí a los Estados Unidos; fiel a su gran maestro, había abandonado la educación de sus alumnos para luchar por la causa de la libertad. Posteriormente se

96 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 18. Pereyra: *Juventud*, pág. 187.

embarcó hacia Europa en busca de nuevas aventuras. Cabe preguntarse si, al volver a encontrarse a su viejo discípulo, se habrá alegrado al ver el producto de sus enseñanzas y se le habrá despertado otra vez su vocación pedagógica. Este alumno, en quien había tratado de experimentar las teorías de *Emile* y que debía convertirse en el libre agente de una naturaleza bondadosa, se había hecho en cambio un joven elegante, para quien nada contaba más que el placer y que no desdeñaba entregarse a la disipación en los brazos de las diosas con las cuales se conciertan y rompen alianzas, todo en el término de una hora. Muchos años después, Bolívar se complacía en examinar la lista de sus amores y en soñar con su regreso a París, sin el cual la vida parecía carecer de valor.⁹⁷ Por aquel entonces el joven debía estar seducido por algún Alcibiades, pues era frívolo, manirroto, extremadamente violento e iba en busca de la felicidad, sin preocuparse demasiado por la elección de las personas o las cosas que podían satisfacerlo. Es cierto que ésta fue una etapa fugaz en su vida, pero con todo dejó en él una marca indeleble: al término de su existencia seguía siendo “un gran señor”, un don Juan, autocrático y absolutista.

Al reencontrarse, su maestro le aconsejó concentración en vez de distracción, esfuerzo en lugar de placer y contemplación a cambio de intemperancia. Fue él quien hizo que Bolívar se reconciliara con la filosofía y volviese a tomar en sus manos los libros de sus primeras enseñanzas. Muchos años después Bolívar escribió a Rodríguez: “No puede usted imaginarse cómo se grabaron en mi corazón los libros que me dio. No he podido suprimir ni siquiera una sola coma de estas grandes tesis que usted expuso ante mí. Siempre han estado en mi conciencia y las he seguido como si fuesen una guía infalible”.⁹⁸ ¿De dónde tomó Bolívar estos preceptos? Presumiblemente del *Contrato Social*, pues era un republicano convencido. Durante sus meses de permanencia en París, Rodríguez encontró muchas oportunidades para discutir estos principios con Bolívar. Nunca se cansó de presentar argumentos para anular la influencia de Napoleón en el joven, y fue así como la antítesis Rousseau-Napoleón constituyó uno de los grandes problemas que Simón Bolívar llevó consigo a Sudamérica después de su estancia en Europa. El conflicto se adueñó de su ser, pero las cuestiones del poder y de la libertad, de la revolución y la autoridad, permanecieron sin resolverse

97 Mosquera: *op cit.*, pág. 14. Pereyra: *Juventud*, pág. 191. D. de B. *passim*. E. Rodó: Bolívar en *Antología Bolivariana*, pág. 259.

98 *Cartas*. Vol. IV, pág. 33.

en su fuero interno. Por extraña coincidencia, veinte años después, en la encrucijada de su camino, Bolívar habría de recibir, de manos de un admirador, el ejemplar del *Contrato Social* leído por Napoleón en Santa Elena. Bolívar consideró este regalo tan valioso que, a su muerte, lo donó a la ciudad donde había crecido. Y en el simbolismo de este legado queda contenida la historia de su relación con las dos personalidades que en París modelaron su vida.⁹⁹

Simón Rodríguez no había cesado aun en sus esfuerzos por convertir a Bolívar en un discípulo de Rousseau. Como el ambiente de París, con sus tentaciones y placeres, había afectado la salud del joven, su maestro le aconsejó que cambiase de residencia. En 1805, los dos viajaron a Lyon y luego atravesaron a pie los Alpes de Saboya, para detenerse en Chambéry y visitar Les Charmettes. Fue una travesía sentimental, a la manera del siglo XVIII; una peregrinación del Rousseau americano y su *Emile* a través de los lugares en donde el ginebrino había gozado de los favores de madame De Warens. Desde Chambéry, ambos viajeros siguieron a pie a Italia, en tanto y tan rápidamente había mejorado la salud de Bolívar, que sólo emplearon once días en el viaje. Del valle del Po pasaron a Venecia, ciudad que desencantó a Bolívar, y de allí a Florencia, que en cambio lo maravilló. ¿Escondió Simón Rodríguez algún plan tras este viaje? ¿Deseó mostrar a su discípulo la cuna de la civilización occidental? Difícilmente. No fue un afán de cultura, como el que impulsó a Goethe a través de los Alpes, sino la simple curiosidad, lo que movió a los sudamericanos a viajar por Italia. Como entonces se estilaba, realizaron la jornada a caballo. Al llegar a Roma, Bolívar volvió a encontrarse con Alexander von Humboldt, que había arribado a Italia casi al mismo tiempo, para efectuar algunos estudios geológicos sobre el Vesubio. Y mientras admiraban juntos las maravillas de la naturaleza italiana, sus corazones se inundaron otra vez de deseos de libertad e independencia para el Nuevo Mundo.¹⁰⁰ Para Bolívar, Roma no era el epítome del arte, sino más bien la encarnación de la naturaleza humana. La grandeza de la historia le hablaba desde las ruinas y lo inspiraba a través de los arcos de triunfo, las columnas, las estatuas y las termas.

99 24 *Cartas*: Vol. IV, pág. 208.

100 O'Leary: *Doc.*, vol. XII, pág. 234. *Cartas*: Vol. III, pág. 264; vol. V, página 212. *B. de H.* Caracas: Vol. XVI, núm. 62, pág. 218. Para otras relaciones entre Humboldt y Bolívar véase también: K. H. Panhorts: "Simón Bolívar und Alexander von Humboldt." *Iberoamerikansisches Archiv*. Abril 1930, pág. 35.

La Ciudad Eterna evocaba en el sudamericano el recuerdo de héroes míticos e históricos, que habían respirado ese aire antes que él; revivía vívidamente en su memoria a los grandes hombres que habían hecho de Roma la dueña del mundo. Frecuentaba con preferencia el Coliseo, pero contrariamente a la costumbre de esos días, sus ruinas gloriosas no constituían una buena razón para que Bolívar adormeciese su alma sobre la almohada romántica de la melancolía.

Un día sus pasos lo llevaron a Monte Sacro. Lo acompañaba Rodríguez. Ambos pensaron en los plebeyos que huyeron a la montaña sagrada, cuando la opresión de los patricios romanos se les hizo insoportable. Y esta palabra, opresión, fue la clave por la cual la mente y el corazón de Bolívar se volvieron otra vez hacia Venezuela. Una profunda reverencia lo invadió y sintió el impulso de expresar sus pensamientos. Se arrodilló y juró ante Rodríguez, cuyas manos aferró, que por la santa tierra que estaba bajo sus pies, libertaría a su país.¹⁰¹

¿Qué significaba ese juramento y cuál era su valor? ¿Fue simplemente el estallido de una pasión contenida y que luego no se cumplió, o fue producto de una decisión consciente de Bolívar? La historia comprobó que se trataba de una solemne promesa, que Bolívar guardó como ninguna otra a lo largo de su vida. Fue la insignia que arrojó dentro de la fortaleza del enemigo, para poder seguirla. Veinte años después escribió a Rodríguez: “¿Recuerda cómo escalamos el Monte Sacro para prometer sobre su suelo sagrado la libertad de nuestro país? Seguramente no ha olvidado ese día de gloria inmortal. Fue el día en que mi alma profética anticipó la esperanza, que no nos atrevíamos aún a expresar”.¹⁰²

Anticipar una esperanza —no creer simplemente en lo improbable, sino juramentarse para alcanzarla— iba a convertirse en la esencia de su vida. Para Bolívar la política era el arte de lo imposible. Que el voto formulado en el Monte Sacro no fue únicamente un primer impulso, sino el comienzo de su vida política, queda demostrado por la forma abierta en que dio a conocer sus intenciones. Las noticias de su juramento se extendieron rápidamente entre los españoles residentes en Roma, pero éstos creyeron que se trataba de una extravagancia, porque había existido

101 O'Leary: *memorias*, vol. I., pág. 22. Mosquera: *op cit.*, pág. 14. H. Paulding: *op. cit.* la reconstrucción de lo que dijo Bolívar en realidad es apenas posible., Cuarenta y cinco años después del suceso, S. Rodríguez dio una descripción novelística del famoso juramente, obviamente una invención imaginativa; su valor histórico es nulo. Véase: M. Uribe : *El libro del centenario*, págs. 27 *Cartas*: Vol. IV, pág. 32.

102 *Cartas*: Vol. IV, pág. 32.

mucho de ella en la bizarra juventud de Bolívar, inclinado a aparentar o presentarse en actitudes teatrales. En cierta ocasión, en presencia del embajador español y cuando había sido presentado al papa, no quiso besar la cruz sobre la sandalia papal. Pío VII libró al embajador de su embarazosa situación, ofreciendo su anillo para que Bolívar lo besase. Empero, el sudamericano se limitó a contestar a todas las reconvenções: “El Papa debe apreciar muy poco al símbolo de la Cristiandad, si lo lleva en sus zapatos, en tanto los más orgullosos príncipes cristianos lo llevan en sus coronas”.¹⁰³

Después de su corta estancia en Italia, Bolívar volvió a París, donde habló con sus amigos de sus nuevas ideas sin ninguna clase de reservas. Se le presentó todo con tanta claridad que pudo confiar sus planes verdaderos a Fanny, quien le escribió veinte años después: “Ahora todo se ha cumplido según el plan que me confiaste”.¹⁰⁴ Pero sus amigos posiblemente no lo tomaron en serio.¹⁰⁵

La decisión de Bolívar de irse de Europa fue irrevocable, aunque Fanny, que le había tomado mucho cariño, no quería permitirselo y le imploró con lágrimas en los ojos que no la abandonase. Su amor a la fama fue mayor, a esta altura de su vida, que todo su amor por las mujeres, y aun cuando le dio un anillo a Fanny jurándole fidelidad eterna, ella no pudo devolvérselo jamás. En realidad su amor por ella se estaba enfriando: había experimentado esa sensación que luego iban a dejarle sus incontables aventuras: la saciedad del conquistador que había logrado sus deseos. El mismo se llamó el Hombre de las Dificultades, y esta fórmula, que reconocía su origen en la política, era válida para todas las facetas de su alma.¹⁰⁶ Constitucionalmente era un hombre que amaba las dificultades. Lo que estaba por conquistar le atraía; lo conquistado le repelía. Entre las muchas mujeres que se atravesaron en su camino, hubo una sola —que no fue Fanny— de la que nunca se cansó. Fanny, la confidente y amiga de su juventud, fue tratada posteriormente por Bolívar con mucha frialdad, y ninguna de sus numerosas cartas mereció respuesta. Es cierto que ella, como buena francesa, había tratado de capitalizar a su favor algo de sus relaciones, que aparentemente Bolívar deseaba olvidar. Nunca más había de quedar satisfecho con aventuras amorosas.

103 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 23.

104 O’Leary: Vol. XII, págs. 293 ss.

105 Lecuna: *Adolescencia*, pág. 664.

106 *Cartas*: Vol. IV, pág. 255. Véase también: F. González: *Mi Simón Bolívar*, pág. 152. Manizales, 1930.

Aunque no se hubiera aburrido de Fanny, Bolívar habría regresado a Venezuela, pues había recibido noticias de las insurrecciones en su país. Francisco de Miranda había desembarcado en Venezuela. Entonces Bolívar escribió a un amigo: “Los informes que tenemos de la expedición de Miranda no son del todo buenos. Aseguran que intenta desatar una revuelta en el país, que causará desolación entre los habitantes de la colonia. De todos modos, me gustaría estar allí, pues mi presencia en el país podría evitar muchos inconvenientes”.¹⁰⁷ Esa carta fue considerada por algunos críticos como muestra de que Bolívar no pensaba aún seriamente en la revolución. ¿Quién sabe qué le indujo a escribir con tanta cautela? Dijo adiós a Europa. Ya había dejado a Rodríguez en Italia y ahora partió de la capital de Napoleón y se embarcó en Hamburgo, en las postrimerías de 1806. Arribó a los Estados Unidos: visitó a Boston, Nueva York, Filadelfia y Charleston, y en febrero de 1807 se encontró nuevamente de regreso en su país natal.

Como el viajero que, otra vez de regreso y antes de desembarcar, recuerda a través de la inmensidad del océano los países y los pueblos que ha dejado, así trataremos de sintetizar las consecuencias de este largo viaje.

Bolívar estuvo fuera de su patria casi cuatro años. A su regreso era todavía joven —tenía sólo veinticuatro años—, pero las fuertes y cambiantes impresiones recogidas durante sus viajes habían madurado su juicio. Su educación había quedado completada. Se habían abierto ante él nuevas perspectivas, importantes para su carrera futura, como resultado de sus contactos con los centros y los dirigentes de la cultura europea. Hacía tiempo que Bolívar había aprendido que la emancipación del espíritu tendría que seguir inmediatamente a la liberación exterior; que después de los días gloriosos del triunfo habrían de surgir los días más serenos del desarrollo cultural. Todavía en París, había ofrecido a Bompland la mitad de sus ingresos para que se estableciese en Caracas. Después, en la cúspide de sus éxitos, lo llamó para que se pusiese al frente del instituto científico. Bolívar mantuvo asimismo su relación con Alexander von Humboldt, y ambos se guardaron la mutua admiración que libremente dispensa un genio a otro.

107 *Catas*: vol. I., pág. 17. En este punto no estamos de acuerdo con López de mesa: “Simón Bolívar y la cultura iberoamericana.” *Rev. América*. Vol. I, número 7. Véase también la correspondencia inédita en el *Archivo de Bolívar*.

Al retornar a Sudamérica, la idea de la grandeza del hombre revoloteaba sobre Bolívar como una visión que hubiera deseado echar a tierra, para poder cubrirse con sus brillantes colores. Al principio no fue más que un sueño, y no era lo suficientemente Quijote como para creer que sonaría la hora de la liberación tan pronto como pusiese sus pies en suelo americano. Tuvo que esperar, que hacer pruebas. Pero llegados a este punto, dejaremos momentáneamente a Bolívar para pasar revista a los grandes acontecimientos que sumieron a las colonias americanas en un diluvio de levantamientos revolucionarios; un diluvio que no cedería sino ante la emancipación del dominio español.

IV

FRANCISCO DE MIRANDA Y LA POLÍTICA DE LAS GRANDES POTENCIAS

Cuando se juzga a la historia de la independencia sudamericana como realización de unos cuantos hombres excepcionales, parece cual si fuera una tragedia compuesta de catástrofes y triunfos, fama e ingratitud. Pero si, en cambio, se la considera como una hazaña de un pueblo, reviste los caracteres de una epopeya en la que la voluntad nacional supera todos los obstáculos de la naturaleza y la tradición. Sin embargo, ninguno de estos puntos de vista es acertado, de no enfocar a la Revolución Sudamericana dentro del conjunto de la historia del mundo. Si no estamos familiarizados con los problemas de la política internacional, jamás alcanzaremos a comprender la lucha por la libertad, emprendida por las repúblicas americanas. Hasta los más poderosos quedarán reducidos a la impotencia frente a la constelación de la historia del mundo. Así es como hoy juzgamos la hazaña de Bolívar: para hacerle justicia, debemos recordar las condiciones generales que la posibilitaron.

Ya hemos descrito la estructura del imperio colonial español. Nos quedan por explicar las relaciones exteriores que sostuvo, dentro del juego complejo de la diplomacia internacional, durante los años que precedieron a la liberación del continente americano.

Históricamente, el siglo XVIII se caracteriza por el conflicto entre dos imperialismos: el británico y el francés. La lucha entre ambas naciones por la supremacía dentro y fuera de Europa comenzó con la política expansionista de Luis XIV y terminó con la caída de Napoleón. La ambición británica de disputar a Francia en secular combate el dominio del mundo, triunfó finalmente en alta mar y en los campos de batalla de Europa.

El tratado de Utrecht, que fue un pacto entre dos potencias, puso fin en 1714 a la guerra de Sucesión española. Francia mantuvo su dominio sobre el continente europeo y la Corona de España quedó en manos de los Borbones. Por otra parte, Inglaterra se aseguró sus posesiones coloniales en América del Norte, con la Bahía de Hudson, Terranova y Nueva Escocia. España fue eliminada como gran potencia. Retuvo sus colonias intactas, pero no logro hacer lo propio con sus dominios en Italia ni con Gibraltar, que paso a depender de Inglaterra.

De este modo, el conflicto se hizo global, con dos grupos de potencias enfrentados: Francia, vinculada a España por lazos de familia, por un

lado, e Inglaterra por el otro. Según Mefistófeles, la guerra, el comercio y la piratería configuran un triunvirato indisoluble; y en realidad, no puede describirse mejor el imperialismo colonial del siglo XVIII. En virtud de su supremacía naval, Inglaterra se encontró más capacitada que nadie para aprovechar eficazmente este sistema. Desde la creación de la armada española, los héroes navales británicos —mitad ladrones, mitad conquistadores— habían soñado con las posibilidades que ofrecían las colonias españolas; los Hawkins, Drakes, Raleighs y Morgans las consideraron, al igual que al resto del mundo, como destinadas por la divinidad a Inglaterra. Ya sus mentes abrigan la idea de conquistar Sudamérica.¹⁰⁸

No obstante, en su conjunto, las expediciones británicas constituyeron, mas que una verdadera amenaza, una simple molestia para la Corona española.¹⁰⁹ Dondequiera lograran ganar posiciones en los puertos americanos, eran rechazados con éxito por los españoles. Así ocurrió en el memorable sitio de Cartagena en 1741. Por ese entonces ya era dable escuchar proclamas en el sentido de que las intenciones británicas no eran de conquista, sino que tenían por objeto liberar a Sudamérica del yugo español, a efecto de abrir los puertos del continente al comercio inglés. Pero la diplomacia en este país se resistía todavía a aceptar este concepto.¹¹⁰

Cuando las trece colonias se levantaron contra Inglaterra y declararon su independencia, pareció haber llegado la hora de ajustar cuentas. Los rebeldes coronaron con éxito sus propósitos, ayudados por Francia y España, y la pérdida de sus importantes posesiones de América del Norte fue para Inglaterra tan perjudicial y amarga como lo había sido la de Canadá para Francia veinte años antes. Pero la independencia de los Estados norteamericanos trajo aparejadas otras consecuencias que las que esperaban los enemigos de Inglaterra. Lejos de herir de muerte al imperialismo británico, sólo significaron un cambio en la política colonial de ese país.

La Declaración de la Independencia de los Estados Unidos derivó en una disputa sobre cuestiones impositivas entre la madre patria y sus colonias. Fue éste el primer síntoma del colapso que habría de sufrir el monopolio comercial impuesto por las naciones europeas a sus colonias.

108 W. Spence Robertson: *Francisco de Miranda y la revolución de la América española*, pág. 1. Bogotá, 1918.

109 Robertson: *Miranda*, pág. 5.

110 Robertson: *Miranda*, pág. 5.

El comercio tenía vital importancia dentro de este sistema. Las colonias eran sinónimo de comercio: más colonias equivalían a un mayor comercio; y cuando más grande fuera éste, tanto mayores eran los ingresos de la madre patria. Cuando se desmoronó la estructura imperialista y se perdió una parte vital de los ingresos coloniales, los estadistas británicos tuvieron oportunidad de apreciar la utilidad de sus posesiones en ultramar. Al mismo tiempo daba comienzo en Inglaterra esa revolución fundamental que convirtió al país en la primera nación industrial, un hecho que habría de alcanzar repercusiones mucho más amplias.

Empero, esta revolución industrial significó un cambio completo en cuanto a la política colonial, pues se declaró a la industria —y no al comercio— la fuente de la riqueza nacional. En reemplazo del sistema mercantilista que excluía la competencia de otras naciones, se instauró una nueva política consistente en la adquisición pacífica de mercados extranjeros para la industria británica. Esta obtención de mercados se hizo desde entonces tan importante como la conquista de nuevos territorios. Bajo la égida del nuevo sistema, el comercio no fue sino el medio para lograr mercados donde colocar los productos de la industria nacional.

Este concepto se difundió en la creencia de que los viejos métodos mercantilistas desaparecerían también de las colonias no británicas, puesto que sólo así podrían adquirirse nuevos mercados. En consecuencia, ante la resistencia de los países, como en el caso de las colonias españolas, sólo cabían la conquista o la revolución. Una vez más Inglaterra entró en conflicto con España en el hemisferio occidental, cualesquiera que hayan sido sus intenciones, de liberación o de conquista, con respecto al continente.

¿Cómo reaccionaron los sudamericanos ante estos planes posibles de Gran Bretaña? Entre quienes se oponían a la dominación española en América del Sur y Central y, en consecuencia, miraban esperanzados hacia Gran Bretaña, estaban los jesuitas expulsados, que conspiraban junto con los protestantes ingleses para que España perdiese sus posesiones en Sudamérica y quedasen vengados así sus agravios. Los mercaderes y marinos británicos informaron acerca de los planes de los jesuitas de libertar al continente y recomendaron que se atacase a las colonias españolas en México por medio de expediciones. Desde el mismo México se levantaron voces que afirmaban la madurez del país para la revolución.¹¹¹

Hicieron su aparición en Inglaterra enviados de otras partes del mundo, en busca de apoyo para el levantamiento de las colonias españolas. Entre

111 Briceño: *Comuneros*, pág. 231. Mancini: pág. 45.

ellos llegaron hombres procedentes de Nueva Granada, con posteridad al fracaso de la revuelta de 1781: ellos mismos invocaban su condición de representantes de los comuneros.¹¹² Otros grupos se mostraron interesados en la secesión de los territorios del Sur: Chile, Perú y la Patagonia.

La mayoría de estos proyectos se originó entre 1779 y 1784, es decir, mientras duró la guerra entre Inglaterra y España. Pero aparentemente los estadistas ingleses no confiaron demasiado en los enviados sudamericanos, a quienes colocaron en la categoría de meras posibilidades.

Se debe al tremendo mérito de un solo hombre el reconocimiento del hecho de que la libertad sudamericana podía lograrse por medio de negociaciones y con el apoyo de las grandes potencias. Este hombre, que se dio cuenta de la necesidad de interesar a las naciones europeas en el destino del continente sudamericano y que comprendió la importancia de aprovecharse del juego siempre cambiante de la diplomacia y de la guerra, se lanzó a esta ambiciosa empresa con energía muy superior a la empleada por los que anteriormente se habían abocado a la solución del problema suramericano. Es la primera gran figura de la revolución; su nombre: Francisco de Miranda.¹¹³

Había nacido en Caracas el 28 de marzo de 1750. Aunque su madre era caraqueña, su padre, Sebastián de Miranda, había llegado a esa ciudad desde las Islas Canarias y se había dedicado al comercio, ganándose la estimación de las autoridades españolas. Para disgusto de los criollos, se le designó capitán de la Milicia. Precisamente en esta atmósfera de celos y de odios transcurrió la niñez de Francisco. Su educación fue la mejor que su familia pudo proporcionarle, pero es difícil valorar la disciplina intelectual que adquirió en Sudamérica. Con todo, su espíritu siempre alerta y su interés por la vida cultural y política que lo rodeaba hacen posible suponer que su mente se mostró despierta desde temprana edad.¹¹⁴

No conocemos las razones que impulsaron a Miranda a viajar a España para enrolarse en su ejército. Mucha debió ser su ambición, como

112 Briceño: *Comuneros*, pág. 231, Mancini: pág. 45.

113 *Archivo del general Miranda*. Vols. I-IX. Ed. por V. Dávila., Caracas, 1930. Marques de Rojas: *El General Miranda*, París, 1884. R. Becerra: *La vida de Francisco de Miranda*. Dos vols. Caracas. 1896. C. Parra Pérez: *Miranda et la revolution française*, París, 1925. W. S. Robertson: *The life of Miranda*. Dos vols. Chapel Hill, 1929. J. R. Vejarano: "La vida fabulosa de Miranda" *Rev. América*. Vol. III, núm. 3, 4 y 5. 1945.

114 G. Nucete Sardi: *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*. Caracas, 1935. Robertson: *Life*, vol. I. págs. 4-5. Blanco: *Doc.*, vol. I, pág. 80. Rojas: *op. cit.*, pág. 176.

así también su resuelta concentración en su propio *ego*. La observación de sí mismo y de sus circunstancias ambientales, cierta premonición de problemas futuros y la conciencia de sus propios méritos, lo indujeron a llevar un diario desde el momento en que se embarcó con destino a España y a lo largo de toda su vida. Llegó a Madrid portador de considerables recursos y cartas de recomendación para la corte; allí se dedicó al estudio de las matemáticas, los idiomas y las artes militares, en el convencimiento de que las grandes hazañas no son producto de un accidente, sino de un talento metódicamente disciplinado. Sin duda, un afán semejante de conocimiento lo hizo sospechoso a los ojos de la Inquisición, de modo que ya en ese entonces lo encontramos sembrando semillas de conflictos futuros. Su carrera militar, que habría de ocasionarle una serie de desgracias gloriosas, dio comienzo al año siguiente cuando él mismo se compró una capitanía por 40.000 pesetas.¹¹⁵

Sin embargo, la rutina diaria de la disciplina militar no le resultó suficiente. Miranda estaba dominado por la inquietud, por una ambición de heroísmo y por el deseo de ver y aprender. Estudió la ciencia militar de la época; visitó las fortificaciones de Gibraltar e intentó pasar del ejército a la marina; invirtió todos sus recursos sin beneficio alguno, y lo único que consiguió fue meterse en apuros. En 1777 fue arrestado; la acusación se basó en “el abandono de las obligaciones militares”, pero Miranda culpó a la Inquisición.¹¹⁶

No obstante, cumplió su arresto y en 1780 fue enviado a Cuba y las Antillas como ayudante de un alto oficial de quien se había hecho amigo en España, Juan Manuel de Cagigal, un americano nativo que tenía gran confianza en Miranda.

Eran los tiempos de la Revolución Norteamericana, y la expedición española se dirigió contra las posesiones inglesas del Caribe. Miranda, con el rango de teniente coronel a las órdenes de Cagigal, recibió las órdenes que siempre había anhelado, y como tomó parte en la conquista de Pensacola se vio envuelto en la acción con que siempre había soñado. En agosto de 1781 se le asignó la delicada misión de tratar con el gobernador de Jamaica el intercambio de unos prisioneros, aunque el verdadero propósito que lo guiaba era el de adquirir en esa ciudad barcos que los españoles necesitaban imperiosamente. Como la compra directa le estaba vedada, Miranda se vio obligado a recurrir al contrabando, aprovechando además para efectuar espionaje por su cuenta. Toda esta

115 V. Dávila: *Biografía de Francisco de Miranda*, pág. 11. Caracas, 1933.

116 *Arch. Miranda*, vol. V, págs. 140 ss.

empresa, para la que había sido designado por su oficial superior, era de índole clandestina, por no decir turbia. Es difícil afirmar si Miranda puso cuidado en el desempeño de su misión, aunque es cierto que siempre se mostró cauto en el manejo de sus propios asuntos financieros. Fuese como fuese, las autoridades cubanas creyeron prudente investigar las actividades desplegadas por Miranda, y De Cagigal no pudo protegerlo, por más que lo intentó. El ministro de Indias desaprobó los arreglos hechos por Miranda; objetó los métodos que había empleado para comprar dos barcos y solicitó que se le diese de baja. Su carrera de armas es índice de la confusa atmósfera, cargada de odios, celos y sospechas, que pendía sobre las colonias americanas como una tormenta eléctrica. Miranda apenas pudo salvarse del arresto por decreto real, y con la ayuda de algunos amigos logró salir de La Habana hacia los Estados Unidos en junio de 1783.¹¹⁷

Caído así en desgracia, dejó el servicio de España acusado de conspiración; agentes del gobierno estaban encargados de su captura. Fue éste el punto crucial de su carrera. Como él mismo dijo, se sentía “tan inocente como Sócrates”, y dieciséis años después, luego de estudiar atentamente todas las circunstancias, la Corte Suprema de España, el Consejo de Indias, convino con él y lo declaró inocente.¹¹⁸

Las sospechas que se levantaron en su contra fueron originadas por el talento que lo destacaba; era incansable y voluble, leía mucho y tomaba notas y no estaba dispuesto a ahogarse en la monotonía de la vida del servicio. En vez de permitir que virtudes tan poco comunes se desarrollasen plenamente, el gobierno español sólo trató de destruirlas, aunque lo único que logró fue el despertar del resentimiento y el odio. El genio de Miranda se concentró entonces en la destrucción de las posesiones españolas, pues su idea no se limitaba a la liberación de su propio país, sino que se extendía a todo el continente sudamericano. En una carta que escribió en 1785 al rey de España, Miranda solicitaba su baja del ejército porque se sentía en desventaja a causa de su origen americano y estaba cansado de luchar contra enemigos poderosos. Al solicitar que se le reembolsara el dinero con el que había comprado su capitania, prometió utilizarlo en la educación de la juventud americana: así, sus compatriotas podrían comprender mejor la situación imperante y conducirse en el futuro con más confianza en sí mismos, aprendiendo

117 Arch. *Miranda*, vol. I, pág. 141, Dávila: *op. cit.*, pág. 12. Parra Pérez: *op. cit.* pág. 14. Robertson: *Life*, vol. I, págs. 27 ss.

118 Arch. *Life*, vol. I, págs. 32-33.

a controlar las nobles pasiones que entonces agitaban a la juventud de América.¹¹⁹ Tal fue el desafío lanzado a todo un imperio por un solo hombre.

Desde ese momento Miranda se convirtió en un rebelde y en un aventurero, cuyo propósito era ganar adeptos y simpatizantes para la causa de la libertad de Sudamérica. Dio comienzo a su obra en los Estados Unidos, donde tuvo muchas oportunidades para estudiar a la más joven de las grandes potencias: su técnica militar, sus objetivos políticos y económicos y sus características, y, sobre todo, sus grandes hombres: Washington, Thomas Paine y Hamilton, entre otros.¹²⁰

Perseguido constantemente por agentes españoles, Miranda viajó a Londres en 1785 a efectos de familiarizarse con Europa: quería atraer a su causa a grandes hombres, bucear en el alma del viejo mundo y aprender de él la lección que le sirviese para encarar su propio futuro. En Inglaterra se vio por vez primera frente a la aristocracia británica como grupo, pero pronto sintió la necesidad de continuar su camino. Se dirigió a Alemania, donde presencié las maniobras del famoso ejército de Federico el Grande en Potsdam. Visitó a Viena y pasó revista a las tropas imperiales de Hungría. Conoció a Haydn y asistió a sus conciertos, y en Italia se puso en contacto con los jesuitas expulsados. Atravesó los Balcanes en viaje a Constantinopla y de allí a través del Mar Negro, pasó a Rusia, donde fue presentado a Potemkin y a los grandes de la corte rusa. Finalmente, conoció a la emperatriz Catalina, quien le otorgó, junto con sus favores —según la leyenda había sido su amante—, mil florines de oro como regalo, el privilegio de vestir el uniforme ruso y cartas de presentación para los diplomáticos y demás representantes rusos en el exterior. Después de Rusia, Miranda visitó Suecia y posteriormente Noruega. En todas partes se detenía lo suficiente para estudiar a las gentes y las condiciones en que vivían, pero nunca lo bastante como para echar raíces. Dondequiera que llegaba encontraba hombres con inteligencia dispuestos a escucharlo y mujeres que lo amaban, pues poseía una extraordinaria facilidad para hacer amigos y para abrirse camino en la sociedad.¹²¹

Miranda era alto, robusto, atlético y de una tez rubicunda. Tenía buenos dientes, a los que dispensaba gran cuidado, una nariz enérgica y ojos brillantes y escudriñadores. Su perfil traslucía voluntad, inteligencia

119 *Arch. Miranda*. Vol. V, págs. 148-149. Dávila; *op. cit.*, pág. 14.

120 Dávila; *op. cit.*, pág. 16. *The Diary of Francisco de Miranda; tour of the United States.*, edic. 1783-1784, por W.S. Robertson. Nueva York; 1928.

121 Parra Pérez: *op. cit.*, pág. 20. Dávila; *op. cit.*, pág. 15.

y una energía rayana en la tozudez. En conjunto, su apariencia era impresionante. Siempre listo para sufrir las privaciones que las circunstancias exigieran, tenía las maneras de un refinado caballero. Nadie lo vio jamás desaliñado. Hasta en los momentos más trágicos de su vida siempre se afeitó y vistió tan cuidadosamente como si estuviese por hacer una visita. Se mostraba persuasivo en las reuniones alegres y en las serias, y era muy difícil resistirse a sus argumentos porque mezclaba al mismo tiempo la pasión con la objetividad. Realzaban estas características sus considerables conocimientos, su observación atenta y su notable facilidad para los idiomas. Dominaba por igual el inglés, el francés y el español, y leía alemán, portugués, griego y latín. Mucha gente que lo conoció lo consideró la persona más extraordinaria que había hallado en su camino.

De rápida inteligencia, su energía era inagotable, vívida su imaginación e insaciable su curiosidad. Tenía muchas manías, tales como de emular a los antiguos romanos en la palabra y los gestos. Era vanidoso, prefería hablar de sí mismo y escuchar sus propias palabras; los éxitos obtenidos le impedían apreciar sus limitaciones. Impulsivo, obstinado, autoritario y agresivo, nunca se apartaba de una opinión que ya se había formado ni toleraba argumentos en contrario; exponía sus puntos de vista con aires de infalibilidad.

Sería demasiado ingenuo juzgar a Miranda con criterio burgués. Fue la suya una personalidad que se identificó con las grandes causas, y, al igual que otras similares, creyó que sus propósitos eran siempre justos. Todo lo que le resultaba ventajoso era asimismo de utilidad para su causa y no hacía diferenciaciones entre sus beneficios personales y la prosecución de una gran idea. De este modo, muchas de sus acciones aparecían enturbiadas; es difícil distinguir en ellas dónde termina el idealismo revolucionario y dónde comienzan los intereses egoístas. Su infatigable energía y obstinada creencia en la victoria hicieron que sus esfuerzos superasen todos los obstáculos. Las palabras que dirigió al joven O'Higgins, futuro libertador de Chile, echan alguna luz sobre sus pensamientos: "Nunca permita que la desesperación o el desaliento se apoderen de su ánimo. Fortalézcase en la convicción de que no pasará un solo día sin que algún incidente refuerce sus ideas sobre la dignidad y la inteligencia del hombre".¹²² Palpita en estas palabras algo de la grandeza de Kant y de Schiller.

Hablando en términos del vernáculo de la época, Miranda fue un *dilettante* en su deseo fijo de adquirir experiencia. Pero nunca se sintió

122 Parra Pérez: *op. cit.*, págs. 58 ss. Robertson; *Life*, vol. I, pág. 201.

confundido. Por el contrario, todo lo que hacía participaba del cálculo metódico y cuidadoso de su formación racionalista. Quizás en esto residía su debilidad. Posiblemente planeaba demasiado.

Después de sus viajes, Miranda volvió a Inglaterra, centro natural de todos los movimientos antiespañoles. Pronto encontró la oportunidad de exponer sus planes al gobierno británico.

En 1790, España e Inglaterra entraron en conflicto, al discutir los derechos sobre Notkasund. Esta península, próxima a la costa de la actual Colombia Británica y la isla del mismo nombre, era utilizada por los ingleses en el comercio de pieles. Los españoles basaron sus reclamaciones sobre un título dudoso que sólo alcanzó validez con la fuerza de las armas. Empero, el gran estadista William Pitt, que entonces regía los destinos de su país, jamás pensó en abandonar Notkasund a España. Repentinamente exigió al gobierno español una indemnización y se puso en pie de guerra.¹²³ En esta situación, que presagiaba un prolongado conflicto con España, fue cuando Miranda expuso su gran proyecto y obtuvo una audiencia de Pitt. Solicitó que se tomase nota de la conversación, que tuvo lugar el 5 de marzo de 1790.

Miranda soñaba con un reino vasto e independiente, que se extendiese desde el Mississipi hasta Cabo de Hornos y limitase al Oeste con el Pacífico y al y al Este con el Cabo de Hornos. En el interior de Sudamérica comprendería las Guayanas y el Brasil. Miranda ponía a su cabeza a un emperador hereditario, que se llamaría Inca, y adjudicaba la función legislativa a dos cámaras, un senado y una junta de representantes, que se elegirían cada cinco años. Su plan incluía así mismo *ediles*, *questores* y *censores*. El conjunto estaba ideado como fusión de los principios norteamericanos y británicos. Este imperio sudamericano debía ser sólo continental, y sus productos exclusivamente agrícolas. Tal fue el cebo que Miranda ofreció a los ingleses. Como recompensa a la ayuda Británica en la fundación del mismo, se abrirían sus vastos territorios al comercio británico.¹²⁴

Como España se avino a un arreglo amistoso del conflicto entorno a Notkasund, Pitt se anotó una victoria completa y Miranda fue derrotado. El estadista inglés sólo pensaba ayudar a este último en caso de guerra. Sin embargo, el sudamericano no se desanimó en lo más mínimo. Existían posibilidades aun más ricas para un revolucionario. De acuerdo

123 Manning: *Notka Sound Controversy*. Asco. Hist. Ame. Informe, 1905, página 369

124 Robertson: *Life*. Vol. I, pág. 104.

con Coriolano en que “hay un mundo en todas partes”, abandonó las islas británicas para ofrecer sus servicios a la Revolución Francesa.

Francia se había debatido en la angustia de una poderosa revuelta en los últimos tres años, y ya los partidos revolucionarios de los girondinos y jacobinos amenazaban a la monarquía milenaria. Era natural que Miranda esperase y creyese que este movimiento se extendería al reino de España. Su ambición era en Francia la misma que lo había guiado en Inglaterra: la libertad de su país; pero se dio cuenta que debía introducir algunas modificaciones a sus argumentos. En Inglaterra había apoyado a la monarquía constitucional; en Francia se presentó como republicano y revolucionario. Como los girondinos constituían el partido gobernante, se unió a sus filas y desde marzo de 1792 se le vio en compañía de Brissot, Gensonné y Petión. Su decisión de ponerse al servicio de Francia le dio el favor de la zarina y originó un distanciamiento con Inglaterra.¹²⁵

Miranda esperaba desempeñar un papel importante, tanto en lo político como en lo militar. Fue al frente el 10 de septiembre, se le promovió posteriormente al grado de brigadier-general y se le ofreció el mando de una expedición a Santo Domingo. Por ese entonces los políticos franceses tenían en consideración un ataque simultáneo a Hispanoamérica, no con el fin de emanciparla, sino con el de abrir sus puertas al comercio europeo, dividiéndola como botín entre las potencias europeas. Miranda se enteró de estos planes, y la posibilidad de que todas sus esperanzas se desplomasen a punto estuvo de partirle el corazón.¹²⁶ No obstante, no perdió la paciencia y expuso ante los revolucionarios franceses el mismo plan que le había propuesto a Pitt; los ministros se mostraron de acuerdo, siempre que se contase con la participación de la Unión Americana. Pero como ésta no llegó a concretarse, los planes de Miranda se fueron otra vez a pique y él decidió permanecer en el ejército.¹²⁷

En este punto no es posible seguirlo a lo largo de todas las etapas de su carrera militar. Baste señalar que su situación se tornó precaria después de la decapitación de Luis XVI y de la ambigua actitud de Domouriez en los primeros meses de 1793. Miranda fue llamado a París y encarcelado. Acusado ante un tribunal revolucionario en mayo de 1793, se defendió apasionadamente y logró refutar todos los cargos que se le imputaron, obteniendo la completa absolución. Las circunstancias políticas imperantes le impidieron reincorporarse al ejército, y él, que

125 Parra Pérez: *op. cit.*, 18-19. Rojas: *op. cit.*, págs. 270 ss.

126 Parra Pérez: *op. cit.*, pág. 38. C. A. Villanueva; *Napoleón y la Independencia de América*, pág. 64. París, 1911.

127 Parra Pérez: *op. cit.*, pág. 49. Dávila: *op. cit.*, pág. 23.

había sido llamado la espada de la Gironda, quedó incriminado en su caída. Fue nuevamente arrestado en julio de 1793, permaneciendo en la cárcel hasta comienzos de 1795. Dispuesto a no subir a la horca, se proveyó de veneno por si la situación empeoraba.

Pero la curva de su vida no había llegado a su fin, pues fue liberado. Ni aún en esos momentos pensó en abandonar el país. Mientras gozaba de los favores de Delphine de Custine, una de las francesas más bellas, se dedicó a desarrollar un programa político.¹²⁸ Por ese entonces la vida de Miranda era tan activa como digna de destacar. Pese a no contar con ingresos regulares, se las ingeniaba, no obstante, para vestirse con elegancia, ofrecer banquetes y rodearse de los hombres importantes del momento. Nadie sabe de dónde obtenía su dinero, pero la impresión de que se trataba de un aventurero se ve confirmada por los numerosos enredos románticos en que se encontró envuelto. Por otra parte, estos enredos siempre dejaban un cierto aroma político. Bonaparte, a quien encontró en esa época, vio en él a un Quijote, aunque también comprendió que ardía en él una llama sagrada.¹²⁹

Con Francia y España en estado de guerra, Miranda podía soñar todavía con la realización de su ambición: la libertad de Sudamérica. Empero, España concluyó un pacto con Francia, en cumplimiento de la paz de Basilea, lo que significó un nuevo paso atrás para el revolucionario. Disfrazado por su amante, Miranda huyó primero a Calais y de allí a Londres, en busca de amparo en la libre Inglaterra y para reanudar sus relaciones con Pitt.

En el período subsiguiente no se permitió olvidar los altos destinos que lo llevaron a ingresar al ejército francés. Jamás rompió las conexiones que lo unían con los conspiradores del Viejo y Nuevo Mundo que trabajaban con fines similares. Bajo su dirección, se formaron organizaciones secretas en las ciudades y provincias sudamericanas. También se celebraban regularmente reuniones en París, a las que concurrían peruanos, chilenos, cubanos y representantes de la Nueva Granada. Algunos de los principales revolucionarios, como Nariño y Cortés de Madariaga, atravesaron el continente europeo. No obstante, muchos de los esfuerzos estaban encaminados a mantener la conspiración dentro de un impenetrable secreto.

128 Dávila: *op. cit.*, pág. 28. Parra Pérez: *op. cit.*, págs. 295 ss. Robertson: *Life*, vol. I, págs. 144-145. *Delphine de Custine, Belle Amie de Miranda*. Cartas inéditas publicadas por C. Parra Pérez, París 1927.

129 Duquesa d'Abantés: *Memoires*. Vol. I. pág. 329. París. Parra Pérez: *op. cit.*, pág. 231. Dávila: *op. cit.*, pág. 28.

En diciembre de 1797, poco después de la partida de Miranda para Londres, se convino un plan, firmado por el mismo Miranda, Pablo de Olavide, Pedro José Caro, José del Pozo y Sucre y Manuel José Salas, todos ellos representantes de Sudamérica. El documento comenzaba declarando el derecho de los hispanoamericanos a la libertad. Se concertaron pactos comerciales mutuos entre las veinte colonias que iban a libertarse y, con anticipación sorprendente se previó la construcción de dos canales cerca de Panamá y Nicaragua.

Se solicitó a Miranda, que retenía el mando de las acciones militares, que tratase de conseguir todo lo necesario en Inglaterra y de lograr que Gran Bretaña y los Estados Unidos aportasen veinte mil hombres. La primera obtendría como recompensa la apertura de los mercados de Sudamérica y las Antillas; los segundos, Florida y Luisiana. Además, Sudamérica liberada habría de ingresar en una coalición defensiva con esas dos potencias.¹³⁰ Miranda, en seguida de llegar a Inglaterra, envió mensajes a varias secciones de Sudamérica, negoció con el embajador de los Estados Unidos y, lo más importante, reanudó sus relaciones con William Pitt.¹³¹

Sin embargo, en último análisis, ambos gobiernos, el inglés y el norteamericano, consideraron muy peligrosos los problemas que implicaban la idea de revolucionar las colonias españolas, a menos que las circunstancias no les permitiesen otra salida. Y aunque el gobierno británico no renunció por completo a la idea, dejó la ejecución del plan como último recurso. Otro obstáculo en el camino de Miranda. Además, no se le permitió abandonar el país. Se sospechaba de él y era demasiado valioso para perderlo de vista.

Es extraño que Miranda fuese rehabilitado en momentos en que casi se había olvidado su situación. Finalmente, el Consejo de las Indias lo absolvió y una vez más quedaron abiertas las puertas para que se reintegrase al servicio de España. Pero Miranda no podía concebir esta sentencia, pues precisamente había sido la condena lo que lo obligó a desviarse de su camino y a convertirse en rebelde. Ahora le era ya imposible volverse atrás.¹³²

130 Becerra: *op. cit.*, vol. I, págs. 54-61. Pereyra: *Juventud*, pág. 230. Robertson: *Life*, vol., pág. 167. R. Caillet Bois: *Miranda y los orígenes de la independencia*. B. de F. Caracas, vol. XII, num. 47, pág. 321.

131 Robertson: *Life*. Vol. I, pág. 171. Véanse los documentos relativos a las actividades revolucionarias de Miranda. *B. de H.* Caracas, vol. IX, núm. 35.

132 Robertson: *Miranda*, pág. 189. Véase también *Doc. B. de H.* Caracas. Volumen IX, num. 34, pág. 55.

En vez de ello, se entregó incansablemente al mundo subterráneo de la política, dedicándose a minar las relaciones con España y a presentar con los mejores colores la revolución sudamericana. Por supuesto, sus posibilidades dependían en gran parte de los vaivenes de la política de las potencias. Su adaptabilidad y su obstinación congénitas le permitieron superar cada una de las crisis. Por otra parte, siempre encontró nuevos amigos —oficiales de la marina, aventureros, comerciantes y estadistas— que secundaron sus ambiciosos proyectos. De vez en cuando se desesperaba, y entonces se refería a Inglaterra como un país miope y pérfido. A veces se quejaba del trato que recibía; no obstante, permaneció en suelo inglés y vivió con el dinero y en contacto con los políticos de Gran Bretaña.

El programa de acción de Miranda recibió un nuevo impulso con el retorno de Pitt al cargo de primer ministro y con la declaración de guerra a Napoleón. Cuando, además, España declaró la guerra a Inglaterra en octubre de 1804, pareció que el momento había llegado. Desde todas partes llovieron súplicas sobre el gobierno inglés para que abandonase su indecisión de coqueta.¹³³

Pero la política de Gran Bretaña exigió una nueva demora, pues pesaba sobre el país la amenaza de la invasión napoleónica, que hacía imposible cualquier división de fuerzas.

Frente a este nuevo golpe, Miranda se alejó del suelo inglés tras siete años de estancia, desilusionado, pero no desalentado. A fines de 1805 llegó a los Estados Unidos. Llevaba con él 6.000 libras en efectivo que le había dado Vansittart, canciller del Tesoro, y tenía además permiso para recolectar otras tantas. No se sabe a ciencia cierta si en realidad había llegado a un cierto acuerdo con el gobierno británico, que quizás le prometió su ayuda en el caso de que lograrse persuadir a Norteamérica de atacar a las colonias españolas. Ese ataque no era muy probable, pues los Estados Unidos parecían haber concentrado su interés en torno de Florida y de Texas.

Fue precisamente en esta atmósfera, preñada de tensiones políticas, donde se sumergió Miranda al desembarcar en Nueva York en noviembre de 1805. Aunque volvió a encontrar viejos amigos y adeptos a sus ideas revolucionarias, la ayuda militar de que pudo disponer era demasiado pobre para cubrir sus necesidades. Las discusiones de Miranda con el gobierno fueron infructuosas. Durante las mismas, expuso al desnudo sus esperanzas y los datos en que se basaban sus planes, poniendo

133 Robertson: *Life*, vol. I. pág. 256.

todas sus cartas sobre la mesa sin apelar a circunloquio alguno. Pero el presidente Jefferson y su secretario de Estado, Madison, no se comprometieron a participar activamente. El incurable optimismo de Miranda vio en esto una callada promesa de ayuda y mientras tanto habló de sus grandes proyectos con otros amigos. A fines de ese año comenzó a prepararse seriamente para efectuar un ataque armado sobre el territorio sudamericano y prendó su valiosa biblioteca de Londres para fletar barcos, reclutar voluntarios y comprar material bélico. Deseaba que todas estas actividades y preparativos quedaran en secreto. Cuando el 2 de febrero de 1806 el *Leander*, embarcación de doscientas toneladas, se hizo a la mar con rumbo a Santo Domingo, se mantuvo en secreto el verdadero propósito del viaje.¹³⁴ Ni siquiera los infelices soldados que iban a bordo sospechaban nada.

Pero, a pesar de las precauciones de Miranda, el gobierno español olfateó sus planes gracias a su embajador en Washington. Como era acechado de continuo por espías, trascendieron muchas informaciones sobre su persona, que se transmitieron a funcionarios coloniales.¹³⁵

En el ínterin, Miranda estuvo cerca de su meta. Al intentar organizar lo mejor posible su pequeña fuerza militar, hizo que sus soldados prestasen juramento sobre los pueblos de Sudamérica, enarbolando la bandera del nuevo imperio, que era amarilla, azul y roja. En un audaz intento de relacionar la idea de independencia con la del descubrimiento del continente, bautizó el país con el nombre de Colombia.¹³⁶ Previamente, Miranda había recibido seguridades de sus amigos norteamericanos en el sentido de que otros barcos se unirían al suyo en Santo Domingo. Luego de esperar en vano durante un mes, se vio obligado a reconocer que había sido abandonado. En todo ese tiempo sólo había podido aumentar sus fuerzas con dos pequeños barcos. El grupo armado con que tenía que desembarcar en la costa de Venezuela se componía exactamente de 180 hombres, un número no muy grande para libertar a una provincia del dominio español. Aunque los españoles no mantenían fuerzas importantes en Sudamérica, de todos modos podían oponerse a la pequeña banda armada de Miranda. Parece que consideró que sólo su presencia bastaba para reducir a polvo el imperialismo español.

Aunque la actitud de Miranda fue comprensible desde el punto de vista humano, enfocada militarmente fue inexcusable. Su obligada espera en

134 Robertson: *Life*, vol. I, pág. 299.

135 Robertson: *Life*, vol. I, pág. 296.

136 Robertson: *Life*, vol. I, pág. 303. Mancini: págs. 203 ss.

Santo Domingo permitió a los oficiales españoles en Venezuela prepararse muy adecuadamente. Cuando se decidió desembarcar en Puerto Cabello, el principal puerto de Venezuela, la guarnición estaba alerta. La patrulla costera siguió durante algún tiempo a la débil flotilla y fue sumamente fácil anular todo intento de desembarco. Primero fueron atacados los dos barcos más pequeños y aunque los hombres que los tripulaban se defendieron, fueron tomados prisioneros y hundidas sus embarcaciones. Miranda, que navegaba en el *Leander*, a duras penas logró escapar de la persecución arrojando por la borda toda la artillería.¹³⁷

Los infelices prisioneros, víctimas de su propia ignorancia en cuando al verdadero propósito de la expedición, fueron confinados en prisiones o condenados a muerte. Los españoles hubiesen preferido ajustar cuentas con Miranda, pero ni siquiera ellos podían ahorcar a un hombre que se les había escapado de las manos y tuvieron que conformarse con quemar la bandera, la proclama y el cuadro de Miranda, a quien declararon enemigo de Dios y del rey.

No puede sorprender que Miranda perdiese la confianza de sus hombres. La tardanza de sus preparativos, la estupidez militar de sus planes y su debilidad en el momento crucial de la acción fueron síntomas que hicieron muy dudosa su capacidad para dirigir una revolución. No fue éste su primer fracaso con hombres bajo su mando, ni habría de ser el último. Cabe preguntarse si poseía todas las cualidades, excepto la de saber usarlas bien.

Junto con sus compañeros, Miranda erró por las Antillas Británicas, desembarcando primero en Trinidad y después en Barbados. Este hombre jamás se dio por vencido; ningún fracaso lo desanimó ni le restó coraje para probar suerte una vez más. En Barbados se puso en contacto con el almirante inglés en esas aguas Cochrane, que estaba destinado a convertirse en una de las grandes figuras de la historia de la independencia sudamericana. El almirante tenía el convencimiento de que era necesario abrir nuevos mercados para el comercio inglés, puesto que los europeos se hallaban cerrados por el bloqueo continental. En su concepto, las colonias españolas del continente sudamericano reunían todas las condiciones necesarias para serlo, y por su cuenta, llegó a un arreglo con Miranda, prometiéndole la protección de la flota Británica mientras continuara con la realización de su proyecto.¹³⁸

137 Robertson: *Life*, vol. I. págs. 306-7. *B. de H.* Caracas, vol. X, núm. 37, página 42

138 Robertson: *Life*, vol. I, págs. 312-313.

En consecuencia, Miranda tuvo la oportunidad de aventurarse en un segundo intento que prometía tener más éxito que el primero. El 1º de agosto de 1806 desembarcó con sus tropas en Coro, Venezuela, bajo la égida de la flota Británica, y derrotó a la guarnición española de la plaza. Otra vez se enarboló la bandera colombiana y se dio una proclama dirigida a los sudamericanos. Pero nadie respondió al llamado. Cosa bastante extraña, él sólo había aparecido cuando la acción militar estaba terminada. Cuando desembarcó con unos seiscientos hombres, entró en una ciudad fea y desierta, pues sus habitantes habían huido. Su grito de libertad no encontró eco.

Las autoridades españolas no habían permanecido ociosas y tenían plena conciencia del peligro que significaba un ataque sobre un territorio donde vivían gran número de negros esclavos y donde, por consiguiente, no faltaba la intranquilidad ni el descontento. Por ese entonces era gobernador de Venezuela Manuel de Guevara y Vasconcelos, hombre de capacidad fuera de lo común, que juzgó la situación con gran sentido de la realidad y comprendió que era vital contar con el apoyo de la población civil. No se detuvo en preparativos militares, sino que logró convencer a los civiles de la provincia que era necesario repeler a Miranda con todos los medios a su alcance. De esta manera, las palabras del rebelde no encontraron su repuesta en los corazones de sus compatriotas, quienes siguieron considerándolo un pirata y un traidor al servicio de Inglaterra, y que los vendería a ese país. Como el apoyo británico dependía exclusivamente de la decisión de Cochrane, la posición de Miranda se hizo cada vez más difícil: no le quedó más opción que elegir entre permanecer en Venezuela sin la protección de la flota inglesa o retener esa protección, pero retirándose del escenario de la acción. Prefirió abandonar de nuevo a Venezuela, regresando a Trinidad; hacia el otoño de 1807 resultó claro que sus planes revolucionarios se habían frustrado una vez más.¹³⁹

Por esa misma época el capitán Popham, amigo de Miranda, intentó un golpe similar en la zona sur del continente, y en junio de 1806 atacó a Buenos Aires con unos pocos barcos y una pequeña fuerza armada. Popham logró éxito y tomó la ciudad.

Contrariamente a lo esperado, los británicos perdieron pronto ese territorio fácilmente conquistado a los españoles, después de tres días de lucha con Santiago Liniers, un noble francés al servicio de España. En ningún momento el pueblo dio su aprobación a la ocupación inglesa. Las

139 Robertson: *Life*, vol. I, págs. 318-19

palabras pronunciadas por un patriota argentino, algún tiempo después: “Queremos a los viejos amos o a nadie”, expresaban exactamente cuál había sido la actitud de la población colonial hacia España y los intentos de parte de otros países europeos de apoderarse del continente sudamericano.¹⁴⁰

Así, con el fracaso de Miranda y el malogrado ataque a Buenos Aires, finalizó un siglo de política colonial europea. Todavía se disputaban el predominio mundial cuatro países: España, Portugal, Inglaterra y Estados Unidos. Mientras España trataba desesperadamente de defender sus posesiones, Inglaterra y Estados Unidos intentaban expandir las suyas a expensas de esta potencia católica, que todavía luchaba por la hegemonía del mundo. Ninguno de los países mencionados tenía un interés directo en la liberación de los territorios sudamericanos de la dominación española y portuguesa.

¿Estaba la población hispanoamericana preparada para la revolución ya por ese entonces? La sociedad colonial, considerada en su conjunto, había permanecido fiel a los antiguos conceptos de lealtad y devoción al rey, a la madre patria y a la iglesia. Pero aunque sus efectos no se hicieron sentir de inmediato, la expedición de Miranda ejerció cierta influencia en los pueblos americanos. Sudamérica había logrado defenderse con éxito de los ataques del exterior y al hacerlo tomó en menos la ayuda de España; esto no hizo sino aumentar enormemente la confianza en sí mismos de los criollos. Y precisamente en esta autonomía, ni deseada ni intencional, germinó la semilla del futuro desarrollo revolucionario. Esta semilla requería un suelo particular para crecer. Pero en estos momentos resultaba imposible darse cuenta de que estaba próximo el día en que los sudamericanos, desde el Río Grande hasta el Cabo de Hornos, se verían obligados a decidirse por “los viejos amos o por nadie”.

140 Sassenay: *Napoléon I et la fondation de la République Argentine*. París, 1892. R. Levene: H. De A., Vol. V, *passim*. Mancini: *op. cit.*, pág. 220. Robertson: *Life*, vol., I. págs. 8-9.

V

EL ALBA DE LA REVOLUCIÓN

Miranda vive en el recuerdo de los pueblos sudamericanos como el “precursor”, el que precedió a un hombre más importante, una voz en el desierto. La historia de su vida no es más que un prólogo del drama de la libertad de Sudamérica. Sus planes, sus esfuerzos y, en última instancia, hasta su fracaso, no fueron sino riachuelos que desembocaron en el río principal del héroe verdadero, Simón Bolívar.

Cuando en 1807 Bolívar regresó a su país natal, era obvio que Miranda había fracasado. Asimismo era evidente la lealtad de los pueblos coloniales, que no habían querido mantenerse pasivos frente a la expansión Británica y se habían opuesto a aceptar con docilidad el cambio del dominio español por el inglés. Sin embargo, no debemos equivocarnos en el juicio del carácter de los criollos de ese entonces, juzgando a través del fracaso del ataque sobre Venezuela. ¿Cuántos observaron con rabia concentrada e impotente la terrible acción emprendida contra las tropas de Miranda? ¿Cuántos presenciaron, con odio en sus corazones, la quema de su retrato y de otros símbolos que anticipaban un futuro mejor? La ingenuidad de sus planes, su mala organización y ejecución, ocultaron a Miranda la estrella de todas las probabilidades de éxito, pero no puede ponerse mucho en duda que se atrajo la simpatía de una gran parte de la población y en especial de los jóvenes criollos.

Bolívar se encontraba entre éstos. Aunque comprendió que la hora de la acción no había sonado todavía y que Miranda se había adelantado precipitadamente, respondiendo a informaciones falsas, un error táctico como el cometido por éste no podía paralizar los impulsos revolucionarios, que habían cobrado vigor durante su viaje por Europa.¹⁴¹ Los años subsiguientes a su retorno encuentran a Bolívar jugando un doble papel. A los ojos de casi todo el mundo, y de los espías españoles en particular, apareció como un rico terrateniente ocupado tan sólo en supervisar sus tierras y en administrar sus vastas propiedades. En realidad, Bolívar *estaba* muy interesado en la plantación de índigo y planeaba conectar e irrigar las distintas partes de su hacienda. Para la realización feliz de este proyecto era necesario obtener un permiso de sus vecinos, y entre Bolívar y uno de éstos, Antonio Nicolás Briceño —conocido como “El Demonio”— surgió una disputa que sólo terminó al derivar en una

141 Mosquera: *op. cit.*, pág. 14. Larrazábal: Vol. I, pág. 19.

acción criminal. Bolívar se vio obligado a defenderse de los esclavos de Briceño, armados con cuchillos y escopetas y con orden de impedir su trabajo. Como prolongación de estos actos de violencia, se interpusieron ante las autoridades largas listas de quejas.¹⁴²

Pero este aspecto visible y respetable de su vida servía para ocultar los planes de los conspiradores. *Conspiradores*, sí, porque Bolívar sabía que no estaba solo, que había muchos que compartían sus ideas republicanas y sus ambiciones revolucionarias. Estaba su hermano Juan Vicente, la familia del Marqués del Toro, parientes de su difunta esposa, así como también su tío José Félix Ribas y Tomás y Mariano Montilla, a quienes había conocido en París. Además de los muchos otros, estaba su viejo maestro, Andrés Bello, que ahora había sido promovido al cargo de secretario del gobernador de Venezuela.¹⁴³

Los miembros de este grupo formaron la *jeunesse dorée* de Caracas. Las reuniones tenían el carácter que cabía esperar. Bolívar presentaba asuntos brillantes y algunas veces se sentaban en torno de mesas extendidas para el juego o se enzarzaban en acaloradas discusiones, hablaba acerca de sus viajes o escuchaba las traducciones hechas por Bello de Tácito, Virgilio y Voltaire. Las opiniones y gustos de Bolívar merecían mucho respeto entre sus amigos y Bello no rechazaba las críticas formuladas a sus versiones de Voltaire o el elogio de Bolívar a su Virgilio.¹⁴⁴ Estas peñas literarias le servían perfectamente a Bolívar como cortina de humo y en ella podía exponer sus ideas políticas de alto vuelo. No es que por ese entonces tuviese en su mente una acción revolucionaria. Por el contrario, esa acción le parecía sin esperanzas y sentía que era imperioso tener cautela. Pero allí se reunía un grupo de hombres cuya influencia sobre la evolución del movimiento emancipador habría de ser decisiva.¹⁴⁵ Se escondían serios propósitos detrás de esta fachada de aparente ociosidad y estética, y se fundó una organización secreta. Surgió el problema de quién sería el jefe de la revolución, y Juan Vicente propuso a su hermano. Pero aunque no se dudaba de su coraje, nadie lo consideraba capaz de cumplir con semejante designación; no le atribuían las condiciones necesarias para dirigir. Antes que sus compañeros le otorgaran toda su confianza tuvo que probar su valía en situaciones desesperadas y urgentes. Para que surgiera un movimiento de verdadera importancia de estas reuniones —mitad

142 Lecuna: *Adolescencia*, pág. 586.

143 J.D. Díaz: *Recuerdos de la rebelión de Caracas*, pág. 13. Madrid, 1829.

144 Larrazábal: Vol. I, pág. 41. Amunátegui: *op. cit.*, pág. 61.

145 Lecuna: *adolescencia*, pág. 616.

literarias, mitad revolucionarias— era necesario que se produjese un cambio en el ambiente político. Ese movimiento no podría prosperar en medio de la vida tranquila y somnolienta de esos tiempos coloniales.

Bolívar se había dado cuenta a su regreso de que la gran aventura de la revolución sólo podía dar comienzo cuando la Diosa de la Posibilidad se mostrase propicia. En aquel momento la ocasión parecía al alcance de la mano, y era Napoleón quien la había provocado. Aquí, como en todas las demás partes, su fuerte voluntad se impuso sobre un modo de vida que había estado evolucionando durante cientos de años. Napoleón fue, como dijo Hegel, el “secretario del Espíritu del Mundo”: pensaba sólo en él mismo y en fortalecer su propio poder, pero de todos modos fue un hombre que sirvió a la historia del mundo por el impulso que dio a la evolución de la libertad.

Por ese entonces Napoleón estaba en el cenit de su poder político y militar. Había abatido a Austria, destruido a Prusia puesto a Rusia cuando menos de rodillas. Habían fundado el Sistema originado en la Paz de Tilsit, que fue la evidencia más precisa de su condición de estadista. Su propósito fue organizar Europa —*La France será le monde*— y parecía estar próxima a realizar esta expresión de su ambición de gobernar al mundo. Las otras potencias continentales fueron desplazadas a una posición de segundo lugar en el concierto de las naciones. Así, fue fácil para Napoleón ofrecer al presumido zar una parte de ese gobierno, y el subsiguiente acuerdo con Rusia trajo aparejada la paz del continente europeo. Esta paz permitió a Napoleón dedicarse exclusivamente al bloqueo de Inglaterra. Desde la victoria de Nelson en Trafalgar había quedado destruida la esperanza de conquistar a Inglaterra por medio de una invasión, y en consecuencia, como último recurso, había surgido la idea de un bloqueo continental. Napoleón creyó que podría obligar a Inglaterra a capitular cerrándole todos los puertos de Europa, desequilibrando así su balanza comercial. Para el logro de este objetivo, Europa tenía que transformarse en un bloque económico cerrado, en el que no pudiesen penetrar los productos británicos. Sin embargo, todavía existían regiones que no estaban completamente controladas por Francia. Tal el caso, en particular, de la Península Ibérica, integrada por España y Portugal.¹⁴⁶

Napoleón actuó rápidamente, como era su costumbre, empezando por Portugal, que durante siglos había sido un estado vasallo de Inglaterra.

146 C. Omán: *History of de Peninsular War*, Oxford, 1902. La Fuente y Valera: *Historia general de España*. Barcelona, 1922, Vols. XVI y XVII.

En noviembre de 1807 Junot atacó Portugal y Napoleón declaró que la Casa de Braganza había perdido el trono. La familia real pudo salvarse huyendo a Brasil en un barco inglés. Practicada la ocupación, sólo quedaba arreglar el asunto de España.

Recordamos, por la información dada sobre la juventud de Bolívar, que por ese entonces España se hallaba reducida a un grado avanzado de degeneración moral. Godoy, el poderoso amante de la reina, todavía dirigía la corte y el Gabinete. En 1808, cuando Napoleón volvió su atención hacia el problema de España, la existencia misma del ministro le proporcionó una excusa para intervenir.¹⁴⁷ Su deseo era incorporar a España al sistema continental y parecía inevitable que ocupara el trono español un regente digno de confianza. La perdurable disensión existente en el palacio de Madrid permitió a Napoleón negociar con todas las partes. Fernando, sucesor al trono y querido por el pueblo, había intentado infructuosamente apoderarse del gobierno en 1807; y el rey, o mejor dicho, la reina y Godoy, acudieron a Napoleón para arreglar el asunto. El emperador se las ingenió para echarlos a un lado y bajo distintos pretextos comenzó a infiltrar sus tropas en el país. En este punto esperaba que la familia real huyese como los Braganzas, pero las cosas ocurrieron de otro modo. El pueblo español, en la creencia de que el ejército francés estaba en su territorio con el objeto de elevar al trono a Fernando, se alzó contra el monarca regente y su ministro. Mediante el levantamiento de Aranjuez, obligó a Carlos IV a abdicar en favor de Fernando. Sin embargo, Napoleón no quedó satisfecho, y atrajo al joven rey a Bayona, en territorio francés. Aquí aparecieron los otros actores de esta tragicomedia: Carlos IV, María Luisa y Godoy; y a causa de su completo desamparo, Napoleón logró exactamente lo que deseaba: una renuncia del trono español. Los ineptos e ineficaces Borbones abdicaron el 5 de mayo de 1808 y Napoleón ordenó a su hermano José que reclamara su herencia. Este, que fue quizás el mayor crimen de su vida, fue algo más que un crimen, como dijo Talleyrand. Fue un acto de estupidez.¹⁴⁸

Los españoles, indignados por la traición y el desengaño de que habían sido objeto, se volvieron incontrolables. Organizaron la guerra de guerrillas contra el ejército de Napoleón, y a lo largo de todo el país crearon juntas provinciales —representación autónoma de los distritos— opuestas al gobierno de Napoleón. El acuerdo de Bayona fue declarado

147 A. Savine: *L'abdication de Bayonne*. París, 1884. J. R. Vejarano: *El zarpazo napoleónico contra España*. *Rev. De Indias*, agosto 1945.

148 La fuente: *op. cit.*, vol. XVI, pág. 243.

nulo, y toda España proclamó a Fernando como legítimo rey. El 25 de septiembre de 1808, una Junta Suprema, o asamblea general, convino y declaró el estado de guerra contra Francia. Se concertó un pacto con Inglaterra: había comenzado la revuelta de las fuerzas nacionales contra el Imperio Napoleónico.

¿Cuál fue la respuesta del curso de los acontecimientos en Sudamérica? La invencible y agresiva voluntad de Bonaparte no habría permitido que las colonias adoptaran una actitud pasiva o se desentendieran de los sucesos europeos. Su espíritu dominador y expansivo, que se alimentaba con sueños, nunca había abandonado la idea de regir un imperio de ultramar. Después de la victoria naval de Nelson, la India Oriental y Egipto parecían inalcanzables, pero con la conquista de España se hacía posible adquirir el imperio de Carlos IV sin derramamiento de sangre. Así, de un solo golpe se compensaría el daño hecho a Francia en el mar y podría arrebatarle una joya de incalculable valor bajo las mismas narices de la rival de Francia, Gran Bretaña. En consecuencia, Napoleón envió hombres capaces y dignos de fiar a las capitales de Sudamérica para informar a los ciudadanos de los últimos acontecimientos ocurridos en Europa y para ejercer influencia sobre la opinión pública en favor del nuevo amo. El emperador designó virreyes y gobernadores como si el continente fuese ya suyo.¹⁴⁹

Venezuela estaba en la más supina ignorancia en cuanto al estado de cosas en Europa. Juan de las Casas, que ejercía funciones de gobernador de Caracas desde 1807, no tenía una personalidad tan fuerte como su antecesor, y estaba mal preparado para sostener con firmeza el timón en tiempos de agitación. Las primeras noticias llegaron a Venezuela a mediados de 1808, cuando el gobernador británico de Trinidad envió a su similar un informe detallado sobre todo lo ocurrido en España. Estas noticias resultaron tan increíbles para los funcionarios coloniales que las consideraron una invención de la perfidia Británica.¹⁵⁰

Sin embargo, no tardaron en llegar las pruebas, pues el 15 de julio de 1808 un barco francés entró en el puerto de La Guayra trayendo a bordo delegados de Napoleón a Venezuela.¹⁵¹ Cuando el gobernador recibió a

149 C. Parra y Pérez: *Bayona y la política de Napoleón en América*, págs. 5, 12. Caracas, 1939.

150 Véase el importante libro de J. R. Vejarano: *Los orígenes de la independencia sudamericana*, pág. 18. Bogotá, 1925.

151 O'Leary: *memorias*, vol. I, pág. 58. Larrazábal. Vol. I, pág. 39- p. de Urquinaona: *Memorias*. Biblioteca Ayacucho, vol. XIV, pág. 18. Madrid, 1917.

los oficiales franceses, se enteró horrorizado que José Bonaparte había sido nombrado rey de España. La impresión producida por esta noticia es indescriptible. Los funcionarios coloniales españoles creyeron que un rayo había caído a sus pies y que la tierra se había abierto. ¿A cuál de los dos monarcas debían obediencia? El gobernante legítimo era Fernando VII, pero había abdicado y estaba prisionero. El nuevo monarca ejercía el poder, pero era un usurpador ilegítimo, a quien el pueblo americano no estaba atado de manera alguna.

Aunque los funcionarios se mostraron vacilantes, el pueblo de Venezuela tomó su decisión. Durante los diez días que habían transcurrido desde que las primeras noticias llegaron desde Trinidad, la opinión pública se había volcado contra Napoleón. Se formaron dos partidos distintos, que concordaban en un punto: el completo rechazo al usurpador y de sus pretensiones sobre América. Los manifestantes excitados y furiosos se congregaban una y otra vez bajo las ventanas del gobernador, al grito de “¡Viva nuestro rey!”. Se envió un delegado al gobernador, solicitando que Fernando VII fuese proclamado rey.¹⁵² Se prometió hacerlo el día siguiente, pero el populacho enardecido no admitió demoras, y la ceremonia tuvo lugar la misma tarde, exhibiéndose el retrato de Fernando en el ayuntamiento. El pueblo participó apasionadamente en todos los actos, y sin necesidad de mayores sugerencias hubiera echado mano a los emisarios franceses, que, por último, se vieron obligados a admitir que su misión había fracasado. En esos momentos había llegado a La Guayra una fragata inglesa, de modo que no les quedó más que huir a su barco al amparo de la oscuridad.¹⁵³

La situación de Caracas se repitió, con ligeras variantes, en las otras capitales de las colonias españolas. Dondequiera se presentaban los delegados franceses eran despedidos y expulsados. En México, Buenos Aires, Montevideo y La Paz se rehusó prestar obediencia a Napoleón y se declaró que Fernando VII era el monarca legítimo. Como en España, así también en América se convirtió en *El Deseado*.

El francés pronto se dio cuenta de que no había esperanzas en ganarse el favor del pueblo y dejó de enviar a sus agentes. Por el contrario, Sudamérica recibió a los mensajeros de la Asamblea Nacional Española, quienes informaron sobre la gloriosa guerra que estaban librando los españoles en aras de la libertad. Fueron recibidos con demostraciones

152 Vejarano: *Orígenes*, pág. 19.

153 Véase la carta del capitán Beaver a Sir A. Cochrane, Larrazábal. Vol. I. página 39. Blanco: *Doc.*, vol. II, págs. 161-163.

de entusiasmo. Se hicieron celebraciones en su honor, se dijeron misas en las iglesias y se iluminaron las ciudades. El pueblo llevaba en sus sombreros o cinturones los colores españoles con la inscripción: “A morir o a triunfar por nuestro rey”. Las mujeres donaron sus joyas y en pocos días se recolectaron millones de pesos oro para la causa de Fernando VII. Cuando se supo que las guerrillas habían obligado a los franceses a capitular cerca de Bailén, el fervor patriótico de España se extendió a Sudamérica.¹⁵⁴

Las autoridades coloniales habían seguido los impulsos de la población a regañadientes y en medio de indecisiones. Pareció que la mayoría de ellas estaba más inclinada hacia la nueva dinastía napoleónica. De todos modos, insistieron en el principio de que las colonias —abstracción hecha de la dinastía gobernante en Madrid— formaban parte integrante de la monarquía.

Para cumplir sus propósitos, las masas excitadas habían puesto nuevamente en vigencia la vieja forma de gobierno comunal, el *cabildo abierto*. Deseaban crear una forma de representación local sobre el modelo de la madre patria. al principio respetaron a los representantes oficiales de España, pero también exigieron el reconocimiento de su propia aptitud nativa. Dentro de la totalidad del Imperio Español, solicitaron para América los derechos de la madre patria, y se hizo evidente que el movimiento no tardaría mucho en dejar atrás las viejas formas de gobierno colonial. Estaba amaneciendo un nuevo día en la vida de Sudamérica. La misma España se dio cuenta de que tendría que dar satisfacción a las demandas de representación constitucional presentadas por las colonias.¹⁵⁵ En lo futuro, dice una proclama española, las vastas y valiosas regiones de América no serán colonias ni plantaciones, sino parte integrante de la monarquía española. No obstante, los españoles no se mostraron generosos al otorgar lo que habían declarado indispensable, y mientras se asignaron treinta y seis delegados para los doce millones de españoles, habrían de bastar sólo doce para los quince millones de sudamericanos.¹⁵⁶ Era evidente que se estaba produciendo una fuerte fermentación dentro del Imperio Español a uno y otro lado del Atlántico

154 R. Levene: *H. De A.* Vols. V y VI, *passim*. Clec; *Capitulation de Baylen*. París, 1903. Parra Pérez: *Historia de la Primera República de Venezuela*. Vol. I. pág. 214. Caracas, 1939.

155 La Fuente: *op. cit.*, vol. XVII, pág. 7. Blanco: *doc.* Vol. II, págs 230, 231 y 235.

156 Mancini: pág. 257. Larrazábal: Vol. 1, pág. 44.

y que resultaba obvio que las condiciones dadas no corresponderían nunca a las que existían antes que Napoleón hubiese puesto en peligro la vida misma de España.

Como ha hemos mencionado, existían en Venezuela dos facciones revolucionarias, una de las cuales era dirigida por el capitán Mateos, hombre violento y rebelde, incapaz por completo de ocultar sus sentimientos. Pero su misma rectitud se convirtió en su Némesis y ésta fue la causa de que a los funcionarios no les resultara nada difícil procesarlo.¹⁵⁷

La acción desplegada por la otra facción, que se había agrupado en torno a Simón Bolívar, fue de mucho mayor alcance. Los conspiradores se reunían en cónclave secreto en El Palmito, propiedad de Bolívar situada a orillas del río La Guayra. Eran jóvenes desafiantes que deseaban, como recalcó un escritor español, aprender por sí mismos el arte de la rebelión.¹⁵⁸ Rodeaban sus reuniones de una aureola de misterio; se encontraban en las primeras horas del día y prolongaban sus discusiones hasta muy avanzada la noche. ¿Qué tramaban? ¿Pensaban en realidad destruir el orden existente? Quizás no todavía, pero ya sentían que los acontecimientos los habían puesto frente a una encrucijada. La proclama que declaraba que Fernando VII era su rey, no fue sino el primer impulso que puso en movimiento a las masas coloniales en letargo. El próximo paso fue el otorgamiento de representación autónoma, conforme al modelo impuesto por la misma España. Es posible que estos jóvenes revolucionarios, que exigían cada vez más en sus pretensiones, no alcanzaran a vislumbrar de verdad su meta. Pero un hombre sí la vislumbraba, y había esperado furiosamente este momento durante treinta años.

Miranda regresó a Londres después del fracaso de su ataque a Venezuela. el 20 de julio de 1808 escribió desde Inglaterra una carta al cabildo de Caracas, en la que exhortaba a sus miembros a no dudar más y a tomar a su cargo el gobierno de las provincias.¹⁵⁹ Consideraba esencial mantener la separación entre los asuntos de América y los de España, y solicitó el envío de una misión diplomática a Londres para realizar negociaciones con los británicos relativas a la seguridad y al futuro del Nuevo Mundo. A esta altura de la situación, era mucho más fácil dar

157 Vejarano: *Orígenes*, págs. 11 ss. Lecuna: *Adolescencia*, pág. 614. Lecuna: *la conspiración de Matos. B. de H. Caracas*. Vol. XV, núm. 56. Pág. 387.

158 Díaz: *op. cit.*, pág. 9.

159 Robertson: *Miranda*, págs. 277 y 284. Antepara: *South American Emancipation*. Londres, 1810.

consejos que ponerlos en ejecución, pues las autoridades ya se habían decidido a proceder con firmeza frente a los intentos de autonomía.

Por ese entonces Bolívar también se vio afectado por la decisión del oficialismo. Su casa era vigilada y sus acciones consideradas sospechosas; finalmente, el hijo del gobernador se encargó de prevenirlo. Se le aconsejó no recibir invitados ni organizar reuniones, y en medio de todo se hizo el inocente. “Estoy desesperado —afirmó— y sólo deseo librarme de estos visitantes que no he invitado y que verdaderamente me enferman. No llamo a nadie; soy inocente pese a las calumnias”. A efectos de no parecer relacionado con ningún movimiento, prometió retirarse a su propiedad rural y la mayoría de los demás conspiradores siguió su ejemplo. Así fracasaron las dos precoces revoluciones, pues sus jefes fueron dispersados o arrestados.¹⁶⁰

Sin embargo los patriotas no se resignaron a abandonar lo que casi habían ganado, y entonces comenzó una lucha que se prolongó durante dos años entre criollos liberales y las autoridades españolas. En Caracas volvió a surgir la idea de establecer un gobierno autónomo y se reunieron centenares de hombres importantes. Era una conspiración a plena luz del día. En noviembre de 1808, los notables de Caracas formularon una declaración de lo más impresionante.¹⁶¹ Estos hombres, si bien reafirmaron su lealtad al rey y a la Sagrada Fe, exigieron el derecho de convocar una asamblea que, junto con las autoridades, habría de tener las más amplias facultades en el país hasta que el rey se reintegrara al trono de sus padres. La respuesta del gobierno fue el arresto del autor de la declaración. Bolívar no se encontraba entre los firmantes, porque el documento no había sido redactado de acuerdo con sus deseos. Sus planes iban más lejos y su objetivo implicaba algo más que un compromiso entre el viejo y nuevo orden. Aquí se revela por primera vez la grandeza y la tragedia de sus condiciones de estadista. Dondequiera que estuviese deseaba, si no gobernar, por lo menos dirigir. Donde no podía mandar, se sentía de más.¹⁶² Era un hombre demasiado grande para estar sujeto a reglamentaciones, y ya en ese entonces su propósito era dirigir la revolución. Los españoles veían en él a un hombre joven de “orgullo indomable y ambición ilimitada”. Efectivamente, era tan indomable como ambicioso y se cansó de desempeñar el papel de conspirador que nunca lograba resultados palpables. Frustraba sus propósitos el hecho de saber

160 Lecuna: *Adolescencia*, pág. 617.

161 Larrazábal: *op. cit.*, vol. I, pág. 41. Blanco: *Doc.* vol. II, págs. 179-80.

162 Vejarano: *origenes*, pág. 95

que nadie lo consideraba capaz de ejercer la dirección de la revolución. Consideró descabellado el programa político que había rehusado firmar en virtud de su mansedumbre, inconsistencia y ambigüedad. ¿Qué valor podía tener para Venezuela esta solicitud de representación autónoma y esta proclamación de lealtad a Fernando? Bolívar se consideraba un republicano: ¿Qué era el rey para él o él para el rey? Fernando no ejercía el poder, sino que era prisionero de Napoleón, que marchaba victoriosamente hacia Madrid. Los representantes de las provincias españolas ya no podían seguir reuniéndose y la existencia misma de la Asamblea Nacional estaba amenazada por la desintegración de las fuerzas españolas en Ocaña y Alba de Tormes. Lo que había visto en Europa dio coraje a Bolívar para continuar su lucha por la libertad, y en 1809 se unió públicamente al movimiento de independencia americano.¹⁶³ Lo que comenzó como una protesta contra la usurpación napoleónica, terminó con una verdadera revolución contra la dominación española.

En mayo del mismo año, llegó a Venezuela un nuevo gobernador, el mariscal de campo Vicente de Emparan, a quien se le consideró conciliador y afable. Sin embargo, como en todas las épocas revolucionarias, sus tendencias conciliatorias fueron atribuidas a su debilidad. Bolívar echó a volar todas las precauciones y en compañía de sus amigos y parientes se puso a recorrer las calles provocando a los oficiales españoles. En un banquete dado por el gobernador, brindó por la libertad de Venezuela y de América toda. Las autoridades españolas trataron gentilmente de hacerle entrar en razón —en lo que ellas entendían por razón por supuesto— e invitaron a Bolívar y a otros que compartían sus opiniones a una reunión en que los oficiales de alta graduación explicaron los peligros que encierra una conspiración. Bolívar escuchó en silencio hasta que terminaron, y entonces les dijo que aunque cuanto habían afirmado era verdad, él y sus compañeros habían declarado la guerra a España y no podían echarse atrás.¹⁶⁴

El gobierno estaba frente a un dilema trágico. ¿Era posible conservar su autoridad y al mismo tiempo ganarse la buena voluntad de los colonos? El problema era tanto más insoluble por la forma constante en que Napoleón cortejaba a los americanos. Duplicó la oferta de España en el sentido de dar voz a las colonias en la Asamblea General, y lo que es más, anunció que concedería completa independencia a los países hispanoamericanos, si cerraban sus puertos al comercio inglés.¹⁶⁵

163 OoLeary *Memorias*. Vol. I, pág. 24. Lecuna: *Adolescencia*, págs. 617-21.

164 J. F. Heredia: *Memorias*. Biblioteca Ayacucho. Vol. XI, pág. 163. Madrid. Torres lanza: Vol. II, pág. 92.

165 Parra Pérez: *Bayona*, pág. 14. La Fuente, *op. cit.*, vol XVI, pág. 312.

Los acontecimientos de Europa y América, coincidían una y otra vez con los sucesos de Europa, donde, por supuesto, se habían originado. A medida que entraban más fuerzas en la Península Ibérica, se aproximaba el día en que desaparecería la sombra de la independencia de España y parecía más factible al propósito de convertir los estados vasallos sudamericanos en países libres e independientes. Ese era el credo de los liberales americanos. “Dada la disolución de la monarquía y la pérdida de España, nos encontramos en la misma situación que los hijos adultos a la muerte del padre. Cada hijo reclama sus propios derechos. Amuebla su propia casa y se gobierna por sí mismo”. La revolución era el resultado lógico de esta situación.¹⁶⁶

Ya hemos visto con qué audacia se reunían los venezolanos en torno a Simón Bolívar. Ahora ya no se trataba de la mera expresión de sus sentimientos de independencia, sino de organizar verdaderamente la revolución.

Al mismo tiempo que se nombró al nuevo gobernador, se designó también un nuevo inspector de milicia, Fernando Rodríguez de Toro, que era cuñado de Bolívar. Por su intermedio los patriotas pudieron enterarse de todas las órdenes militares dictadas por el gobierno. Los rebeldes planearon el estallido de una revuelta con la ayuda de los granaderos de Aragua, cuyas barracas se convirtieron en el cuartel general de los conspiradores. Se fijó la fecha del levantamiento para el 1º de abril de 1810, pero el gobernador Emparan logró abortar el plan mediante el arresto de unos cuantos exaltados y el destierro de otros a los confines de sus posesiones. Entre estos últimos estaba Bolívar, que se retiró al campo.¹⁶⁷

Sin embargo, la autoridad del gobierno quedó muy debilitada, y apenas pocos días después del descubrimiento de este complot, Bolívar regresó a Caracas y allí se quedó sin ser molestado.

A requerimiento de la madre patria, las autoridades españolas se esforzaron por mantener a los americanos ignorantes de cuanto ocurría en realidad en Europa, y los barcos que llegaban a los puertos del Nuevo Mundo eran cuidadosamente requisados en busca de cartas y periódicos. Pero las noticias de que los franceses habían conquistado Andalucía y tomado Cádiz se filtraron a través de la censura.

Se dijo que la Junta Central se había dispersado y que se había hecho cargo del gobierno un Consejo de Regencia compuesto por cinco

166 Mancini: pág.: 268.

167 Larrazábal: Vol. I, pág. 48, Urquinaona: *op. cit.*, págs. 26-27. Pereyra: *Juventud*, pág. 267.

miembros. Estas noticias quedaron confirmadas cuando el 17 de abril arribó a La Guayra un barco que traía a bordo a dos representantes de ese organismo, al que la Asamblea Nacional había delegado sus poderes. Estos hombres habían sido enviados a América para gestionar la aprobación de ese Consejo. Bolívar después de reunirse con los recién llegados y de sonsacarles cuanto pudo, declaró que él y sus adeptos se veían obligados a establecer en Caracas un gobierno propio, a causa de las vacilaciones de la madre patria a través del Consejo Supremo, que no había logrado darse una forma permanente¹⁶⁸. Los revolucionarios no deseaban reconocer al Consejo de Regencia y querían esgrimir como excusa la disolución de la Junta Central para establecer el gobierno a que aspiraban. Aun cuando los patriotas se decidieron por las medidas extremas, el gobernador pudo tratar de no perder la cabeza. Empero, colocó anuncios sobre los recientes acontecimientos en todas las calles y el pueblo se enteró de la verdadera situación imperante en España. Nada pudo ser más del gusto de los rebeldes.

El 18 de abril los conspiradores, Simón y Juan Vicente Bolívar entre ellos, se reunieron durante toda la noche y ultimaron los detalles de la revuelta. Todos comprendían que había llegado el momento de forzar la obtención de una representación independiente en Caracas; pero mientras los conservadores aún discutían la conveniencia de formalizar un compromiso con las autoridades, los extremistas como Bolívar exigían el procesamiento y el destierro de los españoles. Este conocía el modo de lo que llamaba inducir a las masas a la insurrección.

Así amaneció el 19 de abril de 1810. Era Jueves Santo. La ciudad era ya un hervidero de ciudadanos excitados.¹⁶⁹ Hacia las siete, el cabildo se reunió de la manera acostumbrada para tomar parte en los servicios públicos; una vez congregados, sus miembros enviaron a llamar al gobernador, que aceptó la invitación. En su camino, encontró la plaza pública llena de gente y en el mismo cabildo se vio frente a los hombres cuyo espíritu de lucha alguna vez había intentando vanamente enfriar. Apenas había ocupado su lugar cuando se le exigió el establecimiento de

168 D. Arias Argáez: *El canónigo don José Cortés y Madariaga*, pág. 41. Bogotá, 1938. En cuanto a la participación de Bolívar, existen dos opiniones contradictorias. Larrazábal, vol. I, pág. 48, la afirma. O'Leary: *Memorias*, vol. I, página 24, la niega. Apoyamos la opinión de Larrazábal, que está reforzada por Díaz, pág. 14.

169 Larrazábal: Vol. I, pág. 49. Urquinaona: *op. cit.*, pág. 31 ss. Blanco: *Doc.*, volumen II, págs. 377, 380 y 391. Parra Pérez: *Primera República*, vol. I, pág. 267. Bralt: Vol. I, pág. 48.

un cuerpo representativo en Caracas, pues la situación en la madre patria y la disolución del más alto tribunal no permitían más dudas ni demoras. Se ofreció a Empanan la presidencia de dicho cuerpo, pero éste demoró la adopción de una decisión, diciendo que analizaría tan difícil problema después de los servicios religiosos y que de cualquier manera consideraba imprudente tomar resoluciones apuradas sin conocer exactamente la situación en España. Punto seguido abandonó la cámara para dirigirse a la catedral, en el lado opuesto del tribunal. Casi había llegado al atrio de la catedral cuando uno de los patriotas lo agarró del brazo y le ordenó volver a la cámara del cabildo. Los rebeldes se dieron cuenta de que la cuestión debía resolverse de inmediato, antes de que comenzaran los servicios. Atemorizado y sorprendido, el gobernador accedió a regresar a la reunión, donde dos diputados del pueblo le explicaron su plan sobre la representación de Caracas. Desde ese mismo instante se le hizo comprender que ya no era el rector de los destinos del país.

Empanan, en su confusión, no protestó y estaba a punto de aceptar la propuesta cuando la cámara fue conmovida por la entrada del canónigo Cortés Madariaga. Descendiente del gran Cortés y natural de Santiago de Chile, Cortés Madariaga se había puesto en contacto con Miranda duran sus viajes por Europa, incorporándose a la lucha por la independencia americana. Tan bien supo ocultar sus opiniones políticas y no tomar parte en las reuniones secretas, que fue designado canónigo de Caracas.

La víspera del 19 de abril había dejado de lado toda reserva y prometido su ayuda a los conspiradores. En la reunión del cabildo del día siguiente se declaró representante del clero. Describió con los más oscuros colores la situación reinante en España, exigió el establecimiento de un gobierno propio y terminó pidiendo la expulsión de Empanan, alegando que el pueblo lo odiaba.¹⁷⁰

El gobernador se asomó al balcón para preguntar a las masas si estaban satisfechas de su gobierno y apreciar así su exacta reacción. Madariaga, detrás de él, exhortó a la multitud con palabras y gestos, a tal punto que finalmente irrumpió el grito: “No lo queremos. No lo queremos.” El gobernador, sintiéndose profundamente herido en su orgullo, se retiró del balcón diciendo: “Bueno, yo tampoco los quiero.”¹⁷¹

Con esta frase, que fue leída de inmediato en las actas de la reunión, el gobernador de Venezuela abandonó la administración y abdicó de su

170 Arias Argáez: *op. cit.*, pág. 45 ss. Díaz: *op. cit.*, pág. 17. M. Torrente: *Historia de la revolución Hispanoamericana*, Vol. I, pág. 134, Madrid, 1829.

171 Larrazábal: Vol. I, pág. 52. Blanco: *Doc.*, vol. II, pág. 391.

cargo. Se constituyó solemnemente la Junta de Caracas y el poder de Emparan se declaró nulo. Con todos los honores debidos, se le escoltó hasta La Guayra, desde donde se embarcó hacia los Estados Unidos. La Revolución había triunfado.

Para decirlo más exactamente, la revolución había logrado su primera victoria. El 19 de abril de 1810 no sólo fue la fecha en que se destituyó a un funcionario débil por medio de una remoción accidental, sino también el día del triunfo de un grupo revolucionario que durante tres años había luchado y minado las bases del régimen español. Ahora bien: que este régimen estaba pronto a caer, lo prueba la rápida sucesión de acontecimientos que se produjo en otras capitales sudamericanas.

El 25 de mayo de 1810 se constituyó en Buenos Aires una asamblea *pro tempore* y el 20 de julio se destituyó al virrey en Bogotá, capital de la Nueva Granada. Chile y México siguieron el ejemplo, y luego de sangrienta lucha también hizo lo propio Ecuador. En menos de seis meses—desde abril hasta septiembre— la inmensa mayoría de Sudamérica se había separado de la madre patria y declarado su independencia. Como si se hubiese convenido previamente, la revolución floreció casi simultáneamente en todas las capitales.¹⁷² Sólo el reino del Perú permaneció inmutable e indiferente.

En todas partes había sido un pequeño grupo de hombres decididos el que había precipitado las cosas. Y como los españoles notaron con asombro, estos hombres no estaban entre los más necesitados o esclavizados del populacho, con nada que perder y todo que ganar en el caos.¹⁷³ Por el contrario, eran los que podían perderlo todo: los propietarios de vastas heredades, los descendientes de antiguas familias o los hombres que se habían distinguido en el servicio de España. Fueron estos hombres, y no la masa de la población, quienes se constituyeron en el factor decisivo de la victoria de la revolución. Tiene fundamental importancia ese carácter aristocrático del movimiento emancipador. Fueron los criollos de las clases altas quienes arrebataron las riendas del gobierno de las manos de los amos españoles, y el pueblo, fuese de color o de sangre mezclada, no tomó al principio parte alguna en la revuelta.

La aristocracia criolla deseaba establecer un gobierno propio en un continente americano liberado del yugo español. No podía darse cuenta que la rebelión que había desatado habría de generar derramamientos de sangre, sacrificios y ruinas. Su revolución no fue el resultado de una

172 Blanco: *Doc.*, vol. II, págs. 450 ss., 519 ss. 549, 573, 590 ss. Y 639. E. Posada: *El Veinte de Julio*. Bogotá, 1914.

173 Díaz: *op. cit.*, pág. 21.

larga preparación ideológica, como en el caso de Norteamérica y Francia. Había adoptado los programas de estos dos grandes movimientos sin preguntarse si las condiciones bajo las cuales se habían desarrollado eran compatibles con Sudamérica. De este modo, no se agregó nada vital a la ideología revolucionaria de la humanidad.

Sólo uno de los tres grandes gritos de batalla de la Revolución Francesa, *liberté*, interesaba a los sudamericanos. *Egalité* y *fraternité* apenas si se mencionaban. Su concepto era más difícil de captar que en Europa, donde no existían diferencias raciales. Libertad: ésta era la exigencia que se podía escuchar en 1810 en todas las capitales de las colonias españolas, y para ellas, libertad quería decir independencia nacional. Todos sabían *que* serían libres, pero en la embriaguez de la victoria y en la intranquilidad subsiguiente de los primeros meses, nadie preguntó *para qué* lo serían. En esta luna de miel de la revolución nadie discutía los dones que yacían en el fondo de la caja de Pandora.

Una semana después de la victoria de la revolución se estableció el gobierno representativo de la provincia de Caracas. Sin embargo, habían prevealedo los elementos moderados, y el ala izquierda, entre cuyos integrantes se contaba Bolívar, se vio prácticamente excluida. Bolívar era conocido como radical y nacionalista y ni sus ideas ni procedimientos hallaron la aprobación del nuevo gobierno. Los cautelosos caballeros de la Junta de Caracas padecían todavía la alucinación de que podrían llegar a un entendimiento con el rey de España. La realidad pronto se encargó de enseñar a los patriotas caraqueños que los pensamientos viven íntimamente juntos; pero que la materia entra en conflicto con el espacio. ¿Era posible que los caraqueños influyesen sobre las otras provincias venezolanas con sus convicciones? Tuvieron éxito en algunos casos, pero no en otros: los emisarios de Caracas fueron recibidos en medio de burlas en Coro, distrito del Oeste de Venezuela, y en Maracaibo fueron tomados prisioneros y más tarde enviados a Puerto Rico a disposición del Estado.¹⁷⁴ Los patriotas de Caracas tuvieron la evidencia de que la revolución no podría salir adelante por su propio impulso y que necesitaba la ayuda de las grandes potencias si quería triunfar. Es posible que, frente a esta situación, recordasen el consejo de Miranda de enviar una Misión a Londres. De todos modos así se hizo, y el gobierno de Caracas confió la dirección de esta importante misión al joven Simón Bolívar.¹⁷⁵

174 Blanco: *Doc.*, vol. II, págs. 411, 434 y 436. Mancini: *op. cit.*, pág. 313.

175 Misiones de Juan Vicente Bolívar y Telésforo Orea a Washington. *B de H.* Vol. XVIII, núm. 72, págs. 711 ss. Caracas. Larrazábal: Vol. I, pág. 55. C. A. Villanueva: *Fernando VII y los nuevos Estados*, pág. 3. París, 1911.

VI UNA MISIÓN A LONDRES

Hasta ese momento Bolívar no se había destacado. Es cierto que se encontraba entre el grupo de patriotas activos, pero simplemente como uno más. No debemos imaginarlo como jefe de la revolución, por más que desease desempeñar ese papel. Hasta entonces el movimiento no había producido ninguna figura apta para dirigirlo. El envío de Bolívar a Londres marcó el comienzo de una gran carrera; en realidad, una de las más grandes del reino de las hazañas políticas y militares. Había sido ascendido al grado de coronel de milicia, quizás porque el gobierno quería invertir con algo más de prestigio a su joven enviado a Londres. Como los viejos caballeros de Caracas lo consideraban demasiado radical, su designación obedeció al hecho de que él mismo ofreció pagarse los gastos. Sabía muy bien lo que hacía al poner en juego todos los medios a su alcance para asegurarse una entrada triunfal en el campo de la política.¹⁷⁶

El documento que designa a Bolívar jefe de la misión lleva fecha del 6 de junio de 1810 y nombra a Luis López Méndez como segundo jefe y a Andrés Bello, el maestro de Bolívar, como secretario. La carta enviada por el gobierno de Caracas al ministro de relaciones exteriores de Gran Bretaña, así como los testimonios de la época, invocan la preservación de las relaciones comerciales entre ambos países como objetivo de la misión.¹⁷⁷ Los tres enviados venezolanos debían informar a Inglaterra acerca de los cambios revolucionarios que se habían llevado a cabo en su país y solicitar la protección de la Gran Bretaña. Se instruyó a la delegación caraqueña para que desde el comienzo hasta el final de las negociaciones recalcará la importancia de preservar la monarquía española y de ajustar la futura acción dentro del marco de las leyes monárquicas. En las instrucciones privadas para adoctrinar a sus enviados, el gobierno había redactado cuestionarios, que seguían la misma línea de pensamiento y daban solución a todos los problemas concebibles que planteara Inglaterra.¹⁷⁸

La tónica política de esos documentos correspondía al concepto que consideraba a la Gran Bretaña como guardiana de los pueblos

176 O'Leary: *op. cit.*, pág. 25. Marqués de Rojas: *Simón Bolívar*, París, 1883.

177 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 28. Blanco: *Doc.*, vol. II, pág. 514. Misión de Bolívar y López Méndez a Londres. *B. de H. Caracas*. Vol. 18, núm. 72, y *B. de H. Caracas*, vol. 21, núm. 81

178 Mancini: Pág. 307. Véase también: *B. de H. Caracas*, vol. XVIII, pág. 675.

sudamericanos; se intentaba organizar la liberación e independencia de los hispanoamericanos bajo la dirección de la nación que había sido la primera en hacer realidad la libertad legal en su propio territorio y que estaba luchando contra la tiranía actual de Napoleón.¹⁷⁹

La delegación se embarcó con rumbo a Londres en los primeros días de junio a bordo de un barco británico. El 10 de julio llegó a Portsmouth. ¿Qué éxito podía esperar Bolívar y cuál sería la actitud de Inglaterra hacia el problema de la independencia sudamericana?¹⁸⁰ Luego del malogrado ataque sobre Caracas y Buenos Aires, los estadistas británicos volvieron a examinar sus planes con respecto al Hemisferio Occidental. El ministro de Relaciones Exteriores, Castlereagh, consideró que era su deber convencer a su gabinete que sería una empresa sin esperanza tratar de conquistar estos vastos territorios contra la voluntad popular. Entendía que aun cuando buscara algún modo de liberar al continente, Inglaterra no debía presentarse más como auxiliar y protectora.¹⁸¹ De este modo podría lograr satisfactoriamente sus objetivos, que primordialmente no implicaban las conquistas de territorios, sino el control del comercio y de los metales preciosos —las minas de oro y de Plata en particular— de las colonias españolas. Si el gobierno británico tuviese en sus manos el control de esta riqueza, podría financiar mejor la lucha titánica que libraba contra Napoleón. En realidad, y en virtud de las razones apuntadas, Inglaterra tenía más interés en México que en Venezuela y en los territorios del Plata.¹⁸²

El ataque de Napoleón a la Península Ibérica modificó la situación por completo; y España, en la agonía de un levantamiento, se convirtió en aliada de Gran Bretaña. Los soldados españoles lucharon codo a codo con las tropas inglesas por la libertad de los pueblos ibéricos. El 9 de enero de 1809, el gobierno británico concertó un tratado con España en el que se comprometía a apoyar a esta nación con todos los medios a su disposición, reconociendo al mismo tiempo a Fernando como único rey legítimo.

A pesar de estos objetivos, anunciados públicamente, la diplomacia Británica abrigaba aún la vieja idea compulsiva de romper el monopolio

179 Pereyra: *Juventud*. Pág. 310.

180 Rojas: *Bolívar*, pág. 13. G. Hernández de Alba; *La misión de Bolívar en Londres*. *Rev. Del Colegio de Nuestra Señora del Rosario*, págs. 312 ss. Bogotá, 1934.

181 Webster: *op. cit.*, vol. I, págs. 8-9. Mancini: pág. 312.

182 Webster: *op. cit.*, vol., págs. 10-11.

de la política comercial española y abrir nuevos mercados en Sudamérica para la industria inglesa. Aunque el gobierno británico desaprobó la ayuda prestada por sus oficiales en las Antillas a la revolución sudamericana y estaba inspirada en las mejores intenciones para cumplir sus obligaciones con respecto al aliado español, se sentía la necesidad de expandir el comercio inglés. En consecuencia, el Imperio Español debía prepararse para aceptar los productos británicos. Sólo así podía pagarse la costosa ayuda prestada a España. Cuando los delegados venezolanos arribaron a Portsmouth en julio de 1810, la posición Británica con respecto a España mejoró visiblemente.

Al día siguiente de su llegada, el 11 de julio, Simón Bolívar envió una carta al marqués de Wellesley, que había reemplazado a Castlereagh como ministro de relaciones exteriores. En ella anunciaba su arribo y solicitaba el pase necesario. Dos días después el marqués despachó una nota para su hermano, Sir Henry, entonces embajador ante el Consejo de Regencia de Cádiz, con instrucciones encaminadas a explotar adecuadamente la llegada de Bolívar en beneficio de los intereses británicos.¹⁸³ El gobierno esperaba intimidar al Consejo de Regencia y obligarlo a mostrarse complaciente con la política comercial Británica mediante la presentación del caso de la delegación venezolana. Aunque en apariencia Inglaterra asumiera el papel de agente neutral entre la madre patria, España, y sus colonias americanas, en realidad seguía los dictados de su propio interés con calculada premeditación.

Luego de obtener los pases requeridos, la delegación dejó Portsmouth, arribó a Londres el 12 de julio y se estableció en el Hotel Morin's. Wellesley había señalado que los recibiría en cualquier momento. Como se consideró impropio hacerlo en el Ministerio de Relaciones Exteriores, pues no eran ministros autorizados de ningún Estado reconocido, sugirió que fuesen a su casa, en Apsley House.

El ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña inició la conferencia afirmando en son de crítica que consideraba imprudente la acción emprendida por los patriotas venezolanos, si habían llegado a la conclusión errónea de que la causa de España estaba perdida. Para él era importante, señaló, saber si simplemente habían exigido que cesaran algunas malas prácticas en Caracas o si estaban decididos a declarar la independencia y a llegar a un verdadero rompimiento con España.¹⁸⁴

183 Mancini: Págs. 312 ss.

184 Minuta de la sesión tenida el 16 de julio , etc. Publicada en la *Rev. Bolivariana*, vol. XI, núms. 20-21, Bogotá, por E. Posada. El Dr. Posada me

Bolívar respondió a Wellesley con un relato de los acontecimientos que culminaron con la revolución del 19 de abril. Describió las sospechas y el espionaje de que habían sido objeto los caraqueños a causa de su actitud patriótica y la explosión final producida por el establecimiento del Consejo de Regencia. Entonces, dijo, se adoptó la decisión de separarse del gobierno español y de declarar arbitraria todas sus reglamentaciones y resoluciones.

Wellesley comprendió en seguida que eso equivalía prácticamente a una declaración de independencia. Los más altos intereses de Inglaterra no permitían sancionar ese movimiento separatista dentro de los dominios de un aliado, y mucho menos apoyarlo, y sin circunloquio alguno. Así se lo dijo a Bolívar. Este, que no quiso considerar fracasada su misión, rogó al marqués que apreciase en sus credenciales el verdadero espíritu que animaba al gobierno de Caracas.

Bolívar se las extendió al marqués, pero junto con ellas le entregó las instrucciones tan cuidadosamente preparadas en Caracas. Bolívar, que poco o nada sabía acerca del protocolo diplomático, comenzó su carrera con tan increíble desatino.¹⁸⁵ Se había apresurado a formalizar la conferencia sin preparar previamente lo que quería o le era posible decir. Quizá ni siquiera había leído sus instrucciones, pues sus ideas políticas eran diametralmente opuestas a las de los circunspectos políticos de Caracas.

Wellesley escuchó al venezolano con fría atención, y cuando hubo terminado, el diplomático británico recalcó que las ideas recientemente expuestas diferían de las expresadas en los documentos que tenía en la mano. ¿Acaso no hablaban estas credenciales de una reunión del Consejo en Venezuela, en nombre de Fernando VII y con el propósito de proteger sus derechos? Las instrucciones prohibían expresamente a los delegados abordar el tema de la independencia venezolana. Así estaba escrito, y el realista ministro no dudó en hacer que el apasionado sudamericano descendiese a la crudeza del mundo de los hechos.

Las discusiones, que se desarrollaron en francés, giraron durante dos horas en torno a la actitud constitucional adoptada por los caraqueños y las implicaciones políticas que se podrían derivar de ella. Bolívar recalcó el deseo de Venezuela de permanecer unida a España y al Imperio. Tal

permitió examinar el manuscrito de la "minuta". Está escrita sobre papel inglés fabricado en 1809 y es sin duda alguna auténtica. Fue transcrita probablemente por Bello o López.

185 Amunátegui; *op. cit.*, págs. 87-93.

afirmación no tenía mucho significado frente a sus comentarios anteriores, y así lo hizo notar Wellesley.

Sin embargo, el ministro no deseaba descorazonar por completo a los sudamericanos, y obrando en consecuencia, aseguró a Bolívar que comprendía que era importante encontrar una base de entendimiento mutuo. Bolívar, sospechando una trampa, contestó que no podría iniciar negociación alguna fundada en el reconocimiento del Consejo de Regencia. La independencia de Venezuela surtiría efectos provechosos para la guerra que España sostenía contra Francia, y Gran Bretaña sería la que recogiese los beneficios. Aumentaría su comercio y mejoraría inconmensurablemente su prestigio a lo largo de todo el continente americano, en caso de extender su protección a Caracas. Todo intento de obligar a Venezuela a unirse de nuevo al yugo español estaba condenado al fracaso desde el principio, sin otro resultado posible que la pérdida de América no sólo para España, sino también para Inglaterra.

Wellesley felicitó a Bolívar, diciéndole que admiraba la pasión con que exponía la causa de su país. Bolívar respondió, agudamente, que el marqués ponía aun mayor pasión en la defensa de la causa de España, y la atmósfera de la conferencia que cambió en ese momento, se hizo menos densa y más amable. El ministro prometió encargarse de inmediato la traducción de la petición que se le había entregado, a efectos de poder elevarla al rey. Wellesley solicitó asimismo a la delegación que le hiciese otra visita.

La primera entrevista no representó un fracaso total. Aunque Bolívar comprendió que Inglaterra no estaría de acuerdo con la separación de las colonias de la madre patria,¹⁸⁶ se dio cuenta de que, por lo menos, podría dirigir la atención del gobierno británico hacia el gran movimiento que se estaba iniciando al otro lado del océano. No exageraba al escribir a las autoridades de su país: “Pese a todo cuanto se hizo para desanimarnos, las sugerencias de los venezolanos fueron consideradas por lord Wellesley con la equidad y cortesía que podíamos esperar”.¹⁸⁷ La segunda conferencia se realizó el 19 de julio, y durante su transcurso, Wellesley intentó una vez más obligar a los venezolanos a reconocer el Consejo de Regencia como gobierno del Imperio Español. Pero Bolívar no se ablandó. Repitió el alegato de su país en favor de la ayuda inglesa, de modo que Venezuela pudiese defenderse contra la agresión francesa, y finalmente apeló para que Inglaterra interviniese a fin de evitar un posible

186 Amunátegui: *op. cit.*, pág. 90.

187 B. de H. Caracas, vol. XXI, núm. 81, pág. 48. Pereyra: *Juventud*, páginas 305-6.

conflicto armado entre su país y España. Convino en esto Wellesley, a condición de que Venezuela continuase ayudando a España en su lucha contra Napoleón por todos los medios a su alcance. Inglaterra no podía sancionar el establecimiento de una Venezuela independiente, pero no era su obligación, ni estaba en su interés, condenar las medidas ya adoptadas por los caraqueños.¹⁸⁸ Se decidió que la delegación expusiese sus deseos en forma de programa en una nota que, una vez redactada, evidenció considerable astucia. Bolívar se mostró de acuerdo con más demandas británicas de las que deseaba admitir, pero al hacerlo abrigaba la esperanza de dejar sentadas las bases para futuras negociaciones con el ministro de Relaciones Exteriores.¹⁸⁹ No obstante olvidó que Wellesley gustaba tratar con ambas partes y que las conversaciones sostenidas eran útiles para quebrar la resistencia de España frente a la política comercial de Inglaterra.

El duque de Alburquerque y el almirante Apodaca, emisarios españoles destacados en Londres, fueron informados de la recepción de Wellesley a los venezolanos; en realidad, hasta fueron invitados a concurrir a la misma. Sin embargo, optaron por señalar su disgusto directamente a Cádiz, y su actitud hizo reaccionar a Wellesley. Aunque recibió otra vez a Bolívar el 4 de agosto, comprendió que era necesario dejar sentados en un memorándum, algunos días después, el procedimiento y el propósito que habían presidido las discusiones sostenidas con los representantes de la Revolución Sudamericana.¹⁹⁰ Este memorándum fue preparado para ser leído por las dos partes en pugna y fue reflejo de la característica duplicidad británica.

El 9 de agosto se envió otra nota a Bolívar, en la que Inglaterra contestaba la petición de las colonias rebeldes. La comunicación incluía tres puntos fundamentales. Primero: el gobierno de su majestad británica prometía a la provincia de Venezuela la protección de la flota contra su enemigo común, Francia. Segundo: Inglaterra recomendaba a la colonia que se reconciliase inmediatamente con la madre patria, y a tal efecto ofrecía sus buenos oficios. Por último. Inglaterra aconsejaba que Venezuela mantuviese relaciones amistosas y comerciales con España, de modo que pudiera contarse con la ayuda que tanto se necesitaba en esos momentos.¹⁹¹

188 Minuta: *Rev. Volic.*, vol. XI, núm. 20-21.

189 *B. de H.* Caracas, vol. XVIII, pág. 680. Pereyra: *Juventud*, pág. 305. Mancini: Pág. 317.

190 *B. de H.* Caracas, vol. XVIII, pág. 685.

191 *B. de H.* Caracas, vol. XVIII, pág. 681. O'Leary: *Memorias*, vol. I, página 33.

Bolívar y los demás enviados acusaron recibo de la nota e hicieron un solo comentario. Declararon que únicamente podrían suscribir la sugerencia del gobierno inglés si no incluía el reconocimiento del Consejo de Regencia. Con este memorándum finalizó el intercambio de notas entre el joven emisario, Bolívar, y los representantes del gobierno británico.¹⁹²

Ni España ni Venezuela ganaron nada con la misión de Bolívar, pero en cambio sí lo hizo Inglaterra. El Consejo de Regencia de Cádiz, frente al peligro de que Gran Bretaña negociase directamente con los rebeldes, permitió el comercio entre Inglaterra y las colonias americanas, aunque limitó esta franquicia al tiempo de duración de la guerra. Más tarde, sin embargo, el ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña pretendió que el derecho a comerciar con Sudamérica había quedado establecido entonces. El año 1810 marcó el comienzo de una nueva época en las relaciones entre Sudamérica y Gran Bretaña. A efectos de asegurarlas, la diplomacia británica había hecho buen uso de Bolívar.¹⁹³

Por su parte, España exigía que Inglaterra rompiera relaciones con las colonias rebeldes si no se llegaba a una conciliación entre el Consejo de Regencia y Venezuela en una fecha determinada. Fue éste un compromiso que Gran Bretaña no quiso aceptar. Los españoles, actuando por su cuenta, declararon rebeldes a los venezolanos y establecieron un bloqueo de la costa continental.

¿Cuáles fueron los resultados de la misión de Bolívar desde el punto de vista de Venezuela? a juzgar por lo que había deseado realizar, no constituyó un éxito ni un fracaso. Demasiado alejado de la guerra y de los sucesos que se desarrollaban en Europa, no había tenido en cuenta la resistencia que obstruía el camino de la intervención Británica a favor de las colonias. No había visto con suficiente claridad que el primer objetivo de Inglaterra era derrotar a Napoleón en Europa, y había subestimado el valor de su alianza con España. Considerando estas circunstancias, Bolívar pudo darse por muy satisfecho con la recepción que le ofreció el ministro británico. Como él mismo señaló en un informe enviado a Caracas: “La conducta del ministro no pudo ser más favorable, tal como están las cosas. Los representantes del Consejo de Regencia han conspirado y hecho cuanto pudieron en nuestra contra. Tienen considerable influencia”.

Difícilmente pudo haber comprendido Bolívar en qué medida contribuyó su presencia a la apertura de los puertos sudamericanos al

192 B. de H. Caracas, vol. XVIII, pág. 688. Pereyra: *Juventud*, pág. 309.

193 Webster: *op. cit.*, vol. I. págs. 9-10.

comercio británico. Pero si entendió una cosa: Inglaterra era la única gran potencia europea para la cual resultaba deseable la independencia sudamericana. A través de sus intereses comerciales, había llegado a implicarse profundamente en el destino del continente. Este hecho era tanto más importante cuanto que en las manos de Inglaterra estaba la llave de la libertad, y sólo con la ayuda de la flota Británica podían enviarse grandes fuerzas de combate desde Europa a Sudamérica.

Frente a estas dificultades, Bolívar comenzó a darse cuenta de la inestimable importancia de la posición inglesa, y Gran Bretaña se convirtió para él en la gran potencia de cuya buena voluntad dependía el destino de Sudamérica. Nunca se cansó de requerir su favor y predisposición. “Sólo Inglaterra, señora de los mares, puede defendernos contra las fuerzas unidas de la reacción europea.”¹⁹⁴ Su admiración incluso llegó a extenderse a la política interna de Inglaterra, y dedicó muchas de sus horas libres al estudio de las instituciones parlamentarias, de la vida pública y de su funcionamiento. Fue en ese entonces cuando Bolívar llegó a la decisión de forzar el reconocimiento de la libertad legalmente establecida y en cuanto lo permitieran las diferencias de costumbres, clima y ambiente.¹⁹⁵

Pero no debemos representarnos demasiado al Bolívar de 1810 como discípulo de Montesquieu, que se pasaba las noches leyendo informes parlamentarios. Era un joven elegante y una vez más se encontraba gozando de su estancia en una capital europea. Su arribo había producido sensación en la sociedad londinense, donde él y sus compañeros fueron saludados como enviados de todo un hemisferio, cuya presencia podía presagiar innumerables posibilidades. En beneficio de sus oyentes británicos, Bolívar evocó un magnífico panorama del futuro de América. Les contó que las distintas colonias planeaban organizarse en Estados individuales, aunque esperaban llegar a unirse en última instancia en una federación que las agrupase a todas.¹⁹⁶ Bolívar desarrolló entonces, por primera vez, la idea panamericanista. Quince años después habría de poner a prueba este plan.

En la Inglaterra de la época, las conexiones políticas se convertían de inmediato en sociales, y las relaciones de este tipo derivaban a su vez en beneficios políticos. Bolívar se reunió con el duque de Gloucester y el conde de Mornington, hermano del almirante Cochrane. Se movía

194 Webster: *op. cit.*, págs. 11-12.

195 O'Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 34.

196 B. de H. Caracas. Vol. XVIII, pág. 682.

en la alta sociedad y, como lo había hecho antes en París, también en el ambiente de dudosa reputación.

Conocemos solamente un caso en que Bolívar se refirió más tarde a este tiempo pasado en Londres y resulta sorprendente que su recuerdo se relacionase con un enredo con una mujer. Como ella no comprendía el español y Bolívar apenas se expresaba en inglés, su encuentro derivó en un peculiar equívoco. La chica, confundiéndolo con un homosexual, armó un gran escándalo, y cuando Bolívar quiso calmarla con unos cuantos billetes de banco, su rabia llegó al paroxismo y los arrojó al fuego. El futuro Libertador de Sudamérica no vio ninguna salida airosa y finalmente huyó de la casa muy humillado. Quizás este incidente londinense contribuyó a que Bolívar prefiriese a París.¹⁹⁷

Durante su permanencia en Londres, Carlos Gil pintó un notable retrato de Bolívar. para posar para el cuadro, Bolívar se visitó como lo había hecho siete años antes en París, con un cuello alto y recto y una corbata de seda negra, según la moda del mundo elegante. En comparación con el retrato anterior, está más serio, su cabello es algo más liso y está más retirado de su frente amplia y arqueada. Bajo las hermosas cejas, sus ojos negros son grandes, escudriñadores e interrogantes.

Bolívar aparece en el retrato luciendo una medalla suspendida de un lazo de seda que rodeaba su cuello. Examinándola de cerca, puede descifrarse la inscripción, que dice: “No hay país sin libertad”¹⁹⁸ Este era el lema de Miranda, que Bolívar había adoptado cuando lo encontró en Londres. En realidad, su encuentro con Miranda fue uno de los acontecimientos más importantes de su viaje a la capital inglesa y tuvo trascendentales consecuencias para el éxito de la Revolución Americana. Las instrucciones de Bolívar para su misión a Londres incluían un párrafo sobre Miranda y señalaba que éste había hablado contra los derechos y principios que el gobierno caraqueño deseaba defender. De encontrarse los delegados con el general Miranda en Londres, debían recordar estos hechos, sin despreciar por ello las opiniones políticas de su compatriota. Aquí está la clave del lenguaje florido de las instrucciones. El gobierno de Caracas, en la situación en que se encontraba, no podía llegar a un acuerdo directo con Miranda, pero facultaba a sus delegados para que escuchasen sus opiniones y, en consecuencia, les permitía en realidad asociarse con él.

Después del fracaso de su empresa de 1806, Miranda había regresado a Inglaterra, donde gozaba de una pensión del gobierno. Durante este

197 *D. de B.* págs. 214-215.

198 Mancini: pág. 315.

período trató de influir en el curso de la revolución en Sudamérica por medio de cartas y documentos públicos. Cuando sus compatriotas llegaron a Londres, se apresuró a ponerse en contacto con ellos. El propio Bolívar no perdió tiempo para visitar a Miranda en su casa en Grafton Square.¹⁹⁹

Sus discusiones giraron al principio en torno al posible regreso de Miranda a Venezuela para asumir el mando de la revolución. Los dos hombres bosquejaron planes de largo alcance y Bolívar fue incluso más allá de lo que le permitían las instrucciones y ordenó a Miranda que retornase a su país. Este tipo de iniciativa era característico del temperamento único de Bolívar. era un rebelde. Bolívar se mostró por todas partes —en el teatro, en los lugares públicos— en compañía del “famoso general Miranda”, y los periódicos londinenses se ocuparon del particular. A su vez, Miranda ofreció un té en el que presentó a Bolívar a sus amigos, y fue allí donde Bolívar conoció a Wilberforce, jefe del movimiento antiesclavista, y a Lancaster, pionero de un nuevo tipo de pedagogía.

Los lazos que de este modo se forjaron entre el viejo conspirador y el joven revolucionario fueron la expresión de su cordial entendimiento. Pero fue un acuerdo en cuanto al programa, y no de temperamento, pues los caracteres de ambos eran diametralmente opuestos. Miranda se había convertido en un aventurero. Como jugador que espera tozudamente hasta que la rueda de la fortuna se detenga en su número, había arriesgado todo a la causa de la revolución. Ahora se presentaba su oportunidad.

Por el contrario Bolívar no era un aventurero. Era generoso, desinteresado y estaba dispuesto a sacrificarlo todo, incluso a sí mismo, por la idea que había abrazado. Mientras Miranda identificaba la causa con su propia persona, Bolívar se identificaba con la causa. Bolívar creció en medio de las dificultades. Estas empuñecieron a Miranda. Bolívar tenía genio para cada momento y talento para tomar una decisión, en tanto que Miranda quedaba indeciso frente a los grandes problemas. De esta antítesis surgió una relación que habría de terminar en tragedia. Sin embargo, no lo sospecharon en Londres y se unieron en el juicio de los acontecimientos políticos y en sus esperanzas sobre el futuro de Sudamérica.

Es posible encontrar el anuncio de entendimiento en un artículo periodístico aparecido el 5 de diciembre de 1810 en el *Morning*

199 B. de H. Caracas, vol. XVII, pág. 703. O'Leary: *Memorias*, vol. I, página 34. Mancini: Pág. 321. Robertson: *Life*, vol. II, pág. 84.

Chronicle. Bolívar, que pretende que su artículo es una nota procedente de Cádiz que discute los efectos del bloqueo venezolano, escribe: “No está muy lejos el día en que los venezolanos se convenzan de que su moderación y su deseo de mantener relaciones amistosas con la madre patria no les valieron ni el respeto ni la gratitud a que tienen derecho. Entonces, enarbolarán por fin la bandera de la libertad y declararán la guerra a España. Tampoco se olvidarán de invitar a los demás pueblos de Sudamérica a unírseles”.²⁰⁰

Mientras Bolívar expresaba de este modo sus grandes ambiciones de libertad y unidad para América, Miranda preparaba su regreso. El 3 de agosto envió una carta al gobierno de su país, en la que anunciaba su decisión de radicarse una vez más en su suelo natal. La nota empezaba con un juicio entusiasta sobre el levantamiento del 19 de abril, continuaba describiendo con brillantes colores las actividades de Bolívar en Londres y terminaba solicitando permiso para regresar.²⁰¹ Al mismo tiempo negociaba con los británicos un permiso de salida.

Su decisión de partir no fue bien recibida por los ingleses, que por más que no pudieran impedir su partida del país, sospechaban que su arribo a Venezuela provocaría una gran intranquilidad que podría influir desfavorablemente sobre España y el curso de la guerra. En consecuencia, el gobierno intentó postergar al menos la partida de Miranda. El 16 de septiembre se notificó a Bolívar que el *Sapphire*, un barco puesto a su disposición por el Almirantazgo británico, estaba listo para zarpar. Al no ver razón alguna que impidiese su viaje, Bolívar dejó Inglaterra el 21 de septiembre. Jamás regresaría a Europa.

Miranda, en su condición de enemigo de España, no obtuvo el permiso para viajar en un barco de guerra inglés, y, en consecuencia, no pudo embarcarse junto con Bolívar. Al advertir la astucia de los británicos, hizo planes para partir sin su permiso. Una vez más abandonó el país que le había dado albergue contra la voluntad de su gobierno y se embarcó hacia Venezuela en los primeros días de octubre.

Así llegó a su fin la misión diplomática de Bolívar en Londres. Sus consecuencias en la diplomacia internacional fueron mínimas, y ésta fue la característica de todo el curso de la Revolución Sudamericana. En contraste con la Revolución Francesa, no originó complicaciones en el extranjero. Todo lo que necesitó fue la favorable disposición de una política exterior que dejaba a España y a las otras potencias europeas

200 Larrazábal: Vol. I, pág. 56.

201 Blanco: *Doc.* Vol. II, Pág. 580. Robertson: *Life*, vol. II, Pág. 88.

poco tiempo y escasas fuerzas para intervenir. Entre los resultados tangibles de la misión a Londres, el más importante fue el retorno de Miranda, a instancias de Bolívar.

VII

LA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA

Bolívar volvía a una ciudad conmocionada. Los estados no surgen ya sabios, plenamente desarrollados, cual Minerva del cerebro de Júpiter. Nacen del trabajo, y Venezuela estaba sufriendo los dolores del parto. A Bolívar le decepcionó profundamente que nada decisivo se hubiera realizado durante sus seis meses de ausencia.

La joven comunidad, que había dejado de ser una colonia pero no era todavía una república independiente, comenzaba su carrera con una serie de importantes medidas. Se estableció la libertad de comercio con las naciones neutrales y amigas y se abolieron los derechos de aduana que lo obstaculizaban.²⁰² Bolívar aprobó la supresión de la alcabala —impuesto sobre las ventas de productos vitales y artículos de uso diario— y dio su conformidad al levantamiento del tributo que desde cientos de años atrás se venía exigiendo a los indios. También ingresó en la Sociedad Patriótica, formada para mejorar la agricultura y la industria del país.²⁰³

Las resoluciones de los políticos venezolanos respecto a estas materias, no obstante ser muy liberales y previsoras, contribuían poco a la solución de los problemas más trascendentales, como la seguridad interna del Estado y las disposiciones necesarias para su protección contra fuerzas externas. Estos dos problemas se hallaban inextricablemente entrelazados.

El gobierno de Caracas pensaba que la justificación de su autoconducción derivaba de la actitud tradicional de los españoles, e hizo públicos estos principios mediante una serie de solemnes declaraciones, otorgando a los americanos el privilegio de determinar su propia capacidad política. Al Consejo de Regencia de España se le había ya informado que el gobierno de Caracas no reconocería ni la autoridad ni la legitimidad del Consejo, pero simultáneamente Venezuela ofreció asilo a los españoles expulsados de Europa e incluso prometió participar en la guerra contra Francia.²⁰⁴ Tales propuestas encontraron en el Consejo de Regencia una fría y resuelta negativa, como Bolívar había supuesto. Este se daba cuenta de que los españoles, persuadidos de que sus obligaciones para con las colonias estaban cumplidas, no podían o no querían

202 Baralt: *op. cit.*, vol. I, pág. 52

203 Parra Pérez: *Primera República*, vol. I, pág. 281.

204 Blanco: *Doc.*, vol. II, págs. 419-422.

enfrentarse a la realidad de que su caduco imperialismo estaba a punto de derrumbarse. Bolívar leyó a los americanos una proclama contenida en uno de los manifiestos del Consejo de Regencia: “Desde este momento podéis consideraros elevados a la dignidad de pueblo libre. Ya no sois lo que fuisteis, esclavizados bajo un yugo tanto más opresor cuando que os hallabais muy lejos del centro del poder, tratados con indiferencia, perseguidos por la codicia y destruidos por la ignorancia.”²⁰⁵ Que esta proclama constituyera una terrible acusación contra la nación española es cosa que, al parecer, no se le pasaba por las mientes al Consejo de Regencia, que, al contrario, consideraba el repudio de las colonias a la ayuda ofrecida como una muestra de ingratitud. De tan brusca manera condenaron el movimiento de independencia y pusieron a los insurrectos venezolanos la etiqueta de rebeldes. Se bloqueó el continente americano bajo el mandato de un comisario real de Puerto Rico, Antonio Ignacio de Cortabarría, de quien se esperaba condujera a la Caracas rebelde hacia un nuevo sometimiento.²⁰⁶

Hallándose todavía en Londres, Bolívar había apremiado a sus conciudadanos para que respondieran al bloqueo con una declaración de guerra contra España. Si bien no le sorprendió la incomprensiva actitud del Consejo de Regencia, sintióse, en cambio, amargamente defraudado por las vacilaciones del gobierno de Caracas. La altivez que impulsara a España a rechazar en forma tan tajante las demandas de las colonias, no se basaba en la confianza en sus propias fuerzas. Humillada, vencida, sin barcos, sin ejército, sin dinero, España no podía pensar que por sí sola iba a recuperar sus posesiones americanas. Pero confiaba en las poderosas fuerzas que, dentro de cada una de sus colonias de ultramar, deseaban la continuación del dominio hispano. La lucha por la independencia americana resolvióse, pues, en un conflicto entre los criollos que propugnaban la unión con la madre patria y los que habían renegado de ella para siempre. Tres provincias venezolanas se pronunciaron particularmente por la reacción: Coro, Maracaibo y Guayana, que consideraban como su autoridad suprema al Consejo de Regencia. En estas tres provincias, el bloqueo impuesto a Venezuela se celebró con iluminaciones en las ciudades y tedéum en las iglesias.²⁰⁷ Dicha celebración no respondía tanto al amor a España como al odio a la capital, Caracas. Por primera vez en la historia de la Revolución

205 Baralt: *op. cit.*, vol. I. pág. 56.

206 Blanco: *Doc.* vol. III, pág. 8. Baralt: *op. cit.* pág. 56.

207 Baralt: Vol. I, pág. 59. Mancini: pág. 328.

Sudamericana vemos la rivalidad entre ciudades, provincias y países del continente. Semejante odio había de resultar tan decisivo como nefasto.

La situación de Caracas era ciertamente difícil, amenazada como estaba por los enemigos de dentro y el bloqueo de fuera. El ascendiente ejercido por España sobre los caribes se vio reforzado por la unión entre los realistas americanos y el mundo exterior, especialmente en Puerto Rico, el Gibraltar de las Antillas. Sin una armada, los independientes no podían ejercitar acción alguna contra las autoridades españolas de Puerto Rico, de modo que no les quedaba otro recurso que someter por la fuerza de las armas a las provincias disidentes: Coro, Maracaibo y Guayana. Si este plan triunfaba, los americanos se proponían reconstruir la unidad territorial del continente y quebrar los peligrosos lazos que se iban estrechando entre las Antillas españolas y las provincias realistas.

Caracas inició la acción imponiendo su dominio en las regiones de Trujillo y Mérida, que administrativamente pertenecían a Maracaibo. Este paso tenía una doble significación; separar las provincias de Coro y Maracaibo y cortar así su mutuo contacto, pudiendo Caracas establecer estrechas relaciones con su reciente vecina, Nueva Granada.²⁰⁸

No obstante, Coro y Maracaibo continuaron siendo un foco de infección para el joven Estado, y sus gobernadores, Miyares y Ceballos, convocaron milicias e incitaron a la población a la resistencia contra Caracas. Evidentemente, su propósito era enfrentar fuerza con fuerza. En Caracas se comprendió la necesidad de atacar a las provincias antes de que estuvieran en condiciones de marchar sobre la capital y se hicieron preparativos para derrotar a los Estados rebeldes. El marqués del Toro fue puesto al frente de las fuerzas de Caracas. Era uno de los amigos más íntimos de Bolívar, persona mundana, excelente anfitrión, pero que quizá no fuese hombre para tomar la guerra demasiado en serio. Este era el primer acto de agresión efectuado por una Venezuela libre, y el marqués demostró hallarse poco dispuesto al derramamiento de sangre hermana en Venezuela. a fines de noviembre de 1810 marchó contra Coro con unos tres mil hombres. Aunque su adversario era numéricamente inferior y se encontraba pobremente equipado, obligó al marqués a retirarse en medio del mayor desorden y con fuertes pérdidas.²⁰⁹

Un levantamiento en la zona de la capital misma aumentó las complicaciones del gobierno de Caracas que hubo de afrontar a

208 Blanco: *Doc.*, vol. III, pág. 31. E. Posada: *Nuestro primer tratado. B. de H.* Bogotá, vol. III, núm. 26.

209 Baralt: Vol. I., págs. 62-63.

consecuencia de la derrota del marqués. A cada momento se descubrían intrigas y conspiraciones. Un movimiento de los oficiales del ejército, en colaboración con facciones españolas de Puerto Rico, para derrotar al gobierno de Venezuela, fue fácilmente sofocado, pero ahora también los patriotas quisieron evitar las medidas extremas, resistiéndose a manchar la bandera de la Revolución con la sangre de sus compatriotas. Esta misma clemencia se tornó en acusación de las clases bajas contra el Gobierno y a las complejidades de la Revolución Sudamericana se sumaron nuevos y peligrosos elementos: lucha de clases y antagonismo racial. Hasta entonces, el movimiento pro independencia había estado inspirado por los representantes de la aristocracia colonial —los criollos— que deseaban expulsar a los explotadores españoles, pero retener sus propios privilegios de clase. Naturalmente, los de un orden social distinto estaban en desacuerdo con esto, especialmente los *pardos*, descendientes de la raza blanca y de la de los esclavos. Con la debilidad del gobierno, sin embargo, no estaban conformes algunos criollos, entre ellos Bolívar. su tío José Félix Ribas reclamaba medidas más severas y castigos enérgicos para todos los enemigos de la libertad y procuraba atraer a su modo de pensar a las masas populares ignorantes.²¹⁰ El gobierno, desconfiando de Ribas, como desconfiaba de Bolívar, lo desterró a él y a sus hermanos.

Esta era la situación en términos generales, cuando Bolívar regresó a Venezuela, profundamente disgustado con la débil y titubeante política adoptada por el gobierno. Informó acerca de su misión, pero estaba resuelto a no colaborar con el gobierno. Su propio programa contenía una declaración de independencia y la defensa de la libertad a toda costa. También estaba convencido de que, para conducirla al triunfo, la revolución exigía personalidades más vigorosas.

Bolívar esperaba mucho de la llegada de Miranda, y habiendo regresado él a Venezuela unos días antes, aprovechó ese tiempo para calmar la oposición al retorno de aquél, a quien sus compatriotas no le tenían en gran estima.²¹¹ Muchos le creían a sueldo de los británicos y suponían que utilizaba su programa revolucionario como cortina de humo para su plan de hacer que los países de habla española y religión católica se volvieran hacia la protestante Albión. Bolívar, responsable del regreso de Miranda, sabía seguramente cómo limar esta desfavorable actitud. La opinión pública cambió en beneficio de Miranda, y el gobierno, que

210 G.V. González: *Vida de J. F. Ribas*, págs. 34-35 ss. Madrid. Baralt: volumen I, pág. 61.

211 Robertson: *Life*, vol. II, págs. 92-93. Rojas: *Bolívar*, págs. 32-33.

había tratado de impedir su desembarco, se vio obligado, por la presión popular, a conceder permiso para que hiciera su entrada en Caracas el 12 de diciembre de 1810.²¹² A su llegada al puerto de La Guayra fue recibido con una gran ovación presentándose a las masas del modo teatral a que era tan aficionado. Auténtico veterano de la idea revolucionaria, lucía el uniforme de general francés de 1793; casaca azul adornada con los colores de la república, calzón blanco, relucientes botas negras, bicornio y larga espada.

La llegada de Miranda a Venezuela provocó un cambio en la dirección de la revolución. Bolívar, con quien vivía, lo ensalzó ante sus amigos como el hombre del momento. Contra él se alinearon los altos funcionarios del gobierno, los aristócratas que tenían su influencia y las antiguas familias acaudaladas que le consideraban despectivamente “el hijo de ese comerciante de Canarias”. No obstante todos ellos se vieron obligados a bajar la cabeza ante la tendencia de la opinión pública en favor de Miranda y éste fue nombrado teniente general.²¹³

Alrededor de Miranda, cuya persona rezumaba fe y confianza en sí mismo, se agruparon cuantos exigían para el país una política enérgica y con una meta determinada. A los sesenta años, tenía un aire grave, digno, pomposo e increíblemente articulado. Conocía la manera de conquistar apoyo. Había sido perseguido por la Inquisición. Había luchado en la Revolución Francesa. Napoleón le había sentado en su mesa. Pitt había conferenciado con él. Con semejante telón de fondo, las fallas de Miranda se perdían en la nada para las personas que no veían en él sino lo que querían ver. Bolívar era una de ellas. Cerró los ojos a las obvias declinaciones del hombre decadente; se empeñó en no ver la presunción de una persona que no encontraba nada bueno: pasó por alto la manía de encontrar defectos del hombre cuya vida entera había sido una serie de fracasos, pese a lo cual continuaba jactándose de saber más y de actuar mejor que todo el mundo. Durante los cuarenta años que Miranda estuvo ausente de Venezuela, no sólo se había convertido en un extraño para sus compatriotas, sino que olvidó lo atrasada y primitiva que era la vida en las colonias españolas. Se permitía hablar desdeñosamente de sus deficiencias, olvidando que éstas no eran sino el producto de una época que sólo el tiempo podía transformar.²¹⁴

212 Robertson: *Life*, vol. II, págs. 93

213 Amunátegui: *op. cit.* pág. 98. Díaz: *op. cit.*, pág. 30-31, y Baralt: Volumen I, pág. 64.

214 Robertson: *Life*, vol. II. Pág. 100. Parra Pérez: *Primera República*, vol. II, página 14.

La implantación de un cuerpo legal constituía el gran problema de la política local en aquel momento. El 2 de marzo de 1811 se reunieron en el Congreso de Caracas treinta y un delegados, entre los que figuraban los nombres de las mejores familias criollas. Casi todos pertenecían al partido liberal y eran representantes de esas clases elevadas criollas. No cabía esperar de ellos ninguna decisión radical. Como el país aún mantenía la ficción de lealtad al monarca, el congreso se tituló a sí mismo Consejo para la Preservación de los Derechos de la Federación Americana de Venezuela y de don Fernando. En solemne ceremonia juraron defender los derechos de la madre patria y de Fernando VII.²¹⁵

La Sociedad de Fomento Económico, creada en agosto de 1810, se convirtió en el punto central del debate político por parte del elemento radical, que, a través de esta organización, formó un centro nuevo, menos para tomar decisiones que para provocar agitación política. Disgustado con los hombres del gobierno. Bolívar lo apoyó, decidiendo hacer de dicha organización el trampolín de su carrera revolucionaria en Caracas. A las reuniones de este grupo patriótico, celebradas casi siempre de noche, asistían no sólo jóvenes aristócratas radiales, sino también hombres del pueblo e incluso algunas mujeres. En él cristalizó la idea de la total independencia de Venezuela. La popularidad de la organización creció rápidamente y las autoridades poco podían hacer en contra. En aquellos momentos se reunían, pues, dos congresos: la Asamblea Nacional y el club de patriotas, que consideraba su deber criticar cuanto se estaba haciendo o lo que, a su juicio, se estaba dejando de hacer.²¹⁶

Miranda consiguió ser presidente de la Sociedad Patriótica. Poseyendo el instinto del demagogo y la experiencia del revolucionario, utilizó la Sociedad para hacer presión sobre el parlamento legítimo, como otrora los clubes jacobinos esclavizaran a la Asamblea Nacional francesa. Sus sostenedores —los hombres de Miranda, se les denominó— descargaron una nube de vituperios sobre los españoles y la obra de éstos en Sudamérica. Para realizar sus anhelos de independencia se revolieron, no sólo contra sus celadores hispanos, sino también contra los aristócratas americanos, inclinados aún al sometimiento.

El 19 de abril, aniversario de la Revolución de 1810, se efectuaron en Caracas dos desfiles y la efigie de Fernando VII fue destruida entre

215 Blanco: *Doc.* Vol. III, pág. 27. Gil Fortoul: *Hist.* Vol. I. pág. 199. Parra Pérez: *Primera República*, vol. II. Pág. 5.

216 Baralt: Vol. I, pág. 74. Austria: *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, págs. 40 ss. Caracas, 1855. Parra Pérez: *Primera República*, vol. II. Pág. 15.

denuestos a la tiranía española. Hasta la prensa se manifestó contra el abyecto interregno existente en Venezuela. “Hoy —escribía *El Patriota de Venezuela* el 19 de abril de 1811— es el aniversario de nuestra revolución... ¡Ojalá sea el comienzo del primer año de independencia y libertad!”²¹⁷

Pese a toda la cautela del Parlamento, nada podía detener el movimiento nacional. A principios de junio se vio aquél obligado a convocar una reunión del comité, para cambiar impresiones acerca de posibles medios de asegurar la independencia y la soberanía del país. El resultado de dicha reunión fue que el comité pidiera una declaración de derechos, la abolición de la tortura y la libertad de prensa.

El 1º de julio fue solemnemente aceptada la Carta de Derechos, y el 3 del mismo mes, en el Congreso no se debatió otro tema que el de la independencia.²¹⁸ Aquel día no se llegó a ninguna decisión. La misma noche reunió la Sociedad Patriótica para rebatir la acusación que se le había hecho de menoscabar la unidad nacional intentando deponer al actual Congreso. Bolívar rechazó el cargo en aquel gran primer discurso político de su vida.²¹⁹

“No hay dos congresos —afirmó— ¿Cómo podrían acuciar la disensión quienes mejor que nadie conocen la necesidad de la armonía? Lo que queremos es hacer efectiva la unidad... Descansar en brazos del letargo y echarse a dormir, ayer no era sino debilidad, hoy es traición. En la Asamblea Nacional están discutiendo lo que se ha de resolver. ¿Y qué dicen? ¡Que habríamos de comenzar con una confederación! ¡Como si no estuviéramos todos unidos contra el Gobierno extranjero!! ¡Que debemos esperar los resultados de la política española! ¡Qué nos importa a nosotros si España vende sus esclavos a Bonaparte o se los queda ella, si nosotros estamos decididos a ser libres! Estas dudas son las trágicas consecuencias de los antiguos grillos. ¡Que el gran plan debiera hacerse mediante deliberaciones! ¿Trescientos años no son bastante deliberación? ¿Necesitan otros trescientos?” Bolívar propuso que la Sociedad de Patriotas respetase al Congreso y el Congreso, a su vez, escuchara a la Sociedad, foco del ímpetu revolucionaria. “Pongamos sin miedo la piedra angular de la libertad de América —terminaba—. Vacilar es perecer.

En estos conceptos alienta el futuro estadista. Se dirigía a su auditorio como un general se dirige a sus tropas antes de la batalla. Breves,

217 Eloy J. González: *Al margen de la epopeya*, págs. 8-9. Caracas, 1906. Parra Pérez: *Primera República*, vol. II, pág. 22.

218 *El libro Nacional de los Venezolanos*. Actas del Congreso constituyente de 1811, págs. 42, 43, 44, 45. Caracas, 1911.

219 V. Lecuna: *Proclamas y discursos del Libertador*. Pág. 3. Caracas, 1911.

incisivas, impresionantes, sus palabras tenían la fuerza de una resolución inquebrantable. Igual que todos los grandes líderes políticos —César, Federico, Napoleón, Bismarck—, Bolívar tenía un dominio absoluto de la palabra. No era sólo el luchador más grande de su continente, sino uno de sus más brillantes oradores.

Adoptadas las propuestas de Bolívar, la Sociedad de Patriotas envió una delegación al Congreso para presentar sus demandas. El 4 de julio, treinta y cinco años después de haber declarado su independencia los Estados Unidos, la Asamblea recibió tales demandas y trató en sesión secreta el problema vital de la independencia. Los patriotas, que consideraban a los Estados Unidos un modelo para su organización política, querían declarar aquel mismo día la independencia de su país. Al día siguiente, a raíz de una sesión borrascosa, el Congreso se pronunció, con la disidencia de un solo voto, en favor de la declaración de independencia para Venezuela.²²⁰

En Caracas se echaron a vuelo las campanas para comunicar al pueblo que una nueva era de su historia comenzaba. La proclamación iba precedida de las solemnes palabras Confederación Americana de Venezuela. Los colores de la nueva bandera, que Miranda había introducido en el país, eran amarillo, azul y rojo. El 14 de julio —día de la toma de La Bastilla— fue desplegada la enseña por las calles de la ciudad. La secesión de España se celebró solemnemente en presencia del arzobispo y del presidente del cuerpo legislativo, y el 30 de julio se dio a conocer a todo el universo un manifiesto explicativo de los recientes acontecimientos de Venezuela.²²¹

El gobierno de América —expresaba dicho documento— no correspondía a los españoles, sino a aquellos conquistadores que la habían edificado con sus obras y con su esfuerzo, que se habían unido con los indígenas y que habían nacido en el suelo americano. A través del velo de la terminología revolucionaria, evidentemente tomada de Francia, resultaban visibles los verdaderos orígenes de la Revolución Sudamericana. Los hombres que la proclamaban, y se proponían disfrutarla, eran los propietarios de las grandes fortunas, que gozaban de posiciones influyentes. Estos hombres eran indudablemente sinceros en sus ideales humanitarios y en sus críticas a la dinastía borbónica, pero el impulso más poderoso procedía de otras fuentes.²²²

220 Para Pérez: *Primera República*, vol. II, págs. 50-51. *Libro Nac.* Pág. 90.

221 *Libro Nac.*, págs. 128, 133.

222 Pereyra. *Juventud*, pág. 270.

Venezuela, que no quería seguir siendo vasallo de un Estado europeo, había roto con la Corona y con la nación española. El país sentíase orgulloso de haber dado el ejemplo de ser un pueblo capaz de declarar su independencia sin los horrores de la anarquía o los crímenes desatados por las pasiones revolucionarias. Los acontecimientos, sin embargo, eran demasiado recientes para desmentir este rosado optimismo.²²³

No todos los miembros de la aristocracia criolla veían la Revolución como algo principalmente encaminado a preservar la soberanía de su clase. Bolívar, al dar el impulso final a la declaración de independencia en su discurso del 3 de julio, tampoco se hallaba movido por deseos egoístas o intereses mezquinos. Más bien se hallaba imbuido del hermoso ideal de libertad y de independencia nacional. Sin permitirse un instante de reposo, tomaba parte en todos los acontecimientos: hablaba, trabajaba, persuadía, inspiraba... Todo ello con la vehemencia que caracterizaba su naturaleza.²²⁴

Bolívar fue el primero que introdujo la idea de libertad en el reducido círculo de sus propios dominios. Rompiendo totalmente con la tradición, manumitió a sus esclavos.²²⁵ Como hicieron los Toro, los Montilla, los Ustáriz y los Ayala.

Venezuela fue la primera posesión española que declaró la independencia. No siendo la más rica ni la más grande de las provincias, dio, sin embargo el ejemplo de romper con el gobierno español de ultramar al abrir —el 19 de abril de 1810— el camino para constituirse en nación libre e independiente.

¿Cual fue el elemento que posibilitó que de todos los dominios españoles fuese Venezuela la que primero enarbolará la bandera de la libertad? Que Venezuela diese el paso decisivo hacia la liberación de Hispanoamérica no puede explicarse con razones económicas o políticas ni por influencias ideológicas o geográficas. No hay más que una respuesta. Ello se debió a la mayor y más enigmática influencia en la vida histórica: a que existiera una singular generación de hombres con uno excepcional —Bolívar— a la cabeza. Es decir, al factor *humano*.

223 Blanco: *Doc.* vol. III, págs. 189-206. Parra Pérez: *Primera República*. Volumen II, págs. 53 ss.

224 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 25. Larrazábal: Vol. I, pág. 76.

225 Larrazábal: Vol. I. pág. 77.

VIII

LA PRIMERA REPÚBLICA

La posición de Venezuela había sido aclarada por la Declaración de Independencia. A ella tendría que haber seguido la exposición de algunos planes políticos, pero mucho había que hacer antes de que esto fuese posible. Durante los días en que el Congreso se hallaba comprometido en las discusiones vitales acerca de la independencia, ciertos indicios demostraron a los dirigentes de la Revolución que no todos sus sueños de gloria iban a verse cumplidos.

La primera República de Sudamérica se vio atacada en todos sus frentes por grupos antitéticos, que, sin embargo, proclamaban unánimemente ser monárquicos resueltos a proclamar el principio hereditario. Primero fueron los españoles residentes a la sazón en Venezuela quienes, con los frailes capuchinos al frente, fomentaban la inquietud en las provincias, pero fueron dominados sin mayor dificultad.²²⁶ Un intento subversivo en la capital misma tuvo consecuencias más desastrosas. El gobierno republicano inexperto y sin entender mucho de finanzas, había dilapidado los fondos públicos y ahora se veía obligado a tomar ciertas disposiciones que desconcertaban y desalentaban a los comerciantes y hombres de negocios. Muchos de éstos habían llegado a Sudamérica desde las Islas Canarias y ansiaban la restauración del dominio español.²²⁷

Los desfiles celebrados en la capital el 11 de julio semejaban espectáculos teatrales y quizá su único propósito fuera el de dar a la Revolución un aspecto ridículo. Por entre la multitud desfiló un grupo de sesenta hombres venidos de Canarias, montados en mulas y ataviados con yelmos de hojalata. Aclamaban al rey y a la Virgen María y anatematizaban a los traidores. Naturalmente, se les encarceló y unos dieciséis o diecisiete fueron ejecutados pocos días después. No vacilando los dirigentes revolucionarios en mantener las bárbaras costumbres de otros tiempos, exhibieron las cabezas de las víctimas en la punta de unas picas a las puertas de la ciudad.²²⁸ Los patriotas creían deber este

226 Parra Pérez: *Primera República*, vol. II, pág. 57.

227 Baralt: Vol. I. pág. 90. Ver también F. X. Yanes: *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela. Caracas, 1943*. Parra Pérez: *Primera República*, vol. II, pág. 59. Robertson: *Life*, vol. II. págs. 125, 134-135.

228 Díaz: *op. cit.*, pág. 34. Heredia: *Memorias*, págs. 45-46. Urquinaona: *op. cit.*, pág. 62.

tributo a su recién ganada independencia, pero ello sólo produjo un mar de sangre y lágrimas. La trágica epopeya de la guerra americana de independencia, que se había iniciado por un conjunto de hermanos unidos, se continuaba ahora por hermanos contra hermanos. El incidente del 11 de julio resultaba simbólico. A los dos días llegó la noticia de un levantamiento en Valencia, ciudad importante, situada unos doscientos kilómetros al oeste de Caracas. Esta rebelión demostraba del modo más patente el desconcierto de propósitos en que Venezuela se encontraba. Los dirigentes de la reacción leal eran allí venezolanos nativos, y españoles los defensores de la República.²²⁹

El Congreso otorgó al gobierno facultades extraordinarias para luchar contra el levantamiento de Valencia, y al principio, pese a la derrota experimentada en Coro el año anterior, se dio al marqués del Toro el mando de todo el ejército, pero en esta ocasión no tuvo mayor fortuna y el mando fue pasado a Miranda. Tras una espera de siete meses, éste recibió el nombramiento que a su juicio se le debía, e hizo comprender al gobierno que a un hombre de su importancia no se le podía postergar impunemente. “¿Dónde estaban, —preguntaba— las fuerzas que un general de su posición había de mandar sin pérdida de su rango o de su fama?” pero al fin accedió a rebajarse hasta aceptar el mando de la expedición punitiva, a condición de que Bolívar no formara parte de ella.²³⁰

¿Qué había separado tan profundamente a los dos hombres en el lapso de unas pocas semanas? Pregunta es ésta difícil de contestar. A fines de julio, Bolívar había sufrido una pérdida trágica con la muerte de su hermano Juan Vicente, que sucumbiera en un naufragio cuando se dirigía a Washington encargado por el gobierno de la compra de armas y municiones. Sin embargo, no había dolores privados que pudiesen ahora sofrenar a Bolívar, en quien el demonio del estadista había hecho ya fuerte presa y cuya vida personal se hallaba envuelta en el remolino de la Revolución.

Hasta entonces su papel en el gran drama habíase limitado a hacer de apuntador, pero ahora le consumía el ansia de entrar en escena. Como teniente coronel de milicias había tenido la ilusión de distinguirse en el

229 Urquinaona: *op. cit.*, pág. 52. M. Palacio Fajardo: *Memoire pour servir á l'histoire de la revolution de Caracas*. París

230 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 47. Briceño Méndez: *Apuntes para la vida del general Bolívar*. Caracas. 1933. Larrazábal: Vol. I, pág. 97. Mosquera: *op. cit.*, pág. 17.

ataque a Valencia, y las condiciones impuestas por Miranda debieron parecerle un bofetón en pleno rostro. Acaso lo que produjo la escisión entre ambos hombres fuera el problema de los españoles residentes en América. Bolívar se empeñaba en expulsarles inmediatamente, mientras que Miranda, hijo de español, apoyaba el derecho de aquéllos a permanecer en el país. En realidad, éste estaba en lo cierto, pues la expulsión de los españoles, en su mayoría comerciantes, podía haber resultado desastrosa para la ya frágil economía del país. Bolívar, en cambio, quería aplicar una táctica radical, sin tener en cuenta las consecuencias.²³¹ Esta falta de previsión era característica de su primera fase de político y soldado, característica superada únicamente a través de una amarga experiencia.

La ruptura de Miranda y Bolívar tenía también otra causa. Miranda desconfiaba de la aristocracia criolla; Bolívar la representaba. Miranda poseía una mentalidad moderada, metódica, cuajada en la fría y sobria atmósfera del siglo XVIII; Bolívar era joven, romántico, apasionado, verdadero hijo del siglo XIX; Miranda detestaba los modos teatrales de Bolívar y su tendencia al exhibicionismo, si bien él, a su vez padecía la misma enfermedad. En cierta ocasión, durante un desfile, Miranda vio salirse de las filas a un oficial para dirigirse a la tropa con voz estentórea. Era Bolívar, y Miranda no pudo disimular su desagrado. No era ese espíritu el que creaba fuerzas disciplinadas. Y llamaba a Bolívar “jovenzuelo peligroso”.²³² Más no era sólo este desprecio del hombre maduro por el neófito y militarmente *dilettante* lo que influía en el ánimo de Miranda, sino también el temor a la creciente fama del hombre más joven que él; los celos del aventurero por el hombre genial. Bolívar, por su parte, veía en Miranda un rival cuya capacidad comenzaba a poner en duda, pero que obstruía su camino hacia el poder. Y al margen de todas las diferencias políticas, entre el *Precursor* y el *Libertador* existían tensiones que no emanaban del campo de las ideas, sino de las llamas de la pasión.

Como la fuerza mandada por Bolívar, la Milicia de Aragua, formaba parte del ejército enviado a Valencia, aquél se quejó al gobierno de la injusticia cometida por Miranda, manifestando que su exclusión sólo podía explicarse en el terreno personal, y declaró que únicamente en el caso de que una corte marcial apoyase a Miranda él se sometería a semejante humillación. El gobierno estaba de acuerdo con la tesis de Bolívar y pidió a Miranda que retirase la condición impuesta por él,

231 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 46.

232 Yanes: *Relación*, vol. I, pág. 5 Austria: *op. cit.*, pág. 83.

pero el requerimiento fue rechazado porque Miranda no quería confiar a Bolívar ni el más insignificante puesto. El marqués del Toro evitó una crisis nombrando a Bolívar ayudante suyo: pero la enemistad de los dos hombres, lejos de desaparecer, siguió latente.

Miranda marchó sobre Valencia el 19 de julio. En el primer ataque, en el cual se utilizaron todas las fuerzas posibles, Bolívar luchó con gran lucimiento. El general Miranda vióse obligado a retirarse para reorganizar sus tropas, que habían sufrido enormes pérdidas, tanto en hombres como en municiones. En su informe a Caracas mencionaba el nombre de Bolívar entre los oficiales que se habían hecho acreedores a la gratitud de la nación.²³³ Quince días después, Miranda lanzó otro resuelto ataque contra Valencia. Esta vez estableció un asedio sistemático a la ciudad, cortó los suministros de agua y provisiones y hacia mediados de agosto Valencia capituló. Para comunicar este triunfo al gobierno de Caracas, Miranda envió a su propio ayudante y al teniente coronel Bolívar, que nuevamente se había distinguido. El prestigio de Bolívar como guerrero y su influencia en el ejército quedaron afirmados, sin que posteriores fracasos pudieran desvirtuarlos.²³⁴

No obstante haber reconocido Miranda las proezas militares de Bolívar, la brecha abierta entre ellos no había cerrado totalmente. A juicio de Bolívar no había que hablar de clemencia para los dirigentes de la conspiración y aconsejaba que fueran liquidados. Además, quería extender las expediciones de castigo a otras provincias leales a la corona y, por consiguiente, enemigas de la revolución. Una vez sacada la espada, no podía volver a envainarse sino cuando todos sus designios se hubieran cumplido. Bolívar estaba firmemente persuadido de que nada se ganaría con medidas intermedias, que sólo servían para irritar a los enemigos de la República, pero no para acabar con ellos. Miranda sentíase más inclinado a una política benigna. La debilidad de Miranda como conductor convenció entonces a Bolívar de que las aptitudes de aquél eran muy limitadas. Pero más que nada importaba proseguir con éxito la campaña. La caída de Valencia hizo posible las de Coro y Maracaibo. Sin embargo, los sutiles temas de la estrategia resultaban abstrusos para los inexpertos políticos de Caracas, que perdían su tiempo y su energía en debates estériles.²³⁵

En aquellos momentos, toda la atención se hallaba concentrada en redactar la Constitución —respondía al espíritu de la época el situar

233 O'Leary. *Memorias*, vol. I, pág. 47.

234 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 47.

235 Parra Pérez. *Primera República*, vol. II, pág. 117.

los problemas constitucionales por encima de todos los demás— y el problema básico era éste: ¿Qué forma de gobierno lograría unir a los diversos sectores del país y cual sería la relación de estos sectores con Caracas, cuerpo y alma del movimiento revolucionario? El Parlamento se hallaba dividido en dos facciones: centralistas y federalistas.²³⁶

Miranda y Bolívar, que desconfiaban de la capacidad política de sus compatriotas propugnaban un principio autoritario. Comprendiendo que se necesitaba tiempo para que los venezolanos madurasen políticamente y que era preciso un largo período de adiestramiento, Miranda esbozó un plan que ponía el ejercicio de la dirección en manos del gobierno central.

La mayoría de los políticos veía plasmados sus propios ideales en la Constitución federal de los Estados Unidos. Incluso Bolívar lo pensaba, aunque no quería aplicarlo a Venezuela, porque allí no había estados que unir, sino, simplemente, cuerpos administrativos. Las masas de población, indolentes y fanáticas, no podrían ser controladas por flexibles eslabones de una federación. Allí se necesitaban lazos más firmes que brotaran de un gobierno central. Pero en el Congreso venezolano, los propulsores de una federación de estados sobrepasaban en número a los pocos que, cual Miranda y Bolívar, reconocían la necesidad de una unión federal. La Constitución de los Estados Federados de Venezuela fue firmada el 21 de diciembre de 1811 por treinta y siete representantes. Esta exhibía una mezcla de influencias francesa y norteamericana, pero si bien el influjo de las ideas francesas se hacía sentir más por el vocabulario y la formulación de postulados humanitarios, la influencia norteamericana fue en realidad un factor determinante de la estructura de la primera República de Venezuela.²³⁷

Capítulos enteros de la Constitución norteamericana fueron copiados al pie de la letra. En un punto, sin embargo, difería la Constitución venezolana de su modelo norteamericano, y no ciertamente en favor suyo. La fuerza de la Constitución de Norteamérica estriba en la situación del presidente, pero los venezolanos querían delegar el Poder Ejecutivo en un comité de tres, que habrían de alternar en la presidencia. De tal modo, el Ejecutivo quedaba enormemente debilitado. Se había convenido ya en conceder a las provincias una generosa autonomía y para su

236 Gil Fortoul: *Hist.*, pág. 157. Heredia, *memorias*, pág. 43.

237 Yanes: *Relación*, vol. I. pág. 18. Parra Pérez: *Primera República*. vol. II, página 131.

administración habíanse fijado normas costosas y complicadas. La joven República fue lanzada a la vida con la marca de su sino en la frente.

La Federación de Estados de Venezuela se componía de siete, con derecho, cada uno de ellos, a redactar su propia Constitución. Así, en un momento en que solamente la unidad podía salvar del caos y la ruina al país, se despertó a sus fuerzas simplemente para dispersarlas. A esta desventaja no se opuso ninguna tendencia política elevada que hubiera podido caracterizar en principio la Constitución. Es verdad que se contempló la abolición del rango social y del privilegio y que se presentó a las naciones hermanas del continente la idea de confederación basada en los principios de unidad y amistad. Pero mientras los problemas apremiantes de la organización gubernamental estuvieran sin resolver, estos ideales quedaban incumplidos. Tal era la opinión de Miranda, y cuando en 1811 se adoptó la Constitución, éste se juzgó obligado, tanto por sí mismo como por sus compatriotas, a elevar una protesta. “Creo que en la presente Constitución el poder no está bien equilibrado... En vez de unirnos nos dividirá a costa de nuestra seguridad”. Bolívar, pese a la tirantes que entonces le separaba de Miranda, también patrocinaba estas ideas. No está completamente claro si las había tomado directamente de Miranda o si se le habían ocurrido a él. La influencia que Miranda ejercía en su ánimo era, sin duda, profunda. Ambos sabían que fuerzas centrífugas dominaban todo el Imperio Español. Las grandes unidades se escindían, las provincias se separaban de las provincias, las ciudades se levantaban contra sus vecinas. El salto desde el antiguo vasallaje trisecular a la independencia absoluta era demasiado grande. Para ganar su libertad, Sudamérica tenía primero que hacerse adulta. La fuerza impulsora de las tendencias separatistas se vio realizada por las consecuencias sociales y económicas de la revolución.

El primer año de independencia había marchado bien, pues los patriotas, al hacerse cargo del tesoro real, el 19 de abril de 1810, habían encontrado tres millones de pesos. Mas ese dinero no tardó en acabarse y los enemigos de la República se apresuraron a acusar al gobierno de haber dilapidados los fondos públicos en bailes, fiestas, nombramiento de funcionarios nuevos y pensiones.²³⁸ La realidad era que al joven Estado le habían hecho falta grandes sumas para los gastos del ejército y armamento, lo cual le había hallado desprevenido, por no tener nada planteado para enfrentar posibles dificultades futuras. En cuestión de

238 Yanes: *Relación*, vol. I, pág. 14. Urquinaona: *op. cit.*, pág. 47; Díaz: *op. cit.*, pág. 26. Baralt: Vol. I, pág. 93.

meses quedaron consumidas todas las reservas del período colonial, sin que fuera posible encontrar nuevas fuentes de ingresos.²³⁹ La situación económica era desesperada. El comercio con países extranjeros se hallaba casi totalmente cortado por el bloqueo español. El precio del cacao y del café, los dos artículos de exportación más importantes, había bajado de repente y las rentas por impuestos y derechos de aduana estaban igualmente suspendidas. Hacia fines de agosto de 1811, las dificultades fiscales habían aumentado de tal modo, que los sueldos de los empleados del Estado hubieron de quedar reducidos a la mitad. El gobierno adoptó un remedio que sólo sirvió para empeorar la situación: la emisión de papel moneda, por un valor de primero uno y luego dos millones de pesos, lo que dio lugar a los males inherentes a la inflación. No se aceptaban pagarés. Las provincias preferían acaparar sus productos que venderlos por una moneda desvalorizada. Los precios experimentaron un alza aguda. Los soldados rezongaban y los oficiales cobraban su paga en forma irregular. El pueblo estaba hambriento. Establecieron severos castigos para evitar que el oro y la plata fueran retirados de la circulación y se confiscaron las propiedades. A pesar de estas medidas, el gobierno sólo consiguió irritar a los comerciantes y estimular el comercio clandestino. El papel moneda falsificado circulaba en grandes cantidades. El descontento era general y el pueblo no podía comprender la razón de unas medidas restrictivas que los gobiernos anteriores no habían impuesto jamás.

Durante tres décadas Venezuela había gozado de una gran prosperidad. Súbitamente, con el triunfo del movimiento pro independencia llegó el colapso total del bienestar económico. Se comprende, pues, que las masas experimentaran un gran resentimiento. La joven República comenzaba así su carrera, marcada su flamante Constitución con una estrella fatídica.

Valencia, la misma ciudad rebelde que acababa de ser derrotada, fue elegida capital federal y en ella se reunió el Congreso el 16 de marzo de 1812. El primitivo optimismo habíase desvanecido y en muchos delegados alentaba la impresión de una crisis próxima. El convencimiento de que la nueva República no podía durar mucho era general.²⁴⁰ A los diez días de convocado el Congreso se produjo la catástrofe.

Fue un Jueves Santo, 26 de marzo, igual que cuando, dos años antes, los patriotas derribaran al régimen español. El cielo tropical de Caracas estaba claro y brillante, pero un silencio opresor parecía presagiar algo malo. Hacia las cuatro de la tarde el calor se hizo insoportable. Aunque

239 Para Pérez: *Primera República*, vol. II, pág. 109.

240 Heredia: *Memorias*, pág. 51.

no se veía ninguna nube, empezaron a caer algunas gotas de agua. De repente el suelo tembló. Las casas y las iglesias se derrumbaban. Una vez más resonaron en la ciudad los gritos de los heridos y el estrépito de los edificios al caer. Inmediatamente después del fragor se hizo el silencio; un silencio más espantoso que los clamores que le habían precedido. El pueblo veía en este cataclismo la ira de Dios por los acontecimientos de los dos últimos años y se precipitaba fuera de las casas chillando: “¡Misericordia! ¡Rey Fernando!” Entre ruinas y desolación, los curas y los frailes predicaban a las masas, y el populacho, frenético, abandonaba la bandera de la libertad maldiciendo a los ateos que le obligaban a traicionar a su rey.²⁴¹

Cuando le llegaron las primeras noticias del desastre, Bolívar, a medio vestir, se echó a la calle. Daga en mano corría de un lado a otro, haciendo cuanto estaba a su alcance para rescatar a los heridos de entre los escombros. Súbitamente encontróse de manos a boca con José Domingo Díaz, español y ardiente monárquico. Comprendió inmediatamente que Díaz consideraba el terremoto como un juicio de Dios y le gritó: “Si la naturaleza se nos opone, lucharemos contra ella. Y la someteremos a nuestra voluntad”.²⁴² Esto demostraba su heroísmo, enfático pero irreductible, dispuesto a luchar contra todo, incluso contra los elementos.

Bolívar se abalanzó sobre una multitud agrupada en la plaza pública escuchando la arenga de un fraile. Al ver interrumpida su reunión, los fanáticos pidieron que la venganza celestial cayera sobre Bolívar si persistía en inmiscuirse. Este, espoleado por algunos adeptos que se encontraban entre la muchedumbre, sacó la espada y derribó al fraile de su improvisado púlpito. En caso necesario estaba dispuesto a matarle. Algunos soldados que se hallaban cerca ayudaron a Bolívar a dispersar la excitada multitud y éste prosiguió entonces sus incansables esfuerzos por prestar socorro.²⁴³ Como precaución contra las epidemias sugirió quemar las casas bajo cuyos escombros yacían los muertos. Pero cualquiera que fuese la actitud que tomara, ni él ni nadie pudo evitar que se hiciera responsable al movimiento de independencia de las espantosas secuelas del terremoto. La devastación era inimaginable: solamente en Caracas, el número de muertos se calculaba en diez mil. El terremoto del 26 de

241 O’Leary: *Memorias*, vol. I, págs. 65-66. Larrazábal: Vol. I, 108. Heredia: *Memorias*, págs. 65-66. Urquinaona: *op. cit.*, *pág. 90*

242 Díaz: *op. cit.*, *pág. 38-39.*

243 O’Leary: *Memorias*, vol. I. *pág. 50.*

marzo de 1812 fue el precursor del derrumbamiento físico y moral de la Primera República de Venezuela.

El clero explotó hasta el máximo la catástrofe en favor de la causa española y las masas sucumbieron al histerismo religioso. Algunas personas, arrodilladas, confesaban públicamente sus pecados, implorando el perdón de su Dios y de su rey. En vano trataba el gobierno de calmar al pueblo. En vano publicaba manifiestos explicando el terremoto como un fenómeno de la naturaleza. El pueblo llevaba demasiado tiempo educado en la superstición.²⁴⁴ El movimiento por la independencia acababa de sufrir un revés irreparable. Se hacía imperativa una acción rápida para detener el avance reaccionario en el suelo de Venezuela y el Congreso otorgó al gobierno poderes dictatoriales. Pese al descontento general, el contra-ataque monárquico tardaba en llegar. La reacción española hubiera podido manifestarse antes, si las provincias leales de Coro y Maracaibo no se hubieran visto privadas de todo aprovisionamiento. Las guarniciones enteras de ambas ciudades apenas disponían de un millar de hombres y sólo una parte de éstos se hallaba equipada con armas de fuego, sin que el resto tuviera otra cosa que lanzas y arpones. Iban mal vestidos, algunos casi desnudos y estaban muertos de hambre.²⁴⁵ El clero, no obstante, se entregaba a su causa incansablemente, y hasta los cabecillas indígenas de aquellas provincias estaban conforme con los españoles. Pero teniendo en cuenta sus sentimientos, y a pesar de la situación imperante, Miyares, gobernador de Maracaibo, decidió formar una pequeña fuerza expedicionaria, de unos quinientos hombres, al mando de Domingo Monteverde, a la sazón capitán de una fragata. Nacido en las Canarias, dicho oficial era osado, acometedor, inescrupuloso, y ya se había distinguido en el servicio de las armas. Cualquier ataque lanzado desde las dos provincias leales, situadas como estaban, en la linde occidental del territorio venezolano, tenía que ser dirigido hacia el este para conquistar la capital, Caracas. La formación geográfica del país se caracterizaba por la cadena montañosa de los Andes al Norte y al Noroeste, paralela al océano, y por la extensa meseta del Orinoco al Sur. Es decir, que la barrera natural de los Andes obstruía todo ataque desde el mar. No obstante, los monárquicos abrigan la esperanza de poder derrotar a sus enemigos avanzando por tierra desde el Oeste

244 Parra Pérez: *Primera República*, vol. II, pág. 213. Gil Fortoul: *Hist.*, página 182. Pereyra: *Juventud*, pág. 392. Key Ayala: *Apuntes sobre el terremoto de 1812; El Cojo Ilustrado*. Vol. XXI, pág. 158. Caracas.

245 Urquinaona: *op. cit.*, pág. 68.

hacia Caracas. El subsiguiente sometimiento de los llanos sería fácil. Monteverde inició su campaña en marzo de 1812 y marchó rápidamente hacia el Este, habiéndose apoderado, al cabo de una semana, de toda la región del Siquisique.²⁴⁶ Provocando levantamientos en todas las zonas por donde pasaba, Monteverde tomó sin dificultad Carora el 23 de marzo y se dirigió a Barquisimeto, donde se hallaba de guarnición una fuerza republicana más numerosa.

El Congreso continuaba debatiendo la constitucionalidad de algún plan para enviar un ejército contra Monteverde. Como Miranda había reconocido ampliamente y propugnaba sin rodeos la necesidad de prepararse para un contraataque español a la Revolución, parecía imperativo entregarle la dictadura del país. El 23 de abril, al cabo de un mes de haber iniciado su marcha Monteverde, Miranda fue nombrado comandante en jefe del ejército de los Estados Federados de Venezuela, con poderes limitados y sin otro fin que salvar al Estado y garantizar su independencia.²⁴⁷ Ya en algunos barrios habían tenido lugar escaramuzas entre patriotas y monárquicos, divisiones enteras de tropas habíanse pasado a los españoles, mostrándose, sobre todo la caballería, indigna de la menor confianza. Esta traición de las unidades completas que se pasaron a Monteverde en sus encuentros, fue decisiva en una serie de fáciles victorias. Los campesinos le apoyaban deseosos de que terminara el desgobernio de la República. después de tomar Barquisimeto, que el terremoto redujera a escombros, Monteverde avanzó sobre Valencia . los curas, apresurándose a salirle al encuentro en el camino, le aseguraban que el pueblo aguardaba ansioso su llegada como salvador.²⁴⁸

Miranda, entre tanto, convirtiendo en ley marcial la única que había en vigor, intentaba formar un ejército para la República. el 30 de abril, tres divisiones a su mando, organizadas a toda prisa, marcharon sobre el enemigo; pero el bravo aunque inepto oficial nombrado para la defensa de Valencia evacuó apresuradamente la ciudad, frente a la obvia hostilidad de la población. Cabe pensar en el posible éxito de Bolívar si se le hubiera encomendado a él la defensa de Valencia . pero Miranda le había asignado otra misión confiándole la defensa de Puerto Cabello, el puerto más importante de Venezuela.²⁴⁹ Su disciplina militar le hizo acatar las

246 Heredia: *Memorias*, págs. 220 ss. Restrepo: *H de R. C.* vol. II, pág. 58. Gil Fortoul: *Hist.*, pág. 181.

247 Robertson: *Life*, vol. II, pág. 150.

248 O'Leary: *Memorias*, vol. I, págs. 54 ss

249 O'Leary: *Memorias*, vol. I, págs. 55 ss.

órdenes, pero Bolívar hubiese preferido un mando más en armonía con su voluntad de acción. Creía —y era humano que lo creyese— que el origen de su nombramiento era la desconfianza de Miranda respecto a la capacidad militar criolla, y pensaba que el comandante en jefe se proponía mantenerle lo más lejos posible del combate activo. Muchos años después, Bolívar le decía al mariscal Sucre, en una situación similar: “La fama consiste en ser noble y útil.”²⁵⁰ Aun cuando su envidia fuera la culpable de mantener a Bolívar alejado de la actividad militar, Miranda podía justificar su decisión. Puerto Cabello, aparte de ser un puerto importantísimo, era una de las pocas fortalezas de la República entonces directamente amenazadas por el enemigo. Pero Bolívar asumió su cargo convencido de que se había desconocido su rango.

Cuando Monteverde entró en Valencia, habíase ya autonombrado comandante en jefe de todo el ejército realista. Asombrado él mismo de la facilidad de sus victorias, soñaba con ser aclamado en Valencia como Mesías. Sin embargo, de ningún modo era un oficial que no se diera cuenta de estar atravesando una situación crítica. Esperando un contraataque de las huestes superiores de Miranda, pedía urgentemente refuerzos, y como comprendía la importancia de Valencia, decidió defenderse allí con todas las fuerzas a sus órdenes. A tal fin escribió al gobernador de Coro, comunicándole que la caída de Valencia sería una catástrofe para la causa monárquica.²⁵¹

Enfrentado a un enemigo cuyas tropas eran numéricamente inferiores y no mejor equipadas que las suyas, Miranda vio abrirse ante sí dos posibilidades: atacar con su fuerzas numéricamente superiores el débil ejército de Monteverde en Valencia, o bien amenazarle desde la retaguardia, atacando Coro, el puerto realista. No se llevó a efecto, sin embargo, acción ninguna, ni siquiera la perfectamente factible de evitar que llegaran refuerzos en socorro de Monteverde.²⁵²

Por aquellos días Miranda parecía concentrar exclusivamente su atención en organizar su ejército de acuerdo con principios tácticos caducos. Confiaba en el triunfo por medio de la disciplina y la instrucción militar, según las ideas de una época pretérita, y pensaba más en vencer al enemigo por agotamiento que en sitiarse activamente. No había

250 *Cartas*: Vol., IV, pág. 180. Austria: *op. cit.*, pág. 184

251 Austria: *op. cit.*, págs. 130 ss. Pereira: *Juventud*, págs. 399, 413. Blanco: *Doc.*, vol. IV, pág. 21.

252 Robertson: *Life*, vol. II, pág. 152. Parra Pérez: *Primera República*, vol. II, páginas 234-236.

aprendido nada sobre la estrategia napoleónica de exterminio. Esa supercauta actitud, esa obsesión de hacer que su mando se desarrollara dentro de una tropa tranquilamente organizada, dio tiempo a que Monteverde reagrupara su ejército. El deseo de Miranda de constituir una fuerza de combate bien adiestrada era, ciertamente, natural, pero la apremiante necesidad del momento exigía más bien el aniquilamiento del enemigo. En realidad, todo estaba pendiente de la rapidez de su decisión. Cada hora desperdiciada significaba pérdidas y muertes; en cambio cada día consagrado a anticiparse al adversario era un tanto a favor. Miranda no consiguió sino aumentar el número de desertores. Resultaba sencillamente imposible transformar, de la noche a la mañana, aquellas milicias sudamericanas en un ejército a la europea.

Miranda era escéptico en cuanto al espíritu combativo de su gente; ahí estaba su principal temor. Retiróse, pues, a lo que juzgaba un punto estratégico, desde el cual pudiera fortalecer su posición y al propio tiempo defender la capital contra cualquier ataque. Creía de este modo detener a Monteverde y acabar por derrotarle, aunque fuera poco a poco. En aquel momento la acción del ejército enemigo quedó temporalmente aplazada.

Entretanto, en las llanuras situadas al sur de la posición de Miranda, estallaba la rebelión contra la República. Las tropas realistas, al mando del capitán Antoñanzas, avanzaban sin cesar, en una serie de pequeños combates, todos, sin excepción, victoriosos. Los pueblos eran incendiados, degollados los soldados republicanos y asesinadas las poblaciones civiles enteras.

De esta forma se inició la terrible cadena de crímenes, cuyos sangrientos eslabones se prolongaron hasta el final de la guerra de independencia.²⁵³

El enemigo empujaba hacia Caracas en círculos cada vez más apretados y las líneas de aprovisionamiento de la ciudad se encontraban ya seriamente amenazadas. Frente a los continuos fracasos, cundió entre los patriotas profunda agitación. Miranda parecía impermeable a los riesgos que amenazaban la existencia misma de la República. permanecía inactivo, no intentaba defender las fértiles llanuras y se limitaba a una simple acción defensiva. Fortificó su posición, que consideraba inexpugnable. Se metió en el terreno político creyendo que, como Napoleón, iba a triunfar en todos los campos de la vida nacional. Pero, al envejecer, el hombre había perdido hacía tiempo la capacidad que

253 Llamozas: "Acontecimientos políticos de Calabozo" B.. de H. Caracas, volumen IV, 1921, núm. 16.

hubiera podido tener para ostentar el doble papel de mariscal de campo y estadista, y en vez de concentrar sus energías en la solución del problema más urgente, las desperdigaba. En otras palabras: era más activo con la pluma que con la espada y continuó siendo lo que durante treinta años fuera: el conjurado, el conspirador, más que el hombre de acción.²⁵⁴

Por otra parte, Monteverde nunca se estaba quieto. Convencido de que un ataque de frente a la posición enemiga significaba el sacrificio de muchas vidas, planeó rodear a la columna republicana que descansaba junto a un lago entre Valencia y La Victoria (la segunda ciudad en tamaño en la ruta de Caracas). Decidió flanquear a Miranda por el Norte y el Sur, maniobra que obtuvo un éxito completo y obligó a su adversario a evacuar una posición que había juzgado inexpugnable.²⁵⁵

Miranda se retiró a La Victoria el 17 de junio, incendiado previamente sus grandes depósitos de alimentos y municiones. Su técnica de agotamiento había fracasado y su línea de fortificaciones demostró servir para poco, habiéndose, en cambio, malgastado insensatamente provisiones irremplazables.

Monteverde hizo retroceder a Miranda hacia La Victoria y le siguió de cerca, no tardando en reiniciar su ataque a la líneas republicanas, esta vez Miranda pudo rechazarle, pero incapaz de sacar provecho de su triunfo, dejó que los frutos de éste se le escaparan de entre los dedos. Permaneció sordo a los ruegos de sus oficiales en pro de una rápida persecución del enemigo. En vez de tomar, al fin, la ofensiva, las tropas volvieron a sus posiciones. Aquella fue la última oportunidad para salvar de la destrucción la Primera República de Sudamérica, y Miranda, al no aprovecharla, perdió a un mismo tiempo su país y su prestigio de soldado.²⁵⁶

Que en aquellos días brotara por primera vez una conspiración contra el generalísimo era perfectamente lógico. En efecto, sus propios oficiales querían prenderle y nombrar un nuevo comandante en jefe. Cuando Miranda, ausente en Caracas por algunos días, se enteró del complot, su ira fue terrible. Militarmente, la subversión hizo poco efecto y Miranda continuó impassible, discutiendo todas las protestas que se le presentaban

254 Austria: *op. cit.*, pág. 135. Blanco: *Doc.*, vol. III, pág. 728. Robertson: *Life*, vol. II, págs. 154-155. Pereyra: *Juventud*, pág. 419.

255 Véanse la descripción de Yanes: *Relación*, vol. I., págs. 40 ss. Baralt: Volumen I, págs. 116 ss. Austria: *op. cit.* pág. 141. O'Leary: *Memorias*. vol. I, página 58.

256 O'Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 38. Austria: *op. cit.*, 147-148.

con la altivez que le era peculiar. Su actitud se asemejaba mucho a la de aquel general austriaco que reprochaba a Napoleón haber ganado una batalla con un método equivocado.

Lo acertados que estaban los oficiales al querer nombrar un jefe más inspirado queda patente y demostrado por el hecho que en aquel momento Monteverde pensaba seriamente en retirar sus tropas de la posición avanzada, ya que no se esperaba más auxilio y la líneas de retirada se hallaban expuestas a un ataque por los flancos. Empero, consultado su Estado Mayor, limitóse a hacer un alto y su confianza en la ineptitud de Miranda se vio entonces plenamente justificada.²⁵⁷

Simón Bolívar se había hecho cargo, a desgana, de la defensa del puerto republicano más importante, Puerto Cabello. Que lo poseyera la República era vital por dos razones: en primer lugar, su fuerte principal, San Felipe albergaba gran cantidad de prisioneros políticos, entre ellos muchos poderosos y acaudalados hombres del movimiento contrarrevolucionario; en segundo término, la mayor parte de las armas y municiones del Estado se hallaba almacenada en el fuerte. Desde el principio, Bolívar había llamado la atención respecto al peligro que representaba tener en un lugar tan amenazado presos de tal importancia e influencia.²⁵⁸ Hacia fines de mayo, algunas posiciones avanzadas rodeaban la fortaleza ya perdida y aquél abrigaba serios temores por la seguridad del puerto. Creyendo que un avance repentino siempre triunfaba, propuso a Miranda que se dirigiese una ofensiva contra Maracaibo, con la esperanza de cortar la retirada a Monteverde. Más el plan no encontró el favor de Miranda.²⁵⁹ Durante algún tiempo había venido funcionando un contacto entre las facciones traidoras del ejército y los ricos presos políticos. El 30 de junio estalló una abierta rebelión, izando en el fuerte la bandera real el teniente Francisco Fernando Vinoni, que encabezaba los insurgentes y que se apoderó del fuerte con su botín de prisioneros, armas y artillería. Bolívar se encontraba en su cuartel general de la ciudad cuando, alrededor del mediodía, le llevaron la noticia. Su situación era desesperada, porque

257 Larrazábal: Vol. I, pág. 117. Becerra: *Miranda*, vol. II, pág. 221. H. Poudenx y Mayer: *Memoire pour servir a l'histoire de la Revolution de Caracas*, página 79, París. 1815.

258 O'Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 50. Parra Pérez: *Primera República*, volumen II, pág. 293.

259 Hasta el momento presente la investigación histórica no ha podido establecer claramente si Bolívar o Miranda fueron los responsables de mantener los peligrosos prisioneros en la amenazada fortaleza. Véase Robertson: *Life*, volumen II, pág. 164.

carecía de armamentos y sólo le quedaban algunos soldados. La ciudad sufría duramente bajo el bombardeo, pero Bolívar, intentando todavía lo imposible, ofreció una amnistía a las tropas rebeldes si se entregaban. Pero era tan patente la ventaja de estas que el fuego prosiguió toda la noche. A las tres de la mañana Bolívar envió a Miranda un lacónico mensaje: “Mi general: un hombre que no merece llamarse venezolano se ha apoderado de los prisioneros del fuerte San Felipe y está lanzando un ataque nocturno sobre la ciudad. Si Vuestra Excelencia no ataca inmediatamente por la retaguardia, la ciudad está perdida. Entre tanto, yo resistiré todo lo que pueda.”²⁶⁰

Quizás Miranda recibiera esta carta demasiado tarde para acudir en auxilio de una situación ya desesperada. Sea como fuere, no tomó ninguna medida destinada a salvar a Puerto Cabello. Al día siguiente el bombardeo fue tan feroz que la población comenzó a huir de la ciudad, y de las tropas que le restaban, Bolívar perdió 120 hombres más. Los que quedaron estaban espantados, viendo marcado su sino. La pequeña guarnición, que había luchado hasta el fin contra una fuerza diez veces mayor, se rindió el 6 de julio. Bolívar huyó a La Guayra, embarcado con otros siete oficiales y tropezando con grandes dificultades para eludir su aprehensión.²⁶¹

El día 5 de julio se celebraba en el campamento de Miranda la Declaración de Independencia de Venezuela. aquella noche el general recibió una nota de Bolívar comunicándole la pérdida del fuerte de San Felipe y dijo a su estado mayor *Venezuela est blessée au coeur*. Habiéndole hecho los años más espectacular y pedante que nunca prosiguió: “Así son las cosas de ese mundo. Hace poco tiempo todo parecía seguro. Ayer Monteverde no tenía armas ni municiones. Hoy posee ambas cosas en abundancia. Se me aconseja que ataque al enemigo. Pero él ya lo tiene todo en sus manos. Veremos que pasa mañana.” A Bolívar le envió una respuesta secreta: “Por su informe de 1º del corriente me entero de los extraordinarios acontecimientos que han tenido lugar en San Felipe. Esas cosas nos enseñan a conocer a los hombres. Espero impaciente más noticias de usted. Mañana le escribiré con detalle.”²⁶² ¿Qué significaban estas palabras “nos enseñan a conocer a los hombres”? Ciertamente

260 *Cartas*: Vol. I, pág. 24, de 1º de julio de 1812. V. Dávila: *Investigaciones históricas*. Caracas, 1923, pág. 46: “La Tradición (sic) de Puerto Cabello”.

261 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 59. Larrazábal: Vol. I, pág. 118.

262 Blanco: *Doc.*, vol. III, pág. 759. Parra Pérez: *Primera República*, vol. II, página 298.

Bolívar había cometido una torpeza militar, dejando que los prisioneros de un fuerte depositaran en él todas sus armas. Se le puede, además, criticar que tal conspiración le cogiera por sorpresa. Más le responsabilidades del fracaso de la campaña misma no recae sobre Bolívar, sino sobre su general Miranda, porque aun en aquel momento quizá hubiese estado a tiempo de efectuar un intento final. La ventaja obtenida por Monteverde al capturar Puerto Cabello, acaso se hubiera podido desvirtuar si se hubiese lanzado un ataque sobre su retaguardia antes de reagrupar aquél sus tropas. A Bolívar le constaba plenamente la responsabilidad y tal constancia le resultaba intolerable. Había agotado todas sus fuerzas en la defensa de Puerto Cabello, pero lo cierto era que lo había perdido. Asumió toda la responsabilidad de la derrota y no permitió que sobre los oficiales que sirvieron a sus órdenes cayera la menor sombra. Escribiendo a Miranda desde Caracas el 12 de julio, le decía que se consideraba incapaz de tomar el mando y que quería ser subalterno del más modesto de sus oficiales.²⁶³ Bolívar nunca olvidó totalmente este primer descalabro, y cuando en 1819, en la batalla de Boyacá, Vinoni cayó en sus manos como prisionero de guerra, Bolívar le ahorcó por traidor.

Casi todos los historiadores atribuyen gran importancia a la pérdida de Puerto Cabello, pensando que la capitulación de la ciudad selló el destino de la Primera República. Indiscutiblemente, la posesión del puerto era de importancia vital para Venezuela, pero sería muy aventurado afirmar que su pérdida fue el acontecimiento decisivo de la campaña de 1812. Sin embargo, los hechos subsiguientes —o la falta de ellos— la hicieron desarrollarse de esa manera, por no haberse atrevido el comandante en jefe a arriesgarlo todo en una situación tan crítica. En tales circunstancias, Miranda no tenía nada que temer y sí mucho que esperar; puesto que todo estaba perdido, ya sólo podía ganar. Pero la decisión para actuar era mucho pedir a un hombre que se encontraba en las postrimerías de su vigor. Solo él, con la fe que mueve montañas, podría abrigar la esperanza de una victoria en favor de la independencia. Monteverde había tomado la mayoría de las regiones occidentales y las provincias que aún no estaban en su poder se hallaban en estado de desintegración; mientras las zonas del Este, que hubieran debido estar aprovisionando a Caracas de alimentos y refuerzos, hervían en una rebelión incontrolada. La contrarrevolución triunfaba. Incluso en la capital existían facciones trabadas constantemente en altercados cuerpo a cuerpo con las autoridades. La anarquía era cosa corriente. Miranda veía desintegrarse su ejército. Grupos enteros —hasta

263 *Cartas*: Vol. I, pág. 24, de 12 de julio de 1812. Austria; *op. cit.*, pág. 146.

de cien hombres con armas y municiones— desertaban. Los oficiales se amotinaban y se pasaban al enemigo. Miranda, enfrentado por la necesidad de dimitir —salvando así, quizás, la causa de la revolución— o de entregarse, para mal o para bien, al adversario, optó por esto último. La situación militar era desesperada y las condiciones económicas del país desastrosas. Las perspectivas para Venezuela, en el mejor de los casos, eran una prolongada guerra civil, de la cual resultarían beneficiadas las clases más bajas, los mestizos y los negros. Mucho tiempo atrás Miranda había dicho que prefería ver a su país bajo la opresión española otros cien años, que convertido en la arena del crimen. Capituló.²⁶⁴ Recuérdese, ante todo, que la naturaleza de aquel hombre era la de un aventurero que se tomaba a sí mismo más en serio que cualquier función que se le confiara. Era a él a quien quería salvar. Quizás, incluso esperase que Gran Bretaña le consintiera algún día ocupar la posición que ahora le vedaba la adversidad. Creía que España iba a contar con la ayuda inglesa para pacificar sus colonias americanas y resolver los problemas de éstas.²⁶⁵

No es demasiado sencillo descifrar los motivos que impulsaron al general a capitular. Agotado, humillado, vencido, abandonó esta aventura como abandonara otras muchas en su vida. El 12 de julio de 1812 entregó a un consejo de guerra su explicación de haber firmado un armisticio con Monteverde. La víspera había ya enviado un emisario al campo enemigo. Se jactaba de tratar con el general contrario en un pie de igualdad, pero en el fondo se hallaba dispuesto, desde el primer momento, a aceptar cualquier condición y todas las condiciones. En el curso de largas negociaciones, durante el tiempo en que se cambiaron propuestas y contrapropuestas entre ambos cuarteles generales, Miranda se trasladó de La Victoria a la Guayra, con objeto de fletar un barco que asegurase su fuga. Ahí estaba la prueba incontrovertible de haber pospuesto la causa de la República a la suya propia.

El país entero quedó a merced de Monteverde bajo las condiciones de la rendición. Sólo los habitantes de los territorios aún no conquistados fueron protegidos contra la persecución y la expropiación. A la parte de la población de color que podía ser de alguna utilidad a los conquistadores se le prometió indulgencia, así como la abolición de las degradantes leyes a que había vivido sometida en los tiempos de la colonia. Fuera de estas excepciones, los venezolanos serían gobernados por reglas y

264 Parra Pérez. *Primera República*, vol. II, pág. 357.

265 Blanco: *Doc.*, vol. III, págs. 760-761. Robertson: *Life*, vol. II, pág. 173. Pereyra: *Juventud*, pág. 464.

sistemas que estableciera el Parlamento español para toda Sudamérica. Esto era lo máximo que el marqués de Casa León, ayudante secreto de Miranda, esperaba conseguir. Si bien Monteverde se avino a reconocer una tregua de ocho días para la evacuación de las regiones todavía no ocupadas por él, exigió la ratificación del tratado completo dentro de las cuarenta y ocho horas. Miranda aceptó esto también, preocupado de su propia suerte.²⁶⁶

Dos fuentes distintas atestiguan que en aquella época lo que a Miranda le interesaba era su seguridad económica. Una de ellas afirma que había aceptado once mil onzas de oro que le ofrecieron los españoles; la otra se refiere a un cheque extendido en favor suyo por su amigo el marqués de Casa León. Fueran o no ciertos, tales tratos no parecen censurables, pues no cabe decir que Miranda vendiera su país a los españoles. Tenía, eso sí, la vista puesta en la eventualidad más favorable.²⁶⁷

Llegado a Caracas el 26 de julio, Miranda redactó, con destino al cabildo de la ciudad, un informe relativo a la rendición, sin especificar, naturalmente, la forma de haberse llevado a cabo. La idea de la fuga le obsesionaba. Había enviado ya sus papeles y efectos personales a La Guayra, donde el *Sapphire*—el barco en que Bolívar regresara de Londres— se hallaba fondeado. El propio Miranda llegó al puerto el 30 de julio y, aparte de los veintidós mil pesos que para él sacaran del tesoro público, se llevó mil onzas de oro. El capitán del *Sapphire* le rogó que embarcara sin pérdida de momento, pero Miranda prefirió pasar la noche en La Guayra, con lo cual firmó su sentencia de muerte.

Tras la caída de Puerto Cabello, Bolívar había huido, primero a La Guayra y luego a Caracas, profundamente deprimido por la desgracia que le había ocurrido. Remitió a Miranda un extenso informe sobre el curso de los trágicos acontecimientos, informe que era una prueba más de su honestidad y su modestia. En el instante de llegarle noticias de la rendición, las tropas de Monteverde estaban ya a tres millas de Caracas. Bolívar, acompañado de algunos oficiales, voló a La Guayra el 30 de julio. Su indignación contra Miranda no tenía límites. Nadie conocía las condiciones del armisticio. Cuando el 30 de julio, a la hora de cenar. Miranda se encontró por última vez con los jefes patriotas,

266 Urquinaona: *op. cit.*, pág. 142. Baralt: Vol. I, pág. 123. Yanes: *Relación* volumen I, pág. 48. Díaz: *op. cit.* pág. 45. Larrazábal: Vol. I, págs. 125 ss. Blanco: *Doc.*, vol. II, pág. 368.

267 Urquinaona: pág. 159. Rojas: *Miranda*, pág. 699. Parra y Pérez: *Primera República*, vol. II, pág. 368.

éstos le apremiaron para que diese una explicación. Pero recibieron no sólo respuestas airadas, sino ofensivas. La especie que circulaba de que el general había dado orden para que del puerto no saliera nadie más que él, aumentó la ira producida por el misterio de que se rodeaba la capitulación. Las noticias concernientes a las grandes sumas de dinero ocultas en el *Sapphire* no tardaron en trascender, demostrando, sin lugar a dudas, que Miranda primero había vendido su país y ahora se disponía a traicionar a los oficiales que deseaban proseguir la lucha. Si Miranda hubiese creído en la sinceridad de los españoles y esperado que se cumplieran las condiciones estipuladas, no habría tenido motivos para huir. Y si no lo creía, evidentemente era un traidor.

Cuando Miranda se hubo separado de sus compañeros de cena, los oficiales procedieron a un cambio de impresiones. En este consejo de guerra tomaron parte, además de Bolívar, el comandante de La Guayra, Las Casas; Miguel Peña, delegado político, y seis o siete oficiales de alta graduación. Resolvieron prender a Miranda. Algunos deseaban simplemente obligarle a permanecer en el país, mientras otros, entre ellos Bolívar, querían fusilarle por traidor. Los patriotas se presentaron en el alojamiento de Miranda antes del alba. En un principio, el general creyó que venían a despertarle, pero al descubrir su propósito les pidió que esperasen. A los pocos minutos apareció vestido de pies a cabeza y completamente sereno. Jamás perdía su imperturbabilidad, y cuando Bolívar, acremente, le pidió que se diese preso, no se dignó contestar. De manos de uno de sus ayudantes tomó un farol y alzándolo a la altura del rostro de los conspiradores, los acusó, a su vez, exclamando: “Ruido, ruido y más ruido, es lo único que esta gente sabe hacer.” No volvió a pronunciar palabra y en silencio fue conducido al fuerte de San Carlos.²⁶⁸

Cualesquiera que fuesen los planes que los patriotas hubiesen hecho, Montevede no les dio tiempo de ejecutarlos. El 31 de julio había ya enviado a La Guayra un emisario exigiendo que se cerrase el puerto y recalcando que el incumplimiento de esta orden acarrearía la cancelación de todos los pactos anteriores. En su afán de ganarse la gracia del conquistador, el comandante Las Casas acató la orden y la bandera venezolana, que ondeaba en el fuerte, fue sustituida por los colores hispanos. Y Miranda entregado a los españoles.

268 Respecto a la prisión de Miranda véase Yanes: *Relación*, vol. I, pág. 52. Baralt: Vol. I, pág. 124,, O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 74. Larrazábal: Vol. I, pág. 125. Heredia: *Memorias*, págs. 76-78. Robertson: *Life*, vol. II, págs. 180-181.

En la vida de Bolívar, poco ha dado a sus críticos tanto pasto a la discusión como su actitud y conducta frente a Miranda. ¿Tenía derecho a erigirse en juez un hombre que había sido derrotado, cuyos equivocados cálculos determinarían la pérdida de Puerto Cabello? ¿No había también este hombre abandonado tres veces su país, durante los azarosos años corridos entre 1814 y 1818? Bolívar habría respondido así. “Yo también fracase como soldado. Pero jamás me rendí. Jamás me importaron el dinero ni los bienes materiales. Jamás prostituí la bandera de la victoria.” Mas que su inepticia militar, a Bolívar le indignaba en Miranda el aire de misterio y de traición de que se rodeaba. En realidad, Bolívar sentíase orgulloso de su actuación frente a Miranda y se vanagloriaba de ella. Interrogado Napoleón en Santa Elena sobre la muerte del duque de Enghien, respondió que en iguales circunstancias volvería a hacer lo mismo.²⁶⁹

Existe otra razón, acaso la más poderosa, para el trágico fin de las relaciones entre ambos hombres. Miranda nunca quiso hacer sacrificios personales y, corruptible o no, jamás había realizado nada que en términos históricos pudiera llamarse grande. Durante toda su vida había sido un filibustero, para quien nada importaba tanto como su propia persona. Miranda fracasó porque sus ambiciones personales superaban su capacidad.

A los españoles vencedores no les interesaban las causas de la ira de los patriotas contra Miranda. Le consideraban el promotor del movimiento de independencia y, en consecuencia, le hicieron prisionero. Permaneció en la fortaleza de La Guayra hasta 1814, fecha en que fue trasladado a la prisión de las Cuatro Torres de Cádiz. Allí murió el 16 de julio de 1816.

Monteverde, con los pretextos más fútiles, rompió todos los tratados concertados con Miranda. El 1º de agosto se tomó prisioneros a muchos dirigentes del movimiento de independencia y allí comenzó una era de persecuciones y destierros de cuantos habían luchado por la libertad. Ocho de los más conspicuos, “ocho monstruos, origen y raíz de todo mal y daño”, como les llamaba Monteverde, fueron encadenados y enviados a Cádiz.²⁷⁰ Milagrosamente Bolívar consiguió esquivar su detención. El 31 de julio huyó disfrazado de La Guayra, protegido por la oscuridad. Entró en Caracas sin ser reconocido y permaneció algún tiempo oculto en

269 Véase la carta del ayudante B. H. Wilson en O’Leary: *Memorias*, vol. I, página 75.

270 Yanes: *Relación*, vol. I, pág. 56. Parra Pérez: *Primera República*, vol. II, páginas 240 ss.

casa del marqués de Casa León. No queriendo entregarse ni pasar el resto de sus días pudiéndose en una cárcel española, pidió a su amigo vasco Francisco Iturbe que intercediera a su favor. Como amigo de Monteverde, Iturbe podía pedirle un salvoconducto que permitiese a Bolívar salir de Venezuela. Al principio, Monteverde no se sentía inclinado a dejar que Bolívar se marchase, sabiendo que había actuado como un verdadero patriota en la defensa de Puerto Cabello, donde dijo a sus soldados que más valía morir que volver a la esclavitud. Pero Iturbe renovó sus ruegos, ofreciéndose como fiador, y al ver que Monteverde comenzaba a vacilar, le presentó a Simón Bolívar con estas palabras: “He aquí al comandante de Puerto Cabello, de quien respondo. Si se le castiga, yo sufriré la pena. Mi vida vale por la suya.” Monteverde contestó: “Está bien.” Y mirando aún a Bolívar, dijo a su secretario: “A este caballero se le dará un salvoconducto como recompensa por el servicio que ha prestado al rey arrestando a Miranda.”²⁷¹

Bolívar, que hasta entonces permaneciera callado, ante el agravio implícito en las palabras del español, sintióse impelido a contestar resueltamente: “Yo no arresté a Miranda para servir al rey, sino para castigarle por haber traicionado a su país.” Ante esto, Monteverde se arrepintió de su decisión y canceló el salvoconducto. Sólo la persistente insistencia de Iturbe logró que al final se le concediese y que Bolívar pudiera fugarse. Resulta un tanto extraño que consiguiera escapar, ya que su conducta durante aquel período fue más exhibicionista que prudente: se dedicó a hacer confidencias a cuantos quisieron oírlos y a actuar a la vista de todo el mundo. Bolívar no olvidó nunca a la persona que le había facilitado la fuga. Nueve años después, cuando la reunión del Congreso de la Gran Colombia, en Cúcuta, se votó la confiscación de todos los bienes de los españoles emigrados, las propiedades de Francisco Iturbe se vieron afectadas. Bolívar, presidente a la sazón de la Gran Colombia, apeló al Congreso en una carta contando lo ocurrido en 1812: “¿Podría yo olvidar tal generosidad? ¿Puede Colombia, sin mostrarse ingrata, castigar a este hombre? Si hay que confiscar los bienes de Francisco Iturbe, ofrezco los míos en su lugar como entonces ofreciera él su vida por la mía. Y si el Congreso soberano quiere mostrarle clemencia, yo seré el favorecido.”²⁷²

271 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 80. Larrazábal: Vol. I. 1,157. Gil Fortoul: *Hist.*, 1.189. véase también la carta de Bolívar a su hermana: *Cartas*; Vol. V, pág. 19. Torres Lanza: Vol. III, pág. 208.

272 *Cartas*: vol. II, págs. 385-386.

Monteverde, que pudo haber dominado al genio de la Revolución Sudamericana, desaprovechó el momento histórico. España no recuperó jamás la oportunidad perdida. Se dice que cuando, meses más tarde, se pronunciaba el nombre de Bolívar, el gobernador Monteverde se ponía pálido.

Una vez conseguido su salvoconducto Bolívar se fue a cenar con dos amigos, haciéndoles creer que se disponía a embarcar para Inglaterra con objeto de enrolarse como voluntario en el ejército británico. En verdad, su único pensamiento era volver a luchar en otro frente contra España.²⁷³ El 21 de agosto se dirigió a La Guayra, embarcando en la primera nave que se aprestaba a salir del puerto. Pero la documentación del buque no estaba en regla y en Curazao los empleados de la aduana depositaron en custodia el equipaje y todos los efectos personales de Bolívar. A éste, sin embargo, nunca le perturbaron mucho los tropiezos de índole material “Como un hombre valiente y honrado debe ser impermeable a los golpes del destino, me he armado de valor y juzgo insignificantes los dardos que el mío me arroja. Sólo mi conciencia rige mi corazón. Este se halla tranquilo y nada puede alterarle. ¿Qué me importa, pues, tener o no tener bienes materiales? En este mundo nadie se muere de hambre.”²⁷⁴

Bolívar no permaneció en Curazao sino lo indispensable para encontrar el medio de llegar a Cartagena, puerto principal de la Nueva Granada. Consiguió dinero prestado y abandono la isla acompañado de un pequeño grupo de oficiales, emigrantes como él. Hacia mediados de noviembre llegó a Cartagena.

Cuando comenzó este nuevo capítulo de su vida. Bolívar contaba treinta años de edad. La República de Venezuela sólo había durado un año. Volviendo la vista atrás, ese año debía parecerle una verdadera cadena de equivocaciones y fracasos, marcados sus propios actos con el signo del error y la culpa. Bolívar no era uno de esos genios que, cual Napoleón y Alejandro, deslumbraron al mundo con sus dotes en plena floración. En cuanto emprendía tenía que aprenderlo sobre la marcha y la escuela de adiestramiento que significaron para él los acontecimientos de 1812 no tuvo paralelo. Y ahí vemos su verdadera grandeza, ya que cada derrota le encontraba dispuesto a repasar de nuevo sus ideas, a confesar sus yerros y a recomenzar toda su accidentada carrera. Su genio fue el del

273 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 82, véase la introducción de Lecuna a la obra de Yanes.

274 *Cartas*: Vol. I, págs. 29-30, 19 de septiembre de 1812.

escalador de montañas. La catástrofe de la primera República no le agotó ni le desalentó. Superando el primer choque, la cólera y el resentimiento, su pesar y su desconfianza transformáronse en fuerzas impulsoras. Ante sí tenía dos tareas: aprovechar la experiencia del pasado y reiniciar nuevamente la lucha. Porque sabía muy bien que sólo la guerra podía devolver lo que para él se había perdido: “el honor de Venezuela”.

Segunda parte

HOMBRE DE LIBERTAD

IX MANIFIESTO DE CARTAGENA

El adversario al que Bolívar había desafiado a una lucha a muerte constituía una fuerza nada despreciable. El colonialismo español estaba todavía bien atrincherado. Los liberales españoles habían hecho una Constitución flexible que parecía abrir un camino hacia la reconciliación con las colonias rebeldes. Esta reconciliación estaba apoyada por una Inglaterra siempre dispuesta a promover negociaciones entre la madre patria y sus colonias latinoamericanas.²⁷⁵ Si bien la Península Ibérica estaba casi completamente ocupada por los ejércitos de Napoleón, hacia fines de 1812 la caída del déspota era inminente. En América la situación era tal que el régimen hereditario tenía asegurada una rápida victoria sobre los rebeldes.²⁷⁶

Cuba y Puerto Rico habían permanecido siempre leales a España. La rebelión en Ecuador parecía aplastada. En México el movimiento liberador, después de un glorioso principio, vaciló y fue reprimido completamente. El virreinato del Perú, todavía no conmovido por las ideas de emancipación, estaba por supuesto de parte de la madre patria, y sus provincias podían muy bien servir a España como base para aplastar desde ellas la rebelión en Chile, Bolivia y las regiones del Plata.²⁷⁷

Bolívar había regresado a Nueva Granada,^{278*} donde el poder estaba aún en manos de los independientes. Los liberales triunfaban en el interior, pero las facciones federales y centralistas luchaban entre sí con tal pasión que amenazaban colocar a esta basta e importante región al borde de la guerra civil.²⁷⁹ Muchas provincias, principalmente aquellas que se encuentran a lo largo de la costa atlántica, no habían conocido la Revolución. Ciudades como Cartagena, aunque permanecían fieles al ideal de libertad, se habían rebelado contra Bogotá, la capital, y

275 Mancini: op. cit., pág. 401. Blanco: *Doc.*, vol. III, pág. 621.

276 Levene: H. De A., vol. VI, págs. 79-86, 155-175; vol. VII, págs. 3-45, 145 y siguientes.

277 Levene: H. De A., vol. V, págs. 30-104. Mitre: *San Martín*, vol. I. *passim*. E. Ravignani: *Historia constitucional de Argentina*. Buenos Aires, 1926-27.

278 * El término "Nueva Granada" de aquí en adelante se refiere al área ahora incluida en la República de Colombia. Esta designación se usa para evitar una posible confusión entre la República de Colombia y la Gran República de colombiana establecida por Bolívar en 1819.

279 Restrepo. *H. de la R. C.*, vol. I, págs. 109 ss. Henao y Arrubla: *Historia de Colombia*, Bogotá, 1929.

declararon su completa independencia. La anarquía abatía al país. Hasta las comunidades más pequeñas estaban impregnadas del concepto de soberanía.²⁸⁰

Sin embargo, Bolívar no estaba desalentado por este cuadro de desintegración. Por el contrario, basaba sus cálculos y esperanzas en el hecho de que un Estado amenazado por tales peligros necesitaría sus servicios. El Gobierno independiente de Cartagena estaba presidido por el joven Manuel Rodríguez Torices, quien se mostraba ansioso por favorecer a Bolívar y a los patriotas que acompañaban a este a Cartagena. El presidente Torices comprendía que sólo una rápida acción militar podía salvar al estado artificialmente constituido, y cuando Bolívar llegó en noviembre, Torices se apresuró a alistarle en el ejército de Cartagena.

El futuro de Bolívar, sin embargo, no podía seguir circunscrito a su profesión de soldado. Ir a la guerra con otros oficiales venezolanos hubiera sido la decisión del valor, pero planear la liberación de toda Sudamérica fue la decisión de la grandeza. En un folleto que describía la derrota de Miranda y las atrocidades de Monteverde, Bolívar expresó los sentimientos de sus compañeros al decir: “¡Existe algún americano merecedor de tal nombre que no grite: “¿Existe algún americano merecedor de tal nombre que no grite ¡muerte a los españoles! cuando contempla el exterminio de tantas víctimas en Venezuela? ¡No, y no otra vez!”²⁸¹

Bolívar comprendía que la mera continuación de la lucha era insuficiente. El futuro de Nueva Granada, más aún, el futuro de toda Sudamérica, dependía de la independencia de Venezuela. El catastrófico derrumbe de su tierra marcó el momento decisivo de la vida de Bolívar. como Hegel decía, fue gracias a su fuerza nocturna como se forzó a sí mismo a realizar su legítimo propósito.

Bolívar, como héroe sudamericano, nació en Cartagena en 1812. Ya no era el fogoso conspirador ni el jacobino fanático de sus años juveniles. Había aprendido de sus fracasos. Los meses pasados en la costa ardiente y árida en Curazao y las semanas que permaneció en la tropical Cartagena provocaron un cambio en él. Y en Cartagena, donde las murallas gigantes, los fuertes irreductibles y el Palacio de la Inquisición hablaban con elocuencia del opresor a quien deseaba vencer, Bolívar encontró las necesarias palabras de esperanza.

Vemos un hombre nuevo en el Bolívar que, a la vez orgulloso y modesto, hablaba al pueblo de la Nueva Granada como a sus conciudadanos. Este

280 J. De la Vega: *La Federación en Colombia, 1810-1912*. Madrid.

281 *Proclamas* pág. 4.

llamamiento, documento hoy famoso, comienza: “Como hijo de la infeliz Caracas, yo he escapado milagrosamente de su destrucción política y material, estoy aquí para servir a la bandera de la libertad.”²⁸² Continuó diciendo que la terrible situación de Venezuela debía servir de ejemplo a toda América para examinar el momento presente y rectificar la falta de unidad, solidaridad y energía de sus gobernantes. El Bolívar que así elevaba su voz no era en ningún aspecto el mismo hombre que salió humillado y derrotado del derrumbe de la Primera República. Algunos meses de soledad forzosa le sirvieron para madurarse. Buscó y encontró las causas de la caída de su país en la historia. Su voz se oyó, clara y persuasiva, en un continente que escuchaba por primera vez el llamado de su líder.

Para Bolívar la primera causa de la destrucción de la República fue su falsa tolerancia. Sus funcionarios no habían consultado las obras de las cuales deberían haber aprendido la ciencia de gobernar, sino libros compilados por visionarios bien intencionados que habían evocado efímeros Estados gobernados con perfección política. En lugar de líderes, Venezuela tuvo filósofos: en lugar de leyes, filantropía; dialéctica en vez de política y sofistas en lugar de soldados. El resultado fue la desintegración general. Delitos contra el Estado quedaron impunes, los españoles fueron perdonados una vez y otra, a pesar de sus ininterrumpidas conspiraciones y de desatender el bienestar público. La indulgencia criminal contribuyó más que nada a la destrucción del poder político de la República, una República todavía no establecida completamente. Esta misma doctrina falaz había impedido la formación de un ejército de soldados experimentados. En su lugar hubo una milicia poco disciplinada, cuyo mantenimiento no sólo agotó el tesoro del Estado, sino que también destruyó la economía nacional al apartar a los campesinos de sus tareas ordinarias. Al comprender tal situación con todas sus ramificaciones, Bolívar entendió claramente la política económica de Venezuela: el despilfarro de los fondos públicos, la creación de cargos superfluos y finalmente la distribución de papel moneda. Esto último había conmovido tanto el sentido de posesión de las clases adineradas, que habían dado la bienvenida al comandante de las tropas españolas y esperado que él las liberara de una situación que consideraban peor que la esclavitud.

Bolívar estaba convencido que el sistema de gobierno en sí, en su aceptación de una Constitución federal que rompía contratos sociales y

282 *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño. Cartas: Vol. I. pág., 35 ss.*

que precipitaba al país a la anarquía, constituía la razón principal de la caída de la Primera República. En los Estados Federados de Venezuela cada provincia era independiente y cada ciudad reclamaba el derecho a gobernarse a sí misma como mejor creyera. No es posible determinar si Bolívar, antes de dar a conocer el Manifiesto de Cartagena, ya tenía conciencia de la necesidad de un gobierno centralizado. Pero desde ese día en adelante, en cualquier caso, hizo saber sus demandas por la seguridad del Estado en todos sus discursos y proclamas. “Nuestros compatriotas —decía— aún no son capaces de ejercitar sus derechos legales. Les faltan aquellas virtudes que distinguen a los verdaderos republicanos. Por otra parte, ¿qué país en la tierra puede proporcionar un sistema de gobierno débil e intrincado como el de esta federación de Estados, en la que facciones distintas luchan entre sí y la guerra amenaza desde el exterior?” Bolívar, como todo verdadero gran estadista, era realista: “El Gobierno debe acomodarse a las circunstancias, a la época y a los hombres que comprende. Si éstos son adaptables y prósperos, el gobierno debe ser indulgente y protector. Pero cuando son peligrosos e indiferentes, el Gobierno debe ser formidable e insensible, sin respeto a la ley o a la Constitución, hasta que la paz se haya restablecido. Creo que nuestros enemigos tendrán todas las ventajas mientras no unifiquemos el gobierno de América. Siempre caeremos en la trampa de la guerra civil, y seremos vergonzosamente derrotados por esa pequeña horda de bandidos que profana nuestro país. Esta es la causa fundamental de la desgracia en Venezuela. No los españoles, sino nuestra propia desunión nos ha llevado nuevamente a la esclavitud. Un Gobierno fuerte podría haber cambiado todo. Podría hasta haber dominado la confusión moral que siguió al terremoto. Con él, Venezuela hubiera sido libre hoy”.

Todavía, después de haber transcurrido siglo y medio, estas palabras sobre la trágica suerte de la Primera República conservan su sagacidad y penetración. Esta descripción de los pesares de Venezuela es sólo el prelude, sin embargo, de los verdaderos propósitos que animaron la publicación del Manifiesto de Cartagena. Nueva Granada había visto perecer a su vecina Venezuela, y comprendió la necesidad de liberarla en beneficio de su propia seguridad. Como primera medida hacia este fin, Bolívar propuso la conquista de Caracas. En apariencia, este plan podía aparecer costoso, y posiblemente desesperado. Realmente, era un paso vital para garantizar la seguridad de la Nueva Granada y de América toda. Si la rebelión en las provincias de Coro había llevado a la caída de Caracas, ¿no podía la destrucción de Venezuela conducir al total

sojuzgamiento de América? España, que controlaba las regiones costeras de Venezuela, estaba en posición de enviar tropas y municiones bajo el mando de oficiales franceses y llevar fácilmente a cabo la penetración de toda Sudamérica. Venezuela, por lo tanto, constituía la cabecera de puente para la posible reconquista de las colonias. Y aquí, como tantas veces en su vida, Bolívar fue el profeta de los hechos por venir.

El creía que la única defensa contra ese gran peligro radicaba en la recuperación rápida de todos los territorios perdidos. Las fuerzas de la revolución debían pasar a la ofensiva y dar batalla. “Bajo ninguna circunstancia —Bolívar exhorta a sus amigos— debemos permanecer a la defensiva. Las perspectivas de una campaña victoriosa son buenas; la situación del enemigo, crítica: sus soldados están desmoralizados y diseminados por las grandes ciudades. Un ataque desde el Oeste puede, sin necesidad de presentar batalla, llegar hasta Caracas. Si atacamos Venezuela, miles de bravos patriotas se unirán a nuestras filas. Apresurémonos a romper las cadenas de aquellas víctimas que languidecen en prisiones y que esperan que las rescatemos. No burléis su confianza. No seáis indiferentes hacia las penas de vuestros hermanos. Id rápidamente a vengar a los muertos, a revivir a los agonizantes, a socorrer a los oprimidos y a liberar a todos”.

El Manifiesto de Cartagena tiene un lugar entre los grandes documentos históricos. Con él comienza en la vida de Bolívar una serie de proclamas de largo alcance que prueban su pensamiento político y su impetuosa retórica. Y con él comienza también su carrera como líder espiritual, trágicamente determinado a dar unidad y resistencia a la independencia de Sudamérica.

Bolívar, al dirigir sus palabras al continente sudamericano, sabía bien las caóticas condiciones existentes. Un fantasma de desunión había tomado posesión del reino colonial hasta la más pequeña villa. Lo que parecía influir sobre una comunidad estaba fuera de cuestión para otra población vecina. La desintegración crecía debido a las luchas provocadas por las ambiciones personales de políticos corrompidos.²⁸³

Bolívar, sólo entre los patriotas, pudo admitir en su fuero interno que, contra todos los intentos y propósitos, la población carecía de capacitación política, y que Sudamérica no poseía la tradición de gobierno propio que gozaba su gran vecino del Norte. Pero este conocimiento no le disuadió. Haciendo frente a la disolución política existente, deseó despertar una vez más el ideal de una nación libre. Pero para él, el concepto continental

283 C. Jane: *Libertad y despotismo en América*, pág. 35. Buenos Aires. 1942

era todavía más importante. Bolívar vivió en términos de un hemisferio íntegro, mientras que otros hombres de la Revolución miraban sólo dentro de su horizonte limitado: su provincia o país. Sus luchas no estaban dirigidas solamente a derrotar a España. Quería ganar a sus compatriotas para su idea de integridad continental: Estados independientes unidos en un continente, Sudamérica.

Los llamamientos de Bolívar al pueblo de Nueva Granada, a cuyos habitantes llamaba colombianos por primera vez, eran significativos en otro sentido, pues demuestran las vastas dimensiones del problema histórico mundial que el asumía. En su tarea estaba implícito no sólo el fortalecimiento de las ideas política y la formación de naciones, sino, sobre todo, la asunción de la responsabilidad de la conducción militar.

El objetivo inmediato de Bolívar era reconquistar Venezuela; pero para lograr el apoyo necesario para esto debía luchar primero por la renegada provincia de Santa Marta, una región de primordial importancia para el futuro gobierno de Colombia.

El 20 de julio de 1810 se había formado en Nueva Granada un Consejo Supremo, pero poco después el territorio quedó dividido por las facciones centralistas y federales.²⁸⁴ Cundinamarca, la más importante de las provincias, con Bogotá su capital, estaba a favor de un gobierno central, y en 1811 aprobó su propia Constitución. Pero las otras provincias no deseaban subordinarse a la conducción de Bogotá. Sus delegados, reunidos en un Congreso, fundaron la Federación de Provincias de Nueva Granada, con su capital Tunja. Camilo Torres, apasionado defensor del federalismo, fue elegido primer presidente de la Federación, mientras que Antonio Nariño, paladín de los derechos humanos y convencido centralista, presidía el gobierno de Bogotá.

Bolívar, frente a tres gobiernos, pidió a todos ellos que lo ayudaran en su empresa de liberar a Venezuela.²⁸⁵

La situación en Nueva Granada había además empeorado por el hecho de que los españoles estaban avanzando en el país. Habían tomado los valles que forman la frontera ente Colombia y Venezuela; y lo que era más grave aún, marchaban a lo largo del río Magdalena. Este majestuoso río es la principal arteria fluvial de la Colombia de hoy, y era aún más importante en una época en que los aviones y el ferrocarril no se conocían.

284 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. I, pág. 173. Blanco: *Doc.*, Vol. II. págs. 563, 565, 661, 665, 683.

285 Blanco: *Doc.*, vol. II, pág. 697; vol. III, pág. 279, 357, 662-663, 676-677, 712. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. I, pág. 195.

Los españoles habían alcanzado el río más allá de Santa Marta y, por lo tanto, cortaban la comunicación de Cartagena con el interior.

El gobierno de Cartagena designó a Pierre Labatur, un capitán francés que había luchado en el ejército de los patriotas venezolanos para conducir el avance contra los españoles. Bolívar fue puesto bajo sus órdenes. Este veía claramente que la situación de Cartagena era crítica, expuesta como estaba a ser cercada desde ambos flancos, desde Panamá y desde Santa Marta. Para Bolívar, la única esperanza de resistencia residía en atacar. Para el hombre que planeaba la liberación de Venezuela primero y de Sudamérica íntegra después, Cartagena no era más que un punto estratégico en el camino.²⁸⁶

Labatur encargó a Bolívar la defensa de Barrancas, pequeña población en la margen derecha del Magdalena. Debía permanecer allí y no actuar sino cuando recibiera órdenes. Bolívar, sin embargo, no era hombre de contemporizar cuando su criterio y su conciencia le indicaba que la salvación residía en una acción rápida y que la demora sólo provocaba una reacción desfavorable en las poblaciones y ciudades de la ribera del río. Comprendía que era de vital importancia para reanimar y organizar a todas las fuerzas que el río estuviera abierto a la navegación. Su plan, por lo tanto, era limpiar el río de españoles y restablecer el tránsito por él.

Bolívar había llegado a Barrancas el 21 de diciembre de 1812. Unos pocos días después organizó un pequeño pero combativo grupo de 200 hombres, y con ellos partió río arriba en diez balsas construidas rápidamente. El 23 de diciembre llegó a Tenerife, y cuando la guarnición española allí acuartelada se negó a rendirse, Bolívar atacó. Los defensores huyeron, dejando barcos y provisiones valiosas que permitieron a Bolívar aumentar su pequeña flotilla. El día de Nochebuena proclamó la Constitución de Cartagena y prosiguió su marcha.²⁸⁷

Llegó a Mompós el 27 de diciembre. Jóvenes de la ciudad habían aumentado sus tropas, y Bolívar, acompañado ahora por una fuerza de 500 hombres, siguió adelante río arriba, consiguiendo armas y municiones en una serie de combates menores. “Yo he nacido en Caracas –decía Bolívar después-, pero mi fama nació en Mompós.” En verdad, después de quince días de acción, pudo informar al soberano Congreso

286 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 85. Larrazábal: Vol. I, pág. 154. *Cartas*: Volumen I, pág. 31. Rivas Vicuña: *Las guerras de Bolívar*, vol. I, pág. 89, Bogotá 1934.

287 *Proclamas*: pág. 22. Ver también V. Lecuna: *La campaña admirable. B. de H.* Caracas, vol. XXVII, núm. 106, pág. 124.

de la Nueva Granada que el río estaba libre de españoles hasta Ocaña.²⁸⁸ Cartagena ya no estaba aislada del interior.

Bolívar constituyó su cuartel general en Ocaña, después de haber marchado desde la ribera del río hasta las montañas que se extienden hacia el este de Venezuela. Pero antes de poder realizar su gran plan, se vio forzado a esperar noticias de Cartagena para saber si sus atrevidas miras habían sido aceptadas. A pesar de que había prestado un gran servicio al gobierno de Cartagena, no estaba seguro de que lo apoyarían, ya que el actuar contra las órdenes de Labatut, había desafiado la ley militar. En efecto, su comandante solicitó que Bolívar fuera condenado por un tribunal militar. Pero era obvio que la ayuda prestada por Bolívar a Cartagena en momentos de crisis era más importante que atenerse a la disciplina formal, y el presidente de la ciudad lo defendió.

Nada consigue tanto como un éxito, dice un proverbio. Habían pasado sólo cuatro meses desde que Bolívar debió huir de su país, vencido y pobre, y ya su voluntad de hierro había triunfado sobre las dificultades. Había tratado simultáneamente con tres gobiernos, contando nada más con la estima que le tenían y la confianza que su genio inspiraba en todos los que lo trataban. Ahora, comandante de un ejército que primero había sido creado por su fantasía, jefe de un Estado que existía sólo en su imaginación, este hombre, que hasta poco antes era un fugitivo, ahora era un aliado.²⁸⁹

Nueva Granada, dividida en repúblicas independientes, sin un comando unificado y casi sin fuerza militar, sentía ahora la presión de las armas españolas. Una fuerza de mil hombres mandado por Ramón Correa avanzaba desde el Este hacia la frontera con Colombia. Correa venció a los patriotas y ocupó Cúcuta, hoy capital de la provincia de Santander. Hubiera sido fácil avanzar desde este punto hacia el Sur o hacia el Norte, donde Bolívar estaba situado. En el Sur, las tropas patriotas al mando del coronel Manuel del Castillo, que no estaban equipadas para resistir a los españoles, trataron de cortar el camino a Bogotá y Tunja. El coronel Del Castillo pidió ayuda a Bolívar.²⁹⁰ Bolívar, gustoso de ayudar, le dijo que primeramente debía obtener la autorización del presidente de Cartagena. Sin dudar un momento manifestó a sus nuevos aliados que creía que su estúpida situación y la insensata guerra civil

288 O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 133.

289 Rivas Vicuña: *op. cit.* pág. 89. E. Posada: *Colombia, Provincias Unidas de la Nueva Granada*. 188-1816 (sic). Bogotá, 1924.

290 O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, págs. 135-136.

eran responsables de los peligros a los que Colombia estaba expuesta. A pesar de todo estaba decidido a ayudar a las provincias unidas, ya que sólo así podría eventualmente avanzar sobre Venezuela.²⁹¹ Al recibir el permiso de Cartagena para extender sus operaciones a las regiones de la Confederación, comprendió que primero debía liberar Cúcuta y luego seguir a Venezuela.

Camilo Torres, presidente de la Confederación, estaba bien dispuesto hacia Bolívar, había recibido la futura grandeza del hombre en las palabras y en hechos del joven coronel, y aunque nunca aprobó las ideas centralistas de Bolívar, estaba seguro, sin embargo, que su persona estaba identificada con el movimiento por la independencia. La amistad entre estos dos hombres fue particularmente provechosa para Bolívar, rodeado como estaba por la ingratitud, la enemistad y los odios. “El entendimiento habló al entendimiento” en este caso.²⁹²

Torres deseaba apoyar los planes de Bolívar, pero sólo podría hacerlo cuando los españoles fueran expulsados de suelo colombiano. Y Bolívar estaba decidido a llevar esto a cabo. “Mi vanguardia —escribía el 8 de febrero— se aproximará a las posiciones del enemigo mañana.” Bolívar la siguió una semana después. Los españoles se habían establecido en las montañas desde las que dominaban los fértiles valles de Cúcuta, y Bolívar decidió obligarlos a abandonar su posición en el menor tiempo posible. Cúcuta limitaba con Venezuela.

Sólo un lector familiarizado con estas regiones puede imaginar las condiciones que afrontó Bolívar cuando, después de dejar la calurosa ciudad de Ocaña, avanzó a través de los intransitables desfiladeros de las cordilleras, por senderos que ascendían abruptamente desde las planicies del río Magdalena. Un movimiento falso significaba la muerte segura en el abismo; el terreno estaba húmedo y resbaloso, la temperatura disminuía pronunciadamente al ascender. No había caseríos en estas regiones, sólo alguna choza aislada sirviendo de alojamiento a alguna familia indígena. Los hombres que Bolívar guiaba a través de este terreno difícil eran hombres del trópico, poco acostumbrados a soportar las privaciones de las largas marchas a través del frío de las altas montañas. Pero Bolívar los arrastró con él, con su vigor y entusiasmo, subyugando a los hombres y a los acontecimientos. Cuando un arroyo cortaba su paso, él mismo lo

291 O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, págs. 136-138. E. posada: *La Patria Boba*. Bogotá, 1902.

292 Gervinus: *op. cit.*, vol. III. V, *passim*. Restrepo: *H. de R. C.*, volumen II, pág. 133. “Los Tres Torres”, *B. de R.C*. Bogotá, vol. III.

cruzaba innumerables veces en un frágil y pequeño bote hasta pasar a la otra ribera a todos su hombres y provisiones.²⁹³

Alcanzó las montañas que rodean Cúcuta en la mañana del 28 de febrero. La lucha no fue larga ni sangrienta, pues los españoles se retiraron cuando los patriotas, una vez agotadas las municiones, atacaron con bayonetas. No puede decirse que esta acción, guiada por Bolívar, fuese admirable, pero, sin embargo, su efecto moral fue incalculable. En dos semanas había alejado todo peligro de una invasión española desde Colombia. Una considerable cantidad de dinero había caído en sus manos, lo que le permitió pagar a sus hombres adecuadamente y, por lo tanto, disciplinarlos. Y lo más importante de todo, había llegado a la frontera con Venezuela. Dio énfasis a este hecho en la primera proclama que hizo a un ejército recientemente organizado y probado: “En menos de dos meses han completado dos campañas y empezado una tercera que comienza aquí y que terminará en la tierra donde he nacido. ¡Venezuela se ha puesto de pie nuevamente!”²⁹⁴

Entonces Torres promovió a Bolívar del grado de coronel al de brigadier general del ejército de la Confederación, y se le confirieron todos los derechos civiles de estos Estados²⁹⁵. Todo lo que se había realizado en estos dos meses fue en realidad obra de Bolívar. Para Bolívar, siempre pensando en función de países y de hemisferios, Cúcuta, como Cartagena, no era sino una base de la que se podía lograr la libertad de América.

Tenía ahora frente a sí la tarea de convencer a aquellos que controlaban la suerte de Nueva Granada. para Bolívar la fama ya no era suficiente. Necesitaba el poder.

Bolívar envió un informe tras otro, cada uno con fecha diferente, tratando de influir en el ánimo de los vacilantes políticos.²⁹⁶ Tal vez Torres deseaba dar a Bolívar completa libertad de acción, pero su entusiasmo personal era atemperado por funcionarios mezquinos que no deseaban lanzar las débiles fuerzas de su país a la tarea de liberar una nación hermana. Sus argumentos parecían robustecerse por el hecho de que el comandante de las tropas de la Nueva Granada, coronel Castillo, se había manifestado firmemente opuesto a la política de Bolívar.²⁹⁷

293 O'Leary: *Memorias*, vol. I, págs. 103-104.

294 *Proclamas*: Págs. 27-29.

295 O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 160. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. I, pág. 200. Larrazábal: Vol. I, pág. 162.

296 O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 156-159.

297 O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, págs. 163-165. Restrepo: *H. de R.C.*, vol. I, pág. 201. Blanco. *Doc.* vol. IV, pág. 546.

Castillo no trató de ocultar celos y antagonismos, riñendo incesantemente por rango y prestigio, estorbando a Bolívar siempre que pudo. Hasta llevó sus quejas al Congreso y conspiró contra la “loca empresa” de Bolívar.

Bolívar, por su parte, no deseaba continuar la disputa y trató de allanar las diferencias en una carta que dirigió a Castillo, en la que lo llamaba amigo y le ofrecía el mando máximo, tratando, según parece, de disminuirse y así conseguir la armonía dentro de los rangos del ejército. Esa fue la primera vez que trató de servir a una idea con su sacrificio personal. Continuó haciendo estos ofrecimientos de sacrificarse hasta su muerte; algunas veces se lo proponía sinceramente; otras eran meramente un recurso político; otras, el resultado de la fatiga, y otras, sólo un intento de desconcertar a su oponente.²⁹⁸ De cualquier manera, no tuvo suerte con Castillo, y finalmente se produjo un completo rompimiento entre ambos. El gobierno rehusó el ofrecimiento de renuncia de Bolívar y, por el contrario, lo nombró comandante en jefe de todas las tropas del Norte.

Con estas facultades, Bolívar ordenó a Castillo atacar a los españoles. Después de una considerable demora, la orden fue cumplida, Castillo venció a los españoles, pero inmediatamente después entregó su renuncia, porque, dijo, la reconquista de Venezuela iba contra sus principios morales. Su ejemplo fue nefasto, y la rebelión se extendió por toda la división. La balanza podía inclinarse a cualquier lado. Bolívar se apresuró a observar a sus tropas y recibió una impresión más que sospechosa. Hasta sus oficiales apoyaban a Castillo. Cuando su comandante les ordenó marchar, uno de sus oficiales se negó a obedecer. Con voz severa que no admitía réplica, Bolívar le ordenó: “¡Marchad! ¡O me matáis, o por Dios, yo os mataré!” el hombre obedeció. Este primer oficial sedicioso luchó junto a Bolívar muchos años. Primero su amigo, después su rival y finalmente su peor enemigo, este oficial nunca olvidó el insulto. Era reservado, callado y vengativo: su nombre, Francisco de Paula Santander.²⁹⁹

Así como calmó al ejército, Bolívar convenció finalmente al gobierno. Reiteró una y otra vez los peligros que amenazarían si no se realizaba un ataque a Venezuela, y describió cómo debía realizarse ese ataque. Una vez más ofreció abandonar el mando e intentarlo solo, apoyado solamente por

298 *Cartas*: vol. I, pág. 51. E. Ludwin: *Bolívar*, pág. 133. Buenos Aires- 1940.

299 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 123. Con respecto al conflicto con Castillo, ver: O’Leary: *Doc. vol. XIII, págs. 182 184, 188, 191*. Archivo Santander. *Vol. I, pág. 175. Bogotá, 1913.*

voluntarios.³⁰⁰ Paso a paso, uno por uno, finalmente tuvo éxito en calmar los miedos de los políticos colombianos. Después de tratar con uno y otro, primero soldado, luego diplomático, logró, pasados dos meses de espera y discusiones, recibir una pequeña satisfacción. Se le concedió permiso para ocupar las fronterizas provincias venezolana de Trujillo y Mérida. La respuesta de Bolívar fue característica. Le ofrecían un dedo, y él tomó toda la mano. Admitió francamente su intención de marchar sobre Caracas. Terminó su carta al gobierno con provocativa audacia: “Recibiré la respuesta a ésta en Trujillo.” La carta estaba fechada el 8 de mayo de 1813. El 10 de mayo juraba alianza con el gobierno de la Confederación, y pocos días después entraba en Venezuela.³⁰¹

Ocho meses habían pasado desde su huida de Caracas. Ya se había resarcido de la derrota de Puerto Cabello, había derrotado a los españoles y creado un ejército que obedecía sus órdenes. El brusco ascenso que siguió a su caída no fue, sin embargo, completamente venturoso. Y el hombre que primero había izado como una bandera sus ideas continentales en el manifiesto de Cartagena, iba a comprender en ese momento la terrible fatiga del viaje, que era el precio de lograr su objetivo.

Dos factores se alzaban en su camino: el hombre como instrumento y la naturaleza como elemento. El hemisferio mismo, mucho más que los españoles, parecía dilatar la consecución de la independencia. Bolívar empezaba a comprender entonces lo que era conducir un material humano no entrenado en medio de una naturaleza inconquistada.

El conflicto con Castillo era la primera dificultad humana que iba a continuar estorbando su camino. Había oficiales que envidiaban su fama; políticos que estaban resentidos de su autoridad y que deseaban arrebatarle el poder. Sus hermanos de armas de ayer eran sus enemigos de hoy, mientras que aquellos que se habían aliado con él eran los que más probablemente se convertirían en traidores. En todas sus empresas Bolívar debió contar con la mezquindad de los regionalistas, las disputas de los separatistas, el sentido de inferioridad de otras razas, la indomabilidad de los anarquistas, además de la falta de comprensión, las exigencias y la insensatez de todos. Estas eran las cualidades humanas de un pueblo demasiado joven para ser obediente, demasiado variable para ser firme.

300 *Cartas*: Vol. I, pág. 49. *Cartas*: Vol. IX, pág. 417.

301 O’Leary: *Doc.* vol. XIII, págs. 209, 220. C. Torres. *Documentos históricos*. Bogotá, 1898. G. Masur: *Sudamérica vista desde afuera*. Rev. Femenina, págs. 151 ss. Medellín, 1933.

Así como la rusticidad de Sudamérica no estaba todavía pulida, del mismo modo la naturaleza en este país estaba aún completamente indómita. Presenta contrastes desde el calor benéfico de las tierras costeras, a través del calor húmedo de los valles de los ríos, hasta las crestas cubiertas de nieve de Los Andes. La naturaleza tropical del continente no conoce transiciones, y todo está lleno de grandes contrastes. Hubo épocas de sequía, en que la tierra parecía arrojar llamas, alternando con estaciones lluviosas en que los ríos se desbordaban de su cauce, barriendo pueblos y caseríos enteros en su creciente. Sólo quien haya visto el Magdalena, el Orinoco, el Amazonas, en épocas semejantes, podría apreciar su enorme majestad. Calor ardiente y fiebre en un país caluroso; frío, humedad, niebla en la meseta; y entre los arbustos, el bosque prístino, no hollado e impenetrable, obstruido por su flora exuberante. Decaimiento y renacimiento entremezclados. Oculto, adentro, estaba el mundo animal de serpientes, arañas, tarántulas, mosquitos y escorpiones; el juego salvaje de los bosques, el tigre y el puma. En las márgenes del río había reptiles, cocodrilos y lagartos; todos una amenaza mortal para el hombre. Pocos son los lugares del norte de Sudamérica que tienen la bendición de un tipo de clima templado. Para alcanzar un clima tal es necesario ascender miles de pies sobre el nivel del mar; a través de desfiladeros, por senderos que las mulas encuentran difíciles de escalar, a través de alturas de alrededor de cuatro mil metros sobre el nivel del mar.

Detrás de la cadena montañosa de Los Andes. Con sus anchos valles y desfiladeros, se extienden las llanuras, tan amplias y abiertas como el mar. Pero éstas son inhabitables, salvo para aquellos capaces de arrostrar las privaciones de la vida monótona de los llanos y llevar una vida primitiva cuidando los grandes rebaños de ganado, diezmados por la fiebre amarilla y la malaria.

Con todo esto debía tratar Bolívar. ningún otro comandante militar había tenido hasta entonces que lidiar con tales privaciones y trabajos; ningún otro había afrontado tan interminables contradicciones de la naturaleza con tamaña afirmación de genio. Bolívar se había fijado como objetivo la liberación de América. Sólo él podía llevarla a cabo; él, el hijo de la tierra majestuosa y cruel. Aquí estaba el “hombre de las dificultades”. La historia del mundo necesitó de tales hombres para enfrentar y vencer los obstáculos esquivados por los débiles.

X

EL LIBERTADOR

Sobre las solitarias crestas de Los Andes el cóndor construye su nido. De él proviene el nombre de la principal provincia de Colombia, Cundinamarca, la Tierra del Águila. Y así como el cóndor desciende y arrebató su presa, así Bolívar se precipitaba ahora para arrancar a Venezuela de las garras del enemigo.

Quien hoy intente considerar los proyectos de Bolívar en aquella primera campaña, debe estar de acuerdo con sus contrarios en que era una empresa temeraria. Una vez más se enfrentaba con Monteverde, cuyas fuerzas, muy superiores a las suyas, estaban situadas en dos líneas, una al Oeste y la otra al Este, desde las fronteras de la Nueva Granada, a lo largo del camino a Caracas.³⁰² Cada división española constaba de unos dos mil soldados; y era posible cambiar sus unidades de una línea a otra según los movimientos de Bolívar.

Entre estas dos líneas, Bolívar vio un posible camino para el ataque. Contra el número superior de fuerzas españolas, Bolívar contaba a lo sumo con 650 soldados.³⁰³ Pero aunque sus provisiones eran pocas y sus armas pobres, su elemento humano era excelente; se componía principalmente de colombianos, con algunos oficiales venezolanos. Bolívar estaba al mando, con Urdaneta como jefe de Estado Mayor. Este era un oficial de excelente orientación, con implícito sentido del deber. Completamente de fiar y devoto a Bolívar, Urdaneta escribió a su comandante: “General, si se necesitan dos hombres para liberar la tierra natal, yo estoy listo a seguirlo.”³⁰⁴ Girardot, un perfecto ejemplo de patriotismo colombiano, mandó la avanzada, mientras que la retaguardia estaba bajo las órdenes de José Félix Ribas, tío de Bolívar.

Fue necesario recurrir a diversas tácticas para vencer la superioridad numérica del enemigo. Una de ellas consistió en atacar separadamente a las divisiones enemigas, y para ello Bolívar empleó la sorpresa, la rapidez de la acción y el pronto aprovechamiento de toda ventaja. Bolívar estaba inspirado no sólo por su propia fe ciega en su talento y en la justicia de su causa, sino también por el descontento general del pueblo que,

302 Rivas Vicuña: Vol. I, págs. 106 ss.

303 V. Lecuna: *La guerra a muerte. B. de H.* Caracas, vols. XVII y XVIII. O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 255.

304 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 122. R. Urdaneta: *Memorias*. Madrid, 1916. N. Urdaneta: *Bolívar y Urdaneta*. Caracas, 1941.

habiendo perdido el miedo al derrumbe, estaba horrorizado por el cruel despotismo del régimen de Monteverde. “Otro terremoto”, el estallido de una rebelión abierta contra los españoles, estaba a la vista. Bolívar comprendió que era oportuno explotar el máximo esta inquietud a favor de la causa republicana.³⁰⁵

Sus planes eran dictados por las circunstancias. Su primera tarea fue rendir a la línea oeste de Monteverde, a través de la cual se abrió paso en dirección a Mérida, hacia el Nordeste; toda la provincia se alzó para ponerse a su lado. El jefe español abandonó su posición casi sin presentar lucha. Bolívar entró en Mérida el 23 de mayo de 1813 y fue aclamado como libertador. “Nuestras fuerzas —anunció a sus habitantes— no han venido a dictarles la ley; menos aun quieren perseguir a los nobles americanos. Han venido a defenderlos contra sus enemigos, los españoles de Europa”.³⁰⁶

Mientras tanto, la vanguardia de Bolívar había perseguido a los españoles hasta cerca de Trujillo. Con el triunfo en su segunda acción, Trujillo también fue liberada. Bolívar, que había logrado doblar el número de su ejército durante las tres semanas que permaneció en Mérida, entró triunfalmente en la capital de la segunda provincia fronteriza el 14 de junio. Había realizado el programa mínimo que le había fijado el Congreso de Tunja. Pero como sus propios planes iban mucho más allá, dejó en manos de Girardot la necesaria continuación de la lucha y comenzó su marcha a través de las fronteras de Trujillo hacia Caracas.

La realización de tal campaña no puede, de ninguna manera compararse con el planeamiento metódico y la conducción de las operaciones militares europeas. Bolívar estaba acicateado por el ideal de la independencia del hemisferio; sus propósitos era verdaderamente revolucionarios, y los medios que se vio forzado a usar, inauditos. Los problemas de organización y estrategia general desaparecían ante la cuestión moral que lo oprimía y que parecía mas apremiante.

Bolívar había crecido en las ideas humanitarias del siglo dieciocho y esto se convirtió en el patrimonio hereditario del curso político de su pensamiento. Después de la Revolución sobrevino la contrarrevolución de Monteverde, en su estela de inhumanas crueldades, la matanza de civiles, saqueos en masa y, finalmente, los muchos crímenes que siguieron a la derrota de Miranda. Monteverde mismo había escrito al Consejo de Regencia español que Caracas y otras provincias leales a la causa de la

305 *Cartas*: Vol. I, págs. 47, 49. Lecuna: *Campaña admirable*, pág. 177.

306 *Proclamas*: pág. 30.

independencia debían ser tratadas conforme a la “ley de conquista”. Esto significaba la ley del terror, confiscación de propiedades, despotismo, todo lo cual resultó en la muerte de miles de personas.³⁰⁷ Los españoles no conocían otro medio de extinguir la llama de la Revolución que derramar la sangre de los americanos. Uno de sus oficiales escribió en 1812: “La plaga que se extiende entre ellos es así extirpada, y el ejército no necesitará perder más tiempo en inspecciones.”³⁰⁸

La vieja ley que dice que la venganza engendra la venganza influía aquí. Entre los venezolanos que habían huido a Cartagena estaba el impetuoso Antonio Briceño, llamado “el demonio” por sus propios compatriotas, y con quien Bolívar había reñido violentamente varios años antes. Ese soldado irresponsable comenzó su propia guerra de venganza contra los españoles e informó a sus tropas que su graduación dependería del número de españoles que exterminaran. Aquel que presentara veinte cabezas de españoles sería alférez; el que presentara treinta, teniente, y quien presentara cincuenta, capitán.³⁰⁹ Briceño mismo consiguió decapitar a dos españoles en la primera batalla. Su ejército, sin embargo, fue vencido y él mismo capturado con siete de sus hombres. Los españoles no dudaron en pasarlo por las armas como a un criminal.

Bolívar había considerado la jactancia de Briceño como una forma de aterrorizar al enemigo. Pero cuando recibió de Briceño las cabezas de los dos españoles, acompañadas por una nota escrita con sangre, se horrorizó y se separó de él. En realidad, informó de las locas intenciones de este hombre en una carta al Congreso, ya que éstas demostraban que no era ni militar ni político.³¹⁰ A fines de mayo, Bolívar prometió indulgencia a los desertores, prisioneros y tropas dispersas del enemigo; pero una semana después dio a conocer la terrible proclama pidiendo la muerte para todos los enemigos de la independencia americana.³¹¹

“Esos serviles –anunciaba Bolívar en este documento-, que se llaman así mismos nuestros enemigos, han violado la ley internacional.”

307 Blanco: *Doc.*, vol. IV, pág. 623. O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 106. Larrazábal: Vol. I, págs. 144 ss. Baralt; Vol. I, pág. 114. Parra Pérez: *Primera República*, vol. II, pág. 420.

308 Blanco: *Doc.*, vol. IV, pág. 627. Yanes: *Relación*, vol. I, pág. 153.

309 J. V. González: *op. cit.*, pág. 68.

310 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 124. O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 236.

311 O’Leary: *Doc.* vol. X, págs. 246-247. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. II, página 138. Ver también V. Dávila: *Investigaciones*, págs. 5 ss. Según Dávila, el primero en comenzar la guerra de exterminio con los españoles fue Francisco Espejo. Fue seguido por Briceño. Bolívar, al menos, limitó la guerra cruel e inhumana a los enemigos de la República.

Recordaba muy bien las ejecuciones de Quito y La Paz, el asesinato de miles de personas en México y los muertos vivientes de las prisiones de Puerto Cabello y La Guayra. “Pero esta víctimas serán vengadas y estos serviles exterminados. Nuestra venganza igualará a las crueldades de los españoles, pues nuestra clemencia está agotada. Ya que nuestros opresores nos fuerzan a esta guerra mortal, ellos desaparecerán de la faz de América. Y nuestro suelo será limpiado de estos monstruos que lo mancillan. Nuestro odio no conoce barreras, y esta es una guerra a muerte.”

En una solemne proclama emitida poco después, Bolívar ofreció a los españoles una última probabilidad de clemencia. Si se unían al Ejército de la Independencia o apoyaban a los civiles que estaban en la buena causa, serían eventualmente perdonados. En otras palabras, aquellos españoles que sirvieran al nuevo Estado serían considerados como americanos, pero todos los demás, incluso aquellos que eran sólo indiferentes, serían exterminados. Además, Bolívar ofrecía perdonar las penas a todos los americanos, así fueran traidores o desertores. “Españoles y naturales de las Islas Canarias —termina la proclama—, preparaos a una muerte segura, aunque seáis sólo indiferentes.”³¹² “Americanos, vosotros viviréis, aunque seáis culpables.” ¿Era crueldad personal lo que llevó a Bolívar a tomar esta tremenda decisión, siendo un hombre que sólo unos pocos días antes había condenado como locuras las atrocidades de Briceño? Bolívar ocasionalmente usó palabras duras o cometió actos de violencia, pero en un mundo dominado por pasiones desenfrenadas, hay pocas pruebas de algún acto de su parte que demuestre un placer sádico en el poder.³¹³ Fue más bien la política de exterminio de los españoles y la perversa crueldad de sus soldados lo que impulsó a Bolívar. Una estela inevitable de robos, pillaje, violencia y muerte siguió a cada sublevación dominada por españoles, y la decisión de Bolívar nació de su deseo de desquite. Los españoles, en su desprecio por la vida de los hombres inocentes, habían cargado sobre sus hombros la sangre que entonces se derramaba. Bolívar sólo podía seguir y llevar su lucha a un final venturoso usando idénticas armas: debía hacer frente al terror con el terror.

Esta declaración de guerra a muerte era, según él creía, satisfactoria para el alma americana. Esta guerra por la independencia no fue sólo una guerra internacional entre la madre patria y sus colonias. Era también una

312 O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, págs 251 ss.

313 M. A. Vila: “El sentido jurídico penal en el Libertador”, en *El Heraldo*, Caracas, 3 de marzo de 1941.

guerra civil y una guerra de razas emprendida por los españoles contra sus hermanos nacidos en América, los criollos, entre quienes fermentaban, en hosca semiconciencia, los descontentos de la gran masa de razas de color. Ambos sectores apoyaban a los criollos. La abrumadora mayoría del pueblo apenas sospechaba, al menos al principio, el significado de los sangrientos hechos en que estaba envuelta. El concepto de independencia vivía, en aquellos momentos, sólo en un pequeño sector de la clase alta. Los españoles instigaban a las masas, urgiéndolas a vengarse de los criollos, y los criollos, a su vez, incitaban a las masas contra los españoles. Bolívar, en su decisión de luchar en una guerra sin tregua, tenía como mira principal la división del frente monárquico en españoles de un lado y americanos del otro. Con la promesa de la inmunidad para los americanos esperaba atraer a muchos a su lado. Muchos años más tarde recordaba y escribía sobre los violentos métodos que se había visto obligado a emplear en su lucha para hacer realidad América. “Para ganar cuatro insurgentes, que nos ayudaran a liberarnos, fue necesario declarar la guerra esta muerte.”³¹⁴ Como no era posible excitar a las masas obtusas e inertes con ideas, debió apelar a sus pasiones. *Acheronta movebo*.

“Yo he decidido emprender esta guerra a muerte para quitar a los tiranos la incomparable ventaja que su sistema de destrucción les ha otorgado.”³¹⁵

Esto puede explicar los actos de Bolívar, pero no puede disculparlos. Quizá fueron los españoles los que suscitaron esta situación anárquica; sin embargo, fue atroz colocarse más allá de todos los conceptos éticos y legales. Pero en la vida de los grandes artífices de Estados se pueden hallar hechos en los que la intención política sobrepasa los límites del derecho y del decoro: Richelieu, Cromwell, Federico el Grande, Napoleón, Bismarck, todos hallaron difícil mantener un equilibrio ético. Sólo una línea estrecha divide las acciones dictadas por la necesidad y aquellas que provienen de la arbitrariedad. Nunca se sabrá si el hecho de que Federico rompiera sus tratados o que Napoleón fusilara a sus prisioneros en Haifa, fueron actos de prudencia o de inescrupulosidad personal.

¿Era esta guerra a muerte necesaria, y dependía de ella la independencia americana? ¿Fue justo el precio que Bolívar debió pagar para lograr su objetivo? Estaba tratando de lograr el restablecimiento de la unidad espiritual americana, pero el resultado fue la propagación de la destrucción. Si los españoles habían pretendido exterminar a los criollos,

314 *Cartas*: Vol. II, pág. 113. Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, pág. 19.

315 *Cartas*: Vol. I, pág. 63

el deber de Bolívar hubiera sido salvarlos. Sobre esta base, los actos de Bolívar han sido condenados por muchos historiadores.³¹⁶

Sin embargo, hay argumentos que explican la decisión de Bolívar. Cuando su decreto fue publicado en 1813, el dominio de Napoleón se aproximaba a su fin y España estaba otra vez en vías de convertirse en una nación independiente. Con el apoyo de la Iglesia, Venezuela podía muy bien haber sido la cabeza de puente para la reconquista de sus colonias. Este era el peligro que Bolívar comprendió. Entendió que era necesario sacrificar su país a la causa de la libertad, y asumió la responsabilidad de un largo y cruel conflicto en el cual la única ley fue la destrucción. Si la fuerza de España no hubiera sido quebrantada entonces por la violencia de la resistencia venezolana, la lucha por la independencia hubiera sido más larga y no hubiera sido menos cruel. Por lo tanto, la decisión de Bolívar tiene algún justificativo. Como Ranke dijo: “Sólo las ideas absolutas sobreviven en la historia del mundo.”

Al juzgar la política de Bolívar debemos recordar que la independencia no llegó al pueblo de Sudamérica como un regalo del cielo. Surgió más bien de los cuerpos de cientos de miles cuya sangre manó y contribuyó a la vitalidad de la democracia.³¹⁷

Con la liberación de las provincias fronterizas de Trujillo y Mérida, la misión de Bolívar estaba terminada. Los siguientes pasos sólo podían darse después de ser cuidadosamente considerados y autorizados por el comité del Congreso designado para esta campaña de Bolívar.³¹⁸ afortunadamente, el comité no compareció. Bolívar ya había tratado de convencer a los políticos recelosos, de la necesidad de continuar su marcha, asegurándoles que después de la ocupación de las tierras fronterizas, la incursión sobre Caracas no sería más que un paseo. No tuvo éxito, sin embargo, y se le ordenó permanecer donde estaba.

Bolívar comprendió que si obedecía las órdenes, él y sus tropas estarían perdidos, y Venezuela sería esclava para siempre. Escribió al comité del Congreso: “Más que nunca, debemos actuar con rapidez y fuerza. Si permanecemos pasivos o retrocedemos todo estará perdido y yo no seré responsable de nada. Por favor, comprendan que todas las tropas de Nueva Granada, no importa bajo qué mando, han sufrido

316 entre los historiadores que han condenado a Bolívar figuran Gil Fortoul, Mitre y Cantú. Ver también Lozano y Lozano: *Bolívar maquiavélico*. Antología Bolivariana. Bogotá, 1938

317 C. Pereyra: *Bolívar y Washington*, págs. 65 y 101. Madrid., 1915.

318 O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, págs. 237, 250. Yanes: *Relaciones*, vol. I, pág. 132.

muchos reveses, y que sólo el ejército que tengo el honor de mandar no ha sufrido daños. La fortuna ha querido coronar nuestros esfuerzos y ha querido protegernos. No agotemos su benevolencia.³¹⁹ Por segunda vez en su corta carrera militar, Bolívar decidió tomar sus propias decisiones, aunque ellas pasaran por alto lo decidido por los funcionarios.

Bolívar arrolló la primera línea de Monteverde y obligó a las tropas del enemigo a retroceder hacia el Noroeste. El peligro principal amenazaba ahora desde la segunda línea del enemigo, cuyo poderío más notable se centraba en Barinas. En las operaciones que siguieron, ambos ejércitos desarrollaron movimientos circulares que se cruzaron como sables en duelo. Barinas, situada en los llanos, al pie de Los Andes, era el objetivo de Bolívar. no siguió la ruta directa, sino que tomó hacia el Norte para atacar la retaguardia del enemigo bajando de las cordilleras. . Monteverde también había ordenado un ataque de retaguardia sobre Bolívar, esperando de esta forma cortar sus líneas de comunicaciones. Pero los patriotas, que tenían la ventaja de sostener la guerra en un territorio amigo, supieron de antemano los planes del enemigo y pudieron así impedirlos. Cerca de Niquitao, la retaguardia de Bolívar, comandada por Ribas, pudo vencer a una fuerza enemiga numéricamente superior, y los cuatrocientos prisioneros tomados fueron inmediatamente reclutados en el ejército de la independencia.³²⁰

Mientras tanto, Bolívar mismo había avanzado hacia Guanare. Siguiendo los empinados y peligrosos senderos a lo largo de las escarpadas montañas, llegó a los llanos calurosos y fértiles. El comandante español de Barinas interpretó su llegada como señal de la derrota de la segunda línea de Monteverde, y huyó hacia el Sudoeste, dejando armas y provisiones en la ciudad. Bolívar ocupó Barinas el 6 de julio.³²¹ Encontró 200.000 pesos en el tesoro de la administración del tabaco, y pudo con esto pagar los salarios atrasados a su pequeño ejército, el cual en poco tiempo se había triplicado. Como los medios de Bolívar eran limitados, ordenó que todos los ingresos de las provincias liberales fueran enviados directamente al cuartel general, decidiendo también que ningún funcionario recibiría paga durante la campaña. Pero afortunadamente para los funcionarios, el fin estaba cercano.

319 O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 271. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 132.

320 R. Urdaneta: *op. cit.*, pág. 7. O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, págs. 265, 286-287. Rivas Vicuña: Vol. I, pág. 139.

321 O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 286, 288, 292, 297. O'Leary: *Memorias*, I, Pág. 136. *Proclamas*: pág. 37.

Bolívar se había atrevido a arrostrar la red de las posiciones del enemigo sin permitir que lo atraparan, y su avance parecía irresistible. Había impedido la consolidación de las unidades del enemigo, había derrotado y obligado a retroceder a sus dos alas, y ahora prevenía toda amenaza de un movimiento de flancos. Monteverde mismo era el único obstáculo entre Bolívar y su objetivo: la entrada a la capital.

Bolívar se enfrentó a una formación enemiga en forma de triángulo, y una vez más debió vencer a los españoles antes que éstos pudieran consolidar su posición.³²² Planeó avanzar en dos columnas, una hacia el Oeste, mandada por Ribas, y la otra hacia el Este, bajo su propio mando. Las divisiones debían encontrarse en San Carlos y marchar juntas hacia Caracas.

Ribas encontró su camino bloqueado por las tropas españolas unidas y debió hacer dos ataques a bayoneta antes de poder abrir la formación enemiga y dispersar a los españoles. Tomó posesión de los cañones, municiones y pertrechos, mientras su caballería perseguía al enemigo que huía y cuyos jefes pudieron escapar a Puerto Cabello. Había realizado una hazaña extraordinaria, y sus victorias eran prueba brillante de su genio militar, de su gran coraje y de su habilidad guerrera. Todo lo que él había realizado, sin embargo, había sido planeado por Bolívar. El éxito de la campaña toda —*campaña admirable*— se debe a ambos hombres.

Gracias a los éxitos de Ribas, Bolívar pudo continuar su marcha hasta San Carlos, donde las dos fuerzas se encontraron el 28 de julio. Al examinar sus tropas, Bolívar notó que éstas se habían cuadruplicado: voluntarios, desertores y prisioneros habían aumentado su ejército que ahora contaba con dos mil quinientos hombres.

Solamente una fuerza de mil doscientos españoles bloqueaba el camino de Bolívar hacia Caracas, y su desaliento era tan grande que su comandante decidió retirarse a Valencia. Bolívar por su parte, deseaba forzar a los españoles a entrar en batalla, y mientras el enemigo se retiraba en formación lenta y ordenada, Bolívar hizo que su caballería rodeara su flanco izquierdo y que su infantería los atacara por el centro. Esta fue la primera batalla en gran escala que comandó y la lucha duró todo el día.

Bolívar comprendió que era necesario bloquear la retirada del enemigo hacia Valencia y para hacerlo recurrió a un medio temerario, aunque característico de las guerras sudamericanas, eligió doscientos caballos, en cada uno hizo montar dos hombres, el jinete y un soldado de

322 R. Urdaneta: *op. cit.*, pág. 9. Restrepo: *H de R. C.*, vol. II, pág., 156, Rourke: *op. cit.*, pág. 101.

infantería, y este pequeño grupo fue enviado a cortar las comunicaciones del enemigo. En la oscuridad de la noche esa estratagema tuvo un éxito total, y mientras los españoles hallaron su camino bloqueado, Bolívar atacó su centro y sus flancos. En pocos momentos toda resistencia acabó y los enemigos se dispersaron.³²³ Casi todos los oficiales, el comandante del ejército entre otros, cayeron en la lucha, mientras los soldados eran tomados prisioneros y se pasaban a las filas republicanas. Sólo unos pocos pudieron huir. La batalla de Taguanes fue la primera gran victoria de Bolívar.

Monteverde estaba en camino al frente cuando se enteró de la derrota. Inmediatamente se volvió y huyó a Puerto Cabello, la única ciudad que ofrecía perspectivas de una resistencia prolongada a Bolívar. delegando la persecución de Monteverde a Girardot, Bolívar marchó a Valencia, donde entró el 2 de agosto en medio del júbilo de sus habitantes. No encontró más resistencia y el 4 de agosto estaba en La Victoria, donde se encontró con una delegación de Caracas que le ofreció la rendición. La campaña estaba concluida.³²⁴

Entre los hombres que se acercaron a Bolívar a pedir la paz estaban dos a quienes conocía: el marqués de Casas León, en cuya casa Bolívar se había ocultado, e Iturbe, que había respondido por Bolívar ante Monteverde. Fueron recibidos con gran cortesía y les fue fácil llegar a un acuerdo. Bolívar garantizó una amnistía, olvidando todo lo que había ocurrido en el pasado, y como condiciones exigió la rendición de la ciudad, de la provincia de Caracas y del puerto de La Guayra; ofreció la oportunidad de dejar Venezuela a aquellos que no desearan quedarse en el país independiente. En aquel momento rehusó restablecer, como se le había pedido, la Constitución liberal española de 1812, y anunció que sería instituida una forma de gobierno más compatible con las circunstancias. En su carta al representante de Monteverde, Bolívar requirió la ratificación del tratado dentro de las veinticuatro horas y agregó: “Los nobles americanos hacen caso omiso de los insultos y dan al enemigo un raro ejemplo de indulgencia y moderación. A aquellos mismos enemigos que han violado la ley internacional y que han roto sus más sagrados convenios. El armisticio será estrictamente cumplido, para vergüenza del infame Monteverde y la gloria del nombre americano.”³²⁵

323 R. Urdaneta: *op. cit.*, pág. 13. Larrazábal: Vol. I. pág. 191. O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 139. O’Leary: *Doc.* vol. XIII, pág. 321.

324 Lecuna; *Guerra*, vol. XVII, pág. 368. O’Leary: *Doc.* vol. XIII, pág. 324.

325 O’Leary: *Doc.* vol. XIII, pág. 327. Mitre: *San Martín*, vol. III, pág. 344.

Escribiendo a Camilo Torres, Bolívar le decía: “Aquí tiene Su Excelencia el cumplimiento de mi promesa de libera mi país. No hemos emprendido ninguna batalla, durante los pasados tres meses, que no pudiéramos ganar.” El 6 de agosto, Bolívar entró en Caracas.

Habían pasado nueve meses desde que hubo alejado a los españoles del río Magdalena, y sólo tres desde que había emprendido la liberación de Venezuela. Durante este período, atacado como político y como soldado, había organizado la administración e inspirado una nueva fe en el pueblo, que había sido conquistado por sus grandes y resonantes proclamas. Para él, Napoleón no había vivido en vano, y como una corriente de lava, sus discursos, manifiestos y declaraciones fluían de su temperamento volcánico. Se dirigía a todos: al político y al soldado, al rico así como a las víctimas de la guerra civil. Para este hombre, de sólo treinta años de edad, nada tenía tanto significado o realidad como el obtener su objetivo. “Estas son las emociones que deben animar a todo republicano que no tiene padres ni hijos, sino solamente la libertad y su país.”³²⁶

Bolívar también tomó a Napoleón como modelo en la guerra y recordaba como ejemplos las batallas de Novi y Marengo. Bolívar nunca concurrió a una escuela militar, y como comandante en el campo de batalla era tan autodidacto como en su papel de estadista. Debía aprender en el campo de batalla lo que correspondía a la carrera de soldado, y las circunstancias a menudo lo obligaron a improvisar. En un país dividido por Los Andes, casi completamente carente de caminos, marchó mil doscientos kilómetros. Libró y ganó seis batallas, con un ejército que le había sido prestado, en una campaña que puede ser favorablemente comparada a cualquier temerario hecho de guerra en Europa. Por el genio de Bolívar el dominio de los españoles quedó restringido, una vez más, a Coro y Maracaibo, como antes de 1812 y de la conquista de Monteverde. El gobernador Monteverde estaba ahora cercado en Puerto Cabello, junto con seis mil adherentes al régimen español que temían la venganza de Bolívar.

El líder republicano había sido criticado por desviarse a Caracas en lugar de ir a atacar a Puerto Cabello, donde hubiera sido fácil terminar con la resistencia española, pues el puerto no estaba preparado para soportar su sitio. Sus críticos dicen que, en cambio, se dedicó a gozar del poder y así perdió su oportunidad de lograr una victoria más completa. Indudablemente, Bolívar tenía una inclinación a lo teatral, y la idea de marchar a Caracas en el papel de héroe conquistador le halagaba y le atraía. Era humano que gozara apurando su trago de victoria después de las privaciones del año anterior.

326 *Cartas*: Vol. I. Pág. 53.

Pero no eran solamente motivos sentimentales los que lo impulsaban a ir a Caracas.³²⁷ Se había convencido, debido a la profunda animosidad entre republicanos y monárquicos que dividía a Venezuela en dos bandos irreconciliables, que era de gran necesidad crear un centro de gobierno. Este sólo podía ser Caracas. Sólo allí, Bolívar podía encontrar apoyo para su ejército, pues en este país únicamente la capital era capaz de sostener el peso de acuartelar tropas numerosas. Existía un peligro real y constante de que sin provisiones esenciales el ejército que había sido organizado tan rápidamente se desintegrara en la misma forma. Además, la mayor parte de las tropas de Bolívar no eran venezolanas, sino que habían sido puestas a su disposición por Colombia, y el gobierno vecino debía ser pronto liberado de esta carga.

En verdad, el peligro de una reacción española en Venezuela no hubiera sido conjurado aunque Bolívar hubiera tomado Puerto Cabello, ya que Coro y Maracaibo estaban intactas todavía en manos de los monárquicos. Las tropas que Bolívar no había destruido completamente, sino sólo dispersado, se rehicieron otra vez en los llanos. La capital parecía el punto lógico para resistirlos; desde allí las fuerzas de los patriotas podían irrumpir y destrozar lo que quedaba del régimen español.

Además de sus razones militares, Bolívar tenía motivos políticos definidos para instalarse en Caracas. En el curso de sus planes para la liberación de su país desde el Oeste, un grupo de hombres, animados por el mismo afán y bajo el mando de Mariño, se alzaron en el Este, y también tuvieron sus éxitos. “Temo —Bolívar escribió a Camilo Torres— que nuestros ilustres camaradas de armas en Cumaná y Barcelona liberen nuestra capital antes que nosotros podamos compartir esa gloria con ellos. Pero nosotros nos apresuraremos, y espero que ningún Libertador huelle las ruinas de Caracas antes que yo.”³²⁸ En esa última frase se halla una honestidad raramente mostrada por los estadistas. Bolívar, desde los primeros días de la Revolución, deseaba dirigirla. Quería liberar a su país sin compartir con nadie la gloria. No solo ambicionaba gloria, sino también poder. Hoy, Libertador de su país; mañana, su gobernante —la gloria del libertador y el poder de un dictador—; éste era su sueño para el futuro. Esta campaña de 1813, que había convertido a Bolívar de un fugitivo en el salvador de su país, marca el comienzo de un mito creado en torno a la persona de Simón Bolívar por el pueblo sudamericano. Y por siempre, desde entonces, él ha sido El Libertador.

327 Rivas Vicuña: Vol. I, pág. 138. Lecuna: *Campaña admirable*, pág. 166.

328 Larrazábal: Vol. I, pág. 188.

XI EL DICTADOR

Bolívar entró en Caracas a la cabeza de sus tropas el 7 de agosto de 1813. La ciudad entera salió a darle la bienvenida y de todas partes se oían gritos: “¡Viva nuestro Libertador! ¡Viva Nueva Granada ! ¡Viva Venezuela!” de entre la excitada y entusiasta multitud se adelantó un grupo de jóvenes, vestida de blanco y con flores en los brazos, que corrieron hasta el joven general y tomaron las riendas de su caballo. Bolívar desmontó y recibió de manos de ellas la corona del vencedor. Las campanas saludaban su victoria, los cañones lanzaban sus salvas al aire, las bandas tocaban himnos a la patria y a la victoria. Los amigos de Bolívar se arrojaban en brazos de éste. Después del pesado silencio impuesto por el despotismo de Monteverde en Caracas, el júbilo que ahora cubría sus calles era indescriptible. Los perseguidos se animaban a abandonar sus refugios; los prisioneros volvía a la vida y todo parecía un sueño.³²⁹

Después de su entrada en la ciudad, Bolívar escribió a la Comisión de Nueva Granada : “Cuando mi alma se haya recobrado de la emoción de ver mi país liberado, de las muchas atenciones que me han perturbado y de la multitud de conciudadanos que se felicitan y me felicitan por la resurrección de la República, hablaré más explícitamente sobre los muchos asuntos que por ahora reclaman mi atención.”³³⁰ Ese mismo día proclamó al pueblo de Caracas el objetivo de sus victorias: el restablecimiento de la libertad.³³¹

Nadie esperaba que Bolívar retornara a los métodos de gobierno que habían causado la caída de la Primera República. Sin embargo, había prometido a sus protectores en Colombia que restablecería la Constitución Federal de Venezuela. Las circunstancias y su propio pensamiento político le impedían ahora cumplir tal promesa.

Temiendo represalias de parte de los vencedores, los españoles no dejaron ninguna clase de gobierno dentro de la capital. El primer paso

329 Lecuna: Guerra, vol. XVII, pág. 374. Entrada triunfal del general Bolívar en Caracas. *Gazeta de Caracas*. 1. La afirmación de que Bolívar hizo su entrada en Caracas en una carroza dorada tirada por doce niñas de la aristocracia es una invención de Du Coudray Holstein: *Memoires*, pág. 151. Londres, 1830. Es difícil comprender cómo mancini, y después de Rourke, pueden haber aceptado tal mentira al pie de la letra.

330 O'Leary: *Doc.* vol XIII, pág. 334.

331 *Proclamas*: págs. 41, 44, 48. Yanes: *Relación*. Vol. I, págs. 110 ss.

de Bolívar fue cuidar que se guardara la seguridad pública. Enfrentó entonces el problema de crear una nueva forma de gobierno, así como el de distribuir sus fuerzas para la destrucción final y concluyente del poder militar español. El enemigo estaba todavía en el país.

Bolívar anunció primero a sus conciudadanos la urgente necesidad de reformas políticas, y llamó a una reunión a hombres respetables y experimentados para discutir aquellas reformas del gobierno que parecían posibles bajo estas condiciones.³³² El Libertador mismo declaró que no deseaba otra tarea que la de conducir a sus soldados a primer lugar que la salvación de su país demandara. Pero nada, agregó, lo desviaría de su primera y única ambición: la de servir a la causa de la libertad y la gloria de Venezuela.

Ustariz, que había sido encargado por Bolívar de preparar un bosquejo de una Constitución, sugirió que los poderes ejecutivo y legislativo fueran otorgados al comandante del ejército, bajo su conducción, los funcionarios debían decidir qué problemas concernirían al gobierno y a la economía nacional.

Con respecto a la política internacional, Ustariz señaló la necesidad de una unión tan estrecha como fuera posible entre Venezuela y Nueva Granada . el suyo era un proyecto de dictadura, con pocas restricciones con respecto a poderes, controlada solamente por imperio y necesidad de las circunstancias.³³³ En este proyecto Bolívar encontró la corroboración de sus propios planes: “Durante la guerra civil, y la revolución interna, nuestra administración debe reducirse al más simple denominador. De él obtenemos fuerza y rapidez”, escribía a Camilo Torres . “Cuando el suelo de Venezuela esté libre del enemigo y mi misión termine, los representantes se reunirán y elegirán al Presidente de todos los Estados. Esta reunión arreglará la unión de la Nueva Granada , si ésta no se ha llevado a cabo ya para ese tiempo”. La carta termina con una grandiosa anticipación de su futura carrera: “Entonces será mi destino guiar a nuestros invencibles soldados contra los enemigos de la independencia de América.”³³⁴

Bolívar asumió su papel de dictador, y designó a tres hombres, que le eran leales, como secretarios de Estado para la administración de todos

332 *Proclamas*: pág. 47.

333 O’Leary: *Doc.* vol. XIII, págs. 343 ss. Plan del Gobierno Provisional para Venezuela. Lecuna: *Guerra*, vol. XVII, págs. 427 y 440. Rivas Vicuña: Vol. I, página 147.

334 O’Leary: *Doc.* vol. XIII, pág. 361.

los negocios públicos. Para Finanzas y Política nombró a Muñoz Tebar, de veintidós años, a quien conocía desde los días de la Sociedad Patriótica; como ministro de Guerra designó a Tomás Montilla, uno de los líderes de la Revolución desde su comienzo, y como ministros del Interior, a Rafael Diego Mérida. Luego se creó un cargo especial para el control de las rentas públicas, y se lo confió a un hermano del general Ribas. A él le dio Bolívar el alto mando de la provincia y de la capital de Caracas.

Así, en poco tiempo, se creó un gobierno interino, fundado sobre el prestigio militar. Para consolidar este prestigio, como ocurrió, era importante y necesario arrebatar de las manos de los españoles un arma que había usado para engañar a las masas ignorantes y fanáticas, para volverlas contra la causa de la libertad: la Iglesia. El arzobispo de Caracas, en una carta pastoral, había tratado de persuadir a los americanos a reconocer sólo al gobierno monárquico. Bolívar le demandó que se retractase de sus palabras en otra carta pastoral, llegando en su solicitud al punto de amenazar la vida del arzobispo si no obedecía inmediatamente.³³⁵

Bolívar, sin embargo, sabía bien que tendría que conmovier también al bajo clero, cuya influencia desde el púlpito y el confesionario era imprevisible e incontrolable. “Este no es momento —escribía al arzobispo— de burlas les leyes del Gobierno. Todo el peso de la ley caerá sobre aquellos que la violen”. Y él ordenó a todos los sacerdotes que explicaran los principios de la independencia a sus congregaciones no menos de una vez a la semana.³³⁶

El intento de captar el clero a favor de los patriotas por medio de la persuasión era parte del esfuerzo de Bolívar por crear una opinión pública que reflejara los ideales de la Revolución Americana, y muchas de sus proclamas y llamados deben ser juzgados en ese sentido. No nacieron en principio de un deseo de lucimiento o de la propia glorificación, sino que más bien tuvieron la intención de inculcar en las masas apáticas una conciencia nacional y continental. Sólo Bolívar podía hacerlo. Sólo Bolívar podía arrebatarlos de su ensueño y guiarlos a una vida activa.

Su plan se nos revela todavía en otro aspecto, el de su lucha contra la idea federal. “Arruinaremos todos nuestros esfuerzos y desperdiciaremos todos nuestros sacrificios —dijo a los federales— si volvemos a las complicadas formas de gobierno que causaron nuestra ruina. ¿Cómo pueden localidades pequeñas, pobres e impotentes, reclamar soberanía? La división del poder nunca creó gobiernos y no les permitió durar.

335 O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 351.

336 *Cartas*: Vol. I, pág. 58.

Solamente la concentración del poder provoca respeto, y yo he liberado a Venezuela para crear tal sistema.³³⁷

Sin embargo, la atención de Bolívar no estaba dirigida sólo hacia Venezuela, sino a América y al mundo sin limitaciones. Mientras se esforzaba por inspirar fe en la victoria final a las masas amorfas e ignorantes, trató también de lograr la confianza de otras naciones. Invitó a extranjeros a instalarse en Venezuela. En una carta al gobernador inglés de Curazao, al hablar del espíritu de la Revolución Americana, señalaba el contraste entre el espíritu de ésta y el que animaba a los españoles, que sólo aspiraban a esclavizar a todo un pueblo. Finalmente, se dirigió a todos los pueblos de la Tierra.³³⁸ Esto en cuanto a la parte ideológica y sentimental de la gran tarea iniciada por Simón Bolívar. Pero para perdurar y no seguir los pasos de la Primera República, la Segunda República necesitaba medidas severas y prácticas.

Ante los ojos de muchos de sus compatriotas, el derecho legal de Bolívar a gobernar se basaba en el triunfo de su “*blitzkrieg*”, que había colocado a medio país a sus pies en tres meses. Su fuerza residía en el ejército. El entusiasmo es flor de un día en todo el mundo, y éste era particularmente el caso de Sudamérica, donde la exaltación y la depresión se siguen una a la otra en rápida sucesión. Bolívar, al entrar en la ciudad de Caracas, ganó los corazones de sus conciudadanos. Comprendió que su primera tarea era hacer del ejército una unidad confiable y coherente, que nada pudiera amenazar. Pero aquí los deseos del dictador se enfrentaban a los obstáculos con los que Bolívar luchó en vano. Venezuela difícilmente podría mantener un ejército permanente. Sus ciudades habían sido destruidas, su tierra despoblada, el comercio exterior estaba paralizado y el interno casi no existía. Mientras las rentas del Estado disminuían, los gastos aumentaban. Era indispensable encontrar una nueva fuente para sostener la economía: una economía capaz de soportar la continuación de la guerra contra los españoles. Bolívar, por lo tanto, extendió su dictadura a la conducción de la economía nacional.

Aunque los impuestos fijados durante la época colonial seguían rigiendo, todo el sistema fiscal fue destruido por la confusión que rodeó a la Revolución. El impuesto al tabaco solamente prometía rendir grandes beneficios; fue organizado en forma de monopolio estatal. El contrabando, sin embargo, se desarrollaba en tal proporción que una de las primeras

337 *Cartas*: Vol. I, pág. 72.

338 O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, págs. 365 y 379.

medidas de Bolívar se dirigió contra tales abusos.³³⁹ La pena de muerte se impondría a todos aquellos culpables de evadir los impuestos o de efectuar negocios secretos; sus propiedades serían confiscadas por el Estado.

Bolívar ya había apelado al patriotismo de sus compatriotas, solicitando contribuciones voluntarias. Aquellos imposibilitados de hacer esto podían donar objetos de valor militar, y a los que tampoco pudieran hacer esto último se les solicitó que entraran al servicio de la República sin paga, contentándose sólo con tener su nombre inscrito en el gran libro de la gloria de la patria. Los empleados del Estado iban a compartir sus salarios con los soldados, que eran los que soportaban la carga más pesada.³⁴⁰ Es fácil ver que Bolívar había aprendido mucho de la Revolución Francesa. Su objetivo era controlar toda la nación; su pueblo y sus recursos. Su deseo era el totalitarismo.

A pesar de todo, estas medidas no eran suficientes para cubrir los gastos del ejército. Pero el espíritu creativo de Bolívar pudo hallar un nuevo medio, y en octubre de 1813 unió las rentas de los impuestos directamente al presupuesto del ejército. Todos los propietarios y comerciantes debían pagar al Estado el mantenimiento de al menos un soldado. Ni siquiera el clero quedó exento de este impuesto que debía pagarse por adelantado. El resultado de estas medidas fue considerable y es digno de mención el hecho de que muchos venezolanos pagaran dos y hasta tres veces la cantidad demandada por la ley.³⁴¹

A los seis días de haber entrado en Caracas, Bolívar ordenó una reforma administrativa que complementaba su política económica. Bolívar estableció que todos los funcionarios ejercerían sus cargos sólo para servir al Estado y no para llamar la atención con ostentaciones ni para obtener privilegios especiales. Atacó vehementemente esa enfermedad social que en Sudamérica llaman *empleomanía*, o sea la manía de ser empleado del Estado. “Una multitud de candidatos rodea a los funcionarios, y les roban el tiempo que necesitan para organizar el gobierno... Pero no faltan los hombres buenos que están satisfechos con las simples necesidades de la vida. Usaré a esos hombres para estimular todas las ramas de la administración.”³⁴²

339 Lecuna: *Guerra*, vol. XVII, pág. 387. O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 358.

340 O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, págs. 335 ss.

341 O’Leary: *Doc.* vol. XIII, pág. 400. Lecuna: *Guerra*, vol. XVII, pág. 420.

342 O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 340. Lecuna, *Guerra*, vol. XVII. Págs. 365 y 419.

No importa en qué medida sus planes eran determinados por la necesidad económica; la idea de libertad seguía siendo su ideal más alto. El que emprendió esta lucha no era un mercenario, y Bolívar halló su recompensa en una esfera en la que el dinero tiene poco valor. Su gran modelo, Napoleón, había creado la Legión de Honor, y Bolívar emuló a Napoleón al formar la orden de los Libertadores de Venezuela para aquellos que pudieran reclamar título de honor en virtud de una larga sucesión de victorias. El emblema de la Orden era una estrella de siete puntas, símbolo de las provincias venezolanas; y entre los primeros en recibirla figuraron Ribas, Urdaneta y Girardot.³⁴³

Este nombre —Orden de los Libertadores— poseía un doble significado políticamente, pues fue como Libertador que los habitantes de Mérida habían saludado a Bolívar en mayo de 1813. Él, que ahora era comandante en jefe del ejército y dictador del país, prefería este título a todos los otros. Al crear la Orden de los Libertadores parecía poner a sus compañeros de armas en un pié de igualdad con él, halagando su sensibilidad y vanidad.

Ansioso como estaba de mantener la democracia del campo de batalla y la hermandad de la muerte, casi se vio forzado a asumir la posición jerárquica que le era debida. Cuando los líderes del país se reunieron en Caracas, a mediados de octubre, para discutir el bosquejo de la Constitución, su primer acto fue aprobar el rango que Bolívar había elegido para sí mismo. Lo designaron Libertador de Venezuela.³⁴⁴

Bolívar reunió a estos mismos hombres pocas semanas después para informarles de los progresos logrados. Se reunieron en la iglesia de San Francisco junto con los altos eclesiásticos, los representantes de la Universidad y otras profesiones académicas. Bolívar, acompañado por oficiales y miembros de su plana mayor, leyó su informe sobre las actividades del gobierno, y este informe fue aprobado. Entonces pidió ser relevado del puesto de dictador.³⁴⁵

“Conciudadanos —decía la parte más vital de su discurso—, he venido a poner el control de la ley en vuestras manos. He venido con la intención de preservar vuestros sagrados intereses. Un soldado victorioso no gana

343 O'Leary: *Doc.*, vol XIII, pág. 402.

344 O'Leary: *Doc.*, vol XIII, pág. 395. Según T. Febres Cordero, *Archivo de Historia y Variedades*, vol. I, pág. 288, 1930, *Bolívar ya había sido saludado como Libertador cuando hizo su entrada a Mérida.*

345 O'Leary: *Doc.*, vol XIII, pág. 410. Acto popular, celebrado en Caracas el 2 de enero de 1814. Ver también *B. de H. Caracas*, vol. V, núm. 18, página 365.

el derecho de mandar en su país natal. No es el juez de sus leyes o del Gobierno. Es el defensor de su libertad. Su honor debe ser uno con el del Estado, y su orgullo debe satisfacerse con haber trabajado por la felicidad de su país... Os ruego me releveís de una carga demasiado pesada para mis fuerzas”.

Bolívar desempeñó el papel de republicano desinteresado notablemente bien. Otros, dijo él, estaban más capacitados para gobernar Venezuela, y parecía no estar dispuesto a acceder al deseo de la Asamblea. Sólo aceptó retener su autoridad hasta que los peores peligros del Estado hubieran pasado.

Si falláramos en captar el verdadero tono de sinceridad de estas aseveraciones, seríamos culpables de juzgar erróneamente a esta grande y eminente alma. Bolívar habló con real sinceridad cuando dijo: “Huid de este país en el que un hombre detenta todo el poder; es una tierra de esclavos”. Y cuando dijo: “Me llaman Libertador de la República, nunca seré su opresor...” en su corazón era todavía alumno de Rousseau y sucesor de Napoleón. En realidad, deseaba poder y gloria y estaba convencido de su habilidad para gobernar. Pero también deseaba servir a los ideales a los cuales había dedicado su vida. Esta dualidad había existido en su alma desde su juventud. Toda su vida iba a tratar de vencerla. Una y otra vez iba a aceptar el poder como una rutina sólo para rechazar una tentación. Una y otra vez iba a renunciar sólo para permitir ser persuadido, para tomar otra vez el timón de la nave del Estado. “Mis emociones están en terrible conflicto con mi autoridad —decía—. Conciudadanos, creedme, este sacrificio es más penoso que lo que sería la pérdida de mi vida”. A pesar de que él creía que alguien podía haber adivinado este conflicto interno que a través de toda su vida existió en su alma, continuó: “Os ruego no creáis que mi moderación intenta engañaros... Os juro que soy sincero en lo que digo. No soy Sila que trae pena y derramamiento de sangre a su país. Pero imitaré al dictador de Roma en un aspecto..., en el desinterés con que renuncio a todo el poder y volví a la vida privada”.

Bolívar continuó siendo dictador, pero nadie puede dudar de que era ésta la única solución posible en aquellos momentos. El juicio de sus actos no puede ser dudoso. Al hallar el caos, hizo lo necesario para darle forma. Comprendiendo que una vacilación significaría la destrucción, como había ocurrido tres años antes, trabajó impetuosa, despótica e irresistiblemente. Su dictadura no respetó la conciencia pública ni la riqueza, pero de todas manera fue una dictadura de preparación, que intentó madurar a un pueblo no desarrollado. Su dictadura no puede

compararse con el abuso de poder que caracteriza a los tiranos totalitarios de nuestros días.

Durante aquellas primeras semanas su conducta despertó gran admiración, pues aunque era el centro de una serie de celebraciones privadas dedicadas al placer y la aventura, él permaneció constantemente activo. Tomó decisiones, organizó y dictó carta tras carta, manifiesto tras manifiesto, decreto tras decreto. Este hombre de treinta años, que se había transformado en unos pocos meses de fugitivo en gobernante de su país, tenía oídos para todos y corazón para los desposeídos. Durante los primeros días de su mandato, halló tiempo para enviar el siguiente mensaje al gobernador de Barinas: “Todo lo que pueda hacer por esta mujer, expresará la gratitud de un corazón que, como el mío, no pude olvidar a quien lo crió como una madre. Fue ella quien me tuvo en su regazo durante los primeros meses de mi vida. ¿Hay alguna recomendación mejor para aquel que, como yo, sabe amar y ser agradecido?”³⁴⁶

Bolívar fue dictador de Venezuela. Pero en realidad fue sólo dictador a medias, jefe únicamente de territorios conquistados por él en la parte oeste del país. ¿Qué ocurría en las regiones del Este?

Bolívar había sugerido, en su discurso a la Asamblea, que se le diera al general Santiago Mariño su mando. ¿Por qué el Libertador eligió a Mariño? ¿En qué se basó su juicio sobre el soldado? Cuando Monteverde tomó Caracas en agosto de 1812, las provincias del Este de Venezuela se le rindieron sin lucha. Había designado comandante a Francisco Cerveris, un hombre cuyo única ambición era exterminar hasta el último de los criollos “Nadie que caiga en mis manos escapará,”³⁴⁷ escribió a Monteverde. Sin embargo, un pequeño grupo de patriotas pudo eludirlo con éxito, un grupo de jóvenes cuyos nombres viven en la historia de la independencia de Venezuela: Francisco Bermúdez, audaz, enérgico e incontrolable; Manuel Piar, un mulato de Curazao, ambicioso, bravo y violento, y sobre todo Santiago Mariño, nacido en la isla de Margarita y emparentado con algunas de las mejores familias del Este. Temerario, no mayor de veinticuatro años, estaba lleno de aspiraciones y había nacido para líder; era, sin embargo, vanidoso e inclinado a lo teatral.³⁴⁸

Mariño había huido a la Trinidad inglesa, pero fue mal recibido y tratado como un rebelde. Sin embargo, él consideraba esta designación

346 *Cartas*: Vol. I, pág. 60.

347 Blanco: *Doc.* vol. IV, pág. 623.

348 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 148. “La guerra de independencia en la provincia de Cumaná.” *B. de H.* Caracas, vol. XVII, núm. 65, pág. 25.

de rebelde como un título honorífico en su determinación de liberar Venezuela. La audacia de su plan no era menor que la de Bolívar; tal vez hasta mayor, pues no estaba respaldado por un gobierno amigo. Mariño sólo pudo reunir a su alrededor 45 hombres, y un equipo que consistía en cinco cañones viejos. El grupo eligió a Mariño como líder y firmó una declaración obligándose a desembarcar en Venezuela y restaurar la dignidad de la nación: vivirían o morirían por la gloria de su causa.³⁴⁹

Esta declaración fue firmada el 11 de enero de 1813, y al día siguiente Mariño y sus compañeros desembarcaron en la costa de su tierra natal. Después atacaron con éxito un pequeño punto en el puerto de Paria; los nativos se unieron a ellos y los españoles huyeron. Mariño aumentó sus fuerzas y sus armas y forzó al comandante español a retirarse. Monteverde empezó a temer por la suerte de la provincia de Cumaná y envió 500 hombres a las órdenes de Zuazola, vasco, y uno de los más sanguinarios líderes de la contrarrevolución española. Pero los patriotas ya se habían atrincherado; informes de las barbaridades de Zuazola sólo sirvieron para fortificar su coraje. Finalmente, Monteverde mismo trató de atacarlos desde el mar, pero no tuvo éxito; apenas logró escapar sin ser capturado, dejando un rico botín y mucho equipo militar en manos de Mariño. Su huida pareció una derrota. Casi simultáneamente con la rendición del Oeste a Bolívar, las zonas del Este de Venezuela quedaron libres al ataque de Mariño. Recibió refuerzos desde el mar, formó una pequeña flotilla y tomó Cumaná el 2 de agosto. Todo lo que se dejó a los españoles en el Este fue el puerto de Barcelona, bajo el mando del mariscal de campo Cajigal, quien se desalentó por las noticias de la doble victoria de la Revolución en el Este y el Oeste. Huyó a Guayana, dejando sólo 100 hombres detrás, con instrucciones de comenzar una táctica de guerrilla contra los patriotas. Mandaron este grupo José Tomás Boves y Francisco Morales, comandante de la Legión del Infierno. Mariño ocupó Barcelona el 19 de agosto y se designó a sí mismo dictador del Este. Su representante era Manuel Piar.

Mariño era excepcionalmente joven y muy susceptible al halago. Sus amigos eran diligentes en servirle el néctar que él deseaba, y su gobierno fue más personal en carácter, más militar que político. Nadie podía dudar de su temeridad, pero la suya no era una inteligencia penetrante. Había prometido liberar a Venezuela, y ahora comenzaba a llevar a cabo su promesa a lo grande. Sin embargo. Su progreso fue impedido por los

349 Blanco: *Doc.*, vol. IV, pág. 752. Yanes: *Relación*, vol. I, pág. 104. Ver la proclama de Mariño en Lecuna: *Campaña admirable*, pág. 183.

celos de su rival, pues Mariño no estaba inclinado a llegar a ninguna clase de entendimiento con Bolívar. Bolívar, como sabemos, no estaba libre de la envidia. Pero comprendía que ahora que había logrado su objetivo, ahora que había entrado en Caracas como Libertador, era doblemente importante llegar a un acuerdo con Mariño. Bolívar podía juzgar mejor la situación en ese punto que su joven rival. La guerra no había terminado. Aunque los españoles estaban dispersos, no estaban aniquilados. En el futuro la ventaja la tendría aquella de las fuerzas opuestas que primero pudiera reorganizar sus huestes.

Bolívar intentó halagar a Mariño. “La seguridad individual y colectiva de estos Estados depende de que trabajemos juntos”, le escribía Bolívar. “Los enemigos de adentro y de afuera están listos para atacar. La traición, el engaño, los desatinos, todo está movilizado para sojuzgarnos otra vez.”³⁵⁰ Insistía en que debían lograr la creación de una administración para todo el país y que a tal fin ambos ejércitos debían unir sus fuerzas. Pero Mariño no podía estar de acuerdo con esto y proponía que Venezuela se dividiera en una parte occidental y una oriental. Bolívar trató de convencerlo de que esto sólo conseguiría formar dos Estados separados, incapacitados de sobrevivir solos, dando como resultado una burla del nombre de Venezuela. “Divididos, seremos más débiles y menos respetados por nuestros enemigos y por los países neutrales. La unión bajo un solo gobierno nos fortalecerá y será productiva para todos.”³⁵¹

Bolívar, soldado y político, poseía un don para tratar con la gente, y sabía cómo llegar a los hombres a través de sus debilidades. Trató, por lo tanto, de sostener su razonamiento político *argumentum ad hominem*. Sabía bien que la actitud de Mariño estaba causada por su vanidad; que pertenecía a esa clase de hombres para lo que la ficción del poder es tan fuerte, sino más fuerte, como su realidad. Bolívar, por lo tanto, lo halagó con la posibilidad de ser presidente del nuevo Estado. Pero habló a oídos sordos, y debió aceptar la partición de Venezuela. Este fracaso, al tratar de conseguir un entendimiento con Mariño, fue un gran obstáculo para los planes futuros de Bolívar. Mientras había pensado ganarlo como un aliado, comprendió que ahora tenía un Estado fronterizo solamente neutral. La negativa de Mariño a las propuestas de unidad de Bolívar significaban que el Libertador debía vencer solo la reacción monárquica.³⁵²

La existencia en Venezuela de gente de origen español planteaba a Bolívar un doble problema: el del peligro militar y el de la amenaza

350 O’Leary: *Doc.* vol. XIII, pág. 388.

351 *Carta*: Vol. I, págs. 85 ss., 88.

352 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. I, pág. 173, Rivas Vicuña: Vol. I, pág. 160.

política a la República. este problema debía ser enfrentado y vencido. Después de la negativa de Mariño a cooperar, Bolívar permitió a los españoles sentir todo el peso del odio de los republicanos. Se sentía débil y, por tanto fortificó su dictadura. No era ya cuestión de indulgencia; los españoles estaban encarcelados en las prisiones de La Guayra y un control riguroso se había impuesto sobre ellos. Así esperaba Bolívar evitar toda amenaza de sublevación.

Bolívar también recurrió a métodos más maquiavélicos. Creó un sistema de espías con sus propios agentes, forjando contactos con los disidentes. No sólo planeó perseguir a los enemigos del Estado, sino también culparlos de conspiración, una vieja treta usada por todos los jefes de policía, desde Walsingham hasta Fouché y Heinrich Himmler. Bolívar tuvo éxito en lograr que algunos cayeran en su trampa, pues el 21 de septiembre unos sesenta europeos y americanos fueron fusilados.³⁵³

Bolívar fue conducido a la adopción de medidas tan extremas no sólo por la amenaza política interna, sino también por la situación militar existente. Después de la caída de Caracas, en un principio la posición de los monárquicos parecía desesperada, pues controlaban sólo una angosta franja costera. Esta faja, sin embargo, incluía tres puertos, a través de los cuales podía llegarles ayuda desde la madre patria, desde las Antillas o desde América Central. Además, los españoles ocupaban la única fortaleza, en un país, por otra parte, completamente falto de fortificaciones, Bolívar sabía bien que la llave para toda futura acción residía en Puerto Cabello.

Antes de su venturosa entrada en Caracas había comenzado a sitiar a Puerto Cabello, y al mismo tiempo había enviado una división hacia el Oeste para controlar las tropas establecidas en Coro. hasta pensaba fortificarse contra un posible ataque desde los llanos. Toda su posición militar, por lo tanto, tenía la forma de un ancho círculo, cuyo punto focal era Caracas.³⁵⁴ Su problema más urgente, sin embargo, era todavía la captura de Puerto Cabello.

Inmediatamente después de su triunfo, Bolívar había esperado forzar a Monteverde a capitular. Usó la guerra anárquica como una excusa para dilatar las negociaciones.³⁵⁵ Pero se equivocó al juzgar el carácter de Monteverde, pues el español le contestó, con todo el orgullo de su

353 O'Leary: *Doc.* vol. XIII, pág. 357. J. V. González: *op. cit.*, págs. 105, 110.

354 Rivas Vicuña: Vol. I, pág. 161.

355 Lecuna: *Guerra*, vol. XVII, pág. 379, 433, 435. Blnaco: *Doc.* vol. IV, página 125. Larrazábal: Vol. I, págs. 198 ss. R. Urdaneta: *op. cit.*, pág. 21.

nación, que no podía tener tratos con rebeldes. Bolívar, alternando amenazas y promesas, todavía trató de llegar a un entendimiento. Propuso un intercambio de prisioneros, anunciando que si esto no era aceptado, acabaría con los españoles en Venezuela. Monteverde todavía permanecía firme. A principios de septiembre, Bolívar todavía confiaba en el resultado de la guerra, considerando que la caída de Puerto Cabello era inminente y que estaba asegurada. Pero en el curso de este mes, la suerte cambió a favor de los españoles, Bolívar no pudo realizar ninguna acción decisiva contra los defensores del fuerte.

A principios de septiembre se supo que un largo convoy venía de España para ayudar a Monteverde, y la fuerzas republicanas decidieron capturarlo. La flota comprendía numerosos buques de guerra y 13 transportes. Ribas, comandante de Caracas, en su intento de capturar la expedición, hizo que la bandera real fuera izada en los fuertes de La Guayra y, tomando oficiales de las prisiones, los obligó a actuar como enviados. Los buques se acercaban al puerto y la estratagema parecía tener éxito. Pero los españoles sospecharon demasiado pronto, y el convoy pudo escapar a Puerto Cabello.³⁵⁶

Esta oportuna llegada de 1.200 hombres disciplinados y bien equipados dio una considerable ventaja a Monteverde, y Bolívar se vio obligado a levantar el sitio. Por su parte, Monteverde reinició la táctica que había empleado con éxito el año anterior contra Miranda. Avanzando desde Puerto Cabello, trató de aplastar al enemigo. Pero los patriotas se lanzaron contra él con furia y lo vencieron en Bárbula el 30 de septiembre, obligándolo a replegarse tras las murallas de Puerto Cabello. El comandante español, herido, debió dejar su mando y la guerra lo dejó atrás.

La victoria de Bárbula costó a Bolívar uno de sus mejores oficiales, el joven colombiano Girardot, que cayó en la batalla. Mientras izaba el estandarte republicano sobre la posición del enemigo, una bala lo hirió en la frente. Bolívar decretó duelo nacional y ordenó que el nombre de Girardot fuera inscrito como benefactor del país en todas las poblaciones de Venezuela. su corazón fue llevado a Caracas para ser depositado en la catedral. Mientras sus restos eran enviados a Colombia, Bolívar mismo llevó el corazón del joven héroe a la capital. En procesión solemne, el ejército marchó a través de la silenciosas ciudad. Los soldados presentaban armas, y cada hombre llevaba una antorcha encendida como

356 Lecuana: *Guerra*, vol. XVII, pág. 445. N. E. Navarro: *El corazón de Girardot*. B. de H. Caracas, vol XII, núms. 46 y 47. Crtas: Vol. I. pág. 68.

señal de duelo. Después de una misa de réquiem en la catedral, el corazón de Girardot fue colocado en una urna de oro, la que fue depositada en la cripta. En una carta al padre del joven, Bolívar expresó la impresión que deseó crear con todos estos honores que había acordado a su camarada: “Su memoria vivirá en los corazones de todos los americanos mientras el honor sea la ley de sus vidas y mientras la gloria perdurable pueda atraer a los corazones nobles.”³⁵⁷

Gloria perdurable, eso es lo que Bolívar mismo deseaba. El había creído que ya la había conseguido, pero ahora amenazaba desvanecerse. Una vez más, la vida de la Segunda República, comenzada tan gloriosamente, estaba en serio peligro. Las masas vacilaban de un sector a otro, y la presión de las privaciones constantemente impuestas sobre ellas pesaban más que la efímera embriaguez de la victoria. El pueblo estaba acostumbrado a obedecer a los españoles, y con cada nuevo revés de la República estaba más inclinado a volver a su forma colonial de gobierno. Parecía cada vez más evidente que la esperanza de paz era solamente una ilusión. Mientras Bolívar permanecía en el centro del país, el ejército español se había situado entre Venezuela y Colombia, de manera que el contacto entre las repúblicas hermanas había sido quebrado. Pesadas nubes oscurecían el horizonte, y desde los valles del Orinoco se acercaba una poderosa tormenta. Una nueva fase de la revolución comenzaba: la rebelión de los llanos.

357 Lecuna: *Guerra*, vol. XVII, pág. 445. N. E. Navarro: *El Corazón de Girardot*. B. de H. Caracas, vol XII, núms. 46 y 47. Crtas: vol. I. pág. 68.

XII

REBELIÓN DE LOS LLANOS

Sería realmente una vana empresa describir en orden cronológico lo que hasta entonces ocurrió; el cuadro sería incomprensible. Hubo batallas que no decidieron nada; ejércitos que fueron destruidos un día para alzarse nuevamente al siguiente. Los movimientos militares fluctuaban de aquí para allá, como una ola, desde los riscos de Los Andes a través de los vastos llanos hasta la costa del Atlántico, y allí donde esa ola llegaba, enterraba bajos sus aguas todo lo viviente —destruyendo pueblos, arruinando propiedades—; ciudades enteras fueron aniquiladas o abandonadas por sus habitantes aterrorizados. Hubo indescriptibles atrocidades sin fin, violaciones, crímenes, robos en iglesias y torturas a prisioneros.

¿Quiénes eran las víctimas y quiénes eran los victimarios? ¿Eran españoles los que deseaban destruir a los americanos, o venezolanos los que atacaban a sus antiguos amos? Si los frentes hubieran estado mejor definidos, el recuento de los hechos que tuvieron lugar durante estos meses hubiera sido una tarea fácil. Los ibéricos lucharon contra los ibéricos, los venezolanos lucharon contra los venezolanos; una intrincada maraña de impulsos, voracidad y exigencias. Una visión apocalíptica de hambre, muerte y enfermedades. En la historia de Sudamérica este período se conoce como *la guerra a muerte*. Fue a menudo descrita en detalles anecdóticos y pintorescos.

¿Qué explica esta prolongada explosión de pasiones humanas y subhumanas que precipitó al país entero en lágrimas y matanzas? Hemos visto la cantidad de problemas que apremiaban a Bolívar después de su victoria inicial. Había reconquistado su tierra natal. Pero, a pesar de las medidas impuestas por el dictador, el país estaba insatisfecho. Su victoria era más el resultado de la sorpresa, de la rapidez del ataque, que de la verdadera superioridad de sus fuerzas.³⁵⁸ Era demasiado evidente, después de la victoria, cuán reducidas eran sus fuerzas, qué inadecuado su apoyo, qué pobres sus armas.

Los enemigos de la independencia americana podían beneficiarse por la oportuna situación internacional. Coincidiendo con la marcha de Bolívar sobre Caracas, Napoleón se encontraba rodeado por las fuerzas aliadas en el área de Europa Central. Los franceses abandonaron la

358 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, pág. 250

península ibérica y España encontró sus manos libres para comenzar a sojuzgar a las colonias rebeldes. Como ocurrió en los primeros días de la Revolución, las noticias del Viejo Mundo tenían repercusiones de largo alcance en el Hemisferio Occidental. Los españoles y sus adeptos en Venezuela se esperanzaron nuevamente, y se convencieron de que si podían soportar hasta que su tierra natal les enviara ayuda, la victoria sería de ellos. Mientras tanto, se aferraron a cualquier medio, hasta los más desesperados, para impedir la caída de los bastiones de la monarquía en manos de los rebeldes.

En estas circunstancias la situación militar era seria y empeoraba para los rebeldes. La incapacidad de Bolívar para crear un nuevo ejército con rapidez le impedía explotar sus primeros éxitos. No tenía dinero, le faltaban armas y hombres. Sólo en unas pocas ciudades —Mérida, Trujillo y Caracas— encontró la respuesta que buscaba. La gran mayoría de la población, primero indiferente al movimiento por la independencia, se convirtió después en una verdadera antagonista. No podían creer que esa pequeña banda de republicanos pudieran resistir a la poderosa España. Así entró en juego un nuevo elemento que iba a ser de vital importancia.

Hasta entonces la rebelión contra España había sido un movimiento de fuerzas urbanas y el conflicto durante los cuatro primeros años se había desarrollado en las ciudades: Caracas, Valencia, La Victoria, Coro, Maracaibo y Puerto Cabello; estos hombres son jalones de victorias y derrotas. Pero ahora se produce un desarrollo desconocido: revolución en todo el país. Encendió a los llanos, y la población rural se alzó; los llanos se levantaron, pero no para apoyar a la Revolución. Al contrario. Bajo la conducción de los españoles, estas energía frescas se alzaron para defender al gobierno hereditario. La guerra a muerte era sólo un programa cuando Bolívar la declaró el 8 de junio de 1813. Se convirtió en realidad cuando fue llevada a cabo por los habitantes de los llanos.

Amaneció un día trágico, y al anochecer, la Segunda República yacía enterrada bajo los escombros de las ciudades, arrastrada por fuerzas bárbaras que merodeaban la tierra. Para explicar satisfactoriamente la erupción de estas fuerzas, con las que nadie había pensado contar y que nadie había pronosticado, debemos examinar la fuente de su existencia. Sólo un cálculo sociológico puede explicar el fenómeno de la guerra a muerte.

Existen dos características vitales en la organización geográfica de Sudamérica. En el Oeste, a lo largo de la costa del Pacífico, la arrugada

cadena de Los Andes se alza a 7.000 metros de altura. Hacia el Este se extienden los vastos llanos de los valles del Orinoco, del Amazonas y del Plata. El valle del Amazonas está cubierto por una selva densa, impenetrable, pero los valles del Plata y del Orinoco poseen un carácter diferente. Las pampas y los llanos son estepas de pasto que no interrumpen los árboles. Aquí se encuentran los más grandes campos de pastoreo del mundo, donde los pastos crecen hasta la altura de un hombre, de manera que los animales se pierden en ellos.

Descendiendo de las alturas de Los Andes hasta estos llanos se ve un cuadro que penetra hasta las profundidades del alma. Emergiendo de las montañas se encuentra una tierra tan poderosa como el océano, interminable como el desierto, en la que el hombre se desvanece. Se encuentra raramente una elevación, sólo una sierra aquí y acullá cubierta con matorrales. Los grandes ríos, Orinoco, Meta, Apure y Arauca, se convierten, en las estaciones lluviosas, en lagos que inundan los valles, transformándolos en regiones de fiebres malignas. En la estación seca un sol implacable chamusca la tierra y engaña al jinete solitario con una ilusión de granjas y árboles de sombra. Para vivir aquí los hombres necesitan un sexto sentido, una capacidad de orientación y una resistencia desarrollada sólo por un implacable instinto y deseo de sobrevivir.³⁵⁹

Mucho antes de la llegada del conquistador español vivían en los llanos de Venezuela tribus indias que pertenecían en su mayor parte a las razas caribes. Guerreras y salvajes por naturaleza, era caníbales,—algunas por necesidad, otras por religión—. La conquista española de los llanos estaba mal equipada para terminar por completo el salvajismo de estos pueblos. sin embargo, lentamente, apareció allí una semejanza de orden y propiedad, y esto, en toda la Sudamérica de los días coloniales, tomó la forma de la *encomienda*.³⁶⁰ Estos enormes Estados, casi del tamaño de provincias servían en su mayor parte para pastar el ganado. Las gentes que vivían en ellos eran diferentes a los indios de la regiones montañosas. Vivían de la cría del ganado, cazando y pescando, y sólo ocasionalmente se establecían en pequeñas áreas de terreno en las que cultivaban frutas y vegetales. Su alimento principal era la carne, generalmente cocida sobre

359 Rodó. *Op. cit.*, pág. 270. Todavía no se ha hecho un análisis sociológico del llanero. La mejor descripción, que yo conozca, se encuentra en A. Páez: *Autobiografía*. Caracas, 1888, y en las novelas de Rómulo Gallegos, como *Doña Bárbara* y *Cantaclaro*.

360 J. Gumilla: *El Orinoco Ilustrado*. Madrid, 1741. J. Rivero: *Historia de las Misiones en los Llanos de Casanare y de los ríos Orinoco y Meta*. Escrita en 1736. Bogotá, 1883. Fray Pedro Simón: *Noticias históricas*. Bogotá, 1882.

un fuego abierto o, cuando las circunstancias los obligaban, ablandada bajo la montura y comida cruda. Por otra parte, sólo conocían la banana, la yuca y la caña de azúcar. Cazaban y domaban caballos salvajes y cuidaban diligentemente sus rebaños de ganado. Castraban a los toros, y como sus propios animales, ellos mismos llevaban una existencia casi animal.³⁶¹

Sus instintos naturales estaban desarrollados para percibir con agudeza los peligros que los amenazaban constantemente: tigres, pumas, serpientes, caimanes; sobre todo estaba el temible *caribe*, un pez, capaz de olfatear sangre a una gran distancia y de convertir cualquier cosa viviente que atrapa en un esqueleto en pocos minutos. Este era el mundo contra el que los llaneros debía luchar, y sus vidas azarosas —las marchas y las cabalgatas interminables— les daban energía, dureza y una sorprendente agilidad. Sus necesidades eran pocas. Además de las herramientas que confeccionaban, el lazo y la lanza, valoraban sólo unos pocos objetos. La ropa era casi superflua debido al clima sofocante y el constante peligro de las inundaciones, pero aunque lo hubieran deseado, la pobreza de los llaneros les hubiera impedido adquirir alguna ropa. Sus chozas eran pobres; un establo o el suelo desnudo les servía de cama y el tronco de un árbol de mesa. Este proletariado rural estaba disperso a través del dominio colonial español, a fines del siglo XVIII. En la Argentina se les conocía como gauchos, y en Venezuela se les llamaba llaneros.³⁶²

Ningún hábito de oficialismo les alcanzaba, pues las grandes ciudades estaban lejos. No había escuelas, y por lo tanto desconocían los hechos más simples. Hasta la religión apenas les tocaba. En los llanos no conocían ni comunidades ni iglesias. El cuidado espiritual estaba delegado a las misiones, y allí como en todas partes las órdenes mayores dominaban. Los corazones de estos semisalvajes, sin embargo, estaban cerrados a las enseñanzas del evangelio. Los restos de una religión primitiva y mágica de los primeros días continuaban entre ellos; curaban a los enfermos con magia, conjuraban a los muertos y maldecían a los rebaños de sus enemigos con encantamientos y secretos. Conocían las plantas que posibilitaban ver el futuro y las que oscurecen la mente, y administraban pócimas amorosas y mezclas poderosas capaces de matar o volver loco.

¿En qué categoría de hombres entraba este grupo? Eran a la vez, pastores, cazadores y pescadores. No pastores, sin embargo, como los hombres de los Alpes Suizos: más bien como los beduinos a los que

361 Baralt: Vol. I, pág. 194

362 Rodó: *op. cit.*, pág. 272

Mahoma guió contra las civilizaciones del Viejo Mundo, o como los mongoles de Gengis Kan. Eran nómadas. En su búsqueda de campos de pastoreo erraban de llano en llano, atravesando muchos ríos, y haciendo alto sólo cuando encontraban resistencia. Otras razas se mezclaron con ellos, y poseían la paciencia de los indios, la sensualidad y el buen carácter de los negros y la fortaleza y el ansia de conquista de los españoles. A esto se unía el instinto de la independencia natural de todos los pueblos primitivos. Estaban tan acostumbrados al peligro que lo buscaban. Jugaban, bebían y les gustaban las riñas de gallos y las corridas de toros. Sus diversiones eran monótonas y sangrientas.³⁶³

*Sobre la yerba la palma, / sobre la palma los cielos. / sobre mi caballo yo / y sobre yo mi sombrero.*³⁶⁴

Cuando la parte este de Venezuela fue conquistada por Mariño en el verano de 1813, la mayor parte de las tropas españolas con sus oficiales se replegaron a Guayana. Pero quedaron dos oficiales, Tomás Boves y Francisco Morales. Boves había nacido en Asturias y desde su temprana juventud había servido en barcos que realizaban un peligroso comercio de contrabando entre la madre patria y Venezuela. envuelto en un juicio en 1808, fue condenado a ocho años de prisión, pero sus empleadores en Puerto Cabello lograron que la sentencia le fuera conmutada por la de exilio. Estas circunstancias llevaron a Boves a los llanos, donde vivió comprando en los valles ganado que vendía en las ciudades.³⁶⁵

Cuando estalló la Revolución se alistó en el ejército patriota. Sin embargo, no se confiaba en él; fue insultado y una vez más arrojado a la prisión. Fue puesto en libertad por las tropas de Monteverde en 1812, y dejó la cárcel consumido por un fuerte odio a los republicanos. Juró vengarse y escribió la historia de esa venganza con sangre y llamas sobre la faz de la horrorizada Venezuela.

Boves era bajo y fuerte, de hombres anchos y una espalda de la que surgía una tremenda cabeza. Su frente era ancha, y sus ojos profundos de un azul triste. Su cabello y su barba eran rojos. Era taciturno, frío, sanguinario, infatigable, ágil, astuto y traicionero. Medio héroe y medio contrabandista, Boves era del tipo de Pizarro y Cortés: un genio del

363 E. Blanco: *Venezuela Heroica*. Caracas, 1935. V. M. Ovalles: *El Llanero*. Caracas, 1905. Rivas Vicuña: *op. cit.*, vol. I, pág. 227.

364 Mancini: pág. 499

365 J. V. González. *Ribas*, pág. 134. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 172. Baralt: Vol. I, pág. 184. L. Bermúdez de Castro: *Boves*, pág. 96. Madrid. 1934. A. Valdivieso Montaña: *Boves*. Caracas, 1931.

mal. No sería súbdito de nadie y rió de desprecio cuando los españoles lo hicieron coronel. Exigió obediencia absoluta y ciega. El pillaje le importaba poco, pero gozaba con la crueldad en sí misma y se regocijaba en el poder, que aumentaba en sus manos hasta la tiranía.³⁶⁶

Morales, su compañero, había nacido en las Islas Canarias. Como Boves era atrevido y sádico, pero también codicioso, y siguió a su líder como un chacal sigue a un jaguar. En el otoño de 1813 estos dos villanos lograron movilizar a los llaneros en favor de la causa española.

¿Cómo lograron atraerse las energías de la población rural? En primer lugar, la gente de los llanos era menos antagónica a los españoles que a los habitantes de las ciudades. Viviendo en libertad, sin control de leyes, no habían sentido todavía la presión del oficialismo colonial. Cuando Boves declaró libres a los esclavos y a los desposeídos, muchos dueños de haciendas fueron asesinados por sus esclavos o por bandas de ladrones.³⁶⁷ Y mulatos, mestizos y negros, capaces por vez primera en su vida de hacer lo que quisieran se unieron a Boves. Le fue fácil manejarlos. Eran los mendigos proletarios de Venezuela, y muchos de ellos sólo poseían un par de pantalones y un sombrero. Si uno ha visto la pobreza de los llaneros hoy, después de todo un siglo de desarrollo industrial, no es difícil comprender cómo eran en 1813. Hasta las familias ricas de aquellos días consideraban la ropa un lujo que se heredaba de una generación a otra. Sólo la posibilidad del saqueo —una posibilidad seductoramente esgrimida por Boves— podía alistar a estas pobres gentes para la guerra.

Entre los jinetes alistados para luchar contra los patriotas estaba un negro que después se pasó a luchar bajo la bandera de la libertad. Preguntado por qué luchaba a favor de los españoles, respondió que había sido su ambición conseguir camisas para sus hermanos y para él. Una vez satisfecha su ambición creía que la guerra debía terminar.³⁶⁸

Con el permiso de robar y saquear, estos pobre demonios se veían obligados a estar al servicio de Su Majestad Católica. ¿Quiénes habían puesto en movimiento esta lucha por la libertad? Los caballeros ricos de las ciudades, ¿Quién la mantenía en movimiento? Otra vez los ricos

366 Relación del general. Briceño Méndez en O'Leary: *Memorias*, Vol. I, página 174. Blanco: *Doc.*, vol. V, págs. 92, 171, 173, 177 y 201.

367 Lecuna: *Guerra*, vol. XVII, págs. 335, 417 y 418.

368 Páez: *Autobiografía*, pág. 265. L. Vallenilla Lanz: *La guerra de nuestra independencia fue una guerra civil*. Caracas, 1912. L. Vallenilla Lanz: *Disgregación e integración*. Vol. I, pág. 169. Caracas, 1930.

caballeros de las ciudades. Era obvio que en medio de esta anarquía e ilegalidad, los desposeídos se volvieran contra los que tenían algo. Y como los propietarios aparentemente simpatizaban con la Revolución, era simple volver a los desposeídos contra ellos y seguir la bandera de la monarquía. Aquellos que nada tenían deseaban algo. Este fue el motivo subyacente en el levantamiento de los llanos. Fue fácil llevar a las gentes del llano a la batalla, porque habían nacido guerreros; en lugar de animales ahora cazaban hombres. Así se reunió una gran fuerza. Esclavos hasta ayer, eran los victimarios de hoy: un grupo fantástico, grotesco, sin uniformes, sin rango ni orden, más un rebaño que un ejército. Pero por esta misma razón eran más aptos para despertar terror a su paso: Legión del Infierno.³⁶⁹

¿Por qué estos guerreros sin práctica significaban tal peligro para la Segunda República? Bolívar se vio obligado a reclutar en las ciudades, pero éstas estaban exhaustas. Además, la población urbana ignoraba las técnicas de la guerra y era necesario entrenar a los soldados. Boves, capaz de recurrir a fuentes hasta entonces raramente utilizadas, tenía poco que enseñar a sus hombres; los llaneros sabían todo lo que se podía esperar de ellos. Luchar era su trabajo. Bolívar tenía que pagar y equipar a sus soldados y estaba, por lo tanto, atado a las normas de una administración regulada. Y a pesar de recurrir a menudo a medidas dictatoriales, en su interior era todavía obediente a la ley. Pero Boves no conocía tales inhibiciones. Sus hombres tenían menores necesidades que los de la ciudad, y como la de ellos era la ley del saqueo y del robo, podían fácilmente conseguir lo que necesitaban. Boves tampoco tenía el problema de los equipos, pues casi todos los llaneros tenían sus propios caballos, y los que no los tenían domaron potros y mulas para su uso. Si tenían sillas las usaban y si no montaban simplemente a pelo. Sus armas, que siempre llevaban con ellos, consistían en lazos con proyectiles, cuchillos y lanzas. Cuando no tenían lanzas tomaban las rejas de las ventanas y las usaban en su lugar, y todos los llaneros estaban entrenados en el uso del lazo.³⁷⁰

El problema de armar a sus hombres era serio para Bolívar. no había fábricas de armas en su país y debió adquirirlas en otros. Esto se hizo cada vez más difícil después de la derrota de Napoleón. Inglaterra había prohibido oficialmente todo comercio de armas, y los Estados Unidos habían adoptado respecto a España una política que Bolívar llamó

369 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, págs. 150, 161, 363 y 364.

370 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, págs. 150

“aritmética”. Deseando conseguir de España la península de Florida por medios pacíficos, los Estados Unidos rehusaron vender armas a los rebeldes.³⁷¹ Había una ocasional empresa que deseaba realizar contrabando, pero las condiciones eran gravosas y degradantes. Era imposible fabricar armas en un país sin preparación industrial, aunque Bolívar hubiera ordenado la producción de pólvora y balas.³⁷² Sólo le quedaba a Bolívar una solución: comprar todas las armas a las que pudiera echar mano, y hacer eso inmediatamente. Se permitió a los buques mercantes que llegaran a Venezuela llevar 30 ó 40 cañones con los cuales defenderse contra el ataque de piratas, y de ellos pudo obtener Bolívar una parte de las armas que necesitaba. Pero era claro que el reclutamiento se veía muy obstaculizado en estas condiciones. Esta falta de cañones se convirtió en el curso del año 1814, en factor decisivo del colapso del movimiento por la independencia.³⁷³ Los ejércitos de Boves no dependían de la importación de armas y además, como consistían principalmente en caballería, eran tácticamente superiores al de los republicanos.

La artillería, como arma, no jugó un papel muy importante en la guerra por la independencia sudamericana. En conjunto, encontramos en esta lucha más acciones de caballería e infantería, y ésta, de la que los republicanos dependían, tenía cargas que la hacían decididamente inferior a aquella. El clima y la vastedad del territorio eran favorables a la caballería. Los movimientos estaban menos restringidos por el sol tropical, y cuando en la estación lluviosa los caminos se convertían en ciénagas fangosas, los jinetes podían avanzar fácilmente, mientras que los soldados de infantería necesitaban muchos días. La lentitud de su movimiento los exponía también a los mosquitos y a los peligros de las fiebres tropicales. Y en el momento de la lucha la caballería tenía también una ventaja, pues los anticuados cañones de la infantería requerían seis movimientos complicados para cargarlos. Cuando la caballería atacaba, la primera salva podía alcanzar a la vanguardia de la caballería, pero se perdía tanto tiempo hasta que se volvían a cargar los cañones que la caballería podía llegar a las posiciones del enemigo. En estrecho contacto la caballería era muy superior a la infantería y podía dividirla.

Aparte de la superioridad técnica, había otro elemento que surgió de la lucha por la independencia con la entrada de los jinetes de los llanos:

371 A. Whitacker: *The Unites States and Independence of Latin América*. Baltimore. 1941.

372 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, págs. 101 y 289

373 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, pág. 365.

era el aspecto humano. Acostumbrados a entretenimientos sangrientos, los llaneros imprimían su sello sobre el conflicto. Mataban por placer, y torturaban por pasar el tiempo. Ninguno de estos inhumanos soldados podía superar a su propio líder en imaginar torturas originales.³⁷⁴

Boves observaba tranquilamente mientras sus soldados desmembraban hombres y niños que habían buscado refugio en las iglesias, hasta en los escalones del altar. Era costumbre cortar las orejas a los habitantes de las ciudades hostiles. A otros se les arrancaba la piel de los pies y se les obligaba a caminar sobre trozos de vidrio. Los jóvenes que Boves sospechaba que incitaban a la rebelión eran desvestidos en la plaza y atados a postes hasta que perecían de hambre y sed.³⁷⁵ El sacrificio no conmovía a Boves y hasta su propia palabra no le era sagrada. Una vez un padre y un hijo fueron llevados a su campamento, y el hijo ofreció cargar con el castigo de su padre. Boves prometió perdonar al padre si el hijo soportaba sin gritar que le cortaran las orejas y la nariz. El joven sufrió la desfiguración de acuerdo con lo dicho, pero Boves se arrepintió de su promesa y ordenó que los mataran a ambos.³⁷⁶

Hay una, entre las numerosas historias que todavía abundan en Venezuela, que tiene un positivo carácter dantesco. En una de las ciudades que tomó, Boves invitó a las damas a un baile a medianoche. Una débil luz iluminaba el salón y se interpretaba una música melancólica. Gradualmente las mujeres criollas aparecieron pálidas, con rastros de lágrimas y exhaustas. Ninguna se había atrevido a rehusar la invitación, pues esperaban lograr indulgencias para su familia. Bailaron con los enemigos de sus esposos, con los asesinos de sus hijos, los saqueadores de sus hogares. Cuando regresaron del baile, supieron que Boves, mientras tanto, había ordenado que sus esposos fueran fusilados.³⁷⁷

El sufrimiento y el martirio de estos años permanece por siempre en la memoria de los pueblos latinoamericanos. Aunque estos recuerdos se basen sólo en verdades anecdóticas, la desesperación que emana de ellos es imposible de fingir.

Bolívar sólo podía arrostrar el tipo de guerra que empleaba Boves en acciones similares. No se concederían más perdones en la batalla.

374 R. Blanco Fombona. "La Guerra a Muerte", en *El Constitucional*, de Caracas, diciembre 1906, enero 1907.

375 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 174.

376 Mancini: Págs. 535 ss. Heredia: *Memorias*, pág. 131. O'Leary: *Memorias*, volumen I, pág. 188.

377 O'Leary: *Memorias*, vol. I, págs. 209-210. González: *Ribas*, pág. 175.

Quien cayera en manos del enemigo encontraría una muerte segura. La guerra a muerte fue puesta en marcha por la Legión del Infierno y tenía un significado político para sus líderes. Se dirigía a la destrucción de los republicanos y al sojuzgamiento del pueblo por el terror.

La atmósfera de un régimen de terror es contagiosa. Finalmente, los perseguidos pierden sus temores y se convierten en perseguidores; no tienen ya nada que perder, nada más que esperar. Esto es lo que ocurrió en Venezuela. Cuando el general Ribas presenció las crueldades de 1814, hizo el siguiente juramento: “El terror que he tenido que presenciar me ha hecho estremecer y me llenó de un odio mortal a los españoles. Juro no dejar de emplear ningún medio para exterminarlos.”³⁷⁸

Bolívar declaró la guerra a muerte como una medida de venganza. Deseaba separar así a los españoles y a los americanos en dos bandos enemigos. Pero el arma fue arrancada de sus manos. Los venezolanos lucharon contra su propia gente con el mismo fanatismo: campo contra ciudad, esclavos contra sus amos. No podía haber armisticio ni compasión. Hasta este momento la revolución no se había convertido en una guerra civil en todo el sentido de la palabra.

Como los españoles que estaban entre los patriotas se hicieron fanáticos en sus deseos de atacar el régimen de la madre patria en sus raíces, la confusión de los frentes se hizo aun mayor.

Entre los oficiales que consiguieron Bolívar en su venturosa campaña de mayo de 1813, estaba el español Campo Elías, que dejó a su familia para unirse a los patriotas. Se distinguió en todos los encuentros, luchando con cruel determinación. A todas las preguntas respecto a las razones de su hostilidad contestaba que estaba decidido a matar a todos los españoles y finalmente a sí mismo, de manera que no quedara un español. Nadie pudo descubrir el enigma de ese odio.³⁷⁹ Pero este caso no es único. Tal vez en las profundidades del alma española yace una emoción similar a la de Caín, de odio fratricida que sale a la superficie en épocas de crisis.

Uno recuerda, al repasar la historia de esta guerra de la independencia, una pintura de Leonardo, *La Batalla de Anghiari*. Caballos castigándose los unos a los otros, jinetes empeñados en una lucha a muerte, todos entrelazados en un nudo tortuoso. Este fue el sino de Venezuela con la rebelión de los llanos en 1813. Y ésta era la situación que afrontaba Bolívar. Envió tropas, ganó batallas sólo para perderlas; conquistó provincias y las abandonó. Pero todo esto significaba poco comparado con la única

378 González: *Ribas*, pág. 176.

379 Baralt: Vol. I, págs. 198, 218.

batalla capaz de asegurar la libertad de su país. Tres meses después de su victoriosa entrada en Caracas, Bolívar comenzó a comprender que el más grande conflicto estaba por delante: la batalla por el alma de Venezuela.

XIII

1814

Un año de batallas, pero que no admite parangón con guerras de otras épocas, de otras regiones del mundo. Todo parece muy pequeño cuando se considera desde el punto de vista del número de combatientes. Napoleón y sus enemigos podían en aquellos momentos levantar ejércitos de más de 250.000 hombres, pero en Sudamérica era sólo cuestión de unos pocos miles. Visto, sin embargo, a la luz del tamaño del teatro de la guerra, el todo es gigantesco.

En el Viejo Mundo, las campañas militares pueden compararse con juegos de ajedrez. Caminos y mojones, ríos y estaciones, municiones y fortalezas, todo esto tenía un valor que los comandantes de campo aprendieron a valorar en el curso de los siglos. Pero en Sudamérica no existía tradición de ciencia militar respecto al significado de posiciones de ciudades, que Bolívar pudiera haber estudiado. Los oficiales, incluyendo a Bolívar mismo, no eran sino *dilettanti*. Bolívar se vio forzado a improvisar. Los llanos sin fin, Los Andes, la extensión del océano, todo ofrecía a su adversario un refugio donde recuperarse después de una derrota, donde reagrupar sus fuerzas para luchar otra vez. Y en estos refugios residía la posibilidad de la estrategia de Bolívar; pero cuando consiguió aprender cómo sacar ventaja de ellos, habían pasado ya muchos años de lucha. Y sus batallas durante estos años no se parecían tanto a los estudiados movimientos de un ajedrecista como a los temerarios avances de un jugador.

La estrategia de Bolívar estaba gobernada por su geografía, cuyo centro era la provincia de Caracas. La capital era la base de operaciones, y las ciudades secundarias, como La Victoria y Valencia, eran los indispensables puntos de apoyo.³⁸⁰ En el curso de su rápido avance desde Colombia hasta Venezuela había conseguido apartar al enemigo del territorio que había cruzado con sus tropas. Pero a derecha e izquierda de este corredor quedaban grupos leales a la Corona, y estos grupos no perdieron tiempo en reagruparse.

Determinada su estrategia, por lo tanto, por la ley de la “línea interna”, Bolívar debió defender no sólo la provincia de Caracas, sino también

380 Austria: *op. cit.*, págs. 246 ss. Rivas Vicuña: Vol. I, pág. 140. Para un buen detalle del pequeño número de fuerzas combatientes en ambos bandos y de las numerosas escaramuzas y batallas, ver “Batallas de la Independencia”. *B. H. de Bogotá*, vol. XIV, pág. 669.

la zona costera, de la que dependía su aprovisionamiento. Su mayor problema en ese momento era mantener las tropas enemigas diseminadas; pero para hacer frente a los peligros que le amenazaban por todas partes, debió lanzar sus fuerzas de un punto a otro del territorio. Para tapar un boquete debía abrir otro, y él mismo tomó la responsabilidad de una acción correcta en el momento crucial. Esta no era una guerra de frentes estáticos, ni de movimientos premeditados. Avanzando aquí, retrocediendo allí, Bolívar trataba de evitar los peligros más grandes y finalmente derrotar al enemigo. Así los hechos de 1813-1814 tienen un carácter incierto e impenetrable. El significado real de las innumerables escaramuzas y encuentros reside en el desesperado esfuerzo por parte de Bolívar de tomar esta línea interna y sus comunicaciones e impedir que el enemigo se consolidara.

Como la suerte de Puerto Cabello estaba todavía pendiente, Bolívar volvió su atención a los Llanos, donde dos unidades españolas, independientes la una de la otra, realizaban la guerra contra la República. La unidad que operaba en el Este estaba mandada por Boves; la otra por un español de las Canarias llamado Yanes. Ambas divisiones marcharon sobre Caracas.³⁸¹ Los patriotas, conducidos por Campo Elías derrotaron a Boves cerca de Mosquiteros el 14 de octubre, y el español escapó sólo con algunos de sus partidarios.³⁸² Lo que había comenzado como una batalla terminó en una matanza, porque los republicanos no dieron cuartel. En Calabozo, la capital de la región que aprovisionaba a Caracas, un cuarto de la población fue exterminada por ¡no tomar las armas contra Boves!

Pero tan pronto como el enemigo fue rechazado a los Llanos, otro se alzó, esta vez en el Oeste. El gobernador español, Ceballos, avanzaba hacia el Este desde la provincia de Coro. Los ejércitos enemigos se encontraron cerca de Barquisimeto. Con la victoria en manos de los republicanos llegó la orden de retirarse, cundiendo el pánico entre la infantería de Bolívar. Nadie sabe quién dio esa orden.³⁸³ El primer regimiento en rendirse fue despojado de sus medallas, rango y estandartes, por orden de Bolívar, perdiendo así su nombre y honor. Tomó esta enérgica medida al comprender que la derrota había ocurrido por razones más psicológicas que militares. Permitió, sin embargo, al regimiento que reconquistara

381 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, pág. 254. J. F. Blanco: *Bosquejo histórico*. B. H. de Caracas. Vol. V, num. 17, pág. 669.

382 O'Leary: *Doc.* vol. XIII, pág. 387. Larrazábal: Vol. I, pág. 234.

383 R. Urdaneta: *Memorias*, págs. 27, 31. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 175. Larrazábal: Vol. I, pág. 235. Baralt: Vol. I, pág. 202.

en el campo de batalla sus perdidos honores. Pero el hecho de que una señal falsa pudiera desmoralizar a un ejército entero, demostró a Bolívar qué endebles eran los lazos que unían a los soldados republicanos. Esta derrota, la primera que sufrió Bolívar en un año y medio, dio nuevos ímpetus a la causa española.

Mientras las tropas patriotas retrocedían a Valencia, la tercera división del ejército español, sitiada en Puerto Cabello intentó explotar esta ventaja atacando en dirección a esa ciudad. Ribas, para quien no existía la palabra imposible, fue requerido por Bolívar para que lo ayudara, y reunió 500 hombres, principalmente estudiantes, y 200 hombres de caballería. Estos aumentaron las tropas de Bolívar a 2.000 y con esta pequeña e inexperta tropa, sin dudarle, buscó al enemigo. Necesitó tres días de ataque ininterrumpido para derrotarlos, pues los españoles se habían atrincherado. Abriéndose paso entre las bocas de los rifles españoles, los estudiantes vencieron a viejos y experimentados soldados. El resultado fue de gran importancia, pues Valencia permaneció en manos de los patriotas, y los españoles fueron confinados una vez más en Puerto Cabello.³⁸⁴

Bolívar, como lo demostró en esa época, tenía el don de tomar decisiones rápidas, y su plan de acción demostró ser poderoso. Era necesario derrotar al enemigo antes que la guarnición de Puerto Cabello pudiera rehacerse y al mismo tiempo impedir que las dos unidades de Yanes y Ceballos se reunieran, a fin de poder derrotarlas una a una. No fue enteramente afortunado, pues no pudo impedir que el enemigo uniese sus fuerzas, y los llaneros, mandados por Yanes, se unieron a Ceballos en Araure a principios de diciembre. Sus fuerzas combinadas sumaban 5.000 hombres, mientras el ejército de Bolívar era de 3.000. A pesar de la disparidad numérica, Bolívar decidió atacar, y marchó antes del amanecer del 5 de diciembre. Si embargo, su vanguardia cayó en una trampa y fue arrasada. El ejército patriota avanzó a pesar de este revés, cantando sones de libertad. En su centro marcha el batallón sin nombre, cuyas armas eran sólo cuchillos y palos. Desbordaron la artillería enemiga y forzaron la retirada de la infantería. Pero los llaneros atacaron, y la balanza se inclinó a favor de los monárquicos.

Durante la batalla Bolívar permaneció entre sus hombres. No era como Napoleón, en la retaguardia de sus filas, frío e imperturbable, rodeado de su Estado Mayor. Era como Federico El Grande, iba de aquí allá, según lo dictara su temperamento. Y en el momento en que la suerte se volvió

384 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, pág. 254. Baralt: Vol. I, pág. 203.

contra él, guió su caballería contra los llaneros. El choque resultante fue violento, pero los patriotas pudieron sacar ventajas nuevamente. Fue su entrada personal en la batalla la que decidió la situación. La persecución duró toda la noche, y nadie, ni siquiera los que se rindieron, fueron perdonados. Bolívar, que había estado sobre su montura, desde las dos de la mañana, dirigió la aniquilación personalmente.³⁸⁵

Con este encuentro los republicanos ganaron una tregua y pudieron tomar aliento para continuar. En la mañana del 6 de diciembre, Bolívar reunió al regimiento “sin nombre”. “Soldados —les dijo—, vuestro valor os ha ganado un nombre en el campo de batalla...; mientras las balas volaban todavía y mientras os vi luchar hasta ganar, os denominé el Regimiento de la Victoria de Araure.”³⁸⁶

En verdad, el ejército republicano había luchado bien. Hasta los oficiales españoles, al admitir que la conducta de los rebeldes en cuanto a coraje y frialdad era digna de los mejores ejércitos europeos, les rindieron tributo. Los republicanos se habían salvado, es verdad, pero en el sentido negativo de alejar un peligro inminente más que en el positivo para derrotar al enemigo de una vez por todas. Nadie vio esto más claro que Bolívar. El 16 de diciembre escribía: “Si al fin pudimos vencer a Ceballos y Yanes, fue debido a un esfuerzo extraordinario, que no siempre podemos efectuar. Así debimos unir fuerzas que guiamos hasta Araure, y dejamos todo el resto de la región sin protección y expuesta a los más grandes peligros. El enemigo no explotó su ventaja en este momento. Pero al menos habrá percibido su error, y procederá con mayor energía y mejor conducción en el futuro.”³⁸⁷ En esta frase objetiva Bolívar reveló las dificultades de su posición. Sus fuerzas eran numéricamente demasiado reducidas para oponerse al enemigo en todos los frentes con igual fuerza. Cada victoria conseguida sobre los españoles fue un milagro, que sólo pudo realizarse reuniendo todos los hombres y el material útiles en un punto. Pero era dudoso cuánto tiempo estas tácticas, de arriesgar todo en un movimiento, podrían ser mantenidas. Bolívar, a principios de 1814, estaba en la situación del acróbata que camina sobre la cuerda floja, para quien el paso seguro significa permanecer en alto, pero un paso en falso, la muerte, la destrucción.

385 Para la batalla de Araure, ver O’Leary: *Doc.*, vol. I, pág. 176. Urdaneta: *Memorias*, pág. 34. Heredia: *Memorias*, pág. 230. Lecuna: *Batalla de Araure. B. de H.* Caracas, vol. XXVII, número 108, pág. 374.

386 *Proclamas*: Pág. 79

387 *Cartas*: Vol. I, pág. 89, del 16 de diciembre de 1813.

Inmediatamente después de esta victoria, Bolívar hizo todos los esfuerzos posibles para reforzar el potencial guerrero de la República. dirigiéndose al ejército, dijo: “Nuestras armas han vengado a Venezuela. El gran ejército que trató de esclavizarnos yace derrotado en el campo de batalla. Pero no podemos descansar. Nueva gloria nos espera. Y cuando la tierra de nuestro país sea completamente libre, avanzaremos para derrotar a los españoles doquiera que ellos traten de gobernar a América. Y los obligaremos a dirigirse al mar. La libertad vivirá protegida por nuestras espadas.”³⁸⁸ Este fue Bolívar, guerrero y visionario, héroe y profeta. Sólo poco tiempo antes, rodeado por el enemigo, salvándose apenas de morir, todavía fue capaz de mirar más allá de los confines de Venezuela. Y su objetivo seguía siendo la libertad de todo el continente.

Había, sin embargo, asuntos de mayor urgencia, y Bolívar volvió a la capital. Durante la batalla de Araure, Caracas había sido dejada sin tropas, Bolívar, para prevenir la posibilidad de un ataque repentino que podía ser afortunado, ordenó la inmediata construcción de fortificaciones. Cada día se hacía más difícil el problema del transporte. La introducción de tácticas militares a base de grandes cuerpos de caballería había disminuido la provisión de caballos y mulas. El pillaje y el robo se extendían en Caracas, y para combatirlos se organizó una guardia nacional. Bolívar mejoró el sistema de hospitales. Compró armas en toda oportunidad y realizó todos los intentos posibles para acelerar la producción de pólvora y balas. Los metales preciosos fueron desapareciendo de la circulación, y el problema financiero requería inmediata solución. Mucha gente pagaba sus impuestos con mercaderías, algunos hasta entregando esclavos para pagar sus deudas. La falta de dinero era común. Los herreros que trabajaban en fábricas de armas deseaban seguir haciéndolo con media paga, pero el dinero era insuficiente hasta para esto. Bolívar requisó todos los metales preciosos, y pronto hasta los vasos de Plata de las iglesias y monasterios fueron confiscados y fundidos. Este recurso extremo estaba justificado por la urgente necesidad del Estado, pero la población rebelde bajo toda circunstancia, se mostró más inquieta y obstinada con estas medidas.³⁸⁹

Bolívar no dejó piedra sin mover en sus intentos de lograr el favor de su pueblo. Dos días después de Araure dirigió una proclama a los venezolanos, prometiéndoles tolerancia e indulgencia si se sometían a las leyes de la República. En enero de 1814 extendió el perdón a aquellos

388 Larrazábal: Vol. I, págs. 245-246.

389 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, págs. 30, 35, 41, 79, 80, 84, 96, 98, 368 y 383.

que se presentaran voluntariamente, con armas o sin ellas, se impartieron instrucciones estrictas a las autoridades militares y civiles para que pusieran fin a los fusilamientos arbitrarios.³⁹⁰

En este momento Bolívar dio a Ricardo Wellesley exacta cuenta de su posición. “La debilidad... o más exactamente la inexistencia de nuestra posición, me obligó a estar en el campo de batalla y al frente del Gobierno al mismo tiempo. Tuve que levantar, y después guiar, a todas nuestras fuerzas. Así me veis por necesidad, al mismo tiempo jefe de Estado y comandante en jefe del ejército.”³⁹¹ Esta carta a Wellesley es una piedra en el mosaico de la política exterior que Bolívar estaba tratando de establecer. No importa lo mucho que le molestara su responsabilidad militar o lo que le perturbara su creciente ansiedad sobre la política interna, nunca olvidó que Venezuela era sólo una parte del continente americano. Y liberar al continente implicaba la creación de un lugar en el mundo para Venezuela.

Bolívar envió una delegación a Londres para conseguir, como ya lo había tratado de lograr cuatro años antes, el reconocimiento de Venezuela. nuevamente ofreció la perspectiva de un monopolio al comercio inglés a cambio de un empréstito, armas y la protección de la costa por parte de la armada británica.³⁹²

Bolívar hizo un intento similar para captar la simpatía de la hermana República, y sus representantes en Washington recalcaron el concepto del panamericanismo. Si los delegados no podían conseguir su propósito primero, o sea el reconocimiento internacional, debían, al menos, urgir una intensificación de embarques. Esto les proporcionaría los artículos indispensables, armas, y mejoraría las relaciones comerciales, todo lo cual traería, tarde o temprano, el reconocimiento.³⁹³ El deseo impetuoso de Bolívar corría mucho más que la realidad. Sin embargo, era cierto que cuando Bolívar poseyera dinero, hombres y armas, y tuviera una flota para proteger la costa y asegurar las provisiones, estaría seguro de su triunfo en este gran juego.

En el año 1814 esto no era más que un sueño, y Bolívar debió adaptarse a las circunstancias tal como eran. Después de la victoria de Araure, su programa comprendía estos puntos: 1) La captura de Puerto Cabello; 2) defensa de la frontera occidental; 3) destrucción de los ejércitos de

390 *Proclamas*: Págs. 79-81.

391 *Cartas*: Vol. I, pág. 92.

392 Ver las Instrucciones en O’Leary: *Doc., vol XIII, pág. 459 ss.*

393 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, pág. 321.

los llanos. Y el primer paso hacia su realización residía en la unidad de Venezuela, en reunir al Este y al Oeste. Era necesario que Bolívar llegara a un entendimiento con Mariño, que había hecho oídos sordos a sus constantes pedidos de apoyo en el Este. Esta división del país en dos dictaduras militares selló su suerte. Para asegurar la victoria de Araure, Bolívar se vio forzado a retirar las tropas republicanas de los llanos, y Boves no perdió tiempo en sacar ventajas. Derrotó a los patriotas en La Puerta el 2 de febrero, y una vez más fue la superioridad de la caballería la que le dio el triunfo.³⁹⁴

Apenas dos meses después de Araure la existencia misma de los republicanos corría peligro, pues Boves avanzaba hacia la capital desde los llanos. Una vez más Bolívar pidió a Mariño que atacara la retaguardia de Boves. Mientras tanto Bolívar estrechó sus posiciones para mantener el centro intacto.

La derrota de La Puerta tuvo resultados trágicos en el interior. Hemos visto las vacilaciones de Bolívar cuando enfrentó el problema de los españoles en Venezuela. habiendo declarado la guerra a muerte, después cambió y les ofreció la mano para reconciliarse. Arrojó a los españoles a la prisión y entonces intentó intercambiarlos con el enemigo. Debido a que la existencia de prisioneros constituía una amenaza para la seguridad interna, recurrió al expediente de exiliarlos en los Estados Unidos, enviándolos a bordo de buques neutrales. En el momento de esta decisión supo de la derrota de La Puerta. La República estaba en peligro. Si los ochocientos o más prisioneros que estaban en La Guayra tomaban contacto con el enemigo, Caracas estaría en peligro de correr una suerte similar a la de Puerto Cabello dos años antes. Por esta razón, Bolívar ordenó la ejecución de todos los prisioneros. No hubo excepciones, ni siquiera se perdonó a los pacientes de los hospitales, y la orden fue llevada a cabo de la forma más cruel.³⁹⁵

Esta decisión, monstruosa y concebible sólo durante épocas de revolución, no era defendible ni siquiera a la luz de estas circunstancias. Bolívar comprendió bien el horror de sus actos, y dirigió un manifiesto al mundo, tratando de justificarse. Como primera razón se refería a las atrocidades cometidas por Boves y sus hombres y consideraba sus propias acciones como una represalia. Pero la verdadera razón residía en

394 O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 432. Blanco: *Doc.*, vol. V, págs. 34 ss. Larrazábal: Vol. I, pág. 276. Baralt: Vol. I, pág. 226.

395 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, págs. 19 ss. O'Leary: *Doc.* vol. XIII, pág. 433.

su temor a una conspiración entre los prisioneros y el ejército español.³⁹⁶ No pudo encontrar otro medio de impedirlo que eliminar los ochocientos hombres que constituían una quinta columna dentro de la República.

No trato de disculpar a Bolívar, no deseaba eludir la responsabilidad que recaía sobre él. En un mundo que sólo reconocía la ley de la venganza, tenía poco que elegir. A su alrededor existía la arbitrariedad, y le fue imposible a él solo controlar sus acciones de acuerdo a las normas. El terror, por lo tanto, gobernaba ambos campos.

La decisión de Bolívar de resistir era indestructible. Sólo cuatro días después de la derrota de La Puerta, Ribas se lanzó contra el ejército de los llanos y lo obligó a retroceder. Pero aunque el peligro peor había sido alejado, la situación era todavía crítica. Las reservas republicanas de hombres y material estaban casi exhaustas, mientras los refuerzos fluían constantemente en los campos monárquicos.

Bolívar debió reunir todas sus fuerzas en un punto para defender las ciudades vitales de Valencia y Caracas. Para esto eligió San Mateo, ya que el terreno no era allí favorable a los ataques de la caballería enemiga. Bolívar conocía San Mateo muy bien. Había pasado muchos años tranquilos en los valles de Aragua, en el Estado donde trece años atrás, había vivido su breve sueño de matrimonio. Pero a los recuerdos les faltaba realidad frente a las sangrientas luchas que arrostraba.

Por más de un mes Bolívar defendió sus posiciones en San Mateo contra un enemigo cuya caballería sobrepasaba la suya al menos diez veces. El primer gran encuentro tuvo lugar el 28 de febrero, después de muchas escaramuzas. Boves fue herido y sus tropas retrocedieron. Bolívar, sin embargo, sufrió pérdidas considerables, y dos de sus mejores oficiales murieron, uno de ellos el español Campo Elías. Bolívar esperaba forzar una decisión antes que Boves se recobrara, pero era demasiado débil para poder tomar la ofensiva. En cambio trató de atraer a su enemigo para que abandonara su escondite, de manera que su caballería pudiera ser destruida por la artillería de Bolívar. Los llaneros no cayeron en esta trampa. Pero para el 24 de marzo, Boves pudo tomar el mando nuevamente, él también trató de forzar el fin. Mariño, después de su imperdonable demora, decidió unirse a la lucha. Como Boves temía su ataque por la retaguardia, ordenó a sus hombres atacar las posiciones de Bolívar el 25 de marzo.³⁹⁷

Se volvió primero contra el ala izquierda de los patriotas, situada

396 *Cartas*: Vol. I, págs. 97, 107-108. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 192.

397 Baralt: Vol. I, pág. 240, 248. Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, pág. 263.

alrededor del molino de caña de azúcar de San Mateo. En este edificio, una débil guarnición defendía las provisiones y municiones de Bolívar. Cuando las tropas enemigas se aproximaron en la madrugada, los republicanos comprendieron que su suerte estaba sellada. Estaban mandados por un colombiano, Ricaurte, que reunió sus hombres dentro del molino. Vio que la huida era imposible. Para impedir que las preciosas provisiones cayeran en manos del enemigo, voló el molino con él y sus hombres dentro.³⁹⁸

El heroísmo de Ricaurte elevó el coraje de los patriotas. Sin embargo, esta acción no fue decisiva respecto a la batalla, y la caballería de Boves se lanzó una y otra vez contra las alas central y derecha de la infantería republicana. En una parte de la batalla que duró todo el día, Bolívar y sus hombres fueron rodeados por la caballería enemiga, pero su artillería impidió que los llaneros se aproximaran a sus posiciones. Las situaciones ventajosas cambiaron de mano varias veces, hasta que, alrededor de las cinco de la tarde, los patriotas cambiaron su línea de batalla y Boves debió retirarse al punto de partida de su ataque. Por tercera vez en aquel mes el ejército republicano había escapado a la aniquilación.³⁹⁹

Era dudoso por supuesto, que Bolívar pudiera sostenerse. Los líderes monárquicos trataban de unirse y de herir la Revolución mortalmente de una vez por todas. Bolívar, por su parte, trataba de mantenerlos separados con todos los recursos a su mano, y de derrotarlos individualmente. Nunca tuvo éxito en destruirlos totalmente. Hacia mediados de mayor estaba en Valencia, enfrentado por un ejército de cinco mil hombres bajo el mando de Cajigal. Los adversarios se atrincheraron para resistir los ataques enemigos desde posiciones seguras: Bolívar considerándose demasiado débil para tomar la ofensiva, y Cajigal esperando para reunir sus fuerzas con las de Boves. Pasaron dos semanas solamente con

398 En el *Diario de Bucaramanga*, pág. 373 encontramos una frase escrita por Bolívar en 1828, en la que dice que Ricaurte murió en forma menos dramática, pero que él, Bolívar, había creado el mito de Ricaurte para reforzar el esfuerzo guerrero de los colombianos. Este y otros actos similares de Bolívar en sus últimos años deben ser considerados como inclinados por su aversión a los colombianos liberales que luchaban contra él en aquellos momentos. La mayoría de los historiadores aceptan el sacrificio de Ricaurte como auténtico. Ver L. Orjuela: *Ricaurte y sus impugnadores ante la crítica*. Bogotá, 1922.

399 Blanco: *Doc.*, vol. V. pág. 97. Urdaneta: *Memorias*, pág. 74. Larrazábal: Vol. I. pág. 311. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 202. Lecuna: *Guerra*, vol. XVII, páginas 267, 337, 340.

escaramuzas de las vanguardias. Finalmente, Bolívar decidió arriesgarlo todo, pues comprendió que cada día de demora sólo acercaba a la Legión del Infierno. Forzó la acción el 28 de mayo, en los llanos de Carabobo. La suerte fue generosa con él, el ejército real fue derrotado y sus fuerzas separadas.

Otra victoria, o mejor dicho, otra demora, pues la Segunda República estaba en verdad herida de muerte. Las pérdidas fueron importantes, tanto que Bolívar no se atrevió a revelarlas. Con cada día que pasaba, la falta de armas era más seria. El equipo de los soldados era lamentablemente deficiente; muchos estaban casi desnudos. Si Bolívar hubiera mandado un ejército bien equipado, posiblemente podría haber perseguido al enemigo después de la batalla de Carabobo. Pero no pudo bajo estas condiciones. Para empeorar las cosas, la estación lluviosa había comenzado y los ríos habían aumentado su caudal; los campos se convirtieron en ciénagas.

Bolívar regresó a Caracas. Pero si esperaba dar a la República una transfusión de sangre de las venas de la más leal de sus ciudades, iba tener un amargo desengaño. El letargo había seguido a los tremendos esfuerzos del año anterior durante el cual la inquietud interna y las amenazas exteriores se habían alternado sin pausa. Caracas había dado el máximo, ¿y quién podía censurar al pueblo porque ahora estuviera desalentado? Los Borbones habían vuelto al trono de España, y parecía inevitable que la reacción triunfara sobre las esperanzas de los pueblos libres. Cuando Bolívar pidió renovados esfuerzos a sus conciudadanos, encontró apatía, que era el resultado del hambre, la pobreza, el dolor y la desesperación. Pero no estaba vencido. Soldado ayer, hoy tomó la pluma para convencer a sus hermanos de que el triunfo de los aliados sobre Napoleón no significaría ninguna ventaja para España. Tarde o temprano, sostenía, Gran Bretaña se convertiría en defensora y aliada de la independencia americana.⁴⁰⁰ Una profecía maravillosa estaba a las puertas.

Una vez más Bolívar estaba en una posición de verse forzado a arriesgar todo. Habiendo dejado Caracas, el 15 de junio en la mañana tomó el mando del ejército que estaba cerca de La Puerta. El mismo día se enfrentó con Boves. Ambos ejércitos tenían fuerzas más o menos iguales, aproximadamente tres mil hombres. Después de exhortar las tropas a la victoria, Boves ordenó a su infantería avanzar sobre el centro de las tropas de Bolívar y a su caballería dirigirse contra los flancos del enemigo. Su operación fue venturosa, y en una batalla que duró dos

400 Ver artículo de Bolívar en Lecuna. *Guerra*, vol. XVIII, pág. 350.

horas y media, el ejército de Bolívar fue completamente derrotado. La artillería, las municiones y toda la línea patriota cayeron en manos de Boves. Junto a Bolívar se desplomó su secretario de Estado, Muñoz, y cuatro de sus coroneles. El Libertador, puñal en mano pudo escapar. Bermúdez arrojó su costoso atavío a los llaneros, y huyó mientras estos luchaban por conseguir el botín. El coronel Jalón, capturado, fue invitado a cenar con Boves, y en su presencia el conquistador español ordenó que lo fusilaran después de la comida.⁴⁰¹

Boves, creyendo que encontraría a Bolívar en Valencia, marchó hacia esa ciudad. Cada día su ejército aumentaba en número; los hombres se le unían, por miedo unos y otros por lealtad a la causa del régimen hereditario. Valencia capituló el 11 de julio.

Un pánico completo se apoderó de Caracas en medio de este colapso general. Nadie sabía qué hacer, y se desafiaba la autoridad de Bolívar. Las provisiones comenzaron a escasear, y los republicanos que habían huido del interior a la capital debieron dormir en las iglesias, pues no había casas suficientes para albergarlos. Lentamente las tropas enemigas marchaban sobre Caracas, pero tan grande era el desaliento de la gente que no se intentaba nada para impedir el avance del enemigo.

El 6 de julio, Bolívar decidió evacuar Caracas y retirarse hacia el este de Venezuela. fueron con él veinte mil personas; sólo unas pocas de ellas volverían a ver sus hogares. Cuatro mil habitantes que preferían esperar la muerte en sus propias casas, quedaron en la ciudad.

Y la muerte llegó a ellos. Pero, según Boves, la muerte era demasiado buena para los republicanos, y permitió violaciones, torturas y mutilaciones. La edad no protegía a los inocentes, ni hubo ningún lugar sagrado. Pirámides de calaveras marcaban el camino de los llaneros. Aquellos de los que sólo se sospechaba que eran patriotas eran marcados, como criminales comunes, con una P en su frente.⁴⁰²

Los que pudieron, huyeron para salvarse. No fue la primera vez, pues desde los primeros días de la guerra la población civil debió ir de pueblo en pueblo. Una caravana de miseria vagaba detrás de Bolívar. Casi carentes de provisiones, faltándoles caballos y mulas, solo con la esperanza de salvar sus vidas, mujeres, ancianos y niños avanzaban con dificultad a lo largo de los senderos de la costa. Los que seguían a Bolívar

401 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 204. Larrazábal: Vol. I, pág. 314. Baralt: Vol. 1, pág. 270. Heredia: *Memorias*, pág. 261. Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, páginas 270, 363 y 364.

402 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, páginas 161, 379, 402 y 573.

eran en su mayoría miembros de la aristocracia criolla. No acostumbrados a marchar a pie, ni siquiera a la iglesia, debían ahora caminar a través de ciénagas y ríos caudalosos, pues estaban en la estación lluviosa. Era atacados por mosquitos y consumidos por fiebres. Barcelona, su objetivo, estaba casi a cuatrocientos kilómetros de distancia. Siguiendo el ejemplo de Bolívar, los que iban a caballo llevaron con ellos mujeres y niños. Así la cabalgata trajinó por veinte días. Era un peregrinaje de desesperación. Mariño les había asegurado que el Este los ayudaría, y por esta razón se dirigieron en esa dirección.⁴⁰³

Pero al llegar a Barcelona, Bolívar encontró que las cosas habían cambiado materialmente para peor. El pueblo se había hecho rebelde; las provisiones se habían acabado, y las arcas estaban vacías. Aunque Bolívar había reunido rápidamente tantos hombres como pudo, éstos, unidos a los que había traído desde Caracas apenas alcanzaban a dos mil quinientos. Mientras tanto, Boves había enviado la mayor parte de su ejército hacia el Este y dejado el mando en manos de su representante, Morales.

El encuentro que siguió entre las fuerzas combatientes de Morales y el pequeño ejército republicano ocurrió sólo cinco días después de la entrada de Bolívar en Barcelona. Pero Bolívar no pudo controlar el plan de batalla, y esto era síntoma de la anarquía que existía en el campo patriota. La catástrofe se precipitó por la superioridad numérica de los españoles. Esta batalla, en Aragua, fue una de las más sangrientas de toda la guerra y, como siempre, también se vio envuelta la población civil. Casi cuatro mil hombres murieron en este combate. Morales se vio forzado, por la putrefacción de los cadáveres, a abandonar Aragua al día siguiente. Con esta derrota quedó sellada la suerte del Este, y esta región, también, fue perdida para la causa de la libertad.⁴⁰⁴ La bandera negra con una calavera, dada a sus tropas por Boves, flameaba sobre el tricolor bandera de Venezuela.

Bolívar había escapado. Pero no había descanso para él. Cada cual se erigía en líder, y no parecía deseoso de reconocer a Bolívar como comandante en jefe. Los infelices refugiados que habían deseado permanecer en Barcelona fueron obligados a continuar hacia adelante, con Cumaná como próxima etapa. Algunos pudieron huir por mar,

403 G. González: *Historia de Venezuela*, vol. II, págs. 102-103. Caracas. 1930. Baralt: Vol. I. pág. 277. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 206. Rourke: *op. cit.* pág. 129. Blanco: *Venezuela heroica*, pág. 183, Caracas, 1883.

404 Larrazábal: Vol. I, pág. 237, O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 207.

muchos murieron. Hubo madres que mataron a sus hijos. Bolívar hizo todo lo posible para aminorar sus sufrimientos, pero era impotente. Llegó a Cumaná con doscientos hombres, y era obvio que no podría detenerse allí tampoco. Se reunió un consejo de guerra, con Ribas, Bolívar, Piar y Bermúdez como miembros, y se decidió retirarse a Guiría o a la Isla de Margarita, donde podrían obtener refuerzos desde las Antillas Británicas. Bolívar escribió inmediatamente a sus amigos en Trinidad y Barbados, mientras él tuviera aliento, la Revolución viviría.

Pero ahora estaba solo. Su ejército estaba derrotado, y a su alrededor había hombres del Este que nunca habían confiado en su fama y su posición. Hasta los pocos viejos amigos que estaban a su lado comenzaban a dudar de él.

Antes de retirarse de Caracas, Bolívar había podido salvar veinticuatro cofres de piedras y Plata de la Iglesia; con el producto de su venta pensaba comprar municiones a las colonias británicas. Había confiado los cofres a un oficial y los había enviado a Cumaná, pero cuando decidió evacuar esta ciudad también, Mariño ordenó que la plata fuera llevada a uno de sus barcos y enviada al siguiente punto de resistencia.

Bolívar llegó a Cumaná, en el crepúsculo del 25 de agosto, y un nuevo consejo de guerra se reunió mientras él, todavía, cenaba. Llegó la noticia de que la pequeña flota se había hecho a la mar, y se temió una traición, ya que Bianchi, que estaba al frente y era un hombre de Mariño, valía poco más que un pirata y habíase unido al campo republicano con la perspectiva de un botín. Para salvar el tesoro del Estado, Bolívar y Mariño fueron a bordo y exigieron la inmediata entrega de los cofres. Bianchi propuso una división. Durante la discusión, el barco continuó su curso hacia la isla Margarita, donde Bolívar pudo finalmente forzar al capitán italiano a llegar a un acuerdo, y obtuvo la mayor parte de la plata y algunos barcos.⁴⁰⁵

Pero aquellos patriotas que habían quedado atrás sentían ahora confusión y turbulencia emocional, interpretando mal las intenciones de Bolívar. Había huido y por lo tanto era un traidor; peor aún, un ladrón que había robado el dinero perteneciente a la República. Siguió un estallido de histeria política nada raro en momentos de crisis, en una época de levantamiento. Los líderes de este grupo dudoso eran Ribas, que había tomado el mando de las tropas. Y Piar, jefe del estado mayor de Mariño.

405 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, páginas 488. Ver también *B. de H.* Caracas. Volumen XIII, núm. 49, pág. 13. *Cartas*: Vol. I, pág. 102. Baralt: Vol. I, pág. 282.

Piar era sin duda valiente, pero no se podía confiar en él, y su actitud era sorprendente. ¿Pero Ribas? ¿Había perdido la cabeza y se había dejado convencer por Piar? No es posible estar seguros. Pero es cierto que estos dos hombres, que se habían elevado a posiciones de poder en la República, amenazaban ahora el mando de Bolívar y Mariño. Y el 2 de octubre ambos hombres proscribieron a Bolívar.

Unos pocos días después, el Libertador volvió a Carúpano con el dinero y los buques rescatados, pero nadie creyó sus explicaciones respecto a su actitud. Ribas no podía admitir que la vuelta de Bolívar era una refutación implícita a sus acusaciones. En cambio tomó el dinero y las municiones y, tratando a Bolívar de cobarde y desertor, lo arrestó y le exigió la promesa de no escapar. Ahora Bolívar estaba en una situación en la que podía comprender la injusticia y humillación sufrida por Miranda dos años antes. Pero él no era Miranda, y como el poder de la oratoria no le había abandonado, pudo convencer a los oficiales que lo guardaban de su error en detenerlo. Dos días después fue puesto en libertad.⁴⁰⁶

No había tiempo que perder si Bolívar deseaba salvarse, y el 7 de septiembre el vencido y proscrito líder hizo este llamamiento a sus conciudadanos:

“He sido elegido por la suerte para quebrar vuestras cadenas. Pero he sido también el instrumento utilizado por la suerte para completar vuestra desgracia. Era el destino de Venezuela que sus hijos no desearan la libertad.” Expresó su intención de informar sobre sus actividades al Congreso de Nueva Granada, y planeó volver a liberar al país con la ayuda de los hermanos colombianos, si los venezolanos no se habían liberado ya para ese momento. Libertad o muerte, ésa fue su consigna y siguió siéndolo. Ninguna fuerza terrena podría apartarlo de ella. “La libertad nunca ha sido esclavizada por la tiranía. No comparéis vuestras fuerzas materiales con las del enemigo. El espíritu no puede compararse con la materia. Vosotros sois seres humanos, ellos son bestias. Vosotros sois libres, ellos son esclavos. Luchad y venceréis. Dios asegura la victoria a la perseverancia.”⁴⁰⁷ Al día siguiente tomó el barco y se dirigió a Cartagena, como había hecho dos años antes. Mariño y cuarenta y dos hombres lo acompañaban.

Dejaba a su país en ruinas. Con su natural claridad de pensamiento, Bolívar podía percibir que Venezuela misma había impedido su propia independencia. Aquellos que, con Ribas y Piar, atribuían la caída de la

406 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, pág. 84.

407 *Proclamas*: Pág. 111.

Segunda República a fallas humanas, estaban en un trágico error, y muy pronto el país comprendería su equivocación. Boves se dirigió hacia el Este, tomando el mando y miles de republicanos fueron asesinados. Algunos, como la hermana del general Sucre, que tenía catorce años y saltó del balcón, prefirieron quitarse la vida.⁴⁰⁸

Ribas resistió hasta fin de año, cuando el 5 de diciembre, exactamente un año después de la batalla de Araure, fue derrotado en Urica. Pero quedaba un consuelo a los republicanos por esta destrucción final de sus fuerzas: la muerte de Boves, herido por una lanza. Durante muchos días Ribas erró por los llanos hasta que fue reconocido por un esclavo y traicionado. Después de su ejecución, su cabeza, todavía con el gorro frigio que había usado como símbolo de la libertad, fue exhibida en una jaula de hierro. Veintiún miembros de su familia habían muerto en otros tantos meses. Ahora, a principios de 1815, Venezuela era otra vez una posesión de España. El levantamiento en los llanos había conseguido todo lo que Boves había esperado, y el país había sido nuevamente esclavizado al precio de su destrucción. Un análisis de la situación de Venezuela en aquella época fue hecho por un español, José Manuel Oropesa: “Ya no es una provincia. Establecimientos de mil almas han disminuido..., algunos hasta sólo unos pocos cientos..., algunos todavía menos. Los pueblos están arruinados. Familias enteras han desaparecido; su único crimen fue poseer una propiedad de la cual podían vivir honorablemente. En las ciudades no hay granos ni frutas. Todo ha sido robado de las iglesias, hasta lo más sagrado.”

Fueron las familias grandes y ricas que deseaban terminar su alianza con España las que hicieron que Venezuela entrara en el movimiento por la Independencia. Pero el sueño de estos aristócratas, que creían que podían liberar al país sin perder su posición de privilegio, se disipó, y la mayoría de las familias criollas fueron muertas. Su riqueza desapareció. Las semillas de la revolución habían florecido en forma terrible; sus tallos estrangulaban las delicadas flores de la sociedad colonial. Este, el resultado del año 1814, fue más allá del confuso drama de las batallas, de victorias y derrotas, de anarquía y crímenes.

España había triunfado por el momento. Ya las velas de su gran flota podían ser vistas en el horizonte; una flota que traía un ejército que enviaba la madre patria para sojuzgar a las colonias de una vez por todas. Todavía no había muerto el concepto de libertad nacional, a pesar de que había sido silenciado por el terror de un régimen bárbaro. Boves había

408 Lecuna: *Guerra*, vol. XVIII, páginas 569, 572 y 585.

muerto, pero Bolívar vivía. La sociedad colonial, la primera en tomar la bandera de la independencia ya no existía, pero en los campos de batalla de los años por venir aparecería un nuevo grupo, el fundamento de la democracia sudamericana. Y estaba en la naturaleza de las cosas que sólo un hombre podía guiar ese grupo, un hombre que, aplastado por el colapso de hoy, todavía abrigaba en su corazón la visión inextinguible del mañana.

Catorce años después, Bolívar recalcó que nunca había ganado mejores laureles que durante este terrible año, 1814. “Esta inconcebible y lamentable campaña en la que, a pesar de las muchas y repetidas catástrofes, la gloria de los vencidos no puede ser empañada. Se perdió todo, menos el honor.”⁴⁰⁹

409 *B. de H.* pág. 382.

XIV

¡VIVAN LAS CADENAS!

¡Otra vez en fuga! Pero Bolívar fue objeto de la bienvenida que se dispensa a los héroes cuando llegó a Cartagena el 19 de septiembre de 1814, después de pasar diez días en el mar. Sólo unos pocos meses antes, el Estado le había conferido la ciudadanía honoraria y, en tal oportunidad, Bolívar replicó que los hijos de Caracas y Cartagena eran miembros de la misma familia.⁴¹⁰ Ahora se le acogió como se recibe a un hermano, pues todos se dieron plena cuenta de que había puesto en marcha una gran empresa. Nadie le reprochó que no hubiera podido llevarla cabo venturosamente en esos momentos. Frustrado, depuesto, desterrado por su propio pueblo, Bolívar no había perdido en ningún momento la fe en su buena estrella. En su viaje a Cartagena, había dicho a Mariño: “No puede haber victoria a expensas de la libertad. Los que hoy gobiernan Venezuela serán humillados y barridos el día de mañana.” Según Mariño, Simón Bolívar “hubiera convencido a las piedras de la necesidad de su victoria”.⁴¹¹

El plan que Bolívar acariciaba cuando llegó a Cartagena se parecía en ciertos aspectos al de 1812. Una vez más esperaba reconquistar a Venezuela con la ayuda de Colombia. Por ahora podía apreciar la situación con más claridad. Cartagena sola no tenía la fuerza suficiente para liberar a su país. Únicamente el Congreso de las Provincias Unidas podía prestarle la ayuda que necesitaba. En seguida de su arribo, envió al presidente del Congreso un informe sobre los acontecimientos que implicaron la destrucción de Venezuela y anunció su intención de presentarse ante el Parlamento. A comienzos de octubre remontó el río Magdalena con destino a Tunja. Al llegar a la ciudad de Ocaña se enteró de que su ejército en Venezuela no había sido destruido totalmente. Urdaneta había logrado abrirse paso a través del territorio colombiano con su división. Bolívar vio en este fragmento el núcleo de un nuevo ejército. La desgracia, decía a sus soldados, es la forja de los héroes. Su lema seguía siendo: Libertad o muerte.⁴¹²

Pero al mismo tiempo Bolívar se enteró de la existencia de un malentendido que había surgido entre los venezolanos y los colombianos

410 *Proclamas*: Pág. 108. Blanco: *Doc.* vol. V. págs. 87-88.

411 Larrazábal: Vol. I, pág. 341. Baralt: Vol. I, pág. 315.

412 *Proclamas*: Pág. 116. O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 573

y que fácilmente podía echarlo todo a perder. “Nuestra patria es América —decía a sus hombres—. Nuestros enemigos son los españoles. Nuestra meta es la independencia y la libertad.” El ejército reconoció una vez más la autoridad de su jefe y lo siguió en su marcha hacia el corazón del país.⁴¹³

El 22 de noviembre llegó a Tunja, sede del Congreso. Camilo Torres no era ya la cabeza del gobierno, pero había sido designado presidente del Parlamento y aún tenía influencia. Al enterarse del arribo de Bolívar, le envió como regalo uno de los mejores caballos y una costosa silla. El insigne honor que esta actitud entrañó para Bolívar sólo puede comprenderse si se está al tanto del cariño que el sudamericano, inclusive en esta época mecánica, dispensa a sus caballos. Pero Bolívar no aceptó el regalo hasta que relató su informe ante el Congreso, en el que apareció al lado de su amigo. Al referirse a la Constitución y a la caída de la Segunda República, solicitó que sus actos fuesen examinados meticulosamente y juzgados con imparcialidad. Camilo Torres mantuvo su fe en Bolívar. “General —le dijo—, su país no está muerto mientras viva nuestra espada. El Parlamento le concederá su protección, pues está satisfecho con su conducta. No tuvo suerte como soldado, pero es un gran hombre.”⁴¹⁴ Este elogio de parte de Torres estaba dirigido a Bolívar, el hombre.

El objetivo de Bolívar seguía siendo incommovible: la libertad de América. Y la primera condición para conseguirla era restaurar la independencia de Venezuela. ¿Qué posibilidades podían ofrecer a Bolívar los países limítrofes para realizar este gran ideal?

El que una vez había sido virreinato de Nueva Granada no era aún sino una unión endeble de Estados, cuya misma existencia amenazaban las fuerzas españolas en el Norte. En lo interno, las peleas inútiles entre los distintos miembros de la unión producían efectos separatistas. Pero hasta los más engañados de estos Estados comprendían que los elementos que ayer contribuyeron a la desgracia de Venezuela podían conjugarse mañana en la Némesis de Colombia. Sólo era posible la obtención de la libertad de América si sus partes integrantes se anteponían a toda otra consideración. En consecuencia, si Colombia se iba a convertir en el trampolín de la nueva campaña de Bolívar, era fundamental asegurar la unidad interna del país. Y ése fue el propósito que guió sus pasos durante

413 *Proclamas*: Pág. 117, *Cartas*: Vol. 1, pág. 103. Urdaneta: *Memorias*, páginas 96-97. Larrazábal: Vol. I, pág. 343

414 Larrazábal: Vol. I, pág. 343-344.

los seis meses subsiguientes. Aquí no había mercenarios que cambiaran de jefes e hiciesen la guerra por la guerra misma. Si utilizaba su poder en la unión colombiana para subordinar a las provincias rebeldes al gobierno central, actuaba así porque comprendía que vivía la undécima hora. No había sido casualidad que España derrotara a Venezuela. A fines de 1814, España estaba en condiciones de obtener los mayores beneficios de esta victoria.

El heredero de España había retornado al trono como Fernando VII, después del colapso napoleónico. Durante su camino hacia Madrid, el rey fue objeto de demostraciones de júbilo tan excesivo que creyó que podía hacer lo que quisiese. El partido servil que había apadrinado la vuelta de España a su decadente absolutismo tenía enfrente al Partido Liberal, responsable de la Constitución de Cádiz. Fernando abolió de inmediato este cuerpo legal y encarceló a treinta de los principales representantes liberales. A la rastra de esta actitud brutal y miope, aparecieron algunos instrumentos de la reacción antiguos: la censura, la Inquisición y hasta la tortura. Pero el pueblo español aceptó este retorno a la vieja existencia sin ninguna protesta, y ante la anulación real de la Constitución reaccionó con un “¡Vivan las cadenas!” El pueblo parecía deseoso de seguir al monarca idealizado hasta donde fuera.

América sólo podía esperar de él la restauración del gobierno real mediante la aplicación más cruel de la fuerza. En noviembre de 1814, el rey decidió enviar una fuerza expedicionaria para sojuzgar a América. Pero Bolívar, al aceptar la designación de capitán general de la Federación de Estados Colombianos, no estaba muy al corriente de estas intenciones.⁴¹⁵ Lo que sí preveían es que el continente sudamericano sentiría muy pronto todo el peso de la fuerza española. Por esta razón intentó unir las provincias de la Nueva Granada antes de que las fuerzas españolas desembarcasen en sus playas. Una vez más pudo lograr lo imposible con su retórica y el gobierno le demostró la confianza que le tenía dándole un ejército para que continuase la guerra. Con el fuego de su personalidad pudo atravesar la niebla de la indiferencia.

La primera tarea de Bolívar fue derrotar a la rebelde provincia de Cundinamarca, cuya capital era Bogotá. Pero esta región del país le resultó hostil y pareció como si él constituyese un obstáculo, mas que una ayuda, para la unidad política. Además, se le conocía como el Hombre

415 O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 539, 540. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. I. página 265. Lecuna: *Documentos inéditos. El Libertador en Nueva Granada, 1814-1815. B. de H.* Caracas, vol. XIX, núm. 73, pág. 21.

del Terror, perseguidor del clero y asesino de prisioneros. El arzobispo de Bogotá lo había excomulgado y los funcionarios públicos llegaron a solicitar ayuda de los españoles en su contra. Bolívar hizo cuanto pudo para poner fin a la guerra civil. Perdonó a los prisioneros españoles y prometió no llevar a Colombia la guerra a muerte, ofreciendo dejar que los rebeldes se fuesen sin castigo. ¿Fue posible que sus críticos creyesen que estaba encandilado con la idea de convertirse en dictador de Colombia? ¿El, que deseaba llevar la insignia de la libertad hasta Lima? Así, diez años antes de su expedición al Perú, Bolívar reveló a los colombianos ésta, la mayor ambición de sus planes político-estratégicos. Sin embargo, ninguno de sus argumentos pudo prevalecer entre ellos.⁴¹⁶

En rápido avance llegó desde Tunja a Bogotá, Bolívar se apoderó de la mayor parte de la provincia de Cundinamarca y el 9 de diciembre llegó a las puertas de la capital. Bogotá intentó defenderse, pero después de una batalla que se prolongó durante dos días, se vio obligada a rendirse.⁴¹⁷ Bolívar comunicó su éxito al congreso de Tunja; la provincia más rica del país había sido forzada a entrar a la Federación y las fértiles tierras montañosas estaban unidas una vez más. El 12 de diciembre, Bolívar penetró por primera vez en esa ciudad que Alejandro von Humboldt había llamado la Atenas de Sudamérica. Bogotá se encuentra a la sombra de gigantescos peñascos montañosos que le sirven de protección. Estaba destinada a convertirse en el escenario de los acontecimientos más trágicos de la vida de Bolívar. pero, por supuesto, éste no podía darse cuenta de ello en esos momentos, y enfrentó los problemas que se le planteaban con su acostumbrada e incansable energía. Garantizó a todos los habitantes la plena seguridad de la libertad civil. La Iglesia levantó la excomunión que pesaba sobre él y así pudo asistir al *Tedeum*, ceremonia celebrada en la catedral por la restauración nacional.⁴¹⁸

Era capitán general de Colombia. Y para que éste no fuera un título sin contenido le era necesario crear un instrumento de poder capaz de soldar esa relajada unidad política, de modo que pudiese oponer resistencia efectiva a los españoles. Bolívar volvió a llamar a todos los desertores bajo banderas y exhortó a los colombianos a alzarse contra la tiranía española. Exigió sacrificios y donaciones. “La guerra —decía— es el epítome del

416 *Cartas*: vol. I, págs. 107, 110, 112 y 113. *Proclamas*: Págs. 107, 110, 112 y 113. *Proclamas*: Págs. 118-119. O’Leary:: *Doc.* vol. XIII, págs. 556-557. Blanco: *Doc.* vol. V, pág. 191.

417 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. I, pág. 292. O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, págs. 556-557. Blanco: *Doc.* vol. XIII, págs. 554-556. Groot: *Historia Civil y Eclesiástica de la Nueva Granada*, vol. III, pág. 334. Bogotá. 1898.

418 O’Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 579, 588 y 589. *Proclamas*: Pág. 119.

mal. Pero la tiranía es la sustancia de todas las guerras.⁴¹⁹ Este conjunto no pretendía ser tomado sólo desde el punto de vista ideológico, y así trajo como resultado una campaña que colocó a toda la región colombiana en condiciones de resistir. Se envió un pequeño ejército al Sur, a la frontera con Ecuador, en tanto que se encargó a Urdaneta de la defensa de la región oriental próxima a Venezuela. Bolívar se asignó a sí mismo la misión más difícil: liberar de España la zona costera. El único punto de la costa colombiana que los realistas habían podido retener era Santa Marta. Bolívar comprendió la necesidad de expulsar a los españoles de esta cabeza de puente para que no pudiera ser utilizada por una fuerza expedicionaria de ultramar.

En consecuencia, se puso sin demoras a la tarea de preparar una campaña contra Santa Marta, reclutando nuevas fuerzas y abasteciéndose de armas y municiones: tales eran los problemas técnicos que enfrentaba. Pero el aspecto político presentaba mayores dificultades. Cartagena, Estado independiente durante tres años, era el punto focal de la independencia en las regiones costeras de Colombia. Sin la ayuda política y militar de este puerto, pocas eran las esperanzas que podía abrigar Bolívar de cumplir su cometido contra Santa Marta. hasta entonces Bolívar había recibido las seguridades de la buena voluntad de Cartagena, pero cuando no se atendieron sus primeros pedidos de colaboración comenzó a comprender que había fuerzas que estaban trabajando para impedir la unificación política de Colombia. El conflicto entre colombianos adoptó las características de la hidra de Hércules. Bolívar le tronchó una cabeza, pero en su lugar crecieron siete nuevas.⁴²⁰

Durante la campaña de 1813, Bolívar se había puesto en contacto con el coronel Castillo. Este, enemigo jurado del Libertador, había abandonado el ejército que entonces marchaba contra Venezuela. En estos momentos estaba al frente de las fuerzas de combate de Cartagena, y apenas supo los planes de Bolívar publicó un libelo contra éste, recusando su capacidad directiva y poniendo en duda su valor personal. Bolívar sintió que sus esperanzas se desvanecían ante sus ojos y comprendió que el alivio sólo podría derivar de las autoridades federales. En consecuencia, se volvió hacia Camilo Torres. El gobierno apoyó a Bolívar, y para separar a Castillo de su comandancia en Cartagena lo nombró brigadier general e integrante del más alto consejo de guerra.⁴²¹

419 *Proclamas*: págs. 121 y 123. O'Leary: *Doc.*, vol. XIII, pág. 590.

420 O'Leary: *Doc.*, vol. XIV, pág. 33. *Cartas*: Vol. I, pág. 119. Blanco: *Doc.*, volumen V, pág. 215. Rivas Vicuña: Vol. II, pág. 32.

421 *Cartas*: Vol. I, págs. 122 y 124.. O'Leary: *Doc.*, vol. XIV, págs. 42, 45 y 49.

Todo parecía preparado, y el 29 de enero de 1815 Bolívar dejó la altiplanicie de Bogotá y comenzó su descenso hacia el valle del Magdalena. Al principio la campaña prometía ser afortunada. Asestándoles unos cuantos golpes certeros, Bolívar pudo derrocar a los españoles, que desde la costa se habían adentrado profundamente en el valle. Luego de liberar a Ocaña primero y a Mompo después, Bolívar decidió perseguir a su enemigo hasta echarlo al mar. Sin embargo, menospreciaba a sus adversarios políticos, que se habían unido en Cartagena a sus enemigos personales. El odio, la venganza y la estupidez anarquista fueron las fuerzas que impulsaron la actitud de este grupo de hombres, que acusó a Bolívar de ser la causa del colapso de Venezuela y lo censuró por su crueldad y su deseo de arrojar a los colombianos de sus hogares e incluso de su país. Una vez más prevalecieron las condiciones de la guerra civil. En Cartagena se reunió un consejo de guerra que despojó a Bolívar de toda autoridad y exigió su destitución.⁴²² Por su parte, Bolívar estaba dispuesto a aceptar cualquier sacrificio personal para evitar la guerra civil y lograr la unidad que cada día se hacía más urgente. Permaneció en Mompo más de un mes, escribiendo carta tras carta, enviando delegados a Cartagena para ofrecer su renuncia como comandante en jefe; haciendo todo cuanto pudo, en realidad para impedir cualquier demora en la realización de la operación más vital; el logro de la seguridad de la costa atlántica.⁴²³

Castillo continuó haciendo los mayores esfuerzos para arruinar los planes de Bolívar. Dio instrucciones a sus oficiales de desobedecer al Libertador, a quien llegó a despojar inclusive de tropas y pertrechos. Bolívar se decidió entonces a echar mano a un recurso desesperado y concertó una reunión personal con Castillo, pues sus emisarios habían fracasado en su intento de conquistar al rival. En esa reunión podría hacer uso de su poder de persuasión. Bolívar concurrió al lugar señalado, pero Castillo se arrepintió de su promesa y no apareció.⁴²⁴ Nada podía esperarse de subsiguientes intentos. Bolívar comprendió que su generosidad debía parecer ridícula a un enemigo a quien sólo movían el odio y el resentimiento. Por supuesto, no faltaron tampoco quienes aconsejaron al Libertador que pusiese término a la cuestión que tenía con su enemigo de una vez por todas.

422 O'Leary: *Doc.*, vol. XIV, pág. 70. Blanco: Vol. V, pág. 238. Lecuna: *B. H. de Caracas*. Vol. XIX. Pág. 36-37.

423 *Cartas*: Vol. I. págs. 129, 131, 132 y 136.

424 O'Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 253. O'Leary: *Doc.* vol. XIV, págs.137-140.

La situación era desesperada. La permanencia de Bolívar en Mompox había agotado todos sus recursos. La viruela y la fiebre epidémica, extendidas a lo largo de la pantanosa margen ribereña, habían diezmando su ejército, que quedó reducido a la mitad de sus efectivos. Parecía imposible expulsar de Santa Marta a los españoles con solo un millar de hombres. ¿Es que debía arrojar sus fuerzas sobre Cartagena y obligar a los rebeldes a respetar su autoridad? Su calidad de estadista lo impulsaba a decidirse por el ataque a los españoles, pero su temperamento terminó por imponerse y escogió la otra alternativa, que significaba la guerra civil.⁴²⁵

Tomó las posiciones de avanzada de la línea de defensa de Cartagena y el 23 de marzo llegó a Turbaco, a seis kilómetros del centro de la ciudad. No había abandonado por completo la idea de quebrar la resistencia mediante la persuasión, y con ese objeto envió a la ciudad a uno de sus oficiales para negociar. Pero éste fue censurado y amenazado como un proscrito por el populacho incitado por Castillo. Se publicaron manifiestos en contra de Bolívar y se arrestó a los sospechosos de ser amigos suyos. En consecuencia, Bolívar puso sitio a la plaza, pero quedó demostrado que esta actitud era superior a sus fuerzas. La ciudad era el punto más fortificado de toda Sudamérica. Los españoles habían invertido grandes sumas en la construcción de grandes fortalezas y murallas de diez metros de alto y dieciséis de ancho. ¡Parecía que los monarcas españoles se hubiesen propuesto que pudieran divisarse a simple vista desde El Escorial! Sin artillería, Bolívar tenía pocas posibilidades de éxito. Los hostiles paisanos habían envenenado los pozos situados fuera de las murallas, arrojando en ellos animales muertos. Ante los cañones enemigos el ejército de Bolívar se encontraba sediento e infecto. La posición no era envidiable y el corazón del Libertador se hizo pedazos. Demasiado bien sabía que las victorias en la guerra civil eran siempre muy difíciles de ganar y no cubrían a nadie de gloria.⁴²⁶ Sintió el impulso de renunciar a todo y el 25 de marzo hizo saber a sus oficiales el deseo de dejar el mando. No se le permitió tal actitud, pero él continuó implorando al gobierno de Bogotá que lo relevase de sus obligaciones, pues se sentía

425 Larrazábal: Vol. I, págs. 356-357. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 254. O'Leary: *Doc.* vol. XIV, págs. 139, 141 y 148. *D. de B.* Pág. 366. Lecuna: *B. de H.* Caracas. Vol. XIV, pág. 82. G. Porras Troconis: *Gesta Bolivariana*, pág. 77. Caracas. 1935.

426 *D. de B.* pág. 366.

más próximo a subir al cadalso que a cumplir sus órdenes.⁴²⁷ No se le hizo caso, sin embargo, y transcurrieron días, semanas y meses en medio de discusiones inútiles y escaramuzas sin importancia. En el ínterin, los informes que llegaban confirmaban las pesimistas previsiones de Bolívar.

Mientras sus fuerzas se malgastaban en una guerra civil sin sentido, los realistas se reunían felizmente en el valle del Magdalena. ¿Estaban sus enemigos personales realmente tan ciegos para no ver las llamas que ya lamían los cimientos de sus propias casas? Fueron inútiles los intentos de Bolívar para hacer la paz. Por fin, escribió al comisionado de Cartagena: “Si Nueva Granada no quiere o no puede ser libre, ¿no es posible al menos que lleguemos a un acuerdo para que quienes prefieran la libertad por encima de todo lo demás puedan ir a otros países a morir como hombres libres? Yo soy uno de ellos. Si no se me permite atacar a Santa Marta... mi amigos y yo nos iremos.”⁴²⁸ Pero los días seguían su curso y Bolívar se torturaba al ver cómo se sucedían las malas noticias. La fuerza expedicionaria desembarcó en Venezuela y el 29 de abril Barranquilla cayó en manos de los monárquicos. Los republicanos perdieron de este modo el curso inferior del río Magdalena, y la locura de Castillo abrió las puertas de Colombia al enemigo.

¿Qué podía hacer Bolívar? de ser cierto, como afirmaban sus enemigos, que había impedido la unidad, ¿qué otra cosa le quedaba que su propio sacrificio? Convocó a su consejo de guerra, anunció su decisión y el 7 de mayo se alejó de sus camaradas y de Nueva Granada. “La renuncia a mi mando en jefe — escribió al gobierno—, el sacrificio de mi reputación y de mi fortuna... no importa... no seré más general. Viviré lejos de mis amigos y de mis compatriotas. No moriré por mi país. Pero le prestaré un nuevo servicio contribuyendo a la paz con mi ausencia... En cuanto a mis servicios, no pido mejor recompensa que el perdón de mis errores.”⁴²⁹ El 8 de mayo Bolívar dejó la tierra firme y, en compañía de unos cuantos amigos, se embarcó en un buque de guerra inglés con destino a Jamaica.

La desesperación de estos días fue quizá más penosa que la de Carúpano, pues ahora no habían sido los españoles quienes lo habían derrotado. La codicia, la venganza y el odio habían provocado su fracaso. Ya antes había tenido que huir, pero ahora debía exilarse. Bolívar, que antes había predicado la unidad de los americanos como nadie lo había

427 *Cartas*: Vol. I. pág. 141.

428 O’Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 262.

429 *Cartas*: Vol. I. pág. 143.

hecho antes, era utilizado como pretexto de la grieta que se abría. Poco consuelo le significaba el poder decirse que era inocente. Y en realidad ¿podía hacerlo? La justicia de la coacción que quiso imponer sobre Cartagena es incuestionable. El mismo confesó más tarde que hubiera sido más prudente ocupar el valle del río Magdalena que atacar la ciudad. Pero su egotismo, su temperamento apasionado, su firme creencia de que una revolución le abriría todas las puertas, su violento deseo de entrar triunfalmente en la ciudad como lo había hecho en Bogotá, todo se unió para inducirlo a dar un paso equivocado.⁴³⁰

Nada podemos agregar a esta autocrítica, aunque cabría preguntarnos si no pudo haber permanecido en el país luego de su fracaso frente a Cartagena y continuar luchando en el interior. Pero el descubrimiento de que los colombianos lo consideraban un entrometido fue devastador. Si tenía que luchar otra vez, tendría que ser en Venezuela. Además, había otro factor que lo indujo a decidirse por el autodesierto. En su vida como estadista, su fracaso en Cartagena había provocado una crisis. Le era necesario superar la desilusión resultante con respecto a él mismo y a sus enemigos. En consecuencia, el exilio, que prometía tener efectos curativos, le pareció deseable entonces.

El 11 de mayo de 1815 Bolívar perdió de vista la costa del continente americano. El mismo día, Pablo Morillo, el general español que mandaba la fuerza expedicionaria, entró en Caracas a la cabeza del mayor ejército jamás enviado por España a América. La flota que lo transportó a través del océano se componía de dieciocho barcos de guerra y de cuarenta buques mercantes. El ejército comprendía seis regimientos de infantería y dos de caballería, bien equipados con artillería. En conjunto, esta fuerza sumaba casi once mil hombres, todos soldados experimentados en las batallas de Bailén y Vitoria en la guerra contra Napoleón. Su comandante había personificado al gran movimiento nacional del pueblo español contra su opresor y había sido elogiado por Wellington por su intrepidez.⁴³¹

Morillo, cuyo origen es oscuro, se había escapado de su casa a los trece años para incorporarse a la marina. De simple soldado ascendió hasta general. Insensible, ciegamente devoto a su rey, no le faltó bizarría cuando sintió que le era posible dar rienda suelta a sus impulsos. Se le confió la misión de pacificar América. Su título oficial era el de *Pacificador*, y sus poderes, ilimitados. Sus instrucciones le recomendaban proceder con cautela, con buena voluntad y declarar una amnistía general.

430 D. de B. pág. 366.

431 Pablo Morillo: *Memoires*. París, 1826. Rodríguez Villa: *Biografía de un oficial del ejército español*. Madrid, Biblioteca Ayacucho.

Pero Morillo desconocía demasiado el ambiente del mundo colonial para tener éxito en su misión. Sus buenas intenciones pronto se atrofiaron. Después de un breve período durante el cual trató de llegar a un entendimiento con sus súbditos, volvió a los viejos principios españoles de poder y sumisión.

La expedición, que había partido de Cádiz en febrero de 1815, tenía que detenerse primero en las tierras del Plata. Sin embargo, los españoles alcanzaron a comprender que el centro estratégico para derrotar a las colonias estaba en el Norte; éste era un punto que Bolívar había tratado incansablemente de meter en la cabeza a sus conciudadanos. Había que someter a Venezuela primero, a Colombia después y luego a Ecuador. España dominaba firmemente en el Perú, y Morillo tenía la intención de cruzar Los Andes por allí y sofocar la revolución en Argentina por la retaguardia.

Cuando arribó a Venezuela, este gran país ya había sido reconquistado por los españoles. Solo la diminuta isla de Margarita, gobernada por Arismendi, sostenía aún la causa de la independencia. Pero incluso esta última plaza fuerte, pequeña como era, se vio forzada a capitular a la vista de la armada que se acercaba. Morillo otorgó el perdón a los republicanos, e invitó a Arismendi a cenar con él. Sólo un hombre no quiso rebajarse ante el conquistador: Bermúdez. Se ingenió para escapar en un cúter que pasó entre los grandes barcos de la flota española, y mientras manejaba las velas cubrió de insultos al enemigo.

Morillo entró en Caracas el 11 de mayo y allí también declaró una amnistía. Pero no era posible volver a la vieja forma de gobierno colonial mediante un simple golpe de pluma. Las fortunas se habían evaporado, las propiedades cambiadas de manos y eran miles los emigrados. Gran parte de la raza de color de la población había logrado alcanzar posiciones importantes y se habían acostumbrado a ellas. Pese a todos los intentos de Morillo por dar marcha atrás a la rueda del tiempo, pronto se hizo evidente que ello era imposible. Si España hubiese aceptado considerar la amnistía como el comienzo de una era de gobierno propio, quizás hubiese podido retener a sus colonias. Pero ni el rey ni la camarilla de Madrid tenían visión suficiente para darse cuenta de esto y la comprensión del mismo concepto estaba fuera del alcance de la profundidad de Morillo.

Al efectuar los preparativos militares necesarios para asegurar Venezuela, Morillo estableció guarniciones y organizó su ejército. Su objetivo siguiente fue la pacificación de Colombia, y en julio de 1815 desembarcó en Santa Marta, que se convirtió en la capital provisional del

virreinato. Al mismo tiempo envió por tierra a Morales para poner sitio a Cartagena y no mucho después él mismo tomó el mando de las fuerzas.

Cartagena tenía que pagar ahora el precio de su obstinación. Y lo pagó caro. Las medidas necesarias para prepararse contra el sitio se adoptaron demasiado tarde. La ciudad quedó completamente aislada del interior y durante ciento seis días Cartagena demostró su heroísmo y un increíble espíritu de sacrificio. La población comprendió perfectamente que no tenía perspectiva alguna de triunfo. Los españoles tenían superioridad en armas. El tiempo estaba a su favor, lo mismo que la peste y el hambre. La gente moría de agotamiento en las calles o bajo las ruinas de las casas que se desmoronaban. Pero nadie hablaba de rendirse. Por fin, en noviembre, cuando ya se habían comido todos los caballos, mulas, perros y gatos, se intentó evacuar la población por mar. Los pequeños botes trataron de llegar al mar abierto, navegando entre los barcos de la flota enemiga. Pero el viento los empujó otra vez hacia la costa y la mayoría de ellos zozobró. Sólo unos pocos habitantes escaparon con vida.⁴³²

Morillo ocupó la ciudad el 6 de diciembre de 1815. Según sus mismos relatos, los conquistadores presenciaron entonces las más horribles escenas. “Las calles estaban cubiertas de cadáveres que contaminaban el aire. Y la mayor parte de la población había muerto literalmente de hambre”. Los pocos que habían sobrevivido eran esqueletos vivientes, pegados a las paredes para no caer. Durante veintidós días no habían comido otra cosa que cuero mojado en agua. Morillo se mostró inclinado a perdonarlos, pero su ayudante, Morales, los mató sin piedad a palos o bayonetazos. Las prisiones de la Inquisición estaban atestadas con los héroes de la resistencia. Luego de juicios instruidos perfunctoriamente fueron ahorcados. Entre los que perdieron su vida de este modo estaba el coronel Castillo, que había sido degradado durante el sitio. Ahora pagó sus deudas.

Conquistada Cartagena, subyugar a Colombia fue tarea fácil. Morillo hizo convergir sus tropas sobre Bogotá desde varias direcciones. Una vez ocupada la ciudad, dio comienzo al reinado del terror que se proclamó abiertamente. Cientos de colombianos fueron muertos, y entre ellos muchos líderes del movimiento emancipador: Camilo Torres, Rodríguez Torices, Lozano. Floreció entonces la inquisición. Todo impreso con la más mínima mácula liberal era quemado públicamente. Los jefes se

432 Camilo Delgado: *Historia del sitio de Cartagena*. Cartagena, 1916. Lecuna: *B. de H. Caracas*; vol. XIX, pág. 85. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. I, pág. 377. Larrazábal: Vol. I, pág. 380.

guiaron por el principio de que sólo los libros en español o latín podían escapar a la sospecha. El que podía leer y escribir era considerado rebelde. Este, según Morillo, era el mejor procedimiento para frenar la corriente revolucionaria.⁴³³

La restauración se había impuesto desde América Central hasta Chile. Sólo en la Argentina lograba mantenerse firme el ejército de la Revolución.

Pero en este punto de la historia se conjugaron en ayuda de los independientes las características del terreno: la vastedad del país, lo incommensurable de las llanuras y lo inaccesible de las montañas. No todos los jefes habían caído bajo la espada de los españoles. Habían podido salvarse Mariño, Bermúdez, Santander, Urdaneta y Piar. Algunos permanecieron escondidos, pero otros comenzaron a organizar en secreto la resistencia. Y desde las Antillas Británicas, lejos del continente, ardía la antorcha de la independencia, mandando sus rayos como un faro que alumbraba en la noche de la opresión. Bolívar vivía.

433 Blanco: *Doc.*, vol. V, pág. 342. Rivas Vicuña: Vol. II, págs. 53 ss. G. Hernández de Alba: *Recuerdos de la reconquista*. Bogotá, 1935.

XV

LA CARTA DE JAMAICA

Bolívar tenía treinta y dos años. Su frente era alta, estrecha y ya estaba poblada de arrugas. Sus espesas cejas se arqueaban sobre unos ojos brillantes y escudriñadores; dos ventanas que revelaban el alma de un hombre dominado de continuo por sus emociones. Su nariz era larga y curvada, sus pómulos altos y sus mejillas estaban hundidas, como consecuencia de las penalidades y privaciones. Su boca era firme y sensual; sus dientes, que cuidaba con esmero, eran hermosos. Su cabello negro, ligeramente rizado, comenzaba desde temprano a encanecer. No era robusto, pero si bien proporcionado y extremadamente ágil; tenía un pecho amplio y cuerpo y piernas delgados. Sus pequeñas manos y pies, de bellas formas, bien podían causar envidia a una mujer. Su tez era morena y estaba profundamente curtida por el sol tropical. La expresión de su rostro cambiaba con increíble rapidez, dando la impresión de constituir de continuo una personalidad distinta, según se encontrase bajo la influencia de la esperanza, la rabia, la pena o la alegría.⁴³⁴ El retrato físico de Bolívar concuerda con la mezcla de su sangre y revela particularmente la aristocracia española, o mejor aún la vasca, cuya progenie, natural del trópico, había sido modificada en parte por la naturaleza y el ambiente. Un hombre como Bolívar sólo podía darse en el trópico. Estaba moldeado con arcilla americana y la animaba con el soplo de su propio espíritu.⁴³⁵

Cuando estalló la Revolución, Bolívar se contaba entre los nobles más ricos del Imperio español. Cuando llegó a Jamaica en mayo de 1815, era tan pobre como cualquier de sus anteriores esclavos. Lo poco que había podido llevarse consigo pronto desapareció y al cabo de un corto tiempo

434 M. S. Sánchez,. *La iconografía del Libertador*. Caracas. 1916. Estamos en deuda con los funcionarios y diplomáticos europeos que conocieron a Bolívar por las vívidas descripciones de su personas. I. Miller: *Memorias*. Edición española. Madrid, 1910. F. Burdet O'Connor. *Memorias sobre la independencia americana*, págs. 106-107. Biblioteca Ayacucho, Madrid. G. Cochrane: *Journal of a residence and travels in Colombia*. Londres, 1825, *Campaigns and cruises in Venezuela*, vol. I-III. Londres, 1832. G. Hippsley: *Narrative of the expedition to the rivers Orinoco and Apure*, págs. 382 ss. Londres, 1819, Blanco Fombona: *Bolívar pintado por sí mismo*. París-Buenos Aires, 1913, J. A. Cova: *El superhombre*. Caracas, 1940.

435 Rodó: *op. cit.*, pág. 268. Véase también: *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur*. Madrid, 1914. Martínez: *Bolívar íntimo*. París-Buenos Aires.

pasó a depender de la generosidad de sus amigos. “No tengo —escribía— ni un solo peso.”⁴³⁶ Probablemente no hubo en toda la historia del mundo ningún otro hombre de acción para quien el dinero significase tan poco. Hasta sus enemigos y calumniadores lo admitieron.⁴³⁷ Su generosidad no tenía límites. Sin dudar un instante, era capaz de dar cuanto poseía, y frecuentemente se endeudaba para ayudar a otros. Doquiera se le presentara un caso de indigencia, respondía de buena gana con toda liberalidad. Era capaz de vender cuanto le pertenecía, de renunciar a su salario o de vaciar sus bolsillos hasta el último centavo.⁴³⁸ A pesar del cambio de fortuna, Bolívar siguió siendo un caballero nato. Aunque podía soportar el hambre y la miseria, también sabía apreciar los lujos de la vida. Gustaba de la buena comida y bebida y prefería los champañas y los vinos graves. Sin embargo, no abusaba de los licores, despreciaba la embriaguez y le agradaban los banquetes más por la compañía que por la comida.

Su traje recordaba sus tiempos de *dandy* en París. Sin ser extravagante, se mostraba siempre aseado y prolijamente vestido. Se bañaba varias veces al día y usaba grandes cantidades de agua de Colonia. Su porte y maneras eran los de un patricio; era un hombre que sabía conducirse perfectamente y que tenía una personalidad conquistadora.⁴³⁹

Sus relaciones femeninas lo ligaban muy estrechamente con esta época de aventuras e indulgencia. Es inconcebible la vida de Bolívar sin asociarla eróticamente con mujeres. Para trabajar tenía que amar, o mejor dicho, hacer el amor, pues Bolívar no quiso jamás a ninguna mujer. Necesitaba a las mujeres pero no como compañeras con quienes pudiese conversar o que le diesen consejos. En su voluminosa correspondencia, las cartas a las mujeres ocupan poco espacio, e inclusive en ellas el lector no hallará nada comparable a las cartas de amor de Bismarck o Disraeli. No obstante, las mujeres eran indispensables para Bolívar. Su naturaleza sensual, intensificada por la disposición hereditaria a la tuberculosis, se encendía a la vista de una cara bonita. Empero, sus experiencias amorosas raramente lo esclavizaban. Con una sola excepción, las muchas mujeres que se cruzaron en su camino no dejaron en él huellas de su paso. Le eran

436 *Cartas*.

437 Docoudray Holstein: *Memorias*, vol. II, pág. 238.

438 *Cartas*: Vol. II, pág. 349. J. D. Monsalve: *Estudios sobre el Libertador*, página 15. Bogotá, 1930. Cortés Vargas: *Magnanimidad de Bolívar*, vol. XXIV, página 498. B. de H. Bogotá.

439 C. Hispano: *Libro de Oro del Libertador*. París, 1925.

necesarias su belleza, su gracia y su devoción. En sus abrazos pasajeros y apasionados encontraba descanso y olvido. Por su causa amaba la danza. Bolívar era un excelente bailarín, y doquiera llegaba se organizaba una reunión danzante. Después de días enteros de trabajo y de marchas, lo suficientemente agotadores para dejar exhausto al hombre más fuerte, Bolívar podía bailar bien erguido cinco o seis horas. Decía que el baile era la poesía en movimiento.⁴⁴⁰ En esos momentos él era todo gracia y encanto: completamente cautivante. Su personalidad estaba adornada por una guirnalda de aventuras amorosas, reunidas como las numerosas victorias de las que podía enorgullecerse cualquier mariscal de campo. Las mujeres a quienes Bolívar se entregó, o que se entregaron a él, apenas si son algo más que simples nombres para nosotros. Fanny du Vilars, Josefina Nuñez, Manolita Madroño, Luisa Crober, Isabel Soubllette, Janette Hart y muchas otras cuyos nombres ni siquiera conocemos —en Bogotá, Popayán, Quito, Guayaquil, Lima, Potosí—, sin prestar atención al ambiente a que pertenecían ni a los convencionalismos sociales, siguieron a Bolívar hasta el campamento o el palacio. La sociedad católica de Sudamérica pasó por alto estos enredos. En ningún momento Bolívar vivió solo ni sin mujeres, pero es difícil afirmar si alguna vez le unieron a ellas lazos profundos o espirituales. Su existencia parece haber sido demasiado tormentosa para permitirle una verdadera comunión con otros. *Une promesse de bonheur*; eso es lo que todas ellas significaban para él. La verdadera felicidad, su verdadera felicidad, provenía de otras fuentes. Uno se ve obligado a admitir que la gloria solo era suficiente para satisfacer sus deseos y que sus amores eran simplemente un adorno que decoraba su vida.⁴⁴¹

Y con todo, no era simplemente el imperativo sensual lo que lo empujaba a las mujeres, como en el caso de la famosa orden de Napoleón: “Una mujer”. Era también el deseo de conquista, signo de su ascendencia española, pues la relación de Bolívar con las mujeres fue la de un Don Juan. Sería inútil construir teorías sobre si el impulso erótico fue uno de los requisitos de su genio. La historia ha sido testigo de muchos casos en que grandes obras fueron realizadas por el deseo de felicidad de seres

440 Docuodary Holstein: *Memorias*, vol. I, pág. 308. V. Dávila: *Bolívar galante e intelectual*. México, 1942. L. Correa: *Viaje Stendhaliano; tres ensayos sobre la psicología amorosa del Libertador*. Caracas, 1940. L. A. Cuervo: *Apuntes históricos*. Bogotá, 1925. D. Carbonell: *Escuelas de Historia en América*, páginas 218 ss. Buenos Aires, 1943.

441 C. Hispano: *Historia secreta de Bolívar*. Bogotá, 1944. E. Naranjo: “Bolívar y Janette Hart.” *El Tiempo*, de Bogotá, del 2 de septiembre de 1944.

sensuales. Pero también atestigua por otros que no se ajustaron a esta regla. En el conjunto de la personalidad de Bolívar su impulso erótico no puede ser menospreciado, pues este aspecto de su ser está relacionado con todos los otros. La suavidad de hombre de mundo y el hechizo del amante se evidencian y se hacen efectivos en su conducta política y militar. Su heroísmo no fue mítico ni monumental. Bolívar personificó, al decir de Rodó, *una elegancia heroica*. Bolívar no adoptaba *poses*, pero gustaba de los gestos teatrales, “forma plástica del heroísmo y la fama”. Eso era tan natural en él como necesario para el desarrollo de Sudamérica, que por primera vez alcanzó la vivencia de sí misma a través de su líder y se sintió reflejada en él.⁴⁴²

En un hombre así la inspiración lo es todo. Bolívar había realizado grandes cosas como organizador, pero la administración no era su elemento. No era un hombre para cálculos metódicos o estimaciones planeadas, como Richelieu o Pitt. Era un hombre con intuición e improvisación creadora. Hablaba mucho y bien. Tenía el don de la conversación muy desarrollado. Su pasado estaba siempre con él. Con pocos trazos podía bosquejar el carácter de los hombres que encontraba y era capaz de apreciar rápidamente la capacidad de sus amigos y de sus colaboradores. Sabía cómo ser persuasivo e inspirar confianza. Sin embargo, no toleraba que se le contradijera, y como la mayoría de los grandes del mundo, gustaba que se rindiese tributo a su genio. Esperaba que sus opiniones fuesen respetadas y comprendidas sus intenciones. Le fastidiaban las negativas, y cuando sentía que era mal interpretado se enojaba y entristecía al mismo tiempo.⁴⁴³ Era irascible y no lo ocultaba. Su temperamento variaba bruscamente de uno a otro extremo, pero nunca guardó rencor ni ocultó un deseo de venganza para descargarla posteriormente. Bolívar siempre estaba dispuesto a perdonar a sus enemigos y odiaba que le vinieran con rumores o cuentos. Era leal con sus amigos y completamente honrado. No habría permitido jamás que se hablase mal de otro en su presencia, confiaba en sus amigos y fortalecía esta confianza con una gratitud que no olvidaba la amabilidad incluso después de décadas. “La amistad es mi pasión”, dijo de sí mismo.⁴⁴⁴ Nunca dejó de ser lo que los españoles y sudamericanos llaman un *caballero*. Un inglés, que conoció a Bolívar más tarde, lo denominó, “el caballero de Colombia”.

442 Rodó: *op. cit.*, pág. 259.

443 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 488. Miller: *Memorias*, vol. II, pág. 294. *D. De B.*, págs. 215, 244 y 334. *Cartas*: Vol. IV, pág. 277

444 *Cartas*: Vol. I, pág. 262.

Su temperamento encontraba desahogo en la actividad constante. Cuando no estaba peleando, concebía planes; cuando no hacía planes dictaba, y cuando no dictaba, leía: libros, periódicos, informes, cartas.⁴⁴⁵ Su incansable energía no le permitía descansar. Sentado en su hamaca o paseando rápidamente de un lado a otro como un animal de rapiña, escuchaba a sus secretarios y ayudantes mientras le leían informes y memorandos. Dictaba a tres escribientes al mismo tiempo y se quejaba de su incapacidad para seguirlo. Hasta cuando era interrumpido durante el dictado, podía reanudar de inmediato el hilo de su pensamiento y terminar la frase sin errores ni pausas. Se impuso como principio contestar todas las cartas y solicitudes, por más humilde que fuese su autor. Una extraordinaria memoria facilitaba esta tarea.⁴⁴⁶ La inquietud de su espíritu a menudo le hacía impacientarse con otros menos dotados con quienes tenía que trabajar. Se mostraba entonces sarcástico, aunque no para hacerles sentir el peso de su superioridad. Como Federico el Grande y Napoleón. Se inclinaba a exigir demasiado de sus colaboradores.

Aun cuando Bolívar, como muchos otros, tuvo que sufrir la trágica soledad del genio, nunca estaba solo. No es que implorase la soledad; se sentía solo en medio de una multitud. Sus pensamientos ganaban en claridad mientras cabalgaba, bailaba o charlaba, incluso bajo una lluvia de balas.⁴⁴⁷ Necesitaba el movimiento constante y la compañía, pues su imaginación era muy activa y requería alguien a quien pudiese arrojar la pelota. Generalmente mantenía una cierta etiqueta formal en todos sus contactos, pero también a menudo rompía las barreras de las convenciones sociales. Una vez, siendo ya Presidente de la Gran República de Colombia, recibió completamente desnudo a un funcionario británico. En los banquetes se ponía de pie para formular un brindis.⁴⁴⁸ Lo que decía en esas ocasiones y cómo lo decía era siempre memorable. Incluso los más fríos observadores anglosajones pensaban que sus discursos improvisados podían imprimirse sin retoques. Cierta día respondió a diecisiete oraciones distintas, una a continuación de otra, y siempre con un distinto giro en la expresión y el estilo.

Los escondrijos íntimos de su alma estaban llenos de intranquilidad emocional, con un impulso intuitivo a la acción y una visión profética.

445 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 488.

446 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 489.

447 *D. de B.*, pág. 153.

448 Miller: *Memorias*, vol. II, pág. 294-295.

No existía más que una manera de curar esa intranquilidad y de concretar esta visión: hacer la guerra, Bolívar estaba dotado para la guerra.

Bolívar había nacido para guerrear en Sudamérica, donde la voluntad del hombre tenía que triunfar sobre el tiempo y el espacio. Era muy hábil en el manejo de las armas y un excelente jinete.⁴⁴⁹ Al levantarse por la mañana —y era muy madrugador— inspeccionaba sus establos. Doquiera que estuviese, en el campo o la ciudad, cabalgaba varias veces al día. Podía haber ocupado un puesto como jinete entre los llaneros, que éstos lo habrían admitido. Lo llamaban *culo de hierro*. Ni antes ni después, ningún general recorrió a caballo tanta extensión de territorio como Bolívar. su fuerte fibra vasca y la determinación férrea del conquistador español superaba todas las dificultades. “Cuando la naturaleza se oponga a nuestros designios, lucharemos para conquistarla”.

Le bastaban cinco o seis horas de sueño, en su hamaca o sobre la tierra desnuda, envuelto en su capa. Su sueño era tan ligero como el de un animal. Una vida de constantes peligros había agudizado su instinto de preservación. Hubo veces en que sólo este don pudo salvarlo de las asechanzas de sus enemigos. Una existencia bajo las condiciones más primitivas había avivado asimismo sus otros sentidos. La vista y el oído funcionaban en él con la precisión de un cazador.

Bolívar tipificaba como guerrero, lo que los españoles llamaban *hombria* y que equivale a la *virtud* de Maquiavelo. Se ganó un lugar en el ejercito a causa de su autoridad vital.

La revolución sudamericana no fue al principio un movimiento ideológico, como lo fueron la inglesa, la norteamericana o la francesa. Ni siquiera desarrolló ideas originales durante el curso de los acontecimientos. Pero dio origen a un fenómeno humano que todavía hoy determina la vida de los pueblos sudamericanos. Este fenómeno humano es el *caudillo*: un líder de masas, un soldado y un político al mismo tiempo, elevado a su posición por la voluntad de su pueblo, pero que guía y domina esta voluntad.

El caudillo ha dejado su impronta en todos los pueblos latinoamericanos desde la Argentina hasta México. Ha informado su vida constitucional. En él se personifica el ideal de democracia presidencial.⁴⁵⁰

El caudillo, como fenómeno social, se explica por la hendidura que separaba a la masa indolente e ignorante de los indoamericanos de los

449 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 607. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 487. E. López Contreras: *Bolívar, conductor de tropas*. Caracas, 1930. W. Dietrich: *Simón Bolívar*. Hamburgo, 1934.

450 André Siegfried: *L'Amérique Latine*, pág. 94. París, 1934.

pequeños grupos que formaban la élite revolucionaria. Bolívar era más que un caudillo; era una figura continental. Pero para llegar a serlo, no pudo pasar por alto la etapa del caudillo. El movimiento emancipador sudamericano muestra en sus dos puntos focales, Venezuela y Argentina, una dualidad de forma y carácter.⁴⁵¹ Existía en las ciudades como una revolución ideológica y se extendía por el campo como una liberación pasional. Caracas y Buenos Aires, los llanos y las pampas, construyeron juntos la independencia sudamericana. Guiada por el caudillo, la democracia bárbara de las estepas afluyó en el movimiento oligárquico de las ciudades y contribuyó a obtener la libertad. Las ciudades produjeron soldados muy preparados como San Martín o Belgrano; las pampas, gauchos como Artigas. Ambos tipos se unían en la persona de Bolívar. era un representante del funcionario, diplomático y estadista patricio de la ciudad. Pero cuando la situación lo exigía se convertía en un llanero, salvaje e indomable como un beduino.

Como prueba de esta dualidad, señalaremos unos cuantos acontecimientos anecdóticos de su vida, que podrían considerarse caprichos de un loco.⁴⁵² Un día se estaba bañando en el Orinoco con sus oficiales. Uno de éstos se jactaba de que podía nadar mejor que Bolívar. En tales circunstancias, Bolívar eligió una meta y afirmó que con las manos atadas podía llegar allí antes que su oficial. Le ataron las manos y se zambulló en el agua. Llegó a la meta propuesta, pero sólo con grandes dificultades y a alguna distancia del oficial. Sin embargo, sus hombres tomaron este hecho como ejemplo de su indomable voluntad, cuya consigna fue siempre “nunca darse por vencido”.

En otra oportunidad vio a su ayudante, Ibarra, saltar desde las ancas sobre la cabeza de su caballo. Bolívar dijo que eso no tenía nada de notable. Se lanzó pero fracasó. Herido en su amor propio, realizó un nuevo intento y cayó sobre el cogote del caballo. Finalmente, tuvo éxito la tercera vez. “Admito —dijo posteriormente— que hice una cosa estúpida, pero en ese entonces no quería que nadie me aventajase en agilidad ni que pudiese vanagloriarse de hacer algo de lo que yo no fuera capaz”.⁴⁵³

En el sentido propio de la palabra, Bolívar fue más un guerrero que un soldado o un estratega, y esto es lo que caracteriza su actividad durante los catorce años de la guerra de independencia. No había estudiado de

451 Rodó: *op. cit.*, pág. 268.

452 *D. de B.* pág. 185.

453 *D. de B.* pág. 363.

un modo sistemático el arte de la guerra como Federico o Napoleón. No había nacido tampoco estratega como Aníbal, Alejandro o Gustavo Adolfo. Había nacido peleador. En el momento de la acción se volvía desenfrenado, violento y a menudo colérico. Páez, el jefe de los llaneros y también temerario, decía que Bolívar frecuentemente ponía en peligro sus éxitos con sus arriesgados avances.⁴⁵⁴ Contrastando con el calculador San Martín, Bolívar era más un luchador que estratega. En sus primeros días, su ardor y exuberancia le reportaron a veces la victoria, como en el caso de su brillante campaña de 1813. En otras ocasiones, no obstante, lo arrastraron al abismo.

“Soy hijo de la guerra”, decía de sí mismo, para añadir en otra oportunidad: “La guerra es mi elemento; el peligro mi gloria.” Desde el punto de vista técnico oficiales como Morillo fueron al principios superiores a él, y sólo después de 1817, cuando empezó a emular sistemáticamente a Napoleón, se convirtió en estratega. Con todo, continuó siendo siempre un hombre movido por impulsos guerreros e inspiraciones tormentosas. Afortunadamente para él y para Sudamérica, pudo encontrar hombres que actuaran como filtros de sus intuiciones y promoviesen sus improvisaciones privilegiadas.

Quien sabe si un oficial de mayor preparación técnica hubiese podido lograr tanto con un material humano tan bárbaro como el que disponía y en medio de condiciones tan caóticas. La necesidad crea al hombre capaz de vencerlas. Bolívar levantó su ejército de la nada. Un mínimo de hombres y de armas le bastaba para continuar la lucha. Bolívar tenía además otra característica del guerrero, que fue decisiva para la victoria de la revolución. Nunca admitía la derrota, sino que era, como decía Morillo, más terrible en la derrota que en la victoria.⁴⁵⁵ Actuaba como Anteo en la caída, y extraía de cada experiencia nuevas fuerzas para el próximo ascenso. “El arte de la victoria se aprende del de la derrota”, confesaba Bolívar... Este comentario, muy personal, sólo es aplicable a unos pocos grandes generales.⁴⁵⁶ La explicación de esta rara facultad de emerger con más fuerza después de cada revés de fortuna se encuentra en la inmovible fe de Bolívar en la libertad y en sí mismo, como instrumento elegido para realizarla. Este es el principio de Arquímedes por el que arrancó a todo un mundo por sus raíces. Bolívar jamás habría comprendido la afirmación de Cromwell: “Llega más lejos quien no

454 Páez: *Autobiografía*, pág. 174.

455 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 488.

456 Rodó: *op. cit.*, pág. 262.

sabe dónde va.” Bolívar sabía exactamente dónde iba y estaba seguro de que podría llegar. No podía ser conmovido de su creencia por un contratiempo o un fracaso circunstanciales. Cuando más oscura parecía la situación, tanto más claramente veía brillar las estrellas. Cierta vez, durante la campaña de 1817, después de haber escapado a duras penas de una emboscada española, comenzó a hablar de sus planes cuando era medianoche. “Liberaré a Nueva Granada y crearé una gran Colombia. Llevaré el estandarte de la libertad hasta Lima y Potosí.”

En medio de la noche tropical, su voz retumbaba como la afirmación de un profeta, estremecedora e irreal. Sus oficiales creyeron que había perdido la razón.⁴⁵⁷ Siete años después, en camino hacia Lima para cumplir esta profecía, enfermo, agotado y rodeado por sus enemigos, le preguntaron: “¿Qué va a hacer ahora?” “¡Triunfar!” Fue la respuesta.⁴⁵⁸

Bolívar pertenecía a ese grupo de genios de estrategia negativa, como Guillermo de Orange y Coligny, que derrotados a menudo, emergían más indomables después de cada encuentro. Sin embargo, Bolívar difería de estos dos grandes líderes protestantes en su actitud hacia la religión. Los calvinistas del siglo XVI encontraron en su fe la fuerza para resistir, en tanto que Bolívar era indiferente a todas las religiones. Las confesiones y las expresiones religiosas son extremadamente raras en sus cartas y discusiones. Y eran raras porque constituían problemas que no le interesaban y cuya solución no incumbía al espíritu humano.⁴⁵⁹ Había pasado por la escuela del siglo XVIII. Bolívar era escéptico y agnóstico, si es que en realidad había pensado alguna vez en la religión. Podía repetir con Fausto: “El Más Allá poco me preocupa. Si se rompe el mundo en pedazos, el próximo durará”.

Escribió a Sucre que “de todas las cosas seguras, la más segura es la duda”. No era supersticioso como Bismarck, ni creía en las profecías, como Wallestein. La superstición, y del mismo modo la profecía, eran para él una aberración o una señal del humor. Si permitía que un amigo le formulara preguntas sobre sus opiniones metafísicas, sus respuestas eran materialistas y escépticas.⁴⁶⁰

El mundo de Bolívar era uniformemente católico. Estaba obligado a tenerlo en cuenta si deseaba independizar Sudamérica. La libertad,

457 Blanco: *Doc.*, vol. V, pág. 643.

458 Blanco: *Doc.*, vol. IX, pág. 343.

459 D. Carbonell: *Psicopatología de Bolívar*. París, 1916. Porras Troconis: *op. cit.*, pág. 214. C. Hispano: *Bolívar y la posteridad*. Bogotá, 1930.

460 D. de B., pág. 389.

según él la veía, no era libertad de religión ni de conciencia. La Iglesia Católica había mantenido durante tres siglos el monopolio de la religión en Sudamérica y Bolívar tenía interés en no irritarla con ataques; por el contrario, aspiraba a conquistarla para la causa de la independencia. Trató de ganarse la confianza de los príncipes católicos. Les demostró que nada tenían que temer de las Repúblicas libres y que podían esperar más de éstas que de la monarquía española. Mantuvo el formalismo del juramento religioso e invocaba a la Providencia y el Todopoderoso en sus discursos y exhortaciones. Asistía a las misas y servicios religiosos, pues sabía que el pueblo esperaba de él esta conformidad.⁴⁶¹ La relación de Bolívar con la Iglesia y la religión era la de un respetuoso reconocimiento externo de su forma e importancia, aparejado con la íntima indiferencia hacia todo lo concerniente al dogmatismo y al misticismo. Sólo creía en las ideas y en ellas encontraba fuerzas para comenzar a trabajar de nuevo después de cada fracaso. Como decía el cubano José Martí; Bolívar creía en los cielos, en las estrellas, en el dios de Colombia, en el genio de América y en su propio destino. Esta era su religión y golpeaba a las puertas de la gloria con una espada.⁴⁶²

Ahora que estaba en Jamaica, despojado de su espada, tornó otra vez a las ideas. No se permitía descanso, pues fuese con la pluma o con la espada, había que conquistar la independencia de Sudamérica.

Cuando arribó a Jamaica, en mayo de 1815, Bolívar fue objeto de una cordial bienvenida. El gobernador de la isla, duque de Manchester, que lo había invitado a cenar, vio un hombre extenuado por el agotamiento, pero que sin embargo mantenía su convicción en la próxima independencia de Sudamérica con más vigor que nunca, y quedó maravillado. “La llama ha consumido el combustible”, dijo de Bolívar.⁴⁶³ En su conjunto, los ricos comerciantes de la isla estaban en contra de la Revolución, pero la persona del Libertador les inspiraba simpatía y admiración.⁴⁶⁴ Bolívar vivió en reclusión con los pocos compañeros que habían ido con él. “No tengo nada —escribió a una amiga—. Lo poco que he traído conmigo lo he dividido entre mis compañeros. Pero mi corazón no desfallece

461 Mary Watters: Bolívar and the Church. *The Carl, Hos. Rev.*, vol. XXI. 1935-36, págs. 312 ss. P. Leturia: *La acción diplomática de Bolívar ante Pío VII*. Madrid, 1925. P. Leturia: *Bolívar y León XII*. Caracas, 1931. N. E. Navarro: *La política religiosa del Libertador*. Caracas, 1933. Monsalve: *Estudios*, págs. 87 ss.

462 J. Martí. *Obras completas*, vol. VII, pág. 138. Madrid. 1929

463 Larrazábal: Vol. I. pág. 388.

464 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 290.

ante los golpes del destino”.⁴⁶⁵ Un inglés generoso, Maxwell Hyslop, le aseguró que siempre lo ayudaría, pero sólo cuando Bolívar perdió toda esperanza de obtener dinero del continente aceptó esa oferta. Los problemas monetarios fueron los que menos le preocupaban. Tenía que enfrentar otras dificultades, más serias.

Bolívar compartió su habitación con varios refugiados. Fuese porque disponía de muy poco espacio, fuese porque su posadera lo molestaba, lo cierto es que buscó otro alojamiento y encontró dos cuartos que le gustaron en la casa de una francesa. Convino con ella el envío de su equipaje y de sus libros ya para el día siguiente comenzó la mudanza. Precisamente entonces se produjo uno de esos chaparrones tropicales y el Libertador decidió pasar la noche en su nuevo alojamiento. Este incidente le salvó la vida. Los españoles, que sabían muy bien que la causa de la independencia no estaba perdida mientras Bolívar siguiese vivo, habían sobornado a uno de sus sirvientes negros, hasta entonces esclavo y que respondía al nombre de Pío, para que lo asesinase. Pío creyó que Bolívar estaba en su hamaca, pero en su lugar se encontraba durmiendo un amigo, Félix Amestoy. El negro no pudo ver en la oscuridad y mató a Amestoy de una puñalada de su daga. Fue capturado y confesó su crimen, pero se negó a revelar el nombre del instigador del complot. Pío fue ajusticiado, pero hoy sabemos que fue Morillo quien dio la orden de matar a Bolívar.⁴⁶⁶

Desde su punto de vista, los españoles tenían razón. Bolívar era tan fatal para el gobierno español con su pluma como con su espada. La mitad de su influencia era atribuible a la palabra, a su poder de convicción.⁴⁶⁷ Sus amigos, sus detractores, sus enemigos: todos sintieron el magnetismo que de él emanaba cuando hablaba o escribía.

Bolívar tenía el temperamento de un artista, era sensible a la belleza, penetraba casi religiosamente en la naturaleza que lo rodeaba y su percepción de la forma. Había educado su gusto en sus grandes modelos: Rousseau, Napoleón y Chateaubriand. Todos ellos tuvieron influencia en él, pero cuando escribía se dejaba llevar por el impacto de sus pasiones o la fuerza de sus pensamientos. Sus palabras surgían entonces de un hondo impulso interior. Esta virtud extraordinaria hizo de Bolívar el escritor en

465 *Cartas*: Vol. I, pág. 154. Lecuna: *Papeles*, vol. I, pág. 11.

466 Larrazábal Vol. I, págs. 407-408. O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 311. O’Leary: *Doc.*, vol. XV, pág. 28. *D. de B.*, pág. 174 Lecuna: *B. de H.* Caracas, volumen XIX, pág. 315.

467 Blanco Fombón: *Simón Bolívar*, pág. 311. Madrid, 1914.

español más sobresaliente de su época. Se convirtió en el libertador del pensamiento de Sudamérica.

Bolívar no fue como esos hombres superdotados que se concentran para dar expresión a una sola facultad, como Flaubert o Carlos XII. Se parecía más a esas personalidades múltiples del tipo de Leonardo o Miguel Ángel, de César o de Goethe; era un ejemplo del hombre universal. poseía pasión y grandeza de pensamiento, percepción e intuición, fantasía y rapidez para decidirse. Como todo verdadero genio, Bolívar combinaba rasgos que parecen mutuamente exclusivos... *coincidencia opoositorum*: un enlace de opuestos. Era un poeta y un soldado, un pensador y un estadista.

Se dice que Napoleón escribió sus poemas con su puñal en el campo de batalla. Bolívar escribió los suyos sobre el papel en sus ratos de ocio. Pero este hecho tiene poca importancia para valorar su naturaleza poética. Tenía el alma de un poeta.⁴⁶⁸ Su única inspiración en el verbo y en la acción era la libertad de América. Perseguía este ideal como Don Quijote, lo hacía con el de la caballería, y los desengaños y las derrotas lo asustaban tan poco como al hidalgo cervantino.⁴⁶⁹ La idea de libertad lo convirtió en profeta, como lo hizo orador, actor y pensador.

Se puede estudiar su vida a través de sus discursos y proclamas. Son sin duda los más inspirados que se hayan dirigido al pueblo de Sudamérica. Pero llevaban la impronta de su época. Muestran la influencia de la Revolución Francesa. En ellos Bolívar aparece como el actor que quiere subyugar a las masas y llamar la atención del mundo sobre América.⁴⁷⁰

En sus cartas y memorias era enteramente él: poeta y soldado al mismo tiempo, espontáneo, claro, vivaz, algunas veces confidencial y melancólico y otras grandioso y convincente. Era un maestro de la palabra y tenía un raro dominio de las metáforas. Vertía su inspiración en forma inolvidable, porque en estos documentos Bolívar es todo Bolívar.

Pero podríamos forjarnos una idea errónea de nuestro hombre si lo llamásemos escritor político. La palabra era para él una herramienta, y un medio, como la guerra, para llegar a un fin, además de ser indispensable en una región del mundo que sus habitantes llaman *el continente de la palabra*.

468 O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 33. M. Samper: *Bolívar*, Bogotá, 1879. R. blanco Fombóná: *El pensamiento vivo del Bolívar*, Buenos Aires, 1942.

469 G. Valencia en *Antología Bolívariana*, págs. 21 ss.

470 C. Hernández: *El estilo de Bolívar*, Bogotá, 1945. J. Nucete Sardi: *El escritor y civilizador Simón Bolívar*. Caracas. 1930.

En el exilio la palabra le sirvió como medio de propaganda y de apelación. Una vez más trató de convencer a los ingleses de que se beneficiarían con un comercio sin restricciones con una América libre. Las respuestas que recibió a estas tentativas dieron origen a uno de los testimonios más notables de su pensamiento político: la carta de Jamaica.⁴⁷¹ Desde el día de su desembarco en la isla su mente no había dejado de trabajar sobre su gran idea. Un impulso accidental le bastó para cristalizarla.

La cuestión que se presentó ante Bolívar se refería al futuro de los pueblos sudamericanos. ¿Había un hombre suficientemente compenetrado con las condiciones para expresarse sobre el particular? En opinión de Bolívar, ni siquiera Alejandro von Humboldt estaba habilitado para responder. Con todo, Bolívar no hizo sino reflexionar sobre este problema durante su descanso forzoso en Jamaica. Mientras se balanceaba agitadamente en su hamaca o mientras caminaba a través de su habitación, trataba de descorrer el velo que cubría el rostro del tiempo.

El análisis de la famosa Carta de Jamaica de Bolívar puede contribuir a aclarar su posición política. La revolución había fracasado. España había vencido. Si Morillo actuaba rápida y efectivamente podría restablecerse el dominio español en el Nuevo Mundo.⁴⁷² ¿Existía algún porvenir para una América libre? Este fue el primer punto que consideró Bolívar. En su opinión, el destino de Sudamérica estaba decidido. Al respecto escribió: “Los lazos que nos unían con España han sido rotos. El odio que la Península Ibérica nos inspiró es mayor que el océano que nos separa. La guerra a muerte ha obrado su efecto. Dos campos se oponen uno al otro.” América se había liberado y España había tratado en vano de esclavizarla otra vez. América había luchado con coraje y desesperación y la historia conoce sólo unos pocos casos en que la desesperación no significara finalmente la victoria. El hecho de que los españoles hubiesen logrado ventaja en algunas regiones no era motivo para descorazonarse, en lo que respecta a Bolívar, el Nuevo Mundo estaba dispuesto a defenderse. “Un pueblo que ama la libertad será al fin libre”, dijo.⁴⁷³

Y así, como si estuviese sobre la montaña más alta de Los Andes y midiese el mundo con sus ojos, Bolívar descubrió el panorama de la Revolución Americana. Comenzó en el sur, en las regiones del Plata,

471 *Cartas*: Vol. I, pág. 181.

472 *Cartas*: Vol. I, pág. 146.

473 *Cartas*: Vol. I, pág. 184

donde la independencia había triunfado. Chile se encontraba aún en conflicto. Como los indios chilenos, los araucanos, habían rechazado una vez a los españoles, del mismo modo podrían hacerlo de nuevo. Perú era el más sumiso de todos los países sudamericanos, pero ni siquiera esta zona del dominio colonial vivía en paz, y no sería capaz de resistir permanentemente el ímpetu avasallador de la revolución. Nueva Granada, el corazón de América, podía ser amenazada, pero no por eso iba a someterse. Venezuela había sido conquistada por los españoles al precio de su destrucción. Y así siguió, hasta México, Puerto Rico y Cuba. Dieciséis millones de almas defenderían su derecho a la libertad.

¿Podía esperar España reconquistar a América sin una flota, sin dinero y sin sus soldados? ¿Y podía España, un país sin industrias ni excedente económico, sin arte ni ciencia de la política, proveer a América de sus necesidades vitales? Aunque España pudiese subyugar entonces a América, las mismas exigencia y los mismos problemas surgirían de nuevo a los veinte años.

La liberación de América Latina habría de cambiar la política internacional desde sus cimientos. La vista penetrante de Bolívar vislumbró la iniciación de una nueva época en las relaciones internacionales entre los pueblos del mundo. La independencia sudamericana habría de convertirse en un elemento vital del mundo por venir. Las naciones libres que habrían de formarse establecerían un equilibrio de poder que circundaría al globo. Sudamérica, decía Bolívar, ya no es más terreno de experimentación. Por otra parte, los países europeos, si apoyaban la independencia, encontrarían mercados seguros para sus productos. Aquí también fue notable la previsión de Bolívar. Hasta los días de la Segunda Guerra Mundial, Sudamérica fue uno de los mercados más importantes para la industria europea.

¿Pero quién comprendía a Bolívar en aquel entonces? Hablaba a un mundo que todavía no había captado estas posibilidades. Había que superar la ignorancia y la indiferencia y sólo el hombre que había sufrido él mismo y ayudado a plasmar los destinos de Sudamérica podía despertar la simpatía de la humanidad. El interés de todo un continente se centraba en Bolívar. Para él América se alzaba sobre la cresta de la ola de la historia como un nuevo Atlante. “Somos —decía con orgullo— un macrocosmos de la raza humana. Somos un mundo aparte, confinado entre dos océanos, jóvenes en cuanto al arte y la ciencia, pero viejos como la sociedad humana. No somos indios ni europeos, pero sí parte de cada uno de ellos.” ¿Qué forma asumiría América luego del colapso del

dominio español?, era la pregunta que se formulaba. ¿Emergería como una unidad? ¿Sería una monarquía o una república? estos eran los problemas intrínsecos del futuro de América que Bolívar trató de resolver.

¿Podía convertirse Sudamérica en una República? ¿Eran capaces sus pueblos de cumplir las obligaciones que impondría este superestado? La gente del Hemisferio Occidental había vivido durante siglos una existencia solo pasiva. “No estábamos —confesaba Bolívar— más que a un paso de la esclavitud. Por eso es tan duro para nosotros aceptar la libertad. En todo lo referente a los asuntos públicos fuimos dejados en una infancia perpetua. Bajo el sistema español, la mayoría de los americanos estaba obligada a la esclavitud, pero todos en conjunto estaban precisados a consumir productos extranjeros. En cuanto respecta al gobierno o la administración del Estado estábamos fuera del mundo”. No es difícil sacar en conclusión de esta afirmación, que América no estaba preparada para separarse de la madre patria cuando llegó el momento de dar ese paso. “Los sudamericanos han dispatado a lo largo de siglos como el ciego que confunde los colores. Estaban en la etapa de la acción, pero tenían los ojos vendados. No veían ni oían.” Ahora asumían la obligación de desempeñar los papeles de legisladores, oficiales o diplomáticos y de hacerlo en forma extemporánea.⁴⁷⁴

De este modo, Bolívar continuó la crítica que había comenzado tres años antes en su Manifiesto de Cartagena. Su carta es una crítica constructiva de las condiciones reinantes en Sudamérica y en ella puede verse, paso a paso, cómo se había desarrollado su pensamiento político.⁴⁷⁵ Antes había adoptado la ideología de la Revolución Francesa y ahora completaba su ruptura con la tradición absolutista de España. En ese entonces era jacobino de palabra y de alma. Después de la caída de la Primera República, proclamó la necesidad de un gobierno fuerte y unificado en los Estados sudamericanos. En su carta de Jamaica sostuvo con firmeza esta idea: “Mientras nuestros compatriotas no adquieran el talento y las virtudes que adornan a nuestros hermanos del Norte, un sistema democrático radical, lejos de beneficiarnos, nos traerá la ruina. Desgraciadamente, no poseemos esos rasgos. Estamos gobernados por la corrupción, que ha de aceptarse bajo el dominio de un país que se ha distinguido por la inflexibilidad, la ambición, la venganza y la avaricia.”

474 *Cartas*: Vol. I, pág. 207.

475 C. Parra Pérez: *Bolívar. contribución al estudio de sus ideas políticas*. París, 1928. J. D. Monsalve: *El ideal político del Libertador*. Bogotá, 1916. Belaúnde: *op. cit.*, pág. 163. F. González: *op. cit.*, pág.172.

Bolívar repitió la famosa frase de Montesquieu: “Es más difícil liberar a una nación de la esclavitud que esclavizar una nación libre”.

Los sudamericanos expresaron su voluntad de darse instituciones liberales, pero ¿Eran capaces de resolver los problemas que su posesión implicaba? ¿Era posible que una nación recién salida de la servidumbre volase al reino de la libertad sin que sus alas de Icaro se derritiesen, sin caer en la destrucción? La creación de una República libre era imposible en Sudamérica y, en consecuencia, ni siquiera era deseable. Aun menos satisfactoria era la idea de una sola monarquía. ¿Qué solución podía traer el futuro para estos problemas?

Como la colonias españolas no podrían surgir de la revolución como un solo Estado, Bolívar tuvo que proponer soluciones individuales para los problemas de política interna y para las relaciones interestatales. “Los Estados americanos necesitan de los esfuerzos de Gobiernos paternalistas para restañar las heridas y curar las cicatrices dejadas por el despotismo y la guerra.” Bolívar siguió siendo centralista. Consideraba indispensable la guardia de un Gobierno fuerte, inspirado en principios de unidad, estabilidad y eficiencia.

En consecuencia la República de Bolívar sería de carácter conservador, basada en la dirección de hombres fuertes y de una élite moral. Quería unidad y libertad, pero la unidad era para él más importante que la libertad política interna, pues la unidad era requisito previo y condicionante para el logro de la independencia. La unidad y la libertad eran las estrellas que servían de guías a las naciones que surgían en el siglo XIX. Los estadistas liberales como Cavour ponían la tónica sobre la libertad. Los conservadores como Bismarck y Bolívar colocaban al acento sobre la unidad.⁴⁷⁶

Sin embargo, Bolívar no deseaba renunciar a la libertad, y este conflicto en su pensamiento ideológico no sólo era la expresión de sus predilecciones personales, sino también la situación del continente. América sentía como una, pero la naturaleza, con sus barreras de ríos y montañas, parecía regionalista. La democracia exigía un relajamiento del estricto control colonial, pero las necesidades de la hora demandaban un gobierno centralizado y estable. La democracia proclamó la igualdad de todos los hombres, pero las diferencias raciales permitieron sólo la lenta y gradual realización de este principio.

En el caso del mismo Bolívar, ¿Acaso no se debatía entre la ambición

476 C. Lozano y Lozano: *Bolívar maquívélico*, pág. 73. Véase también: F. Meinecke: *Weltburgertum und Nationalstaat*. Munich. 1913.

de gobernar y el deseo de usufructuar sólo la gloria de libertador? Se empeñaba en lograr una dictadura y sin embargo la aborrecía al mismo tiempo. A causa de este deseo de resolver tal conflicto interno se convirtió en el cerebro de la revolución. Buscó para América una Constitución que diese forma a sus múltiples y diversos elementos. En él se combinaba el realismo anglosajón con el radicalismo francés de Rousseau. “Como no es posible adoptar las mejores y más provechosas características de las repúblicas y monarquías, evitemos al menos caer en la demagogia anarquista o en el despotismo tiránico.” El deseo de Bolívar era conciliar la idea de la soberanía popular con el principio de autoridad. “La democracia en sus labios, la aristocracia en su corazón”, decían sus enemigos. Libertad sin licencia; autoridad sin abuso, decía Bolívar. su propósito era armonizar la democracia técnica de las masas con los principios jerárquicos de la dirección. Nuestra época concibe mejor este ideal que el siglo XIX. El mismo Bolívar dijo que esta Constitución era una copia de la forma de gobierno Británica, con la importante diferencia que no tenía rey. El poder ejecutivo quedaba en manos de un presidente que debía elegirse de por vida. Esta solución puede haber sido inspirada en la ambición personal de Bolívar; en realidad, expresaba sus ansias de estabilidad.

Bolívar concebía un cuerpo legislativo compuesto por dos Cámaras. Tenía la idea de un Senado hereditario comparable a la Cámara de los Lores en Inglaterra, pero como en Sudamérica no había nobleza residente, el Senado estaría integrado por las familias ricas de las altas clases criollas. La segunda Cámara debía elegirse libremente, el voto estaría condicionado, como en el caso del modelo británico, a un mínimo de propiedad. De esta forma quedarían combinadas las ventajas de las formas constitucionales y se evitarían sus debilidades. Bolívar sabía que no todos los Estados americanos aceptarían sus ideas constitucionales. Creía que Colombia —es decir Venezuela y Nueva Granada juntas— sería la primera en adoptarlas.

Bolívar también predijo el destino de las demás naciones sudamericanas. Su profecía sobre lo que ocurriría en México y América Central, en Perú, Chile y Argentina, es increíblemente exacta. “En 1815 —escribe F. García Calderón—, mientras América estaba todavía bajo la dominación española, Bolívar no sólo profetizó los conflictos inmediatos, sino que vislumbró el desarrollo de diez naciones en un siglo”.⁴⁷⁷

477 F. García Calderón: *Simón Bolívar*, en Antología Bolivariana, pág. 252.

Se deduce, en consecuencia, que Bolívar no pensaba en crear un gran Estado sudamericano. Aunque escribió: “Nadie desea más ardientemente que yo crear la más grande de todas las naciones del mundo aquí, en Sudamérica. Grande no sólo por su extensión y riqueza, sino por su libertad y sus glorias”, no estaba convencido de que el Nuevo Mundo pudiese gobernarse como una república y muchos menos como una monarquía. Un gobierno único que pudiese hacerlo habría tenido que reunir condiciones divinas. La decisión de Bolívar en este punto fue el resultado de su clara visión de la realidad histórica y racial de Sudamérica, pues hasta el imperio español no había constituido nunca un todo unificado. Había existido durante tres siglos como una federación de unidades imperiales. Las colonias no formaban una cadena, sino más bien una estrella de muchas puntas cuyo centro se encontraba en la Corona Española.

El movimiento de emancipación había roto este centro. La federación se había dispersado. Las naciones y nacionalidades habían cristalizado y no podían comprimirse otra vez en una forma artificial. Cuando posteriormente Bolívar trató de formar un superestado en la región andina, se vio obligado a reconocer de qué modo profético había anticipado en su carta de Jamaica la imposibilidad de esa empresa.

También en Europa la gente comenzaba a discutir el problema del futuro de Sudamérica. El arzobispo de Malinas, monseñor de Pradt, había desarrollado un plan según el cual debían establecerse en Sudamérica quince o diecisiete monarquías. Bolívar también pensó que nacerían en Sudamérica diecisiete naciones libres e independientes, pero repudiaba la forma monárquica de gobierno.⁴⁷⁸ La libertad no es imperialista. Siempre que las repúblicas se ponen a hacer conquistas, aunque sea para obligar a otras naciones a adoptar una forma de gobierno liberal, corren el riesgo de degenerar. El programa de Bolívar comprendía la creación de diecisiete repúblicas libres.

Aunque su realismo le impedía desear lo imposible y pensar en Sudamérica como una entidad soberana, no podía dejar de lado su punto de vista continental. Al final de la carta de Jamaica, Bolívar toca la cuerda de la solidaridad americana. “Es una idea sublime arriesgarse en el intento de que el Nuevo Mundo constituya una sola nación, cuyas partes estén unidas por un solo lazo. Como tienen una religión, un idioma y costumbres similares, lógicamente deberían tener un solo Gobierno...

478 Véase también, Laura Bornholdt: *The Abbé de Pradt and the Monroe Doctrine. *Hispan. Am. Hist. Rev.*, pág. 201. Mayo de 1944.*

Pero esto no puede ser, porque los extremos del clima, las condiciones diferentes, los intereses opuestos y las variedades de las características dividen a América.”

La razón le decía a Bolívar que el sueño de la unidad americana no podría realizarse en esos momentos, pero el corazón no le permitía desechar ese sueño. “Qué inefable sería que el istmo de Panamá fuese para América lo que los canales de Corinto para los griegos. Quiera Dios concedernos la gracia de que algún día podamos convocar un congreso de representantes de las repúblicas, reinos e imperios para discutir la paz y la guerra con el resto de las naciones del mundo.” Diez años después citó al Primer Congreso Panamericano y desde ese momento la idea de la solidaridad americana nunca se desvaneció. Simón Bolívar fue el portador de la antorcha para todo el continente. También había previsto el papel que desempeñaría América después de la autodestrucción de Europa. “Entonces la ciencia y el arte, que nacieron en el Oriente y dieron su luz a Europa, volarán hacia la libre Colombia, que les ofrecerá un asilo dónde refugiarse.”

Pero Sudamérica no era todavía libre. ¿Qué necesitaba para hacer desaparecer a los españoles y crear una forma de gobierno libre? América estaba dividida, abandonada por todas las naciones, aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas y sin ayuda militar. “Pero si somos fuertes, el mundo verá que, bajo la égida de alguna nación libre que nos ayudará, desarrollaremos las virtudes y las cualidades que llevan a la gloria. Entonces comenzaremos la solemne cruzada de salvación para la que está destinada Sudamérica.”

Este es el fin de la carta de Jamaica. Sus últimas palabras indican claramente que estaba dirigida a Inglaterra. Es difícil afirmar si este incomparable documento significó algún éxito tangible. Estamos seguros que esta nueva idea del equilibrio del poder llegó a oídos de Canning y que diez años después inspiró su famoso pronunciamiento, en el que sostuvo que la creación del Nuevo Mundo era necesaria como contrapeso del Viejo.

La carta puede haber impresionado asimismo a los aventureros, soldados y luchadores que pronto cruzaron el Atlántico. No obstante, en su conjunto, se borró sin llegar a ser leída. Su importancia no reside en sus efectos inmediatos, sino en su actitud hacia la realidad de la existencia americana y en su visión del futuro de América. Jamaica, que ya había sido escenario de los juicios y desengaños de Colón, se convirtió en la localidad donde un americano volvió a descubrir América.⁴⁷⁹

479 Parra Pérez: *Bolívar*, págs. 44 y 56. O’Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 289.

Bolívar siempre había tratado de interesar a los británicos para que interviniesen en favor de la revolución. Las Antillas habían sido un refugio para los independientes; allí buscaron seguridad y un arsenal. Bolívar intentó explicar a los ingleses que podrían ganar mucho con muy poco esfuerzo. Todo lo que se requería eran veinte o treinta mil cañones, un empréstito de un millón de libras esterlinas, quince a veinticinco buques de guerra, municiones y unos cuantos voluntarios. Como recompensa, el Gobierno británico obtendría las provincias de Panamá y Nicaragua. Entonces Inglaterra construiría canales que uniesen el Océano Atlántico con el Pacífico. Ese paso convertiría a estos países en el centro del comercio mundial y aseguraría a Inglaterra la superioridad comercial en todos los tiempos.⁴⁸⁰

Parecería que estas propuestas no fueron consideradas con seriedad en Londres. Pocas semanas después Bolívar apeló a Ricardo Wellesley en un intento por persuadirlo de que el equilibrio político del mundo y los intereses de Gran Bretaña exigían la liberación de Sudamérica. “Si tuviese la más mínima esperanza —escribía por ese entonces— de que América podría triunfar sola, nadie más que yo habría deseado servir a mi país sin soportar la humillación de tener que implorar ayuda a una potencia extranjera. Pero esta esperanza se ha desvanecido. Llegaré hasta rogar ayuda. Iré a Londres a buscarla. Si es necesario iría hasta el fin del mundo.”⁴⁸¹

Escribió otras cartas. Bombardeó a los periódicos con justificativos de la revolución. Entretanto apeló también a Camilo Torres. Pero todos parecían haberlo abandonado. Inglaterra tenía otras preocupaciones en el verano de 1815. Napoleón había huido de Elba. La política exterior inglesa, dirigida por Castlereagh, se había propuesto establecer contactos con la Santa Alianza. Ni siquiera se permitió a Bolívar que comprara armas en Jamaica y su desesperación crecía día tras día al enterarse de los éxitos de Morillo. Hubo ocasiones en que estuvo cerca del suicidio. La muerte le parecía preferible a una vida de deshonor y tormentos.⁴⁸²

A comienzos de diciembre le llegó una invitación para reasumir el mando en jefe, desde Cartagena, que todavía se estaba defendiendo de Morillo. La idea de su propia venganza no cabía en Bolívar. se sentía incapaz de odiar allí donde los intereses de Colombia estaban en juego.

480 *Cartas*: Vol. I, págs. 147-148.

481 *Cartas*: Vol. I, págs. 152 y 217. Webster: *The Foreign Policy of Castlereagh*. Londres, 1925.

482 *Cartas*: Vol. I, págs. 220 y 150. Blanco: *Doc., vol. I, Pág. 365*.

“Amo la libertad de América más que a mi propio honor. Para conquistarla no omitiré ningún sacrificio”⁴⁸³. ¿Pero de qué valdrían sus sacrificios en tales circunstancias? ¿No era la misma situación que la que lo había llevado a exilarse voluntariamente? ¿Podría impedir su presencia la caída de Cartagena?

Pese a todo, estaba pronto a retornar hacia mediados de diciembre. No podía soportar más la existencia inactiva de su exilio. El 18 de diciembre partió rumbo a Cartagena y navegó durante días para escapar al bloqueo español. Mientras estaba en alta mar se enteró de que Cartagena había caído. ¿Dónde iría ahora? El siguiente Estado libre de la región de las Antillas era Haití. Bolívar cambió su curso y el 27 de diciembre llegó a Aux Cayes.

483 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 313. Véanse: *Cartas inéditas de Bolívar. B. de H.* Bogotá, vol. XXVIII, pág. 754.

XVI

DE CAYO EN CAYO

Hacia 1815, Haití y los Estados Unidos eran los únicos países del Hemisferio Occidental cuyas ideas republicanas habían prevalecido. La población de Haití, que se componía casi enteramente de mestizos y negros, hizo que su isla se aliase más con América Central y del Sur que con Norteamérica. Colonia francesa hasta el estallido de la Gran Revolución, había captado los ideales de libertad e igualdad a su propia manera. Cuando Bolívar llegó a Aux Cayes, el Presidente de la República era Alejandro Pétion.

Entonces Pétion tenía cuarenta y seis años y su apariencia revelaba que era medio mestizo. Su padre era francés y su madre una negra de la casta sobre la cual la huella de la explotación colonial se marcó con más fuerza. Pétion había aprendido el oficio de herrero, pero posteriormente se alistó en la armada francesa y en 1789 contribuyó con sus esfuerzos al levantamiento de la Isla. Aún después pasó largos años en Francia y en 1802 retornó a Haití. En 1807 llegó a Presidente de la República. fue electo dos veces más y en 1816 se convirtió en Presidente vitalicio. Los haitianos lo reconocieron como su libertador⁴⁸⁴ Bolívar llegó a Port au Prince el 1º de enero de 1816 y fue recibido por el Presidente al día siguiente.⁴⁸⁵

Se encontraron frente a frente dos grandes exponentes de la vida americana. Pétion, esclavo por descendencia, había llegado a la posición que ahora ostentaba por sus propios esfuerzos. Era todo dignidad y comprensión. Amaba la virtud y creía en la posibilidad de alcanzarla. Los dos hombres se entendieron mutuamente con rapidez. Estaban unidos por los mismos ideales en la creencia de la dignidad del hombre. Pétion vislumbró como lo había hecho un año antes Camilo Torres, que la libertad del continente se encarnaba en la persona de Bolívar. Pétion agregó otra más a sus prendas de patriota y estadista. Se convirtió en el protector de Bolívar.

Durante las numerosas conversaciones que sostuvieron estos dos hombres en los primeros días de 1816, bolívar bosquejó sintéticamente a

484 Blanco: *Doc.* vol. V, pág. 412. Bellegarde: "Pétion et Bolívar." *Rev. De l'Amerique Latine.* París, diciembre de 1924. F. Dalencour: *A. Pétion devant l'Humanité.* Pour au Prince, 1929.

485 *Cartas:* Vol. I, pág. 223. Lecuna: "La Expedición de los Cayos". KB. De H. Caracas. Vol. XIX, núm. 75. Pág. 317.

Pétion el estado de la revolución. Cartagena había caído y los españoles amenazaban Colombia. No obstante, Bolívar juraba que libertaría a Venezuela y al continente entero. Solicitó a Pétion la ayuda que le había sido negada en Jamaica: dinero, armas, municiones, barcos y alimentos. Su plan parecía alocado y desesperado, pero, como de costumbre, Bolívar sabía cómo hacer para que lo imposible pareciese posible. Convenció a Pétion. El Presidente prometió su ayuda con todos los medios a su alcance, pero puso una condición. Bolívar debería darle su palabra de que otorgaría la libertad a los esclavos de todos los Estados que liberase.⁴⁸⁶ Bolívar así lo hizo sin dudar un instante. Años antes había emancipado a sus propios esclavos y desde entonces habían abandonado todo pensamiento consciente sobre cuestiones de clase. Su perspectiva abarcaba a todo un hemisferio. Mediante este acuerdo para emancipar a los esclavos, Pétion y Bolívar cobraron importancia histórica mundial. Antes de que Abraham Lincoln hubiese alzado su voz en el mundo anglosajón, estos dos hombres, en una pequeña isla del Caribe, proclamaron la aplicación de los principios de libertad e igualdad a una multitud anónima de esclavos.⁴⁸⁷

Bolívar quería conceder el mérito de los decretos que habrían de liberar a los esclavos al Presidente Pétion y levantar así un monumento al carácter bondadoso del Presidente de Haití, pero Pétion no quiso que se le mencionara.⁴⁸⁸ Escribió a Bolívar: “Usted conoce mis sentimientos hacia la causa cuya defensa ha tomado en sus manos y los que personalmente usted me inspira. Debe compenetrarse de mi ardiente deseo de que sean emancipados todos los que sufren bajo el yugo de la esclavitud.”⁴⁸⁹ Sin embargo, Haití estaba en una posición difícil. La mitad de la isla era todavía colonia española y Pétion debía tener en cuenta asimismo a los Estados Unidos. Era comprensible que prefiriese trabajar entre telones. Tampoco necesitaba del reconocimiento personal. Por estas razones todas las instrucciones referentes a Bolívar llegaban a los puertos y a los funcionarios en forma de órdenes secretas. Pétion puso a disposición de Bolívar armas y municiones. Le permitió reclutar marineros, pero tuvo cuidado al mismo tiempo de que estas decisiones fuesen llevadas a cabo

486 *Cartas*. Vol. I. pág. 225.

487 J. S. Rodríguez; “La abolición de la esclavitud en Venezuela.” *B. de H.* Caracas. Vol. XX, pág.. 393. A. N. Whitehead: *Adventures of Ideas*, pág. 29. Cambridge, 1939.

488 *Cartas*: Vol. I, págs. 223 y 225.

489 *Banco: Doc.* vol. V, págs. 399-402.

de modo tal que no pusieran en peligro la independencia de su pequeño Estado. Hasta el dinero con que habría de financiarse la expedición no provenía del Tesoro nacional. Un rico comerciante inglés, Roberto Sutherland, que era amigo y admirador de Bolívar tomó a su cargo la realización de los pagos para ocultar su verdadero propósito.⁴⁹⁰

Después de Sutherland, la figura más importante entre los amigos y protectores de Bolívar era Luis Brion, un próspero comerciante de Curazao, que había puesto su fortuna a disposición de la independencia sudamericana. Mitad pirata y mitad empresario, pertenecía a esa clase de mercaderes temerarios que, en tiempos de crisis, encuentran salidas pródigas para su pasión de jugadores y su amor a la aventura. En Jamaica, Bolívar ya lo había llamado el primero de sus protectores y el más libre de los hombres. En Haití, su contribución a la causa de la revolución cobró mayor importancia. Brion había fletado una pequeña flota de cuya ayuda dependía el éxito de toda expedición al continente. Su participación trajo aparejado un cambio completo en la estrategia revolucionaria. Al morir Brion en 1821, Bolívar escribió: “El Almirante Brion tiene un altar en la gratitud de todos los corazones colombianos.”⁴⁹¹

Durante los primeros días de su estancia en Port au Prince, Bolívar se dirigió a Brion en busca de ayuda para unir las distintas facciones. Creía que los dos juntos podrían trazar un plan de ataque efectivo contra el continente.⁴⁹² ¿Cuáles eran estas facciones? Y, en realidad, ¿con qué material humano podía contar Bolívar para ganar sus batallas?

Varios funcionarios venezolanos habían buscado refugio en Haití junto con Bolívar. Numerosos políticos y soldados perseguidos llegaban diariamente de Cartagena. Habían preferido huir en pequeños barcos antes de arrostrar la muerte segura a manos de los españoles. Bajo el mando de un francés, Luis Aury también arribó a Haití una flotilla que había luchado por Cartagena. Pétion se cuidó de que estos desgraciados no partiesen hambrientos. Bolívar se abocó a la tarea de organizarlos tanto política como militarmente.

Bolívar regresó de la capital a Aux Cayes con una carta que le abrió todas las puertas que pudiesen significar una ayuda en la provincia. Su misión consistía en preparar el ataque sobre el continente. De inmediato nombró su cuerpo de generales. Sin embargo, todo ataque al régimen

490 O’Leary: *Doc.* vol. XV, págs. 46 y 48. L. C. Cuervo: *Bolívar y Pétion*, página 18, Bogotá, 1937.

491 *Cartas*: Vol. I, págs. 169 y 170. Vol. II, pág. 416-417.

492 *Cartas*: Vol. I, pág. 223.

español en Sudamérica constituía un acto político tanto como militar. Bolívar convocó a una sesión para delinear el nuevo gobierno de Venezuela. Concurrieron a esta reunión los hombres más influyentes de la revolución: Mariño, Bermúdez, Piar, Leandro Palacios, Brion, Aury, el escocés Mac Gregor, el francés Cucoudray Holstein y Zea.⁴⁹³

Bolívar inauguró este “parlamento” de los desposeídos con un discurso. Señaló que el objetivo que tenía a la vista era la liberación del continente. No ocultó a sus colegas los peligros de la expedición, pero proclamó su fe implícita en el triunfo final de la libertad. Declaró que el requisito previo de la victoria era la creación de un Gobierno cuyos poderes no tuvieran límite. Un solo hombre debía administrar el Estado. Era el viejo plan de Bolívar: una dictadura en tiempos de necesidad.

La asamblea no mostró su acuerdo sin presentar alguna resistencia. Aury propuso la formación de un triunvirato. Bolívar replicó que, aunque nada había en su propia persona que sugiriese que era el hombre más capaz para erigirse en dictador, jamás consentiría en una división de poderes que pusiese fácilmente en peligro el éxito de cualquier empresa militar. Brion puso fin al apasionado debate. Ofreció los servicios de su flota a condición de que Bolívar fuese designado jefe indiscutido de la expedición. Y así se convino en esto.⁴⁹⁴

Pero la resistencia a Bolívar como líder no quedó quebrada por esta decisión. Surgieron nuevamente rivalidades nimias entre los jefes, que en años anteriores habían impedido que la revolución siguiese adelante. Se acusó a Bolívar de incompetencia y cobardía. Fue retado a un duelo. Por último, Bermúdez y Aury se unieron para impedir su partida. Como se acercaba el día de la despedida de Bolívar, Aury ordenó que se le diese la goleta *La Constitución* y declaró que atacaría a México sin ayuda alguna.⁴⁹⁵ Bolívar apeló antes las autoridades del país: primero al gobernador y finalmente al propio presidente. Pétion dio entonces otra prueba de su sagacidad política. Comprendió que cualquier tipo de desunión entre los refugiados podía perjudicar la causa de la libertad. Prohibió el ataque a México y reafirmó su fe en Bolívar, asegurando que quienes no desearan aceptar su mando estarían obligados a permanecer

493 Larrazábal: Vol. I, pág. 412. Lecuna: *Los Cayos*, vol. XIX, pág. 325.

494 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 340. Blanco: *Doc.*, V, pág. 399. Historial del senador Marion. *La primera expedición de Bolívar*.

495 Larrazábal: Vol. I, pág. 417. Para el conflicto con Bermúdez. Véase la carta de Bolívar del 7 de agosto de 1816. *B. de H.* Caracas, vol. XVI, núm. 62, pág. 84.

en el puerto de Haití. *La Constitución* fue devuelta a Bolívar para que no se perdiese ni un solo momento en esta hora histórica para el mundo.⁴⁹⁶

Protegido de este modo contra la rebeldía en su propio campo, Bolívar designó a Mariño su representante. Brion fue designado primer almirante de la República y Zea administrador en jefe. Los rebeldes se habían retirado del ejército. Una vez más retornó Bolívar a la capital para despedirse de Pétiou. Con lágrimas en los ojos, el más viejo de los dos hombres dijo: *Que le bon Dieu vous benisse dans toutes vos entreprises*. Los demás funcionarios de Haití quedaron encantados por el tacto y la cortesía demostrados por el Libertador en tan conmovedora circunstancia. *Il a été d'une courtoisie remarquable dans cette circonstance*. Bolívar había necesitado tres meses para reorganizar un ejército. El 31 de marzo de 1816 la pequeña flota dejó las aguas de Santo Domingo y puso velas en dirección a Venezuela.⁴⁹⁷

En conjunto, la fuerza expedicionaria de Bolívar se componía de 250 hombres escasos, que en su mayoría eran oficiales. Para muchos la travesía parecía como un viaje por mar con Don Quijote y existían dudas graves en cuanto al éxito de tan temeraria empresa. Bolívar portaba armas para seis mil hombres. También llevaba consigo una imprenta, pues esperaba levantar la población esclavizada mediante la distribución de folletos.

Los barcos eran pequeños y ni siquiera numerosos; seis goletas y una balandra constituían toda la flota, que apenas excedía en su conjunto las mil toneladas.⁴⁹⁸

Bolívar tenía que sortear los buques de guerra que guardaba Puerto Rico. Si embargo encontró tiempo y oportunidad para embarcar a la mujer de su corazón, Josefina Machado. Esta acción demoró considerablemente el viaje, Brion se vio obligado a realizar en treinta días un recorrido que tomaba por lo general diez. El 2 de mayo los patriotas llegaron a aguas venezolanas.

La flotilla se dirigió a la isla Margarita, cercana a la costa oriental. En un breve encuentro con los barcos españoles que bloqueaban la isla los patriotas alcanzaron la victoria y capturaron dos buques españoles. El 3 de mayo Bolívar ancló en el pequeño puerto de la isla. Y entonces

496 Larrazábal: Vol. I, págs. 417-418.

497 O'Leary: *Doc.*, vol. XV, pág. 52. Lecuna: *Los Cayos*, vol. XIX, pág. 332.

498 Rivas Vicuña: Vol. II, pág. 127, Ducoudray Holstein: Vol. I, pág. 308. Véase también, *B. de H. Caracas*, vol. IV, pág. 354. Lecuna: *Los Cayos*, vol. XIX, páginas 315 y 421.

comenzó la tercera época de la República. Bolívar anunció que era la reconstrucción y no la conquista lo que habría de liberar a Venezuela. su programa era éste: unificación del pueblo, creación de un Gobierno central y convocatoria de un Congreso. Había que evitar los errores del pasado. Los venezolanos no podían ser al mismo tiempo hombres libres y esclavos.⁴⁹⁹

La Tercera República correspondía todavía a un futuro distante. Antes de que pudiese resurgir, Venezuela debía sacudir el yugo español. ¿Cómo pretendía hacerlo Bolívar? ¿Cuáles eran sus planes de acción? Cuando dejó Haití vislumbrando una rápida victoria, había prometido al gobernador de Aux Cayes que le enviaría caballos de la mejor raza tan pronto como tomara posesión de Angostura y La Guayana.⁵⁰⁰

Sin embargo, Angostura y La Guayana implicaban el Orinoco. Este imponente río significaba la entrada no sólo a Venezuela, sino también a grandes extensiones de territorio en el interior. Era navegable mucho trecho corriente arriba: podía llegarse a Nueva Granada por esta gran arteria. Las vastas planicies del Orinoco, con sus caballos y su ganado, podían mantener fácilmente a todo un ejército. Podían obtenerse frutas tropicales río abajo hacia la costa del Atlántico y allí canjearse por armas y municiones. Un ejército que operase en la región del Orinoco no podía ser derrotado sin la ayuda de una flota, ni tampoco podía defenderse sin su protección.

Bolívar había logrado deslizarse entre las patrullas españolas. ¿Por qué punto esperaba abrirse paso a través del cinturón de seguridad de las fortificaciones españolas? ¿En qué basaba su plan para atacar las regiones del Orinoco?

En Venezuela oriental la revolución estaba aún latente. Las tropas dispersas del derrotado ejército de la Segunda República habían huido a las llanuras. Habían surgido nuevos líderes para dirigir una vez más a estos hombres indomables contra los españoles, sin más esperanza que mantener el estado de guerra. Por el momento eran pocas las esperanzas de derrotar al enemigo. Bolívar quería llegar al Orinoco porque allí estaban acuarteladas las guerrillas patriotas. Puede que supiese poco sobre ellas, pero podía proporcionarles armas y aumentar su ejército con sus hombres. La isla Margarita habría de ser sólo un trampolín para lanzarse sobre el continente. La pequeña isla se había rendido a Morillo en 1815 cuando prometió una amnistía general. Pero la política

499 *Proclamas*: Págs. 146 y 147. *Cartas*: Vol. I, pág. 228.

500 *Blanco: Doc.*, vol. V, pág. 403.

de conciliación no duró mucho. En septiembre de 1815, Arismendi, el líder político y militar de los margariteños escapó de las garras españolas y desató otra vez el levantamiento. La guerra se desarrolló con gran crueldad por ambas partes, Arismendi había instigado a matar prisioneros en Caracas en 1814. Su esposa y su pequeño hijo quedaron en manos de los españoles, y los monárquicos amenazaron matarlos como represalia. Sin embargo, Arismendi se mostró insensible y cuando llegó Bolívar no tardó en reconocer al Libertador como su jefe supremo.

En Margarita se convocó de inmediato una reunión para confirmar las resoluciones de Haití. Bolívar pudo actuar en consecuencia con algunos visos de legalidad. Los españoles, sorprendidos, abandonaron la capital y se retiraron a un pequeño fuerte. Pero en él lograron resistir. Bolívar exigió su rendición y prometió solemnemente que por su parte pondría fin para siempre a la guerra a muerte. Los españoles rechazaron la propuesta. Negaron ser culpables del aspecto horrible de la guerra y declararon que era su intención resistir el sitio de Bolívar. después de varios intentos infructuosos, el Libertador admitió que sólo podía perder el tiempo en el caso de ocuparse personalmente de la ofensiva. Arismendi podía tener en jaque a los monárquicos mientras Bolívar pasaba al continente en busca de provisiones y hombres.⁵⁰¹

Bolívar se lanzó al mar en dirección al continente el 26 de mayo, con una flota compuesta por once unidades. A los seis días llegó a Carúpano. El desembarco se llevó a cabo con éxito, mientras los cañones de los buques de guerra cubrían la operación. Las primeras tropas al mando de Soublotte y Piar pisaron la tierra de su patria nativa y el comandante español fue derrotado con todas sus fuerzas. Los patriotas capturaron un botín considerable.

La primera preocupación de Bolívar fue el ejército. Rápidamente organizó una pequeña fuerza de reclutas. Los regimientos fueron bautizados con los viejos y gloriosos nombres de Girardot , Araure y Cumaná. Bolívar envió a los generales Mariño y Piar al puerto de Guiría para armar a la población y reclutar soldados para el campamento principal. El éxito dependía ahora de la posibilidad de mantener a sus soldados aprovisionados y las islas británicas de Trinidad y Barbados eran depósitos naturales para preparar la invasión al continente. Trinidad dominaba la zona costera oriental hasta la desembocadura del Orinoco. Pero las autoridades inglesas trataron a los patriotas con fría animosidad. Bolívar apeló ante los gobernadores de ambas islas y solicitó el

501 *Cartas*: Vol. I, pág. 231. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 343. Larrazábal: Volumen: I, pág. 428.

reconocimiento de su flota, que llevaba la bandera de Venezuela. Para el resto tenía preparado el viejo cebo que atraía a los ingleses; un cebo que esperaba se tragasen más temprano que tarde. “Nuestras relaciones con Inglaterra serán siempre amistosas y ventajosas para el comercio británico.”⁵⁰² Durante esas semanas cumplió asimismo la palabra que le había dado a Pétion. Libertó a los esclavos. Por supuesto Bolívar impuso una condición. Todo hombre apto entre los catorce y los sesenta años tenía que ingresar en el ejército; los que se negaran a hacerlo permanecerían esclavos, lo mismo que todas sus familias. El efecto de esta medida revolucionaria estuvo lejos de ser el que esperaba Bolívar, sólo unos pocos cientos se incorporaron al ejército. La mayoría siguió a la bandera española.⁵⁰³

En general, la posición de Bolívar era difícil e iba empeorando día tras día. Se había puesto un precio de diez mil pesos a su cabeza; el pueblo se mostraba hostil; las provisiones eran escasas. Los españoles presionaban otra vez sobre Carúpano. Bolívar sólo podía detenerlos con su artillería; había perdido toda movilidad. Había creído que Mariño y Piar le enviarían ayuda, pero tuvo que desengañarse. Quizá no estaban en condiciones de hacerlo; quizá simplemente no quisieron.⁵⁰⁴ Fuese cual fuese la razón, lo cierto es que Bolívar quedó solo. El cerco que formaban los españoles se estrechaba cada vez más y la flota de esa nacionalidad amenazaba cortar la retirada por el mar. Bolívar tenía que actuar con rapidez si quería escapar a la trampa. Recurrió a su viejo método de derrotar al enemigo antes de que pudiese concentrar sus fuerzas. Quería atacar a la flota española y, luego derrotarla, lanzar rápidamente sus fuerzas sobre Cumaná. Pero también en esta oportunidad le fallaron las herramientas. Los marineros de los barcos no constituían una tripulación experimentada. En realidad no tenían interés en el movimiento emancipador. Sólo la esperanza del botín los había impulsado a seguir a Bolívar. hasta ese momento estos piratas no habían podido adueñarse de nada de valor y la pobre comida que recibían a bordo de sus barcos aumentaba su descontento.⁵⁰⁵ Se reían de las solemnes promesas de Bolívar, y cuando éste anunció su plan de atacar a los barcos españoles, se negaron a luchar. No le quedaba a Bolívar otra cosa que ceder y renunciar al ataque.⁵⁰⁶

502 O’Leary: *Doc.*, vol. XV, págs. 75-78.

503 *Proclamas*: Págs. 147-149. *Cartas*: Vol. I, pág. 241.

504 *Cartas*: Vol. I págs. 238, 243 y 244.

505 O’Leary: *Doc.*, vol. V, pág. 455. Rivas Vicuña: Vol. II, pág. 158.

506 Blanco: *Doc.*, vol. V, pág. 455. Rivas Vicuña: Vol. II, pág. 158.

Parecería como si el fracaso de la flota hubiese tenido un efecto desastroso sobre sus intenciones originales. Doquiera dirigiese su ataque necesitaba del apoyo de Brion y sus barcos. En esto descansaban todas sus esperanzas de llevar adelante la invasión. Si la situación iba de mal en peor, eran éstos los instrumentos del rescate. Con su ayuda podría buscar otra vez refugio en las Antillas. Confiando en la flota, había planeado el ataque a las líneas españolas en el Orinoco y esto era exactamente lo que el enemigo esperaba.⁵⁰⁷

Para su desgracia, Bolívar abandonó su intención original. Dejó de lado el ataque sobre el Orinoco y en su lugar se decidió a llevar la lucha al corazón de Venezuela. Caracas se convirtió entonces en su meta. Resolvió evacuar Carúpano y embarcarse con sus tropas. En una carta a Arismendi confesó que lo impulsaba a hacer tal cosa más la fuerza de las circunstancias que sus propios deseos. Y como si se diese cuenta del carácter suicida de su nuevo plan, agregaba: “Si la suerte me abandona, no puedo perder más que mi vida. Es siempre grande intentar lo heroico.”⁵⁰⁸ Se embarcó con un millar de hombres y cuanto poseía en materia de armas y municiones.

Su punto de destino era Ocumare, pequeña ciudad situada entre La Guayra y Puerto Cabello. Bolívar creyó que podría tomar Caracas en ocho días; después quería regresar al Este. Desde el comienzo, las probabilidades se concertaron en su contra. Esperaba una ayuda más activa de la población del Oeste que la que había encontrado en el Este. Pero esta ventaja habría de ser contrarrestada por las numerosas tropas españolas y la mayor vigilancia con que los españoles defendían su dominio más importante.⁵⁰⁹

La flotilla llegó a Ocumare el 6 de julio. El comandante español se retiró. Bolívar envió la mayor parte de sus tropas bajo el mando de Soublette contra Maracay. Quería organizar por sí mismo otro ejército con amigos y patriotas, pero no había contado con los españoles. Bolívar recibía en el Oeste tan pocas adhesiones como en el Este. El gobernador de Caracas había sido lo suficientemente astuto para invalidar por adelantado la propaganda de Bolívar.⁵¹⁰

Morillo había delegado en Morales, el hombre del terror, la jefatura de Venezuela. El 13 de junio Morales atacó a Soublette y después de

507 *Cartas*: Vol. I, pág. 244. Lecuna: *Los Cayos*, vol. XIX, pág. 460 ss.

508 Rodríguez Villa: Vol. III, pág. 149.

509 Rodríguez Villa. Vol. III, pág. 149.

510 *Proclamas*: pág. 151. *Cartas*: Vol. I, pág. 247. O’Leary: *Memorias*, vol. I. páginas 346 ss. Lecuna: *Los Cayos*, vol. XX, pág. 14.

una batalla que duró tres horas y media los independientes fueron derrotados. Soublette temió la superioridad de su adversario y retrocedió ordenadamente. Bolívar, que se había apresurado a ir en su ayuda, llegó demasiado tarde para impedir la derrota de sus soldados. Cuando Bolívar reanudó la persecución al día siguiente y marchó sobre Ocumare encontró la ciudad y el puerto desiertos. Abandonados a lo largo de la playa estaban los pertrechos de los patriotas: mil cañones, sesenta mil balas, pedernal y lanzas: en pocas palabras, todo lo que Pétion había entregado a Bolívar para su expedición. “La cuadrilla de criminales que ya se creían dueños de Venezuela se desvaneció como el humo”, dijo Morales triunfalmente. ¿Qué había pasado?⁵¹¹

Desde el principio mismo, Bolívar no había logrado darse cuenta de la inutilidad de su empresa. Los informes que había recibido sobre la fuerza y los movimientos de los españoles habían sido falsos. Pensó que tenía toda la costa para él y que sería tarea fácil apoderarse de Puerto Cabello o Caracas, de modo que permitió el desembarco de toda su sección de transporte. Entonces ocurrió algo totalmente inesperado. La flota se negó a permanecer fuera de Ocumare, aparentemente por la falta de provisiones, en realidad, la razón era que los piratas habían llenado los barcos de frutas tropicales en Ocumare y deseaban venderlas con ganancias en Curazao; el propio Brion dirigió la mayor parte de la flota hacia ese puerto. Por lo tanto, la expedición de Bolívar perdió su movilidad. Este se vio obligado a dividir sus tropas, de modo que los pertrechos que había guardado la flota no quedasen sin protección.⁵¹²

Tal era la situación en la mañana del 14 de julio. Cuando las tropas que habían sido derrotadas por Morales regresaron a Ocumare, todo fue terrible confusión. Había que resolver dos puntos: ¿qué hacer con el ejército y qué con los irremplazables pertrechos? Morales estaba sobre los talones de los patriotas. Se reunió un consejo de guerra y resultó evidente para todos que los tres pequeños barcos no tenían capacidad suficiente para llevar a salvo al ejército a través del mar. Los oficiales habían decidido no zarpar; no querían abandonar a sus hombres. Pensaron que podrían abrirse paso entre las líneas españolas y refugiarse luego en los Llanos, donde tendrían oportunidad de unirse a las pequeñas bandas de guerrilleros que luchaban allí. Sin embargo, no deseaban que Bolívar los acompañase porque los peligros que entrañaba este plan eran tremendos. En el caso de que Bolívar pudiese salvarse, siempre quedaría enhiesta

511 Rodríguez Villa: Vol. III, págs. 82-83. Rivas Vicuña: Vol. II, pág. 170.

512 O’Leary: *Memorias*, vol. I. págs. 349 y ss.

la esperanza de liberar el suelo natal. La conferencia se desarrolló en el alojamiento de Bolívar. Los oficiales le suplicaron que zarpara, pero Bolívar no quiso oírlos. Envió al puerto su pesado equipaje y preparó una pequeña caja, para poder acompañar al ejército en su marcha.⁵¹³

Quedaba pendiente de solución otro problema: la protección del equipo. Bolívar decidió tomar a su cargo el embarque de los pertrechos. Se apresuró a dirigirse al puerto y se vio envuelto en una confusión indescriptible. El día tocaba a su fin y en la oscuridad que caía Bolívar pudo observar que la playa estaba repleta de hombres y mujeres que pugnaban por salvarse. Frene a ellos estaba desparramado el costoso material de guerra que los marineros no podían o no querían transportar a bordo. Nunca podrá aclararse suficientemente qué ocurrió en esos momentos. Uno de los testigos principales de los acontecimientos, el general Soublette nos ha dejado estas palabras ambiguas: “En estos hechos entró en juego el amor... Marco Antonio, haciendo caso omiso al peligro en que se encontraba, perdió un tiempo precioso al lado de Cleopatra.” Sabemos que Bolívar nunca dejó de tener consigo a una mujer en los campamentos de guerra. Es muy probable que encontrara a Pepita o a otra de sus amigas en el Puerto de Ocumare. Nunca se sabrá si trató de rescatarla, perdiendo así, al decir de Soublette, un tiempo precioso, o si ella le rogó que la llevase con él.⁵¹⁴ Una cosa es cierta: en medio de aquella confusión, Bolívar tuvo noticias de que Morales ya había ocupado a Ocumare. El informe era falso, pero con el pánico general que reinaba nadie pensó en verificarlo. Bolívar y sus hombres saltaron al cúter, y al levar anclas partió el último barco que quedaba.⁵¹⁵

En el interin, los oficiales que estaban en Ocumare esperaron en vano el regreso de Bolívar. no habían recibido órdenes; sólo llegó hasta ellos la noticia de su huida. Ahora se veían obligados, bajo su propia responsabilidad, a iniciar su marcha hacia el interior. Pero no pudieron salvar sus preciosos pertrechos. Estos quedaron sobre la playa, de donde el victorioso Morales los recogió al día siguiente.

Ningún acontecimiento de la vida de Bolívar fue objeto de tantas críticas amargas como la catástrofe de Ocumare. El mismo Bolívar pensó más tarde en ello como en algo absolutamente incompatible con su carrera militar. Cuando en sus últimos meses de vida planeó dejar un relato escrito de sus hazañas, dijo: “Nunca di un paso durante la guerra que pudiese calificarse de cobarde”. Pero se hizo característico

513 Véase el informe de Soublette en O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 351.

514 Véase Brion a Arismendi, en Blanco: *Doc.* vol. V, pág. 456.

515 O’Leary: *Memorias*: vol. I, págs. 349 ss.

en él mencionar la noche de Ocumare como el único ejemplo que podría utilizarse para contradecir su afirmación.⁵¹⁶ Incluso varían sus propios relatos sobre el particular. Inmediatamente después de su huida aseguró a sus amigos que su preocupación por los pertrechos lo había obligado a abandonar Ocumare.⁵¹⁷ En años posteriores sostuvo que su ayudante lo había traicionado con un informe falso, y que había estado a punto de matarse cuando al último momento un amigo lo empujó a uno de los botes. Bolívar jamás admitió este incidente fatal que había tenido su origen en su interés por una mujer, pero las implicaciones de este relato de Soubllette no pierden importancia por ello.

Desde un punto de vista militar, la conducta de Bolívar esa noche fue inexcusable. La expedición se llevó a cabo bajo su responsabilidad y por su propia inspiración. Es imperdonable que, después del desastre, Bolívar desertase de su ejército sin salvar siquiera su equipo vital. Fue más el fracaso del general que del hombre; más una falta de autodominio y de pensamientos claros que una falta de coraje. No fue el primer incidente de este tipo en la vida de Bolívar, ni habría de ser el último. Otros generales y estadistas tuvieron esos momentos de debilidad, Federico el Grande en Mollwitz, Napoleón el 18 Brumario y Richelieu muchas veces en su carrera. Y Bolívar era un hijo del trópico, un genio del momento, tanto para mal como para bien.

La pequeña flota que dejó el puerto de Ocumare consistía en dos barcos mercantes y en un buque de guerra. En vano trató Bolívar de persuadir al capitán para que se dirigiese al cercano puerto costero de Choróni y pudiese así reunir sus tropas. El capitán se negó y puso proa hacia la pequeña isla de Bonaire, cerca de Curazao.⁵¹⁸ Bolívar ordenó al buque de guerra que disparase sobre los mercantes, pero éstos tenían demasiada ventaja. Todo lo que Bolívar pudo hacer para salvar las armas fue seguir a los mercantes. En Bonaire Bolívar encontró a Brion quien, gracias a su posición, pudo dirimir la pelea con los piratas. Bolívar convenció al almirante de la necesidad de establecer contacto con las tropas que habían quedado atrás, en el continente. Al siguiente día navegó con Brion hacia la costa, pero hallaron todos los puertos ocupados por el enemigo y supieron por medio de espías que las tropas republicanas habían marchado hacia el interior.⁵¹⁹

516 *Cartas*: Vol. IX, págs. 241 ss.

517 *Cartas*: Vol. I, pág. 250.

518 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 353. Larrazábal: Vol. I. pág. 433, Lecuna: *Los Cayos*, vol. XX, págs. 20-21.

519 *Cartas*: Vol. I, pág. 250. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 353.

La posición de Bolívar era desesperada. Deprimido por su propio fracaso, sin dinero ni pertrechos, no sabía a dónde dirigirse. No podía quedarse en Bonaire, y Curazao estaba cerrado para los “rebeldes”. Carecía de víveres suficientes para emprender un viaje por mar a la costa oriental. Por último, concibió la alocada idea de desembarcar en otra de las islas españolas y obtener mediante el saqueo lo que necesitaba. Para su aventura eligió a una pequeña isla próxima a Puerto Rico, pero la goleta encalló durante la travesía. Un velero español que pasaba envió a bordo a su capitán para examinar la documentación del barco, por lo que cayó en manos de Bolívar. cuando el capitán comprendió que había caído en poder de Bolívar, se hincó de rodillas y suplicó que se le perdonara la vida. Bolívar prometió que se la respetaría si otorgaba a las damas que estaban abordo, y que eran la causa de tanta confusión, un salvoconducto para Santo Tomás. El capitán juró que así lo haría; el barco de Bolívar fue puesto en condiciones de navegar y, abastecido de víveres, una vez más se hizo a la mar.⁵²⁰

El incidente parece tomado de una novela de aventuras, y, en realidad, durante esas semanas, la vida de Bolívar se asemejó a la de un bucanero. El mar Caribe, etapa brillante de los grandes ladrones del mar, Drake y Morgan, contempló cómo el Libertador de Sudamérica se trasladaba de puerto en puerto y de isla en isla. Pero por fin pudo encontrar un mínimo de pertrechos y víveres y así decidió aventurarse a cruzar hacia la costa oriental y Guiría. Pero si pensaba poner término allí a su deambular, habría de sufrir un amargo desengaño.

Había transcurrido un mes desde la catástrofe de Ocumare y los jefes del movimiento emancipador en Guiría hacían mucho que habían sido informados sobre el particular. Todos culpaban a Bolívar. El general Mariño, que estaba en Guiría, aspiraba desde el comienzo de la revolución a ocupar el más alto rango. Bermúdez, a quien Bolívar había excluido de la expedición en Haití y que en realidad tenía prohibido hasta poner los pies en suelo venezolano, también estaba allí. Ambos hombres creyeron llegado el momento de ajustar sus cuentas con Bolívar. desde el momento mismo de su desembarco le habían negado el derecho a dar órdenes y ello originó apasionados altercados.⁵²¹ Bermúdez y Mariño calificaron a Bolívar de desertor y traidor y lo declararon licenciado. Bolívar los acusó de insurgentes. Ambos bandos tenían armas y solo los esfuerzos

520 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 354. Para una crítica del informe de O'Leary, véase Lecuna: *Los Cayos*, vol. XX, pág. 238.

521 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 355. Larrazábal: Vol. I, pág. 432.

de unos cuantos hombres que mantuvieron la serenidad impidieron la lucha abierta. El ejército estaba dividido. Una parte reconocía todavía la autoridad de Bolívar; la otra seguía a Mariño y a Bermúdez.⁵²² Bolívar comprendió que esta situación no dejaba otra alternativa que la guerra civil. Por tercera vez en el curso de dos años sus propios compañeros le habían asestado una puñalada por la espalda. En 1814 fue Ribas; en 1815, Castillo, y ahora eran Mariño y Bermúdez. Haría entonces lo que había hecho antes; si su presencia era causa de división entre patriotas, se exiliaría de nuevo.⁵²³

Después de seis días se dispuso a abandonar Guiría. Pero el odio de sus adversarios era tan grande que ni siquiera aprobaron esta decisión. Bermúdez estaba resuelto a capturar a Bolívar y lo persiguió, daga en mano, hasta el puerto. Bolívar se vio obligado a abrirse paso hasta el barco con su espada. Había abrigado la esperanza de que por lo menos unos cuantos de sus soldados lo seguirían y que así podría intentar la invasión en otro punto de la costa oriental. En tales circunstancias, tuvo que abandonar este proyecto, de modo que se dirigió a la isla Margarita. Sin embargo, aquí fue la flota española la que se interpuso en su camino. Cambió de destino y navegó rumbo al pequeño puerto de Jakmal. Durante tres días su barco se vio envuelto en una terrible tormenta y al fin buscó refugio en Port au Prince, que había dejado seis meses atrás. Por segunda vez tuvo que pedir ayuda a Pétion.

Pétion seguía siendo un amigo fiel. Tuvo confianza instintiva en que el Libertador no fracasaría por segunda vez y ofreció de nuevo su colaboración. No obstante Bolívar se sintió amargamente humillado. “Cuando un hombre es desgraciado —escribió entonces— nunca tiene razón. No es sorprendente que yo también esté sujeto a esta ley universal.”⁵²⁴ Planeó publicar un manifiesto en el que describiría los recientes acontecimientos y su grado de responsabilidad en ello. Sin embargo, no descendió a la contemplación introspectiva. No todo estaba perdido. Se habían conquistado puntos importantes de la costa. Ahora se planteaba justamente el problema de recaudar nuevos fondos para una segunda expedición que significaría la liberación final de Venezuela. “Esta vez asestaremos el golpe definitivo.”⁵²⁵

522 Lecuna: *Los Cayos*, vol. XX, pág. 29.

523 Larrazábal: Vol. I, pág. 438.

524 *Cartas*: Vol. I, pág. 252. Cuervo: *op. cit.*, pág. 24. Véanse también las cartas del Libertador. *B. de H.* Caracas, vol. XXV, num. 97, pág. 38.

525 *Cartas*: Vol. I. pág. 253.

Había indicios en Haití que confirmaban que la dominación española sobre América se estaba extinguiendo. Bolívar se encontró con el español Javier Mina, que había luchado por la libertad de los americanos en México. Tuvo noticias de Jamaica en el sentido de que uno de los pioneros más viejos de la revolución, el canónigo Cortés Madariaga, había buscado refugio allí. Sin más demora, Bolívar lo invitó a cooperar en el restablecimiento del orden político en Venezuela.⁵²⁶ En el ínterin, solicitó ayuda a Pétion, que precisamente por ese entonces había sido electo Presidente vitalicio de Haití. Para retornar a Venezuela, Bolívar necesitaba la flota de Brion, quien había zarpado precisamente para los Estados Unidos en busca del material de guerra y de ayuda. La demora consiguiente significó, no obstante, una ventaja para Bolívar. En el campamento patriota establecido en el continente se había producido una reacción a favor del Libertador. Los malos tratos y el oprobio de que había sido objeto en Guiría eran bien conocidos. Los hombres más reflexivos consideraron que esto sólo implicaba el aumento de las desgracias y la confusión que afligían al país. Los oficiales que no habían participado en el levantamiento se negaban a reconocer a cualquier otro caudillo. En octubre de 1816 un consejo de guerra presidido por Piar llamó otra vez a Bolívar para que asumiese el mando en jefe.⁵²⁷ Los habitantes de la isla Margarita y Arismendi, apoyaron esta demanda. El colombiano Francisco Antonio Zea fue enviado a Haití como portavoz de los patriotas. Bolívar no vaciló. Si lo necesitaban, estaba pronto. Sólo esperó el arribo de Brion para despedirse de sus amigos haitianos.

El 21 de diciembre de 1816 puso rumbo, una vez más, hacia Venezuela.

El hecho de que perdonase no implicaba necesariamente que hubiese olvidado. Su axioma de que “el arte de la victoria sólo se aprende por medio de la derrota” le ayudó a disipar las tinieblas del año 1816. Las experiencias desgraciadas adquiridas en su vida errante fueron tanto militares como políticas. El desastre de Ocumare había enseñado a Bolívar que cualquier ataque a la costa norte de Venezuela siempre estaría cerca de constituir un suicidio militar. La captura de Caracas sólo podía ser el fin —jamás el principio— de una campaña victoriosa. La costa oriental, por otra parte, estaba menos custodiada y era de más fácil acceso. Para penetrar en Venezuela desde el Este tenía que tomar la línea

526 *Cartas*: Vol. I, pág. 256.

527 B. Tavera Acosta: *Historia de Carúpano*, Pág. 200. Caracas. 1930. Blanco: *Doc. vol. V, págs. 492-493*.

del Orinoco y aumentar allí sus fuerzas.

La organización era la segunda gran lección de estos meses y tenía carácter político. El fracaso de Bolívar en 1816 no sólo debe atribuirse a factores militares; antes que nada fue el resultado de una política. Sus derrotas en Carúpano y Ocumare y la fatalidad de Guiria tuvieron su origen en la desintegración general producida en los campamentos de los patriotas. Anarquía en el ejército, anarquía entre los líderes y anarquía en la flota; éstas eran las características de la situación. Cada hombre, impulsado por motivos particulares, fuesen ellos la gloria, la ambición o la avaricia, actuó por iniciativa propia y se enfrentó el uno con el otro. Si Venezuela deseaba ser libre, era imperativo que se estableciese un gobierno central y se reconociese una sola autoridad. “Las armas destruirán en vano a los tiranos —escribió Bolívar a fines de 1816— a menos de crear un orden político que pueda sacar provecho de los daños de la revolución. El sistema militar es un sistema de fuerza, y la fuerza no crea gobiernos.”⁵²⁸ Esta opinión sintetiza el programa de Bolívar para el futuro.

La revolución sólo podía alcanzar éxitos si reconocía en un hombre a su personificación, si se comprometía a seguirlo y ponía toda su autoridad en sus manos. Y que él, Bolívar, estaba capacitado para desempeñar ese papel, nunca lo dudó, pese a todos los contratiempos. En Venezuela, y en esos mismos momentos había hombres que habían realizado mayores hazañas, pero él era el único cuya personalidad comprendía la inteligencia y la capacidad militar; el único capaz de establecer un gobierno y formar una nación y dar vida a todo un hemisferio. Pese a todas sus debilidades y fracasos, era el genio de la revolución sudamericana. El problema que se le presentaba tenía dos aspectos: para libertar a América tenía que derrotar a España; para derrotar a España tenía que someter a su voluntad a los americanos. ¿Encontraría los medios de dar forma al caos?

528 *Cartas*: Vol. I, pág. 257.

XVII

PIAR Y PÁEZ

A fines de diciembre de 1816, en la isla Margarita, Bolívar tocó una vez más al suelo de Venezuela. Pero no permaneció allí mucho tiempo, pues abierto el camino hacia el continente. Se habían producido grandes acontecimientos mientras se encontraba refugiado en Haití.⁵²⁹ La rebelión en la Isla Margarita había continuado durante todo el año, y los rivales de Bolívar —Mariño, Bermúdez y Piar— no habían permanecido ociosos. Habían logrado que la península de Paria, que sobresale en la costa oriental, cayese en su poder. Desde esta ventajosa posición hostigaron a las tropas realistas en la provincia de Cumaná. El pequeño cuerpo expedicionario que Bolívar había dejado atrás cuando huyó de Ocumare, había destruido por completo los planes de los gobernantes coloniales.⁵³⁰

Antes de dirigirse al puerto, el Libertador había esbozado los pasos que daría para liberar al pequeño ejército de su encierro.⁵³¹ Al no regresar, sus oficiales decidieron llevar adelante su plan sin él. Eligieron como comandante al escocés Mac Gregor. Era éste uno de esos aventureros europeos que se habían ofrecido como voluntarios al servicio de la revolución. Hasta entonces no había tenido ningún puesto importante, pro había demostrado poseer un carácter fuerte y sangre fría. Sólo se evidenciaban en él dos debilidades: una sed insaciable y una terrible aversión hacia el agua.⁵³²

El plan de operaciones era tan audaz como desesperado. La liberación sólo era posible si las tropas podían establecer contacto con otros grupos independientes. Con este propósito se abrieron camino a través de las líneas españolas hacia el Sudeste. La marcha de esta pequeña banda, que duró más de sesenta días, parece un cuento de aventuras. Primero, los patriotas cruzaron las cordilleras, que se levantan en el interior y separan los valles del mar. En su camino de descenso encontraron los cadáveres de cuarenta ciudadanos, ejecutados como sospechosos de simpatizar con la revolución. Las tropas comprendieron lo que les esperaba si caían en

529 Larrazábal: Vol. I. págs. 447-448. O' Leary: *Memorias*. vol. I, pág. 364

530 Lecuna: "Campana de Barcelona". *B. de H.* Caracas, vol. XX, núm. 78, página 193.

531 o'Leary: *Doc.* vol. XV, págs. 85-92.

532 o'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 357. Baralt: Vol. I, pág. 335, L. A. Cuervo: *Notas Históricas*, págs. 170 ss. Bogotá, 1929. Rafter: *memoirs of G. MacGregor*. Londres. 1820.

manos de los españoles. Aunque evitaba cuidadosamente las guarniciones españolas, Mac Gregor derrotó algunas unidades aisladas que lo enfrentaron. Trató de llegar a las planicies de la provincia de Barcelona y, por fortuna, sus intrépidos hombres encontraron guías que estaban familiarizados con el terreno. Era la época de las lluvias: los ríos estaban crecidos e inundadas las llanuras; no obstante, las tropas cubrieron 750 kilómetros en un mes. El hecho más sorprendente fue que el ejército de Mac Gregor duplicara su número durante la marcha. Sus tropas se componían escasamente de seiscientos hombres cuando partieron. Las pocas pérdidas experimentadas fueron compensadas con exceso por los doscientos indios y los seiscientos jinetes que se les unieron.

Con esta división reforzada se atrevió a atacar a la capital de la provincia de Barcelona. La suerte se puso de su parte. Los españoles fueron derrotados y perdieron más de seiscientos hombres. El 13 de septiembre Mac Gregor ocupó Barcelona y capturó un rico botín. En esta ciudad, el metódico escocés reorganizó su ejército y pidió a otras unidades que se le unieran, pues tenía plena conciencia de que la lucha principal no se había entablado aún. Su adversario más peligroso era Morales, que lo había perseguido y se estaba aproximando ahora a Barcelona. Entre todos los líderes patriotas, fue el general Piar quien comprendió más claramente la gravedad de la situación. Terminada su misión en Cumaná, se apresuró a dirigirse a Barcelona. Tres días después se produjo el choque con Morales en las planicies del Juncal. Los republicanos eran inferiores en número a los españoles, pero habían cobrado fortaleza y coraje con sus triunfos en las semanas anteriores. Morales fue derrotado y huyó hacia el Oeste, luego de sufrir grandes pérdidas. De este modo el año 1816 finalizó con un saldo a favor de los americanos.⁵³³

Bolívar se enteró de la liberación de sus tropas a su arribo a Barcelona. No exageró cuando las llamó: “las más valientes entre las valientes”. Aproximadamente por ese entonces llegó a sus oídos la noticia de que se habían reunido bandas de guerrilleros en el Oeste, en dirección a la Nueva Granada, en las pendientes de Los Andes. Su jefe era un joven desconocido, Antonio Páez. La fe de Bolívar era infinita. Ordenó a los luchadores de Ocumare que liberasen el Orinoco y marchasen después sobre Bogotá y Perú. “Nuestro destino exige que vayamos hasta los confines de América. Hagamos que el mundo nos mire con admiración, tanto por nuestras derrotas cuanto por nuestro heroísmo.”⁵³⁴

533 Blanco: *Doc.*, vol. V, pág. 481. Rivas Vicuña: Vol. II, pág. 198.

534 *Cartas*: Vol. I, pág. 258-259.

Sin embargo, Bolívar ya no era simplemente un visionario. Las experiencias del año anterior lo habían hecho más maduro y circunspecto. No deseaba ser el líder de los valientes de Ocumare. Ahora los llamaba hermanos suyos. Aduló a Mariño como si nada hubiese pasado entre ellos. Trató de convencer a los refugiados para que retornasen.⁵³⁵ Realizó esfuerzos para lograr el reconocimiento de Venezuela en el exterior y nombró representantes en Londres. Lo más revelador fue, sin embargo, su admisión de que no siempre podría resolver los conflictos que le plantearan sus compatriotas. Nuevamente solicitó la convocatoria de un Congreso Nacional, que recibiría sus informes y tomaría en sus propias manos la suprema autoridad.⁵³⁶

Todo esto era sincero y falso al mismo tiempo. Las palabras de Bolívar reflejaban un concepto político nuevo que quería imponer al país; la creación de una autoridad absoluta que fuese responsable de la conducta de la revolución. Bolívar no tuvo tanta certeza de su conducta cuando llegó el momento de adoptar las primeras decisiones militares. Para libertar a Venezuela se vio obligado a tomar una posición ofensiva y entonces dudó entre dos posibilidades. Arengó a los soldados para que libertasen Guayana, a fin de que él pudiese establecer un campamento permanente en el Orinoco. Pero primero tenía que defender Barcelona, donde había almacenado todas sus provisiones. Por eso emprendió una maniobra de diversión. Quería hacer que los españoles creyesen que pensaba seriamente tomar Caracas. Trató de engañarlos mediante proclamas, que fechaba desde el interior del país. Apenas si abrigaba algunas esperanzas sobre el éxito de su ataque, y deseaba marchar sobre Caracas sólo cuando no encontrase más resistencia en el camino. Realizó el intento con solo setecientos hombres, de los cuales cuatrocientos eran nuevos reclutas. Los españoles mantuvieron sus posiciones. Bolívar perdió la batalla de Clarines, retrocedió hasta Barcelona y de inmediato modificó su estrategia.⁵³⁷ Nada más podía ganar con encuentros aislados sin plan ni cohesión. Primero tenía que reunir todas las unidades disponibles. Allí donde la vastedad de la distancia obstaculizase su avance, había que establecer comunicaciones y coordinar un plan detallado.

535 *Cartas*: Vol. I, pág. 259. *B. de H.* Caracas. Vol. XVI, núm. 62, pág. 185. Véase Lecuna: "Campana de Barcelona". *Op. Cit.*

536 *Proclamas*: Pág. 151.

537 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 370. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. II, páginas 373 ss. Mitre: *San Martín*, vol. III, pág. 454. Rivas Vicuña: Vol. II, pág. 244, Lecuna: "Campana de Barcelona", vol. XX, pág. 198.

Al día siguiente de su derrota en Clarines, Bolívar comisionó a Arismendi para que presentase a la consideración del joven Páez, comandante de las tropas del Oeste, su plan de ataque conjunto.⁵³⁸ Bolívar escribió también a los demás jefes patriotas y en especial a Piar, a quien instó a que se le uniesen en Barcelona tan pronto como fuese posible.⁵³⁹ El ataque concentrado contra las fuerzas españolas debía desarrollarse gradualmente. En primer lugar era importante proteger la costa oriental de Venezuela, pues sólo así podrían mantenerse intactas las líneas de comunicación con el exterior, de las que dependía el abastecimiento. Bolívar esperaba reunir un ejército de diez mil hombres en Barcelona y seguir luego hacia el interior. Su punto de destino eran las planicies del Orinoco; en el caso de que pudiera tomarlas, los españoles se verían obligados a confinarse dentro de Caracas o salir a la caza de los patriotas en esas vastas llanuras. En realidad, cualquiera que tuviese las planicies como campo de acción y el Orinoco como base, podía considerarse invencible. Tarde o temprano sería el dueño de Venezuela. Era éste el gran concepto estratégico de Bolívar sobre la guerra de la independencia, que demuestra su profundo conocimiento del carácter geopolítico de Venezuela. Era éste el gran concepto estratégico de Bolívar sobre la guerra de la independencia, que demuestra su profundo conocimiento del carácter geopolítico de Venezuela. En caso de que el enemigo se apoderase de la región costera, Bolívar podría retirarse a las Cordilleras; si eran las Cordilleras las que se perdían, podría huir a las planicies, donde los ríos y pantanos le proporcionarían protección. Como último refugio quedaba la espesura de la selva, que no podían penetrar los soldados de las regiones norteñas.⁵⁴⁰

Sin embargo, los planes de Bolívar sólo constituían un remiendo, y una vez más el elemento anárquico del movimiento se negó a seguirlo. El general Piar, junto con Mac Gregor, había liberado Barcelona y reunido bajo su estandarte a mil quinientos hombres, número bastante considerable en vista del pequeño tamaño de los ejércitos que luchaban en la revolución sudamericana. Piar tomó entonces la sorprendente decisión de ir con ellos al Orinoco y subyugar la provincia de Guayana.⁵⁴¹

538 O'Leary: *Doc.*, vol. XV, pág. 114-117. Blanco: *Doc.* vol. V, pág. 570-571.

539 Blanco: *Doc.* vol. V, págs. 572-573. Lecuna: "Campana de Barcelona". Volumen XX, pág. 200

540 Páez: *Autobiografía*, pág. 23.

541 Blanco: *Doc.*, vol. V, págs. 490, 492 y 495. O'Leary: *Doc.*, vol. XV, página 114. O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 367.

La determinación de Piar pareció una de las más predestinadas de toda la guerra de independencia. Sirvió de punto de partida para todas las operaciones futuras y señaló el camino de la victoria.

Sin embargo, Piar no ideó este plan de acción, y su marcha sobre el Orinoco no fue más que una improvisación hábil.⁵⁴² Carecía de algunos equipos indispensables, barcos, en especial, para mantener un sistema de comunicaciones en esta vasta región. No fue capaz de dar un paso decisivo contra los españoles. Y en el Orinoco, sólo quien tuviese una flota a su disposición podría lograr algo. Cuando en enero de 1817 llegaron las citaciones de Bolívar para concurrir a la asamblea, se desentendió de ellas. Piar quería quedarse donde estaba y en lugar de apresurarse a ir en ayuda del Libertador esperó que Bolívar y su flota llegaran al Orinoco.

La negativa de Piar tuvo poca influencia sobre la conducta de Bolívar en Barcelona. No podía abandonar la ciudad porque allí estaban almacenadas todas sus provisiones y de ellas dependía el futuro.⁵⁴³ Pero las tropas de Bolívar se componían sólo de seiscientos hombres, la mayoría de los cuales estaban equipados con arcos y flechas; dicho de otro modo, eran indígenas reclutados apresuradamente por Bolívar. por otra parte, los españoles se desplazaban lentamente hacia Barcelona con casi cuatro mil hombres. Frente a la negativa de Piar, Bolívar tenía que depender de otros jefes y especialmente de Mariño, que operaba en la adyacente Cumaná. Le rogó que acudiese con urgencia en socorro de Barcelona, pero antes de que Mariño pudiese llegar los españoles se encontraban ya a tiro de cañón.

Bolívar hizo trasladar todas la provisiones al monasterio de San Francisco, levantó fortificaciones y se atrincheró. Denominó fortaleza a esta plaza defensiva, aunque en realidad era una construcción de emergencia y no muy resistente. Barcelona y él mismo se dieron por vencidos.⁵⁴⁴ Los españoles entraron en la ciudad el 8 de febrero y la encontraron desierta, pero cuando se enteraron de que Mariño se estaba aproximado y que les cortaría la retirada, evacuaron de inmediato la ciudad. Bolívar que se había visto obligado a recluirse en el monasterio, celebró esta acción como una victoria.⁵⁴⁵

542 el primero en intentar un ataque sobre el Orinoco fue Bermúdez. Véase su carta de marzo 1º de 1815. En *B. de H.* Caracas. Vol. XVI, núm. 61, pág. 1.

543 O'Leary: *Doc.*, vol. XV, págs. 118, 119, 122, 138 y 146. Urdaneta: *Memorias*, pág. 107.

544 *Cartas*: Vol. I, pág. 260.

545 Larrazábal; Vol. I. pág. 456. O'Leary: *Doc.* vol. XV, págs. 166-167.

El general Bermúdez, que seis meses antes había motejado a Bolívar de traidor y de cobarde y lo había amenazado con su espada desenvainada, acompañaba a los soldados de Mariño cuando entraron en Barcelona. Bolívar sabía como tratar a sus compatriotas. Tenía conciencia de que prácticamente ninguno de ellos podía resistirse al efecto de una escena teatral bien montada. Salió al encuentro de Bermúdez y le dijo a guisa de saludo: “Vengo a abrazar al libertador del Libertador.” Bermúdez no esperaba tanta generosidad y no supo encontrar las palabras con que responder a Bolívar. por fin, rompió el silencio con un grito de aturdimiento:

“¡Viva América Libre!”⁵⁴⁶.

Mariño y Bolívar habían reunido sus fuerzas, pero los españoles tenían todavía superioridad numérica. La situación de Bolívar continuaba siendo extremadamente crítica. No podía resistir un ataque combinado por mar y tierra. Lo salvó la incompetencia del enemigo, cuyo comandante en jefe estaba en lucha consigo mismo. Febrero transcurrió en medio de pequeñas escaramuzas y mientras tanto las rutas marítimas permanecieron abiertas. Brion trajo pólvora y pedernal y el equipo del ejército creció día tras día; inclusive se consiguieron caballos y ganado. En el ínterin, Bolívar maduraba la gran idea de la unidad. Quería poner fin al régimen caótico de los líderes y generales de cuadrillas y crear una administración ordenada que sirviese de base a la República.⁵⁴⁷ Había dos medios de conseguirlo: por la persuasión o por la subyugación. En febrero de 1817 Bolívar probó una vez más el camino de la persuasión. Se había reconciliado con Mariño y Bermúdez, quienes lo habían confirmado en su carácter de comandante en jefe del movimiento de la independencia. Hasta qué punto eran sinceros, nadie puede decirlo. Probablemente el mismo Bolívar no sobrestimó el valor de su confianza, pero se encontraba frente a decisiones graves. Había resuelto definitivamente su partida hacia el interior y la simple armonía entre él y los hombres de importancia secundaria valía más que un rompimiento declarado.

Cada día que pasaba estaba más convencido de que la reconstrucción de Venezuela tendría que empezar en el único lugar donde existían algunas perspectivas de obtener una victoria duradera: en el Orinoco y las planicies de Guayana.⁵⁴⁸ En consecuencia, decidió embarcar con destino a Margarita todo lo que no pudiera llevar consigo en su marcha hacia el

546 Larrazábal; Vol. I, pág. 458.

547 O'Leary, *Doc.*, vol. XV, págs. 172-173.

548 *Cartas*: Vol. I, pág. 262.

interior. La isla habría de servir a los republicanos de refugio y arsenal al mismo tiempo. Bolívar estaba dispuesto a abandonar Barcelona, pero no los oficiales de la ciudad. Estos ofrecieron quedarse y defenderla con un solo batallón y por fin Bolívar accedió a sus deseos. Dejó una guarnición, que podía retirarse al monasterio de San Francisco en caso de emergencia. Desde el punto de vista estrictamente militar fue un error que Bolívar dividiese sus fuerzas, pero no era ésta una guerra que pudiera desarrollarse de acuerdo con reglas técnicas. Era más importante ganarse los corazones del pueblo para la causa de la independencia; y en consecuencia encomendó la protección de Barcelona a Mariño, a quien se había asignado la tarea de defender la costa oriental.⁵⁴⁹

El 21 de marzo de 1817, Bolívar emprendió la marcha hacia el Orinoco, pero la situación era tan incierta que dejó su ejército en la planicie de Barcelona, a efectos de examinar primero las posibilidades de la campaña. Sólo lo acompañaron quince oficiales. El segundo día logró escapar de un ataque español mediante una astucia. Los españoles lo estaban esperando. Bolívar los vio, y como si detrás de él viniese todo un ejército, dio la orden de atacar. Los monárquicos se intimidaron y se retiraron. En realidad, ¿quién podía creer que un comandante en jefe fuese tan audaz como para emprender una expedición de reconocimiento con sólo quince hombres? Milagrosamente, Bolívar se escurrió entre las redes del enemigo y llegó al Orinoco el 3 de abril. Cruzó el río de noche acompañado únicamente por su secretario. Apenas había alcanzado la costa y con ella una relativa seguridad cuando entró en escena un barco patrullero español y se incautó de la canoa en que Bolívar había efectuado el cruce. Al día siguiente éste se encontró con Piar.⁵⁵⁰

Hasta el momento Piar no había tenido mucho éxito en las misiones que tenía asignadas. No había podido apoderarse de la fortaleza de Angostura, que era su primer objetivo. Su principal dificultad residía en la carencia de barcos. El enemigo, por su parte, podía navegar por el río de arriba abajo observando todos los movimientos de los republicanos y manteniendo de ese modo el control de la corriente. Por ello Piar se había visto obligado a dejar al enemigo a sus espaldas y a adentrarse en la provincia de Guayana, tuvo más suerte al adoptar esta decisión. Sus objetivos eran ahora las “misiones”. Eran éstas extensiones de territorio que en la época de la Colonia habían sido asignadas a los monjes capuchinos para su cultivo. Habían fundado nada menos que diecinueve

549 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 373-374.

550 Larrazábal: Vol. I, pág. 460.

establecimientos donde vivían unos siete mil indios. Los capuchinos constituían la más alta autoridad —en realidad la única— que reconocían los nativos. Como eran todos de origen español estaban en contra de la revolución e inculcaron a sus pupilos este sentimiento. Estas tierras situadas en el yermo de Guayana eran las más respetadas y las mejor cultivadas. Su posesión era vital para ambas partes, pues en ellas podían encontrar cuanto necesitaran para abastecer a sus respectivos ejércitos. Piar se apoderó de las misiones y encarceló a los monjes. Los republicanos tenían ahora por delante la fácil tarea de someter a los dóciles nativos.

La conferencia entre Bolívar y Piar fue prolongada e incluyó todos los problemas militares y políticos del momento. Piar juró reconocer la autoridad de Bolívar, compromiso que tenía muy poco valor en aquellos tiempos.⁵⁵¹ El resultado más importante de este encuentro fue de carácter militar. Piar aseguró a Bolívar que Guayana era una tierra de promisión para los republicanos. Bolívar vio confirmados sus planes. Encargó a Piar que atacara al enemigo en Angostura y retornó de inmediato al Sur para ponerse a la cabeza del ejército. Cruzó otra vez el Orinoco el 6 de abril y en once días se unió a sus fuerzas en la planicie de Barcelona.⁵⁵² Pero éstas no constituían el ejército que esperaba encontrar. Mientras Bolívar cabalgaba hacia el Orinoco, los españoles se habían precipitado sobre Barcelona: la capturaron y la destruyeron. Mariño no había movido un dedo en ayuda de la ciudad. Odiaba tener que servir bajo el mando de Bolívar. Era un hijo del Este y creía que en ese escenario le pertenecía la jefatura, tanto por naturaleza como por destino. Unos cuantos oficiales lo secundaron en su loca ambición. Las tropas se dividieron: corrieron rumores de que Bolívar había sido asesinado y que la situación se había hecho caótica. Por último, Arismendi y Bermúdez rompieron con Mariño. Esperaron al Libertador en las planicies con unos quinientos hombres. Al enterarse de lo sucedido, Bolívar montó en cólera. “¿Hasta cuándo —gritó— continuará Mariño haciendo mal a nuestra causa con sus ansias de poder? ¿No se da cuenta del daño que ocasiona al país con esta ambición que nada podrá satisfacer?”⁵⁵³

Pero no era ese el momento de lamentarse ni de ajustar las cuentas. Ya llegaría esa oportunidad. Bolívar asumió el mando y partió rumbo al

551 B. Tavera Acosta: *Anales de Guayana*. 2 vols. Ciudad Bolívar, 1913. Volumen I, pág. 277. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. II, pág. 384

552 Lecuna: “Campaña de Guayana”. *B. de H.* Caracas, vol. XX, núm. 80. página 426.

553 Urdaneta. *Memorias*, pág. 111. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. II, pág. 385.

Orinoco. El 24 de abril llegó con sus hombres a la rivera norteña del río. Los soldados comenzaron a cruzarlo en canoas y la operación se prolongó durante tres días. Luego tuvieron que ir marcando los árboles para que les sirviesen de orientación a medida que se adentraban en la jungla, que en la región del Orinoco es tan espesa como una pared. Las provisiones se agotaron y el tormento de los mosquitos se hizo insoportable. Unos cuantos soldados comieron raíces y murieron. Por último, los caballos de los oficiales fueron sacrificados para que sirviesen de alimento a las tropas. Después de cuatro días interminables llegaron las provisiones que había enviado Piar. El 2 de mayo los dos ejércitos se unieron en las vecindades de Angostura.⁵⁵⁴

Arismendi, Soublette y Bermúdez pertenecían al estado mayor de Bolívar. el prestigio de que éste gozaba entre los soldados era indiscutible, pero la posición de Piar era también firme. Bolívar confirmó a Piar en su rango; mantendría la comandancia general del ejército de Venezuela, en tanto que Bolívar, el jefe supremo, continuaría siendo la más alta autoridad en materia de guerra y de política. Considerada desde un punto de vista objetivo, esta lucha por títulos y gloria de una República que sólo existía en el corazón de unos pocos millares de hombres, puede parecer despreciable y ridícula, pero en el fondo de este despliegue de vanidades y debilidades humanas se ocultaba el gran problema de consolidar un Estado en formación y de poner en vigencia la disciplina militar y el orden civil; en una palabra, de superar la época de la anarquía.

La campaña que entonces dio comienzo tenía como meta la conquista de Guayana. Dos fueron los factores que hicieron posible el éxito de Bolívar en esta gigantesca empresa: en primer lugar, su previsión, que le permitió calcular todas las probabilidades de victoria, y en segundo término los errores cometidos por su enemigo, Morillo, que le reportaron una gran ventaja. Estas consideraciones hicieron del año 1817 el punto crítico de la guerra de la emancipación sudamericana.

Cuando Bolívar desembarcó en Venezuela en 1816, Morillo se había sentido muy seguro de sí mismo. Por ese entonces se encontraba en Nueva Granada, que precisamente había terminado de ser sometida por completo.⁵⁵⁵ Pensaba que las tropas que había dejado detrás, en Venezuela, serían suficientes para rechazar a una horda de rebeldes mal pertrechados. Sin embargo, no habían podido desalojar a los independientes en el Este.

554 O'Leary: *Memorias*, vol. I. págs. 382-383. O'Leary: *Doc.*, vol. O'Leary: *Memorias*, vol. XV. pág. 249. Tavera: *op. cit.*, pág. 223.

555 Rivas Vicuña: Vol. II. pág. 248

Morillo se había visto obligado a permanecer en la región occidental de Venezuela para luchar contra las fuerzas del joven Páez. En menos de un año, la situación había cambiado tanto a favor de los patriotas, que en 1817 Morillo escribió: “Dejé en Venezuela tropas suficientes para mantener intacto su territorio... Este no es el mismo lugar.”⁵⁵⁶

Todavía sustentaba la creencia de que el mejor modo de oponerse a la revolución era la aniquilación total de sus partidarios. Pero ese axioma ya no era válido en 1817; por el contrario, hacia las veces de bumerang allí donde encontraba hombres dispuestos a su vez a destruir a los europeos. Pero lo peor no había llegado aún. Morillo cometería todavía su más grave equivocación como general. Sabía muy bien cuán importantes eran las tierras del Orinoco, y sin embargo, cuando se enteró del peligro que se cernía sobre esa región, no hizo nada por defenderla, sino que se limitó a enviar algunas tropas de auxilio al Fuerte de Angostura. Quería dirigirse a la Venezuela oriental, donde creía que encontraría a los líderes de la revolución.⁵⁵⁷

Morillo deseaba asimismo desembarcar en la isla Margarita para cortar las líneas de refuerzo de los patriotas. No se dio cuenta de que Bolívar, genio del movimiento emancipador, ya se estaba preparando para marchar sobre el Orinoco. Pero se dio otro factor que concurrió a paralizar a Morillo. Era un europeo y nunca fue del todo capaz de orientarse en la guerra del trópico, con todo su salvajismo y barbarie. Continuó siendo siempre un soldado metódico del Viejo Mundo, dependiente del arribo regular de abastecimientos, del transporte eficiente y de los movimientos sistemáticos. Recelaba de las indisciplinadas tropas nativas; deseaba pelear con soldados experimentados y maduros. Estaba en camino un nuevo cuerpo expedicionario español, y Morillo quería esperar su llegada a efectos de reunir las fuerzas y someter al Este. La marcha hacia el Orinoco le parecía una empresa muy peligrosa.⁵⁵⁸

Morillo obró en consecuencia. Con crueldad, trata de extinguir la llama de la libertad del Este. Formaban parte de su programa la confiscación de bienes, el exilio de las familias liberales y la ejecución de los jefes. Creyó que no tenía que preocuparse de Bolívar y sus planes. Consideró el aviso del Libertador como una bravata del derrotado. En realidad fue él, que luchaba contra las sombras, quien dejó que el triunfo se le escapase de las manos. Los errores de Morillo dieron a Bolívar la oportunidad de llevar adelante su gran plan.

556 Rivas Vicuña: Vol. II. *Ibid.*

557 Rodríguez Villa: Vol. III, pág. 372

558 Rodríguez Villa: Vol. III, pág. 394. Rivas Vicuña: Vol. II, pág. 265.

Cuando, a comienzos de mayo, Bolívar se unió a Piar en el Orinoco, lo aguardaban buenas noticias. El 12 de abril, en un punto cercano a San Félix, Piar había derrotado a los refuerzos enviados por Morillo a Angostura. Los realistas habían perdido más de un millar de hombres y su comandante había escapado a duras penas.⁵⁵⁹ Pero Piar no había podido hacer ningún progreso frente a las fortificaciones españolas en el Orinoco. El enemigo se desplazaba con entera libertad a lo largo del majestuoso río. En tanto no fuese conquistado, no se podría entrar en posesión de la provincia. En el caso de que Bolívar lograra liberar el Orinoco, podría dominar el vasto territorio de sus márgenes.⁵⁶⁰ pero aquí, como siempre, se planteaba ante él un problema que excedía al simplemente estratégico. Tenía que luchar en dos frentes: uno externo y otro interno.

Además, estaba Piar. ¿Se conformaría ante el hecho de que otro hombre completase la obra por él iniciada? Bolívar le otorgó el mando de los distritos misioneros. Estas tierras constituían depósitos para el abastecimiento de las tropas y su posesión era de vital importancia, pero las condiciones allí reinantes eran intrincadas. Incluso desde la cárcel los monjes capuchinos se erigieron en una amenaza y Bolívar ordenó que se les enviara a un rincón apartado del interior. A raíz de un error que nunca ha sido explicado con claridad, fueron fusilados. Se trataba de veintidós religiosos, y el recuerdo de esta atrocidad es todavía una mácula para la conducta republicana durante la guerra.⁵⁶¹

Mariño creyó que había llegado el momento de tomar en sus manos el mando de la revolución. Bolívar estaba muy lejos y parecía conveniente utilizar esta oportunidad para contaminar las aguas. El 8 de mayo, en Cariaco, pequeño puerto de la costa oriental, unos pocos hombres se autocalificaron representantes de la nación se congregaron y se apoderaron del poder.⁵⁶² Entre ellos estaban algunos verdaderos amigos de Bolívar, como Brion y Zea. Sólo puede conjeturarse cómo se las ingenió Mariño para engañarlos. A algunos les dijo que Bolívar había aprobado sus planes; a otros les aseguró que el Libertador se había muerto en Guayana. Las conclusiones a que se arribó en esta farsa mal

559 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 377. Larrazábal: vol. I, pág. 469. O'Leary: *Doc.*, vol. XV, pág. 153 ss., 198 ss. Blanco: *Doc.*, vol. V, págs. 618-620, 633.

560 *Cartas*: Vol. I, pág. 263.

561 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 376. Blanco: *Doc.*, vol. V, pág. 646. Tavera *op. cit.*, vol. I, I, pág. 257. Lecuna: *Campaña de Guayana*, vol. XX, pág. 431.

562 Blanco: *Doc.*, vol. V, pág. 640. O'Leary: *Doc.*, vol. XV, págs. 28, 250.

interpretada no son dignas siquiera de mencionarse. El gobierno habría de ser ejercido por una junta de la que también formaría parte Bolívar. de este modo esperaban ganárselo. Mariño tomó el mando del ejército y dejó la flota a cargo de Brion. Pero el golpe teatral de Cariaco estuvo lejos de alcanzar el efecto deseado. El pueblo continuó resistiendo o se mostró indiferente. Los edictos del falso Gobierno no encontraron eco. Bolívar escuchó fríamente sus decisiones. No podía reconocer al seudocongreso y mucho menos seguir sus instrucciones. En vez de ello, adoptó medidas opuestas. Buscó a quienes le eran adictos, destituyó a Mariño y envió al Este oficiales leales. El desastre que habían planeado para Bolívar se volvió contra los traidores. Los mejores oficiales abandonaron a Mariño y se encaminaron a Guayana para ponerse a los órdenes de Bolívar. Urdaneta estaba entre ellos, como así también el coronel Antonio José de Sucre, cuya figura se refleja por primera vez en estas circunstancias en el espejo de los acontecimientos históricos.⁵⁶³

Pero los sucesos de Cariaco tuvieron un significado sintomático que los puso por encima del nivel ordinario. Por tres veces en el curso de un año Mariño había tratado de hacer una revolución palaciega y por tres veces había traicionado a Bolívar. lamentablemente, la mayoría de los patriotas era demasiado desleal o estúpida para detener esta carrera sin sentido tras el poder entre los segundos jefes. Bolívar tuvo que hacerlo por sí mismo, no sólo en su propia defensa, sino porque estaba en juego el destino de América. La campaña en Guayana tenía que terminar con una victoria sobre los enemigos externos e internos o la libertad de Sudamérica estaba perdida para otra generación.

Por lo tanto, Bolívar tenía que resolver un triple problema: debía derrotar a los españoles, volver a dar unidad a sus fuerzas y establecer un gobierno. Pero estaba seguro de su causa. “Si hasta ahora he actuado con moderación —escribió— fue por prudencia y no por debilidad. No crea que las intrigas son tan fuertes que puedan destruirnos. Mi posición jamás ha sido mejor... Tres mil hombres cumplen mis órdenes y continúan haciendo lo que yo mando... No estamos en Constantinopla ni en Haití. Aquí no hay tiranos ni anarquía, ni los habrá mientras viva y pueda empuñar mi espada.”⁵⁶⁴

Bolívar no perdió tiempo mientras esperaba noticias sobre si Brion llegaría con su flota hasta la desembocadura del Orinoco. Encomendó

563 *Cartas*: Vol. I, pág. 281. Blanco: *Doc.*, vol. V. pág. 661. O’Leary: *Doc.*, volumen XV, pág. 259.

564 *Cartas*: Vol. I, págs. 276-277.

al general Arismendi la tarea de dirigir la construcción de lanchones.⁵⁶⁵ Su plan de campaña se hizo más claro durante esos días. Dos plazas fortificadas controlaban el Orinoco. Río arriba estaba Angostura, que hasta ese momento había resistido todos los ataques, y corriente abajo se encontraba la ciudad de Guayana, llamada Vieja Guayana. El propósito de Bolívar era hacer que la primera muriese de hambre y conquistar la segunda.

Después de transcurridos casi dos meses, apareció Brion. Traía consigo ocho barcos y cinco botes más pequeños. Junto a los que Bolívar había construido, constituían una flota de río que podía igualar a la fuerza española. Brion navegó río arriba. Por la noche se escurrió entre los cañones de Vieja Guayana y esperó al Libertador en uno de los incontables tributarios del Orinoco. Bolívar ya había enviado adelante a sus botes y partió para saludar a Brion. sólo lo acompañaban los oficiales de su estado mayor: Soubllette, Arismendi y los asistentes. Los españoles habían observado que el Libertador había dejado atrás a su ejército y enviaron una división a capturarlo. Esta le cortó la retirada y no le quedó otra cosa que saltar en una de las pequeñas lagunas y permanecer escondido hasta que el enemigo abandonó su búsqueda. En ese momento tomó la decisión de suicidarse antes que caer en manos de los españoles.⁵⁶⁶

Esa noche, mientras los demás estaban todavía dominados por el terror, Bolívar echó a hablar de repente. “Libertaré a Nueva Granada y después al Ecuador. Iré al Perú y enarbolaré la bandera de la resurrección sobre las torrecillas de Potosí.” Estas palabras sonaron en los oídos de sus compañeros como el delirio de una mente febril.⁵⁶⁷ Pero Bolívar nunca se mostró más cuerdo que en esos días. Para proteger la flota había construido un pequeño fuerte, ante el cual podían fondear sin peligro los barcos. En pocos días nada más se hicieron evidentes los resultados de su decisión. Angostura, acosada por el hambre y diezmada por la infección, no pudo seguir resistiendo y el 17 de julio el general español tomó la decisión de evacuar la plaza. La guarnición, y con ella el obispo, el clero y mil cuatrocientos ciudadanos, buscaron refugio en los barcos españoles. Estos despojos humanos navegaron río abajo en treinta botes. Sólo unos pocos sobrevivieron. Muchos cayeron en manos de Brion; otros se perdieron entre los innumerables tributarios y hubo incluso quienes murieron de hambre.

565 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 383

566 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 400. Larrazábal: Vol. I, pág. 478.

567 Blanco: *Doc.* vol. V. pág. 643.

Al día siguiente Bolívar ocupó la ciudad, cuya caída selló también el destino de Vieja Guayana. Bolívar había intimidado repetidamente a la rendición de la fortaleza. ¿Qué era lo que los unía a los colores de un rey desagradecido y torpe? En lugar de someterse al dominio de un hombre, se convertirían, con Bolívar, en un pueblo libre que el día de mañana estaría a la par de los españoles.⁵⁶⁸ En este caso el hambre ejerció una influencia mayor que las palabras de persuasión. Guayana estaba aislada por completo y no tenía la más mínima esperanza de recibir refuerzos y tropas de refresco. El 3 de agosto los españoles abandonaron la lucha. La caída de la Vieja Guayana precipitó el colapso de toda la provincia y el gran río de Venezuela quedó así libre de los españoles.⁵⁶⁹

En el lapso de tres meses Bolívar había alcanzado su meta. Era dueño del Orinoco. Tenía a su disposición una rica extensión de territorio. Ahora podía abastecerse en abundancia y conseguir armas y municiones en el extranjero. Hacia el Este mantenía contacto con la costa y la isla Margarita. En dirección al Oeste contaba con los jinetes que lucharon en las planicies del Apure. Aquí terminaban cinco años de lucha incesante; cinco años de exilio, de soledad y andar errante. El programa que había proyectado en Haití estaba cumplido. En la guerra de independencia de los Países Bajos los calvinistas habían dicho: “La victoria comenzó en Alkmaar.” Para la revolución sudamericana la victoria comenzó en Guayana.

Bolívar había triunfado sobre el enemigo exterior. Tenía ahora la fuerza militar y moral suficiente para crear un frente interno. Las dos tareas que quedaban eran superar la anarquía y establecer una autoridad legal. Ambas estaban inextricablemente unidas. Logró el control de las dispersas fuerzas internas durante uno de los acontecimientos más dramáticos de la revolución. El adversario de Bolívar era el general Manuel Piar.⁵⁷⁰

Este no había nacido en Venezuela. Su padre era venezolano, pero su madre era una negra de Curazao. A menudo se vanagloriaba de su origen europeo y proclamaba que era hijo de un príncipe. A veces actuaba como jefe de los negros; dependía de las circunstancias y del momento. Había llegado al continente apenas iniciada su carrera y desde el estallido de la

568 *Proclamas*: pág. 159

569 O’Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 401. Larrazábal: Vol. I, pág. 480. *Cartas de Santander*, vol. I. pág. 3. Caracas, 1942.

570 *Proclama*: Pág. 160. *Blanco*: Doc., vol. VI, pág. 105. E. Restrepo Tirado: *El general Piar. B. de H.* Bogotá, col. X, pág. 113.

guerra había luchado al lado de la revolución. Era un oficial talentoso, familiarizado con todos los elementos de la guerra en el trópico, pero ingobernable y salvaje. Era ambicioso, muy inclinado a la intriga y a lo teatral, y le faltaba el dominio de sí mismo y tacto. Era rebelde frente a sus superiores, grosero con sus subordinados, y no obedecía otro dictado que su voluntad. Entre la confusión reinante se había elevado al rango de general. Nadie puede negarle el mérito de haber planeado la campaña del Orinoco. Pero fue Bolívar quien concretó esa idea.

Cuando Bolívar penetró en el teatro de la guerra que Piar consideraba de su dominio privado, el conflicto se agudizó. La razón fue la habitual: la lucha por el rango y la superioridad.⁵⁷¹ También contaba la importancia de la región misionera. Un ministro de Caracas, de apellido Blanco, había sido comisionado para que la inspeccionara. Piar consideró esta designación como una intromisión en sus derechos y sabotó todas las medidas tomadas por Blanco. Bolívar se indignó por esta insubordinación, pero tuvo el buen tino de pasarla por alto durante el desarrollo de la campaña. Rogó a Blanco que se sometiese voluntariamente a Piar y le escribió: “Querido amigo, le suplico que sufra en silencio, como estamos haciendo todos para el bien de nuestra patria.”⁵⁷² Escribió a Piar en el mismo tono. Casi conciliador, le aseguró que todo se haría a satisfacción de sus demandas. Entonces llegaron las noticias de la creación de un gobierno independiente en Cariaco. Piar recogió la idea al vuelo. Él, también actuaba ahora como defensor de la libertad democrática del pueblo. Bolívar envió a Piar uno de sus colaboradores más íntimos para conocer sus intenciones. Piar aclaró que sus planes no se dirigían contra la autoridad de Bolívar, Mariño había dicho lo mismo.

Pero día a día se hizo más evidente que Piar se inclinaba a la rebelión. Continuó quejándose de Blanco, y aunque el último se comportó con dignidad, Bolívar lo destituyó para pacificar a Piar.⁵⁷³ Pero a Piar no se lo podía seguir controlando; su furia se volcó entonces contra Arismendi. Piar lo acusó de robar caballos y mulas y de aprovecharse de su posición para aumentar su fortuna personal. Bolívar aclaró este malentendido. Escribió a Piar: “Prefiero un combate con los españoles que un conflicto entre los patriotas. Si estamos divididos, si sucumbimos a la anarquía y nos destruimos mutuamente... entonces España triunfará. Por favor, desista de abandonar su puesto. Si usted estuviese al freno yo

571 Blanco: *Doc.*, vol. V. V, págs 661-666. Vol. VI. Pág. 109. O’Leary: *Doc.*,

572 *Cartas*: Vol. I, pág. 264.

573 *Cartas*: Vol. I, pág. 275.

no desertaría, así como no desertaré frente a quien mañana ocupe mi lugar... no importa quien sea, siempre que la justicia y la razón estén de su parte.”⁵⁷⁴ Pero Piar se mostró sordo a todas las súplicas. A medida que avanzaba la campaña del Orinoco y se hacía más evidente que Bolívar estaba ganando terreno frente a los españoles, tanto más terco se volvió Piar. Por fin hizo precisamente lo que Bolívar le había suplicado que no hiciese. Alegando su mala salud, solicitó que se le relevase. Bolívar accedió a esta petición y Piar obtuvo un pase que le permitió moverse con libertad en el territorio de la República o, sí así lo prefería, irse al extranjero. Este era el estado de cosas el 30 de junio.⁵⁷⁵

Hasta ese momento Bolívar estaba dispuesto a aceptar un arreglo que dejase incólume su autoridad. Pero por él mismo y por su patria debía suprimir la intriga, y se sentía lo bastante fuerte para hacerlo. “Aquí, —escribió— manda quien puede, no quien quiere.”⁵⁷⁶ Debe haber sido en estos días cuando se decidió a poner término al apaciguamiento de los hombres que ocupaban altos puestos. Venezuela no era Constantinopla, donde dicho apaciguamiento constituía un procedimiento aceptado. Bolívar sabía, además, que Piar era, en muchos aspectos, más peligroso que Mariño o Bermúdez. Por ejemplo, era mejor soldado.

Después de la caída de Angostura, el general Bermúdez comunicó a Bolívar que dos oficiales le habían dicho que Piar planeaba una insurrección. Bolívar envió a buscar a Piar para conducirlo al cuartel general y ordenó su arresto en el caso de que se resistiese. Piar se escapó de las manos de Bolívar y huyó, pero su evasión equivalió a admitir su culpabilidad.⁵⁷⁷ Esto coincidió con el triunfo de Bolívar sobre la ciudad de Guayana. El Libertador reorganizó el ejército, reunió a los generales y se afirmó en su posición. Resultó obvio el cambio de corriente. El comandante estaba a punto de desarrollar su plan largamente madurado. Todas las órdenes impartidas durante esas semanas estuvieron encaminadas a reforzar la unidad del ejército, a la que debía seguir la unidad del gobierno.

Piar había huido hacia las provincias orientales. Existían razones para temer que se uniría a Mariño. Pero lo que lo hacía más peligroso aún era su odio a la raza blanca. Insistía en que era víctima de la casta blanca.

574 *Cartas*: Vol. I, pág. 278.

575 *Blanco: Doc.*, vol. I, pág. 676.

576 *Cartas*: Vol. I, pág. 292.

577 *Cartas*: Vol. I, pág. 310. O’Leary: *Memorias*, vol. I, págs. 422-423. O’Leary: *Doc.*, vol. XV, pág. 351 ss, 421.

Mulato, hijo del pueblo, había caído en las redes del ansia de poder característica de la aristocracia criolla. Mariño había recibido a Piar en el Este. No era nada fácil seguirle los pasos en esos vastos territorios, pero los órdenes de Bolívar no dejaban lugar a dudas. El 27 de septiembre una división de caballería se encontró con Piar en la provincia de Maturín. Este fue rodeado por las tropas, pero cuando se le comunicó la orden de arresto, amenazó con enfrentar ambas fuerzas. El general Sedeño, que mandaba a los jinetes bolivarianos, se dirigió a los soldados de Piar y les preguntó si reconocían la autoridad de Bolívar. Y la respuesta fue un viva por el Libertador. Piar comprendió que estaba perdido y actuó como un toro cazado por los llaneros. Bajó la cabeza, dudó por un momento, y huyó a los bosques próximos. Pero no logró escapar a los jinetes de Sedeño. La noche del 2 de octubre fue conducido al campamento de Angostura. Exigió ver a Bolívar, pero no le fue concedido su requerimiento. En vez de ello, se reunió de inmediato el consejo de guerra. La acusación se basó en la desertión, la insurrección y la traición. Al seleccionar los jueces, Bolívar trató de guardar las apariencias de imparcialidad. Él mismo no participó en el caso, pero tampoco era necesario. Las faltas de Piar fueron corroboradas por todos los testigos. El veredicto del consejo de guerra fue la degradación y la muerte.⁵⁷⁸

La sentencia fue elevada a Bolívar. este objetó la pérdida de los galones, pero confirmó el veredicto de culpabilidad, equivalente a la pena de muerte por fusilamiento. Incluso sus confidentes se sintieron sorprendidos. Le recordaron los méritos de Piar, con la vana esperanza de suavizar la sentencia. Temían un levantamiento de los oficiales o un motín entre los soldados el día de la ejecución. Pero Bolívar se mantuvo inflexible y ordenó el cumplimiento de la sentencia. Piar recibió la noticia en la prisión y escuchó en silencio el pronunciamiento. Sin embargo, cuando supo que Bolívar había confirmado la sentencia se rasgó la camisa y cayó al suelo convulsivamente. Al recuperar la conciencia, trató de convencerse de que Bolívar sólo quería humillarlo y que no se atrevería a fusilarlo. Piar continuó manteniendo esta ilusión hasta que el 16 de octubre, a las cinco de la tarde, fue conducido al lugar de la ejecución.⁵⁷⁹ Bolívar había ordenado que el fusilamiento se hiciese en público, y así se hizo. Piar saludó a la bandera, rogó a los soldados que apuntaran bien y murió como un hombre. Muchos de sus compañeros de armas se escondieron en sus casas. El mismo Bolívar se conmovió. Pero

578 O'Leary: *Doc.*, vol. XV, pág. 422. Restrepo: *H. de R. C.* vol. II, pág. 424.

579 *Proclamas*: págs. 160 y 170.

todos se inclinaron ante lo inevitable. La tragedia de Piar se convirtió en el triunfo de Bolívar.

Inmediatamente el Libertador lanzó dos proclamas, una a los ciudadanos de Venezuela y otra a los soldados. Ninguna de ellas refleja un juicio reflexivo para Piar como hombre y soldado. Son producto de un momento de muchísima pasión, y su propósito era servir de propaganda.⁵⁸⁰

Los biógrafos de Bolívar son unánimes en su opinión con respecto al fusilamiento de Piar. Se acusa a Bolívar de haber actuado a instancias de su odio racial, del ansia de poder e incluso de envidia frente a un posible rival.⁵⁸¹ Pero ninguna de estas acusaciones parece ser cierta. Piar fue culpable de rebelión. Nadie lo ha podido negar. Lo que queda es el aspecto humano y político del drama. Piar fue uno de los patriotas más valientes y sus hazañas fueron grandes e importantes. Pero si Bolívar puede ser acusado de haberlo olvidado, hay que recordar también que hizo lo posible por mantener a Piar a su lado. La tragedia de Piar fue no comprender que había terminado el tiempo de la guerra de bandas. Había sobrestimado su propia capacidad y menospreciado la de Bolívar. Éste tenía algo más que poder de su lado; también tenía la razón. Poseía una gran visión continental y un programa para concretarla. Piar no tenía sino sus deseos personales. Desde el estallido de la guerra de la independencia, la discordia y el caos habían constituido la Némesis de la libertad. Todos los años, las rivalidades y los celos de los segundos jefes habían desviado a Bolívar de su camino o postergado sus planes. Ahora, en 1817, se había obtenido una victoria duradera por primera vez, con la conquista de Guayana, sin embargo quedaban aún por resolver grandes problemas.

Era necesario civilizar al elemento humano de la revolución para que la libertad se asentase en Sudamérica. Como siempre ocurre en momentos de revolución, los hombres de férrea voluntad habían sido elevados por el impulso de los acontecimientos. Pero con ellos aparecieron la avaricia, la vanidad, la ambición, la licencia y el despotismo. Estos hombres no estaban más que a un paso de los criminales, pero eran indispensables en tanto durara la guerra. Si es que iban a servir a la causa de la libertad americana, tendrían que someterse a la ley. En 1817, después de cinco años de infructuosos esfuerzos, la ley era, por fin, la voluntad de Bolívar.

580 N. Sañudo: *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Pasto, 1925, y Tavera: *op. cit.*, vol. I. pág. 243, niegan la culpabilidad de Piar.

581 D. de B., págs. 315 ss.

Era la fuerza la que hablaba, y estos salvajes mercenarios reconocían la voz. Las balas disparadas el 16 de octubre en Angostura resonaron en Venezuela. por esta razón Bolívar jamás sintió remordimiento por la ejecución de Piar. “La muerte del general Piar —dijo once años después— fue una exigencia política que salvó al país. Los rebeldes fueron perturbados y atemorizados... Mariño y su Congreso de Cariaco quedaron desarmados. Todos se pusieron a mis órdenes. Se estableció mi autoridad y se evitó la guerra civil y la esclavitud del país. Nunca fue una muerte tan útil, tan política y al mismo tiempo tan merecida.” “El general Mariño —agregó Bolívar— también mereció la muerte. Pero no era tan peligroso; en su caso la política podía dejar paso a la humanidad.” Resulta cuestionable la menor peligrosidad de Mariño. Pero Piar, mulato y extranjero, era una víctima más adecuada para que Bolívar asumiese su autoridad. No había que temer que esta muerte tuviese repercusiones políticas.

Después de la ejecución de Piar, el gobierno paralelo de Mariño se desplomó como un globo desinflado.⁵⁸² Su Congreso nacido en medio de tantas aclamaciones, no fue reconocido. Por otra parte, los hombres enviados al Este por Bolívar, habían alcanzado su objetivo. Ellos también, como su jefe, ejercieron tanto la autoridad militar como civil.⁵⁸³ Como las provincias adictas a Mariño se unían gradualmente a Bolívar, este pudo mostrar en la coyuntura cierta lenidad, pues la sumisión voluntaria de Mariño tendría para él mayor valor que el ejercicio de una justicia implacable. Puede que esta decisión no haya sido muy legalista, pero estuvo bien inspirada políticamente. Bolívar jamás fue un Catón, para quien el cumplimiento de los principios estaba por encima de la salud del Estado. Para poner en línea a Mariño, fue enviado a la costa el joven coronel Sucre, que era también un hijo del Este. Su tarea era persuadir a los hombres para que reconociesen la autoridad de Bolívar. De este modo Mariño quedaría aislado y caería de rodillas; entonces sería perdonado y tratado con honor. Si Mariño se sometía no sería peligroso y, como Bolívar escribió, “disminuir un daño es ya hacer bien.”⁵⁸⁴ Mariño trató de protestar y se quejó por haber sido despojado del mando. Bolívar replicó firme y fríamente, explicándole que desde ese momento Bermúdez sería el jefe de la división de Cumaná y que todo quedaría en sus manos.

582 *Cartas*: Vol. I, pág. 309. O’Leary: *Doc.*, vol. XV, págs. 316-323, 327. 332, 425-426.

583 *Cartas*: Vol. I, pág. 318.

584 O’Leary: *Doc.*, vol. XV, págs. 453-457. Blanco: *Doc.*, vol. VI, pág. 156.

Mariño debía ir a Angostura a jurar fidelidad al Gobierno de la República. Como compensación, Bolívar le ofreció el olvido de sus pecados. *Soyons amis!* No dejó de hacer su impresión. Mariño comprendió que había sobrestimado sus cartas y cedió.⁵⁸⁵

De este modo derrotó al enemigo exterior y amansó e hizo temporalmente inofensivo al interior. El frente de Bolívar se centraba en la provincia de Guayana y el cuartel general estaba en Angostura. Su ala derecha comprendía las regiones costeras de Venezuela. Se requerían otras fuerzas para proteger el ala izquierda, en dirección a la Nueva Granada. Pero Bolívar también lo había previsto. Sin otros medios que la persuasión, se había ganado a los hombres del Oeste. En realidad, había sólo uno a quien Bolívar había esquivado y de cuya aprobación dependía todo: Páez.

En verdad la aparición de este hombre en el movimiento de emancipación sudamericana constituye un fenómeno extraordinario. Se encarna en él la índole especial del continente, sus primordiales fuerzas telúricas. Antonio José Páez era siete años menor que Bolívar. Había nacido en julio de 1790 en Barinas. Nos ha relatado su vida en un pintoresco libro que proporciona una imagen clara de la vida dura e indómita de las estepas de Sudamérica.⁵⁸⁶

Su padre era un pobre funcionario administrativo del monopolio del tabaco y su familia vivía humildemente. Antonio fue el octavo hijo. Creció en un pequeño pueblo en las pendientes montañosas y cuenta que fue enviado a la escuela del lugar. Sólo Dios sabe lo que allí aprendió. A la edad de quince años, mató a un hombre en defensa propia y huyó a los llanos. Eran éstos, vastos campos de pastoreo cuyos dueños los visitaban una vez al año. Los propietarios dejaban a cargo de la vigilancia a los mayores, que tenían un poder sin límites sobre las bestias y los hombres, siendo los animales mucho más importantes que los seres humanos. Páez llegó a una finca y tuvo la desgracia de que su superior fuese un gigantesco negro, que experimentaba un placer especial en atormentarlo. Páez era blanco. Sus ojos tenían el color indefinido de un animal de rapiña. Su cabello era castaño y ligeramente ondulado; su nariz recta, con anchas fosas. Todo delataba su ascendencia europea. El negro lo odiaba por esto. Le hizo montar garañones a pelo; le ordenaba transportar ganado a través de impetuosas corrientes y, al caer la noche, el joven Antonio era obligado a lavar los pies del negro, y hamacarlo hasta que caía dormido. Páez sufrió

585 Blanco: *Doc.*, vol. VI, pág. 188.

586 Páez: *Autobiografía*. A. P. Carranza: *El general Paéz*. Buenos Aires, 1924.

las mayores humillaciones y en esta escuela se hizo un hombre de los llanos. Criado en medio de privaciones, habituado a la lluvia, al sol y a las sabandijas y desconocedor las comodidades de la vida de ciudad, desarrolló el estoicismo de un beduino. Estaba destinado a convertirse en el jefe de los jinetes de los llanos. Llevaba la vida de los pastores. Incluso cuando llegó a general, no aprendió a usar cuchillo y tenedor.⁵⁸⁷

Páez era un entusiasta de los sangrientos juegos de los llaneros y comprendía su avaricia, pues había sido tan pobre como ellos; los dejaba saquear y robar hasta satisfacer sus ansias. Cuando llegó a Presidente de la República, siguió actuando del mismo modo. Su inteligencia era limitada, pero tremenda su fuerza física; era capaz de abatir al más violento de los llaneros. Lo llamaban tío Antonio; charlaba con ellos y participaba en sus juegos. Su coraje tenía una característica peculiar. En sus relaciones con la gente se mostraba cauto y desconfiado, especialmente cuando trataba con personas de cultura superior a la suya, pero durante la batalla demostraba tanta sed de sangre como un tigre.⁵⁸⁸ No conocía el peligro, porque, como Nelson, jamás había sentido miedo. El combate le producía una especie de intoxicación de sangre; se vanagloriaba de haber matado con su propia mano a más de setenta hombres. Su pasión por la muerte era tan subyugante que a menudo le producía un acceso epiléptico. Cubierto de sangre y arrojando espuma por la boca, se caía del caballo en medio de la batalla.⁵⁸⁹ Estos ataques lo dejaban indefenso, como a menudo ocurría, y además corría el peligro de ser pisoteado. Entre quienes le guardaban devoción se encontraba un enorme negro que había peleado con los españoles en la esperanza de hacerse con un rico botín y que posteriormente se había pasado a las filas republicanas. Se le llamaba el Primer Negro y llevaba un cuchillo tremendo, tan grande que ningún otro podía manejarlo. Su tarea principal era proteger al Tío Antonio. Ocupaba el lugar de toda una guardia de corps. Cuando su amo caía del caballo, tieso y con los ojos vidriosos, el corpulento negro lo recogía y lo apartaba del lugar. También los otros hombres rescataron a menudo a Páez. Su gente desafiaba el fuego y el agua por él. Era su comandante, pero antes que nada su camarada y tenía el don del caudillo nacido para ello.

Durante todo el primer año de la guerra Páez no podía leer ni escribir. Desconocía los más simples conceptos de la táctica. Sería un error,

587 Páez: *op. cit.*, pág. 178. L. A. Cuervo: *Notas Históricas*, pág. 170.

588 O'Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 441.

589 Páez: *op. cit.* pág. 185.

sin embargo, creer que peleaba a la ventura. Tenía ideas estratégicas que nadie le había enseñado, que eran instintivas, expresión de la naturaleza americana en todo su salvajismo. Páez fue el primero en comprender las posibilidades que ofrecía el espacio y la necesidad de llevar la guerra allí donde ningún europeo pudiese infligirle una derrota decisiva: a los llanos, a las riberas de los majestuosos ríos, al límite mismo de la selva impenetrable. Lo que para Bolívar era el resultado de un plan meticulosamente concebido o el conocimiento adquirido tras la experiencia de la derrota, Páez lo sabía por instinto. Eligió a los llanos como campo de batalla, porque reconoció, como lo hace un animal salvaje, cuál era el elemento que más le convenía. Se adaptaba a la causa de la libertad porque en Sudamérica la naturaleza era libre, y su propia naturaleza sin trabas respondía a su influjo. No tenía rival como guerrillero; comprendía la importancia de la caballería. Combatió a la bayoneta española con su lanza y opuso a las disciplinadas tropas realistas el empuje frenético de sus jinetes. Se sobrepuso a la artillería con la rapidez de sus movimientos. Las expediciones a caballo que equivalían a pruebas de resistencia para los soldados europeos eran consideradas por él como una jornada normal.⁵⁹⁰

Así se convirtió Páez en una de las figuras más importantes de la guerra. Dominó la táctica de la pelea en el Trópico, cuyas características la hacen comparable a la lucha en el desierto. En la estación lluviosa, Páez podía orientarse como ningún otro entre los innumerables cursos de agua; en la estación de sequía sólo él podía encontrar agua. Marchaba de noche para proteger a sus hombres y para que el enemigo no viese las espesas nubes de polvo que levantaban sus jinetes. Se guiaba por las estrellas. Sus movimientos tenían la rapidez de la guerra mecanizada y a veces cubrían cientos de kilómetros en un solo día. Creció su fama y algunos de los llaneros que hasta entonces habían luchado a las órdenes de Boves se pasaron a su lado. Como el botín era lo que más les interesaba, esto era muy práctico, puesto que los monárquicos constituían de nuevo, después de 1814, la clase gobernante, y todo lo que fuera de algún valor sólo podía obtenerse luchando contra ellos. Páez permitió que sus soldados se dedicasen al saqueo; pensaba que así mantenían alto su espíritu y que se facilitaba la tarea de abastecer al ejército. El ganado robado al enemigo era conducido lejos, a los llanos, y utilizado para alimentar a sus propios hombres.

Sobre esa base constituía una potencia, pero al principio sólo para la guerra de guerrillas. Emulaba a los grandes generales de caballería

590 Páez: *Autobiografía*. Págs. 66, 125-126.

Europeos y realizaba repentinos y atrevidos ataques. Pero la faltaba la disciplina de un Seidlitz o un Murat. Según él mismo dijo, no se sentía responsable ante nadie cuando se resolvía una cuestión de vida o de honor. El territorio al que se retiró era la región fronteriza de Venezuela y Colombia. Los funcionarios de ambas naciones se encontraron allí y trataron de crear un Gobierno. Sin embargo pronto surgieron disputas sobre distintos problemas, en especial en cuanto a la elección del lugar de la acción futura y la designación del jefe. El cuerpo de funcionarios resolvió este último punto mediante el nombramiento de un natural de la Nueva Granada, Santander, como comandante en jefe. Los jinetes de Páez se decidieron por su tío Antonio, que pasó a ser comandante en jefe del Oeste en septiembre de 1816.⁵⁹¹

Comenzó a extender la guerra de guerrillas, primero a las tierras del tío Arauca y después a las llanuras del Apure, que desagua en el Orinoco. La rapidez, la sorpresa y el ataque lo eran todo. Como Páez estaba siempre en inferioridad numérica, recurría a subterfugios. Cierta vez ordenó a sus hombres que espantasen unos cuantos caballos sobre el campamento español. Cuando la confusión creada fue mayor, atacó. En otra oportunidad prendió fuego al pasto de las estepas, que arde como la yesca, en torno a las tiendas de campaña españolas. Sus ataques se asemejaban a las cabalgatas de los beduinos. Los jinetes se precipitaban hacia adelante sin unidad ni formación, luego retrocedían y volvía a atacar hasta que el enemigo sucumbía. En una batalla Páez lanzó su caballería nada menos que en catorce ataques. De este modo se adjudicó brillantes victorias sobre los hasta entonces invictos soldados de Morillo. El general español se vio obligado a admitir que estos hombres no eran tan despreciables como querían hacer creer los ministros de Madrid.⁵⁹²

Sólo puede valorarse plenamente la importancia de las victorias de Páez cuando se considera la situación de los territorios en que operó.⁵⁹³ Era el líder de una horda indisciplinada de jinetes, que hacían la guerra por su cuenta; pero si se unía con Bolívar, el efecto sería terrible, pues en el caso de que se llegase a un acuerdo entre él y el Libertador, el movimiento emancipador controlaría una área que abarcaría desde la desembocadura del Orinoco hasta las laderas de Los Andes. Formaba

591 Urdaneta: *Memorias*, pag. 101. Paéz: *op. cit.* pág. 118.

592 Rodríguez Villa: Vol. III, pág. 360.

593 Cunningham Graham: *Páez*, págs. 99 ss., 120 ss. Londres, 1929. Para las tácticas de Páez, véase Lecuna. "La guerra de la independencia en los llanos". *B. de H. Caracas*, vol. núm. 21, pág. 1017

parte vital del programa de Bolívar poner bajo su gobierno al joven líder.

Bolívar envió a una delegación para solicitar a Páez que lo reconociera como comandante. Pronto llegaron a un acuerdo y Páez decidió poner a su ejército a las órdenes de Bolívar. Los jinetes protestaron, pero Páez se mantuvo firme y juró felicidad en presencia del capellán castrense. Los llaneros siguieron el ejemplo del Tío Antonio.⁵⁹⁴ En una carta a Bolívar, Páez ratificó este acto de disciplina. Bolívar se lo agradeció, y con la suavidad y tacto que caracterizaron su correspondencia, trató a Páez de igual a igual. Después tiró cuidadosamente las riendas. Pidió un informe regular sobre la fuerza de las tropas y envió material bélico e instrucciones.⁵⁹⁵

Después que Piar fue ejecutado y Mariño dejó de constituir una amenaza, Bolívar le comunicó a Páez que había planeado llevar su propio ejército al Apure, para unirse con él. Sin embargo, Páez cayó gravemente enfermo y este proyecto se aplazó. Bolívar le envió un médico y en caso de emergencia, un sustituto. Luego de otras postergaciones, ambos hombres se encontraron por fin. Constituían las figuras más importantes de la revolución en el Norte del continente. Bolívar tenía una gran energía nerviosa; Páez, prudente y avaro. Bolívar era leal; Páez inconstante. Ambos eran ambiciosos: el uno porque la idea de la libertad americana estaba siempre ante sus ojos y el otro por el ansia de poder. Bolívar no dejaba de ser vanidoso, pero Páez respiraba vanidad por todos los poros.⁵⁹⁶

Cuando el 30 de enero de 1818 se encontraron estos dos hombres, se abrazaron a la manera sudamericana. Páez escudriñó al jinete y a su caballo, pero no encontró nada que criticar. Allí estaba un hombre a quien se podía seguir, pues tenía todo de lo que se enorgullecía un llanero e incluso algo más. Páez, con su embotamiento de pastor, no pudo precisar que era ese algo, pero reconoció al genio y se dio cuenta de que podía seguir su luz como se guiaba por las estrellas en las noches solitarias de los llanos. El frente estaba estabilizado; de una horda de guerrilleros había surgido un ejército que se movía del Atlántico a Los Andes. La nueva organización exigía una coordinación más estrecha.

594 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 382. Páez: *op. cit.* págs. 168-190. Blanco: *Doc.*, vol. VI, pág. 33.

595 O'Leary: *Doc.*, vol. XV, págs. 324-326, 445-447., 460. Blanco: *Doc.*, volumen VI, pág. 61.

596 P. M. Arcaya: *Bolívar y Páez*. Caracas, 1917.

Como la extensión territorial de la República variaba día a día y podía aumentar o disminuir por provincias enteras, el Estado requería los servicios de un ejército activo y eficaz. Bolívar había reagrupado sus unidades incluso durante la campaña.⁵⁹⁷ Había entregado a hombres de confianza el mando de varias divisiones e incrementado la disciplina interna mediante la introducción de la corte marcial.⁵⁹⁸ El abastecimiento del ejército se había facilitado mucho con la conquista del Orinoco. “Dominamos una vasta superficie en las márgenes del Orinoco, Apure, Meta y Arauca. Tenemos ganado vacuno y caballos.”⁵⁹⁹ Esta riqueza incalculable debía convertirse en dinero y mercancías. “La conquista del Orinoco —escribió Bolívar— abre una brecha en todas las provincias del continente.”⁶⁰⁰

Además de caballos, mulas y vacas, los ricos territorios misioneros producían café, frutas y cueros. Bolívar invitó a los comerciantes a que llevasen armas, municiones y uniformes al Orinoco; recibirían en trueque productos tropicales. Al leer las cartas de Bolívar de aquellos meses, no se puede disimular una sonrisa ante la preocupación por las vacas para el almirante o el jabón y la sal para determinada división. Pero su actitud muestra la característica más saliente de su personalidad histórica mundial. Sabía cómo crear algo de la nada. La organización económica y política de la época colonial había sido barrida, si es que había existido en estas regiones de selva impenetrable. En un país sin administración ni tradición, tenía que lograr un mínimo de orden y bienestar para asegurar la continuación de la guerra. Construyó hospitales y mandó buscar una imprenta a Inglaterra. Trataba de sacar el máximo de las provincias conquistadas en unas pocas semanas, pero no se convirtió en un azote para el pueblo, y en medio de los mayores esfuerzos prohibió que nadie tratase mal a los indígenas.⁶⁰¹ El tiempo de la guerra de exterminio había pasado. Bolívar concebía un nuevo Estado que estaba integrándose en Sudamérica; un Estado donde las razas conviviesen en paz una al lado de la otra. Pensaba en términos de igualdad y reconstrucción.

Se confiscaron todas las propiedades de los americanos que habían abandonado el país. Por supuesto, también se expropiaron las de los

597 Urdaneta: *Memorias*, pág. 124. Lecuan: “Creación del Estado”. *B. de H.* Caracas, vol. XXI, núm. 82, pág. 113^o Leary: *Doc.*, vol. XV, pág. 264..

598

599 *Cartas*: Vol. I, pág. 291.

600 *Cartas*: Vol. I, pág. 297

601 *Cartas*: Vol. I, pág. 302.

españoles. La razón de estas medidas es evidente. Los revolucionarios no podían permanecer ciegos a los intereses económicos, y después de años de sacrificios, era necesario asegurar su rehabilitación. Las propiedades confiscadas se dividieron entre los generales, oficiales y soldados, según sus méritos.⁶⁰² De este modo Bolívar mató dos pájaros de un tiro. Ligó el ejército de los codiciosos a la causa de la República y aligeró sus obligaciones financieras. Ahora, como siempre, resultaba a veces imposible pagar a los soldados. Bolívar era consecuente en su actividad hacia la vida y en su manera de vivir. Apenas pueden imaginarse las privaciones que sufrió junto a sus oficiales y soldados. Para todos era ley la palabra de Bolívar: “Desde el jefe del Estado hasta el último de los soldados, nadie tiene en Venezuela más que una habitación y una comida diaria.”⁶⁰³

Ahora era, de verdad, el jefe de Estado. “Un rey en su trono —escribió por ese entonces— no puede tener más inquietudes y problemas que yo, tanta es la confusión y la falta de organización en que nos encontramos. Todo está aún por hacer.”⁶⁰⁴ Para crear al Estado, Bolívar se limitó a hacer lo necesario a fin de lograr un mínimo de orden interno. Ocuparse de algo más le hubiera obligado a desviar su atención del objetivo principal —ganar la guerra— y habría recargado la forma final del Estado con incontables hipotecas. Caracas, la ciudad de sus amores, resultaba casi inalcanzable; de modo que Angostura, a la que hoy se llama Ciudad Bolívar, fue elegida como la capital. Así tomó forma la República nómada. Los problemas internos de los derechos de los Estados y de su soberanía eran más espinosos.

Cabe recordar los planes de Mariño y las objeciones que formuló Piar a la posición de poder de Bolívar. ambos hombres habían criticado la fusión de la autoridad política y militar. Bolívar estaba dispuesto a conceder las máximas libertades civiles si no corría peligro el gran objetivo de una América libre. Lo primero que hizo fue restablecer los juzgados independientes.⁶⁰⁵ Se dio una base legal al gobierno municipal. Se ofreció la protección de la ley al comercio y a la navegación fluvial.

Por el momento no podía pensarse en un parlamento, así como tampoco en una Asamblea Nacional, de modo que Bolívar recurrió al expediente del Consejo de Estado. Tendría el derecho de proponer leyes; sus juicios

602 O’Leary: *Doc.*, vol. XV, págs. 335-337, 437-438

603 *Cartas*. Vol. I. pág. 318.

604 *Cartas*. Vol. I. pág. 297.

605 O’Leary: *Doc.*, vol. XV, págs. 328, 332, y 464.

serían escuchados y tomados en cuenta, pero sus facultades serían sólo de asesoramiento y no de ejecución. Fue una medida intermedia entre un Consejo de Estado y un gabinete ministerial.⁶⁰⁶ Bolívar convocó a este cuerpo el 1º de noviembre de 1817 mediante un discurso en el que trazó un bosquejo del Estado en formación. Este Consejo de Estado asumiría toda la autoridad en el caso de su muerte, pero mientras viviese, Bolívar no abandonaría su posición de mando absoluto. En la primera oportunidad hizo comprender al Consejo de Estado que nadie, aparte de él, el “Libertador y jefe supremo”, tenía derecho a enjuiciar.⁶⁰⁷ Así se creó el nuevo Estado, que no fue en un principio, más que un Estado de emergencia. El poder legislativo apenas si constituía algo más que una pantalla; las cortes tenían una estructura indefinida, y el poder ejecutivo sobresalía por encima de todos. Bolívar escribió al mismo tiempo a Londres y a Buenos Aires para mostrar su Estado a los ojos del mundo. Lo que había anunciado a los venezolanos en mayo de 1816 se había convertido en realidad. La Tercera República había nacido en las márgenes del Orinoco. Luego de una brillante campaña, había arrebatado a los españoles una de las cuatro grandes arterias de Sudamérica. Tenía treinta y cuatro años, estaba en el cenit de su desarrollo intelectual y en la posesión plena de su energía varonil y humana. Sus reservas parecían inagotables e ilimitadas sus ansias de trabajar. Su poder no reconocía restricciones. Había superado la anarquía, y el caos quedó a sus espaldas. El año 1817, que implica un cambio decisivo en la vida del Libertador, se convirtió también en el punto crucial de la historia de la emancipación sudamericana. “En todas las guerras se registran acontecimientos que, sin ser demasiado efectivos, son sin embargo tan poderosos que traen aparejada una decisión.”⁶⁰⁸ Con estas palabras, Bolívar describió la importancia de la campaña de 1817. Desde este punto el camino continúa, no en línea recta o sin desviaciones, pero si elevándose constantemente hacia la completa liberación de su mundo. Y aquí sobreviene la gran censura en la historia de la vida de Simón Bolívar.

606 Blanco: *Doc.*, vol. VI, pág. 151.

607 *Proclamas*: Pág. 177. O’Leary: *Doc.*, vol. XV, pág. 507.

608 *Cartas*: Vol. I, pág. 297.

Tercera parte
HOMBRE DE GLORIA

XVIII

LA LEGIÓN EXTRANJERA

Incluso los grandes líderes de la historia son deudores de sus adversarios, pues sin los errores de éstos nunca habrían podido realizar sus hazañas. Por eso precisamente Bolívar debía sus oportunidades creadoras a los dislates de su enemigo, Morillo. Mientras Bolívar se iba convirtiendo en jefe indiscutido de la revolución, mientras despojaba de la Guayana a los españoles, liquidaba a sus rivales, fundaba la Tercera República y concebía el plan de reunirse con Páez en el Orinoco, Morillo desperdiciaba el tiempo. Consideraba a Páez y a sus huestes más peligrosos que a Bolívar, pero no podía aniquilarle y los combates a que le llevaba costaban a la causa española más de lo que le daban. Al fin comprendió que era preciso renunciar al ataque contra el enemigo extranjero, a menos de estar dispuesto a perder toda la parte oriental de Venezuela. Pero en vez de lanzarse ahora contra Bolívar, atacó la isla Margarita. Aun siendo esto un grave error, no estaba totalmente exento de justificación. Sin contacto con la madre patria, la posición de Morillo era insostenible. Sus reservas de víveres atravesaban el Atlántico y temía que los piratas revolucionarios pudieran interceptar su arteria principal desde Margarita. Un convoy español de veintidós barcos estaba en camino y Morillo confiaba en poderse unir a este nuevo cuerpo expedicionario. En tal caso, tendría barcos a su disposición y podría obtener una rápida victoria en Margarita. A mediados de julio de 1817 Morillo intentó una invasión. Se dice que lo que le impulsaba era un odio personal a Arismendi, jefe de los habitantes de la isla, y es cierto que ambos generales, cual verdaderos héroes homéricos, se despreciaban mutuamente. Asesino, traidor y bellaco son las invectivas más suaves que se gritaban uno a otro. Pero ni siquiera en una época de alborotadores las batallas se ganan con palabras. Esto era tanto más verdadero en aquellos días. El episodio de la isla fue para Morillo un amargo desengaño. Un ejército que no pasaba de cuatrocientos hombres venció a los españoles en cada palmo de la estéril y húmeda tierra.

Los republicanos se retiraron al interior, dejando en la costa pequeñas divisiones que convertían la vida de los españoles en un infierno. Morillo pagó con fuertes pérdidas sus anteriores triunfos. No le bastaban los tres mil soldados de su ejército. Pidió refuerzos a tierra firme, especialmente hombres de los trópicos, menos propensos que los europeos al paludismo,

el tifus y la fiebre amarilla. Su intento de apoderarse de la capital fracasó. Creyó que podía lograr que la isla pereciera de inanición, pero los nativos prosiguieron su lucha desde todos los rincones y escondrijos. En el pedregoso terreno, los cactus y las acacias formaban espesos setos, a través de los cuales únicamente los indígenas sabían abrirse paso. De esas emboscadas provenían las balas mortíferas. Al cabo de un mes Morillo hubo de confesar que estaba corriendo el riesgo de pagar demasiado cara la posesión de la isla, pues durante el tiempo que él había empleado en tan desastrosa aventura, Bolívar se había hecho dueño de Guayana. Las noticias de Caracas también eran malas. El gobernador no estaba tranquilo porque los patriotas habían reiniciado la marcha y pidió auxilio a Morillo.

Tal giro de los acontecimientos no acababa de disgustar a Morillo, ya que, sin menoscabo de su prestigio, le servía de pretexto para abandonar la campaña isleña, expedición que había llegado a convertirse en un callejón sin salida. Al cabo de un mes de infructuosos esfuerzos, ordenó la evacuación de la isla y a principios de septiembre llegó a Caracas. los únicos trofeos que llevó consigo fueron setecientos hombres enfermos. En el cuadro de conjunto de la revolución sudamericana la excursión de Morillo sobre Margarita se destaca como uno de los errores más caros del dominio español. En el momento más crítico, Morillo jugó una mala carta, precipitando así la caída del poderío español.

Es característico del temperamento español que el reconocimiento de la derrota llegue muy tarde o no llegue nunca. De vuelta al interior, Morillo pensó que podía dividir las fuerzas realistas de tal modo que le dieran la seguridad de poder destruir las cabezas de la hidra revolucionaria. Tardíamente se decidió a enviar al Orinoco un ejército bajo las órdenes del general La Torre, con objeto de observar los movimientos de Bolívar. El propio Morillo deseaba regresar al Apure, a fin de evitar que Páez lograse abrirse paso hasta el ejército de Bolívar.

Que Páez se abriera paso era precisamente lo que Bolívar planeaba, pero no habiendo éste terminado sus preparativos se proponía limitarse, durante las semanas siguientes, a una acción defensiva. En consecuencia, envió al encuentro de los españoles una división que le protegiera de cualquier ataque por sorpresa. Su comandante, Zaraza, tenía instrucciones estrictas de ceñirse a la defensa y la fuga. Tal orden, o fue mal comprendida o no se llevó a cabo por otras razones; es posible que Zaraza quisiera ganar sus propios laureles; es posible que las órdenes fueran tergiversadas. Baste decir que el 2 de diciembre se dirigió a una de las extensas tierras de

pastoreo llamada La Hogaza, donde se encontró con La Torre. Españoles y americanos eran igualmente fuertes, pero la táctica española mostró ser mejor. La caballería se vio cercada; la infantería indefensa, fue segada; oficiales, tropas, transportes, armas..., todo se perdió. Al terminar la batalla ardía el césped de las pampas; las municiones estallaron rematando a los heridos que yacían en el suelo. La derrota del 2 de diciembre frustró los planes de Bolívar. Pero uno de los rasgos distintivos de su genio era el de encontrar siempre el modo de hacer frente a cada nueva situación. Reunió sus dispersas tropas. Para contrarrestar la pérdida declaró el estado de sitio y llamó bajo banderas a todo individuo que se hallara entre los catorce y los sesenta años, juntó caballos y ganados e hizo reparar el armamento. En aquellos días, Angostura parecía una fábrica más que una ciudad. Al cabo de tres semanas, el equipo estaba remendado, para bien o para mal, y Don Quijote pudo lanzarse a nuevas aventuras. Bolívar anunció su plan de campaña para 1818.

La victoria española cerca de La Hogaza era —decía Bolívar— resultado de los azares del destino; pudo haber añadido que también fue resultado de la desobediencia y la falta de disciplina. Para evitar que Páez sufriera igual suerte, Bolívar le ordenó diferir toda acción decisiva, mantenerse alerta y no dejarse sorprender.

Cambió asimismo el plan de movimientos del ejército. En vez de decir a Páez que viniese al Orinoco, Bolívar decidió ir a su encuentro. A principios de enero, Bolívar inició su marcha de casi quinientos kilómetros. Hubo de cruzar dos veces el Orinoco, así como el Caura y el Arauca, con sus atronadores cascadas. En los vastos campos de los llanos pudo reunir algunas tropas diseminadas, de modo que cuando el 30 de enero de 1818 se reunió con Páez, tenía alrededor de tres mil hombres, que distaban mucho de ser tropas bien pertrechadas. La caballería no contaba con más armas que sus lanzas; algunos soldados de infantería poseían armas de fuego; el resto, arcos y flechas. Con los llaneros de Páez, el ejército de la Tercera República constaba aproximadamente de cuatro mil hombres.

Los llanos del Orinoco habían sido incorporados al Estado. Ahora había que salvar las zonas del Apure de cualquier nueva acción de guerra. Este enorme río, junto con el Orinoco formaba lo que habría de servir a Bolívar como línea de defensa en la retaguardia. En la confluencia del Apure y el Apurito existe un lugar denominado San Fernando, los españoles lo habían fortificado e instalado en él una guarnición. Bolívar pretendía cruzar la corriente cerca de este fuerte. Eran las diez de la

mañana del 5 de febrero. Pese a las explícitas instrucciones de Bolívar, la pequeña flota de falúas que le había acompañado en su marcha no se encontraba por ninguna parte. El Libertador se impacientaba porque ni cerca ni lejos veían una sola embarcación en que las tropas pudiesen cruzar el río. Consultó a Páez. Este dijo: «Allí están nuestros barcos.» A la otra orilla se vislumbraba una cañonera con pabellón español y una cuantas corbetas ocupadas por españoles. Páez ordenó a cincuenta de sus mejores jinetes que fueran contra ellos. Lanza en mano y agarrándose a las crines de sus caballos, aquellos centauros atravesaron el alborotado río, desbandaron a la guarnición española y se apoderaron de los barcos. Bolívar cruzó el Apure y se corrió hacia San Fernando, cuyo asedio inició. Como el río estaba en sus manos, sabía que el fuerte carecía de todo abastecimiento, por lo cual dejó allí una pequeña parte del su ejército —la suficiente para hacer que los españoles muriesen de hambre— y luego regresó al Norte. Su destino era Calabozo, capital de los llanos que proveía a Caracas.

«La ley de la guerra —decía Foch— es lo inesperado.» En la guerra tropical del siglo XIX la sorpresa jugó un gran papel. Las enormes distancias, la falta de carreteras, lo diseminado de la población y, por último, la ausencia de toda relación organizada entre los mandos militares, imposibilitaba, tanto a los españoles como a los republicanos, seguir los movimientos de los ejércitos enemigos. Morillo, a raíz de la operación de La Hogaza, había dicho: «Un Bolívar victorioso toma un camino que puede tener justificación, pero el Bolívar derrotado es más activo y terrible. No hay nadie capaz de predecir donde va a hacer explosión.» Estaba, pues, preparado para nuevos encuentros. Pero suponía que Bolívar se hallaba aun en Angostura. Hasta el siete de febrero no se enteró de la inaudita salida hacia Apure. A juicio de los españoles, esa marcha de unos 865 kilómetros constituye una de las proezas brillantes del Libertador.

Morillo supo la marcha sobre Calabozo y se lanzó en socorro de la ciudad. No lejos de ésta le atacó Bolívar. La victoria de los republicanos fue completa. Morillo no salvó del desastre sino una parte de su infantería. Con este resto de sus fuerzas se retiró a Calabozo. Al día siguiente, Bolívar ofreció terminar la guerra de exterminio. Para reforzar sus palabras propuso un canje de prisioneros. Morillo no se dignó siquiera contestar. Pese a esta afrenta, el Libertador decidió respetar en adelante las leyes de humanidad y prohibió que se matase a los prisioneros.

Si recientemente Bolívar había sorprendido a Morillo, éste le pago en la misma moneda. Empezó un minucioso reconocimiento y comprobó

que la caballería americana sólo cumplía sus deberes superficialmente, por lo cual se atrevió a escapar de Calabozo protegido por las sombras de la noche. Incluso sin caballos, consiguió burlar a la caballería de Bolívar. La responsabilidad de la fuga de Morillo recayó sobre uno de los segundos en el mando. La victoria del 12 de febrero convirtiéndose, pues, en un empate. La negligencia y la falta de disciplina entre los oficiales republicanos se hacía más patente cada día.

Bolívar comenzó a perseguir al enemigo. Se produjo una serie de encuentros, pero Morillo lograba escapar siempre. Más, como el zorro que logra desprenderse de la trampa, no escapaba indemne de sus perseguidores; casi todas las veces dejaba un puñado de prisioneros. No obstante, el general, con la mayoría de su ejército, llegó por fin a Valencia, donde pudo reforzar sus extenuadas tropas.

Un cálculo relativo a los primeros meses de 1818 deja un saldo favorable a Bolívar. No había podido lograr por la fuerza ninguna decisión, pero Morillo se vio obligado a cederle gran parte del interior de Caracas. Bolívar se creyó nuevamente dueño de Venezuela; por lo menos pretendía que los demás lo creyeran. Otra vez atronaron el aire los trompetazos de sus proclamas. Habló a la gente de los llanos, a los americanos que habían servido a la causa de España, a los colonos y campesinos que acababan de ser liberados. Prometió perdón a los culpables; declaró emancipados a todos los esclavos y les ofreció su indemnidad. Sin embargo, la ofensiva de Bolívar no había de ir más allá del punto alcanzado a fines de febrero. Pensando estratégicamente, hizo alto en una especie de tierra de nadie. Morillo había buscado refugio en las lomas de las cordilleras donde la caballería de Bolívar había fracasado. La infantería de éste se hallaba también agotada por las largas marchas de cientos de kilómetros. Ante el Libertador se abrían dos caminos: volver a Calabozo y fijar allí sus cuarteles de invierno o de seguir adelante hasta un punto desde el cual tuviera alguna probabilidad de continuar hasta Valencia o Caracas. De las dos soluciones, la segunda coincidía más con su carácter. Era positiva, ofrecía decisiones. Pero Bolívar quedó indeciso ante las objeciones hechas por sus oficiales, especialmente las de Páez. Los bravos pastores del Apure le siguieron, a desgana, hacia regiones que les eran extrañas. Les molestaba la rígida disciplina y el servicio estricto a que Bolívar les sometía. Se consideraban más sus aliados que parte de su ejército. La independencia nacional no significaba para ellos gran cosa, pero la libertad personal lo significaba todo. Páez conocía a su gente. Para evitar que sus hombres se desbandaran propuso retirarse

al Apure. Deseaba, según decía, acudir en auxilio del sitio de San Fernando. Ese plan parecía insensato, ya que el ejército que se hallaban frente a San Fernando era lo suficientemente poderoso para mantener el asedio. Pero Páez era despótico y estaba acostumbrado a salirse con la suya. Aun antes de esto, él y Bolívar habían tenido algunas disputas violentas, por ser diametralmente opuesto su concepto de la guerra. Páez quería ir desgastando a los españoles con permanentes golpes; Bolívar quería aniquilarlos, Páez era un nómada; Bolívar, un luchador. Pero el Libertador no podía hacer nada sin el apoyo de Páez y no tenía facultades para someter a este hombre a sus designios ni a la autoridad del Estado. La posición de Bolívar era semejante a la de un príncipe medieval que dependiera de la aprobación de sus vasallos. Sacrificó, pues, sus dotes militares y se vio atado a un compromiso con Páez, juntos condujeron otra vez el ejército a Calabozo. Allí Páez y sus hombres dejaron a Bolívar y se precipitaron al asedio de San Fernando. Pronto tuvo Bolívar la dudosa satisfacción de ver justificado su pesimismo. Aquél no era un ejército que pudiera ser retirado a cuarteles de invierno en la seguridad de que la disciplina sería mantenida. Durante las marchas y las batallas, los oficiales podían ejercer en cierta medida el dominio sobre sus bisoñas tropas, pero en una ciudad como Calabozo éstas se esparcieron como polvo en el aire. «Con profunda pena —escribía Bolívar a Páez— veo confirmados mis más negros temores... El ejército está casi desbandado.» ¿Y quién podía reprochar a aquellos pobres diablos su escaso apego a un servicio que les obligaba a ir semidesnudos, que apenas les daba de comer y que no les pagaba? La culpa era de Páez.

Ahora bien, Bolívar no podía soportar mucho tiempo la inactividad. Reunió a su consejo de guerra y la mayoría de los oficiales coincidió en que era preciso ir en busca del adversario. A tal efecto, los republicanos habían de pasar entre dos divisiones enemigas, cuyos centros se hallaban en Caracas y Valencia. En eso estribaba el mayor riesgo de una nueva empresa. Bolívar se proponía derrotar primero a una de ellas y luego a la otra. Pero los españoles no le dieron tiempo a elegir. Se encontró de repente entre dos fuegos.

El encuentro ocurrió el 25 de marzo, en una pequeña ciudad llamada El Semen. La lucha fue larga y dura; el resultado era incierto, Bolívar, con su estado mayor, cabalgaba de una línea a otra animando a sus hombres. Por fin, el curso de la batalla dio un vuelco al lanzar Morillo nuevas reservas a la lucha en el último instante. Bolívar perdió la batalla de El Semen. En su fuga por el paso de La Puerta murió aproximadamente un millar de

hombres. Se perdió toda la infantería y hasta la última pieza de material de guerra de Bolívar, cayendo todos los papeles de éste en manos del adversario. Cuatro de sus oficiales de la más alta graduación resultaron heridos. Las pérdidas españolas fueron también considerables. Morillo recibió en el abdomen tal herida de lanza que se vio obligado a dejar el mando. Imposible seguir la persecución. Bolívar debió su salvación a esas circunstancias. Pero la batalla de El Semen excluyó toda esperanza de victoria para la campaña de 1818.

Nuevamente el lugar de la derrota de Bolívar era el territorio próximo a La Puerta, que le fuera fatal en 1814. El rey ascendió a Morillo y le otorgó el título de marqués de La Puerta. Los españoles pensaban que la carrera de Bolívar estaba terminada, que jamás se repondría de semejante golpe. Pero la lucha prosiguió. Para asombro de los españoles, nada podía aniquilar la confianza en sí mismo ni la tenacidad de este hombre. Sostuvo la lid durante mes y medio. Reclutaba tropas, sacaba de los hospitales a los convalecientes; pedía armas a Angostura; trataba de atraer al enemigo desde los cerros a los llanos; lanzaba ataques esporádicos. Ciego a todo peligro y sin dársele un ardite de su propia suerte, se arrojó contra el enemigo como un tigre y como tigres actuaron los españoles para atraparlo. El 26 de abril, Bolívar plantó su campamento en una pradera llamada El Rincón de los Toros. Los españoles lo seguían de cerca y tuvieron la fortuna de hacer prisionero a un traidor que reveló el santo y seña de los republicanos para la noche siguiente.

El capitán Renovales, con un grupo de cuarenta hombres, se dirigió al campo patriota con la única intención de matar a Bolívar. Encontraron a Santander, le dieron el santo y seña y, suponiendo que se trataba de una patrulla republicana, éste los dejó pasar la línea. Cuando pidieron ver a Bolívar, Santander les indicó su tienda de campaña. No se sabe a ciencia cierta lo que ocurrió a partir de aquel momento. Quizá Bolívar tuviera un presentimiento del peligro y se arrojase al suelo; quizá se hubiera levantado ya de la cama. Fuera lo que fuese, las balas de los asesinos erraron el tiro y Bolívar pudo escapar. Según sus propias palabras, fue la noche la que le salvó. La subsiguiente confusión fue terrible. Bolívar se había despojado del uniforme y del morrión para que los españoles no le reconocieran y sus hombres le creyeron muerto. Los soldados de caballería pasaban a su lado a todo correr. Les pidió que le llevaran con ellos, pero, no habiendo reconocido en él, a su jefe, se negaron. Entre tanto, los españoles creían que la estratagema de Renovales había tenido éxito y entraron como una tromba en el campamento. Bolívar encontró

al fin un caballo y pudo salvarse, pero la mayoría de sus oficiales fue capturada y barrida toda su infantería. El Libertador, solamente con un puñado de hombres, huyó a Calabozo.

Los españoles estaban convencidos de que los hados le protegían. Morillo pudo decir, como Nelson, «es el hijo del diablo tiene la suerte del diablo». Más la resistencia física de Bolívar tocaba a su fin. Su ejército estaba vencido. El, por su parte, agotado. A los pocos días del ataque en El Rincón de los Toros fue traído con una fiebre ocasionada, al parecer, por su estado general de desnutrición. En mayo de 1818 buscó refugio en San Fernando. Condenado a un mes de inactividad, se enteró con gran disgusto de que la situación de los demás ejércitos de la República no era mucho mejor. En el Este no se había realizado nada y Páez, tras sangrienta campaña, le habían hecho retroceder a los llanos del Apure. La campaña de 1818 estaba terminada.

Bolívar hubo de confesar que nuevamente había fracasado. Lo único que ahora podía hacer era mantener una posición defensiva y continuar la guerra de guerrillas. Navegando por el Apure y el Orinoco llegó a Angostura, donde permaneció de junio a diciembre. Al parecer se hallaba entregado a labores administrativas; pero en realidad estaba dedicado a la ardua tarea de preparar un nuevo ataque. ¿Qué errores había cometido? ¿Cómo rechazaron su ofensiva los españoles? La República se encontraba exactamente donde estaba a principios de año y los españoles retenían aún su poder en todas las ciudades importantes. No había quien pudiera sacar a los republicanos de los llanos, más Bolívar se veía obligado a confesar que nunca llegaría a Caracas desde el Orinoco. Su ejército era impotente para luchar con éxito en los cerros que formaban la entrada a la ciudad. Le era preciso revisar sus conceptos estratégicos. Tenía que haber algún medio para expulsar de allí los españoles. Si un ataque de frente era imposible, tendría que acometer al enemigo por el flanco.

Bolívar había aprendido otra lección. Su ejército no era igual a los maduros regimientos españoles de Valencia, Burgos y Asturias. No era tanto un problema de equipo como de técnica y de táctica de combate. «Los éxitos que logra el enemigo —escribía Bolívar— y las ventajas de su caballería sobre la nuestra se deben a su táctica.» Los españoles atacaban en escuadrones cerrados y del mismo modo podían aguantar firmes el contraataque. Pero no era sólo la caballería republicana lo inferior; lo era también su infantería. Los infantes de Bolívar eran muchachos de catorce a veinte años, que apenas sabían manejar las armas de fuego. Por otra parte, los españoles luchaban, según la expresión de Páez, culo contra

culo, sin preocuparse de los muertos ni de los heridos, con la sangre fría de las tropas experimentadas.

Bolívar necesitaba el modo de equilibrar esta falta de fuerza en su lado. Llevar sus tropas al nivel de los soldados europeos, como Miranda quiso hacer en cierta ocasión, hubiera significado años de adiestramiento. Bolívar discurrió otra fórmula. Importó soldados ya instruidos. Con este hecho se inició la participación de Europa en la liberación de Sudamérica. La situación era comparable al papel que Francia representó en la revolución norteamericana. Pero a estos soldados no los congregaban ningún Lafayette; venían porque Bolívar los llamaba.

La idea de consentir que Europa, especialmente Gran Bretaña, cooperase activamente en la creación de un mundo libre, ya se la había ocurrido a Bolívar en 1810. A raíz de los trágicos acontecimientos de Ocumare, prosiguió aquella política activamente. Los oficiales europeos de su estado mayor propusieron la creación de una Legión Extranjera y Bolívar se decidió a hacerlo así. Ordenó a su viejo amigo López Méndez —quien desde 1810 venía siendo en Londres el agente de la República de Venezuela— que buscase armas, dinero y hombres para poner a flote la varada nave del Estado.

Este llamamiento a Gran Bretaña para que participase en la lucha de América por la libertad cayó en una atmósfera de depresión económica, después de veinte años de guerra. Innumerables personas se hallaban sin ocupación. Sólo de Irlanda emigraban por millares al no poder ganarse el pan en su país. El ejército británico se iba reduciendo gradualmente a su efectivos de tiempos de paz. Alrededor de treinta mil hombres habían sido licenciados y no encontraron lugar en el ya decadente sistema económico. Aquel era un depósito con el cual podía Bolívar rellenar sus exhaustos batallones. La prensa británica apoyó su petición de voluntarios. La Embajada de Grafton Street vióse pronto inundada de solicitantes: oficiales con media paga, aventureros, buscadores de oro, intrigantes, románticos y revolucionarios.

Bolívar les ofreció las siguientes condiciones: se ascendería automáticamente a todos los oficiales en el momento de ingresar en el ejército americano; el sueldo sería el mismo que en el ejército británico; al desembarcar en Sudamérica se les reembolsaría el costo del viaje; se indemnizaría a los heridos en batalla. Hubo quien intentó organizar inmediatamente el negocio en gran escala. Los coroneles Hipplesley, Campbell, Wilson, English, Skenne, Elson y los hannoverianos Streowitz y Uslar, formaron regimientos y brigadas. Daban gran importancia a los

uniformes. Vestían la casaca de los húsares, roja con solapas azules y verde con solapas escarlata. Algunos lucían el uniforme de la artillería real. Cada uno de los coroneles trataba de eclipsar a los demás. Se encargaron equipos de gala y de campaña, más adecuados para la guardia de Buckingham Palace que para mercenarios en las selvas del Orinoco.

Los comerciantes británicos habían acaparado grandes cantidades de armas, uniformes, pertrechos de todas clases, a los cuales no habían podido dar salida en ningún puerto europeo y veían gustosos esta oportunidad que se les presentaba de venderlos en Sudamérica. Por supuesto, López Méndez no estaba en situación de ofrecer numerario y daba simplemente pagarés. En ocasiones, cuando éstos vencían, veíase obligado a cambiar su hogar por una celda en la prisión, por deudas. Pero esto no le preocupaba; la expedición estaba en marcha.

El encuentro de los europeos con el mundo tropical resultó a la vez violento y doloroso. El primer efecto fue, por ambas partes, el de desencanto. Los legionarios habían soñado con una tierra flotando en leche y miel, donde las calles estaban empedradas de oro y esmeraldas. En su lugar encontraron una ciudad con cuarteles de adobes y casas techadas con ripias. Inmediatamente estaba detrás la selva. El paludismo, la viruela y la fiebre amarilla hacían estragos. Los legionarios se negaron a jurar fidelidad a la República si no recibían la paga que esperaban. Se encontraron frente a frente con extraños cuyo idioma no entendían y que, a su vez, no entendían el suyo. Se quejaban del mal trato y de las penalidades, inevitables en el trópico. El alimento era escaso e indigerible para estómagos europeos. No había sino maíz, plátanos y vaca... ¡pero qué vaca! En pan no había ni que pensar y con harta frecuencia faltaba la sal. Los muertos aumentaban de modo alarmante sin que nadie pareciese preocuparse por ello. En los trópicos la vida humana significaba muy poco y al cabo de ocho años de guerra mortífera ningún republicano derramaba una lágrima por la pérdida de un extranjero.

Los elegantes uniformes se hicieron materialmente pedazos. Hasta los oficiales hubieron de ir pronto descalzos o en alpargatas. El capitán Thompson, que había conseguido salvar un par de botas, se avergonzó de estar mejor equipado que sus camaradas y las arrojó al Orinoco. El coronel Rooke se presentó en una comida que daba Bolívar, embutido en un frac sin cuello ni camisa. Bolívar ordenó a uno de sus sirvientes que le trajera una suya; pero no tenía más que la puesta y otra que estaba a lavar.

Como los británicos seguían sin cobrar, se vieron forzados a vender su equipo. Páez sostuvo con Bolívar una larga correspondencia respecto

a la compra de uniformes. Vistió a su guardia con casacas inglesas que hacían extraño contraste con los harapientos llaneros. Bolívar se compró una capa y un morrión de plumas. El general Manrique poseía tantos uniformes que podía presentarse con uno distinto cada día. Lo que más amargaba a los británicos era que por el hecho de no cobrar se les supusiera dedicados al pillaje. Todo esto les ofendía profundamente.

Los republicanos también tenían sus quejas. El orgullo, la falta de buena voluntad y el alcoholismo de los legionarios sobrepasaban sus mayores recelos. Los soldados extranjeros bebían hasta caer inconscientes por las calles y la ciudad ofrecía el aspecto de un campo de batalla. Las dificultades brotaron desde el instante mismo en que se trató de inducir a los británicos a que se enrolaran en el ejército. Bolívar hacían cuanto podía, pero podía muy poco frente a la arrogancia y las intrigas de estos nuevos oficiales. Dos de ellos, los coroneles Hipplesley y Wilson, se hicieron famosos, uno por su vanidad y el otro por su traición. Hipplesley le había sido asignado a Páez y exigió para sí el grado de brigadier general.

Habiéndosele negado, regresó a Angostura y pidió que le relevase. Bolívar prometió cumplir todos sus compromisos, pero no se dejó intimidar por la amenaza de un informe al Gobierno británico. «Si los actos del Gobierno de Venezuela no cuentan en Inglaterra, otro tanto ocurre con los del gobierno británico en Venezuela.» Hipplesley regresó a su país y se dedicó a la tarea de calumniar a Bolívar. El caso de Wilson fue más grave. También él había sido destinado a Páez y llegó a San Fernando en mayo de 1818. No tardó en enterarse allí de la rivalidad latente entre Bolívar y los llaneros. Asumió el cargo de comandante de las tropas británicas, reunió a un grupo de oficiales ebrios y declaró, entre generales aclamaciones a Páez, que no querían continuar sirviendo bajo las órdenes de Bolívar. Los borrachos, entonces, robaron todas las provisiones. Al día siguiente Wilson organizó un desfile, después del cual proclamó solemnemente a Páez jefe del ejército. Al principio, Páez se sintió halagado, pero, pensándolo mejor, cambió de actitud. Hizo que Wilson fuese a reunirse con Bolívar, que se encontraba en Angostura, llevando una Memoria de lo ocurrido. Bolívar no ignoraba lo que había de hacer. La culpabilidad de Wilson era indiscutible y fue encarcelado en Guayana consiguió, no obstante fugarse y regresó a Inglaterra. Mucho después se enteró Bolívar que Wilson había sido un agente provocador enviado por el Gobierno español para causar disturbios. Tal esfuerzo para crear confusión no era demasiado necesario. Disturbios habían

ya bastantes y para arreglarlos se precisaban grandes acontecimientos. Bolívar resolvió tratar con Páez más adelante y, pese a estos episodios proseguir el experimento de la Legión Extranjera. No estaba conforme con Urdaneta, quien afirmaba preferir diez batallas a un paseo militar con los legionarios británicos. Por el contrario, Bolívar apremiaba a López Méndez para que reunieran en Londres más dinero y enviara más hombres y más municiones. Poco después llegó un regimiento irlandés al mando del general D'Evereux, compuesto también, en su mayor parte, de revolucionarios, aventureros y hombres sin trabajo. pero de todos los europeos que llegaron respondiendo a los llamamientos de Bolívar, los mejores parece que fueron los alemanes. Eran éstos hannoverianos que habían peleado a las órdenes de Wellington. También se unieron a Bolívar españoles que detestaban el despotismo de su rey, los cuales fueron doblemente bien recibidos, porque hablaban el mismo idioma y porque justificaban ante el mundo el levantamiento de Suramérica. Igualmente se presentaron oficiales franceses, italianos y polacos, pero el grueso de la Legión siguió siendo inglés. Desde el principio comprendió Bolívar que las dificultades sólo serían transitorias. Eran las manifestaciones típicas de toda emigración europea en los trópicos: el sarampión del proceso de asimilación. Los incompetentes, los malos, los ambiciosos y los insaciables fueron descartados, así como los flojos y los indisciplinados, que no podían o no querían aclimatarse a las exigencias de una vida nueva. Sin embargo, pasado el período de desasosiego, quejas y acusaciones, comenzó una segunda fase: la adaptación de la Legión Extranjera a las vicisitudes de la guerra en los trópicos y su preparación para el acoplamiento definitivo.

No todos los oficiales eran como Hipplesley o Wilson. Bolívar encontró entre ellos excelentes colaboradores, tales como el coronel Rooke; O'Leary, que llegó a ser uno de sus más íntimos confidentes; Perú de la Croix, a quien más que a nadie abría su corazón; y, por supuesto, Fergusson, que, en efecto, dio su vida por Bolívar.

Los legionarios se hallaban agrupados por regimientos. Bolívar dio a los primeros húsares el siguiente lema: «Siempre leales a la más alta autoridad». Junto con los batallones puramente ingleses, alemanes e irlandeses, Bolívar empezó ahora a formar cuerpos de ejército mixtos. En estas unidades mixtas, el soldado europeo experimentado adiestraba a sus inexpertos hermanos de armas americanos, y, a su vez, el blanco aprendía a soportar los inconvenientes que para los indios y mulatos eran la cosa más natural. De tales unidades Bolívar extraía cuerpos entrenados en la

táctica, lo cual le permitía resistir la superioridad técnica de los españoles. Dio instrucciones a sus generales para que reforzaran especialmente a los regimientos, «de manera que los criollos se mezclaran con los británicos y recibieran la misma instrucción y la caballería aprendiera a maniobrar conforme a las reglas de la táctica. A todos se les dotaría de uniformes británicos.»

El ejército con el cual Bolívar iba a librar las batallas de Boyacá y Junín crecía poco a poco. El resultado de la guerra lo había de determinar no tanto el número de legionarios como su aptitud militar. Sin embargo, frente a la reducida cantidad de tropas repartida por el continente para luchar por la libertad de América, los número también representaban un papel importante. Los cuatro mil europeos que habían venido a luchar junto a Bolívar resultaron un elemento vital en el crisol del futuro americano. Bolívar lo sabía perfectamente. En cierta ocasión expresó que el verdadero Libertador de Sudamérica no era él, sino López Méndez, que era el que habían enviado a la Legión Británica. Otro tanto cabe decir de la importancia inmediata de la Legión en el cuadro militar. Para Bolívar tenía un significado más intrínseco. En un momento dado, cuando nadie podía pensar aún en el reconocimiento internacional de los Estados libres de Sudamérica, la participación de los voluntarios europeos dio a esos Estados un sentido histórico. El prestigio que la Legión Británica aportó al mundo de Bolívar fue semejante al aportado por Lafayette al mundo de Washington.

Pronto siguieron a los soldados anónimos los nombres de las grandes familias. Un Ypsilanti se incorporó al ejército de Bolívar; un Sobieski, sobrino de Kosciuzko, el héroe polaco de la libertad, pidió que le nombrara ayudante suyo; Daniel O'Connell le envió a su hijo. Wellington hablaba del Libertador como de un gran general. Bolívar no sólo gustó los primeros rayos de la fama, sino que comprendió el significado de esos signos. Rogó a uno de sus amigos británicos que asumiera el papel de jefe de propaganda y alimentase a la opinión pública de la Gran Bretaña con noticias relativas a Venezuela. Mientras se encontraba en Angostura preparando su campaña para el año siguiente, se preocupó de pintar ante el mundo los verdaderos motivos que animaban la revolución sudamericana. Entre las muchas cosas llegadas al Orinoco en los transportes de la Legión Extranjera, se hallaba una prensa de imprenta. Con ella imprimió Bolívar el primer periódico de la Tercera República, el *Correo del Orinoco*. Simultáneamente aparecía en Caracas un periódico contrarrevolucionario, **La Gaceta de Caracas**. su director, J. D. Díaz,

era el embustero y chismoso oficial de Su Católica Majestad. Con documentos auténticos o inventados, con calumnias, odios y fanatismos, este periódico hacía la corte a los pueblos del Caribe. El propósito de Bolívar era combatir la influencia de Díaz. Así, el *Correo del Orinoco* se convirtió en una hoja de combate y propaganda. En una país que aún no tenía la mala costumbre de leer, un periódico diario no tenía ni público ni cuerpo de redactores. Y aunque hubiese dispuesto de ambas cosas, habrían seguido faltando el dinero y el papel. Bolívar se limitó, pues, a una publicación semanal que aparecía todos los sábados y que hacía también la veces de un boletín oficial del Gobierno. Era curioso, al decir de Bolívar, que en las vastas soledades del Orinoco pudiese aparecer el periódico de un pueblo libre. Zea, de Nueva Granada, fue el editor. Era amigo de Nariño y había trabajado con Mutis en su expedición botánica. Más tarde fue director del jardín Botánico de Madrid, luego diputado en Bayona y, por último campeón de la libertad de su país y su hemisferio. Hacía ahora dos años que venía corriendo la suerte de Bolívar. Las mejores páginas del periódico no eran, sin embargo, las escritas por Zea, sino las proclamas y discursos del propio Libertador que en aquél se publicaban.

En el otoño de 1818 la fe de Bolívar en la victoria era más firme que nunca. Podría habersele calificado de visionario, ya que la realidad parecía empeñada en contradecirle. Los españoles triunfaban en todos los frentes. Bolívar era derrotado y su segundo al mando no abandonaba nunca sus intentos de conspirar contra él. Pero el origen de su confianza no estaba en los locos sueños del fanático, sino en la visión del profeta. Podían los españoles triunfar temporalmente. Pero Bolívar estaba convencido de que marchaban hacia la muerte. El tiempo trabajaba contra ellos. El lazo con la Santa Alianza no había beneficiado a Fernando VII. El despotismo del rey español iba haciéndose intolerable a la nación.

La opinión británica favorecía ahora a Sudamérica. Más importante aún era el cambio en la propia América. Por primera vez el presidente Monroe había mencionado el movimiento de independencia sudamericana en su mensaje del 12 de febrero de 1817. Monroe no lo consideraba una revolución ni un levantamiento ordinario, sino una guerra civil entre dos facciones que tenían iguales derechos.

Al propio tiempo, en el sur del continente habíanse producido sucesos de la mayor trascendencia. Las provincias del Plata habían sido las primeras en conquistar su independencia. El comandante en jefe del ejército argentino, general San Martín, había iniciado la empresa

de expulsar a los españoles de Chile y Perú. Durante dos años trabajó silenciosamente en la creación de un nuevo ejército. Luego, en una de las campañas más audaces de la historia, había cruzado los Andes y liberado a Chile. En 1818, Bolívar recibió del jefe del Gobierno argentino, Pueyrredón, el primer anuncio de la solidaridad americana. Bolívar reiteró el propósito de Venezuela de jugárselo todo a la carta de la libertad. «Nuestros sacrificios —escribía— son nuestros triunfos.»

Y llegó aún más lejos. Previó la creación de una unión de estados americanos que permitiera al Nuevo Mundo ocupar su sitio junto al Viejo, grande y poderoso. «La madre patria de todos los americanos debe ser una.» Esto explica que el mero rumor de la intervención europea en pro de un arreglo pacífico le enfureciese. Venezuela no entraría jamás en negociaciones con España si antes no se le reconocía su independencia completa. Sólo trataría con España de igual a igual.

Bolívar tenía motivos para justificar tal actitud. En el horizonte americano alboreaba una nueva esperanza. Bolívar recibía informes que le persuadían de que el futuro de Venezuela y el de Nueva Granada iban a decidirse simultáneamente y pronto. Morillo se vio obligado a retirar parte de sus tropas de Nueva Granada para defenderse contra Bolívar y no pudo impedir que al pie de los Andes se encendiese otra hoguera de levantamientos patrióticos. Bandas de guerrilleros penetraban ya en Colombia.

En agosto de 1818 Bolívar recibió informes más detallados sobre el estado de los asuntos y decidió organizar una expedición para liberar al país hermano. Aún no tenía proyectado forzar el término de la guerra en Nueva Granada. Quería simplemente atraer al enemigo desde Venezuela, interceptando las ricas provisiones que desde Nueva Granada llegaban.

Después de ciertas vacilaciones, nombró al coronel Santander comandante en este nuevo teatro de la guerra, le asignó un Estado Mayor y le pertrechó todo lo completamente que le permitían las limitaciones de su propia bolsa. Luego incitó a las gentes a la rebelión. Les recordó los tiempos gloriosos de sus batallas comunes. Así como en 1813 se habían lanzado a liberar a Venezuela, él, Bolívar, venía hoy a devolverles su independencia. «Antes de un año, los altares de la libertad tendrán un nuevo solar en Colombia. ¡Colombianos, el Día de América Amanece!»

XIX

EL CONGRESO DE ANGOSTURA

El día de América amanecía. Pero sólo el observador situado en lo alto de una almena podía distinguir cómo empezaba a clarear el cielo. El año 1818 había sido un fracaso, para usar las palabras del mismo Bolívar: una mezcla de victorias y derrotas, como en la espantosa campaña de 1814. Entonces Bolívar se había visto obligado a abandonar su país. En esta oportunidad se atrincheró en Angostura, a la espera de la reorganización del ejército. La fusión de europeos y americanos, la reorientación de los oficiales y la obtención de un nuevo equipo, todo esto requería tiempo, por lo menos un año.

Por otra parte, la guerra tenía que mantenerse encendida: primero, porque las tropas de Bolívar comenzaban a desertar en cuanto se las acuartelaba en ciudades y pueblos; segundo, porque cada respiro proporcionaba también al enemigo la oportunidad de recobrar alientos, y tercero, porque el mundo debía convencerse de que la independencia de Sudamérica estaba en marcha. Las operaciones de los meses subsiguientes fueron necesariamente de ensayo y poco concluyentes. Agitaron la superficie de las aguas, pero no llevaron a los acontecimientos por nuevos canales.

Ahora Bolívar aprobó la táctica de guerrillas de Páez. Era el tipo de lucha apropiado para el período de transición en el que Bolívar no podía permitirse el riesgo de perder nada. En el Este, como en el Oeste, tuvo que limitarse a hostigar al enemigo. La estrategia de aniquilamiento dejó lugar a la de agotamiento. Para que Morillo, que había permanecido en el Oeste, no se le adelantase, Bolívar concibió un nuevo plan. Quería volver a encontrarse con Páez en el Apure y anticiparse a los proyectos de Morillo.

Consiguientemente y por segunda vez en el curso de seis meses, emprendió el largo viaje desde el Orinoco hasta el Apure. El 21 de diciembre de 1818 todo un convoy de botes fluviales partió de Angostura, y el 16 de enero de 1819 Bolívar se reunió con Páez. Los llaneros lo vitorearon a guisa de saludo. Era la primera vez que ambos hombres se veían desde antes de la rebelión del coronel Wilson. Bolívar sabía que la llama de la revuelta ardía todavía en las filas del ejército y estaba resuelto a extinguirla. Explicó a Páez que cualquier resistencia a su persona implicaba un daño a la República, y que sacrificaría todo y a cualquiera

con tal de mantener su autoridad. Resultaba obvio que esta indirecta estaba dirigida a Páez. Sin embargo, éste se mostró de acuerdo con su punto de vista y le aseguró que él, Páez, no abrigaba ningún propósito de rebelión. Bolívar quedó satisfecho. Nombró a Páez general de división y dejó bajo su mando a toda la caballería.

No se reveló al ejército el tema de las conversaciones entre Bolívar y Páez. Al pasar revista a los llaneros, Bolívar les dijo: «Vuestras lanzas y vuestros desiertos os liberan de los tiranos. ¿Quién puede atalayar el infinito? Preparaos para la lucha... El valiente general Páez os conducirá a la victoria.» Mientras estaba todavía ocupado en la reorganización del ejército, recibió cartas que le anunciaban el arribo de tropas británicas de refresco a Angostura. Bolívar interrumpió la marcha que apenas había comenzado contra Morillo. Nunca la había considerado demasiado en serio, y ahora vislumbraba la posibilidad de completar la creación de un ejército bien adiestrado. Todos los generales recibieron instrucciones de entrenar a sus soldados para el servicio activo y se ofrecieron recompensas para quienes se destacaran en la tarea de instruir a los reclutas.

Bolívar quería organizar por sí mismo a los ingleses, pero existían además otras razones que demandaban su presencia en Angostura. El primer Parlamento tenía que reunirse en esa ciudad el 15 de febrero. La ociosidad forzada a que había sido condenado desde mayo de 1818 le había dejado tiempo suficiente para prepararse a ese acontecimiento. Venezuela no había tenido parlamento desde 1812, y Bolívar había sido acusado de menospreciar la voz de la nación. Se le dijo que subordinara su poder a un organismo legal, y consintió en ello al instituir el Consejo de Estado. Pero el andamiaje que se había levantado en 1817 sólo constituía una medida de emergencia, que debía ser reemplazada gradualmente por una construcción más segura. El ejército podía liberar a Venezuela de los españoles, pero con ello cumplía sus funciones; no entraba en la vida del Estado como un factor constitutivo. Bolívar no era César, y la frase *exercitus facit imperatorem* no le resultaba aplicable. Así concibió la osada idea de dar vida a un Parlamento. Más de la mitad del suelo patrio estaban aún bajo la dominación española. Las elecciones libres resultaban imposibles; más, con todo, esa representación popular tendría mucha importancia. Hasta ese momento la independencia había sido obra de individuos heroicos y aislados. Con la reunión de un Parlamento, la República nómada se asentaría y las decisiones estatales tendrían un fundamento legal.

Bolívar se dirigió al Consejo de Estado y explicó su plan. El triunfo no era suficiente, había que ser libre bajo la égida de una ley libre. Solicitó al Consejo que arbitrara las medidas necesarias.

Bolívar se dio vela desde el Apure para encontrarse con los delegados que debían llegar a Angostura. Lentamente, la embarcación se deslizó río abajo. El calor era intolerable. Enjambres de pájaros surgían de la jungla y cruzaban el cielo como nubes. Tigres, jaguares, tapires y otras grandes bestias de caza salían de la espesura y se dirigían al río para beber. Los barcos que pasaban apenas si llamaban su atención. Cientos de cocodrilos permanecían enterrados en el limo; enjambres de insectos rodeaban el barco. Las noches eran calmas y claras y la luna grande y hermosa. Los monos y los pájaros chillaban en los bosques cercanos. Bolívar no se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Meciéndose en su hamaca o caminando por la margen del río cuando los botes se detenían para que descansara la tripulación, pensaba en la futura Constitución. Con una mano en el cuello de su uniforme y la otra en su barbilla, dictaba a su secretario el discurso más importante de su vida.

Quienes estudien a Bolívar como soldado pueden encontrarle cierto parecido con Atila o Gengis Kan. Lo que lo ponía por encima de los jinetes de las estepas, era la imagen de un Estado libre que llevaba en su corazón y que ahora planeaba revelar a su pueblo por primera vez. Las acciones y ambiciones de Bolívar presentaban una característica sobresaliente que no compartía con ningún otro genio de la historia: su exuberancia tropical, un entusiasmo dionisiaco que generalmente no tienen los estadistas. ¿Pero se había presentado alguna vez esa situación? ¿Quién otro pudo haber dado vida a un Estado sin tradición, sin leyes y sin normas? Jamás la idea de un Estado vio la luz bajo semejantes circunstancias.

Angostura es una pequeña ciudad como docenas de otras en Sudamérica. Está situada en la orilla sur del Orinoco, que en ese punto tiene «apenas» dos kilómetros de ancho. Por ese entonces tenía aproximadamente seiscientos habitantes. Las calles corrían paralelas al río. Las casas eran de un piso y todas del mismo estilo. En la plaza estaban la catedral, la Casa de Gobierno, los tribunales y los cuarteles. El Parlamento debía reunirse en el gran salón del municipio. Las elecciones habían sido difíciles. Diez años de destrucción habían barrido toda apariencia de orden; ni siquiera se habían salvado las partidas de bautismo de la comunidad. Bolívar esperaba a treinta y cinco delegados, pero sólo llegaron veintiséis. Representaban las provincias de Caracas,

Barcelona, Cumaná, Barinas, Guayana y Margarita. Bolívar aguardaba para después a los representantes de la Nueva Granada.

El día de la apertura, 15 de febrero de 1819, se celebró con salvas. La ciudad había sido iluminada festivamente la noche anterior. El clero y unos cuantos extranjeros que vivían en Angostura fueron invitados a la sesión inaugural. El pueblo se apiñó a la entrada. A las once de la mañana, Bolívar precedido por una salva de tres cañonazos, entró en el salón acompañado de su Estado Mayor. Abrió la sesión, y después de la observancia de las formalidades parlamentarias, Bolívar ocupó la tribuna. Puso un manuscrito sobre el escritorio y lo leyó con voz áspera y un poco ronca. La fatiga que pudo hacer mella en el público quedó enteramente disipada por la pasión de su voz, la expresión de su rostro y la elocuencia de sus ademanes. Todos estaban pendientes de sus palabras.

El discurso de Angostura no es una pieza de oratoria, sino un mensaje: un mensaje del comandante en jefe a sus compañeros de lucha, y como tal, personal y dramático. Por otra parte, un mensaje del Presidente al Congreso de una futura República, y, en consecuencia, objetivo y estimulante. Estos dos aspectos del discurso de Bolívar surgen en forma separada y Positiva. «Mi primer día de paz será mi último día en el poder», fue la promesa que Bolívar formuló al Congreso. De este modo afirmó su decisión de subordinarse a los dictados de la ley.

«Afortunados los ciudadanos —comienza el mensaje— que, bajo la protección de las armas, convocan a la soberanía nacional para que ejerza su voluntad sin cortapisas. Me encuentro entre esos hombres favorecidos por la Providencia, pues he reunido a los representantes del pueblo en este Parlamento y les devuelvo la autoridad suprema que se me había concedido. Únicamente la más imperiosa necesidad me hizo cargar sobre mí las responsabilidades onerosas y peligrosas del dictador. Ahora puedo respirar de nuevo con libertad. La época durante la cual guié los destinos de Venezuela no sólo estuvo llena de tormentas políticas y de batallas sangrientas; señaló la ascensión del caos, el desbordamiento de una corriente infernal que inundó a Venezuela. ¿Qué podía hacer un hombre, y especialmente un hombre como yo, para oponerse al flujo de la marea? No podía hacer bien ni mal. Fuerzas invencibles guiaron el curso de los acontecimientos. Adscribírmelos es concederme una importancia que no merezco.»

Bolívar tuvo la sagacidad de comprender que ni siquiera los más grandes hombres pueden oponerse al destino histórico que gobierna al mundo. No fue exhibición de falsa modestia que dijese que «si ustedes

quieren conocer los verdaderos orígenes de los acontecimientos, consulten los anales de España y América..., examinen nuestro carácter y el odio de nuestros enemigos». No obstante, comprendió que debía rendir cuentas ante el Congreso. Presentó un relato de sus acciones para que el Parlamento lo juzgase.

Este gesto de republicano desinteresado era necesario, aunque no convenciese a nadie. Desde Jamaica, Bolívar había abogado por la presidencia vitalicia, en la seguridad de que ese cargo le pertenecía. Pero resultaba fundamental que jugase un papel de Bruto en Angostura y que hablase de los peligros que derivan del ejercicio sin límites del poder por un mismo y solo hombre. «Cuando uno se acostumbra a mandar, el pueblo se acostumbra a obedecer. Las consecuencias son la usurpación y la tiranía.» La patria —siguió diciendo Bolívar— contaba con otros hijos con más mérito para gobernarla. Antes de comenzar a trabajar en su plan originario, la creación del Estado, renunciaba formalmente al poder. Después comenzó a analizar la política venezolana.

Una de las mejores inspiraciones de Bolívar, resultado de su contacto diario con la realidad, fue que no concibió al Estado como ente vacío, sino como al acompañamiento viviente y móvil de la sociedad. La República fue el resultado de la revolución. Empero, la revolución fue consecuencia de la dominación española. Con Scleiermacher, Bolívar creía que los errores del Estado eran los errores de la opinión pública. Después del derrocamiento de la dominación colonial española, América se parecía al Viejo Mundo después de la caída del Imperio Romano.

Estamos familiarizados con las ideas de Bolívar sobre la esclavitud en Sudamérica por su carta de Jamaica. Repitió esas ideas en Angostura casi con las mismas palabras. El Imperio Español impuso a los americanos un despotismo que resultó más desastroso que el de las monarquías orientales, pues los turcos, persas y chinos estuvieron gobernados, al menos, por los de su mismo linaje. Pero América quedó condenada a una esclavitud pasiva hacia España porque estaba gobernada por extranjeros. La esclavitud es la hija de las tinieblas. «Un pueblo ignorante es la herramienta de su propia destrucción». Y Venezuela era un pueblo ignorante cuando se incorporó a la Revolución. Pero los ignorantes son como chicos. Toman la imaginación por la realidad, confunden la venganza con la justicia, la traición con el patriotismo y el libertinaje con la verdadera libertad. La libertad —dijo Bolívar— recordando las palabras de Rousseau— es un alimento de difícil digestión.»

Es necesario decir todo esto, no sólo porque Bolívar se dirigió a un

pueblo inexperto en el arte de redactar una Constitución, sino porque habló a una generación cuyo sentido de la proporción había sido nublado por diez años de caos. Los ciudadanos de la futura República tenían que ser previamente fortalecidos y educados antes de que pudiesen digerir el pesado plato de la libertad. Eran como los hombres de Platón, que vivían confinados en una cueva. La gloria del sol los confundía y deslumbraba. «Legisladores —gritó Bolívar a los delegados de Angostura—, extraigan sus conclusiones. No olviden que deben echar las bases de un Estado en formación.» Esta conciencia en el pensamiento y en la obra para una nación que está comenzando a nacer es peculiar en Bolívar. Ningún otro estadista en el mundo sintió como él. Y los pocos que, al igual que él, centraron su atención en los problemas de las constituciones americanas, se contentaron con revertir el cuerpo de la joven nación con el rígido ropaje del Viejo Mundo.... con constituciones prefabricadas que no se adaptaban a los países en pleno desarrollo.

Bolívar era un americano, no sólo por su apariencia externa, sino por su conciencia. Había comprendido que no podía evitar a su hemisferio los dolores del parto. Quería proporcionar al pueblo naciente una base sobre la cual pudiese asentar las pirámides de su existencia hasta la altura que por naturaleza le estaba destinada. Era una empresa grandiosa y trágica, y todo el que esté familiarizado con Sudamérica debe admitir que ni aun hoy ha terminado. Estos pueblos están buscando todavía los cimientos de la futura naturaleza.

Hemos dicho que Bolívar sabía que su país debía soportar los dolores del alumbramiento, pero entendía también que el crecimiento podía ser guiado y determinado. Recordó a los legisladores de Venezuela los ejemplos de la historia. Todos ellos parecían probar que era más fácil para la humanidad sufrir el peso del despotismo que guardar el equilibrio de la libertad. Muchas naciones se han sacudido las cadenas de la opresión; pero pocas han disfrutado los raros momentos de libertad. Hablaba no sólo para su época, sino también para la nuestra, cuando dijo: «No sólo los gobiernos... sino los mismos pueblos suscitan el despotismo.»

¿A dónde llevaban estas reflexiones? Los pensamientos escépticos de Bolívar acerca de la capacidad del pueblo para utilizar su libertad desembocaron en la crítica de la primera Constitución de Venezuela. Desde un punto de vista exclusivamente legal, la Constitución de 1811 estaba todavía en vigor. ¿Podía limitarse el congreso a volver a los fundamentos establecidos ocho años antes? Bolívar temía que sus enemigos lo intentaran. Sabía cuán débil era la idea federal. Los

partidarios de una federación de estados se remitían al gran ejemplo de Norteamérica. Bolívar consideraba un milagro la existencia misma de la federación norteamericana. Señaló que también allí se producirían nuevos fenómenos. Pero, fuese cual fuese el destino de los Estados Unidos, nunca podían servir de modelo, pues no eran las mismas condiciones imperantes en Norte y Sudamérica. ¿No había comprobado Montesquieu que las leyes debían adecuarse al espíritu de la nación en que rigiesen, y que el suelo, el clima y la extensión del territorio ejercen su influencia en la Constitución? Este, dijo Bolívar, es el código que debemos consultar, y no la Constitución de Washington.

Pero la Constitución de 1811 había ido incluso más lejos que la de Norteamérica. «No estamos preparados —confesó Bolívar— para vivir en este estado, que exigiría una República de santos. Nuestras condiciones morales no se adecuan a las políticas.» Un factor importante impidió la concreción de la democracia absoluta en Venezuela: el factor humano. La democracia se basa en el postulado de igualdad. ¿Pero puede haber igualdad en un mundo donde los habitantes se matan los unos a los otros..., donde hay seis o siete razas, donde los hombres se clasifican de acuerdo al color de su piel? Las exigencias de la igualdad entran en conflicto en Sudamérica con la realidad racial. Nadie puede creer que el Libertador quisiese perpetuar las diferencias raciales de este continente bajo la forma de un sistema de castas. Por el contrario, pedía que la ley y la humanidad rompiesen las barreras que la naturaleza misma había levantado. Pero la política no podía pasar por encima de las diferencias existentes con los ojos vendados.

Estas diferencias exigían una voluntad firme y mucho tacto en la conducción de una sociedad cuya complicada estructura, al decir de Bolívar, se confunde por sí misma, se divide y se desintegra al menor cambio. Ningún sociólogo pudo haber definido mejor la condición de la política interna de Sudamérica. Estas eran verdades nuevas e inauditas para los oídos sudamericanos. Todos conocían los hechos, pero ninguno deseaba oírlos. Bolívar escondió sus agudas conclusiones bajo el manto de la elocuencia desenfadada. De este modo podían llegar más fácilmente a su público, constituido por personas de todos los tonos de piel. Hasta ese momento su discurso había sido retrospectivo y crítico. Había examinado las realizaciones del pasado y logró captar la atención de sus oyentes. Ahora se ocupó de la nueva estructura.

Tres virtudes caracterizan al Estado completo: un máximo de felicidad, un máximo de seguridad social y un máximo de estabilidad

política. Era deber del Congreso encontrar la fórmula mágica que articulase en leyes estas tres aspiraciones. La revolución sudamericana fue lucha de emancipación. Toda nación que naciese de ella debía constituir, en consecuencia, un Estado libre. «El gobierno de Venezuela fue republicano y debe ser republicano. Sus bases deben ser la soberanía popular, la división de los poderes, la libertad civil, la abolición de la esclavitud y el exterminio de la monarquía, y sus privilegios.» Este había sido el programa de todos los demócratas desde 1793. Pero Bolívar no era un Dantón ni un Robespierre, y sus conceptos del Estado estaban más cerca de los de Napoleón que de los hombres del Terror. En cuanto hubo proclamado como herencia inatacable del futuro Estado estos derechos fundamentales de la República democrática, comenzó a describirlos con mayor detalle. La aceptación de Principios democráticos no significaba en lo más mínimo la adopción de la democracia absoluta. La democracia absoluta, dijo Bolívar, ha fracasado a lo largo de toda la historia de la humanidad a causa de la debilidad de los gobiernos. El gobierno puro de la ley es imposible. Las naciones consisten en el pueblo y necesitan del pueblo... Hombres capaces, patriotas y bien informados son quienes crean una República.

Era el viejo lema que había levantado inmediatamente después de la caída de Miranda y que puede ser traducido mejor con la máxima inglesa: «Hombres, y no medidas.» La tarea de un gobierno no consiste en la forma ni en el mecanismo, sino en conformarse al carácter del pueblo, para lo cual fue creado.

Ya hemos tomado nota de cómo, en la carta de Jamaica, la política de «tormenta y tensión»^{609*} de Bolívar comenzada a ceder posiciones bajo la influencia del positivismo anglosajón. En Angostura exaltó la forma de gobierno inglesa y la señaló como gran ejemplo que Venezuela debía imitar. Se hizo cada vez más discípulo de Montesquieu. Como su maestro, Bolívar entendió que el cuerpo legal británico combinaba la mayor proporción de bienestar político con el más crecido número de derechos humanos. Bolívar quiso que la Constitución venezolana se asemejase a la británica, principalmente en cuanto a la estructura de su

609 * * «Tormenta y tensión»: versión literal del original storm and stress, que a su vez se traduce al pie de la letra Sturm und drang, frase tomada de un drama de Klinger, con la que se designa a un vasto y complejo movimiento cultural y literario surgido en Alemania en la segunda mitad del siglo XVIII. Y que implica la revalorización de lo irracional, en oposición a la tradición humanística y académica. (Nota del traductor)

cuerpo legislativo. La Constitución de 1811 exigía el funcionamiento de una Cámara de Representantes y un Senado. Bolívar aprobó la primera. Lo que dijo al respecto lo destaca como un demócrata. Pero era un demócrata jerárquico y autoritario que deseaba equilibrar a los representantes libremente elegidos con senadores hereditarios. En vez de un Senado electo por el pueblo, era partidario de una Cámara Alta compuesta por miembros hereditarios.

Resulta evidente que, con esta medida, Bolívar quiso poner fin a las vacilaciones de las masas. Creían en la nación, pero no en las masas. La soberanía del pueblo, escribió cierta vez, no puede ser limitada, pues su base es la justicia y su finalidad la mayor utilidad. «La mayoría de la gente no alcanza a comprender cuáles son sus verdaderos intereses... Los individuos luchan con las masas; las masas con la autoridad... En todo gobierno debe existir un organismo neutral, que se coloque al lado del atacado y desarme al atacante.». Esta obligación recaía sobre el Senado hereditario. Bolívar quería que el Congreso eligiese al primer Senado. Dio a entender que merecían un puesto en él los hombres que se habían distinguido en defensa de la causa emancipadora. Deseaba fundar una especie de escuela de líderes de las generaciones futuras, en la que se educase a los hijos de los senadores para el desempeño de las difíciles tareas que les aguardaban.

Esta forma de congregar al Senado hereditario estaba tomada en parte del Estado de Platón y de manera considerable de la Iglesia Católica. Las ideas de Bolívar se aproximaban a las de Napoleón y anticipaban algo del sistema fascista. Se defendió de la acusación de que quería crear una nueva nobleza, alegando que la dignidad de senador no era un título, sino un cargo para cuyo desempeño debían prepararse los aspirantes.

Aunque Bolívar no deseaba crear una nueva nobleza, sí pensaba formar una selección que, con el curso del tiempo, podría convertirse en un patriciado americano. Aquí está el punto flaco del pensamiento de Bolívar. Este Senado no podía conciliarse con los principios democráticos. Otra consideración, aún mas sería, era la falta de toda cualidad en el pueblo latinoamericano en la que pudiera basarse una institución de esta índole. En Sudamérica no se había desarrollado una aristocracia de sangre, porque convenía a los intereses españoles impedir su formación. No obstante, había surgido en las colonias una clase alta, rica, con conciencia de su linaje, y exclusiva, que había asumido la jefatura de todos los países al sur del Río Grande. Pero nunca habría podido convertirse en una cerrada aristocracia de sangre, porque eso habría sido contrario a sus propios

principios. Había logrado el poder político encabezando un movimiento democrático. Había renunciado al absolutismo feudal de España. Era el producto del cruce de razas que los ibéricos despreciaban. La elite criolla podía sentir como la nobleza, pero jamás funcionar como tal.

Hoy día, después de más de un siglo, Sudamérica está gobernada aun por esta elite. Se dijo que Francia estaba regida por doscientas familias. En Sudamérica había unas cuatrocientas familias gobernantes. Comprendían una oligarquía basada en la tradición, la riqueza, las posesiones o los intereses capitalistas. Su dirección era anónima y discreta. No aparece en los documentos oficiales y la ley la ignora. El jockey Club y el Casino tienen mas importancia por su poder que el Parlamento. Según la ideología democráticas, todos los hombres son iguales, y los indios, negros, mestizos y mulatos soportan la arrogancia de las familias ricas mientras el Parlamento y los periódicos, la radio y las tribunas callejeras les aseguran que todos tienen los mismos derechos, y que, como diría Anatole France, incluso a los ricos les está vedado dormir en los zaguanes. Hay que estar familiarizado con la sociedad de Sudamérica para comprender por qué fue un error el Senado hereditario de Bolívar. Su plan de una Cámara Alta equivalía a la idea de importar basalto para construir diques en los lechos de los ríos Amazonas u Orinoco. Su idea de tal Senado se oponía a uno de los principios fundamentales de la democracia: la selección de los más aptos. La democracia no puede tolerar las escuelas de líderes ni la creación de jerarquías. El Senado de Bolívar habría impedido que surgiesen energías frescas. Su propuesta fue rechazada por todas las naciones sudamericanas.

Pero si, en el antedicho plan, Bolívar se equivocó en cuanto a las posibilidades de Venezuela, en cambio mostró una extraordinaria visión en el capítulo siguiente de la Constitución. Se ocupó allí de la sección administrativa y propuso un presidente en cuyas manos se concentraría todo el poder nacional. Este presidente no tendría que rendir cuentas, pero sus ministros si responderían ante el Congreso y los tribunales. Se dijo que Bolívar quería para Sudamérica reyes que ostentasen el título de presidente. En realidad, creía que el poder administrativo dentro de la República era más importante que el legislativo. En consecuencia pidió mayores facultades para el jefe de la República que para un rey constitucional. La democracia presidencial constituía su ideal. Y esta forma de gobierno, bajo distintos colores, ha sobrevivido hasta el día de hoy en Sudamérica, pues se adapta a la estructura sociológica del continente.

La descripción dada por Bolívar de los futuros presidentes refleja los conflictos que él mismo había superado ya. El presidente, dijo, es un individuo aislado en medio de la sociedad. Su misión es frenar los impulsos del pueblo a la anarquía. Debe vigilar a los jueces y a la administración para impedir los abusos legales. Es el hombre que por sí solo debe resistir el embate de las opiniones, de los intereses particulares y de las pasiones sociales. Se debate entre el deseo de gobernar y el de no querer que se los gobierne. Es un púgil que desafía a todo un conjunto de boxeadores. La amarga experiencia de los años en que, como Presidente de la Gran Colombia, luchó sin ayuda alguna contra la anarquía, confirmaba estas palabras.

Sin embargo, no debe creerse que desease cargar sobre sí, como único hombre capaz, la responsabilidad de la Constitución. La dirección del Estado por parte de grandes hombres es una necesidad, y nunca tanto como en Sudamérica, que alcanzó la madurez tras décadas de crisis. Bolívar jamás se cansó de insistir sobre los legisladores en el sentido de que sólo la mano fuerte de un presidente podía evitar que el gobierno cayese en la incompetencia y el abuso. Quería una democracia, pero una democracia estable. Sin estos elementos, la República de Venezuela no pasaría de ser un experimento condenado al tumulto y al caos. Bolívar habló de un presidente omnímodo. Pero se cuidó, en Angostura, de no mencionar siquiera la idea de la presidencia vitalicia. Sabía que esa sugerencia sería interpretada como ansia personal de poder.

Pero Bolívar no sólo propuso los tres poderes tradicionales; planeaba un cuarto más. Sus ideas sobre el particular eran profundas y elevadas. Una nación no era para él la suma de su pueblo. Era una unidad animada por espíritu nacional. Sólo esa voluntad nacional podría crear un gobierno durable, porque éste tocaría las distintas cuerdas de la orquesta política armónicamente. No era suficiente crear el Estado; había que formar además la sociedad. La libertad social tenía que garantizar la libertad política. Únicamente una sociedad que se siente libre y quiere sentirse libre, aspirará a constituirse en un Estado libre.

No obstante, la sociedad venezolana estaba muy lejos de amar la libertad. «Los venezolanos aman su país —dijo Bolívar—, pero no sus leyes. En consecuencia, esa sociedad parecía condenada a caer en la confusión de una guerra de todos contra todos. Aquí es donde entraba en juego el cuarto Poder, que debía responsabilizarse de la formación moral. Bolívar quería crear un Areópago ético: una comunidad comparable a los censores de la República Romana. No sólo debía controlar la educación

de los niños; tenía que terminar con la corrupción y combatir el egoísmo, la desconfianza y el letargo. La ambición de Bolívar de establecer un tribunal moral, nacía de su horror a la decadencia y la degeneración que había hecho presa del pueblo tras diez años de guerra civil. Antes que él, Miranda había expresado alguna vez la misma idea. Platón y Rousseau tuvieron pensamientos similares. Pero el tribunal de moral era tan impracticable como el Senado hereditario.

¿Se libraría Sudamérica de la Inquisición española sólo para caer en una nueva? Bolívar quería que su tribunal moral fuese un organismo consultivo, pero la historia de Ginebra, los anales del puritanismo anglosajón y la Revolución Francesa nos demuestran que las opiniones sustentadas por esos cuerpos se escriben con sangre humana. Además, ¿dónde estaban los hombres en los que se pudiese delegar tamaña responsabilidad? La guerra y la persecución habían diezclado a la nobleza intelectual de América. En 1819 Bolívar no podía designar cincuenta hombres con energía moral suficiente para llevar adelante su plan. Sólo el tiempo y la educación paciente podían curar a las generaciones arruinadas por la dominación española y la deshumanización de la guerra. Bolívar tenía que contentarse con esto. Debía dejar el problema de la moral y de los controles en manos de la Iglesia y del Areópago de ancianas, que hasta el día de hoy dan cátedra de moralidad y tradición en Sudamérica y que a veces son más terribles que la propia Inquisición española.

Estos fueron los principios fundamentales que Bolívar señaló a los legisladores como si les explicase una lección sobre un pizarrón. «No intentemos lo imposible —gritaba—. Si nos elevamos demasiado en la esfera de la libertad, caeremos otra vez en el abismo de la tiranía. Unidad, unidad y unidad, debe ser nuestro lema.»

El alegato de Bolívar giró en torno a una Venezuela indivisible con un Gobierno central. Era tan urgente como vital: una República conservadora, plan de un hombre que temía a la anarquía y que desconfiaba del instinto de las masas. Era el resultado de la observación y de la lectura: realista y quimérica al mismo tiempo. Montesquieu y Platón, Maquiavelo y Rousseau eran quienes apadrinaban sus ideas. Retuvo el pensamiento íntegro que presidió su discurso de Angostura, hasta el fin de sus días. Entre los grandes documentos políticos de Bolívar, éste es el más equilibrado; su estilo es solemne y austero y la secuencia de las ideas compacta e imperativa. En él logró un feliz equilibrio entre los principios autoritarios y los democráticos. Más tarde veremos hasta dónde aceptaron su mensaje los delegados.

Bolívar no podía abandonar la tribuna sin prometer al Congreso la descripción exacta de sus actividades políticas y militares. Pero no quería sepultar en detalles las impresiones de la primera hora. Los ministros cumplirían su obligación, pero había dos leyes de defensa de las que él mismo se ocupó: la abolición de la esclavitud y la compensación de los patriotas por sus pérdidas y sufrimientos. El Congreso podía derogar todos los otros decretos; éstos dos constituían una deuda de honor que el movimiento emancipador debía a la posteridad.

Bolívar terminó su mensaje con una referencia a la decisión amenazadora. Dijo que la España derrotada había solicitado la ayuda de las potencias europeas. Pero Venezuela habría de rechazar toda intromisión extranjera. Habría de defender su individualidad, no sólo contra España, sino contra todo el mundo.

Finalmente, evocó el ideal de un gran Estado Colombiano, resultante de la unión de Venezuela y Nueva Granada.. en el corazón del mundo estaba naciendo una nueva República que habría de servir a la humanidad como punto focal y de unión. Su oro y su plata, sus plantas medicinales y sus riquezas se esparcirían en todas direcciones. Colombia mostraría a los ojos del Viejo Mundo la majestuosidad del Nuevo.

Terminado su discurso, dejó el manuscrito y se dirigió a los legisladores. “Caballeros, comiencen sus tareas. Yo he finalizado la mía.” El discurso de Bolívar conmovió a los hombres en Angostura como un golpe al corazón. Los vivas a Venezuela se mezclaron con la salva atronadora de aplausos. Fue una escena de entusiasmo y éxtasis que sólo puede darse en el trópico. Cuando terminó de leer su esbozo de la nueva constitución, Bolívar pidió se eligiese un nuevo presidente, para poder traspasarle sus obligaciones. Se eligió provisionalmente a Francisco Antonio Zea, y Bolívar tomó el juramento de rigor. Después Bolívar se volvió hacia sus oficiales. El y sus generales sólo eran en ese momento simples ciudadanos. El Congreso podría confirmarlos o no en su rango. Para reforzar su propia subordinación al Parlamento, fue hasta Zea y le entregó su bastón de mariscal, símbolo del mando. Fue un gesto teatral, al gusto de Bolívar y sus conciudadanos. Pero esta actitud era necesaria para satisfacer a los rebeldes como Mariño y Páez. Por supuesto, Bolívar fue confirmado incondicionalmente en su cargo; siguió siendo el gobernante y la máxima autoridad de Venezuela. Bolívar explicó que no podía aceptar ese nombramiento y solicitó permiso para retirarse de la reunión. El 16 de febrero el Congreso lo eligió Presidente de la República. Bolívar insistió en que carecía de dotes de administrador y que sólo aspiraba

a compartir con su ejército los peligros y los honores de la guerra. El Congreso insistió en su actitud y finalmente Bolívar aceptó. Organizó el gabinete y designó secretarios para los departamentos de Finanzas, Guerra e Interior. Era significativo que la República en formación no necesitase un ministro de Relaciones Exteriores. El presidente provisional Zea fue electo vicepresidente. Tenía que reemplazar a Bolívar en caso de ausencia.

El Congreso de Angostura significó más que una campaña victoriosa en la vida de Bolívar. Fue una triple victoria. Afirmó la posición personal de Bolívar, hizo callar a sus enemigos y presentó ante el mundo a la República como Estado independiente. Bolívar no fue más un jefe rebelde que había asumido el mando por propia iniciativa, ni fue simplemente un general o un dictador. Fue el presidente de una nueva nación. Retuvo todo el poder anterior, pero velado bajo el manto de la ley. Por fin se impuso a todos sus rivales. Después del 20 de febrero de 1819 no siguió dependiendo de sus extravagancias y caprichos. ¿Quién podría reprocharle aun la ejecución de Piar? «Dejé a todos mis adversarios enterrados tras de mí en el Congreso de Angostura.»

Nadie se dio cuenta de su verdadero juego. El coronel Hamilton, que había presenciado la sesión, escribió al duque de Sussex: «El general Bolívar dio tal prueba de modestia y patriotismo como no puede encontrarse en la historia de ningún país.» Calificó a la reunión de un golpe decisivo contra el Gobierno español. Fue, en realidad, el último triunfo de Bolívar en Angostura. Se había constituido un Parlamento que demostraba que la joven nación estaba dotada de talento político y crecía en experiencia. El impulso ideológico de Bolívar había colocado a la República a tal altura que sus atónitos contemporáneos se dieron cuenta por primera vez de la existencia de la nación.

El año 1819 fue de reacción para Europa. Bolívar no intentó hacerse simpático a los príncipes de la Santa Alianza. No había realizado concesiones a la monarquía. Pero sus elogios a Gran Bretaña y el carácter conservador de sus pensamientos demostraron a los políticos más inteligentes que no era un tirano, ni un asesino, ni un jacobino. De esta manera, su discurso en Angostura se convirtió en un alegato al mundo para que hiciese justicia a Sudamérica. Bolívar no sólo restableció con él la vida constitucional de Venezuela, sino que allanó el camino para el reconocimiento de su República por parte de las potencias extranjeras.

Necesitó dos semanas para llevar a cabo esta extraordinaria tarea, y partió nuevamente el 27 de febrero para unirse al ejército en el Apure.

XX

LIBERACIÓN DE NUEVA GRANADA

En octubre de 1818, Bolívar había prometido: “El enemigo será atacado simultáneamente en todos los frentes.”⁶¹⁰ Pero esta afirmación representaba esfuerzos militares que la exhausta República difícilmente podría realizar. Bolívar limitó este programa de largo alcance cuando fue a unirse al ejército. Dejó una pequeña fuerza a las órdenes de Mariño para guardar Angostura, pero el nombre glorioso, Ejército del Este, no engañaba a nadie. Era una división formada por reclutas y convalecientes, que sumaba unos 1000 hombres. No se podría esperar mucho de ellos.⁶¹¹

Bolívar tenía grandes esperanzas en un transporte de tropas británicas que debía llegar a Margarita en cualquier momento. Urdaneta iba a recibir este refuerzo y aumentarlo con 500 nativos. El plan de Bolívar era forzar a este ejército a dirigirse a la costa opuesta. Nadie, y menos aún Bolívar, que tan a menudo había tratado en vano de reconquistar su ciudad natal, creía que Urdaneta tendría éxito. En realidad, Bolívar trató de engañar a Morillo y atraerlo primero hacia el Este y después hacia el Norte para poder dispersar las fuerzas combatientes realistas.⁶¹²

El general español había reunido 7.000 hombres de todas las clases militares en Calabozo, a la entrada de las llanuras. Sabía que podría quebrantar la resistencia de Bolívar sólo logrando que dejara los llanos.⁶¹³ Debía ir hacia el Orinoco y el Apure para obligarlo a entrar en batalla.

Mientras Bolívar estaba todavía en Angostura, Morillo se había dirigido hacia el Sur y había cruzado el Apure sin ninguna oposición por parte de los independientes. Páez había tomado posiciones más allá del Arauca, el segundo río en extensión que cruza los llanos de Este a Oeste. Al igual que el Apure, es afluente del Orinoco.⁶¹⁴ La corriente tiene 250 metros de ancho en el lugar en que Páez tomó posiciones, y las riberas son escarpadas. Sin embargo, Morillo, en su persecución a Páez logró cruzar el río. Los patriotas lo estorbaron allí tan poco como lo habían

610 *Proclamas*: pág. 192.

611 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 526. O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 265.

612 Urdaneta: *Memorias*, págs. 526. O’Leary: *Memorias*, vol., pág. 526. O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, págs. 250, 252.

613 Blanco: *Doc.*, vol. VI, pág. 631. Ver Lecuna: “La guerra en 1819”. *B. de H. Caracas*, vol. XXIII, núm. 89, pág. 36 ss.

614 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 527. O’Leary: *Doc.* vol. XVI, pág. 265.

hecho en el Apure. Morillo quería forzar una acción definitiva, pero era interés de los patriotas impedirlo. Querían evitar la batalla, y atraer a los españoles más adentro de los llanos, pues era allí donde todo conspiraba contra éstos. Bolívar alcanzó su ejército por ese entonces, en los primeros días de marzo. Aunque la acción defensiva era contraria a su naturaleza, debía admitir que las tácticas de quebrantamiento prometían los mayores beneficios.⁶¹⁵

Entonces comenzó una guerra curiosa. La caballería de Bolívar atrajo a los españoles a los pantanos, de los cuales sólo los nativos sabían salir. El enemigo se hundió en las ciénagas con sus caballos y equipos.⁶¹⁶ La infantería republicana, que aún no era igual a la de los españoles, estaba acuartelada en el terreno aluvial de las islas formadas por las grandes corrientes tropicales. Aquí estaban seguros y tenían agua y carne que le habían sido enviadas de antemano. Cuando la caballería de Bolívar se retiraba, prendía fuego a las pampas de manera que los españoles no encontraran pasto para sus caballos. Las pocas granjas existentes eran quemadas y los caballos y el ganado alejadas de ellas. Los españoles, que habían inventado la guerra de guerrillas, encontraron que Bolívar estaba práctico en ella. Morillo era un soldado valiente que no se dejaba intimidar por inconvenientes, pero vio en unas pocas semanas que el desinterés y el sacrificio eran inútiles. Bolívar lo engañó y después desapareció como un espejismo que confunde el jinete exhausto en el desierto.

Morillo volvió al Apure, donde las condiciones generales eran más favorables. Ahora era el turno de Bolívar para empezar la persecución. Tuvieron lugar encuentros con éxito variable para ambos bandos.⁶¹⁷ En uno de estos encuentros, Páez realizó una acción brillante que todavía se recuerda en Sudamérica. Bolívar había ordenado un reconocimiento de las líneas del enemigo del otro lado del Apurito. Páez eligió ciento cincuenta de sus mejores jinetes y cruzó el río con ellos. Al llegar a la orilla los dividió en pequeños grupos y los hizo cabalgar hacia las posiciones españolas con riendas sueltas. Morillo escuchó los gritos de los llaneros y vio el polvo levantado por todas partes. Creyó que todo el ejército patriota había cruzado el río y se regocijó pensando que finalmente podría medirse con Bolívar. desplegó a su ejército en formación de combate y cabalgó hacia los llaneros al frente de la caballería. Páez se desvió y atrajo a los realistas cada vez más lejos de su ejército, sólo para desviarse otra

615 O'Leary: *Doc.* vol. XVI, págs. 259, 270, 272

616 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 529. O'Leary: *Doc.* vol. XVI, págs. 507-508

617 O'Leary: *Doc.* vol. XVI, pág. 286. Torrente: *op. cit.*, vol. II, pág. 519

vez y caer sobre ellos, haciéndolos volver al punto de partida, donde sólo el fuego de su infantería los salvó de la destrucción total. El encuentro tuvo lugar en Queseras del Medio el 2 de abril. Los españoles perdieron cuatrocientos hombres; los patriotas, seis.⁶¹⁸

Bolívar celebró la victoria con brillantes palabras. En su proclama al ejército dijo: “Lo que han hecho es sólo el preludio de lo que pueden hacer. Prepárense para las batallas y descuenten la victoria. La lograrán con las puntas de vuestras lanzas y bayonetas.”⁶¹⁹

El significado de estas pequeñas escaramuzas residen en el hecho de que elevaban el espíritu guerrero de las tropas y les daban sentimiento de superioridad sobre los españoles. Además estos encuentros infundían confianza en la dirección de Bolívar. así continuó la guerra, saltando entre los ríos. Consistía sólo en ataques, escaramuzas y hostigamientos. ¡Los republicanos debían ahora sufrir las consecuencias de sus propias tácticas! Ellos mismos habían destruido los pastos y los establecimientos dispersos. Doquiera iban, encontraban sólo tierra estéril. Era verano, la estación seca y el sol despiadado quemaba la tierra desde la mañana a la noche. Ningún árbol daba sombra; los riachuelos estaban secos; las raciones eran magras y consistían casi solamente de carne. De noche, los oficiales y los soldados dormían en el suelo. Las enfermedades y los insectos aumentaban los infortunios. Bolívar no pedía para él nada que no pudiera dar a los soldados rasos, y la fe que despertaba crecía día a día. Por una de esas intuiciones que desafían el análisis, todos estaban convencidos de que esta suerte cambiaría y que su estrella era ascendente.⁶²⁰

Pero si los patriotas tenían que soportar infortunios en esta campaña, la situación era todavía peor para los monárquicos. El terreno le era menos familiar y la gente hostil. Dondequiera que iban no encontraban casi habitantes que pudieran ayudarlos; era solamente “viejos perros muy inválidos para acompañar a los republicanos”. Finalmente, Morillo se dio por vencido. La estación lluviosa estaba cercana y comprendió que no podía exigir más esfuerzos a sus cansados hombres, por lo cual se dirigió a los cuarteles permanentes más allá del Apure. Había perdido muchas semanas y no había ganado ninguna ventaja. Los resultados de los primeros meses de 1819 están descritos en una carta de Bolívar:

618 Páez: “Campañas de Apure”. *B. de H.* Caracas. Num. 21, pág. 1192. O’Leary: *Doc.* vol. XVI, pág. 293. O’Leary: *Memorias*, vol. I, Págs. 533-534. Dávila: *Investigaciones*, pág. 185. Lecuna: *Guerra en 1819*, vol. XXIII, pág. 50.

619 *Proclamas*: pág. 237.

620 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 538.

“Nuestra defensa fue fatal para Morillo, perdió casi la mitad de sus hombres en las marchas y contramarchas y en las escaramuzas. Yo podía haber hecho un ataque frontal y desafiario a abrir batalla, pero tuve que reprimir mi deseo y evitarlo porque debía escuchar los repetidos consejos de nuestros amigos, que no deseaban arriesgar la suerte de la República en un encuentro... En todo se me aconseja seguir la actitud de Fabio, y esto para mi disgusto. Desgraciadamente, mi carácter es muy diferente al que tenía el general romano. El era cauto: yo soy impetuoso.”⁶²¹

El puma, el león americano, ronda a su presa a veces durante días a través de la selva. Silenciosamente la sigue, esperando el momento para el ataque. Así Bolívar continuó esperando, decidido a caer sobre los flancos del enemigo. Sus planes fluctuaban; todavía no estaba seguro de la suerte de Urdaneta y de los cuerpos expedicionarios ingleses. Esperaba provisiones frescas desde Angostura, pero antes que nada tenía que saber qué camino tomaría Morillo. Quería impedir que la lucha se llevara hacia el Este, por lo cual sugirió a Páez que penetrara en la provincia de Barinas para cerrar el camino a los españoles en el Oeste.⁶²² Ninguno de estos planes fue llevado a cabo, pues ninguno había sido estudiado cuidadosamente. Eran esfuerzos mentales por aclarar la niebla tras la cual estaban ocultos. La solución vino de pronto y por otra fuente. El 14 de mayo, Bolívar recibió un mensaje del general Santander, que le informaba del éxito de los patriotas en las llanuras de Casanare, y repentinamente Bolívar vio una luz. Fue un momento de cristalización, en el que nació una de las ideas más audaces.⁶²³

Las llanuras de Casanare eran las únicas zonas de Nueva Granada que habían resistido la restauración española. Vistas geográficamente forman parte de las pampas americanas. Con las mismas tierras amplias, vastos ríos, árboles dispersos, llegaban hasta los llanos del Orinoco y del Arauca. Cuando Morillo sojuzgó la Nueva Granada con puño de hierro en 1816, los mejores y más valientes patriotas huyeron hacia Casanare, y allí sobrevivieron al terror. Los españoles enviaron tropas para apagar las llamas de rebelión en este lugar de refugio, pero sus esfuerzos fueron vanos. Los patriotas se habían fundido con la inmensidad, y la inmensidad era inconquistable.⁶²⁴

621 *Cartas*: Vol. II, págs. 107-108, del 4 de abril de 1818.

622 O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 334, 362. Lecuna: “Guerra en 1819”. Páginas 66-68.

623 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 540. O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 360-362. *Cartas*: Santander; Vol. I. págs. 23-24.

624 Plinio A. Medina: *Campañas de Casanare*, 1816-19. Bogotá, 1916. F. P. Santander: *Apuntamientos para las memorias de Colombia y de la Nueva*

Pasaron dos años. La región montañosa sufrió en silencio, pero Casanare, en los llanos, respiraba un aire de libertad. El virrey español, que residía nuevamente en Bogotá, temía que los patriotas atacaran las montañas, y tenía las gargantas ocupadas por fuertes guarniciones.⁶²⁵ Pero no pudo conseguir que los independientes dejaran los llanos. Bolívar había asignado la reorganización del Casanare a Santander, quien cumplió su misión en forma ejemplar, podía vanagloriarse de haber creado orden administrativo en medio del caos. Desafió a los españoles en una proclama, copias secretas de la cual llegaron a Bogotá y fueron pasadas de mano en mano entre los patriotas.⁶²⁶

El virrey Sámano no quiso seguir soportando estos gestos de Santander y envió a uno de sus mejores oficiales para acabar con ellos. Santander, sin embargo, siguiendo instrucciones de Bolívar, acosó al enemigo, pero rehusó comprometerse en una batalla que podría haber sido desastrosa para él. Mientas tanto, comenzó la estación lluviosa, y los españoles se sintieron primero desalentados y después desesperados en medio del desierto. Forzados a admitir una vez más que los “bandidos de Casanare” eran invencibles, comenzaron a retirarse. Para fines de abril los llanos eran nuevamente libres. Cuando Santander envió esta información a Bolívar,⁶²⁷ su decisión fue inmediata. Decidió liberar las montañas de Colombia, pues comprendió que la clave de la victoria residía en Nueva Granada. En el pensamiento geopolítico y geoestratégico de Bolívar, Venezuela y Nueva Granada habían sido siempre una sola. Dos veces la nación hermana había ofrecido refugio al destituido Libertador, y en Jamaica había hablado de la Nueva Granada como del corazón de América. Menos de un año antes había profetizado que 1819 traería la libertad a los colombianos. Había llegado ahora el momento de cumplir su profecía y arrancar el corazón de América de manos de los españoles. Sabía que una vez controlara las montañas podría arrollar las posiciones enemigas en el Norte y en el Sur, hacia Panamá y Venezuela, y también hacia el

Granada .Bogotá, 1838. N. González Ch.: *Estudio Cronológico de la Independencia*, París. 1879.

625 A. Obando: *Autobiografía*”B. de H. Bogotá, vol. VIII, pág. 596. L. Vallenilla Lanz: *Centenario de Boyacá*. Caracas, 1919. O’Leary: *Doc.* vol. XVI, pág. 200.

626 *Cartas Santander*: Vol. I, pág. 5. *Arch. Santander*: Vol. II. pág. 68 87. O’Leary: *Doc.*, vol., XVI, pág. 286.

627 Libro de órdenes militares del general Santander en las campañas de 1819. *B. de H. Bogotá*. Vol. XVIII, pág. 1089.

Ecuador y Perú. Desde allí podría tomar contacto con Chile y Argentina y así cumplir su más cara ambición: la liberación del continente.⁶²⁸

Primero, Bolívar consideró las ventajas de tal campaña. Tendría un elemento sorpresa, pues si ahora emprendía el camino hacia Nueva Granada, Morillo nunca sospecharía de su plan. Debido a la estación lluviosa los caminos eran casi intransitables y toda información demoraba semanas. Morillo no recibiría informes, y si los recibía no les daría crédito, ya que un movimiento audaz y arriesgado como cruzar Los Andes en esa época nunca se le hubiera ocurrido. Además el ejército español en Nueva Granada no estaría preparado, y Bolívar lucharía también en un territorio amigo, y en un país que, aunque oprimido, no estaba destruido como Venezuela. Pero Bolívar no se ocultó los peligros. El riesgo de tal marcha, durante la estación lluviosa, era grande: cuán grande, no lo adivinaba siquiera en aquellos momento. Si él partía, llevándose la mejor parte del ejército, nadie podría predecir qué sucedería en Venezuela. Consideremos el problema de Bolívar. Su correspondencia diaria le demostraba que no podía confiar en sus generales. Urdaneta reñía con Arismendi; Mariño luchaba con Bermúdez. Un oficial podía asumir un rango que no le correspondía; otro daría órdenes contrarias a las emanadas por sus superiores. ¿Podían tales hombres defender la República contra Morillo? ¿No estaba él jugando demasiado a una sola carta? Pero, creía Bolívar, Dios es omnipotente. Tal vez Morillo supiera lo ocurrido junto cuando alcanzara sus cuarteles de invierno, y entonces sería demasiado tarde para atacar Guayana y el Orinoco. Tal vez Páez podría retener a los españoles, y hacerles creer que todo el ejército estaba aún en Venezuela. Páez y su caballería constituían otro riesgo. ¿Quiénes irían con Bolívar? ¿Podía él confiar en su apoyo?

Bolívar estudió el audaz plan de invasión durante varios días y repentinamente decidió actuar. Primero consultó a Páez. Le describió los riesgos de permanecer inactivo en los llanos durante la estación lluviosa. El ejército desertaría o moriría de fiebres. Entonces pintó la conquista de Nueva Granada en resplandecientes colores. No esperaba que Páez tomara parte en ella, pues su tarea sería entretener a Morillo. En un momento dado debía atacar el valle de Cúcuta y cortar las líneas de

628 *Proclamas*: pág. 190. Uno de los primeros en sugerir la conquista de Nueva Granada fue J. F. Blanco: *Doc.*, vol. VI, pág. 646. Sin embargo, no sólo la idea, sino también la ejecución en 1819 deben acreditarse exclusivamente a Bolívar. Páez por un lado y Santander por el otro reclaman la responsabilidad por la conquista de Nueva Granada, pero sus disputas no tienen fundamento.

comunicaciones de los españoles. ⁶²⁹ Páez escuchó todo esto en silencio y finalmente estuvo de acuerdo. No se atrevió a oponerse a Bolívar, pues, para usar sus propias palabras, los ojos del Libertador eran irresistibles. Si estaba realmente convencido o si solamente estaba contento de librarse de su gran rival, sabiendo que emprendería una peligrosa aventura, no lo sabemos. Suficiente fue que estuviera de acuerdo. De los otros, Bolívar no esperaba ninguna oposición.

El 23 de mayo citó a un consejo de guerra, para explicar a los generales que debían acompañarlo en sus planes para la conquista de la Nueva Granada.⁶³⁰ Tomó esta decisión en una pobre cabaña de las riberas del Apure. La pobreza del país era tan grande después de diez años de guerra, que no había ni sillas ni mesa en el lugar. Lo oficiales se sentaron en cráneos de bueyes muertos, que el sol había blanqueado y lavado las lluvias. La reunión fue tan pintoresca como los alrededores. Todos los oficiales eran jóvenes. Ninguno llegaba a los cuarenta años. El lugar junto al Libertador fue ocupado por el jefe de la plana mayor, Carlos Soubllette. Tenía sólo treinta años, y en todos los aspectos representaba la aristocracia venezolana. Delgado, alto, con maneras impecables y facilidad de palabra, había tenido éxito por su ambición y su don metódico.

Anzoátegui, comandante de la infantería, había nacido en el Este de Venezuela. él, también, tenía sólo veintinueve años, pero había luchado por la causa de la libertad durante diez. Su temeridad ganaba los corazones de sus camaradas, pero su carácter no le ayudaba a granjearse muchos amigos. Estaba siempre de mal humor, y no había situación que le agradara o que no criticara. Era un descontento nato, y estaba, sobre todo, lleno de un apasionado odio respecto a ciertos hombres de la plana mayor. Pero era lealmente devoto al Libertador.⁶³¹

El coronel Rooke, bajo cuyo mando Bolívar había puesto a los legionarios británicos, era la antítesis de Anzoátegui. Estaba contento de sí mismo y con el mundo y encontraba todo maravilloso. Su optimismo no conocía límites. Para él, el clima de los llanos era saludable; sus soldados los mejores del mundo mientras vivían, y cuando morían encontraba que podían haber muerto muchos antes. Allí donde estaba, creía que tenía

629 Páez: *Autobiografía*, págs. 136-137. O'Leary: *Doc.*, vol. XVI, páginas 357-357.

630 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 543.

631 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 555. F. Lozano y Lozano: "Anzoátegui" *B. de H.* Bogotá, pág. 548.

el paraíso entre las manos. Tenía un carácter ejemplar para un soldado y un guerrero, y así como vivió, así murió. Estas eran las principales personalidades entre los once oficiales que Bolívar reunió. Les explicó la campaña y entonces preguntó: “¿Quieren continuar?” el primero en responder fue Rooke. “General —dijo—, con usted iré a donde desee; si es necesario, hasta el Cabo de Hornos.”⁶³² Los otros oficiales también declararon su complacencia respecto a la orden. Sólo uno se negó. Pero esta voz no tenía mucho peso.

Las ideas de Bolívar habían triunfado. Todo dependía ahora de su ejecución. La primera condición era el secreto. Las tropas no debían saber adónde eran guiadas y qué iban a hacer. Debido al elevado número de desertores, una palabra indiscreta podía arruinarlo todo. Bolívar era tan cuidadoso que no reveló todos los detalles de la campaña ni siquiera al consejo de guerra. Pero después que su idea fue aceptada en lo fundamental, trabajó con la rapidez que le era característica. Santander debía empezar sus operaciones contra Nueva Granada. También él recibió órdenes de hacer todos sus preparativos con el más estricto secreto.⁶³³

Bolívar redujo sus preparativos a las cosas más necesarias, como procurarse armas y municiones, caballos y ganado. Ya había ordenado reunir todos los botes que fuera posible. Eran vitales, pues los llanos parecían lagos en la estación lluviosa. El precavido Santander temía que las tropas no pudieran cruzar las montañas sin botas y mantas de lana, pero nadie sabía donde encontrar ropa de abrigo y zapatos de cuero.⁶³⁴

Hacia fines de mayo de 1819, el ejército partió. Bolívar halló menos resistencia en las tropas, de la que había esperado. La mayoría de los hombres estaban contentos de tener algo que hacer otra vez. Eran jóvenes, despreocupados por sus vidas y acostumbrados a los infortunios. Muchas mujeres iban con ellos. Estas “Juanas”, como se las llama, sirvieron de enfermeras; su vocabulario no siempre se ajustaba a las reglas de la Real Academia de Madrid, pero eran tan bravas como los hombres, y cuando era necesario, hasta portaban armas.⁶³⁵

El ejército no se dirigió hacia Cúcuta, como Bolívar había hecho creer a su gente, sino hacia las llanuras de Casanare. El 11 de junio Bolívar se encontró con Santander. Este oficial era uno de los generales más jóvenes

632 Larrazábal: Vol. I, pág. 579.

633 O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 364. *Arch. Santander*: Vol. II, pág. 131. O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, págs. 371-374, 389. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. II, página 506.

634 *Cartas Santander*: Vol. I, págs. 12-13.

635 O’Leary: *Memorias*, col. I, pág. 547.

del ejército. No tenía más de veintisiete años, y era de regular estatura, con una tendencia a la corpulencia que disminuía en algo su apariencia. Su cara era seria y decidida y sin rasgos de humor o amabilidad. Su cabello era lacio y castaño, y lo usaba a la moda de entonces, en mechones que llegaban al cuello de su uniforme. Al igual que Bolívar, pertenecía a la aristocracia criolla, pero se le notaba un leve rastro de sangre indígena. Sus ojos color ámbar, sombreados por largas pestañas, estaban hundidos en sus fosas y eran penetrantes y reservados.⁶³⁶

Bolívar ordenó un descanso de tres días, que aprovechó para ordenar las tropas. Él mismo tomó el mando, mientras Soublette conservaba la jefatura del Estado Mayor. La avanzada fue asignada a Santander, quien, como nativo de Nueva Granada, conocía bien el terreno, y era el jefe lógico, especialmente debido a que sus hombres también eran de Nueva Granada. Es difícil trazar un cuadro exacto del tamaño de este ejército, pues los números e informes varían. Probablemente, el ejército de Bolívar, contando todas las reservas, era de aproximadamente tres mil hombres: dos mil trescientos de infantería y setecientos de caballería.⁶³⁷

Su camino los conducía a través de las llanuras, pero éstas ya no eran llanuras. Los ríos se habían convertido en lagos; por los lechos de los ríos, antes secos, corrían caudalosas corrientes; el terreno a su alrededor era cenagoso y pantanoso, y lluvias incesantes caían sobre la tierra. Enjambres de mosquitos pululaban sobre las aguas y atormentaban al ejército. Las tropas tenían poca ropa para protegerse, y durante las lluvias torrenciales le hubieran servido de poco. Muchos soldados no tenían siquiera pantalones, y usaban un “guayuco”, especie de delantal que apenas les cubría. Lo que servía de uniforme se usaba para mantener secas las armas y las municiones. “Durante siete días —asegura O’Leary— marchamos con el agua hasta la cintura.”⁶³⁸ Los establecimientos en los llanos de Casanare estaban dispersos, y sólo ocasionalmente encontraban

636 *Cartas Santander*: Vol. I, págs. 23, 29, 41. O’Leary: *Memorias*, vol. I, págs. 473, 553. M. Grillo: *El Hombre de las Leyes*. Bogotá, 1940. P. Gómez: *Santander*. Bucaramanga. 1940. G. Camacho Montoya: *Santander*. Bogotá. 1940. M. J. Forero: *Santander*: Bogotá, 1940. I. E. Pacheco: *La familia de Santander*. Cúcuta, 1940.

637 M. París. *Campaña del Ejército Libertador Colombiano en 1819*, pág. 26. Bogotá, 1919. P. J. Dousdebés: *Trayectoria militar de Santander*. Bogotá, 1940. H. Bingham: *The Journal of an expedition across Venezuela and Colombia*. New Haven. 1909.

638 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 552. *Cartas*: Santander: Vol. I, pág. 54. Rivas Vicuña: Vol. IV, pág. 6.

un pueblo. Lo más difícil era cruzar los ríos. Los botes que poseía Bolívar eran insuficientes e hizo confeccionar otros con cueros de vaca cosidos. En ellos se transportaban los cañones y la pólvora y también a los soldados que no podían nadar.

El Libertador estaba siempre en medio de sus hombres. Después de una larga marcha, se le veía generalmente ocupado cuidando los caballos y las mulas o ayudando a descargar los caballos. En su marcha desde Venezuela hasta la Nueva Granada, el ejército cruzó el Arauca, Lipa, Ele, Cravo del Norte, Tame, Casanare, Ariporo, Nuchía, diez ríos navegables, además de arroyos, pantanos y lagos. Muchas mulas y caballos se ahogaron; la mitad del ganado se había perdido ya.⁶³⁹ Bolívar hizo lo posible para hallar remedio, pero no tenía ingenieros ni herramientas. Además cualquier pérdida material era preferible a una pérdida de tiempo. Hubo muchos días en que las tropas no tenían nada para comer, pero la frugalidad de los llaneros ayudó a resistir todas las vicisitudes. Cuando Bolívar llegó al pie de las cordilleras a fines de junio, escribió a Páez: “Las operaciones del ejército, hasta ahora, se han reducido a marchar a través de territorios amigos: Después cruzamos con éxito el Arauca y todas las corrientes navegables desde allí hasta el Pore; creo que el obstáculo más importante de nuestra empresa ha sido superado. Pero a la vista de los nuevos riesgos que aparecen cada día y que se duplican a nuestro paso, casi desespero de acabar con esto. Sólo una constancia que supera toda experiencia y nuestra determinación de no detener un plan que encontró la aprobación universal, me ha permitido conquistar estos caminos”⁶⁴⁰

Bolívar no estaba equivocado. La conquista de esta región, que según Santander era más un pequeño mar que tierra firme, no constituía el problema mayor. Desde el 22 de junio en adelante, el ejército encontró un obstáculo que parecía insuperable. Poderosa e inaccesible, la cadena de Los Andes asomaba ante sus ojos. Las pocas huellas habían sido barridas por las lluvias. Los Andes eran considerados imposibles de traspasar en esa época del año. Además el inconveniente de transportar el material no era el único ni el peor. Surgió la resistencia psicológica, que era más difícil de combatir.

El ejército de Bolívar estaba constituido casi completamente por hombres de tierras cálidas, no habían soñado nunca que algo como esas

639 O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, págs. 401-402. Cortés Vargas: *De Arauca a Nuchía, campaña libertadora de 1819*, Bogotá, 1919.

640 O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 404-406. *Cartas Santander*;: Vol. I, pág. 55.

montañas existiese, y su sorpresa aumentaba con cada paso que daban. Con cada pico que alcanzaban, pensaban que el ascenso había terminado, y que tenían por delante una tierra comparable con la propia. Pero en lugar de los llanos que esperaban, había nuevos abismos y nuevas y más elevadas alturas. Roca sobre roca las cimas alcanzaban el cielo; sus picos más altos se perdían entre la niebla y las nubes. El hombre primitivo se siente indefenso cuando a su alrededor se producen cambios repentinos. Todas sus fuerzas son fuerzas naturales, y sólo con energías espirituales y morales puede ajustarse a las exigencias de nuevas formas de existencia. Estos pastores intrépidos que nadaban por corrientes tumultuosas, que luchaban con tigres y cocodrilos, se sentían intimidados a la vista de una naturaleza todopoderosa.

Con cada nuevo ascenso la temperatura disminuía. Los sentidos perdían su actividad y el cuerpo su movilidad. Caballos que podían correr sin herraduras por los llanos, caían en los caminos resbalosos. La comida no era apropiada y morían en grupos. Los animales que transportaban los cañones y las municiones caían y bloqueaban el camino para aquellos que los seguían. La lluvia caía a torrentes y el agua fría causaba una especie de disentería en muchos soldados. Después de cuatro días de marcha a través de las montañas, casi todos los vehículos eran inútiles. El ganado moría, y todo parecía conspirar para causar el fracaso de Bolívar. los venezolanos se hicieron pendencieros. ¿Qué les importaba a ellos la Nueva Granada y estas montañas dejadas de la mano de Dios? Pero Bolívar era inflexible. Una y otra vez logró animar a las tropas. Les hablaba de la gloria que les esperaba, de lo mucho que obtendrían una vez que llegaran a las tierras altas. Los soldados le creían y siguieron marchando.⁶⁴¹ Finalmente encontraron al enemigo el 27 de junio. La tercera división del ejército de Su Majestad Católica, estaba estacionada en Nueva Granada y Morillo la había puesto bajo el comando del joven coronel Barreiro.⁶⁴²

Morillo consideraba dos puntos de Nueva Granada como estratégicamente vitales: la capital, Bogotá, y el puerto de Cartagena. Por consiguiente las tropas estaban dispersadas a través de las regiones montañosas. Bogotá sólo podía ser conquistada desde los llanos. Los Andes que se elevaban allí a una altura de cinco mil metros, eran sus defensas naturales. En esta situación, Barreiro había dispuesto sus cinco mil hombres. Había cometido, sin embargo, tres errores en sus cálculos.

641 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 561.

642 Rodríguez Villa: Vol. III, pág. 499. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. II, pág. 596.

En lugar de concentrar sus fuerzas en los lugares más importantes, las había diseminado a lo largo de una dilatada línea. Además, no sabía como organizar un servicio de inteligencia que pudiera informar de los movimientos de un ejército invasor, por lo que estaba obligado a andar a tientas en la oscuridad para adivinar por dónde irrumpiría el enemigo.

Su tercer error consistía en el lugar elegido para sus cuarteles. Barreiro se había establecido en Tunja, capital de la provincia de Boyacá. Pero Tunja estaba a muchos kilómetros del frente. Si hubiera elegido, en cambio, una pequeña ciudad en la vecindad del camino para su cuartel, la campaña hubiera tenido resultados muy diferentes.⁶⁴³ El número de sus soldados y equipos y armas era muy superior al de los patriotas, y su posición en lo alto de las montañas era invencible. Un ejército mucho más pequeño hubiera sido suficiente para rechazar al enemigo que ascendía.

El primer encuentro demostró el ardor de los patriotas. La vanguardia de Santander encontró un grupo español de 300 hombres cerca de Paya. Los monárquicos habían ocupado una posición fortificada y los patriotas la saltaron y los alejaron. Desde un punto de vista psicológico, este éxito inicial fue de gran importancia. El ánimo del ejército, disminuido por el esfuerzo y el cansancio, se hizo más confiado. Era el momento inspirado para llamar a las gentes del país a tomar parte en la lucha por la libertad. Bolívar hizo su primera proclama en el suelo de Nueva Granada. “Vosotros sois patriotas; vosotros sois justos. Vosotros volveréis contra los españoles aquellas armas que os fueron entregadas para convertirlos en vuestros victimarios.”⁶⁴⁴ Después del primer encuentro, Bolívar era completamente optimista. Aunque sabía que Páez le había fallado nuevamente, escribió al general de los llaneros: “Estaré en Boyacá en ocho días”.

Antes de preparar la última y más difícil parte del camino, reunió nuevamente a sus generales. Como sabía que unos pocos de sus compatriotas desaprobaban su plan, Bolívar lanzó una nacionalidad en contra de la otra a fin de animarlas para sus elevadas tareas. Les hizo creer que ahora deseaba retirarse. Los de Nueva Granada naturalmente protestaron y declararon que ellos continuarían la guerra por su propia iniciativa. Los venezolanos se sintieron culpables y aseguraron que eran capaces de cualquier esfuerzo que los otros pudieran hacer. La diplomacia de Bolívar había ganado una nueva victoria y la campaña continuó.⁶⁴⁵

643 París: *op. cit.* págs. 88-89.

644 *Proclamas*: págs. 238-239. Arch. Santander: Vol. II. pág. 163.

645 Restrepo: *H de R. C.* vol. II, pág. 530. Obando: *op. cit.*, 601. Medina: *op. cit.*, pág. 60. Santander: *Apuntamientos*, pág. 14. González: *Santander*. Página 331. Bogotá, 1940.

Los españoles se habían retirado a una posición en un lugar que bloqueaba el único camino considerado transitable en la estación lluviosa. Bolívar estaba decidido a continuar su táctica de sorpresa. Siguiendo el consejo de Santander, eligió el alto camino de Pisba como lugar para cruzar. Aquí, desde la cima de Los Andes podía descender a las fértiles llanuras de Nueva Granada. En las mentes de los españoles esta proeza rayaba en lo imposible. Consideraban las alturas de Pisba como imposibles de pasar, y por esta razón los patriotas no encontraron defensas del enemigo. El 4 de julio, Bolívar llegó al pie de este paso, que se eleva a una altura de tres mil metros.⁶⁴⁶ El camino, casi borrado por las lluvias, estaba resbaloso. En algunos sitios, grandes bloques de piedra habían caído e interceptaban el camino, y los árboles derribados durante el mal tiempo yacían a lo largo del sendero. Los pocos caballos que quedaban murieron al primer día, fue imposible transportar nada excepto los cañones y los soldados debieron arrojar las raciones para cuatro días. La oscuridad que descendía traía aprehensión y desmayo. La lluvia y el granizo caían constantemente, extinguían las débiles llamas de los fuegos del campamento. Soplaban un viento helado y las tropas escasamente vestidas se helaban hasta la médula. Al día siguiente cruzaron el paso montañoso pero cientos cayeron en el camino y murieron de cansancio. La disciplina había desaparecido; mujeres en la agonía del trabajo producida por el cansancio y el ejercicio retardaban la marcha; oficiales abandonaban sus unidades; los hombre exhaustos debían ser sacudido para que no se cayeran dormidos. Con cien hombres en el paso montañoso de Pisba, los españoles podían haber impedido la liberación de la Nueva Granada. Hombres en grupos de diez y veinte caían en el camino.

Bolívar se había adelantado, y dio la bienvenida a sus postradas tropas con la aseveración de que lo peor estaba ya detrás. Pero este grupo de hombres desesperados no necesitaba ser animado. Mirando las montañas que tenían detrás de la niebla marrón, sabían que no había elección posible. Debían triunfar o morir. Ninguna bayoneta española podía ser peor que la experiencia reciente.⁶⁴⁷ A pesar de su actitud valiente, hubiera sido todavía fácil aniquilar a los patriotas. Hasta entonces, sólo dos tercios del ejército habían cruzado Los Andes. La retaguardia con los legionarios británicos estaba mucho más atrás. Afortunadamente, los españoles ignoraban dónde estaba su enemigo. Este cruce secreto de Los Andes permitió a Bolívar otorgar a su ejército una corta tregua.⁶⁴⁸

646 *Geografía económica de Colombia*: Vol.: III, Bogotá, 1936.

647 O'Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 564.

648 O'Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 413. Cartas Santander: Vol. I. págs. 56-57..

El primer lugar al que llegaron los patriotas se llamaba Socha. Se encuentra a quinientos metros debajo del paso, y la cadena de montañas lo protege de los vientos helados. Su pueblo planta cereales, trigo y patatas. Después de la desolación del paso, el pobre pueblo de Socha pareció un oasis a los soldados. Eran bien recibidos por la población, que les daba tabaco, pan y chicha, un brebaje nativo destilado del maíz. Bolívar vio que sus esperanzas no lo habían traicionado. Luchaba ahora en tierra amiga. Con la ayuda de esta gente oprimida, las pérdidas sufridas por el ejército en su lucha con la naturaleza fueron gradualmente reemplazadas. Bolívar no perdió tiempo en reorganizar su ejército. Los soldados desparramados durante el ascenso por Pisba, fueron reunidos y reorganizados en unidades. Una gran parte de sus equipos yacía en el desfiladero, y Bolívar envió a los aldeanos a recogerla. Toda esta actividad continuó, mientras el enemigo se encontraba sólo a la distancia de unos pocos días de marcha; pero la población facilitó a Bolívar la organización de un sistema de espionaje. Pidió a todos los aldeanos que dieran una descripción resplandeciente del ejército patriota. Actuarían, decía él, como si el Espíritu Santo hubiera venido a conquistar Nueva Granada.⁶⁴⁹

Cuando por fin Rooke y Soublette se unieron al ejército, Bolívar los recibió con los brazos abiertos. Rooke todavía encontraba todo maravilloso. Según él, el cruce de Pisba había sido solo una marcha agradable. Bolívar lo invitó a un desayuno consistente en carne asada, pan y chocolate, y Rooke aseguró que éste era el mejor desayuno que había tomado en su vida. Mientras tanto, Anzoátegui, siempre de mal humor, llegó y anunció que un cuarto de la Legión Británica había perecido en la marcha. Rooke, que todavía estaba tomando su chocolate, lo miró y dijo: “Es cierto, pero no merecían nada mejor. Su conducta fue miserable, y la legión sólo ha salido ganando con sus muertes.” Hasta Bolívar tuvo que reír ante esta respuesta. Con hombres como éste, no podía fallar.

Los españoles empezaron a recuperarse lentamente de su sorpresa al saber de la presencia de Bolívar en Boyacá. Barreiro había instalado cuarteles cerca de la línea del enemigo, y con mil seiscientos hombres había ocupado una posición imposible de asaltar, en una roca que controlaba todo el río Gámeza. Bolívar temió que Barreiro hubiera enviado a Bogotá por refuerzos, y dio orden de tomar la posición española. Sus hombres cruzaron el Gámeza bajo el fuego enemigo, pero trataron en vano de realizar un ataque con éxito. Las fortificaciones de Barreiro eran muy

649 O’Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 569. O’Leary: *Doc.*, vol. XVI. pág. 420.

buenas. El general observó con desprecio cómo las andrajosas tropas de Bolívar atacaban: “Estos mendigos nunca nos arrebatarán Nueva Granada.”⁶⁵⁰

El 15 de junio Bolívar convocó nuevamente a un consejo de guerra. Confesó que su plan original había sido forzar la entrada al valle de Sogamoso en un ataque frontal. Como las fortificaciones del enemigo parecían inexpugnables, la única alternativa era flanquear a Barreiro. Bolívar propuso moverse hacia el Sudoeste, cruzar el Chicamocha, y entonces penetrar en el valle de Santa Rosa. Solamente de este modo aumentarían las fuerzas del ejército, pues se le unirían los patriotas de todas partes. El plan fue aprobado y realizado inmediatamente. El cruce del río fue un éxito, y cuando más allá iban los republicanos, mejor recibidos eran.

Después de una marcha de cuatro días, Bolívar mejoró su posición estratégica y materialmente. El enemigo fue flanqueado y Bolívar dominó el valle de Sogamoso. Barreiro se retiró temiendo que su ruta hacia la capital fuera cortada. Envió pequeñas divisiones a las provincias vecinas para levantar a la gente.⁶⁵¹ El 24 de julio todo el ejército de liberación se reunió en la margen izquierda del río Sogamoso. Los españoles permanecieron en la orilla opuesta.⁶⁵² Tanto los monárquicos como los patriotas tenían posiciones que se adaptaban bien para la defensa, pues Barreiro podía obtener refuerzos del interior en un solo día. Bolívar decidió engañar al enemigo. Cruzó el Sogamoso con la intención de atacar a los españoles desde atrás o de obligarlos a abandonar sus posiciones. Barreiro estaba informado de los movimientos de los patriotas y trató de frustrarlos. Los españoles y los americanos se encontraron a las doce de ese día. Bolívar no se hallaba en posición ventajosa; una de sus alas estaba amontonada en el Pantano de Vargas, que dio su nombre a la batalla. Los monárquicos ocupaban las colinas vecinas y, conforme a todas las reglas de la guerra, tenían ventajas. Las seis horas que duró la batalla transcurrieron en ataques y contraataques, con la posesión de la cadena montañosa como objetivo. Un intento de Santander de tomar las montañas no tuvo éxito. Los realistas lo obligaron a descender y

650 O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, págs. 411-413. París: *op. cit.*, pág. 105. M. A. López: *Recuerdos históricos*, pág. 9. Bogotá. 1889. Dousdebes: *op. cit.* páginas 248-251.

651 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. II. págs. 533-537. *Cartas Santander*, vol. I. página 62.

652 París: *op. cit.*, pág. 111. O’Leary: *Doc.*, vol. XIX, (sic) pág. 421.

amenazaron rodear el ala izquierda de Bolívar. en ese momento todo pareció perdido. Bolívar lanzó a la legión Británica, que tomó las montañas con la bayonetas desenvainadas, pero Barreiro desplegó otro contraataque y la rechazó. Finalmente los llaneros decidieron la suerte. Bolívar llamó a su jefe: “¡Salvad la tierra natal!” En un instante los jinetes cayeron sobre el enemigo. Parecía inconcebible que la caballería pudiera atacar en este terreno escabroso, pero sus condiciones de jinetes era únicas. La infantería siguió el ejemplo de la caballería y atacó otra vez. Finalmente la oscuridad dio fin a la lucha.

Considerada como una acción aparte, la batalla del Pantano de Vargas debe ser considerada inconclusa, pero en la suma total de la campaña fue el hecho que provocó el cambio de la situación. El informe que Barreiro envió al virrey ya demostraba quien obtendría la victoria. “La aniquilación de los republicanos—escribía el español—parecía inevitable. Posiblemente ninguno de ellos podrá escapar de la destrucción. Pero la desesperación les da una valentía inigualable. La infantería y la caballería surgieron de los pantanos a los que los habíamos arrojado y comenzaron a trepar los cerros en un verdadero frenesí... Nuestra infantería no pudo resistirlos.”⁶⁵³

Nada había cambiado en la posición de los dos ejércitos, pero mientras Barreiro permanecía donde estaba como paralizado y con el temor de hacer un movimiento antes que le llegara ayuda desde Bogotá, las fuerzas de Bolívar aumentaban.

Sus pérdidas habían sido grandes. La más penosa fue la muerte del coronel Rooke. Durante un ataque con su legión, una bala le destrozó un brazo. Debió ser amputado, y soportó la operación con fortaleza. Cuando el médico, un irlandés, había terminado, Rooke exclamó: “Deme el brazo. ¿Ha visto alguna vez un brazo tan hermoso? El doctor sonrió, pero Rooke insistió. Finalmente tomó el brazo, lo levantó en alto y gritó: ¡Viva la Patria!” “¿Qué país?, le preguntaron. “El que tendrá mi tumba.” Tres días después estaba muerto.⁶⁵⁴

En general, la infantería había sufrido más. Bolívar decidió dar un paso arriesgado. Puso toda la región bajo la ley marcial y ordenó el reclutamiento de todos los hombres aptos. Los indios que estaban acostumbrados a obedecer, fueron a los cuarteles y ofrecieron sus

653 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 571. Blanco: *Doc.*, vol. VII, págs. 7-8. *Archivo Santander*, vol. II, pág. 219

654 O’Leary: *Memorias*, vol. I. págs. 555-556. Blanco: *Doc.*, vol. VI, pág. 719. Hasbrouck: págs. 202-203.

servicios. Aparecieron con achatados sombreros de fieltro sobre sus cabellos, sus ruanas o pañoletas de lana colgando sobre sus hombros. No eran soldados, y costó algún trabajo entrenarlos en el uso de las armas de fuego. Usualmente cerraban los ojos y volvían la cabeza cuando apretaban el gatillo, una costumbre más peligrosa para sus camaradas que para sus enemigos. Pero fue con estos mismos hombres con los que el Libertador luchó más tarde en las batallas de Carabobo y Bomboná. En total vinieron aproximadamente ochocientos hombres.⁶⁵⁵

El 3 de agosto Bolívar cruzó nuevamente el Sogamoso y obligó a Barreiro a evacuar la pequeña ciudad de Paipa. Pretendía establecer sus cuarteles allí y colocar sus tropas en posiciones preparadas. Pero después de la oscuridad dio una contraorden. Furtivamente sacó al ejército de Paipa. Los patriotas marcharon en la noche, pero no tomaron el camino principal. En cambio siguieron un sendero hacia el Oeste. En la tarde siguiente alcanzaron su destino, la capital de la provincia. Bolívar entró en Tunja el 5 de agosto y fue saluido por el pueblo como su salvador. Todo el equipo de la guarnición enemiga fue tomado. Más importante que esta adquisición fue el cambio en la posición estratégica. Bolívar había cortado el contacto de Barreiro con Bogotá. Por tercera vez había logrado flanquear al enemigo. Barreiro se enteró de la captura de Tunja en la mañana del 6 de agosto, y era lo suficientemente soldado como para comprender que la suerte de todo el país estaba en juego. No tenía más pensamiento que escapar de la trampa y dejar abierta su línea de retirada. Como Bolívar mantenía el camino principal ocupado, Barreiro tomó el camino de las montañas. Ambos ejércitos lucharon con sus frentes trastocados. El 7 de agosto Barreiro continuó su retirada. Era claro que quería restablecer contacto con el interior. Bolívar, comprendiendo la táctica del enemigo, dio orden de impedir sus movimientos y si era posible forzarlo a entrar en batalla.⁶⁵⁶ Ese 7 de agosto a las dos de la tarde, ocurrió el encuentro. La situación era ahora opuesta a la existente al comienzo de la campaña. Los hombres de Barreiro estaban cansados con sus largas marchas, pobremente alimentados y habían perdido sus reservas. Los soldados de Bolívar estaban descansados y seguros del éxito. Barreiro iba a cruzar el puente de Boyacá. La posesión del puente significaba el dominio del camino de regreso a Bogotá, pues aquí convergían la ruta dominada por Bolívar y el sendero lateral por el que marchaba Barreiro. Cuando la vanguardia de Barreiro se acercaba al puente, fue

655 O'Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 426. *Cartas*: Santander, vol. I, pág. 63.

656 O'Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 428.

repentinamente atacada por los jinetes patriotas. Creyeron que se trataba de una formación de reconocimiento, y Barreiro ordenó a su vanguardia abrir fuego para limpiar el camino en la marcha de las fuerzas españolas. Pero entonces todas las fuerzas de Bolívar aparecieron en las montañas de los alrededores.⁶⁵⁷ Algunos españoles pudieron cruzar el puente, pero el grueso del ejército permaneció a un kilómetro y medio, en la otra orilla. El único pensamiento de Barreiro era lograr que el resto del ejército cruzara el puente, pero los americanos sabían cómo impedirlo. La batalla que se desarrolló entonces consistió realmente en dos encuentros separados. Santander luchó por la posesión del puente. Anzoátegui estaba a un kilómetro de distancia de las laderas de la montaña, con la mayor parte del ejército patriota. Bolívar llegó al campo de batalla sólo después que el encuentro se había iniciado. Aquí también la suerte fue decidida por los llaneros, que cabalgaron por el ala derecha de los realistas. La infantería española se retiró y la artillería fue desmontada. La vanguardia española, que por entonces había vuelto a cruzar el puente, se rindió cuando vio que la batalla estaba perdida. De los tres mil hombres del ejército realista, mil seiscientos fueron tomados prisioneros. Entre ellos estaba Barreiro y su estado mayor. Todo el equipo de los españoles cayó en manos de los patriotas. El propio Bolívar persiguió al resto del ejército que huía.⁶⁵⁸

La campaña por la liberación de la Nueva Granada terminó con el encuentro de Boyacá. En Sudamérica todavía hablan de la Batalla de Boyacá y la celebran el 7 de agosto de cada año. Ni con respecto a la duración en tiempo ni al número de pérdidas humanas puede este

657 París: *op. cit.*, pág. 123. Restrepo: *H. de R. C.* vol. II. pág. 533. Academia Nacional de la Historia. Contribución al Centenario de la Batalla de Boyacá. Bogotá, 1919

658 Blanco: *Doc.*, vol. VII, págs. 9-10. Dos controversias, una histórica, la otra topográfica surgen de la batalla de Boyacá. Los oficiales del estado mayor colombiano, como París y Vargas, creen que la lucha principal tuvo lugar en la margen norte del río Boyacá, y que sólo la vanguardia española había alcanzado la orilla sur. Restrepo: *op. cit.*, pág. 537, y E. Prieto: *Repertorio Boyacense*, volumen V, núm. 43, creen que toda la batalla se desarrolló en la margen sur. Un examen del campo de batalla hace más probable la primera tesis. La segunda cuestión concierne a Bolívar. E. Otero d'Costa, *El Tiempo*, de Bogotá (24 de febrero de 1936) lanzó la idea de que Bolívar no había participado en la batalla. Los documentos relativos a ese asunto no están muy detallados, tal vez porque se tomó como seguro que el comandante en jefe estaba presente. La participación de Bolívar está confirmada, sin embargo, por el oficial inglés T. E. Wright: *B de H.* Caracas, vol. XX, núm. 79, pág. 305. Ver también Lecuna: *Rev. Bol.*, septiembre-octubre de 1936. Bogotá.

acontecimiento llamarse batalla. Duró sólo dos horas, y los republicanos perdieron sólo trece hombres. Pero fue el último movimiento en un juego brillante de marchas y contramarchas. Fue, como Lenin hubiera dicho, un golpe a un inválido.

Bolívar se dirigió entonces a su último objetivo, la posesión de la capital. Las autoridades españolas dieron todo por perdido. El virrey Sámano, que había terminado de publicar un resonante boletín sobre la derrota de los republicanos, huyó de Santa Fe de Bogotá en la mañana del 9 de agosto de 1819.⁶⁵⁹ Se disfrazó de indio, usando una ruana y un sombrero rojo, y así huyó hacia el río Magdalena. Otros altos oficiales españoles siguieron su ejemplo. Huyeron de la ciudad rápidamente. Muchos fueron a pie, pero todo parecía preferible a exponerse a la venganza de los patriotas. Bolívar, por su parte, había tratado con dignidad a los oficiales españoles que había capturado. Después de la batalla los invitó a su mesa y les aseguró que podían tener confianza en la justicia de los patriotas. Sólo un hombre fue castigado. Entre los españoles había un tal Vinoni, que en 1812 había desempeñado un importante papel en la traición de Puerto Cabello. Bolívar lo reconoció, y el recuerdo del momento más vergonzoso de su carrera militar revivió en él. Hizo colgar al hombre en el campo de batalla.⁶⁶⁰

Por otra parte, el Libertador de Nueva Granada no deseaba venganza ni represalias. Bolívar entró en Bogotá el 10 de agosto de 1819, y ante el asombro de los habitantes desmontó frente al palacio del Virrey. Al día siguiente llegó Santander con la mayor parte del ejército. Al paso de Bolívar a través de la ciudad las masas admiradas lo aplaudían. Una de esas personas que nunca faltan, y que sienten un vivo regocijo al oír su propia voz, se adelantó y dedicó un discurso a Bolívar. Comparó al Libertador con todos los héroes de la historia; eran sólo pálidas sombras frente a Bolívar. el general le contestó con pocas palabras: Gran y noble orador —dijo—, yo no soy el héroe que habéis pintado. Emuladlo y os admiraré.” El Libertador se creó un enemigo para toda la vida, su nombre era Vicente Azuero.⁶⁶¹

¿Pero qué significaban las palabras frente a los merecimientos del ejército? En setenta y cinco días, Bolívar había completado su tarea y liberado Nueva Granada. Se puede comparar la campaña con el cruce de los Alpes por Aníbal. Pero Aníbal había preparado sus planes en largos

659 Groot: *op. cit.*, vol. IV, apéndice 3.

660 O’Leary: *Memorias*, vol. I, pág. 575.

661 Blanco: *Doc.*, vol. VII, pág. 16.

años de esfuerzo, y el trópico exige más severamente a los hombres que el suave Mediterráneo. En 1817 San Martín cruzó los Andes en el sur del continente, pero él también había podido preparar su ejército durante dos años. En la campaña de Bolívar todo se hizo improvisadamente, y su incansable genio halló remedio para todas las situaciones.

Considerada como hazaña estratégica, la campaña de 1819 fue extraordinaria. Indudablemente Bolívar aprendió de Napoleón. Las tres máximas de Napoleón las tomó como propias: destrucción del ejército enemigo, captura de la capital, conquista del país. Separadamente, las acciones de 1819 no pueden ser presentadas como grandes batallas, pero el plan en conjunto era extraordinario. Como Bolívar sabía que era inferior a sus oponentes en número y equipos, debió operar por sorpresa y engaños para compensar estas debilidades. La campaña de 1819 es la historia de tres estratagemas. Cada una de ellas acercaba más a los españoles por destrucción, hasta que al fin, el 7 de agosto, cayeron en la trampa como bestias espantadas.

Los pequeños ejércitos que lucharon por la libertad americana en 1819 podrían engañarnos y hacernos menospreciar sus merecimientos. El mundo moderno está acostumbrado a ejércitos de millones de hombres. Pero los merecimientos históricos no descansan sobre el número de hombres implicados. Robert Clive logró un imperio con un puñado de hombres. Sin embargo, en la India los británicos sólo destruyeron un régimen para establecer otro; Bolívar preparó una era de libertad para su continente. Ese año de 1819 liberó a un hemisferio de sus cadenas. Después de innumerables esfuerzos Bolívar hizo realidad lo que había escrito en 1815: “El hombre débil necesita una larga lucha para vencer. El fuerte da un golpe, y un imperio desaparece.”

XXI

LA GRAN REPÚBLICA COLOMBIANA

“En un sólo día Bolívar, destruye los frutos de una campaña de cinco años, y en una batalla reconquista todo lo que habíamos ganado en innumerables encuentros” exclamó Morillo cuando se enteró de la derrota española en Boyacá.⁶⁶²

Bolívar se enfrentaba, ahora antes que nada, con la creación del Estado comenzada en Angostura. Desde febrero a agosto de 1819, fue solamente un general; llegaba el momento de recordar que era también Presidente de la República. Anunció su programa para la República de la gran Colombia formada por la unión de la Nueva Granada y Venezuela.⁶⁶³

La devastación de la guerra casi no había alcanzado a Nueva Granada . el odio de los españoles se volvió sólo contra la *élite* intelectual y moral de este país; quinientos de sus mejores hombres habían sido fusilados, pero era interés de Morillo el proteger este territorio para usarlo como depósito de provisiones mientras luchaba en la devastada Venezuela. Durante tres largos años de opresión, el pueblo de Nueva Granada había aprendido a apreciar la bendición de la libertad, que en otros tiempos había creído asegurada. Se había recuperado de los sufrimientos y tribulaciones iniciales de la revolución. La época que vio nacer una guerra civil por principios constitucionales, el tiempo de la *Patria Boba*, la tontería de la tierra natal, había terminado. Mientras el proceso de desarrollo de la adolescencia a la madurez en Venezuela estuvo acompañado por esfuerzos sangrientos y sacrificios anónimos, la vida normal de los habitantes de la Nueva Granada había cambiado poco. Continuaron practicando sus pacíficas costumbres; bebían chocolate, fumaban tabaco, concurrían a misa y no variaron el carácter irónico de su conversación, un rasgo por el que eran bien conocidos. Pocas de sus ciudades habían sufrido. Una pequeña industria textil había florecido en El Socorro; en Antioquia, las minas continuaban produciendo oro. Una fuente de dinero, que Montecuculi ha dicho es el alma de la guerra, fue lo que halló Bolívar en Nueva Granada . Después de practicar durante años una economía basada en trueques manejaba ahora millones de pesos, y decidió obtener todo lo que pudiera del país. La libertad tiene su precio, y él sabía que los hombres, a gusto o no, lo pagarían.⁶⁶⁴

662 Rodríguez Villa: Vol. IV, pág. 49

663 *Cartas*: Vol. II, pág. 110

664 *Cartas*: Vol. II, pág. 110.

Los salarios de los empleados civiles fueron reducidos a la mitad. Las propiedades de los españoles que se habían adherido a la causa del rey, así como las de los americanos que habían emigrado cuando las legiones republicanas se acercaban, fueron confiscadas. Bolívar exigió que el clero pagara sus diezmos al tesoro del Estado y aclaró también que esperaba de ellos contribuciones voluntarias.⁶⁶⁵ El prudente Santander le aconsejó proceder con cuidado. Comprendía que los impuestos españoles habían exasperado más al país que el fusilamiento de quinientas víctimas inocentes. Pero Bolívar tenía un concepto distinto del hombre y su destino. Respondió a Santander: “Para llevar a cabo una empresa sin ninguna ayuda es necesario tomar medidas enérgicas, aunque sean desagradables. Recordad los medios arbitrarios que usé para conseguir los pocos éxitos que nos han salvado. La experiencia me ha enseñado que se debe exigir mucho para obtener poco.” Y otra vez: “No podemos pagar viejas deudas, pues estamos creando una nueva República, no tratando de resurgir la vieja. Esta ya no es la patria boba, sino la tierra de los americanos.”⁶⁶⁶

Dinero, armas y hombres era lo que necesitaba, y sacudidos por una nueva ola de entusiasmo, muchos ofrecieron sus servicios y prestaron ayuda activa. Bolívar quería aun más. Otra vez deseaba unir independencia con libertad y continuó el plan de crear un nuevo ejército con esclavos emancipados. A cambio de dos años de servicio los esclavos obtendrían la completa libertad. Santander aceptó la idea de mala gana. Su punto de vista era el de los hombres de las clases pudientes, que miraban al esclavo, no como a un ser humano, sino como a una cosa, y que no deseaban renunciar a sus antiguos derechos sobre las clases de color. Bolívar era más generoso y previsor. Una nueva raza de hombres, la raza americana, iba a emerger del cruce de la guerra. Bolívar sentía que era completamente ilógico, que hombres de sangre europea fueran sacrificados para que los hombres de color fueran libres para gozar de la independencia del continente americano. Escribió a Santander con este pensamiento en la mente. “¿Hay mejor medio para alcanzar la libertad que luchar por ella? ¿Es justo que hombres libres mueran para libentar a los esclavos? ¿No es significativo para estos esclavos ganar sus derechos en el campo de batalla? ¿Y no es de algún valor que su amenazante número vaya siendo materialmente reducido por métodos fuertes y legales? En

665 O’Leary; *Doc.* vol. XVI, págs. 435, 453, 460.

666 *Cartas*: Vol. II. págs. 112, 113. *Cartas*: Vol. II. pág. 115, del 8 de noviembre de 1819.

Venezuela vimos morir a la población libre y vivir sólo a los esclavos. Yo no sé si esto es política, pero, a menos que hagamos uso de los esclavos de Cundinamarca, lo mismo ocurrirá otra vez. Repito, por lo tanto... mis anteriores instrucciones.⁶⁶⁷

La ejecución de estas órdenes sólo podía llevarse a cabo si el país estaba militarmente ocupado y debidamente administrado. La primera de estas dos consideraciones era la más inmediata. Aun antes del 7 de agosto, Bolívar había enviado pequeñas divisiones a las provincias fronterizas de Pamplona y Socorro, que unen Venezuela con Nueva Granada. El paso de Cúcuta, donde existe un camino montañoso entre los dos países, era todo lo que los españoles dominaban en esta zona. En el Oeste, la conquista de la provincia de Antioquia fue un asunto fácil. Había sido encomendada al joven coronel Córdoba, uno de los talentos más audaces del ejército republicano. Los republicanos avanzaron más allá de Antioquia, hasta los antiguos bosques del chocó, en las orillas del océano pacífico. La provincia de Neiva, fuente del río Magdalena, también fue tomada sin dificultades. Todas estas tierras eran ricas en ganado, trigo, patatas, tabaco y también poseían algo de oro y plata.

Así, los españoles habían perdido casi completamente Nueva Granada. El virrey había huido a Cartagena, y los monárquicos sólo podían mantenerse en las regiones fronterizas. Un centro de la resistencia ibérica residía en la costa atlántica, un segundo en Cúcuta y un tercero en la parte sur del país, cerca de Ecuador. La parte del ejército español que no ocupaba la costa atlántica o Cúcuta se había dirigido en la tercera dirección y había tomado contacto con las guarniciones españolas en Quito y Lima. Hasta el clero del Sur se había movilizado a favor del rey. El obispo de Popayán llamó traidor a Bolívar y excomulgó a todos los que lucharon por la causa de la libertad. Pero el ejército republicano avanzaba constantemente hacia el Sur. El fértil y hermoso valle del Cauca se abría ante él. Tomó Popayán, cuna del idealismo patriótico donde nacieron Camilo Torres y Caldas. Pero las montañas que separan Ecuador y Colombia permanecían en manos de los monárquicos, y era obvio que la lucha por estas provincias sería larga y dura. Este hecho afectaba un poco la integridad de la victoria de Bolívar. Dos meses después de la batalla de Boyacá, nueve provincias que estaban bajo el dominio del rey fueron liberadas.

Casi un millón de hombres estaban a disposición de Bolívar, así como un vasto territorio dividido por tres cordilleras. Y ahora surgió el problema

667 *Cartas*: Vol. II, págs 151-152, 180. O'Leary: *Doc.*, vol. XVII, págs. 169-170. J. M. Rivas Groot: *páginas de la historia de Colombia*. Bogotá. 1909.

político. Los planes de Bolívar eran simples. Al frente de cada provincia colocó un gobernador militar a cuyas manos confió todo lo que afectaba la seguridad de la causa. El ayudante del gobernador era un civil denominado gobernador político, que estaba a cargo de los asuntos internos. Bolívar permitió que la organización municipal siguiera rigiendo como la habían establecido los españoles. Las ciudades habían demostrado ser la columna vertebral del movimiento por la independencia durante todo este período; por consiguiente, el sistema español de impuestos continuó en vigor por el momento. Sabemos que esto no fue adecuado, pero en un momento en que era necesario obtener el máximo de entradas para las arcas del Estado, cada cambio originaría la reducción de las entradas. Bolívar trató de que gradualmente los patriotas reemplazaran a los funcionarios españoles, pero no pudo impedir desfalcos y derroches de los fondos públicos.⁶⁶⁸ “Todos —escribía— son enemigos de los fondos públicos, algunos porque son unos villanos y otros porque son honestos... Una vez que estemos seguros, todos ellos pueden pagar o robar, no me interesa. Las tormentas son menos peligrosas en un puerto”.⁶⁶⁹

Sólo los tribunales indispensables fueron establecidos. Bolívar dejó la jurisprudencia local a los alcaldes y jueces, como lo establecía la ley española. Creó una Corte de Apelaciones y mantuvo la Corte Suprema con sede en Bogotá.⁶⁷⁰ No descuidó el problema de la educación, “la base más segura para la libertad de los hombres.” La República tomó a su cargo la instrucción de los huérfanos y necesitados cuyos padres hubieran caído en las batallas. Toda esta tarea, trabajo de unas pocas semanas, atestigua el sentido de la realidad que poseía Bolívar. planeaba fundir a Venezuela con la Nueva Granada en la Gran República Colombiana, pero sabiamente se abstuvo de tratar de igualar la administración de los dos países. Sabía que cada administración correspondía a las peculiaridades de sus propios pueblos.

Bolívar estaba altamente capacitado como organizador de planes de largo alcance, pero no era un hombre para trivialidades ordinarias. El trabajo sobre su escritorio, confesó, era un martirio para él. Pero aunque hubiera deseado sacrificarse en esta forma, asuntos más importantes le hubieran impedido enterrarse bajo pilas de papeles. Bolívar necesitaba un representante en Bogotá; por ello instituyó el cargo de vicepresidente

668 O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 434, 458. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. II. págs. 542, 549. Blanco: *Doc.*, vol. VII, pág. 59.

669 *Cartas*: Vol. II, pág. 121.

670 O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 462-463.

de Nueva Granada , y designó al general Francisco de Paula Santander para ese cargo. Ésta resultó ser una de las decisiones más importantes de su vida. La carrera militar de Santander, como señaláramos, fue a la vez impresionante e importante y en reconocimiento a ésta Bolívar lo había hecho general de división.⁶⁷¹ Pero Santander no era ni un soldado nato ni un oficial capacitado. Los hechos revolucionarios lo habían obligado a desempeñar estos papeles. Realmente, Santander era un jurista. Nacido en Villa del Rosario, cerca de Cúcuta, en 1792, pertenecía a la casta de los Hidalgo. Su ciudad natal, en la frontera entre Venezuela y Nueva Granada, tuvo una fatal influencia sobre su pensamiento y sus sentimientos. Santander era un hombre de la frontera, como Barrés y Poincaré en Francia; la clase de hombre que refleja claramente las cualidades y defectos de su país.⁶⁷² Pasó trece años en la casa de su padre y entonces fue enviado a Bogotá al famoso colegio San Bartolomé. Allí estuvo bajo la tutela de su tío, el canónigo Nicolás Omaña. La estricta disciplina de las reglas sacerdotales fue más tarde un componente de su vida. Fue un buen estudiante, aplicado y consciente, y así fue toda su vida. Continuó su capacitación en Bogotá, estudió leyes y ganó una beca debido a su habilidad en la materia. Bolívar le escribió una vez: “Sois el hombre de la ley”, y en esta aseveración describía verdaderamente a Santander. En las oscuras celdas de San Bartolomé, con su atmósfera de claustro, Santander empapó su alma de esa ciencia que tan a menudo “encuentra que la razón no tiene valor y que la virtud se convierte en vejación.” Se convirtió en el hombre de la ley.⁶⁷³

Entonces llegó la revolución y arrastró al muchacho de veinte años, que apenas había completado sus estudios, al remolino de la anarquía. Su carrera como soldado no fue siempre feliz. Sería ridículo negar el valor personal de Santander, pues no tenía necesidad de lanzarse a las primeras líneas del ejército republicano combatiente y luchar cuanto todo parecía perdido. Debe admitirse que Santander carecía de esa valentía física que sólo podía inspirar respeto entre los feroces guerreros de los llanos. A los jinetes de Páez les parecía lejano e intelectual. Se negaron a obedecer sus órdenes y recibió muchos desaires e humillaciones. Soportó todo esto, pero al mismo tiempo fue creciendo su resentimientos contra los venezolanos.⁶⁷⁴

671 O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 456. *Archivo Santander*, vol. II, pág. 251

672 *Archivo Santander*, vol. II, pág. 403. Pachero: *op. cit.* F. González: *Santander*, pág. 47.

673 L. A. Cuervo: *La juventud de Santander*. Bogotá, 1936. L. García Ortiz: *Estudios históricos*, Bogotá, 1938. *Archivo Santander*: Vol. I, págs. 1-2.

674 Urdaneta: *Memorias*, pág. 103.

Sólo se comprendió la capacidad de Santander cuando su camino lo llevó hasta Bolívar en 1817 y después de que, poco a poco, logró recuperar la confianza que había perdido en 1813. Bolívar comprendió dónde residía la capacidad de Santander y cómo podía ser mejor utilizada. Santander había cumplido extraordinarias proezas en la batalla de Boyacá, pero Anzoátegui y Soublette eran sus oficiales superiores. Por otra parte, nadie podía superarlo en un escritorio. Era un trabajador infatigable; veía todos los detalles de una empresa, escribía cartas todo el día; informes, órdenes, leyes. Fue muy acertado que Bolívar lo llamara a la vicepresidencia.

Hay quienes sostienen que Bolívar afiló de esta manera la daga que más tarde iba a cortarle el corazón. Estas vanas sospechas pasan por alto las complicaciones de los hechos históricos. La amistad de Bolívar con Santander es una de esas trágicas relaciones que siempre existen entre los grandes hombres. Sus caminos parecían unirse después de la primera divergencia, pero los caprichos de la suerte humana no tienen la constancia de aquellos cuerpos celestes que comúnmente se dice guían su destino. Santander era el centro de su propio universo. Era difícil que se contentara con convertirse en una estrella menor en la constelación americana; ni su carácter ni su herencia histórica lo capacitaban para ese papel. El lento distanciamiento entre los dos hombres pertenece a otro capítulo. En este momento Santander era la elección lógica de Bolívar.

Es difícil apreciar al hombre Santander, pero no puede dejar de reconocerse su talento. Era indudablemente cruel; por orden suya fueron fusilados a sangre fría prisioneros de guerra a los que personalmente había invitado a su mesa. Hasta presencié las ejecuciones y gozó con ellas. Cuando cierto líder monárquico fue capturado, escribió: “Me traen al famoso Segovia, desde Neiva ; lo celebraré en la plaza pública”⁶⁷⁵ Pero aunque constantemente se permitía tales crueldades, siempre esperaba que Bolívar lo protegiera. Temía a las responsabilidades, y hacía todo lo posible por parecer intachable. El espíritu de una ley no significaba nada para él, mientras la letra fuera respetada. No buscaba justicia, tal vez ni siquiera derecho. Las órdenes escritas y su ejecución eran sus únicos preceptos.

Tenía muchos amigos y no abusó de ellos, pero a través de sus cartas el lector puede apreciar un sentido de frío cálculo en sus relaciones con la gente. Nunca dio pruebas de querer a alguien más que a sí mismo y al poder. Amaba el dinero. En contraste con la extravagancia de Bolívar,

675 Cartas Santander: Vol. I, pág. 78. Ver García Ortiz: *op. cit.* pág. 157.

Santander ostentaba frugalidad y economía. La perspectiva de obtener mayor paga le encantaba más allá de toda proporción, y en su testamento mencionaba hasta las más pequeñas cantidades que se le debían, e indicaba que debían ser cobradas después de su muerte.⁶⁷⁶ Una mirada a su perfil es todo lo que se necesita para mostrar lo que realmente es: rasgos nobles nublados por la pasión, cejas bien marcadas, ojos sombríos, labios estrechos, un rostro que repele a la vez que atrae. Pero no se puede olvidar esta atracción ni subestimar su poder, porque eran significativos.

Fue realmente Santander el que hizo posible el futuro éxito de Bolívar. Los historiadores colombianos lo llaman “el organizador de la victoria.” Llamó a cooperar al clero, los soldados, comerciantes y granjeros. Cuando asumió la vicepresidencia, dijo: “Juro que Nueva Granada nunca más será separada de la lista de pueblos libres.”⁶⁷⁷ Y cumplió su juramento. Estableció los fundamentos para un gobierno leal y afirmó el camino para una era democrática en Colombia. Pertenecía a esos espíritus que guiaron la revolución fuera del caos y hacia el control legal. No fue poco conseguir esto en medio de un mundo disociado y sin ley.⁶⁷⁸

Durante los primeros años Santander cumplió fielmente las órdenes de Bolívar. Ocasionalmente debió retardar los asuntos. Era por naturaleza más prudente que Bolívar. Los viejos y los fanáticos merecían su consideración, y él suspiraba cuando Bolívar parecía exigir demasiado de él y de su país. En conjunto, sin embargo, hacía lo que se le pedía, y Bolívar estaba satisfecho. En los seis años que siguieron a su nombramiento, fue a él a quien el Libertador dirigió la mayor parte de sus cartas, y éstas muestran una confianza y una franqueza que no pueden ignorarse. Bolívar no estaba ciego, sin embargo, respecto a las flaquezas de Santander. Sabía de su avaricia por el dinero; sabía que no siempre Santander actuaba abiertamente.⁶⁷⁹ Pero las críticas de Bolívar eran benévolas. Mientras tuviera un colaborador fiel en el hombre, podía pasar por alto los puntos débiles de su carácter. Bolívar se equivocó, sin embargo, al valorizar las limitaciones de Santander; creía que podría arrastrarlo a la corriente de su propia y profunda fe en la libertad y solidaridad continental. Aquí fue donde Santander le falló. Sus miras nunca fueron más allá de los

676 Testamento de Santander en *B. de H.* Bogotá, vol. IV, pág. 161. García Ortiz: *op. cit.*

677 *Arch. Santander*, vol. II, pág. 292.

678 S. Camacho Soldán: *Escritos varios*, vol. II, pág. 552. Bogotá, 1893. Bolívar y Santander: *Correspondencia*; 1819-20. Bogotá, 1940

679 *Cartas*: Vol. II, pág. 138-170.

límites de Nueva Granada. Este defecto de Santander apenas se notaba en 1819, y Bolívar confiaba en él implícitamente. Cuando le confió la jefatura en asuntos políticos, dijo a los habitantes de la Nueva Granada: “En Santander os dejo a un segundo Bolívar.”⁶⁸⁰ Este cumplimiento no iba dirigido a Santander como estadista, sino a Santander como representante del pueblo cuyo favor Bolívar trataba de ganar. Su primer pensamiento era ahora unir Nueva Granada y Venezuela. “La unión de Nueva Granada y Venezuela es el ardiente deseo de todos los ciudadanos inteligentes y de todos los extranjeros que aman la causa de América y que la defienden.”⁶⁸¹

El Libertador dirigió este llamamiento a los habitantes de Nueva Granada antes de reunirse con el ejército. El pueblo no deseaba dejarlo partir sin expresarle su gratitud, y el 18 de septiembre tuvo lugar una celebración en honor de la victoria de Boyacá. Bolívar atravesó la ciudad en una solemne procesión seguido por su ejército y todos sus oficiales. Se habían erigido arcos de triunfo al estilo romano; banderas y estandartes pendían de las ventanas; se arrojaban flores a su paso. La procesión hizo un alto frente a la catedral, aquí Bolívar y su comitiva asistieron al tedéum. Se habían levantado gradas en la plaza frente a la catedral. Seis estatuas que representaban las virtudes del dictador fueron puestas en exhibición; veinte jóvenes vestidas de blanco cantaban un himno a su gloria, y una de ellas, cuyo padre había sido decapitado por los españoles, le entregó una corona de laurel.⁶⁸² De lo sublime a lo ridículo hay sólo un paso, y Bolívar fue criticado por prestarse a esos excesos de entusiasmo. Es difícil, en verdad, hallar satisfacción en la adoración al héroe en Sudamérica. Parece superficial y vacía, y debemos también admitir que el propio Bolívar no estaba libre del egoísmo y la vanidad. Gozaba con sus victorias y se ensoberbecía cuando el pueblo lo exaltaba hasta el cielo.

Como siempre, Bolívar supo cómo explotar cualquier demostración a su genio. Tomó parte en las celebraciones, jugando con las vanidades nacionales, porque quería ganar este pueblo para sus ideales. Además, la celebración del 18 de septiembre de 1819 fue una despedida.

Entre los últimos actos oficiales de Bolívar en Bogotá, antes de irse, figuró la redacción de una carta al virrey fugitivo. Bolívar había intentado desde muchos antes borrar los recuerdos de la guerra a muerte. Con esto

680 *Cartas*: Vol. II, pág. 121. O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 86-87.

681 *Proclamas*: pág. 240

682 Groot: *op. cit.* vol. IV, pág. 276.

en la mente, ofreció a Sámano un intercambio de prisioneros. Acordó liberar al coronel Barreiro y a sus oficiales si los españoles correspondían con un gesto similar. Pero Sámano no se dignó contestar, y Barreiro fue abandonado a su trágica suerte.⁶⁸³

Bolívar se preparó para volver a Venezuela. Su presencia era requerida en Angostura, porque sólo podría establecer la República Colombiana a través del Congreso. Varios problemas militares reclamaban también su atención. Era imperativo que Nueva Granada estuviese segura y que Venezuela fuese liberada. Después de la batalla de Boyacá, Bolívar había dicho a sus soldados: “Desde el Orinoco hasta las fuentes del Magdalena en Los Andes, habéis arrancado catorce provincias a las legiones de los tiranos. Soldados, propagaréis la libertad desde el Norte hasta el Sur de este continente.”⁶⁸⁴ En seguida partió a cumplir esta arriesgada promesa.

La amenaza inminente para Colombia venía desde Cúcuta, en el Nordeste. Morillo había enviado a La Torre a la frontera colombiana; después del 7 de agosto, Bolívar se le había enfrentado con una pequeña fuerza y tuvo éxito en detenerlo. Mientras tanto, Morillo permanecía inactivo en Venezuela. La estación lluviosa continuaba, y Morillo no se atrevía a poner en movimiento su ejército. No desestimaba el efecto de la victoria de Bolívar, pero por esta misma razón quería evitar enfrentarlo por el momento. Se le había prometido enviar pronto de España un nuevo cuerpo expedicionario. Su llegada haría que las fuerzas realistas fueran otra vez superiores a las de Bolívar, y ésa sería la hora de ajustar cuentas. Esta perspectiva hacía que Morillo no tomara acción alguna contra Bolívar. Nuevamente fue al juego del Libertador, pero cometió dos errores, no sólo porque sus esperanzas respecto a la fuerza expedicionaria fallaron, sino porque subestimó completamente las fuerzas de Bolívar. El ejército republicano hallábase aún en un estado lamentable. En las encrespadas montañas, la caballería, la principal arma del Libertador, era de poco valor, pero la infantería era apreciable. El ejército necesitaba cañones y entrenamiento táctico nuevo para operar en este terreno desconocido.⁶⁸⁵

Bolívar necesitaba tiempo y más tiempo, y esto fue lo que la espera de Morillo le garantizaba. La marcha de Bolívar por las provincias fue una marcha triunfal. “A lo largo del camino, masas de pueblo entusiasmado retardaban mi avance... flores, elogios, coronas colocadas en mi cabeza

683 O'Leary *Memorias*, vol. I, pág. 582. O'Leary: *Doc.* vil. XVI, pág. 455. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. II, pág. 550.

684 *Proclamas*: Pág. 239.

685 *Cartas Santander*: Vol. I, pág. 108

por hermosas doncellas, celebraciones y mil evidencias de aprobación eran los menores presentes que recibí. Los mayores y más queridos para mi corazón eran las lágrimas mezcladas con alegría que caían sobre mí, y los abrazos de la multitud que a menudo amenazaban sofocarme.⁶⁸⁶ Bolívar procuró conseguir por aclamación lo que de otra manera se hubiera logrado por la fuerza. “De esta provincia creo que conseguiré veinte mil pesos.” Esta frase aparece en todas sus cartas.⁶⁸⁷ Nada escapaba a la atención de Bolívar. Un pobre convento fue dotado con las entradas del impuesto a los licores; un sacerdote que se había adherido a la causa española fue relevado de su puesto y obligado a pagar diez mil pesos finos. Todas las entradas del Estado eran enviadas a los cuarteles. Los gobernadores eran responsables ante él, y eran depuestos si no se avenían a sus órdenes. Suspirarían, pero debían procurar lo que el Libertador quisiera. Así, en todas las ciudades y pueblos a través de los cuales fue Bolívar, dejó una huella de respeto y admiración.⁶⁸⁸

La Torre hizo un nuevo intento de atacar Nueva Granada a fines de octubre, pero Bolívar estaba convencido de que no constituía ningún peligro en ese lugar. Un ejército a las órdenes de Urdaneta, estacionado en la frontera, llamado el Ejército del Norte, emprendió la defensa de Nueva Granada.

Con el resto de sus fuerzas, Bolívar se dirigió hacia Venezuela. después de largas semanas, durante las cuales no tuvo noticias de Guayana, el 13 de noviembre recibió numerosas cartas. “Esta importantísima correspondencia me indujo a ir a Venezuela... para impedir que la guerra civil se esparciera... Las fuerzas de La Torre no valen como para que yo me quede aquí y las venza..., pero las intrigas de Mariño y Arismendi requieren toda mi atención.”⁶⁸⁹

Una vez más, Bolívar atravesó el Apure y el Orinoco. Para acelerar su viaje, dejó atrás a su estado mayor, y siguió casi solo hasta Angostura, llegando finalmente el 11 de diciembre de 1819.⁶⁹⁰

La Tercera República que Bolívar había creado en los llanos del Orinoco era una estructura vacilante. Su brillante superestructura descansaba en soportes hechos con materiales tropicales, y, como troncos de bambú, se sacudían con la brisa. Bolívar había entregado el mando en asuntos

686 *Cartas*: Vol. II, pág. 111.

687 *Cartas*: Vol. II, pág. 112.

688 O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, págs. 507-508.

689 *Cartas*: Vol. II, pág. 118

690 O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 536.

políticos a Antonio Zea, un hombre experimentado y culto que había probado su lealtad a la libertad y a Bolívar. Pero éste había sobrestimado el ingenio político de Zea. Este no era el hombre para conducir la nave del Estado a través de la tormenta. Era un buen parlamentario, pero con todas las debilidades que caracterizan al tipo. Inteligente, fatuo, capaz de expresarse, en verdad un orador brillante que se embriagaba con sus propias palabras; sin embargo, algo le faltaba cuando se necesitaban hechos.⁶⁹¹ Los parlamentarios de Angostura sufrían lo que puede llamarse el complejo del soldado de primera fila. Despreciaban a cualquiera que no hubiera matado por lo menos a un español, y Zea no había visto jamás al rostro del enemigo.⁶⁹² Apenas Bolívar abandonó Angostura en febrero de 1819, los elementos rebeldes empezaron a volverse los unos contra los otros. El Congreso estaba aparte, como las limaduras de hierro de las cuales ha sido sacado el imán. Como en tiempos anteriores, la lucha comenzó entre los líderes militares. Antes de marchar hacia el Oeste, Bolívar había ordenado a Arismendi apoyar la expedición hacia la costa Este con todos los medios posibles, y reforzar las tropas de Urdaneta con quinientos hombres. Arismendi explicó que la gente de la isla Margarita no era apropiada para esta tarea, y se negó a cumplir la orden.

Zea ordenó un reclutamiento, y siguieron las hostilidades, acusándose a Arismendi de instigarlas. Se le hizo el cargo de menospreciar la autoridad del Estado, fue condenado y confinado en prisión en Angostura. Este fue un paso dudoso para que Zea lo tomara, respecto a tiempo y circunstancia, pues Arismendi fue considerado un mártir y un héroe de la revolución a través del Este.⁶⁹³ Además, con poco tino, Zea irritó a Mariño para las intrigas. Llegó a Angostura, hizo al Congreso la escena de sus quejas, y se unió a los numerosos partidarios de Arismendi. El objeto inmediato de los ataques de Mariño fue Zea. Pero el vicepresidente era, después de todo, sólo el representante de Bolívar. Los miembros del parlamento empezaron entonces a hablar abiertamente contra el Libertador. Lo acusaron de desertión, de haber abandonado el país sin autorización del Congreso. El rumor confirmaba los cargos. Se esparció el informe de que los españoles estaban por atacar a Angostura. Bolívar, decían, se había llevado el ejército y había dejado a Guayana indefensa. El pánico se apoderó de los habitantes de la ciudad. Había otros rumores de que el Libertador

691 R. Botero: *Zea*. Bogotá, 1945.

692 Larrazábal: Vol. I, pág. 599.

693 Larrazábal: Vol. I, pág. 600. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. II, pág. 557. O'Leary: *Doc.*, vol. XVI, págs. 441, 446. Lecuna: "Guerra en 1819", págs. 102-114.

había sido derrotado y él mismo capturado. Finalmente, los partidarios de Mariño y Arismendi dijeron abiertamente: “Acostumbrémonos, de una vez por todas, a menospreciar a Bolívar. Entonces nos veremos libres de su custodia.”⁶⁹⁴

Las reuniones del Congreso se hicieron cada vez más tormentosas. Los ministros defendían a Bolívar, pero Zea no hizo ningún intento de dominar la situación. La barra en las galerías se unía a los debates. Zea comprendió que su renuncia era la única solución. El 14 de septiembre Arismendi fue elegido vicepresidente y traído en triunfo desde la prisión al Congreso. Tomó el mando y nombró a Mariño comandante en jefe del Ejército del Este.

El horizonte de los rebeldes se nubló por vez primera cuando llegaron las noticias de la victoria de Bolívar en Boyacá. Habían pensado que el Libertador estaba aún lejos, detenido por los problemas de la campaña de la Nueva Granada. Repentinamente, el 11 de diciembre apareció en Angostura. Ninguno de sus enemigos estaba preparado para el regreso del Presidente. Mariño estaba con el ejército y Arismendi en una gira de inspección.⁶⁹⁵

Bolívar llegó como un amigo. Si sentía alguna amargura o desengaño, no dio muestras de ello. Vio a Zea y le aseguró su confianza. También recibió a los amigos de Arismendi como si nada raro hubiera ocurrido. Bolívar necesitaba al Congreso y basaba sus planes en su conocimiento de la psicología de sus compatriotas. Si les dispensaba de la humillación de esta su última traición, serían más accesibles a sus deseos. Así actuó como si estuviera ciego a todo lo ocurrido a sus espaldas. Su análisis de la situación demostró ser correcto.⁶⁹⁶

Tres días después. El 14 de diciembre, Bolívar apareció ante el Parlamento. El Presidente le cedió su lugar, y Bolívar, saludando a los delegados con una profunda reverencia, comenzó su discurso. Este consistió en un apretado informe de la campaña de 1819. En él otorgó todo el mérito de los éxitos republicanos al ejército y al pueblo de Nueva Granada, y agregó que el único deseo de esta región era unir sus provincias con Venezuela. “La unión de Nueva Granada y Venezuela es el objetivo que traté de alcanzar desde mis primeras luchas. Es el deseo de todos los ciudadanos de ambos países, y asegurará la libertad de Sudamérica.

694 Larrazábal: Vol. I, pág. 601. Baralt: Vol. I, pág. 473 ss.

695 Lecuna: “La guerra en 1819”, vol. XXIII, núm. 19. *B. de H.* Caracas, página 335. Blanco: *Doc.* vol. VII, pág. 139.,

696 Larrazábal: Vol. I, pág. 607. O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, págs. 563-569.

Legisladores, ha llegado el momento de garantizar para nuestra República una base segura y firme. Es obligación de vuestra sabiduría tomar esta decisión y establecer los fundamentos del tratado sobre el que se fundará esta gran República. Anunciad esto ante el mundo, y mis servicios habrán sido ampliamente recompensados.”

Cuando Bolívar hubo acabado, Zea se puso de pie. Exaltó los actos del Presidente. “Genio, aseguró, recibirá la recompensa que merece. La nueva República incluirá no sólo a la Nueva Granada y Venezuela, sino también Ecuador.” Otros oradores lo siguieron. Aquellos que hasta el día anterior habían gritado “Crucificadle”, fueron los primeros en gritar “Hosanna”. Bolívar respondió a cada orador. Cuando, finalmente, se nombró una comisión para estudiar los fundamentos de la futura República, Bolívar se puso de pie, hizo nuevamente una profunda reverencia al Congreso y se retiró.

Mientras tanto, Arismendi había regresado a Angostura. Vio que había perdido la partida, y renunció como vicepresidente. Bolívar mantuvo su compostura y habló con Arismendi en la forma acostumbrada.

Tres días después estaba preparando el estatuto que iba a anunciar al mundo la creación de una nueva república, *la República de Colombia*.

El nuevo Estado comprendía tres departamentos que hoy corresponden a las repúblicas de Ecuador, Colombia y Venezuela. Cada departamento tenía su propia capital: Quito, Bogotá y Caracas, respectivamente. Debía fundarse una capital federal, según Bolívar, y el congreso debía elegir el lugar. La parte ejecutiva quedaba en manos del presidente de la República, y en su ausencia se adjudicaba al vicepresidente. Ambos debían ser elegidos por el Congreso existente. Además del presidente y del vicepresidente del gobierno central, había un gobernador y una administración separada para cada provincia. Los gobernadores tenían también el título de vicepresidentes.⁶⁹⁷

En la mañana del 17 de diciembre, el parlamento aceptó la nueva alianza. A la tarde hubo una sesión extraordinaria a la que concurrió Bolívar. Y leyó el documento con voz solemne, besó el pergamino y después lo firmó. Todos los delegados hicieron lo mismo. Entonces Zea se puso de pie y anunció: ¡La República de Colombia ha sido fundada!⁶⁹⁸ Inmediatamente después procedieron a elegir al Presidente. Nadie que no fuera Bolívar podía haber presidido el nuevo Estado, y el Parlamento lo votó para la presidencia unánimemente. Su representante debía ser de

697 O’Leary: *Doc.* vol. XVII, págs. 5, 7, 8.

698 Larrazábal: Vol. I, pág. 614.

Nueva Granada , y la elección recayó sobre Zea. Que Bolívar pudiera hacer nombrar por segunda vez a Zea, prueba lo completo de su triunfo.

Así el Libertador terminó un año de éxitos con un último triunfo, que fue tal vez el más importante de su carrera. Un futuro nacional de grandeza, que sólo podía materializarse en la naciente República Colombiana se erguía ante sus ojos. “En diez años de conflicto y de esfuerzo increíble —escribía a Santander—, en diez años de sufrimientos que casi sobrepasaron la resistencia humana, hemos aprendido a conocer la indiferencia con la que Europa toda y hasta nuestros hermanos del Norte observaron nuestro exterminio. Una de las razones de esta indiferencia fue la multiplicidad de soberanías. La falta de unidad y consolidación, la falta de entendimiento y armonía, sobre todo la falta de importancia, es la verdadera causa del poco interés que nuestros vecinos y los europeos demostraron por nuestra suerte.” “La nueva República tiene recursos e inspirará confianza a los extranjeros —agregó—. Encontrará aliados y con ellos establecerá la libertad para siempre. Colombia tendrá una importancia que Venezuela y Nueva Granada nunca hubieran alcanzado separadas.⁶⁹⁹

La publicación de los estatutos fue recibida con gran entusiasmo en ciudades y pueblos. Bolívar partió para Bogotá, donde podría desarrollar otra vez la nueva idea del Estado, pero su llegada fue anticipada. Santander reunió a los dignatarios que votaron unánimemente por la ley. La gratitud de Bolívar no tuvo límites.⁷⁰⁰

La nueva República era fruto de la mente de Bolívar. Muchos años antes, Miranda había inventado el nombre de Colombia, pero la corporificación de la idea fue obra personal de Bolívar. “La ambición de mi vida fue la creación de una República de Colombia libre e independiente... Lo he logrado. Bendito sea el Dios de Colombia.”⁷⁰¹

No es sorprendente que la actitud de Bolívar, después de estos sucesos, fuera más libre y menos refrenada. El tono de sus cartas cambió. Continuó siendo un maestro en el arte de los llamamientos personales. A Páez escribió simple y objetivamente; a Santander, con lógica y precisión. Pero el tono de sus órdenes se hizo más intenso, y su palabra se convirtió en compendio de ley para ellos. Sus frases adquirieron la sonoridad de un *staccato*, y su ironía emergió con más facilidad. Definió un llamado eclesiástico como “una lluvia de palabras sobre un desierto

699 *Cartas*: vol. II, págs. 125 ss.

700 *Arch. Santander*, vol. IV, pág. 118, Restrepo: *H de R. C.*, vol. III. Páginas 18 ss.

701 *Proclamas*: Págs. 248-249.

de pensamientos.” Ya no era Bolívar el guerrero fanático de 1813-14. Hizo que los prisioneros fueran tratados en forma humana. Los mismos españoles, ante quienes había temblado todo un continente ayer no más, ahora le parecían demasiado insignificantes para luchar. ¿Era él un hombre capaz de atacar a un enemigo que yacía caído y desangrándose hasta morir?⁷⁰² Bolívar no fue nunca más quijotesco que cuando escribió estas palabras, pero no era galantería sólo lo que le movía. Como estadista sentía la profunda sabiduría de las palabras de Virgilio: *parcere subjectis*. Quería perdonar a los vencidos porque los necesitaba, porque la nueva patria los necesitaba. Era necesario también que los nativos monárquicos derrotados se reconciliaran. Si todas las partes reconocían la nueva ley, se garantizaría igual justicia para ellos. “Es necesaria la mayor severidad contra todos los delincuentes sean monárquicos o patriotas, pues la República gana tanto con la muerte de un buen realista como con la de un mal ciudadano. Los delitos son igualmente odiosos en todos los bandos y deben ser condenados. Dejad triunfar a la justicia y la libertad ganará.”⁷⁰³

Este era el credo de la nueva República, pero sólo unos pocos lo entendieron. La mayor parte de los patriotas no podía concebir el Estado para todos los bandos. Cada uno consideraba su propio grupo como al Estado, y Bolívar debió luchar contra este egoísmo. Debía inspirar razón, voluntad y conciencia en la patria que él había conjurado. El estatuto básico estaba creado para unir a las provincias. Pero los lazos eran de papel y cederían bajo el esfuerzo. Por lo tanto, en medio de los planes militares, de los esfuerzos diplomáticos y del trabajo administrativo de todo tipo, Bolívar empezó a organizar el país. “Hemos hecho mucho, pero mucho más queda por hacer.” Sólo él sabía cuán difícil era generar un espíritu de unidad de Estado. ¿No lo habían atacado sus propios camaradas por la espalda? Pero Bolívar se negó a ser confundido por lo que él consideraba asuntos menores y permaneció leal a su política de conciliación. Envió a Arismendi al ejército, donde sus energías encontrarían una salida natural. Mariño debía ir hacia el Oeste, donde su prestigio era menor y donde no constituiría una amenaza para Bolívar. Sólo un suspiro traicionó los pensamientos del Libertador. “Todavía no se qué hacer con este hombre (Mariño).”⁷⁰⁴

Escribió estas palabras de duda a Santander, en quien confiaba más en esa época, pero Santander también lo llenó de perplejidad. Bolívar sólo

702 *Cartas*: Vol. II, pág. 157. Ver también Rourke: *op. cit.* pág. 230.

703 *Cartas*: Vol. II, pág. 140.

704 *Cartas*. Vol. II, pág. 128. O’Leary: *Doc.*, vol. XVII, pág. 13.

había abandonado Bogotá en el otoño de 1819, cuando Santander ordenó la ejecución de treinta y ocho oficiales españoles y de su jefe, Barreiro. Fueron llevados a la plaza pública encadenados, allí fueron fusilados por la espalda. Santander observó las ejecuciones desde la puerta del Palacio de gobierno, pero su placer en el espectáculo sangriento disminuyó ante la conducta varonil y digna de Barreiro. Santander aseguró que los oficiales habían constituido una quinta columna dentro de la República, pero no pudo presentar ninguna prueba de su acusación, y la única razón que puede explicar este hecho es su deseo de venganza. Hay pocas dudas de que los treinta y nueve oficiales murieron en memoria de la sangre sin vengar de Torres, Caldas y los muchos inocentes que los españoles habían fusilado. Santander unió después a la ignominia de este hecho el pedir a Bolívar que lo perdonara. Bolívar no podía hacer esto, pero de mala gana aceptó el hecho consumado. Consideró esta acción de Santander como un grave error, que tenía el peligro de perjudicar el prestigio internacional de Colombia. En realidad, las ejecuciones a sangre fría eran juzgadas severamente en el exterior.⁷⁰⁵

Aún antes de que el nuevo edificio político estuviera terminado, mostraba rajaduras. Surgieron rivalidades entre los venezolanos y los de Nueva Granada. Por el momento eran pequeñeces, pero apuntaban a zonas peligrosas en los hechos por venir. Bolívar estaba desesperado. “Los malentendidos que surgen de la unión que traté de establecer me hacen sufrir las torturas de los condenados. La única razón que me incitó a proponer la creación de la Gran Colombia fue el pensamiento de disipar para siempre las causas del odio, desunión y desintegración. ¡Qué desengaño si éstas se multiplican ahora!”⁷⁰⁶

Por vez primera aparece un signo de melancolía y pesimismo en su mente. Así como una mujer hermosa, en lo mejor de su vida, siente el temor de los años por venir, así este año de triunfo, a los ojos de Bolívar, le presagiaba los peligros del colapso. Un trágico sentido del fracaso comenzó a oscurecer su imaginación. “Estoy decidido —escribió en noviembre de 1819— a decir adiós a Venezuela el verano próximo, y a dirigirme a Chile, Buenos Aires o Lima, para morir... pues doquiera que voy hay desunión y desorden. Pronto vendrá la muerte. ¡Qué pueblo infernal tenemos aquí!”⁷⁰⁷ Y otra vez: “Si triunfamos, he decidido

705 *Cartas Santander*, vol. I. págs. 82, 84-85. O’Leary: *Memorias*, vol. I. pág. 585. O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 515.

706 *Cartas*: Vol. II, pág. 192.

707 *Cartas*: Vol. II, pág. 119.

seguir el ejemplo de Sila, y los colombianos, sin duda, me agradecerán su libertad, como los romanos una vez agradecieron a Sila. Si somos derrotados, no habrá país ni Cortes. Y si muero, pagaré por mi vida.⁷⁰⁸ Y todavía una vez más: “Me he convencido más y más de que ni la libertad, ni las leyes, ni la mejor instrucción, nos puede hacer gente decente..., menos aún republicanos o patriotas verdaderos. Mi amigo, en nuestras venas no corre sangre, sino maldad mezclada con terror y miedo.”⁷⁰⁹

¿Esta América, su América, no era el tonel de las Danaides, en que él puso sus mejores esfuerzos para agotarlos antes de su culminación? Es fácil entender la emotiva confesión que se encuentra en sus cartas de ese año: “Desde que por primera vez fui desde aquí (Cúcuta) a Caracas, estaba firmemente decidido a abandonar mis poderes en el momento en que mi patria fuera libre... esta decisión ha sido cada vez más urgente durante el curso del tiempo y de los acontecimientos, y crece en proporción geométrica cada día. He dicho muchas veces a algunos de mis amigos que estaba en el mar buscando un puerto de refugio donde pudiera ir. La paz será mi refugio, mi fama, mi compensación, mi esperanza, mi fortuna..., en fin, todo lo que tiene valor en el mundo. Ya he proclamado en Venezuela que el primer día de la libertad sería el último de mi gobierno. Nada podrá cambiar esta decisión. Si no me quedara otro medio que la fuga, entonces la huida será mi salvación.”⁷¹⁰. No puede haber dudas de la sinceridad de esta decisión, pues estas palabras fueron escritas no en un documento público o como parte de un discurso parlamentario, sino en una carta privada. Si, Bolívar quería renunciar al poder. Quería sinceramente servir a la libertad. Quería, una vez cumplido su deber, tal vez ser libre él mismo, para vivir, hallar un puerto, lejos de las tormentas, donde pudiera conjurar ese tiempo idílico en el que comenzó su vida. Este era el objetivo por el que luchó, ¿pero podría haber pensado seriamente que era todavía el dueño de su propia vida? No importa cuán profundamente deseara la tranquilidad; debía aprender que el destino es inexorable. El día de la paz todavía no había llegado. Los españoles ocupaban aún grandes zonas de Venezuela, y el estandarte real ondeaba sobre Caracas, Quito y Lima.

708 *Cartas*: Vol. II, pág. 144.

709 *Cartas*: Vol. II, pág. 186.

710 *Cartas*: Vol. II, pág. 192.

XXII

ARMISTICIO

La madurez de un hombre implica algo más que el conocimiento de sus aptitudes y del modo de aprovecharlas, pues une los dones del carácter y de la inteligencia. Lo que fue multiplicidad de actividades en el joven se convierte en unidad de esfuerzo en el hombre. En Bolívar, las cualidades del estadista y del general se funden felizmente. El Presidente es más conquistador; el general, más diplomático.

Absorto en alcanzar una meta cuya lejanía y elevación sólo él conocía, trató más que nunca de obtener la cooperación de la generación que había iniciado el movimiento de emancipación de Sudamérica. Quito, Lima, Cuzco y Potosí quedarían fuera de su alcance en caso de que no pudiera encontrar un grupo de ayudantes y colaboradores que cumplieren sus órdenes. Bolívar podía trazar planes; podía ejercer su influencia y servir de guía, pero no podía hacer todo el trabajo por sí solo. Por eso se vio precisado a buscar entre los enemigos de ayer y los amigos de mañana a alguien que lo asistiese.

Había nacido una gran República entre los océanos Atlántico y Pacífico. Había que presentarla a las potencias del Viejo Mundo y a los Estados Unidos de manera apropiada. Ya no era suficiente con la publicidad de las ediciones semanales del *Correo del Orinoco*. La presentación diplomática era imprescindible. ¿Pero a quién podía enviar Bolívar a Estados Unidos y Europa? ¿Quién conocía las costumbres y los idiomas del Viejo Mundo? Bolívar pensó en Zea. Comprendía que este era demasiado débil para representarlo con eficacia en el gobierno interior, de modo que vio con agrado la oportunidad de enviarlo por el mundo como el primer embajador de la República de Colombia.⁷¹¹ La misión de Zea fue cuidadosamente delimitada. Debía abrir crédito para Colombia en Londres, la bolsa de valores del mundo, y despertar la fe en la solvencia del país. Además, tenía que allanar el camino para el reconocimiento internacional de la República en los Estados Unidos, Inglaterra y Francia.⁷¹²

La misión de Zea no constituyó un éxito completo. Se le había provisto generosamente de dinero, que sin embargo malgastó a tontas y locas.

711 *Cartas: Cartas*: Vol. II, pág. 127.

712 *Cartas: Cartas*: Vol. II, pág. 129. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, pág. 345. Larrazábal: Volumen II, pág. 45.

Consideraba las finanzas del Estado de su peculio particular; que podía compartir con los amigos y compañeros, y prestaba muy poca atención a los pedidos de Bolívar de armas y materiales. Reunió a todos los acreedores de Colombia en Londres y comenzó a negociar arbitrariamente. Les aseguró que consideraba, que la dignidad de embajador no permitía descender a la confrontación de facturas y pagos. Tal procedimiento, decía, sería indigno de su país y del prestigio de Bolívar. Reconocía todas las demandas con magnanimidad. “Mi país pagará todo lo que debe, sin fijarse en el origen de la deuda.” Por supuesto, se aprovecharon de él y le hicieron reconocer muchas deudas ficticias.⁷¹³

Bolívar, que contaba cada peso para mantener encendida la guerra, se desesperó ante las ilusiones de grandeza de Zea. Tampoco se encontraba enteramente cómodo en el campo de la diplomacia. Sus convicciones republicanas no eran de manera alguna inconvenciones. Débil y predisposto a transigir, sugirió todo tipo de expedientes y subterfugios. Propuso que el rey de España reconociese la independencia de los estados sudamericanos. A su vez, los Estados se unirían en federación bajo la presidencia de Fernando VII. Naturalmente, el proyecto resultaba imposible en cada uno de sus detalles. Un violento “jamás” del Libertador lo despertó de este sueño.⁷¹⁴

El fracaso de Zea en el campo diplomático es un ejemplo claro de las dificultades que se le presentaban a Bolívar en la tarea de organización política. Sin embargo, no fracasaron los hombres a quienes recurrió Bolívar. Santander se mantuvo sin desfallecer, y con el nombramiento de Sucre, Bolívar realizó una elección afortunada. El joven general tenía por entonces nada más que veinticinco años. Dos años antes Bolívar le había confiado una misión delicada que había desempeñado con éxito. Cuando, en diciembre de 1819, Bolívar navegaba por el Orinoco rumbo a Angostura, encontró un pequeño bote. “¿Quién va?” preguntó. “El general Sucre”, fue la respuesta. “No hay tal general Sucre”, fue la contraréplica indignada, pues desconocía la designación efectuada por Zea en su ausencia. Sucre aseguró a Bolívar que nunca había soñado con asumir el cargo sin el consentimiento del Libertador, y Bolívar, apaciguado por estas palabras, lo confirmó en su rango. Desde ese instante se habían hecho excelentes amigos. Ahora confió a Sucre el importante encargo de comprar armas.⁷¹⁵

713 Larrazábal: Volumen II, pág. 45.

714 *Cartas*: Vol. II, pág. 387. O’Leary: *Doc.*, vol. XVIII, pág. 481. Larrazábal: Volumen II, pág. 47.

715 *Cartas*: Vol. II, pág. 132. O’Leary: *Doc.*, vol. XVII, pág. 31. O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 67

Desde la victoria de Boyacá, el Estado tenía dinero en efectivo y no se veía constreñido a recurrir al complicado sistema de trueque. No obstante, estaba prohibido vender armas a los rebeldes y, en consecuencia, esta comisión exigía la presencia de un hombre reticente, con mucho tacto, de absoluta confianza y de integridad personal. Sucre mostró su valía. Logró comprar de cuatro a seis mil escopetas y las llevó a Angostura. Después las condujo por el Orinoco, el Apure y el Meta hasta Nueva Granada.⁷¹⁶

Otro ejemplo de la habilidad de Bolívar para ganarse a los hombres es el caso de Mariano Montilla. En 1815 Montilla había integrado el grupo que había impedido que el Libertador entrase en Cartagena. Bolívar y Montilla se encontraron por segunda vez en el exilio, en Haití. Ahora, en 1819, volvieron a encontrarse en Angostura, a donde había llegado Montilla en compañía de Urdaneta. Montilla temía que Bolívar guardase ese viejo rencor, y se mostró tímido y aturdido. Pero Bolívar actuó con cortesía y olvido del pasado. Abrazó a Montilla y lo invitó a su casa. Entre lágrimas, se prometieron mutuamente enterrar el recuerdo del pasado. Bolívar pidió a Montilla que se incorporase a su cuerpo de oficiales. La persuasión fue irresistible y ganó en Montilla un amigo para toda la vida y un colaborador de confianza hasta el momento de su muerte. Montilla fue enviado de inmediato a la isla Margarita para recibir un transporte de tropas irlandesas.⁷¹⁷

Bolívar sólo estuvo en Angostura durante dos semanas de diciembre de 1819, y hacia Navidad estuvo listo para partir de nuevo. Quien había sido impetuoso y violento en la desgracia se volvió más considerado y reprimido a media que llegaban los éxitos. Sus planes para 1820 dependían de muchos y complicados factores. Primero se vio obligado a tener en cuenta a Morillo. El español estaba todavía alerta y acechaba a Bolívar como un halcón. Bolívar también observaba atentamente a su enemigo. ¿Quién tomaría la iniciativa?⁷¹⁸

Bolívar enfrentaba ahora un problema militar y estratégico inmediato. ¿Dónde debía atacar la República: en Venezuela, Nueva Granada o Ecuador? También tenía que decidir en qué podría confiar más, si en la infantería o en la caballería. Sus cartas revelan bastante incertidumbre sobre este particular. Pensó en liberar a Venezuela, pero la idea parecía

716 *cartas*: Vol. II, págs. 139, 174-175, 181, 182, 211 y 232.

717 Larrazábal: Vol. I, pág. 613. Véanse las cartas de Bolívar a Montilla en *Cartas*: Vols. I al IX. *D. de B.*, pág. 342.

718 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 12. L. Duarte Level: *Cuadros de la historia militar y civil de Venezuela.*, pág. 352. Madrid, 1918.

demasiado arriesgada.⁷¹⁹ Asimismo tomó en consideración la posibilidad de un ataque en la costa atlántica de Nueva Granada. Además, había de tener en cuenta la marcha hacia el Sur y la liberación de Quito. Finalmente se impuso la cautela. “El enemigo —escribió a Santander— debe ser dividido, pues dividido podemos destruirlo sin arriesgar el destino de Colombia en una batalla general y quizá fatal. La disciplina es la virtud principal de estas tropas enemigas, como el coraje es la nuestra: pero resulta evidente que aquélla es más útil en la batalla que el simple valor. Es posible que esta demora sea prudente; también puede ser desastrosa, ya que los vaivenes de la guerra no pueden predecirse. Ahora tengo en mis manos el destino de dieciocho provincias liberadas y no me atrevo a arriesgarlo todo a la suerte.”⁷²⁰

Una y otra vez sentía el impulso de hacer algo decisivo, pero un sentimiento de responsabilidad se lo impedía. “Al fin me he resuelto a permanecer a la defensiva en Venezuela y pasar al ataque en Nueva Granada.”⁷²¹ Estas palabras nos dan la clave de su plan de campaña para 1820. Bolívar no deseaba emprender una acción en gran escala, pero como la acción era necesaria, aunque sólo fuese con el propósito de ocultar su debilidad al enemigo, Bolívar se decidió por una estrategia limitada en el territorio de Nueva Granada. El centro de Colombia estaba seguro; el problema se reducía a la liberación de la costa atlántica. Por lo tanto, el modesto programa para 1820 comprendía la conquista de las provincias de Cartagena, Santa Marta y Maracaibo.

Montilla tenía que llevar a los irlandeses desde la isla Margarita hasta la costa norte de Colombia, intentando la invasión por mar. El mismo Bolívar quería ir de Cúcuta al Valle del Magdalena, para liberar de ese modo el río hasta su desembocadura.⁷²²

Bolívar se había decidido por este programa limitado porque en el curso del año esperaba aumentar su ejército en diez mil hombres, y sobre todo, porque su intuición lo inducía a no arriesgar nada en ese momento. El genio dominante que guía e influye en los grandes hombres en sus determinaciones frenó su brazo y le compelió a esperar. La intuición de Bolívar no lo engañó. La victoria lo esperaba. El Gobierno español había observado con inquietud que volvía a encenderse la llama de la rebelión en sus dominios coloniales. En su opinión, Argentina y Venezuela constituían los puntos focales de la Revolución. Ya a principios de 1818

719 *Cartas*: Vol.: II, pág. 123.

720 *Cartas*: Vol.: II, págs. 131 y 132, del 11 de enero de 1820..

721 *Cartas*: Vol.: II, pág. 146. O’Leary: *Doc.*, Vol. XVII, pág. 52.

722 *Cartas*: Vol. II, pág. 136. O’Leary: *Doc.*, vol. XVI, pág. 527.

España se había decidido a enviar una nueva fuerza expedicionaria, pero no se sintió lo suficientemente fuerte para desplegar sola esta política. El rey apeló a los elementos conservadores de la Santa Alianza. Prusia y Austria permanecieron indiferentes, pero el zar puso a su disposición toda una flota. Sin embargo, cuando los barcos de Alejandro I llegaron a Cádiz en febrero de 1818, demostraron ser aptos únicamente para flotar por las aldeas de Potemkin. No eran a propósito para navegar y fueron devueltos a su remitente.⁷²³

En el ínterin, las tropas que ya estaban reunidas y acuarteladas en Cádiz esperaron todo un año para embarcar. Un ejército desocupado concentrado en un lugar es siempre un peligro para la paz del Estado. El ejército se sintió maltratado: los oficiales se quejaron de la paga, reducida e irregular; los soldados, de la comida y del alojamiento. Dentro del cuerpo de oficiales se fundaron organizaciones secretas al estilo de los carbonarios italianos. Los hombres escucharon hablar de lo terrible de la revolución sudamericana: que de la fuerza expedicionaria anterior no había regresado nadie; que la fiebre amarilla, la guerra y el trópico se habían tragado a sus componentes.

El 1º de enero de 1820 el ejército español se rebeló al grito de “¡Constitución y Libertad!” Encabezados por los coroneles Riego y Quiroga, exigieron el restablecimiento de la Constitución de 1812. El movimiento se extendió rápidamente por todo el país y el resto del ejército español. El rey cedió y declaró que estaba dispuesto a restaurar y respetar el derecho. El 9 de mayo juró la Constitución. Quiroga y Riego fueron ascendidos a mariscales de campo, los políticos liberales llamados de la cárcel o del exilio y las Cortes convocadas otra vez. Lo más importante para la independencia sudamericana fue el licenciamiento de las fuerzas expedicionarias.

La desmovilización del ejército invasor fue un acontecimiento de importancia para el triunfo de la libertad en el hemisferio occidental. El 20 de marzo llegaron al continente americano los primeros informes de los hechos. Los periódicos oficiales de Caracas trataron de no dar mayor trascendencia a lo ocurrido y hablaron de una rebelión insignificante. Más tarde llegaron desde Madrid órdenes precisas. Morillo recibió instrucciones de publicar la Constitución y de restablecer la paz mediante la conciliación fraternal.⁷²⁴

723 F. Lucksaldt: *Das Zeitalter der Restauration. Propyaenwletgeschichte*. Vol. VII, págs. 449 ss. W. S. Robertson: *Russia and the South American Independence*, hisp. *Am. Rev.*, mayo de 1941.

724 Larrazábal: Vol. II, pág. 31. Restrepo: *H*

El orgullo, la vivacidad militar, las ideas políticas, todo lo que formaba el carácter del general español recibió con repugnancia tal medida. No obstante, se vio obligado a resignarse a las circunstancias, y los nuevos estatutos fueron proclamados solemnemente en Caracas. Con la publicación de la Constitución, Morillo quedó impotente. Había recibido órdenes del rey y se consideraba legalmente separado del mando. Pero por más que esta medida picase su amor propio, enfrentaba una desgracia aun peor. El ministro real lo urgía a terminar la guerra que estaba arruinando a España. Morillo recibió el encargo de formar una comisión para negociar con los cabecillas de la revolución. Cuando leyó estas instrucciones, dio rienda suelta a la indignación. “Se han vuelto locos en Madrid —gritó—. Me piden que me rebaje a tratar con los mismos hombres a quienes combato. Todo está perdido. Obedeceré, pero desde ahora en adelante no hay que contar con el sojuzgamiento de estas provincias”⁷²⁵ Morillo estaba en lo cierto. Para España, era el principio del fin; para Sudamérica, el fin del principio.

Antes de conocerse en las playas de América todas las ramificaciones de los acontecimientos de ultramar, Bolívar había vuelto a partir. Desde Angostura había ido rápidamente al Apure para entrevistarse con Páez. De allí se dirigió a encontrarse con el Ejército del Norte, que se hallaba todavía en la región de Cúcuta. Pocas semanas después partió para Bogotá, adonde llegó el 4 de marzo. Rourke señala que sólo uno de sus innumerables viajes proporcionaría material suficiente para toda la vida de cualquier hombre del siglo XX.⁷²⁶

El presidente de Colombia llegó en triunfo a Bogotá, aunque todavía tan pobre como cualquiera de sus soldados. Su uniforme estaba raído y andrajoso y no tenía siquiera una muda de ropa interior. Estas necesidades fueron satisfechas por amigos al día siguiente de su llegada. No obstante, y a pesar de su pobreza personal, cuidaba de las viudas y huérfanos y les daba su paga cuando el Estado no tenía fondos.⁷²⁷ El propósito de su viaje a Bogotá fue presentarse como Presidente de los colombianos.

La unión con Santander produjo exactamente los resultados deseados por Bolívar. el vicepresidente le prometió toda la ayuda que Nueva Granada pudiese dar. “Entre usted y yo —dijo Bolívar— hay un intercambio provechoso. Usted me envía mercaderías y yo le devuelvo esperanzas.”

725 Larrazábal: Vol. II, pág. 32. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III. Pág. 48. Díaz: *op. cit.*, pág. 234.

726 Rourke: *op. cit.*, pág. 234.

727 Groot: Vol. IV, pág. 87.

Desde Bogotá retornó al Ejército del Norte. El plan de invadir la costa estaba listo para ser ejecutado. Montilla y Brion ejercían presión desde el mar en Río Hacha y Santa Marta. Una segunda fuerza de combate debía bajar desde el río Magdalena y borrar del mapa al resto de los realistas. Al mismo tiempo se ordenó a una división, que se dirigiese al Sur para preparar la campaña contra Ecuador. Hacia fines de marzo las tres operaciones perseguían el común objetivo de liberar por completo el centro de Colombia estaban bien adelantadas.⁷²⁸ Fue por entonces cuando llegaron al cuartel de Bolívar las primeras noticias de la revolución española. “Qué suerte loca —exclamó—. Las nuevas de España no podrían ser mejores. Nuestro destino está decidido, pues ahora es seguro que no vendrán a América más tropas. Y así la lucha se inclina a nuestro favor.”⁷²⁹

Bolívar decidió facilitar a España la concertación de la paz. Los españoles tenían todo que perder y nada más que ganar en América. En el Senado norteamericano Henry Clay había presentado una moción para que se reconociese a Colombia. Inglaterra se apartaba cada vez más de su reserva y allanaba el mundo parecía decidirse a favor de la libertad americana y en contra de la monarquía ibérica. Bolívar creyó que había llegado el momento de buscar un entendimiento con España.⁷³⁰

Entre los meses de mayo a noviembre de 1820 se desarrollaron dos tipos de actividades. En el frente, la marea de la guerra subía y bajaba alternativamente. Entre bastidores, comenzaban las primeras negociaciones entre la madre patria y sus colonias rebeldes.

En ese momento Bolívar consideraba las decisiones diplomáticas más importantes que las militares, pero era natural que no descuidase por ello la guerra. El conflicto continuó zigzagueante y demostró cuánta razón había asistido a Bolívar para desconfiar del ejército republicano. En el Sur, los patriotas, cuyas líneas habían sido rebasadas, tuvieron que retroceder. El coronel español Calzada atacaba enérgicamente las provincias ya liberadas. Su objetivo era Bogotá, aunque jamás pudo alcanzarlo. Sin embargo, logró sorprender a los patriotas en Popayán y se precipitó por el valle del Cauca hacia el Norte. Entonces los republicanos contraatacaron y lo obligaron a retirarse otra vez a Popayán.⁷³¹

728 O’Leary: *Doc.*, vol. XVII, pág. 69

729 *Cartas*. Vol. II, pág. 157-157.

730 *Cartas*. Vol. II, págs. 161, 194-195. *Cartas Santander*: Vol. I, pág. 112. Restrepo: *H. de R. C.* vol. III, págs. 86-87.

731 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, págs. 17 ss.

La propagación de la influencia republicana se hizo también lenta en la costa atlántica. Sámano, que había sido virrey y encontrado refugio en Panamá, desechó sus temores e intentó la reconquista de la tierra perdida. Envió una fuerza de choque a las provincias de Antioquia y chocó. Aunque ninguna de estas empresas trajo aparejados resultados decisivos, los patriotas fueron detenidos y la situación se anquilosó. Ahora Bolívar comprendió asimismo las obligaciones derivadas de haber liberado Nueva Granada. Lo que más necesitaba era comandantes en jefe. “Con cuatro hombres ocupamos cien mil millas cuadradas, pero hasta ahora carecemos de una fábrica que produzca generales.”⁷³²

Bolívar hubiese querido ayudar desde el interior a la invasión de la costa, pero la reavivación de la resistencia monárquica obstaculizó sus planes. Las tropas de invasión tuvieron que abrirse camino por sí solas hacia el corazón del país. También en este punto no se cumplieron por entero los sueños del Libertador. El 12 de marzo de 1820, Montilla había aparecido con los irlandeses frente a Río Hacha, desembarcado posteriormente, después que los españoles se negaron a aceptar su intimación a rendirse. Quería libertar a Santa Marta y Maracaibo. Pero los irlandeses se amotinaron, exigiendo mejores alimentos y ropas y solicitando ser llevados a una colonia Británica, pues estaban cansados de servir a un Estado que no cumplía con sus obligaciones.⁷³³ Los esfuerzos de Montilla para apaciguar a los rebeldes mercenarios fueron infructuosos, y finalmente decidió prescindir de ellos, antes que la rebelión se extendiese a los americanos. Impartió órdenes de evacuar Río Hacha, pero los acontecimientos no se sucedieron con suficiente rapidez para los irlandeses. Se emborracharon e incendiaron la ciudad, tomaron los barcos surtos en el puerto por asalto y pusieron velas hacia Jamaica. El plan de Bolívar quedó frustrado por el momento. No obstante, felicitó a Montilla por su conducta y le escribió: “Nada de lo que usted me dice de la legión irlandesa me sorprende. Todo puede esperarse de criados que no matan si no reciben su paga. Son como cortesanas que no se entregan antes de obtener su dinero.”⁷³⁴

Bolívar recibió las noticias del fracaso de sus planes con serenidad. Si no podía jugar la carta militar, tenía todavía debajo de la manga su triunfo diplomático. En cumplimiento de las órdenes reales, Morillo había constituido una Junta de Pacificación con sede en Caracas. La

732 *Cartas*: Vol. II, pág. 229.

733 O’Leary: *Doc.*, vol. XVII, págs. 82, 126 y 128. Arch. Santander: Vol. IV, pág. 211.

734 *Cartas*: Vol. II, pág. 229. Larrazábal: Vol. II, págs. 26-27.

junta envió una circular a los líderes de los rebeldes —Páez, Bermúdez, Montilla y muchos otros—, en la que Morillo les hacía saber su deseo de llegar a un entendimiento con ellos. Propuso un armisticio de un mes, en cuyo lapso debía concluirse el tratado final.⁷³⁵

Si Morillo había tenido la esperanza de crear disensiones en el campo patriota, si había contado con que unos aceptaran y otros rechazaran sus propuestas, habría de sufrir un desencanto. El orden político de Bolívar sobrevivió a esta primera prueba. La respuesta de Páez fue característica. Remitió a los españoles al Presidente de la República, de quien era subordinado.⁷³⁶ Inclusive no prosperó un intento de Morillo de negociar con el Congreso de Angostura. Morillo admitió que la clave para llegar a un entendimiento residía en Bolívar: todos los pasos posteriores dependían de la actitud del Presidente de la República.

Bolívar comprendió que cualquier arreglo propuesto por la Corona debía ser, por su mismo origen, una ventaja real para la República.⁷³⁷ Su meta verdadera fue siempre la paz, pero si ésta era inalcanzable, entonces aceptaría un armisticio que incluyese el reconocimiento del Estado recientemente creado. Por lo tanto, por lo tanto, cuando la carta de Morillo llegó a manos de Bolívar, contestó a La Torre, por cuyo intermedio la había recibido: “Con la mayor satisfacción acepto, en nombre del ejército que aquí acampa, un armisticio de un mes de duración que usted propone en nombre del comandante en jefe... Lamento que los delegados del gobierno español hayan tenido que dar tantas vueltas antes de hallar mi cuartel.” Si, continuó, los delegados españoles habían llegado para concertar la paz y sellar la amistad con el gobierno colombiano, y estaban dispuestos a reconocer ese Estado como República independiente, serían recibidos con cordialidad. Si en cambio abrigaban en su mente cualquier otro propósito, se negaría a verlos.⁷³⁸ Bolívar ya había empezado a sentir los efectos climatéricos de sus acciones. En el ejército español comenzaron las desercciones en masa. La creencia en la victoria de Bolívar se afirmaba día tras día en el pueblo de Sudamérica.

Confiado en estas circunstancias favorables, Bolívar escribió a Morillo. Le envió la Constitución de la República. Este estatuto era la única base, dijo al español, sobre la cual podría negociar. Los representantes

735 O’Leary: *Doc.*, vol. XVII, pág. 303. Arch. Santander: Vol. V, pág. 83.

736 O’Leary: *Doc.*, vol. XVII, pág. 304. Páez: *Autobiografía*, pág. 244. E. Restrepo Tirado: “Preliminares del armisticio de 1820”. *B. de H.* Bogotá. Vol. XVI, pág. 166.

737 *Cartas*: Vol. II, pág. 214. O’Leary: *Doc.* vol. XVII. Pág. 232.

738 *Caras*: Vol. II, págs. 213, 222 y 232. O’Leary: *Doc.*, vol. XVII, págs. 260-261. Rodríguez Villa: Vol. IV, págs. 230-232. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 50.

de Morillo no estaban facultados para aceptar este estatuto, pero sí dispuestos a tratar con Bolívar como Presidente de un Estado soberano. Esta concesión agradó tanto a Bolívar que, contra su costumbre, escribió a Santander de su puño y letra describiendo el acontecimiento.⁷³⁹ Sin embargo las negociaciones subsiguientes se prolongaron mucho. Para Morillo era demasiado acordar el reconocimiento de la independencia colombiana sin mayores deliberaciones. Bolívar continuó exhortando a los hombres de los campamentos españoles, a veces con palabras conciliatorias, a veces con amenazas. Mientras tanto, no se apartó de su decisión original; había que firmar un armisticio, no entre los ejércitos, sino entre dos Estados soberanos. Los meses de julio y agosto transcurrieron a la expectativa.

Bolívar comprendió que era muy poco probable que un tratado de paz con España acordase a la República una extensión determinada de terreno, y con mucho tino aprovechó este período de espera para esforzarse por extender sus límites territoriales. En septiembre, realizó un viaje a la costa.⁷⁴⁰ Su ambición era conquistar Cartagena, Santa Marta y Maracaibo. Trató de atraerse a los oficiales españoles ofreciéndoles ascensos en el ejército republicano e incluso también dinero. Este intento de soborno es sorprendente y está en desacuerdo con su carácter. Con todo, los españoles despreciaron sus ofertas y hacia mediados de septiembre Bolívar estaba de regreso en sus cuarteles cerca de Cúcuta.

En el interin, las negociaciones para el armisticio adelantaron poco. Parecían moverse al ritmo de una danza campesina: un paso adelante dos atrás. Al principio, los dos puntos de vista eran tan divergentes que parecía inútil tratar de conciliarlos. Los representantes de Morillo no tenían facultades para reconocer la independencia de Colombia, ni siquiera una independencia *de facto*. Bolívar exigió que los españoles evacuasen los puertos más importantes, pero reiteró su deseo de llegar a un acuerdo. “Entre tanto —proseguía su carta— seguiremos con la guerra.”⁷⁴¹ Bolívar quería demostrar a Morillo que Colombia tenía menos interés que España en la paz. Con este pensamiento decidió atacar por sorpresa las provincias fronterizas de Trujillo y Mérida. Él mismo tomó el mando de esta expedición. Esta marcha sobre un territorio árido fue

739 *Cartas*: Vol. II, pág. 236. Rodríguez Villa: Vol. IV, pág. 207

740 *Cartas*: Vol. II, pág. 246. Vol. II, pág. 246. O’Leary: *Doc.* vol. XVII, pág. 404. *Arch. Santander*: Vol. V, pág. 121. Lecuna: “Guerra en 1820”, vol. XXIV, núm. 95. *B. de H. Caracas*. Pág. 306.

741 *Cartas*: Vol. II, págs. 258-259. O’Leary: *Doc.*, vol. XVII, pág. 406.

ardua. Unas cuantas divisiones se vieron precisadas a regresar; otras se demoraron a la espera de los abastecimientos. La expedición se dividió en pequeñas etapas y el elemento sorpresa estuvo casi enteramente ausente; empero, los planes de Bolívar se cumplieron: tomó Mérida el 2 de octubre y Trujillo el 7 del mismo mes.⁷⁴²

La impresión que produjeron en Morillo estos éxitos fue reforzada por el triunfo simultáneo de las fuerzas republicanas en la costa atlántica. El río Magdalena quedó liberado y Montilla tomó Santa Marta. en Venezuela las deserciones se hicieron más numerosas en el bando realista.⁷⁴³ Influyentes líderes locales se pusieron al servicio del Libertador; cualquier leve brisa parecía impulsar a Bolívar cada vez más cerca de su meta, que vio a su alcance ya a comienzos de noviembre. Envió a Morillo una segunda propuesta meticulosamente estudiada ofreciendo un armisticio de seis meses.⁷⁴⁴ Morillo contestó con una contrapropuesta, pero por primera vez nombró una comisión para llevar a Bolívar su respuesta. Así las negociaciones se aproximaron a una fase más formal y significativa.

Morillo estrechó la distancia que lo separaba de Bolívar y se situó cerca de Trujillo, frente a los patriotas. Trajo con él un ejército que por lo menos igualaba al de Bolívar. la situación del Libertador se estaba haciendo crítica. No podía arriesgarse a dar una batalla, ni tampoco mostrar debilidad, si es que quería firmar un armisticio. Lentamente retrocedió a una posición más favorable, en la que pudiera mantenerse con ventaja si Morillo se seguía acercando.⁷⁴⁵ Durante todo ese período los dos comandantes intercambiaron notas que figuran entre las más destacadas en los anales de la historia. Se explicaron mutuamente las razones de sus desplazamientos; ambos aseguraron que deseaban una pronta reconciliación. Bolívar solicitó a Morillo que detuviese su avance y el español explicó que sus movimientos sólo tendían a proteger Maracaibo. Aquí y allá el lenguaje empleado en las notas se puebla con amenazas enfáticas. “Si Vuestra Excelencia —escribe Bolívar el 13 de noviembre— continúa avanzando, y al hacerlo cree que puede imponer las condiciones del armisticio, le aseguro que no las aceptaré y que Vuestra Excelencia será responsable ante la humanidad y su propio país de la continuación

742 *Proclamas*: Pág., 251. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 72. O’Leary: *Doc.* Vol. XVII, pág. 493.

743 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 60. *Proclamas*: págs. 251-252. Rodríguez Villa: Vol. IV, págs. 244-245.

744 *Cartas*: Vol. II, pág. 266.

745 O’Leary: *Doc.*, vol. XVII, pág. 557. Lecuna: *Guerra en 1820*, vol. XXIV. Pág. 319.

de este sangriento conflicto.” Y era aun más audaz en sus entrevistas personales. Cuando uno de los representantes de Morillo le pidió que regresase a Cúcuta, le replicó: “Cuando Morillo se vaya a Cádiz”.⁷⁴⁶ Tanto Morillo como Bolívar estaban preparados para el fracaso de las negociaciones, pero ambos trataron de impedir que sus planes abortasen. Morillo quería un armisticio porque consideraba perdida la causa de España, y Bolívar lo deseaba porque parecían inestimables las ventajas de un respiro en medio de la lucha. Aparentemente todo se encaminaba hacia un pronto arreglo. Las conversaciones iniciales comenzaron el 21 de noviembre de 1820. Ambas partes hicieron concesiones en materia de límites. El 25 de noviembre se firmó un armisticio que debería alcanzar una duración de seis meses y que incluía todo el territorio de la República Colombiana. Cada una de las facciones en lucha mantendría el terreno que tuviese en su poder en ese momento. En Venezuela se trazaron meticulosamente los límites. Una comisión tendría que establecer las líneas en Nueva Granada. Ambas partes firmantes deseaban contribuir a la humanización de la guerra, como así también a la reconciliación entre los dos países, teniendo en cuenta la posibilidad de una nueva ruptura de las hostilidades. Un segundo pacto reguló el canje de prisioneros de guerra, el entierro de los muertos y el trato a dispensar a los civiles. El acuerdo implicó un intento de hacer que la guerra fuese menos bárbara. Las palabras iniciales hablaban de los gobiernos de Colombia y España y demostraban que en este punto Bolívar había conseguido su propósito principal: el reconocimiento de Colombia como país soberano.⁷⁴⁷

El 27 de noviembre Bolívar y Morillo ratificaron el acuerdo. El tiempo del terror y la destrucción había terminado. En la misma ciudad, Trujillo, y en la mismísima casa en que, siete años antes, Bolívar había iniciado la guerra a muerte, ahora exigía su conclusión.

Morillo había expresado su deseo de encontrarse personalmente con el Libertador, y Bolívar accedió encantado. A mitad de camino entre ambas líneas, se encontraron en el pueblito de Santa Ana. Morillo apareció en el lugar convenido en la mañana del 27 de noviembre, acompañado por un escuadrón de húsares y cincuenta de sus oficiales del Estado Mayor. Lucía su uniforme de gala con todas sus medallas y condecoraciones prendidas en su túnica y lo rodeaban los oficiales de más alto rango. Poco después, el ayudante O’Leary llegó anunciando que el Libertador estaba en camino. Bolívar arribó sin sus tropas, acompañado

746 *Cartas*: Vol. II, pág. 276 y 280. O’Leary; *Doc.*, vol. XVII, págs. 556, 558 y 568.

747 O’Leary; *Doc.*, vol. XVII, págs. 575 ss.

por sólo diez oficiales. “Pensé que mi cuerpo de guardia era pequeño —dijo Morillo— para aventurarme tan lejos, pero mi viejo enemigo me sobrepasó en magnanimidad.” Despidió a sus húsares. Después divisó a Bolívar cabalgando hacia él. “¿Qué! —exclamó—, ese hombrecito con chaqueta azul y sombrero de campaña que cabalga en una mula... ¿es Bolívar?” Apenas había vuelto de su asombro cuando el hombrecito se detuvo. Ambos desmontaron y se abrazaron. La comida estaba preparada y Morillo invitó a cenar a Bolívar.

La escena que entonces se desarrolló tiene el color y la resonancia de un cuento medieval. En ambas partes se encendió el espíritu de la caballería. Cada uno trató de sobrepasar al otro en generosidad. Hablaron de diez años de guerra, de heroísmo, de constancia y de sacrificios por ambas partes. Cada uno esperaba que las hostilidades hubiesen terminado para siempre. En caso de que surgiesen dificultades en torno a ciertos puntos del acuerdo de armisticio, debería salvarlas un tribunal arbitral. Morillo sugirió que se levantase un monumento en el sitio preciso donde abrazó primero a Bolívar, en la creencia que sería un monumento a la tolerancia y a las buenas intenciones de ambos países. Bolívar quedó encantado con la idea, de modo que se transportó al lugar un enorme canto rodado. Después llegó el momento de los brindis. Una vez más se repitió una escena como la de los tribunales de Toledo o Maguncia. El discurso de Bolívar fue breve. “Bebo —dijo— por la constancia heroica de los luchadores de ambos ejércitos..., por su lealtad, por su sacrificio y por su valor sin igual: por los hombres nobles que defendieron la libertad siempre que fue necesario y por quienes murieron gloriosamente en defensa de su país y de su gobierno; por los heridos de ambos ejércitos, que demostraron arrojo, su dignidad y su carácter. Eterno odio a los que ansían la sangre y la derraman injustamente.” Morillo, La Torre y Correa siguieron su ejemplo, pronunciando discursos breves, pero cordiales. El anochecer puso fin a la expresión de estos generosos sentimientos y los dos generales, que tan a menudo se habían quitado mutuamente el sueño, pasaron la noche bajo el mismo techo y en la misma habitación. Por la mañana Morillo acompañó al Libertador al mismo lugar donde se habían encontrado primero. Volvieron a abrazarse, repitieron sus promesas y partieron en medio de vivas a los colombianos y a los españoles.

Este fue el encuentro de Santa Ana, un acontecimiento tan patético como una de las batallas que habían sostenido y que ahora convenían en abandonar.⁷⁴⁸

748 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 56 ss. *Proclamas*: Págs. 253. Blanco: *Doc.* volumen VII, pág. 471.

Resultaría injusto para Bolívar relatar los hechos de noviembre de 1820 como si fuesen de una teatralidad melodramática. Pocos sucesos iluminaron el alma compleja y recóndita del Libertador, con su mezcla de cálculo y drama, de generosidad y persuasión, como lo hizo el encuentro de Santa Ana. El propósito de Bolívar había sido conquistar a Morillo para su propia causa. Según sus propias palabras: “Durante todo el curso de mi vida pública, jamás he revelado más tacto o mostrado más astucia diplomática que en esa importante ocasión. Y en esto, puedo decirlo sin vanidad, creo que superé a Morillo, como lo superé en la mayoría de las operaciones militares. Fui armado de pies a cabeza con la política y la diplomacia, con el semblante de la mayor franqueza y buena voluntad, confianza y amistad... el armisticio de seis meses que allí concluimos y que mereció tantas críticas fue para mí un simple pretexto para el importante tratado referente a la legalización de la paz... que puso fin a la horrible carnicería, al asesinato de los vencidos...; el armisticio fue favorable a los republicanos, pero desastroso para España. Pero queda aún más por decir. El armisticio también engañó a Morillo, haciéndole retornar a España e instándole a delegar el mando en el general La Torre, que era menos capaz, menos activo y menos soldado que el conde de Cartagena. Que los mastuerzos y mis enemigos digan lo que quieran sobre estas negociaciones. Los resultados están a mi favor. Nunca hubo una comedia diplomática mejor interpretada que la del día y la noche de Santa Ana.”⁷⁴⁹

Esta confesión franca contiene todo cuanto puede decirse del armisticio. Morillo quedó realmente hechizado por la personalidad de Bolívar. Posteriormente le escribió como a un amigo y admitió que la franqueza del Libertador lo había afectado profundamente. Contra los deseos de todos quienes abrigaban todavía la esperanza de salvar la causa del rey en América, Morillo abandonó el mando. Su sucesor, La Torre, fue en realidad menos activo y menos capaz. Además estaba casado con una pariente de Bolívar y ya se encontraba medio ganado por la causa de una América libre.⁷⁵⁰ ¿Quién puede dudar hoy en día que el 27 de noviembre constituyó un triunfo comparable al discurso de Angostura o a la batalla de Boyacá? Sin embargo, es bastante curioso que no haya sido una victoria popular; son pocas las decisiones de Bolívar que hayan sido tan criticadas. Se dijo que el armisticio era tan nocivo como diez

749 *D. de B.*, págs. 322-324. J. Basdevant analiza los tratados desde el punto de vista del derecho internacional en *B de H.* Bogotá, vol. XII, pág. 37 ss.

750 *Cartas*: Vol. II, pág. 297.

derrotas, y los diputados de Angostura quedaron muy disgustados con él. “Las altas autoridades de Angostura —escribió Bolívar— piensan que, como están en el Orinoco, están en el Táchisis. Y aunque pertenecen a la raza de los *manaures*, se creen todos Pitts.”⁷⁵¹

A las ventajas enumeradas por Bolívar debemos agregar algunas otras. El acuerdo de Santa Ana le dio tiempo para completar el armamento de sus fuerzas. Toda interrupción era bien recibida por la gente que había soportado diez duros años de guerra, y es mérito de la República haberle proporcionado esta medida de paz. Desde el punto de vista de la monarquía, había constituido un error irremediable tratar con Bolívar, fuese como Excelencia o como Presidente. Con el armisticio, la madre patria perdió gran parte de la fuerza moral que hasta entonces la había sostenido en su lucha contra la independencia.

El Libertador se cuidó de que los hombres con quienes se había sentado a la mesa y compartido un solo techo fuesen tratados de allí en adelante por los periódicos republicanos con muestras de respeto. No obstante interpretó el tratado más o menos como le parecía; y a veces, en realidad, de un modo muy personal y cuestionable. Sugirió a Santander retardarse la publicación del armisticio. Cualquier excusa era buena, decía; los mensajeros podían caer enfermos, las hojas perderse, etc. De esta manera esperaba ganar tiempo para consolidar sus posiciones en el Sur y eventualmente libertar a Quito.⁷⁵²

¿Quién puede criticar el maquiavelismo de estas instrucciones? Todos los grandes estadísticas han recurrido a métodos tales. Y en este caso estaba en juego la libertad de todo un continente. Así, el año 1820 finalizó con una rica cosecha. No fue un año de decisiones, como 1817 o 1819, pero de todos modos acercó a Bolívar a su meta.

El Libertador se preparó para la última batalla, a cuyo término no quedaría ningún español sobre el suelo sudamericano. Después de la batalla de Boyacá, Páez había suplicado a Bolívar que salvase a la heroica Venezuela, a lo que Bolívar había replicado: “¡Me dice que es el momento de salvar a Venezuela; y yo le digo que ha llegado el momento de salvar a Sudamérica!”⁷⁵³

751 *Cartas*: Vol. II, pág. 263. Urdaneta: *Memorias*, pág. 184.

752 *Cartas*: Vol. II, pág. 290.

753 *B. de H.* Caracas, vol. XXIII, núm. 92, pág. 612.

XXIII

LA LIBERACIÓN DE VENEZUELA

Por primera vez en el curso de diez años los cañones de Colombia se llamaron a silencio. Sin embargo, el armisticio no significó descanso. No podía haber tranquilidad para Bolívar hasta tanto no se arribase a una decisión final, todavía pendiente. Tuvo un respiro de seis meses durante el cual podía prepararse para la determinación definitiva. El acuerdo con España comprendía una cantidad de factores desconocidos. Nadie sabía si sobrevendría la guerra o la paz, y Bolívar estaba indeciso, para el caso de que el conflicto continuara, en cuanto a su punto de ataque.

Uno de los primeros documentos que dictó Bolívar después de redactar el acuerdo de Santa Ana fue el bosquejo de una nueva campaña. Había pasado de la frontera al interior, y a comienzos de enero de 1821 lo encontramos en Bogotá. Allí trazó su plan de operaciones. Si el armisticio terminaba sin haberse conseguido la paz, todas sus fuerzas debían marchar hacia Venezuela y tomar Caracas. Este era su primer objetivo.⁷⁵⁴

No obstante, y al mismo tiempo, llegaron informes de que un movimiento hacia el Sur prometía éxito. Recordemos la marcha de San Martín. Había cruzado Los Andes y dado la libertad a Chile y ahora se encaminaba a liberar al Perú. Los desplazamientos de San Martín tenían repercusiones sorprendentes. El virrey español en Lima se encontraba en una situación embarazosa. Divisiones españolas enteras se pasaban a los patriotas. Provincias íntegras se negaban a obedecer.

Una de las consecuencias de más vasto alcance de las expediciones de San Martín fue la rebelión de Guayaquil. Este puerto de Ecuador se había levantado contra las autoridades coloniales al enterarse de que el general argentino se estaba aproximando y había declarado su independencia.

Para Bolívar esta noticia revestía particular importancia. En realidad, parecía tenerla tanta que por un momento llegó incluso a pensar en dirigirse él mismo al Sur. De acuerdo con la Constitución de la Gran Colombia, Ecuador constituía el tercer departamento del nuevo Estado. La declaración de la independencia de Guayaquil facilitaba la consumación de los planes de Bolívar. Comisionó a uno de sus generales para que

754 O'Leary: *Memorias*, vol. pág. 64. Larrazábal: Vol. II, pág. 65. O'Leary: *Doc.* vol. XVIII, págs. 5, 6 y 7. Lecuna: "Campaña de Carabobo". *B. de H.* Caracas, vol. XXIV, núm. 96, pág. 422.

felicitase el Consejo de gobierno de Guayaquil por el levantamiento y le ofreciese el apoyo de Colombia para el futuro.⁷⁵⁵

El nuevo gobierno de Guayaquil tenía frente a sí algunas decisiones que tomar. ¿Debía unirse con Colombia o con Perú? ¿O debía formar un gobierno independiente? El control del puerto era vital para Colombia, y Bolívar deseaba impedir que San Martín lo conquistase. Una rápida anexión de Guayaquil estaría cerca de constituir una victoria sobre su rival argentino, que estaba empeñado en la liberación de los pueblos del Sur como lo estaba Bolívar por los del Norte. Sería también un paso adelante en la creación de ese dominio de la región andina que Bolívar ya vislumbraba.⁷⁵⁶

Sin embargo, no había llegado todavía el momento de ejecutar ese grandioso plan. Problemas urgentes retenían a Bolívar en el Norte; en consecuencia, abandonó por el momento su plan de dirigirse al Ecuador, y en vez de ello envió al general Sucre como representante suyo a Guayaquil para promover la anexión de esta provincia a Colombia.⁷⁵⁷

Bolívar permaneció en Bogotá para activar las negociaciones con España. Esperaba convertir el armisticio en paz y designó delegados para continuar las negociaciones en Madrid. Se dirigió a La Torre; escribió a Morillo y le suplicó que interpusiese su influencia; por último, apeló ante el propio rey.⁷⁵⁸ En una carta que evidentemente no había nacido de su corazón, felicitaba a Fernando por la creación de la monarquía constitucional y trataba de convencerlo de reconocer la independencia de Colombia.

Bolívar estaba preparado para efectuar grandes concesiones. Parecía muy dispuesto a sacrificar la independencia de Panamá y Ecuador. Hasta convino en garantizar la posición de España en México si se admitía el reconocimiento de Colombia.⁷⁵⁹ Veamos si esta actitud implicaba el abandono de su idea de solidaridad continental.

Bolívar creía que la independencia del hemisferio estaba predestinada. Tenía el pleno convencimiento de que ninguna promesa a España podría retardar mucho la libertad y que el reconocimiento de Colombia

755 O'Leary; *Doc.* vol. XVIII, págs. 15 y 18. *Cartas*: pág. 294.

756 *Cartas*: Vol. II, pág. 290, 295, 297 y 298.

757 O'Leary; *Doc.*, vol. XVIII, págs. 19 y 31. *Proclamas*: pág. 255.

758 *Cartas*: Vol. II págs., 303 y 305. Blanco: *Doc.*, vol. VII, pág. 479. O'Leary: *Doc.*, vol. XVII, pág. 41.

759 *Cartas*: Vol. II, pág. 302. O'Leary; *Doc.*, vol. XVIII, págs. 38-43. Véase también, C. Villanueva: *Fernando VII y los nuevos Estados*. Pág. 33. París, 1912.

proporcionaría grandes oportunidades. Todo el plan era una inspiración maquiavélica y estaba concebido para confundir al frente español. Pero no había sido demasiado madurado y demostraba que, como estadista, Bolívar nunca había dejado de ser un poco *dilettante*. Sin embargo, una cosa es segura; durante estas primeras semanas de 1821, Bolívar abrigaba sinceramente el deseo de cumplir su compromiso con España. Todas las cartas lo confirman.

La Asamblea General de la Gran Colombia debía reunirse durante los primeros meses del año, y este acontecimiento era de gran importancia para Bolívar. Dejó Bogotá para estar presente en la sesión de apertura. En el camino, recibió la sorprendente noticia de que Maracaibo se había levantado contra España, y este inesperado acontecimiento dio mayor impulso a los planes de Bolívar. Con su rapidez característica, se dedicó por entero al nuevo proyecto.

Entre los líderes del movimiento emancipador estaba el general Urdaneta. Natural de Maracaibo, había quedado descontento con el armisticio que había dejado a su país en manos de los españoles. Mientras Bolívar se encontraba en Bogotá, Urdaneta se había dado a la tarea de asegurar una victoria para la Revolución en Maracaibo. Había desarrollado un plan para liberar esta importantísima ciudad, y el 28 de enero de 1821, Maracaibo fue ocupada según instrucciones de Urdaneta y bajo su única responsabilidad.⁷⁶⁰ Bolívar no sólo se había opuesto a los planes de Urdaneta; les había negado decididamente su apoyo. Fue una pieza dramática con papeles divididos. Urdaneta se había visto precisado a actuar de modo independiente a efectos de que no recayese sobre Bolívar la responsabilidad de la ruptura del tratado. Sin embargo, el armisticio había resultado perjudicado. Bolívar tenía que decidir en esos momentos si seguía su política de concordia o si apoyaba a Urdaneta. Sabía que el levantamiento de Maracaibo podía provocar un rompimiento con España. Pero no podía permitirse incurrir en demoras. Después de todo, Urdaneta había obrado imbuido del verdadero espíritu de la independencia y había alcanzado un objetivo cuya importancia nadie apreciaba mejor que el Libertador. Bolívar felicitó a Urdaneta y se congratuló por la anexión de Maracaibo. Enteró en seguida del acontecimiento a los jefes del ejército y les aconsejó que se preparasen para la reanudación de las hostilidades.⁷⁶¹

760 Urdaneta: *Memorias*, págs. 191-192. Blanco: *Doc.*, vol. VII, págs. 524 y 535. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III. Pág. 107

761 O'Leary: *Cartas*: Vol., XVIII, págs. 65, 67-74.

Es cierto que actuó contra la letra del acuerdo, pero sabía dónde le apretaba el zapato. La posesión de Maracaibo ligaba más estrechamente a Venezuela con Nueva Granada; el territorio intacto de una provincia se abría ante el Libertador. La posición de La Torre se vio considerablemente afectada por el acontecimiento. Desde un punto de vista militar, esta pérdida no era tan evidente para el ejército español, pero el daño moral era grande, pues Maracaibo había sido la ciudadela de los monárquicos desde 1810. El mariscal español envió inmediatamente una protesta contra la ocupación. La réplica de Bolívar fue un sofisma. Señaló que el tratado de Santa Ana no preveía un caso de esa índole, y propuso a La Torre un tribunal arbitral. El español rehusó el ofrecimiento y exigió la devolución de la provincia.⁷⁶² Las cartas fueron y vinieron entre los cuarteles. La posición de Bolívar se había fortalecido a raíz de los levantamientos espontáneos en Guayaquil y Maracaibo. Cuando La Torre volvió a ofrecer un armisticio, Bolívar exigió condiciones más favorables que sabía que el español no podía otorgar. En marzo realizó un intento final para obligar al enemigo a aceptar la paz. “Es mi obligación—escribió a La Torre— lograr la paz o luchar.”

Por supuesto, La Torre no tenía autoridad para firmar la paz con Colombia. En consecuencia, se limitó a informar a Bolívar que el armisticio terminaría el 28 de abril de 1821. En un llamamiento a los americanos culpó a Bolívar de reavivar las llamas de la guerra. Bolívar contestó inmediatamente. Hizo recaer la responsabilidad sobre España. “Esta guerra —dijo— será una guerra santa. Lucharemos sólo para desarmar al enemigo, no para destruirlo. Para nosotros, todos son colombianos, hasta los enemigos, si desean serlo.”⁷⁶³

Aunque el armisticio había durado únicamente cinco y no seis meses, había resultado ventajoso para Bolívar. Su ejército estaba más estrechamente unido y mejor dirigido que el año anterior. Los españoles habían sacrificado su autoridad militar en la persona de Morillo. Cada día que pasaba sentían que el suelo cedía bajo sus pies.⁷⁶⁴ La reanudación de la lucha sólo podía significar una cosa: la liberación final de Venezuela.

Bolívar había acariciado la idea de esta campaña desde agosto de 1820. Era cuestión de unir los tres ejércitos del Oeste: los de Páez y Urdaneta y el suyo propio, y de ir en busca simultáneamente del enemigo.

762 *Cartas* Vol. II, págs. 314 ss. Blanco: *Doc.*, vol. VII, págs. 557 y 561.

763 *Proclamas*: págs. 256-257, 258 y 259. Blanco: *Doc.*, vol. VII, págs. 567 y 583.

764 *Cartas*: Vol. II, pág. 243. Larrazábal: Vol. II, pág. 74.

Al mismo tiempo el Ejército del Este debía atacar Caracas, para obligar a los españoles a dividir sus fuerzas. Después de eso, la destrucción del enemigo en una sola batalla como la de Boyacá sería asunto fácil.⁷⁶⁵ La dificultad de desarrollar este plan residía en la gran distancia que separaba a los ejércitos, en el problema de aproximarse al enemigo desprevenido y sobre todo en la cuestión de los abastecimientos. Todas estas regiones estaban despojadas de la última brizna de pasto, y el problema de alimentar un gran ejército era muy serio. Hacía tiempo que Bolívar había aconsejado a Páez adquirir todo el ganado disponible.⁷⁶⁶ Estaba dispuesto a resolver las dificultades de los alimentos pese a todas las resistencias, pese a la hostilidad de los civiles y pese a la posición obstinada y a la rebelión. Bolívar impartió instrucciones a Bermúdez, comandante en jefe del Ejército del Este, para que atacase Caracas. Bermúdez no debía asumir responsabilidad alguna en cuanto al resultado de esta empresa; tenía que limitarse simplemente a seguir las instrucciones de Bolívar y atacar.⁷⁶⁷

La campaña comenzó la mañana del 28 de abril y los ejércitos patriotas iniciaron su avance. Bolívar notificó a Páez sobre el lugar, el momento y el modo de su unión. Debía evitarse el emprender cualquier acción apresurada contra el enemigo. Bolívar desarrolló su plan, aunque ignoraba las intenciones de los españoles. El ejército realista se había desplazado lentamente hacia el Noroeste y ocupado posiciones desde las que podía bloquear el avance de Bolívar hacia Caracas. Sin embargo, La Torre no había contado con que la capital podía ser atacada asimismo desde el Este, y eso es precisamente lo que pasó. Bermúdez cumplió su parte en el programa y ocupó Caracas el 13 de mayo de 1821.⁷⁶⁸ La Torre envió a su representante, Morales, para detener a Bermúdez, que se retiró ante las fuerzas españolas superiores y abandonó la ciudad. Pero había hecho lo que se esperaba de él, y la maniobra evasiva alcanzado el éxito, había impedido que La Torre enfrentase a Bolívar en su marcha al Norte. En el ínterin, Bolívar llevó a la práctica su idea central: la unificación de los tres ejércitos del Oeste.⁷⁶⁹

765 O'Leary: *doc.*, vol. XVII, pág. 373. A. Santana: *La campaña de Carabobo*, Caracas, 1921. Lecuna: "Campaña de Carabobo", pág. 438.

766 O'Leary: *Doc.*, vol. XVIII, pág. 21. J. A. Páez: *Archivo*, 1818-1820. Bogotá, 1939, pág. 336.

767 O'Leary: *Doc.*, vol. XVIII, pág. 181. *Blanco: Doc.* vol. VII, pág. 592.

768 Díaz: *Recuerdos*, págs. 252-253. O'Leary: *Doc.*, vol. XVIII, págs. 286-289. *Blanco: Doc.*, vol. VII, pág. 595.

769 Santana: págs. 89 ss. Véase también la carta de Bolívar del 25 de mayo de 1821, en *Cartas inéditas de Bolívar. B. de H.*. Bogotá, vol. XVIII, pág. 784.

Bolívar llegó a la ciudad de San Carlos el 5 de junio. En ese punto deseaba encontrarse con Páez y Urdaneta. La marcha de estas divisiones se había hecho más lenta de lo que esperaba. Las fuerzas de Urdaneta, provenientes de Maracaibo, tuvieron que atravesar un terreno quebrado. Su jefe cayó enfermo y abandonó el mando. Por último, el 19 de junio, después de una marcha de seiscientos kilómetros, que duró treinta y dos días, la división de Urdaneta se encontró con Bolívar.

Páez estaba en San Carlos desde hacía una semana. El también había marchado durante casi un mes y recorrido cuatrocientos cincuenta kilómetros. Con la unión de los tres ejércitos Bolívar había resuelto el problema más difícil de la campaña. La Torre no supo cómo aislar a los ejércitos republicanos, para así poder derrotarlos por separado. Como había ocurrido dos años antes, el mérito de Bolívar residió en su capacidad para conquistar posiciones superiores, donde no corriese el riesgo de perder el encuentro final. Era esencial que una sola victoria le significase la rendición incondicional de Venezuela.⁷⁷⁰

Bolívar se enteró el 15 de junio que los españoles se habían retirado a las planicies de Carabobo. Hubo disensiones en el campamento español entre el comandante en jefe, La Torre, y su representante, Morales, que ansiaba para sí el mando supremo. Estos celos trajeron aparejada una serie de errores. La Torre reaccionó con exagerada violencia frente a las pequeñas táctica evasivas de Bolívar. en Santa Ana, Bolívar había estudiado sumamente bien a sus adversarios y sabía cómo respondería La Torre a cada una de sus actitudes. Por consiguiente, jugó a voluntad con La Torre durante la corta campaña. En su fuero interno, La Torre estaba convencido de su derrota. Su ejército había cedido y sólo controlaba ahora el territorio directamente ocupado.⁷⁷¹ Lo único que lo instó a continuar la lucha fue el honor y el valor personal.

Después de su unión, el ejército patriota había quedado organizado en tres divisiones: Páez mandaba la vanguardia; la segunda división estaba bajo el mando de Sedeño, y el coronel Plaza se hallaba al frente de las reservas. El ejército de Bolívar se componía en total de seis mil quinientos hombres. Por primera vez su ejército era numéricamente superior al de los españoles, pues las fuerzas de La Torre no pasaban de cinco mil.⁷⁷²

770 Lecuna: "Campaña de Carabobo", pág. 472.

771 Santana: pág. 104. Torres Lanza: Vol. V, págs. 159 y 199.

772 O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 82. Santana: pág. 162. Blanco: *Doc.*, volumen VII, págs. 634 ss.

La Torre eligió las llanuras de Carabobo como un punto para detener a Bolívar, porque el camino a Valencia atravesaba esos campos y Valencia constituía la puerta para entrar en Caracas. Por la mañana del 24 de junio los patriotas se apoderaron de los cerros de Buena Vista, a una milla de Carabobo. Cuando se despejó la niebla de la mañana, Bolívar vio al ejército enemigo en formación de batalla. Seis columnas de infantería y tres regimientos de caballería se habían desplazado y ocupado las llanuras y los cerros circundantes. La artillería realista se encontraba tan dispersa que el fuego de sus cañones podía barrer los principales caminos que atravesaban las llanuras de Carabobo.⁷⁷³ Resultaba evidente que La Torre estaba preparado para un ataque en el centro o en el ala izquierda. En tales condiciones había que excluir el ataque frontal.

Como en Boyacá, Bolívar utilizó la táctica de la sorpresa. Hizo adelantar a dos de sus divisiones para inducir a los españoles a pensar que su centro sería atacado. Mientras tanto, ordenó a Páez que rodease el ala derecha de La Torre, que era la más débil y atacase al enemigo por la retaguardia.

Páez inició las operaciones a las once de la mañana. El terreno era accidentado y el sendero tan estrecho que los hombres apenas si podían pasar de dos en fondo. A veces los patriotas tenían que abrirse camino a través de la maleza con sus machetes. La Torre comprendió demasiado tarde que sería atacado por el ala derecha.⁷⁷⁴ Toda su disposición para la batalla quedó trastornada, y sus reservas tuvieron que actuar como vanguardia. La Torre envió primero a un regimiento y después a otros dos contra los patriotas que se acercaban. Estos últimos estaban por el momento en un lugar crítico. El batallón de los Valientes del Apure se retiró y la Legión Británica cubrió la brecha. Avanzó con las banderas desplegadas como si estuviese en una plaza de armas. Sus oficiales cayeron, uno tras otro —diecisiete en 15 minutos—, pero las tropas siguieron adelante imperturbables. Bolívar, que dirigió la batalla desde una colina, envió refuerzos de la segunda división. Las columnas de infantería tomaron las posiciones españolas por asalto y luego continuaron avanzando hacia las llanuras. Ambos bandos pusieron en movimiento su caballería, pero los jinetes de Páez lograron la victoria. Dos regimientos españoles quedaron destruidos. Un tercero se rindió cuando fue completamente rodeado. Lo que quedó de los españoles, la artillería y dos regimientos de infantería,

773 Para la batalla de Carabobo, véase O'Leary: *Doc.*, vol. XVIII, págs. 337, 349-355. O'Leary: *Memorias*, vol. II, págs. 80 ss. *Cartas*: Vol. II, pág. 358.

774 Santana: pág. 113. Páez: *Autobiografía*, págs. 253 ss.

intentó retirarse a Valencia, pero entonces la segunda y tercera divisiones que Bolívar había retenido, se precipitaron con todas sus fuerzas sobre el ejército en retirada. Los republicanos sufrieron una seria pérdida al morir en la batalla el jefe de la tercera división, coronel Plaza, pero la rendición de una de las divisiones españolas les infundió ánimo. La Torre y Morales huyeron a Valencia con el único regimiento que todavía les quedaba. Mientras tanto el propio Bolívar había cabalgado hasta las llanuras. Trató de bloquear la retirada española lanzando de nuevo a la batalla a sus jinetes. Todos los oficiales del ejército patriota tomaron parte en este ataque. El general Sedeño se arrojó él solo contra una formación de soldados de infantería españoles, y murió. Cuando Bolívar comprendió que la persecución carecía de plan y de coherencia, se colocó en medio de sus hombres. Forzando su voz al máximo, gritó: “¡Orden! ¡Disciplina! ¡Recuerden la batalla de Semen!” sus palabras produjeron el efecto deseado y las tropas republicanas actuaron con más orden. Por último, los españoles abandonaron su artillería y escaparon de sus perseguidores, retirándose por Valencia a Puerto Cabello. Sólo quedaron quinientos de un ejército de cinco mil hombres.⁷⁷⁵ El enemigo había resultado destruido en una victoria tan completa como la de Boyacá. Así como La Puerta había significado por dos veces un desastre para Bolívar, del mismo modo Carabobo le había traído suerte en dos oportunidades. Sus pérdidas no habían sido excesivas, aunque en una batalla que no había durado más que una hora había sacrificado a algunos de sus mejores oficiales. Páez, que había hecho tanto por su victoria, resultó ileso, pero su ayudante y guardaespaldas, el Negro Primero, estaba mortalmente herido. En el ardor de la batalla, este valiente había cabalgado hasta la retaguardia. Páez lo miró con cierta sorpresa y le preguntó si tenía miedo. “No, mi general —replicó el Negro Primero—, vine a decirle adios”, y sangrado por dos profundas heridas cayó del caballo.

Bolívar llegó a Valencia la misma tarde de la batalla. Su país se ofrecía ante él. La guarnición española de La Guayra trató en vano de abrirse camino luchando hasta Puerto Cabello, pero su jefe aceptó por último la honorable rendición que le ofreció Bolívar. En poco tiempo las diseminadas tropas de guerrilleros monárquicos que ambulaban por las provincias de Coro y Calabozo también fueron destruidas. Toda Venezuela había sido conquistada para la República, y sólo Puerto Cabello y Cumaná continuaron resistiendo por algún tiempo.

775 O’Leary: *Doc.*, vol. XVIII, págs. 361 y 368. Véase también Duarte Level: *op. cit.*, págs. 340 ss. Hasbrouck: págs. 223 ss. Manuel E. Rosales: “La batalla de Carabobo”. Caracas, 1911.

La entrada de Bolívar en Caracas fue parecida a la marcha triunfal de 1813. Aunque llegó por la noche, grandes multitudes se congregaron frente a su casa para verlo. Era medianoche cuando pudo escapar de los abrazos y de las felicitaciones. Esta vez no descansó sobre sus laureles. Tomó por sí mismo las decisiones que consideró necesarias y después llamó a Soublette, a quien confió el gobierno de Venezuela.

La estancia de Bolívar en Caracas fue corta. Ya no se debía solamente a Venezuela. era presidente de Colombia y pronto sería quizá el Libertador de Sudamérica; un hombre que soñaba con llegar incluso a los ríos Amazonas y de La Plata.⁷⁷⁶ A mitad de camino entre Caracas y Valencia estaba el estado de San Mateo; Bolívar permaneció allí durante varios días, entregándose al descanso y a las inspiraciones de su fantasía. Las casas en las que alguna vez había vivido estaban en ruinas. De los cientos de esclavos que anteriormente trabajaban en las plantaciones de caña de azúcar de esta región, sólo encontró tres, a quienes manumitió inmediatamente. Mientras ambulaba por los campos de San Mateo, le asaltó la idea, o mejor dicho, el deseo, de renunciar al poder: de huir o de vivir allí tranquilamente y en reclusión, como lo había hecho en 1809. Pero antes de que pudiese pensar seriamente en esa vida quedaban todavía muchas cuestiones por resolver. Quito, por lo menos, tenía que ser libertada, e instituida la República, “Espero regresar de Quito antes de seis meses, y entonces establecerme en San Mateo sin profesión ni oficio, pues estoy cansado de mandar y de cargar con responsabilidades.”⁷⁷⁷ Este deseo fue el *leit-motiv* de innumerables declaraciones públicas y privadas de Bolívar durante ese y el siguiente año. La ocasión inmediata fue la reunión de la Asamblea Nacional en 1821 y la próxima elección presidencial. El orden hasta entonces existente sólo constituía un interregno y no podía esperarse que continuase indefinidamente. Aunque el propio Bolívar se dedicaba a la conducción de la guerra, había nombrado en su representación a Roscio. Pero éste murió en Cúcuta poco después de hacerse cargo de sus funciones. Bolívar designó entonces al general Anzuola en su reemplazo, pero tampoco él, Anzuola, sobrevivió a su nombramiento más que unas cuantas semanas.

Entre los prisioneros sacados de la cárcel por la revolución española de 1820 estaba el general Antonio Nariño.⁷⁷⁸ Había regresado recientemente

⁷⁷⁶ *Cartas*: Vol. II, pág. 379.

⁷⁷⁷ *Cartas*: Vol. II, pág. 400.

⁷⁷⁸ O’Leary: *doc.*, vol. XVIII, págs. 166 y 226. Blanco: *Doc.*, vol. VII, página 571. Larrazábal: Vol. II, pág. 79. R. Cortázar: *Congreso de Cúcuta. Libro de actas*. Bogotá, 1923.

de Europa y en él recayó la elección de Bolívar. Por muchas razones, parecía la persona apropiada para desempeñar el cargo de vicepresidente. Era granadino y un mártir de la libertad. Había pasado gran parte de su vida en las prisiones españolas. Además, compartía las convicciones políticas de Bolívar. Era centralista y partidario de un Gobierno estatal fuerte. La Asamblea Nacional de diecinueve provincias libres se reunió bajo la presidencia de Antonio Nariño en Cúcuta, el 6 de mayo de 1821.

El primer problema que ocupó la atención del Parlamento fue la unión de Nueva Granada y Venezuela y la constitución de su futuro Gobierno. La fusión de ambos países no levantó resistencias. Aceptada unánimemente, fue proclamada en un solemne manifiesto. La cuestión de la forma de gobierno no fue fácil de resolver. Durante las discusiones se encendieron de nuevo todas las viejas pasiones ideológicas; algunos querían un “Estado de unión” y otros una “unión de Estados”. Únicamente después de un acalorado debate triunfó la idea de la unión estatal.⁷⁷⁹

Bolívar aguardó las discusiones parlamentarias con escepticismo. Sabía que eran necesarias si es que iba a crearse una República democrática en gran escala, pero temía los embrollos y los enredos de los parlamentarios. Las ideas que había expuesto en su discurso de Angostura fueron objeto de una recepción muy fría. No deseaba ver redactada una segunda Constitución que resultase incompatible con las condiciones reales de Colombia.⁷⁸⁰ Quería una Constitución proporcionada a la futura grandeza de la República que había fundado, pero recelaba de que los representantes no estuviesen a tono con sus hazañas. Sabía que estaba expuesto a las calumnias, que sus enemigos le envidiaban por la admiración que le dispensaban tanto el pueblo como el ejército, y era sensible no sólo a la hostilidad abierta, sino incluso la crítica. No tenía los nervios de acero de Oxenstiern ni el desdén de Federico El Grande. Sufría de un modo indescriptible por las sospechas de cualquier escritor de quinta categoría de un periódico provincial.⁷⁸¹ Ya había escrito a Santander en septiembre de 1820: “Las intrigas de los legisladores me preocuparon mucho y me convencieron de la imposibilidad de mantener nuestro equilibrio aquí. Será un milagro que alcancemos a salvar nuestras mismas vidas en esta revolución. Estoy resuelto a abandonar el poder el

779 O’Leary: *Doc.*, vol. XVIII, págs. 236, 438-439. *Blanco*: Vol. VII, págs. 586 y siguientes, 604-605. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, págs. 145-146. Groot: volumen IV, pág. 158.

780 *Cartas*: Vol. II, pág. 180.

781 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 95.

mismo día en que se reúna el Congreso de Colombia.” Cuando se acercó el momento de la apertura del Congreso, escribió al vicepresidente: “En lo que a mí concierne, puede tener la seguridad de que no aceptaré la presidencia: primero, porque estoy cansado de dar órdenes, segundo, porque estoy cansado de ser acusado de ambicioso; tercero, porque todo el mundo podría pensar que no haya nadie en el país, excepción hecha de mí mismo, apto para tal cargo; cuarto, porque sólo soy realmente bueno como soldado; quinto, porque el gobierno seguirá siempre tan huérfano como hasta ahora, dado que jamás estoy realmente en condiciones de cumplir mis funciones. Y finalmente, me resistiré a aceptar el cargo y desertaré, si me es preciso.”⁷⁸² Los años por venir habrían de poner a prueba la sinceridad de estas palabras.

Sin embargo, sus amigos no quedaron satisfechos, y se vio precisado a repetirles una y otra vez: “Estoy cansado... de gobernar esta República de ingratos. Estoy cansado de que me llamen usurpador, tirano y déspota. Y estoy más cansado aún de desempeñar un cargo que está en contradicción con mi carácter. Por otra parte, creo que para administrar el Estado se debe tener un cierto conocimiento que no poseo y que aborrezco. Usted debe saber que jamás he mirado una cuenta y que no me interesa saber cuánto se gasta en casa. Tampoco soy apto para la diplomacia, pues soy demasiado sencillo y a menudo violento. Conozco la diplomacia sólo de nombre. No entiendo nada, pero siento una natural atracción por la libertad y las leyes decentes.”⁷⁸³ Estas cartas, aunque muestran cierta exageración y complacencia consigo mismo, son documentos incomparables del verdadero Bolívar. cuando el Congreso se reunió en mayo, Bolívar envió inmediatamente su renuncia, que el Congreso rechazó también en seguida. Sus miembros apelaron a su patriotismo, y Bolívar se ablandó por el momento cuando llegaron noticias de la victoria de Carabobo. El acontecimiento no sólo aumentó la fama de Bolívar, sino asimismo su prestigio político. El Congreso confirmó las designaciones que había sugerido y ratificó todas sus estipulaciones.

Bolívar había comenzado su inspección en Venezuela y la había encontrado en condiciones desesperadas de agotamiento. “Creo que antes de la firma de la paz no podré abandonar esta ciudad perturbada ni estas gentes poseídas por el demonio. Esto es el caos. Nada puede hacerse, porque los buenos han desaparecido y los malos se han multiplicado. Venezuela ofrece el espectáculo de un pueblo despertado de repente de

782 *Cartas*: Vol. II, pág. 325.

783 *Cartas*: Vol. II, pág. 337, del 21 de mayo de 1821.

un largo letargo; nadie sabe cuál es su condición ni qué hay que hacer... Todo está en un estado de fermentación y no puede encontrarse a nadie para nada.”⁷⁸⁴

Desde Maracaibo escribió de nuevo a sus amigos residentes en Cúcuta, en un intento por impedir su elección final como Presidente. “Estoy resuelto a ser un gran ejemplo de republicanism, de modo que este acto sirva de ejemplo a otros. No es prudente que el Gobierno recaiga en las manos del hombre más peligroso... ni es conveniente que el comandante en jefe del ejército administre justicia, pues seguramente se producirá un conflicto general contra este individuo, y cuando él caiga arrastrará en su caída a todo el gobierno.”⁷⁸⁵ Aquí demostró una perspicacia sorprendente acerca de su propio destino y del de la República Colombiana. Ese mismo día escribió al ministro de Finanzas: “Sé lo que puedo hacer, amigo mío, y dónde puedo ser útil. Tenga la seguridad de que sólo soy bueno para luchar... o por lo menos para marchar junto a los soldados, e impedir que manden otros peores que yo. Todo lo demás no es sino ilusión de mis amigos. Como me vieron guiar el rumbo de un barco en la tormenta, creen que debo ser almirante de una flota... Me dicen que la Historia dirá grandes cosas de mí. Me parece que nada será considerado más sublime que mi renuncia al poder y mi dedicación por entero a las armas que pueden salvar a mi país. La Historia dirá: ‘Bolívar tomó el gobierno para libertar a sus conciudadanos, y cuando fueron libres los dejó, para que pudiesen ser gobernados por la ley y no por los dictados de su voluntad.’ Esta es mi respuesta.”⁷⁸⁶ Son palabras que llevan el sello de la sinceridad. Por otra parte, Bolívar no actuó siempre de acuerdo con sus propias convicciones; y además, su renuncia no constituyó enteramente un acto de renunciación desinteresado. No hacía más que preferir la gloria del Libertador a la del Presidente. Había aún otras tierras por libertar, y sentía que no tenía tiempo que perder. El general Iturbide había libertado a México en junio de 1821, y en consecuencia la independencia de América Central se había convertido en una realidad. San Martín estaba en Lima y amenazaba adelantarse a Bolívar en Ecuador .

Mientras tanto, el Congreso había elegido de forma unánime a Bolívar como Presidente de la República. Los miembros de la Asamblea Nacional le habían remitido citaciones urgentes y el 22 de septiembre llegó a Cúcuta. Una vez más, en una carta al presidente del Parlamento,

784 *Cartas*: Vol. II, págs. 365-366. O’Leary: Vol. XVIII, págs. 450-451.

785 *Cartas*: Vol. II, págs. 389 ss.

786 *Cartas*: Vol. II, pág. 391.

insistió en que se sentía incapaz de gobernar la República; que era un soldado, y nada más. Si no obstante el Congreso insistiese en su decisión, aceptaría la presidencia mientras durase la guerra a condición de que se le permitiera terminar la campaña. El Parlamento mantuvo su posición y Bolívar prestó el juramento ante sus miembros al asumir su cargo el 3 de octubre de 1821.⁷⁸⁷

Existía un motivo poderoso para la aceptación condicional de la presidencia por parte de Bolívar. La forma de gobierno asumida por la República sólo correspondía en pequeña parte a las ideas expresadas por Bolívar tres años antes. La Constitución de Cúcuta era liberal. Estipula una Cámara de representantes elegida por cuatro años y un Senado por ocho. El Poder ejecutivo estaba en manos de un Presidente electo por cuatro años y que podía ser reelegido por una sola vez. Luego, había un vicepresidente y un gabinete compuesto por cinco secretarios de Estado y un miembro del Tribunal Supremo. En general, la rama legislativa del gobierno era omnipotente, según la Constitución de Cúcuta, en tanto que el Poder Ejecutivo tenía pocas facultades efectivas. Se otorgaban al Presidente poderes extraordinarios sólo en caso de guerra o de rebelión interna.⁷⁸⁸

El gobierno se constituía como poder central, anulándose el viejo ordenamiento de la época colonial. En vez de los grandes departamentos de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, se crearon provincias menores. Se eliminaron los cargos de vicepresidentes regionales y en su lugar se designaron intendentes. Venezuela fue dividida en tres provincias y Nueva Granada en cuatro. Fue éste sin duda un paso adelante hacia la idea de la Gran República Colombiana, pero faltaba el fundamental espíritu de unidad que diese vida a este proyecto. Bajo la nueva Constitución, los hombres seguían sintiéndose venezolanos o granadinos. Como se había decidido la inclusión de Ecuador en la República, la capital fue trasladada a Bogotá. Esto dio origen a una tormenta de protestas entre los delegados de Venezuela. En realidad, Bogotá está a mitad de camino entre Venezuela y Ecuador.

Entre las numerosas disposiciones liberales: libertad de prensa, tolerancia, educación, etc., había una de la que Bolívar se sentía personalmente responsable. Era la relativa a la emancipación de los esclavos. Bolívar no había solicitado al Congreso que aboliese la

787 *Proclamas*: págs. 266-267.

788 El texto de la Constitución en *Blanco: Doc.*, vol. VIII, págs. 25 ss. O'Leary: *Memorias*, vol. II, págs. 102 ss.

esclavitud, porque no deseaba atraerse el resentimiento de los grandes terratenientes. Pero pidió que por lo menos los hijos de los esclavos fuesen declarados libres. Solicitó esta medida como recompensa por la victoria de Carabobo, y el Congreso accedió a su requerimiento.⁷⁸⁹

La Constitución de Cúcuta no era lo que Bolívar había esperado sobre Colombia. No obstante implicaba una mejora en comparación con los planes que los revolucionarios habían hecho a comienzos de la guerra. Nadie podía esperar que un grupo de hombres sin experiencia jurídica y poco conocimiento de las cosas políticas o administrativas realizase una obra perfecta. Empero, Bolívar vio sólo los puntos débiles, aunque evitó cuidadosamente hablar de ellos en público. Una Constitución imperfecta era mejor que nada. Con todo, confesó su desencanto a sus amigos. Cuando las campanas de Bogotá anunciaron la promulgación de la Constitución, dijo: “Doblan por la muerte de Colombia.”⁷⁹⁰

Bolívar estaba preparado para ver desatendidas sus ideas, porque sabía que no estaría presente como jefe del gobierno. Una ley especial lo facultó para continuar la campaña, dejando las riendas del gobierno en manos del vicepresidente.⁷⁹¹ Al principio Bolívar quería que Nariño fuese designado para este cargo, pero Nariño no sabía cómo granjearse la buena disposición de los parlamentarios. Por último, Bolívar propuso a Santander, y se confió a este joven de veintinueve años la administración del Estado. La elección era fatal, pero inevitable. Por entonces Santander era el único que podía mantener encendida la guerra contra los españoles y al mismo tiempo dirigir la confusa administración. Si en los últimos años Santander no había respondido a las esperanzas de Bolívar, éste no se lo podía achacar más que a sí mismo, porque él solo había hecho la elección y sólo él solucionado las cuestiones políticas y militares de esa manera. Bolívar prefirió recoger la gloria del Libertador, en vez de realizar el tedioso trabajo de administrador. En primer lugar, era un soldado: además, los españoles estaban aún en suelo americano. Pero no fueron únicamente estas razones las que indujeron a Bolívar a desechar la actividad administrativa. Lo hizo porque dudaba que Colombia llegase a ser alguna vez un organismo con vida. Ya podía ver las fuerzas negativas que destruían los gérmenes mismos del crecimiento.

789 O'Leary: *Doc.*, vol. XVIII, pág. 387. *Proclamas*: pág. 264. Blanco: *Doc.*, volumen VII, pág. 666. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, págs. 149 y 153.

790 O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 101. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, págs. 129; Restrepo: *H. de R. C. vol. III*, pág. 153. *Proclamas*: págs. 267-268.

791 O'Leary: *Doc.* vol. XVIII, págs. 523 y 546. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, pág. 148.

Bolívar reflexionaba acerca de los oficiales que habían peleado con él. “Usted no se imagina el espíritu que anima a nuestros jefes militares. No son los mismos hombres que usted conoce. Son hombres que no conoce, hombres que han luchado durante mucho tiempo... que creen haber reunido muchos méritos y que ahora se sienten humillados, miserables y desesperanzados de recoger alguna vez los frutos de sus esfuerzos. Son llaneros, resueltos e ignorantes; hombres que nunca se consideraron iguales a otros que saben más y que tienen mejor aspecto que ellos. Yo mismo, que siempre he sido su jefe, no sé todavía de cuánto son capaces. Los trato con la mayor consideración, pero incluso esta consideración no es suficiente para proporcionarles la confianza y la franqueza que deben existir entre camaradas y compatriotas. Nos encontramos al borde del abismo, o mejor aún, en la cima de un volcán que puede entrar pronto en erupción. La paz me asusta más que la guerra. Y con esto le doy una idea de lo que no digo ni puedo decir.”⁷⁹²

¿Cabe alguna duda de que Bolívar estaba retratando con estas palabras a Páez? En ellas está descrito ese complejo de inferioridad que se había convertido en presunción; el pastor y el cazador que consideraba al Estado como si fuese las llanuras del Apure: una pradera de su propiedad donde podía pastar a voluntad. Sin embargo, Bolívar no podía ignorar a estos hombres. Dependía de ellos y, en recompensa a sus hazañas, Páez, Bermúdez y Mariño fueron nombrados intendentes y comandantes en Venezuela. las características y actitudes de estos hombres eran las que esperaba Bolívar de sus conciudadanos, pero los granadinos no eran mejores, sino simplemente distintos. No eran jinetes ni cazadores, sino abogados e ideólogos. Sus objeciones e influencia no asustaban menos a Bolívar. “Al fin —escribió a Santander— los eruditos harán tanto que serán proscritos de la República Colombiana como Platón expulsó a los poetas de la República. Estos caballeros creen que su opinión expresa la voluntad del pueblo, sin darse cuenta de que en Colombia el pueblo está en el ejército... pues es el pueblo quien decide, el pueblo quien trabaja, es el pueblo quien es capaz de hacer. Todos los demás, con más o menos patriotismo e intenciones más o menos malas, se limitan a vegetar. Su único derecho es permanecer como ciudadanos pasivos. Tenemos que desarrollar esta política que, ciertamente no concuerda con la de Rousseau, para que estos caballeros no nos arruinen.”⁷⁹³ Los eruditos de Bogotá, los hombres de las tierras montañosas, que usaban abrigadas ropas de

792 *Cartas*: Vol. II, pág. 348.

793 *Cartas*: Vol. II, págs. 354-355, del 13 de junio de 1821.

lana y se sentaban en sus casas en torno a los braseros, ¿qué sabían de las aguas del Orinoco, de los pescadores de Maracaibo, de las fuentes del Magdalena, de los desiertos de Colombia: de todos los contrastes salvajes y terribles tan familiares a las fuerzas de combate? “¿No le parece, mi querido Santander, que estos legisladores, más ignorantes que malos y más presuntuosos que ambiciosos, nos llevarán a la anarquía y a la tiranía, y finalmente a la destrucción? Si no son los llaneros quienes nos traen la ruina, entonces lo serán los apacibles filósofos de Colombia”. Estos hombres, continuaba, se creen personas como Licurgo, Franklin o Camilo Torres . quieren crear repúblicas como la griega, la romana o la norteamericana. Pero, se preguntaba, ¿qué lograban? Levantaban una estructura griega sobre una base gótica, y la construían al borde de un volcán.

El problema de Bolívar era el de todo estadista colombiano, y en esta creencia Bolívar dejaba para otros hombres el ingrato trabajo de la presidencia. “Ni usted ni yo veremos, cuando seamos viejos, la sincera armonía que debe existir en la gran familia del Estado.”⁷⁹⁴ Previó que un día las fuerzas disidentes romperían la unidad, así como previó casi todo lo que pasó. Como decía Sucre, la presencia de Bolívar era punto menos que increíble. El futuro parecía no tener secretos para él, pero este mismo conocimiento era para Bolívar lo que la noción anticipada de la muerte es para la mayoría de las personas. Tienen conciencia de que la muerte es inevitable, pero prefieren no pensar en ello.

Al fin, y por lo tanto, a Bolívar le parecía mejor seguir como soldado y libertar más y más países que ser un administrador a quien cualquier ingrato pudiese calumniar. Sin embargo, ¿implicaba esta decisión una contradicción de principios o incluso una verdadera culpa del proceso mental de Bolívar? ¿Era lógico establecer un Estado libre si nadie cargaba con la responsabilidad de dirigirlo? En un futuro no muy distante, Bolívar iba a comprender que no podía vencer este cisma, pero lamentablemente cuando lo entendió así ya era demasiado tarde.

Temporalmente su paso meteórico lo conducía aun hacia las estrellas. Con todo su pesimismo, era más irresistible que nunca..., triunfante, generoso y manirroto como jamás lo había sido. Algunos veces no tuvo dinero bastante para comprar una hamaca, pero cuando se enteraba de que un amigo estaba en apuros, le mandaba un sirviente con Plata y joyas. Al saber que la viuda de Camilo Torres pasaba necesidades,

separó de su propia renta un estipendio anual de mil pesos para ella.⁷⁹⁵
Dio estas órdenes en Bogotá, porque se encontraba definitivamente en el camino hacia el Sur. Dejó para sus diputados lo que todavía se necesitaba hacer en el norte. Partió para cumplir la promesa al pueblo de Quito. “El rechinar de vuestras cadenas ha desafiado al ejército de la libertad. Está marchando hacia el Ecuador . ¿Tenéis todavía dudas de vuestra propia libertad?”⁷⁹⁶

795 *Cartas*: Vol. II, pág. 410.

796 *Proclamas* pág. 268.

XXIV

EL HIJO PREDILECTO

Al despuntar el año 1822 tuvo lugar un cambio en la vida de Simón Bolívar. se había colocado en la esfera de las decisiones continentales, y su área de actividad habría de ser todo el hemisferio sudoccidental. La idea continental se había constituido en un factor determinante en todos los planos y aspiraciones desde que había escrito la carta de Jamaica pero lo que había sido una visión, y por el momento continuaba siéndolo, se acercaba ahora a la realidad. La destrucción de un imperio mundial había sido el comienzo. Los americanos liberados debían ahora unirse bajo un nuevo orden de justicia y gobierno propio.

Inmediatamente después de la liberación de Venezuela, Bolívar se dirigió a O'Higgins, en Chile, y San Martín, en Lima. Con la retórica que constituía por entonces el idioma oficial de los Estados libres sudamericanos, les dijo que su ejército rompería las cadenas de las naciones esclavizadas dondequiera que se encontrasen.⁷⁹⁷ Invitó al almirante de la flota chilena, lord Cochrane, a poner la proa hacia Panamá y a conducir a los soldados colombianos al Sur, a la arena de nuevas luchas.⁷⁹⁸ Sin embargo, sólo entraban en sus consideraciones los detalles de una campaña común, por más importantes que fuesen mientras las fuerzas españolas luchasen en suelo sudamericano. Bolívar se puso a la obra de dar vida a ese organismo internacional, en el que los pueblos de Sudamérica habrían de encontrar representación majestuosa ante el mundo.

Designó a dos emisarios extraordinarios —extraordinarios porque no podían ser todavía representantes oficiales— para allanar el camino a sus ideas tanto en el Norte como en el Sur. Miguel Santamaría fue enviado a México y Joaquín Mosquera a Perú, Chile y Buenos Aires. Las instrucciones dadas por Bolívar a Mosquera incluían el programa de su política continental.⁷⁹⁹ En ese momento nada parecía tan importante como la formación de una alianza americana. Pero esta Confederación no debía reunirse simplemente de acuerdo con los principios de una unión

797 Véanse las cartas de Bolívar a San Martín, *Cartas*: Vol. II, págs. 380, 382 y *B de H.* Caracas, vol. XXV, núm. 97, pág. 38.

798 *Cartas*: Vol. II, págs. 380 y 381. *B. de H.* Caracas, vol. XXVI, núm. 102, pág. 108.

799 F. J. Urrutia: "El ideal internacional de Bolívar", en *Simón Bolívar*, páginas 199 ss. Madrid, 1914. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 162.

ordinaria ofensiva y defensiva. Teniendo como objetivo la liberación del hombre, debía estar más íntimamente ligada que la Santa Alianza, cuya política había estado encaminada a abolir la libertad del mundo. Bolívar quería una alianza de naciones hermanas en que cada una ejerciese su propia soberanía, pero donde todas se uniesen ante cualquier ataque del exterior. Debía convocarse un congreso de ministros autorizados para promover los intereses comunes y resolver todos los conflictos que se produjeran entre las naciones.⁸⁰⁰

Desde hacía tiempo, Bolívar había elegido Panamá como sede de la Federación Americana. Aunque todavía estaba tratando de echar sus cimientos, también se preparó para la construcción del Canal de Panamá. Las instrucciones a su diputado, Mosquera, incluían otras cuestiones aparte de la Federación. Contenían la base general para la formación de los Estados sudamericanos. Todas las Repúblicas debían retener la extensión territorial que tenían al estallar el movimiento emancipador en 1810. Sólo donde se hubiese acordado voluntariamente una unidad mayor, como en el caso de Colombia, las demás naciones sudamericanas respetarían los nuevos límites. La idea internacional de Bolívar quedaba claramente expresada en estas propuestas. Su intención era formar una alianza de Estados libres sudamericanos alrededor del núcleo de la Gran República Colombiana.

Eran éstas nuevas y ambiciosas ideas, en cuya concreción pocos hombres creían, aparte de Bolívar, a comienzos del siglo XIX. Esas nuevas propuestas, sin precedentes por ejemplo o tradición en la historia del mundo moderno, era difícil que se concretasen mediante el simple despacho de delegaciones diplomáticas. Bolívar creía que, en última instancia, sólo él, a la cabeza de su ejército, podía imponer tales ideas. Uno de los problemas que ponía en peligro la unión de los pueblos sudamericanos era la forma de gobierno. Bolívar era republicano, y tenía la convicción de que la República era la forma adecuada de gobierno para Sudamérica. Sin embargo, sabía que no todos pensaban como él, pues la tradición monárquica tenían hondas raíces en los corazones y las costumbres del continente. Muchos sostenían que un convenio entre la independencia y la monarquía constituía una solución posible, y hasta deseable. Recientemente San Martín había formulado una sugestión al virrey peruano para que el Perú se convirtiese en una monarquía constitucional.⁸⁰¹ Se desarrollaban movimientos similares en México,

800 O'Leary: *Doc.*, vol. XIX, págs. 124 y 170. Blanco: *Doc.* vol. VIII, pág. 70

801 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, págs. 122 ss. O'Leary: *Doc.*, vol. XVIII, pág. 517.

donde algunas personas hablaban de llamar a un príncipe Borbón para ocupar el trono. En opinión de Bolívar, una monarquía, fuese en el Sur o en el Norte, constituiría una seria amenaza para Colombia.

Bolívar advirtió este peligro a sus representantes en Bogotá y Caracas, y les pidió que defendieran la idea colombiana del Estado contra la tormenta formada. No obstante, lo que le parecía todavía más importante era la expulsión definitiva de los españoles del continente y la restauración de las relaciones amistosas entre los pueblos sudamericanos; su decisión de realizar este objetivo aceleró la resolución de Bolívar de traspasar los límites de Colombia en 1822 y comenzar la estructuración política del continente.

Bolívar estaba predispuesto a identificar su existencia con una constelación histórica en la que sólo él tenía por destino crear la Federación de Estados sudamericanos; y no deseaba que nadie lo precediese en el intento de formarla. Ocasionalmente traicionó esta presunción en su correspondencia diplomática. Cuando escribía a San Martín: “Después del bienestar de Colombia, nada me preocupa tanto como el éxito de vuestras armas”, era en realidad más sincero que muchos estadistas.⁸⁰² Sí, el éxito de San Martín le preocupaba. Ciertamente, no lo veía mal, puesto que contribuía a la libertad de América, pero Bolívar tenía mucho interés en conquistar la victoria final por sí mismo. Mientras estaba preparando su expedición al Sur, dijo a Santander: “Cuide, mi amigo, de tener cuatro o cinco mil hombres para mí, de modo que Perú me reporte dos victorias como Boyacá y Carabobo. No deseo ir si la gloria no me sigue... no quiero perder los frutos de once años sin una derrota ni quiero que San Martín me vea de otro modo que como merezco ser visto, o sea como el hijo predilecto.”⁸⁰³ Bolívar se consideraba realmente el hijo predilecto del destino y se cuidaba de que nadie le arrebatase de la frente la estrella de la fama.

Originariamente Bolívar había planeado el ataque a Panamá después de la liberación de Venezuela. De allí quería conducir su fuerza expedicionaria por mar a lo largo de la costa del pacífico.⁸⁰⁴ pero el miedo de que San Martín fuese más rápido que él, que el Perú resultase liberado y que el Ecuador pudiese ser anexado al Perú, le hizo volverse hacia el Sur.

802 *Cartas*: Vol. II, pág. 380.

803 *Cartas*: Vol. II, pág. 374. Santander fue el primero en aplicar la expresión “hijo predilecto” en elogio de Bolívar.

804 *Cartas*: Vol. II, pág. 406. O’Leary: *Doc.*, vol. XVIII, págs. 568, 578 y 586.

El general Montilla y el joven Padilla habían capturado Cartagena, y Bolívar ordenó a Montilla que emprendiese la campaña contra Panamá . Aquí también el curso de los acontecimientos vino en ayuda de los patriotas, al levantarse contra España la población del Istmo. El 28 de noviembre de 1821 se reunió un Consejo integrado por funcionarios, oficiales del ejército y representantes del clero, que declaró la independencia de Panamá , anunciando su deseo de unirse a Colombia. La República había aumentado sus dominios sin derramamiento de sangre. Comprendía ahora ocho departamentos, constituyendo las anexiones más recientes, las de mayor importancia estratégica.

Desde Panamá , Bolívar pudo poner sus miras sobre el caribe, pues ya se había hecho posible la acometida contra Cuba o Puerto Rico. No obstante, continuó dirigiendo su mirada hacia el Sur. Era inevitable el encuentro con San Martín y, en tales circunstancias, era necesario que Bolívar adoptase una posición militar legal. Hacia tiempo que se efectuaban preparativos para asegurarla. En el ejército no había nadie en quien Bolívar confiase más ni a quien considerase más capacitado para resolver los problemas que habría que afrontar que el general Sucre, a quien a principios de año había enviado a Guayaquil.

Pocos meses antes de que Sucre partiese hacia el Sur, el ayudante de Bolívar, O'Leary, lo había visto en el cuartel y le había preguntado al Libertador: “¿Quién es ese pobre jinete?” y Bolívar le contestó: “Es uno de los mejores oficiales del ejército. Combina el conocimiento profesional de Soublette con la amabilidad de Briceño; el talento de Santander con la energía de Salom. Por más extraño que parezca, la gente no conoce, ni sospecha siquiera su capacidad. Estoy resuelto a ponerlo en el candelero y tengo la convicción de que algún día se convertirá en mi rival.”⁸⁰⁵

Antonio José Sucre de Alcalá había nacido en la región oriental de Venezuela. De familia originaria de Flandes, pertenecía a la nobleza de los valones.⁸⁰⁶ En consonancia con la posición de su familia, el joven Sucre había recibido una buena educación en la Universidad de Caracas, ingresando a los dieciséis años en el ejército republicano. Luchó bajo las órdenes de Miranda y después del desastre de 1812 se retiró a su casa paterna en Cumaná, en donde no permaneció sino poco tiempo. Durante

805 O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 67. Lecuna. “La cuestión de Guayaquil y la campaña de Pichincha”. *B. de H. Caracas*, vol. XXV; núm. 100, pág. 336.

806 M. Vegas del Castillo: “Sobre la genealogía del Mariscal Sucre”. *Rev. Belga*, junio de 1944. “Primeras armas de Sucre”, *B. de H. Caracas*, vol. V, número 20, pág. 825.

la persecución española huyó a Trinidad, regresando al continente con Mariño en 1813. Ya por entonces era conocido como uno de los hombres más valientes del ejército republicano. Había experimentado todas las catástrofes de los patriotas con la misma imperturbabilidad de Bolívar. En 1815 fue a Cartagena y colaboró con la defensa de la ciudad sitiada por Morillo. Había escapado al furor de los vencedores españoles huyendo por el Caribe, pero una tormenta, en la que pereció ahogada la mayor parte de sus compañeros, hundió su barco. Afortunadamente Sucre era un buen nadador; se había agarrado a un tronco durante veinte horas, siendo finalmente recogido medio muerto por la intemperie y la sed. Desde entonces, el joven de veintiún años había ostentado un alto rango en la oficialidad republicana. En opinión de Bolívar, ya era en aquel tiempo el alma del ejército.⁸⁰⁷

Sucre era bajo y delgado y tenía cejas muy arqueadas, cabello negro y ojos castaños, de mirada amable y pensativa. Su rostro reflejaba a un cortesano más que un guerrero y a un filósofo más que a un oficial, pero su personalidad combinaba todas esas características. Su carácter era digno, aunque sin afectación, y leal pero no servil. Con mucho tacto y sinceridad, confiado aunque realista, superaba en todos los aspectos a Páez, Mariño y Bermúdez. Sucre era un hombre reservado que no veía con simpatía el exhibicionismo de sus compañeros de armas. Como la mayoría de los introvertidos, era sensible y se le podía herir fácilmente; su mayor debilidad era precisamente una sensibilidad exagerada y casi infantil.

Estaba destinado a ganar dos grandes victorias para la República. Bolívar le llamaba el Hombre de la Guerra, justamente como había llamado a Santander el Hombre de la Ley, pero Sucre era algo más que un buen guerrero, pues también sabía aconsejar. Como general, su imperturbabilidad era comparable a la de grandes como Washington, Moltke y Foch. Sin ningún sentimiento de rivalidad, sin celos ni extravagancias, hacía lo que le correspondía hacer con sagacidad, valor y habilidad. “Sucre —dijo Bolívar— es un caballero en todo. Tiene la mente más ordenada de Colombia. Es sistemática y capaz de grandes ideas. Es el mejor general de la República y su primer estadista. Sus

807 L. Villanueva: *Vida de Sucre*, Caracas, 1945. E. López Contreras: *Sucre*. Caracas, 1845. J. A. Cova: *Sucre*, Caracas, 1838. A. Jáuregui: *Sucre*: La Paz, 1928. G. A. Otero: *El hombre del tiempo heroico*. La Paz, 1925. J. Oropesa: *Sucre*: Santiago de Chile, 1937. M. Ancizar: *Sucre*: Bogotá, 1895. G. Sherwell: *A. J. De Sucre*. Caracas, 1924.

principios son excelentes y sanos y su moral sin tacha. Tiene un alma noble y fuerte. Sabe cómo convencer a los hombres y cómo dirigirlos... Es el mas valiente entre los valientes, el más leal de los leales, amigo de la ley y del orden, enemigo de la anarquía y verdadero liberal...⁸⁰⁸

Bolívar veía en él a su sucesor, aunque comprendía que Sucre no era popular. En un mundo de ingratitud y deslealtad, las relaciones entre estos dos hombres fueron verdaderamente excepcionales y, aparte de momentos accidentales de duda, se mantuvieron libres de toda impureza. Bolívar no le envidiaba su fama y Sucre sólo pedía la amistad del Libertador como recompensa de sus esfuerzos. Su personalidad flexible y receptiva tomaba las ideas de Bolívar y las hacía propias; su temperamento poroso y casi femenino, permeable a la inspiración de los hombres más grandes, encontraba satisfacción en ser ejecutor de estas ideas. Sucre era el único que comprendía completamente los conceptos americanistas de Bolívar; el único que sería capaz de recoger la antorcha después de la muerte de Bolívar.

La misión asignada a Sucre en el Sur por Bolívar hubiese sido digna del propio Libertador. Su tarea consistía en apoyar la revolución en Guayaquil y en completar la anexión de Ecuador a Colombia. Cuando Sucre llegó a su destino, vio que Bolívar lo había enviado a la jungla. Se presentaba ante él un país impenetrable; comprendió que no tenía abierto el camino político ni el militar.⁸⁰⁹

En su primer raptó de entusiasmo, los revolucionarios de Guayaquil habían concebido la esperanza de penetrar en el interior y de apoderarse de la capital, Quito; pero el gobernador español, Aymerich, estaba en su puesto. Había destruido por completo al ejército que avanzó desde la costa en noviembre de 1820. Sólo mediante grandes esfuerzos de los patriotas pudieron mantener sus posiciones. Esa era la situación cuando Sucre llegó al Sur con un millar de hombres.⁸¹⁰

La situación militar era causa de gran ansiedad, pero la política era intrincada y tortuosa. Los monárquicos no eran los únicos enemigos de Sucre; los habitantes de Guayaquil y los gobernantes del Perú también ponían en peligro el éxito de su misión. La anexión a Colombia no era

808 *S. de B.*, pág. 238. *Cartas*: Vol. IV, pág. 264.

809 De la Rosa: *Firmas*: págs. 170, 180 y 222. O'Leary: *Doc.*, vol. XVIII y XIX, *passim*. *Arch. Santander*, vol. VI, pág. 81.

810 N. Rincón: *El Libertador Simón Bolívar en la campaña de Pasto*, págs. 25 y 38. Pasto, 1922, R. Negret. *La campaña del Sur y la batalla de Bomboná*. Bogotá, 1922.

popular, pues algunos deseaban la completa independencia de la ciudad y otros se mostraban más inclinados a una unión con Perú. Además, San Martín, que gobernaba en Lima por ese entonces, prestaba su aprobación a esta última solución. Había enviado a dos de sus colaboradores al puerto para realizar propaganda a favor de la anexión con Perú.⁸¹¹

Los patriotas de Guayaquil sabían que no podían mantenerse sin la ayuda de Bolívar. Se aferraron a la mano extendida de Colombia con la esperanza de poder soltarla una vez pasada la tormenta, pero Bolívar estaba resuelto a sofocar el ansia de la independencia en un abrazo fraternal. Sucre se movió cautelosamente sobre las arenas movedizas de esta situación. En mayo de 1821 firmó un pacto de amistad con el Consejo de gobierno de Guayaquil, que le aseguró el apoyo de sus tropas y le otorgó el título de comandante en jefe del Cuerpo Auxiliar colombiano. No se mencionó el problema de la anexión y pronto quedó demostrado el acierto de esta omisión.⁸¹² Los monárquicos de Guayaquil no carecían en modo alguno de poder, y en julio los adictos a España intentaron realizar un levantamiento. El movimiento fracasó pero la posición de Sucre no mejoró mucho. Con traidores a sus espaldas, rivales a sus costados y enemigos por delante, apenas si tuvo oportunidad de respirar.

Para avanzar hacia Quito, que como Bogotá se encuentra a dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, Sucre habría tenido que arriesgarse a cruzar las cordilleras, pero carecía de equipo para emprender esa aventura: ni siquiera tenía herraduras con qué proteger sus caballos. En consecuencia, llegó a la conclusión de que sería más prudente dejar la ofensiva en manos de su oponente. Aymerich hizo frente a la situación descendiendo atrevidamente a las cálidas regiones costeras. Envío a tres mil hombres que marcharon sobre Guayaquil en dos divisiones, por caminos separados. Sucre se dio cuenta del plan español. Sus fuerzas apenas llegaban a la mitad de los realistas, pero mediante un golpe rápido y osado derrotó a una división de Aymerich y obligó a la otra a retroceder.⁸¹³ Creyó entonces que podría lograr la victoria y se dejó persuadir para marchar apresuradamente contra Quito. Sin embargo, los españoles lo obligaron a presentar batalla y convirtieron las victorias colombianas en

811 O'Leary: *Doc.* Vol. XIX, pág. 57. Véase también *Arch.* Santander: Volumen VI, pág. 336. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 177. Mitre: *San Martín*, volumen III, pág. 582.

812 O'Leary: *Doc.*, vol. XIX, págs. 40, 42 y 44. Blanco: *Doc.* vol. VII, pág. 581.

813 De la Rosa: *Firmas*, pág. 262. *Arch.* Santander: Vol.: VII, pág. 111. Restrepo: *H. de R. C.*, Vol. III. Restrepo: *H. de R. C.*, Vol. III, págs. 171-172.

una derrota completa. Sucre escapó con sólo cien hombres. España pudo entonces realizar la fácil conquista de Guayaquil. Aunque no carecía de valor para acometer semejante empresa, le faltó iniciativa. Transcurrieron dos meses antes que se decidiera a tomar la ofensiva.

Mientras tanto, Sucre había cubierto sus bajas con los primeros hombres disponibles. No deseaba arriesgarse a una batalla; incluso tenía la impresión de que resistir un sitio estaba fuera de sus posibilidades. La escuela de Bolívar le había enseñado que sólo el hombre que acepta la derrota está derrotado. Cuando el 21 de noviembre los monárquicos le ofrecieron un armisticio, lo firmó y de este modo dejó a salvo su posición en Guayaquil.⁸¹⁴

Resultó evidente que los españoles obtuvieron ciertas ventajas del armisticio. A pesar de la revolución y de la monarquía constitucional, de las graves pérdidas y de las serias derrotas, los españoles no se resignaban al hecho de que sus dominios de ultramar estuvieran sostenidos por simples columnas aisladas. Una y otra vez cruzaban el océano hombres intrépidos, prototipos de los primeros conquistadores como Cortés y Pizarro, para tomar posesión de América por segunda vez en nombre de Su Majestad Católica. El general Juan de la Cruz Murgeon pertenecía a la generación de imperturbables y había sido designado gobernador de la Nueva Granada precisamente porque se suponía que sería capaz de lograr el control de las tierras que caían bajo su jurisdicción.

Murgeon se había dirigido primeramente a Panamá y equipado un ejército con el que desembarcó en Ecuador a fines de 1821. Cruzó las cordilleras por atajos al frente de mil hombres y llegó a Quito el 24 de diciembre. Allí supo que Panamá había abandonado la causa de España y comprendió que con este acontecimiento las colonias españolas de la costa del Pacífico quedaban privadas de los refuerzos provenientes de la madre patria. Murgeon sólo sobrevivió unos pocos meses al desvanecimiento de sus grandes esperanzas; su pérdida se sintió, pero las tropas que había llevado a Aymerich engrosaron el ejército real hasta el punto de que Quito se puso en condiciones de resistir a las fuerzas de Sucre. En el Norte, los desfiladeros de Pasto formaban una barrera en la que, desde el estallido de la revolución, se habían estrellado todos los ataques patriotas. Así, el pequeño Ecuador era como una fortaleza a la que imposibilitaba el acceso las paredes de los Andes. Bolívar partió

814 O'Leary: *Memorias*, vol. II, pag. 119. O'Leary: *Doc.*, vol. XVIII, pág. 602; vol. XIX, pág. 83. *Arch.* Santander, vol. 236. De la Rosa: *Firmas*, páginas 308-310.

hacia el Sur el 13 de diciembre de 1821, con la intención de eludir ese callejón sin salida.⁸¹⁵

Los estudiantes de historia europea quizá se sientan tentados, al llegar a este punto, a expresar su opinión sobre esta campaña encogiéndose de hombros. Puede que digan: “¡Oh, otra guerra sin armas y sin soldados!” Pero sólo quien tenga en cuenta el pequeño número de combatientes y lo multiplique por los kilómetros que recorrieron, por los riesgos naturales y por la incapacidad industrial para fabricar equipos, podrá formarse una idea exacta de las hazañas de Bolívar. El núcleo principal del ejército que Bolívar condujo al Sur, y que se llamó Guardia Colombiana, a ejemplo de la guardia napoleónica, marchó una vez más a través de los cientos de kilómetros que separan la costa atlántica a la región sur de Colombia.

Bolívar había elegido para establecer su cuartel general a la capital del Valle del Cauca, Cali. Desde este punto podía llegar al pacífico cerca de Buenaventura o marchar tierra adentro de Popayán a Pasto. Su primera idea fue unirse a Sucre en Guayaquil por lo que le había dado instrucciones para que transportase a Buenaventura barcos para dos mil hombres.⁸¹⁶ Bolívar estaba listo para partir y ya había escrito a los políticos de Guayaquil que Colombia no estaba dispuesta a abandonar los frutos de sus sacrificios y que nunca consentiría en una unión entre Guayaquil y otro Estado que no fuese Colombia. Pero Bolívar se vio obligado a desechar ese primer plan al enterarse de que una flota española estaba en la costa del Pacífico. Sabía que su convoy podía ser destruido por esa flota y que corría el riesgo de caer en poder del enemigo.⁸¹⁷ Con esa pesadumbre, se decidió a abandonar la idea de invadir al Ecuador por el mar; sólo quedaba la ruta terrestre, y sobre ella brillaba una estrella maligna desde los primeros días de la revolución.

Pasto es la única ciudad grande entre Popayán y Quito, y toda la región toma el mismo nombre. Pasto fue la Vendée de la revolución sudamericana.⁸¹⁸ Era un país interior, sin comunicaciones ni comercio, donde se había desarrollado una raza de hombres fuertes, porfiados y fanáticos. El clero mantenía un dominio absoluto sobre el pueblo y había fomentado la creencia de muchas supersticiones primitivas y en desuso.

815 O'Leary: *Doc.*, vol. XIX, pág. 111. *Cartas Santander*, vol. I, pág. 151. Lecuna: “*Campaña de Bomboná*”, *B. de H.* Caracas, vol. XXV, núm. 99, pág. 215.

816 *Cartas*: Vol. III, pág. 3. *Proclamas*: pág. 270. *Arch. Santander*, vol. VII. Pág. 256.

817 *Cartas*: Vol. III, pág. 7. O'Leary: *Doc.*, vol. XIX, pág. 122.

818 A. Galindo: *Las batallas decisivas de la libertad*, pág. 342. Bogotá, 1936.

Los habitantes de Pasto creían que el rey de España y Dios constituían una sola persona y que la República era obra del demonio. Durante diez años habían luchado por su rey con un fervor sacrificado que no se halla en ninguna otra región de Sudamérica. Fueron los primeros en empuñar las armas y los últimos en deponerlas; ni el terror ni la crueldad pudieron torcer su obstinada voluntad. Bolívar tenía que quebrar su tozuda resistencia y temía afrontar la tarea. “Nuestra caballería llegará sin caballos; nuestras pertenencias se habrán perdido. Necesitaremos pan; el ganado será escaso, porque los animales agotados se perderán en el camino. Se producirán innumerables enfermedades, pues la estación lluviosa es la peor temporada. Las deserciones no cesarán, según nos enseñó la experiencia. Además están las ventajas del enemigo... Cuenta con cuatro mil hombres, un número que no puedo reunir, y estos cuatro mil hombres estarán descansados y en posición favorable. Comprendo claramente que debemos luchar contra lo imposible, pues no puedo modificar la naturaleza de esta tierra ni la de este pueblo débil.”⁸¹⁹

La decisión de marchar contra Pasto quitó a Bolívar muchas noches de sueño; buscó diversos expedientes diplomáticos para evitar la azarosa campaña. Trató de conquistar al fanático obispo de Popayán, que había huido a Pasto, diciéndole que el partido gobernante en España se había convertido en el enemigo de la Iglesia y los sacerdotes. “Todo ha cambiado —escribió—, y usted también debe cambiar.” El prelado no hizo caso de su mensaje.⁸²⁰ Pero más fantástica aún fue otra artimaña de Bolívar. Dio instrucciones a Santander para fraguar documentos y artículos periodísticos donde se señalase que la madre patria había reconocido la independencia de Colombia. Por medio de estos folletos esperaba influir en el comandante español en Pasto y convencerlo de que era mejor entregar Ecuador a Bolívar sin lucha.⁸²¹ Santander fabricó los documentos deseados con una habilidad que hizo honor a sus dotes estilísticas, pero el oficial español había corrido mucho mundo, y leyó con desconfianza las falsificaciones. “No es oro todo lo que reluce”, fue su cáustico mensaje a Bolívar. Ni siquiera le pasó por la cabeza la idea de la rendición.

Por último, tras un mes de espera, Bolívar no tuvo más remedio que atacar a Pasto. Posiblemente podría superarse la resistencia del

819 *Cartas*: Vol. III, pág. 8.

820 *Cartas*: Vol. III, pág. 17.

821 *Cartas*: Vol. III, pág. 10, 12-13, 24 y 25. Estas falsificaciones fueron tan bien hechas que se publicaron como auténticas en los documentos de O’Leary. Volumen XIX, pág. 144.

pueblo, pero la misma naturaleza parecía conspirar en contra de Bolívar. Las dificultades que había vencido en el pasado parecían pequeñas en comparación con las que asomaban por delante. Habría que hacer la guerra en una región montañosa donde las crestas cubiertas de nieve llegaban a la altura de seis mil metros. En sus laderas, las impetuosas corrientes de agua habían excavado profundamente sus lechos en estrechas hondonadas. Las paredes rocosas, desnudas y escarpadas, los resbaladizos desfiladeros y un clima mortal, que oscilaba entre el calor y el frío extremos, hacían de Pasto una ciudad casi inexpugnable. El territorio en el que Bolívar tenía que luchar cubría de Cali a Guayaquil; en el centro, a una altura de 1.800 metros, estaban las planicies de Pasto. Dos traicioneras corrientes con poderosas cascadas atravesaban el país: Juanambú en el Norte y Guáitara en el Sur. El único camino que conduce de Popayán a Quito corre sobre la altiplanicie de Pasto, y Bolívar no podía evitarla. Incluso hoy en día constituye el punto de unión más importante entre Colombia y Ecuador. El viajero moderno, que ha de pasar un día entero de recorrido entre Popayán y Pasto, avanzando de abismo en abismo, puede valorizar los peligros que debió superar Bolívar un siglo atrás.

Los españoles sabían que sus posiciones eran inexpugnables, y su jefe había prometido destruir a los patriotas y humillar a Bolívar. Don Basilio García había luchado durante doce años contra la libertad de América. Se había elevado desde las filas y sus enemigos afirmaban que había sido anteriormente un galeote. Era un oficial valiente que conocía todos los escondrijos y recovecos de este terreno, y desde diciembre de 1821, contando con el ataque de Bolívar, se había atrincherado en las colinas que dominaban Pasto.⁸²²

Bolívar se dirigió al Sur a comienzos de marzo con tres mil hombres, cruzando el valle del Patía, famoso por su clima asesino. Como treinta hombres caían enfermos todos los días, la experiencia de la marcha de un mes se tornaba muy rigurosa. Los guerrilleros españoles espantaban el ganado y quemaban las granjas ante el avance de los patriotas, y luego se quedaban para hostigar la retaguardia de Bolívar. Este perdió casi mil hombres y solicitó refuerzos con urgencia.⁸²³ El 29 de marzo cruzó Juanambú, y mientras el ejército se recobraba de las penurias de

822 Rincón: *op. cit.* pág. 26. López: *Recuerdos*, págs. 18 ss. Larrazábal: Volumen II, pág. 121.

823 *Arch. Santander*: Vol. VIII, pág. 3, Rincón: *op. cit.* pág. 143. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 190.

las semanas anteriores, el propio Bolívar tomó a su cargo la misión de reconocimiento.⁸²⁴

Los realistas, que habían ofrecido poca resistencia cuando Bolívar cruzó Juanambú, mantenían ocupadas con mil ochocientos hombres las colinas sobre el Guáitara. Aunque su posición era inaccesible, Bolívar decidió, pese a todo, intentar su cruce. De no realizar este intento, estaba obligado a admitir la derrota y a retroceder. Declaró que la posición del enemigo era extraordinaria, pero sostuvo que sus fuerzas no podían mantener la posición ni tampoco retirarse. Juró que su ejército podía y debía ganar.⁸²⁵

La batalla librada el 7 de abril de 1822, ha pasado a la historia como la batalla de Bomboná. El día estaba muy avanzado cuando Bolívar dio órdenes de atacar. El general Valdés debía cercar el ala izquierda de los españoles trepando por las rocas y colinas que protegían su posición, mientras tanto, la sección principal del ejército, al mando del general Torres, tenía que atacar sin demora el centro español. Era más de mediodía, y no había tiempo de descansar ni de comer. No obstante, Torres, interpretando mal las órdenes de Bolívar, permitió a sus hombres hacer un alto y descansar. Bolívar, en un exceso de rabia ante esta aparente insubordinación, exigió que Torres abandonase su mando. Este desmontó del caballo, rompió en dos su espada y exclamó: “Libertador, si no soy digno de servir a mi país como general, al menos puedo hacerlo como granadero.” El impetuoso Bolívar lo abrazó en seguida y lo restituyó en su cargo.⁸²⁶

La batalla comenzó hacia las dos y media, cuando sólo quedaban unas cuatro horas de luz diurna, pues la noche cae a las seis en el trópico. Los españoles defendieron las colinas con fuego de cañones y rifles, y las pérdidas en las filas patriotas fueron terroríficas. Torres y muchos oficiales republicanos de alto rango resultaron mortalmente heridos. Bolívar, observando el ataque de su batallón, recalcó con orgullo: “¡Qué bien marcha mi gente a la batalla!” Pero un camarada le replicó: “Si, pero no vuelve.”⁸²⁷ El combate fue uno de los más sangrientos de la guerra. Después de tres horas, Bolívar vio que el centro había tenido éxito y una

824 López: *Recuerdos*, pág. 64. Larrazábal: Vol. II, pág. 119. Rincón: pág. 144.

825 Larrazábal; Vol. II. pág. 123.

826 Larrazábal; Vol. II. pág. 123. Rincón: pág. 148. Lecuna: *Campaña de Bomboná, passim*.

827 O’Leary: *Doc.*, vol. XIX, págs. 236 y 241. O’Leary: *Memorias*. vol. II, págs. 135 ss. Rincón: pág. 149.

vez más lanzó sus tropas contra el centro del enemigo. Los españoles no flaquearon. Cayó la noche y ninguno de los bandos pudo continuar luchando entre las rocas y las grietas que formaban el campo de batalla.

La batalla de Bomboná no reportó la victoria a ninguno de los contendientes, pero si hubiese que adjudicar a alguien ventaja, ella correspondería a los españoles. Las pérdidas de Bolívar fueron mucho mayores que las de García. Había sacrificado una tercera parte de sus hombres y no se había aproximado ni un palmo más a su meta. Al día siguiente el coronel español le envió dos banderas colombianas que había capturado durante la batalla. En su mensaje a Bolívar, dijo que no quería guardar los trofeos de un enemigo a quien podía destruir, pero no conquistar. En la misma carta, sugería a Bolívar que retrocediese a Popayán, puesto que no había logrado apoderarse de Pasto, Bolívar interpretó este gesto del español como un intento de llegar aun acuerdo, e inició negociaciones con la esperanza de ganar tiempo. García y Bolívar se consideraron cada cual victorioso e intentaron engañarse mutuamente en cuanto a sus debilidades. Sin embargo, ninguno creyó en las afirmaciones del contrario. Ambos sabían demasiado bien que los fuertes no necesitan de palabras para conquistar la victoria. Nueve días después de la batalla de Bomboná, Bolívar renunció a la idea de apoderarse de Pasto. Pasto le había demostrado que no podía ser tomada.⁸²⁸

Bolívar no escapó a la censura por haber intentado lo imposible el 7 de abril. El primer historiador colombiano definió la batalla de Bomboná como una ocasión de derramar sangre inútilmente.⁸²⁹ Como una acción aislada que no alcanzó éxito, pero desde el punto de vista general de la campaña, es evidente que tuvo un valor cierto. Bolívar había planeado una acción doble: mientras avanzaba por las montañas hacia Quito, Sucre debía marchar tierra adentro desde el mar. Las dos puntas de la horca debían unirse en Quito. Como hemos señalado, Bolívar fue detenido en Pasto, pero había atraído sobre sí a las mejores tropas de los españoles. Hasta García se veía ahora obligado a observar desde cerca sus movimientos. En tales circunstancias, la ofensiva de Sucre se vio considerablemente facilitada.

Después de un año de infortunios, el general Sucre había tenido por último suerte; ese tipo de suerte de que habla Moltke al afirmar que únicamente un hombre capaz puede gozarla durante un determinado

828 *Cartas*: Vol. III, págs. 33-34. O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 139.

829 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 217. Rincón: pág. 177

espacio de tiempo. Sucre había trabajado desde hacía tiempo por conseguir que los soldados argentino-peruanos cooperasen en la liberación de Quito. A comienzos de 1822 habían llegado hasta él unos mil hombres del cercano Perú; esta división, a las órdenes del coronel Santa Cruz se había incorporado al ejército de Sucre en febrero. Con estas fuerzas adicionales, Sucre cruzó las cordilleras en abril, y cada día que pasaba su ejército se aproximaba más a la capital de Ecuador.⁸³⁰ Los españoles creyeron que su posición era segura, pero Sucre recurrió a una artimaña militar y su maniobra de sorpresa fue coronada por el éxito. El 16 de mayo aparecieron a los ojos del ejército los picos nevados que custodian Quito. Estaba a espaldas de los españoles entre Pasto y Quito y a sólo cuatro millas de la capital. El enemigo esperó confiado que Sucre atacase desde el Sur, pero la mañana del 24 de mayo, los soldados republicanos descendieron por la falda del macizo Pichincha y avanzaron sobre Quito desde el Norte. Los españoles se apresuraron a defenderse y a las diez y media dio comienzo la batalla por la liberación de Ecuador. Los colombianos, los argentinos y los soldados de la Legión Británica lucharon con igual valor. La victoria de las fuerzas republicanas quedó finalmente decidida por un asalto encabezado por el coronel Córdoba, al frente del regimiento Magdalena.⁸³¹

Al día siguiente Sucre entró en la capital. La victoria de Pichincha fue tan completa como las de Boyacá y Carabobo. El gobernador Aymerich y la provincia a su cargo se rindieron al oficial republicano de veintisiete años. La capitulación comprendió la captura de mil cien hombres y su equipo, pero lo más importante de todo fue la liberación del suelo ecuatoriano hasta Pasto.

El mismo Pasto ya no era capaz de resistir más. Los habitantes estaban aún resueltos fanáticamente a luchar y morir o a suicidarse, antes de permitir que Bolívar entrase en su ciudad. Sin embargo, las autoridades comprendieron que Pasto se encontraba entre dos fuegos, y por esta razón García resolvió el 28 de mayo la rendición de la ciudad a Bolívar. Éste ignoraba todavía la victoria de Pichincha, y García fue lo bastante inteligente para guardar silencio sobre el triunfo de Sucre hasta haber obtenido las mejores condiciones posibles de los republicanos. El 6 de

830 O'Leary: *Doc.*, vol. XIX, pág. 282. Documentos relativos a la campaña del Sur, dirigida por el general Sucre. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, pág. 272. *Arch. Santander*: Vol. VIII, págs. 174 ss. Mitre: *San Martín*, vol. III, pág. 559.

831 O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 142. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, págs. 407 ss. Lecuna: *B. de H. Caracas*. Vol. XXV, núm. 100, págs. 385.

junio quedó concluida la rendición, con la promesa de que se respetaría la vida de todos los monárquicos y hasta con el ofrecimiento de la amnistía del Libertador a García.

Bolívar entró en Pasto el 8 de junio. Se comportó en su encuentro con Don Basilio como si García fuese un cruzado, devolviéndole su espada y su insignia de mariscal e invitándolo a sus cuarteles. Por entonces se enteró Bolívar de la liberación de Quito. Quedó encantado con la noticia del triunfo de Sucre. Pero su alegría no fue total, pues tuvo la sensación de que el destino le había arrebatado los laureles del vencedor. En un arranque de celos escribió a Santander: “Debe usted comprender que García se rindió a mi requerimiento, pues aquí nadie sabía nada de la batalla de Sucre, ni pudimos haberlo sabido. Por esta razón no quiero que se otorgue a Sucre el mérito de la capitulación de García. En primer lugar, Sucre ha obtenido suficiente fama; segundo, es cierto, muy cierto, que la capitulación quedó decidida sin conocer las actividades de Sucre. Me parece que sería bueno escribir algo de esto en los periódicos del Estado donde se registren las hazañas de ambos. Sucre tenía más tropas y menos enemigos que yo. El territorio era muy favorable, por sus gentes y por la índole del terreno. Nosotros, por el contrario, nos encontramos en un verdadero infierno y luchamos contra el demonio. La victoria de Bomboná es mayor que la de Pichincha. Las pérdidas fueron iguales en ambas, pero no lo fueron las características de los jefes enemigos. El general Sucre no obtuvo más gloria que yo el día de la batalla y la rendición que logró no fue más completa que la mía... Creo que con un poco de tacto se pueden rendir honores muy grandes a mi división, sin disminuir los de Sucre.” Pero este ataque de celos no duró mucho. Bolívar reconoció la deuda de Sudamérica a Sucre y se preparó para recompensarlo con el gobierno de la tierra liberada.

Con esa actividad febril que lo caracterizaba, Bolívar había encarado ya nuevos problemas. Deseaba pacificar Pasto, incorporar a Quito a la República y discutir el problema de Guayaquil con San Martín. La pacificación de Quito era la cuestión más importante por el momento. Bolívar prestó atención a la fe fanática de los habitantes de Pasto, haciendo ostentación de su asistencia al tedéum que se cantaba en la catedral en celebración de la victoria. En seguida se dirigió al obispo de Popayán, un hombre que había hecho cuanto le fue posible para incitar a esta región y que había ofrecido su renuncia. Bolívar, en una carta que es una obra maestra del arte diplomático perfumado con incienso, se negó a considerar el sacrificio del obispo. ¡Qué! —objetaba—, ¿el eminente

pastor abandonaría el rebaño que el propio Dios le había confiado? ¿Y por razones políticas? ¿Quién atendería entonces la viña del Señor? El deber de un obispo no era renunciar, sino esperar a que la Santa Sede reconociese a Colombia como a un Estado soberano. Así trataba Bolívar a sus enemigos de ayer y conquistaba su simpatía. En el caso del obispo de Popayán, Colombia perdió a un oponente y el Libertador ganó un admirador.⁸³² Los obstinados habitantes de Pasto no fueron engañados tan fácilmente. Las súplicas de Bolívar surtieron poco efecto. Su sumisión era sólo exterior.

Bolívar avanzó entonces en cortas etapas sobre Quito y llegó el 16 de junio. Allí encontró un ambiente completamente distinto. Todos, desde el indio más humilde hasta al principal aristócrata criollo, se precipitaron a las calles para darle la bienvenida. Las plazas públicas fueron decoradas con arcos de triunfo y las casas con flores y banderas; se echaron a vuelo las campanas y se lanzaron cohetes. Bolívar abrazó a Sucre, felicitó a los hombres, vio a las comisiones y escuchó todos los discursos. En síntesis: revivió toda la intoxicación de la victoria que había acompañado a su ejército durante tres años.⁸³³ Mientras el Libertador cabalgaba lentamente a través de la ciudad, alguien le arrojó desde un balcón una corona de laureles. Bolívar la agarró, y mirando hacia arriba, encontró un par de ojos brillantes. Esa misma noche, en un baile dado en su honor, conoció a Manuela Saenz de Thorne, que le había arrojado la corona por la mañana. Pero este encuentro pertenece a otro capítulo.

La forma de gobierno de Ecuador había ocupado mucho tiempo los pensamientos de Bolívar. Una ley especial aislaba a las regiones que Bolívar había conquistado de la esfera del poder parlamentario.⁸³⁴ Se le había otorgado autoridad administrativa para actuar en estas tierras como lo considerase conveniente. Bolívar no quería dividir al Ecuador en provincias porque creía que esa división fomentaría el separatismo. En vez de ello, creó un gran departamento, Quito, y designó presidente al general Sucre.⁸³⁵ En vano adujo el hombre demasiado modesto que carecía de dotes para gobernar. Bolívar sabía más, y sabía que las masas adorarían a Sucre. La condición emocional de Bolívar, después de tantos triunfos, se revela en una carta a Santander: “Ya sabe cómo es una capital liberada, a la que hay que dar leyes colombianas, en la que viven muchas

832 *Cartas*: Vol. III, págs. 39-41.

833 O’Leary: *Doc.*, vol. XIX, pág. 310.

834 Blanco: *Doc.*, vol. VIII, pág. 148.

835 *Cartas*: Vol. III, pág. 43-44.

personas y muchos patriotas, etc.; en otras palabras, no tengo tiempo de nada. No me faltan momentos para escribir, pero son demasiado numerosos los pensamientos que tengo sobre qué hacer con este grande y hermoso país. ¿Qué haremos para preservar la buena voluntad del pueblo, conquistar Guayaquil y mantener la armonía con el Perú?”⁸³⁶

Guayaquil se había convertido en el problema principal de Bolívar. Había recibido el mensaje de que la ciudad estaba dispuesta a aceptar la Constitución colombiana y estaba ansioso por forjar el acero mientras estuviese todavía caliente y mientras continuase encendido el entusiasmo por Bomboná y Pichincha. Empero se encontraba indeciso ante la posibilidad de que esa anexión fuese interpretada como un acto hostil hacia el Perú. Tenía la obligación de recordar la reciente ayuda prestada por Perú en la liberación de Ecuador.

La tensión entre Perú y Colombia había aumentado peligrosamente durante la campaña y San Martín había estado una vez a punto de declarar la guerra a Colombia. ¿Cuáles serían las consecuencias si Bolívar retenía a Guayaquil?⁸³⁷ Pese a todas las objeciones, Bolívar se decidió por una política atrevida. Se permitió a los partidarios de la anexión de Guayaquil que trabajasen por ella. Por su parte, Bolívar procuró ganarse la opinión pública; pero anticipándose a la necesidad de adoptar medidas más vigorosas, comenzó a enviar tropas a la costa.⁸³⁸ A comienzos de julio él mismo se puso en camino. Éste atravesaba uno de los paisajes más bellos del mundo. El contraste entre los picos de los Andes, con sus crestas de nieves eternas, y la lozanía de la naturaleza tropical inspiró a Bolívar. Empero la leyenda de que ascendió al Chimborazo en un día no se funda en la realidad. Para realizar semejante hazaña habría tenido que ser un semidios. Bolívar no estuvo jamás en el Chimborazo, y el himno cuya composición se le atribuye es una falsificación, además mala.⁸³⁹

836 *Cartas*: Vol. III, pág. 45-46.

837 De la Rosa: *Firmas*, págs. 362, 380 ss. Mitre: *San Martín*, vol. III. Pág. 596. Lecuna: “La cuestión de Guayaquil”, vol. XXV, pág. 358.

838 *Cartas*: Vol. III, pág. 52-53. A. M. Candiotti: “Una comunicación del Libertador”. *B. de H.* Bogotá, vol. XXVIII, pág. 107.

839 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 146. *Mi delirio sobre el Chimborazo* está considerado por muchos sudamericanos como una de las grandes composiciones poéticas del Libertador. Hasta Lecuna: *Proclamas*, pág. 280, la ha incluido en su colección. Sin embargo, no existen pruebas de que Bolívar haya ascendido alguna vez al Monte Chimborazo; ni él ni ninguno de sus amigos o ayudantes menciona la hazaña. Por supuesto, Bolívar pudo haber escrito el “delirio” sin haber estado en el Monte Chimborazo, pero el himno difiere por completo de sus demás producciones. El estilo, el vocabulario y

Bolívar llegó a Guayaquil el 11 de julio. Tenía que tomar una de las decisiones más fatales de su vida. Había completado la creación de la República Colombiana en seis meses, pero ¿iba a contentarse con esta hazaña? ¿Sería Guayaquil el último remate del techo de ese edificio cuyos cimientos había colocado hacia tanto tiempo? Su primera ambición grande había sido la creación del Estado colombiano. Este sueño se había hecho realidad en los campos de Bomboná y Pichincha. Si ahora iba a Guayaquil, era porque lo llamaba un destino más alto. Su deseo era llevar la insignia de la libertad a Lima y Potosí, y fundar luego la Liga Sudamericana. De esta aspiración sacó fuerzas para conducir a su ejército a través del continente como otro Alejandro.⁸⁴⁰ Guayaquil no tenía en sí mismo una importancia de primer orden, pero Bolívar sabía que allí se encontraría con San Martín. Durante dos años la sombra del argentino se había cruzado en su camino, y Bolívar estaba preparado para enfrentarse con el hombre. Estaba resuelto a seguir siendo lo que hasta entonces: el hijo predilecto del destino. Su viaje a Guayaquil significaba que Colombia no le satisfacía más. El escenario de sus próximas actuaciones era el más amplio del continente sudamericano.

las ideas no son los de Bolívar, sino los de un imitador. Además, el “delirio” no fue publicado después de su muerte en *Proclamas*: Caracas, 1842, lo que hace aun más dudosa su autenticidad. Recientemente, se publicó en el *Boletín de la Academia* de Quito, núm. 66, 1945, un manuscrito que se considera el texto original del “delirio”. Sin embargo, la letra no es de Bolívar, ni pertenece a ninguno de sus secretarios, como dijo el señor Lecuna. Véase también B. Sanín Cano: *Letras Colombianas*, pág. 45, México, 1944.

840 Mitre: *San Martín*, vol. IV, págs. 52 ss.

XXV

LA CONFERENCIA DE GUAYAQUIL

Promediaba el año 1822 cuando la revolución sudamericana alcanzó su cenit. Fue el momento solemne y prodigioso en que se unieron los movimientos del Norte y del Sur. La libertad había dejado su huella desde el Mar Caribe hasta el límite sur del Ecuador. Se había extendido hacia el Norte desde el Plata hasta los confines del Perú. Adentrándose en el continente desde las playas del Atlántico, ambas corrientes revolucionarias habían cruzado Los Andes, encontrándose finalmente en el Pacífico. Sus fuerzas se habían unido en Ecuador, y los hilos de su destino se habían entremezclado en Guayaquil. La conferencia con San Martín fue la culminación de una serie de acontecimientos que habían concurrido durante doce años para posibilitar esta ocasión.⁸⁴¹

Hispanoamérica se había liberado de la madre patria desde México hasta el Cabo de Hornos. Sólo en casos aislados continuaban luchando inútilmente los restos del ejército español contra los independientes, y no quedaba sino un Estado por ser liberado: el virreinato del Perú. La conquista de estos dominios constituía en ese momento el objetivo de Bolívar, y las tropas argentino-chilenas a las órdenes de San Martín, ya estaban allí. Perú habría de ser el punto de unión de ese poderoso movimiento que había libertado a un continente. Perú era también la línea divisoria donde debían dilucidarse las ansias de hegemonía colombianas y argentinas.⁸⁴²

Los argentinos habían contribuido a libertar Ecuador, y Bolívar reconoció esta obligación el día que entró en Quito en una carta a San Martín: “Siento la mayor satisfacción al anunciar a Vuestra Excelencia que la guerra de Colombia ha terminado, y que su ejército está listo para marchar hacia dondequiera lo llamen sus hermanos, especialmente al territorio de nuestro vecino del Sur”⁸⁴³ San Martín replicó que las victorias de Bomboná y Pichincha habían sellado la unión de Colombia y Perú, y que sólo quedaba un campo de batalla en Sudamérica: Perú.⁸⁴⁴

Bolívar realizó un sincero esfuerzo para establecer relaciones más estrechas con las naciones hermanas de Colombia. El embajador

841 Mitre: *San Martín*, vol. III, pág. 542.

842 Mitre: *San Martín*, vol. III, págs. 576-577. Groot: Vol. IV, pág. 263.

843 *Cartas: Vol. III, pág. 42.*

844 Mitre: *San Martín*, vol. III, págs. 576. O’Leary: *Doc.*, vol. XIX, pág. 335.

colombiano en Lima, Joaquín Mosquera, había llegado a un acuerdo a perpetuidad con el Gobierno de San Martín, cuyos principios generales no presentaron dificultades. Sin embargo, el intento de anexar Guayaquil al territorio de la República Colombiana provocó las protestas del ministro peruano. Perú quería este puerto para sí, y en consecuencia sugirió que se ofreciese a Guayaquil la posibilidad de optar por su nacionalidad. El ministro de Relaciones Exteriores colombiano no podía ni quería consentir a ello, pues las instrucciones de Bolívar sobre el particular eran claras y explícitas.⁸⁴⁵ Al principio, este espinoso problema quedó soslayado cuando ambas partes convinieron en que un posterior tratado especial reglamentaría la cuestión de los límites entre los dos Estados.

En la disputa entablada sobre Guayaquil, San Martín sostuvo el principio de la no intervención, en la esperanza de conquistar el puerto para el Perú. Por su parte, Bolívar propuso que Colombia interviniese. No ocultó su actitud y escribió a San Martín: “No comparto el punto de vista de Vuestra Excelencia de que la voz de una provincia deba escucharse antes de que se pueda establecer la soberanía nacional, pues ninguna parte sola, sino el pueblo en su conjunto, resuelve estas cuestiones libre y legalmente en una asamblea general.” Bolívar no prometió a San Martín un plebiscito, pero se mostró de acuerdo con que se consultase la opinión del pueblo. Además, esperaba resultados decisivos de su reunión personal con San Martín, a la que sólo faltaba para concretarse, la conciliación de las conveniencias de ambos hombres. “Los intereses de una pequeña provincia no pueden alterar el porte majestuoso de Sudamérica. Espero con impaciencia las discusiones que Vuestra Excelencia se digne sugerir”⁸⁴⁶

Bolívar realizó ciertos preparativos para este encuentro, el primero en su esfuerzo por poner fin a la anarquía imperante en Guayaquil. Quienes abogaban por un Guayaquil independiente basaban sus esperanzas en la división Argentina que había luchado en Pichincha. El propósito de la división al llegar a Quito no había sido únicamente la liberación de ésta, y si hubiese regresado a tiempo a Guayaquil, podría haber tomado bajo su protección a todos los separatistas.⁸⁴⁷ La flota peruana también estaba

845 O’Leary: *Doc.*, vol. XIX, pág. 324. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, pág. 453. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. II, pág. 224.

846 *Cartas*: vol. III, págs. 50-52. La carta de Bolívar es la respuesta a una nota de San Martín del 3 de marzo de 1822. Véase Lecuna: *B. de H.* Caracas, volumen XXV, pág. 488.

847 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 150. C. Destruge: *Guayaquil en la campaña libertadora del Perú*. Guayaquil. 1924.

en camino hacia Guayaquil. Sin embargo, Bolívar se dio cuenta de las verdaderas intenciones de San Martín y logró frustrarlas reteniendo a las tropas argentinas frente a Quito y enviando el ejército colombiano a Guayaquil. Él mismo llegó al puerto casi simultáneamente con su ejército.

En la ciudad reinaba un caos indescriptible. Las calles estaban repletas de adictos a los tres partidos, pues cada hombre trataba de sobrepasar a la oposición; los gritos de “¡Viva la independencia!” se mezclaban con los vítores a Perú y Colombia. El Consejo de Guayaquil no tenía intenciones de abandonar sus designios de independencia, pero Bolívar no dejó lugar a dudas de que desde ese momento en adelante dirigiría el curso de los acontecimientos. Según su costumbre, apeló a las masas, declarando que todas las provincias del Sur estaban bajo la égida de la libertad y de las leyes colombianas. “Sólo vosotros os encontráis en una posición falsa y ambigua. La anarquía os amenaza. Os traigo la salvación.” Les dijo que tenía el convencimiento de que querían ser colombianos, pero les prometió un plebiscito que probara al mundo que todos los colombianos querían a su país y a sus leyes. Requirió el voto general para sancionar la incorporación de Guayaquil a la República Colombiana.⁸⁴⁸

Esta votación decisiva no habría de tener lugar hasta fines de julio, pero resultó evidente para todos que constituiría simplemente la aprobación de un *fait accompli*. Mientras tanto, y a medida que pasaban los días, la tensión originada por la controversia se hacía mayor. Frente a la casa de Bolívar sus adictos destruyeron la bandera de Guayaquil e izaron en su lugar los colores colombianos. La multitud vitoreaba a Bolívar y los barcos surtos en el puerto dispararon salvas. Los miembros del Consejo comunal, que temían que sus vida y haciendas corriesen peligro, huyeron aterrorizados ante las masas excitadas. Bolívar desaprobó estos excesos en público, pero los alentó en privado, pues sabía que en el momento en que estallase esta anarquía y confusión obtendría el control de la situación. Cuando fue oportuno, anunció al Consejo que asumiría todas las facultades civiles y militares para impedir mayores daños, pero que este paso no afectaría en modo alguno la libertad del pueblo.⁸⁴⁹

De este modo quedó concretada la anexión de Guayaquil, y Bolívar se declaró dictador de la provincia en discusión. Había entrado en la ciudad el 12 de julio; el día 24 celebró su trigésimonono cumpleaños. Un día después llegó el general San Martín a bordo de un buque de guerra chileno.

848 *Proclamas*: pág. 275.

849 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 156. O’Leary: *Doc.*, vol. XIX, págs. 347 ss.

El encuentro entre Bolívar y San Martín siempre ha encendido la imaginación de los sudamericanos. No sólo se trató de un encuentro entre los hombres más grandes de la Revolución sudamericana, donde cada uno pudo medir las dimensiones del otro, sino que se convirtió en el campo de prueba relativo a las obligaciones nacionales del Perú. La conferencia de Guayaquil ha inspirado a menudo comparaciones que, a la manera de Plutarco, presentan las vidas de estos hombres en forma armoniosa o discordante. Estas descripciones son tan fascinantes como engañosas. Su índole era esencialmente distinta, y el único paralelo verdadero entre ellos, radica en la fuerza rectora de las obras de sus vidas.⁸⁵⁰

San Martín y Bolívar, Buenos Aires y Caracas, son los puntos focales del gran movimiento elíptico que circunscribe la Revolución Sudamericana. Un breve bosquejo de la carrera de San Martín facilitará la comprensión del sentido y contenido de su reunión.⁸⁵¹

San Martín había nacido en Yapeyú, pueblecito perteneciente al virreinato del Río de la Plata, el 25 de febrero de 1778. Su padre se contaba entre los altos funcionarios del Gobierno colonial. San Martín fue llevado a España cuando era aún muy pequeño y permaneció allí durante veintisiete años. Su niñez, su juventud y su educación militar y política guardaron relación con Europa y España, pero no tenemos duda de que abrigaba un recuerdo y un amor secreto por América.⁸⁵²

En España San Martín ingresó en la Academia Real, destinada a la educación de la nobleza. Se hizo cadete y a temprana edad fue designado ayudante del general Solano. En una campaña intrascendente contra Portugal recibió su bautismo de fuego, y más tarde ascendió en forma gradual la escala de las promociones militares. La ocupación de España por Napoleón le significó una de las grandes impresiones de su vida. Había visto cómo la muchedumbre exaltada había dado muerte a su comandante

850 Mitre: *San Martín*, vol. III, pág. 603. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, pág. 495; volumen XIV, pág. 491. O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 168. Larrazábal: Volumen II, pág. 151.

851 J. P. Otero: *Historia de San Martín*, Buenos Aires, 1932. Véase Bibliografía en vol. IV. E. García del Real: *San Martín*. Madrid, 1932. R. Azpúrua: *Biografía de hombres notables de Hispanoamérica*, vol. I, Caracas, 1877. J. M. Gutiérrez: *San Martín*. Buenos Aires, 1863. R. Vicuña MacKenna: *El general San Martín*. Santiago, 1902. D. F. Sarmiento: *Obras Completas*, vol. III, págs. 297 ss. París. 1909. W. Dietrich: *Belgrano y San Martín*. Santiago, 1943. San Martín. Correspondencia. Museo Hist. Nacional, Buenos Aires, 1910-1911.

852 Leguizamón: *La casa natal de San Martín*. Buenos Aires, 1925.

y lo había arrastrado por las calles, y el recuerdo de esta escena de crueldad no se borró jamás de la mente de San Martín. Inclusive después que fue un liberal convencido, pero que también despreciaba a las masas y sus impulsos. A pesar de este aparente conflicto de ideales, San Martín luchó por la libertad del pueblo español contra el imperialismo francés, y como se distinguió en la batalla de Bailén, fue ascendido al grado de teniente coronel. Sin embargo, cuando recibió la noticia de que en su país natal, Argentina, había llegado el momento de la independencia, decidió abandonar el servicio de España.

El escritor argentino Sarmiento llama la atención sobre el hecho sorprendente de que muchos de los revolucionarios sudamericanos —Miranda, Bolívar, San Martí, Belgrano, para no mencionar sino unos pocos— obtuvieron sus primeras nociones políticas en España. Por ese entonces vivían en España más de cuatrocientos sudamericanos, distribuidos entre el ejército, los colegios, las Cortes y el comercio. La noticia del estallido de la revolución los llenó de júbilo, y en seguida comenzaron a organizarse en sociedades secretas. Existía una logia masónica con todas las formas y galas de la orden, llamada la Logia de Lautaro. Su influencia en la Revolución Argentina no puede ignorarse. Contrastando con Bolívar, que ridiculizaba a las logias aunque él mismo fuese masón, San Martín siempre había tomado en serio estas organizaciones y seguido meticulosamente sus instrucciones, aun cuando prefiriese mantener en secreto su calidad de miembro.⁸⁵³ Decidió ir a América y viajó a la Argentina pasando por Inglaterra. Llegó a Buenos Aires en marzo de 1812 y ofreció sus servicios a la revolución.

Se encomendó a San Martín la organización de los granaderos a caballo, y entrenó a su ejército, soldado por soldado y oficial por oficial, con toda la paciencia, la disciplina y la tenacidad que había adquirido en los ejércitos europeos. La temprana victoria de sus tropas en San Lorenzo mostró la efectividad del entrenamiento militar completo.⁸⁵⁴ Sin embargo San Martín no estaba interesado en victorias aisladas; sus ideas convergían en la liberación de Sudamérica, deseando dirigir las operaciones desde una base en Buenos Aires, a la manera de Bolívar desde Caracas. Había concebido el diseño de una campaña continental,

853 M. F. Paz Soldán: *Historia del Perú independiente*, vol. I, pág. 227, Lima, 1868. Blanco: *Doc.*, vol. III, pág. 603. E. Gouchon: *La Masonería y la Independencia de América*. Valparaíso, 1927. R. A. Zúñiga: *La Logia Lautaro y la Independencia*. Buenos Aires, 1922. B. Oviedo Martínez: "La Logia Lautariana". *B. de H. Caracas*, vol., XII. Núm. 48, pág. 436.

854 C. Smith: *San Martín hasta el paso de los Andes*. Buenos Aires, 1928.

y llevó adelante sus planes frente a toda oposición. San Martín creyó que la clave de la libertad estaba en Perú. Para comprender la lógica de su pensamiento, sólo se necesita comparar ciertos puntos salientes de la situación. Los españoles habían defendido débilmente las tierras del Plata a causa de su poca importancia económica. En una época en que no se realizaban transportes ultramarinos en gran escala, los productos de las pampas eran de escaso valor. Por su parte, los metales preciosos del Perú representaban ya por entonces un elemento vital de la economía española. Comprendiendo cabalmente la situación, San Martín previó que España defendería el Perú hasta la muerte.

San Martín tuvo que cruzar los Andes para llegar al Perú; pero, como Bolívar, era un hombre con capacidad creadora y en un país donde la gente y sus costumbres le resultaban desconocidas, se dio a la tarea de crear un ejército digno de figurar incluso bajo las bandera de Wellington. Se estableció en la provincia de Mendoza y allí plantó un campamento permanente, el fuerte de Tucumán, donde esperaba estar en condiciones de resistir cualquier ataque de los españoles. El propósito de esta defensa era crear tras sus troneras un ejército capaz de llevar sus planes de una campaña continental. Su idea era tener “en Mendoza un ejército pequeño pero disciplinado, pasar a Chile para desembarazarse de los españoles y establecer un gobierno amistoso y estable que terminase con la anarquía”. Después quería enviar por mar su ejército al Perú para tomar Lima. “Tenga la seguridad —escribió a un amigo en 1814— de que la guerra no terminará hasta que estemos en Lima.” Él mismo cumplió con este programa y esta profecía.⁸⁵⁵

Impasible ante las intrigas y la inestabilidad del gobierno argentino, San Martín desarrolló sus planes. Lentamente fue acumulando material de guerra y día tras día estudiaba el terreno por el que iba a tratar de ascender a los Andes. La reacción española había triunfado en Chile, precisamente como lo había hecho con Morillo en la Nueva Granada, y San Martín admitió francamente que había que reconquistar Chile, pues no podía tolerarse a ningún enemigo de la libertad en las fronteras de Argentina. También se preparó psicológicamente para la liberación de Chile. Habían huido a su campamento numerosos emigrantes, divididos en distintos partidos, y entre ellos San Martín dispensó su especial favor a un hombre que impresionó fuertemente su temperamento autoritario: Bernardo O’Higgins, futuro jefe de Chile.⁸⁵⁶

855 Mitre: *San Martín*, vol. I, págs. 286-287. Mitre: *Historia de Belgrano*, volumen II, pág. 288. París, 1887.

856 D. Barros Arana: *Historia general de Chile*, vol. XII, págs. 5-154. Santiago, 1884-1902. B. O’Higgins: *Memorias*. Santiago, 1844. Galindo: *op. cit.*, págs. 374 ss.

San Martín mantuvo informado al gobierno de Buenos Aires acerca de sus planes y al mismo tiempo confundió a los españoles con rumores falsos. Cuando inició el cruce de los Andes a comienzos de 1817, los realistas se encontraban bajo la impresión de que había sido derrotado y destruido su ejército. En realidad comandaba una fuerza de ocho mil hombres. “Si los españoles no saben en qué dirección marchó, llegaré a Santiago hacia el 15 de febrero.” Y el 15 de febrero San Martín entró en la capital de Chile.

Las dificultades que tuvo que salvar San Martín fueron quizá mayores aún que las que superó Bolívar en 1819, pero su ejército estaba mejor equipado que el del Libertador. Con todo, las montañas entre Argentina y Chile son más altas y más peligrosas que las del Norte. El paso por el cual marchó San Martín está a cinco mil trescientos metros de altura. Además, dependía mucho más del gobierno que Bolívar. Ya había emprendido la marcha cuando recibió una orden que prohibía la expedición; empero, San Martín decidió no hacer caso de este veto gubernamental, aunque sabía que haciéndolo arriesgaba su cabeza.

El 4 de febrero inició el descenso a los valles de Chile. Había necesitado veinte días para cruzar los Andes. Afortunadamente, los españoles habían desaprovechado la oportunidad de defender los pasos, y por último se expusieron a presentar batalla cuando todas las ventajas estaban del lado argentino. La batalla de Chacabuco proporcionó a San Martín un triunfo con el que había contado. Tres días después entró en Santiago de Chile.

En contraste con Bolívar, San Martín no pidió nada para él. Sus planes para el territorio conquistado implicaban una alianza de Estados independientes; no tenía interés en una Gran República Argentina. Chile se constituyó como Estado independiente y Bernardo O’Higgins, con el título de director supremo, asumió el cargo de Presidente.⁸⁵⁷

Sin embargo, el predominio español en Chile sólo había sido sacudido, y no eliminado. El jefe monárquico había concentrado sus fuerzas en el Sur y logrado infligir una grave derrota al ejército unido argentino-chileno. Fue una batalla nocturna, que terminó con la desbandada general de los patriotas, incluso San Martín y O’Higgins. Pero una vez más los españoles no supieron rematar su victoria, y la demora otorgó a San Martín tiempo y lugar para resarcirse de sus pérdidas en hombres y material. A fines de mes un nuevo ejército patriota se enfrentó a los

857 Mitre: *San Martín*, vol. 11, págs. 20 ss. A. García Bamba: *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, vol. I, págs. 359 ss. Madrid. 1916. D. Amunátegui: *El nacimiento de la República de Chile*, Santiago. 1930.

españoles en las planicies de Maipú. Y allí, el 15 de mayo de 1818, se ganó para siempre la independencia de Chile.⁸⁵⁸

San Martín no se entregó al gozo teatral de su éxito. Después de Maipú, dijo simplemente: “Hemos ganado la acción por completo.” En comparación con Bolívar era reservado y poco afecto a lo dramático. Para San Martín sólo había una virtud: la de ser sincero consigo mismo. “Serás lo que debes ser o si no, no serás nada”, fue el lema de su vida. No miró hacia atrás luego de libertar a Chile. Argentina estaba sufriendo una confusión derivada de los elementos del conflicto, pero a San Martín jamás se le pasó por la cabeza la idea de utilizar su ejército para poner fin a la anarquía de su país. Cuando le fallaron los funcionarios políticos, los generales de su ejército lo confirmaron en su mando. Fue éste un paso atrevido, pues quienes lo aclamaban hoy día podían deponerlo el día de mañana. Pero San Martín no dudó e inició sin demora sus preparativos para viajar al Perú.

La liberación de Perú planteó a San Martín un nuevo problema, pues exigía la creación de una flota. Sin los buques de guerra patriotas, el poder español en el pacífico seguiría siendo invencible. La organización de la flota chilena fue la tarea de lord Cochrane, que había entrado al servicio de Chile en 1819. Su coraje, su talento, su experiencia eran incuestionables. Por supuesto, no eran menos sus ilusiones de grandeza y su avaricia, que lo convirtieron pronto en uno de los hombres más odiados por la oficialidad de San Martín.⁸⁵⁹

El 23 de agosto de 1820 la flamante flota puso proa al Perú con 4.500 hombres. “Estamos en camino hacia el destino final de nuestra independencia”, escribió San Martín.

El momento parecía propicio. La revolución en España había conmovido hasta el espíritu monárquico de Lima. El virrey Pezuela había leído en público la Constitución liberal y expresado sus deseos de ponerse en contacto con los jefes del movimiento emancipador. La primera de las importantes conferencias en que españoles y argentinos discutieron el futuro de Sudamérica tuvo lugar en Miraflores en septiembre de 1820. San Martín exigió el reconocimiento de la independencia peruana y en compensación ofreció establecer una monarquía constitucional con un príncipe español como rey. Esta propuesta contaba con el apoyo

858 B. Vicuña MacKenna: *La batalla de Maipú*. Santiago, 1918.

859 Blanco: *Doc.*, vol. VI, págs. 746-748. Rivas Vicuña: Vol. IV, pág. 382. G. Balmes: *Historia de la Expedición Libertadora del Perú*. Santiago, 1888. The. Cochare: *Memorias*. París, 1863. E. Bunster: *Lord Cochare*. Santiago, 1943.

de mucha gente, pero la idea de la independencia peruana repugnaba al virrey español. Por tanto, las negociaciones quedaron anuladas y se reanudaron las hostilidades.⁸⁶⁰

San Martín quería incitar a los habitantes de las tierras montañosas del Perú a rebelarse y, al mismo tiempo, sitiarse Lima. De este modo el virrey, encontrándose huérfano de ayuda, podría convenir en capitular. El espíritu de rebelión se había extendido en el pueblo y afectado también al ejército real. Los oficiales españoles depusieron a Pezuela y bajo su propia responsabilidad designaron un nuevo virrey, el general La Serna.

La Serna transitó por el mismo camino que había conducido al fracaso a su antecesor. Allanó el terreno para negociar con San Martín, y una vez más éste exigió que se proclamase la independencia del Perú y se estableciera un nuevo Consejo de Regencia que abriese camino para la monarquía. Las discusiones fueron prolongadas, pero no se llegó a decisión alguna.⁸⁶¹

En el interin, La Serna había decidido explotar la resistencia a la independencia en el interior del país. Dejó una importante guarnición en la fortaleza de El Callao y concentró su ejército en las sierras. De este modo fue entregada la capital y San Martín pudo entrar en Lima el 9 de julio de 1821. Por supuesto, el Perú no había sido liberado todavía, pues el ejército realista permanecía invicto en las sierras y podía descender a la costa en cualquier momento para echar al mar a los argentinos. Aun cuando San Martín logró otro triunfo en septiembre de 1821 con la rendición de El Callao, su posición en el Perú seguía siendo traicionera. Las operaciones estaban paralizadas. Todo lo que pudo hacer fue balancear los platillos y establecer un equilibrio entre las fuerzas europeas y americanas.

Luego de su entrada en Lima, San Martín proclamó y garantizó la independencia del Perú. Asumió el título de Protector de la Libertad peruana, título acorde con su temperamento. Bolívar era el Libertador; San Martín, el Protector. Definió sus poderes en un estatuto provisional, al que siguió una serie de medidas liberales. No obstante, la situación política continuaba siendo precaria. San Martín no logró consolidar la independencia.

El Gabinete del Protector se integraba con argentinos, peruanos y colombianos, hombres que representaban los más variados propósitos e intereses. Cada uno tenía ideas y opiniones distintas sobre el futuro de

860 C. A. Villanueva: *Bolívar y San Martín*, pág. 168. París, 1911. Larrazábal: Volumen II, pág. 156

861 Mitre: *San Martín*, vol. II. pág. 652. Restrepo: *H. de R. C.*, K vol. III, pág. 121.

un Perú independiente.⁸⁶² Sin embargo, fue el programa constitucional de San Martín el que encontró la mayor oposición. El Consejo de Estado había votado el envío de una delegación a Europa para persuadir a un príncipe alemán a aceptar la corona imperial americana, pero esta decisión estaba lejos de agradar a los peruanos. Quizás éstos no tuviesen una seguridad total sobre qué querían, pero sí la certeza de que no era una monarquía.⁸⁶³

Naturalmente, el odio político, una vez encendido, envolvió la persona de San Martín. Corrieron rumores de que quería la corona para sí mismo. Esta sospecha era tan injusta como infundada, pero contribuyó a minar su prestigio. Hasta los compañeros de armas de San Martín creían que sería necesario matarlo o deponerlo para poner fin a la guerra con España. Sus conclusiones cristalizaron en forma de conspiración, pero aunque San Martín se enteró del complot desechó toda idea de castigar a los traidores. No obstante su corazón quedó lacerado por tanta ingratitud, desengaño y traición.⁸⁶⁴

Mientras tanto los oficiales de alto rango perdían confianza en su jefe y el ejército se desintegraba. La fiebre amarilla y las deserciones diezmaron las filas y el clima físico y moral del Perú se combinaba para acabar con toda disciplina. Lima era una ciudad sensual y lujuriosa y ningún ejército sudamericano había resistido sus tentaciones. El Protector comprendió demasiado bien lo que pasaba a su alrededor, pero careció de decisión para imponer el orden mediante medidas enérgicas. Así, a comienzos de 1822 encontramos a San Martín en una encrucijada. La liberación del Perú era imposible sin ayuda exterior, y la ayuda del exterior implicaba la ayuda de Bolívar. San Martín sentía que tenía derecho a contar con la colaboración del Libertador, pues él mismo había ayudado a Colombia. Ya en enero de 1822 había intentado encontrarse con Bolívar en la costa del Ecuador, pero había vuelto atrás al enterarse que Bolívar estaba en el interior. Ahora en julio de 1822, parecía que el momento había llegado. Supuso que Bolívar estaba todavía en Quito y decidió ir allí a visitarlo, después de haber anexado, en apariencia inadvertidamente, Guayaquil al Perú.⁸⁶⁵ En caso de poder dar este golpe y persuadir asimismo a

862 Paz Soldán: Vol. I. págs. 199-204

863 Mitre: *San Martín*, vol. III, págs. 138 ss. E. de la Cruz: "La entrevista de Guayaquil", en *Simón Bolívar*, págs.. 268 ss. Madrid, 1914.

864 Paz Soldán: Vol. I. págs. 225.

865 O'Leary: *Doc.*, vol. XIX, pág. 335, C. Destruge: *La entrevista de Bolívar y San Martín*, págs. 44-45, Guayaquil, 1918, cree que San Martín ya tenía la vista este plan en su primer viaje.

Bolívar a ayudarlo, habría matado dos pájaros de un tiro y restaurado así su prestigio. San Martín admitió francamente las ventajas que esperaba obtener de su reunión con Bolívar. “Me encontraré con el Libertador de Colombia. Los intereses comunes de Perú y Colombia, la terminación efectiva de la guerra que sostenemos y la estabilidad del ordenamiento político a la que América se aproxima con rapidez, hace necesaria nuestra reunión. La sucesión de los acontecimientos nos ha hecho responsables, en gran medida, de esta noble empresa.” En español llano, estas palabras significaban que San Martín quería discutir sobre Guayaquil, la guerra en el Perú y los problemas de gobierno del Estado. Se veía a sí mismo y a su rival como árbitros de Sudamérica.⁸⁶⁶

Sin embargo, por entonces los dos hombres eran diametralmente distintos, y San Martín propició el desastre al no llegar a darse cuenta de esto. Bolívar era el Libertador de tres naciones y el Presidente de la gran Colombia. Además, ya no estaba en Quito, sino en la costa. Había resuelto el problema de Guayaquil como Alejandro había cortado el nudo gordiano. ¿Cómo podía creer San Martín —que no tenía raíces en la Argentina, que no podía derrotar a los españoles en Perú, cuyos ejércitos habían empezado a desintegrarse— que estaba en condiciones de tratar con Bolívar de igual a igual? Si San Martín hubiese sido un estadista, hubiese sabido que se dirigía a Guayaquil sin un solo triunfo en las manos. Pero no era un político; era un militar; y veía los problemas políticos con ojos de profano. Así llegó a Guayaquil, sin plan ni preparación, y sin tener una idea exacta de lo que quería hacer.

En cuanto tuvo conocimiento de la llegada del Protector, Bolívar envió a bordo a uno de sus ayudantes para darle la bienvenida, y el 26 de julio San Martín puso sus plantas sobre suelo ecuatoriano.⁸⁶⁷ Todos los que se oponían al gobierno de Bolívar en Guayaquil aprovecharon

866 Mitre: *San Martín*, vol. III, pág. 610.

867 La conferencia de Guayaquil es probablemente el tema más discutido de la independencia sudamericana. La literatura polémica referente a este problema constituye un verdadero océano de pasión y de tinta. Puede encontrarse una buena exposición con la que coincidimos en muchos puntos, en Lecuna: “Cuestión de Guayaquil”. *B. de H.* Caracas, vol. XIX, núm. 73, pág. 113. H. De. Bargelata: *Bolívar y San Martín*, París, 1911. J. E. Guastavino: *San Martín y Bolívar*. Buenos Aires, 1913. La contribución más sorprendente fue de E. Mármol: *La entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires, 1940, que pretendió ofrecer algunas cartas inéditas de Bolívar, que Lecuna demostró más tarde que eran falsificadas. D. Carbonell: *Escuelas de Historia en América*, págs. 224 ss.

esta oportunidad para vitorear a San Martín. Fue escoltado hasta la casa que Bolívar había amueblado y donde lo esperaba el Libertador. El Protector y el Libertador se abrazaron por primera y última vez en sus vidas. Después de las presentaciones y recepciones, las delegaciones se retiraron, las damas partieron, los funcionarios retornaron a sus puestos y Bolívar y San Martín quedaron solos, si exceptuamos a un secretario. Tras las puertas cerradas comenzaron las memorables discusiones de las que dependía el destino de la América.⁸⁶⁸ El programa de San Martín comprendía cuatro puntos: primero, el problema de Guayaquil; segundo, su proyectada demanda de que el presidente colombiano resarciese las pérdidas sufridas por la división argentina durante la campaña contra Quito; tercero, su requerimiento de que Bolívar prometiese formalmente el envío de refuerzos para la liberación de Perú, y cuarto, su designio de persuadir al Libertador para que aceptase sus planes monárquicos.⁸⁶⁹

Bolívar no podía sino hacer conjeturas sobre las intenciones que llevaba el argentino al ir a Guayaquil. Pero de todos modos, no tenía nada que temer, pues su propia posición era segura. San Martín había abrigado la esperanza de anticiparse a Bolívar en la cuestión de Guayaquil, pero quedó indefenso frente al hecho consumado de la dictadura de Bolívar. Por lo tanto, declaró que no deseaba discutir más sobre el particular y que no tenía intenciones de mezclarse en cuestiones que no fuesen de su incumbencia. Cualquier confusión al respecto concernía a los contradictorios habitantes de Guayaquil. En una palabra: comprendió cuán inútil era mencionar siquiera el deseo de anexión del Perú. Bolívar adoptó el papel de demócrata sincero, explicando a San Martín que deseaba asegurarle sus deseos de una consulta popular, pero adelantándole que la votación favorecería con certeza a Colombia.⁸⁷⁰ La discusión derivó entonces a cuestiones militares. San Martín pidió a Bolívar que reparase las pérdidas sufridas por sus tropas en Ecuador,

868 Ni J. Espejo: *San Martín y Bolívar*, Buenos Aires, 1873, ni T.C. Mosquera Blanco: *Doc.*, vol. XII, pág. 753, son muy dignos de confianza. Mosquera asegura que presenció las conferencias entre Bolívar y San Martín, lo cual es muy poco probable. Sin embargo, creemos posible que el propio Bolívar haya contado a Mosquera algunos de los hechos que narra, pues cierta expresiones llevan el sello del verdadero espíritu bolivariano. Véase también, Mitre: *San Martín*, vol. III, pág. 622. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 227.

869 Nuestra fuente principal es el informe escrito por el secretario de Bolívar, general Pérez. *Cartas*: Vol. III, pág. 61. J.M. Goenaga: *La entrevista de Guayaquil*. Bogotá, 1911, Cruz: *op. cit.*, pág. 262.

870 *Cartas*: Vol. III, pág. 61, núm. 1 y 2.

y le solicitó un cuerpo expedicionario para liberar al Perú. Bolívar se mostró de acuerdo, prometiendo el envío de una división colombiana de cuatro batallones. En total ofreció poner a disposición de San Martín ochocientos hombres. El Protector quedó muy desilusionado. Declaró que el Perú no podía ser liberado con ayuda tan magra y sugirió que si Bolívar no quería confiarle sus tropas colombianas, Bolívar en persona podía ir al Perú a dar la última batalla por la independencia. Dijo que sólo podría obtenerse la victoria si todo el ejército colombiano iba al Perú.

Bolívar rechazó esta demanda, escudándose en el pretexto de que como Presidente no podía dejar el país sin el permiso del Congreso. Claro que esto sólo era una excusa, pues el Congreso le habría concedido ese permiso. Pero Bolívar tenía otras razones que no reveló a San Martín. En ese momento no podía sacar todas las tropas de Colombia. Páez estaba luchando aún por la conquista de Puerto Cabello; Pasto seguía desafiando a sus conquistadores y Guayaquil era una caldera de rebeldía. Si Bolívar se hubiese lanzado impulsivamente a la aventura peruana, hubiese puesto en peligro la unidad de Colombia, ganada con dificultad. Bolívar no podía poner su ejército a disposición de San Martín, por la simple razón de que lo necesitaba para sí. San Martín no podía conocer a fondo las razones de esta negativa, que le pareció inspirada únicamente por la ambición personal. Creyó que Bolívar estaba obsesionado por el ansia de poder y que quería el mando para usufructuar la fama de la liberación. San Martín tenía un carácter objetivo y la fama significaba poco para él. Hizo una oferta generosa al Libertador, al declarar que estaba dispuesto a servir con su ejército bajo las órdenes de Bolívar.⁸⁷¹ Cuando Bolívar rechazó su oferta, San Martín creyó que no había logrado convencer a Bolívar de su sinceridad. Sacó en conclusión que su propia persona se interponía en el camino de la participación activa de Colombia en la

871 Véase la carta de San Martín a Bolívar, del 29 de agosto de 1822. Mitre: *San Martín*, vol. III, págs. 644-645. Esta carta fue publicada por primera vez en G. Lafond de Lurcy: *Voyages dans les deux Amériques*, vol II, pág. 138, 1844. Lecuna: "En defensa de Bolívar" (*B. de H.* Caracas, vol. XXIII, núm. 91), declara que es falsa. Sin embargo, Sarmiento: *op. cit.*, vol. II, pág. 371, afirma que leyó la carta durante una sesión del Institut de France ala que asistió San Martín. En otras palabras, San Martín confirmó públicamente la autenticidad de la carta. Otra carta de San Martín a Miller, Goenaga: *op. cit.*, págs. 18-19 confirma asimismo la carta del 29 de agosto de 1822. Por supuesto ambos documentos sólo proporcionan la opinión de San Martín, aunque las ideas de Bolívar se revelan en el informe secreto y en sus cartas a Sucre y Santander. Me propongo abordar todo el problema en una monografía. J. Arocha Moreno: *El Libertador y el general San Martín*. San José, 1941.

liberación del Perú. Fue ésta una amarga deducción, y tuvo que recurrir a todo su autodomínio como soldado para no mostrar su consternación en el primer momento. Pero San Martín interpretó mal las intenciones de Bolívar. Hay que admitir que el Libertador era egoísta y que quería la fama para sí, pero no eran éstos sus únicos motivos. La subordinación de San Martín al mando de Bolívar era tan ilógica como imposible. Aunque el oficial más viejo y profesional se sujetase a las instrucciones del más joven, su ejército no se mostraría inclinado a obedecer, y en cada crisis Bolívar habría estado temiendo un levantamiento de las tropas argentinas y la proclamación de San Martín como jefe.

No obstante, el Protector continuó asegurando sus buenas intenciones, diciendo que Bolívar podía solicitar lo que quisiese del Perú, incluso un acuerdo amistoso sobre la cuestión de límites. Bolívar se lo agradeció, pero creyó más prudente no pedir a San Martín promesas formales. Sabía que el poder argentino había sido minado y que en Lima se esperaba un terremoto político.⁸⁷²

San Martín no ocultó su desencanto. Se quejó del peso de la responsabilidad y, sobre todo, de sus compañeros de armas argentinos que lo habían abandonado en Lima. Deseaba retirarse a Mendoza y aseguró a Bolívar que antes de su partida de Lima, había dejado una nota lacrada que contenía su renuncia del Protectorado. Señaló que no aceptaría la reelección como Protector, y que dejaría el mando sin esperar el fin de la guerra.

San Martín tenía una ambición: la fundación del futuro gobierno, y expuso su creencia de que la única solución para el Estado era su propuesta de llamar a un príncipe europeo para ceñirle la corona. En este punto la discusión se hizo violenta y apasionada. Bolívar dijo francamente que no quería la monarquía para Colombia ni para América. Los príncipes europeos constituirían un elemento extraño en medio del pueblo americano. Sin embargo, quería asegurar una cierta permanencia y, en consecuencia, sugirió que la presidencia fuese vitalicia y el Senado hereditario. Sabía que no podía implantar sobre el continente un sistema anticuado como la monarquía. No deseaba, como dijo Waldo Frank, librar a América de ninguno de los dolores del parto, y no abrigaba temores,

872 *Cartas*: Vol. III, pág. 62, núm. 5. Mosquera asegura que Bolívar informó a San Martín de la próxima revolución en Lima, lo que es casi imposible. Teniendo en cuenta la gran distancia que separa Lima de Guayaquil y el escaso tráfico marítimo, no podemos suponer que Bolívar estuviese mejor informado de la situación peruana que San Martín.

pues comprendía que estaba por nacer una nueva raza. “No debemos trabar el progreso de la humanidad con medidas extrañas al suelo virgen de América.” Estaba resuelto —así lo dijo— a resistir la importación de príncipes.⁸⁷³

San Martín trató de aclarar que el gobierno de un príncipe extranjero sólo era una idea para el futuro, pero Bolívar señaló que ese plan sería indeseable en cualquier momento. Sospechó que San Martín hacía proyectos sobre la corona, pero en esto juzgó en forma totalmente errónea a san Martín, que carecía de ambiciones personales. Le pesaban incluso las obligaciones del mando y defendió la idea de la monarquía americana porque la consideraba una solución ideal. Ni siquiera el problema de la forma de gobierno acercó más a estos hombres. El único punto en que estuvieron de acuerdo fue la Federación de Estados Sudamericanos, quizá porque ello flotaba en el lejano futuro. San Martín propuso una unión de Colombia y Perú, en la esperanza de reforzar su autoridad. Esas fueron las cuestiones que discutieron el Libertador y el Protector en sus prolongadas reuniones del 26 y 27 de julio de 1822.

La noche del 27 de julio se ofreció un baile en honor de San Martín. Bolívar, como de costumbre en festejos de esta índole, se divirtió a fondo. San Martín permaneció frío y apartado y pareció estar deprimido. A la una de la madrugada llamó a sus ayudantes y les dijo que quería irse porque no podía soportar el ruido. Su equipaje se encontraba ya a bordo y, sin ser observado, abandonó el salón, fue a su barco y salió del puerto. A la mañana siguiente se levantó temprano, sumergido aún en su humor pensativo. Después de pasearse por la cubierta por largo rato, dijo a su estado mayor: “El Libertador se nos ha anticipado”, y más tarde: “El Libertador no es el hombre que imaginamos.”⁸⁷⁴ Eran éstas palabras de derrota, y San Martín había resultado verdaderamente derrotado, no tanto por Bolívar como por las circunstancias. Durante su viaje a Guayaquil, había estallado la revolución en Lima, dirigida contra uno de sus más íntimos colaboradores, Bernardo Monteagudo. El marqués de Torre Tagle, a quien San Martín había nombrado autoridad suprema, había sacrificado a Monteagudo para salvarse a sí mismo. Tal

873 Mosquera: *op. cit. Cartas*: Vol. III, págs. 61-62. “Diré que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia, y si el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Est último yo creo que es pro forma.” Véase Goenaga: *op. cit.*, págs. 18-19.

874 Mitre: *San Martín*, vol. III, págs. 623, 649 ss. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, pág. 482.

era la situación que saludó a San Martín a su regreso a Lima el 20 de agosto. No se hizo ilusiones. Comprendió que los peruanos habían dejado de mostrarse amistoso hacia él, que había abandonado el gobierno en manos de hombres débiles e incompetentes y que habían indisputado al ejército. Las esperanzas que había cifrado en su encuentro con Bolívar lo habían traicionado. Comprendió que ya no se lo necesitaba más y que su presencia podría incluso demorar el advenimiento de la independencia, de modo que decidió prestar a América un último servicio. Renunció y anunció su decisión de dejar el Perú. Pudo haber luchado para mantener su poder, pero esa idea jamás se le ocurrió. Se despidió de América en silencio; no acompañaron su partida palabras resonantes, fuesen de amargura o de autoelogio. “Estoy cansado de que me llamen tirano..., de que la gente diga que quiero ser rey, emperador e incluso el demonio.”

⁸⁷⁵ San Martín fue primero a Buenos Aires y después a Bruselas. En una ocasión posterior, en 1829, recibió nuevamente la oferta de comandar el ejército argentino, pero resistió la tentación de aceptar. Retirado y modesto, vivió en Boulogne en exilio voluntario hasta su muerte en 1850, como gran soldado y gran personalidad: taciturno, orgulloso, estoico y desinteresado.

Uno se pregunta si su renuncia fue consecuencia de su encuentro con Bolívar. ¿Era cierto que no había lugar suficiente en Sudamérica para ambos hombres? Amigos íntimos de los dos jefes dijeron que ninguno de ellos quedó satisfecho con las conferencias; ambos mantuvieron ante los ojos del mundo un impenetrable silencio acerca de todo cuanto había ocurrido en su transcurso.⁸⁷⁶ Bolívar, que en otras ocasiones prestó tanta atención al poder de la opinión pública, dejó pasar esta oportunidad de dramatizar su reunión con San Martín, envió un informe secreto a su ministro de Relaciones Exteriores en Bogotá y despachó unas cuantas cartas a sus colaboradores más próximos, como Santander y Sucre, sobre el contenido y el alcance de las discusiones. San Martín dijo públicamente que había tenido la dicha de abrazar al Libertador de Colombia. Sus verdaderos sentimientos eran de naturaleza distinta.⁸⁷⁷ El soldado taciturno y rígido y el visionario tropical jamás apreciaron el carácter real el uno del otro. Bolívar habló de San Martín sugiriendo desdén. Lo consideraba un general afortunado, y no un gran hombre, creyendo que su reputación se debía más a la concatenación de los hechos

875 García del Real: *op. cit.*, pág. 242.

876 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 228.

877 Larrazábal: Vol. II, pág. 161.

que al mérito real. “Su carácter me parece muy marcial, activo, variable y enérgico —escribió a Santander— tiene ideas semejantes a las vuestras, pero no tiene capacidad suficiente para captar lo sublime de las ideas o de los hechos.”⁸⁷⁸ Todo el incidente se borró de la conciencia de Bolívar, y nunca habló de su reunión con San Martín a ninguno de sus confidentes en años posteriores.

Naturalmente, San Martín sufrió una profunda desilusión. Halló en Bolívar extraordinaria superficialidad e inconsistencia de principios y una vanidad pueril. Vio a un hombre cuya voluntad de poder era la pasión dominante.⁸⁷⁹ San Martín trató de restar importancia a la conferencia, dejando traslucir que no se había discutido nada más que la ayuda de Colombia, aunque sus propias cartas lo contradicen. En Guayaquil se decidió el destino de estos dos hombres y con él, el futuro de América. Las discusiones en Guayaquil terminaron con el triunfo de las demandas colombianas sobre las de Argentina y Chile. Sin embargo la hegemonía colombiana no duró mucho. Bolívar, que soñaba con ir a La Plata, el Amazonas y Cuba, sólo llegó hasta Bolivia. Quizá fue un error la idea misma de la hegemonía. Hoy, después de ciento veinticinco años, los pueblos de Sudamérica viven en una atmósfera de reconocimiento y respeto mutuos. La política de buena vecindad y la solidaridad panamericana acabaron con el deseo de hegemonía.

En un aspecto —en el de su defensa de la idea republicana frente a los sueños monárquicos de San Martín— la historia aprobó incondicionalmente a Bolívar. Pensando en los deseos de San Martín, Bolívar escribió: “Según Voltaire, el primer rey fue un soldado feliz, a quien sin duda identificaba con el buen Nemrod. Mucho me temo que los cuatro palos carmesí que llamamos trono cuesten más sangre que lágrimas y originen más intranquilidad que paz. Algunos creen que es fácil llevar una corona y que todos se inclinarán ante ella. Me parece que la época de las monarquías ha pasado y que los tronos jamás volverán a ponerse de moda, a menos que la corrupción de la humanidad ahogue el amor a la libertad. Me dirá que hay tronos y altares por todo el mundo. Pero yo le digo que estos vetustos monumentos ya están amenazados con la pólvora de las ideas modernas.”⁸⁸⁰ En realidad, la monarquía no podía ganar terreno en América Latina. Los contados intentos que se hicieron durante el siglo XIX para trasplantarla al mundo occidental terminaron en un mar de sangre y lágrimas.

878 *Cartas*: Vol. III, págs. 59 y 103.

879 Mitre: *San Martín*, vol. III, pág. 641.

880 *Cartas*: Vol. III, págs. 97-98, del 26 de septiembre de 1822.

Bolívar no estaba satisfecho con San Martín, pero estaba muy contento de sí mismo. “Gracias a Dios... he realizado algunas cosas importantes con mucha suerte y alguna fama... Primero, la libertad del Sur; segundo, la anexión a Colombia de Guayaquil, Quito y otras provincias; tercero, la amistad de San Martín y del Perú. Ahora todo lo que necesito es poner a salvo mi tesoro y esconderlo en una caverna profunda, para que nadie pueda robarlo. En otras palabras, todo lo que hasta ahora necesito es retirarme y morir. Por Dios, no quiero nada más. Es la primera vez que no me queda nada por desear y la primera vez que me encuentro satisfecho de mi suerte”.⁸⁸¹ Era feliz y gozaba de su felicidad.

Antes que nada deseaba descansar y paladear su satisfacción. Previo que tendría que liberar el Perú, pero prefirió postergar esta empresa. No había tomado en serio la afirmación de San Martín de que estaba cansado del mando y conjeturó que lo llamarían cuando el Protector sufriese una nueva derrota. Recibió con frialdad la noticia del retiro de San Martín. “En resumen..., Perú ha perdido un buen general y un benefactor.”⁸⁸² Estas fueron las palabras finales sobre el tema de San Martín.

No vio ninguna razón para que la ocasión fuese proclamada como una victoria, y mucho menos para derramar lágrimas. El genio es egocéntrico.

Ahora el camino al Perú estaba abierto ante Bolívar. Únicamente la presciencia militar y la calidad de estadista podían determinar cuándo y dónde avanzaría por él. Bolívar planeó liberar Perú con un gran ejército, pero no podía permitirse improvisar en esta última campaña. Quería entrar en escena sólo en el caso de que los hombres a quienes San Martín dejara atrás no pudiesen dominar la situación. Aseguró que deseaba ayudar, pero actuó refrenándose, sintiendo que ellos debían tratar de probar su suerte. Como después de Carabobo y Boyacá, no estaba dispuesto a embarcarse en una acción apresurada, pues sabía que cuanto más alto trepara, más bajo podía caer. Esta convicción retardó sus pasos.⁸⁸³

Por entonces la situación internacional era prometedora. Los Estados Unidos acababan de reconocer la independencia de Colombia. La doctrina Monroe apartó al hemisferio occidental de la esfera de la

881 *Cartas*: Vol. III, pág. 60

882 *Cartas*: Vol. III, pág. 103.

883 *Cartas*: Vol. III, pág. 110. Véase también el importante documento en O’Leary: *Doc.*, vol. XIX, pág. 370, en que Bolívar ofreció enviar cuatro mil hombres al gobierno peruano, aparte de los ochocientos que ya habían partido.

influencia europea, y España protestó en vano contra sus restricciones. La época del imperialismo colonial en América había terminado. La Santa Alianza había quitado toda posibilidad de intervención, e Inglaterra que tenía buenas razones para temer que fuese superada por los Estados Unidos, consideró por último el reconocimiento de hecho de los Estados sudamericanos. El reconocimiento legal estaba destinado a seguirlo.⁸⁸⁴ Conociendo esta situación, Bolívar reforzó su determinación de tomarse tiempo. Día y noche pensó en los medios con qué realizar la liberación del Perú, pero no se permitió precipitarse en cuestiones de las que podría verse obligado a retirarse. En extensas cartas Bolívar dio instrucciones a Santander para que tuviese listos dinero, armas y hombres, y mientras tanto trabajó incansablemente en la incorporación del Sur, que todavía no había sido terminada totalmente. Después de la partida de San Martín, Guayaquil había votado la anexión; pero, según las propias palabras de Bolívar, la región parecía el Chimborazo. Era fría por fuera, pero por dentro ardía con el fuego de la rebelión. Las dificultades eran tremendas y el mismo Bolívar se vio obligado a tomar en sus manos la organización. “En cuatro días, –escribió– no podemos conquistar los corazones de los hombres, y sólo haciéndolo puede obtenerse una base sólida para el poder.”⁸⁸⁵ Santander suplicaba ahora que Bolívar volviese a Bogotá, y al mismo tiempo sus compatriotas lo llamaron a Caracas. Bolívar explicó a éstos últimos su nueva y respetable posición con estas palabras: “Sé mejor que ningún otro qué obligaciones puede exigir el suelo natal de sus hijos. Puede crearme, una cruel incertidumbre me martiriza constantemente... Un instinto profético me acerca a las calamidades distantes e inciertas, que huelo con la amargura del hijo que ve desgarradas las extrañas de su madre... Pero entienda esto..., ahora no sólo pertenezco a la familia colombiana, ni siquiera a la de Bolívar. Tampoco pertenezco a Caracas. Me debo a toda la nación... La gente del sur tiene a sus espaldas a un Perú que espera tentarla, y existe todavía el ejército realista que querría conquistarla por la fuerza.” Bolívar no podía abandonar al Sur sin engañarse a sí mismo.⁸⁸⁶

884 Blanco: *Doc.*, vol. VIII, págs. 279, 320, 328, 335, 363 y 376. O’Leary: *Doc.*, volumen XIX, pág. 256. Webster: *op. cit.*, vol. I, págs. 14-15. W.R. Manning: *Diplomatic Correspondence of the United States concerning the Independence of the Latin American Nations*. Nueva York, 1925. W. S. Robertson: *Hispanic American Relations with the United States*. Nueva York, 1923.

885 *Cartas*: Vol. III, pág. 66.

886 *Cartas*: Vol. III, pág. 91.

Bolívar no fue tan definitivo en su respuesta a Santander. Este lo había llamado a Bogotá para que pudiese utilizar su influencia ante el Congreso, y Bolívar no subestimó la importancia de esta citación. Las razones esgrimidas por Santander eran buenas, pero eran mejores las que tenía Bolívar para permanecer en el Sur. De ningún modo deseaba asumir la responsabilidad de la presidencia, así que repitió todos los argumentos que ya había expuesto en Cúcuta. Deseaba luchar contra los españoles y no contra sus compatriotas. Cuando Santander le señaló que desde ese momento en adelante todo tendría que hacerse según el texto de la Constitución, Bolívar se mostró indignado. “No seguiré en la presidencia si no se me reconocen las facultades extraordinarias que el Congreso me ha concedido. Tengo el convencimiento de que Colombia sólo puede mantenerse en orden y bienestar mediante el poder absoluto. Colombia necesita un ejército de ocupación que la mantenga libre.”⁸⁸⁷ Estas eran palabras peligrosas; palabras que Bolívar pudo haber vacilado en pronunciar tras madura reflexión. Pero no quería perder los frutos de su labor en la desunión o en la disensión ni por la falta de patriotismo de los parlamentarios.

Cuando Bolívar se enteró de ciertas opiniones tendientes a modificar la Constitución, las tomó como un desafío personal. “La Constitución de Colombia —afirmó— fue decretada sacrosanta por un período de diez años. No será modificada impunemente mientras viva, ni mientras el ejército de los libertadores esté bajo mi mando.” Fue incluso más explícito en una carta oficial a Santander: “Vuestra Excelencia sabe, como sabe toda Colombia, que he dedicado mi vida a la seguridad, la libertad y la felicidad de Colombia. Mi política fue siempre estabilidad, fuerza y libertad verdadera... Vuestra Excelencia sabe que he jurado la Constitución y que me he constituido en su fiador. La Constitución es inalterable durante diez años... La soberanía del pueblo no es completamente ilimitada, pues la justicia es su fundamento y la máxima eficacia su propósito... ¿Cómo pueden crearse los representantes del pueblo habilitados para cambiar constantemente la estructura social?”⁸⁸⁸ Él mismo, agregaba, no reconocería ninguna ley que fuese contra estos principios jurados. Preferiría abandonar Colombia antes que condonar la destrucción de las hazañas del ejército de liberación.

887 *Cartas*: Vol. III, pág. 121.

888 *Proclamas*: pág. 277, del 31 de diciembre de 1822. *Cartas*: Vol. III, pág. 130. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, pág. 317.

Bajo el golpe de esta apelación, las voces que habían entonado el canto de sirena de la Colombia federada se llamaron a silencio. Hay que considerar el peso total de todos los obstáculos para comprender la índole de la decisión en Guayaquil. Bolívar habría sido irresponsable y negligente en caso de abandonar su país cuando estaba amenazado por las disputas y las disensiones. “Este país ofrece mil ventajas para el futuro. Pero es como una virgen que, perdida su pureza y virginidad, no puede reconquistarlas jamás.”⁸⁸⁹

La demora era así el imperativo del momento. La breve felicidad saboreada en Guayaquil había desaparecido a fines del año de 1822. “Créame que pocas veces sentí tanta ansiedad como ahora. Me paso noches sin dormir, tratando de adivinar donde puede naufragar la nave de Colombia, cuyo timón empuño. Me aflige mucho que nuestro trabajo, después de tanto esfuerzo, se nos vaya de las manos.”⁸⁹⁰ Bolívar no podía admitir que su trabajo no sirviese para nada; que él, como San Martín, pudiese ser calificado de buen soldado, pero de pobre estadística. Se necesitaba justicia y vigor. Como un rey medieval, viajó de una provincia a otra..., de Guayaquil a Cuenca, de Cuenca a Quito, de Quito a Pasto.

Por último, también Bolívar comenzó a sentir los efectos de doce años de guerra. Había encanecido y sentía ya la fatiga del esfuerzo constante. Sus sentidos perdieron algo de su agudeza. Pero concedió poca importancia a su propia condición. Estaba dispuesto a agotar sus energías, dar todo de sí, en procura de la ambición de su vida. En consecuencia, estableció sus cuarteles en el Sur y esperó el momento en que el destino lo llamase de nuevo.

889 *Cartas*: Vol. III, pág. 119.

890 *Cartas*: Vol. III, pág. 109.

XXVI

INTERMEDIO

Resonaban aún en el aire los últimos acordes del *allegro maestoso* cuando comenzó un nuevo movimiento en la sinfonía de la vida de Bolívar. Se escuchan las notas vigorosas y hermosas del *sherzo con brio*, y ahora es una mujer quien dirige la música. Por primera vez en su vida, Bolívar encuentra un ser humano que significa para él más que una agradable aventura que termina en un apresurado abrazo. Manuela Sáenz despertó el interés de Bolívar cuando le arrojó una corona de laureles durante su marcha en Quito. El requerimiento amoroso que él hizo fue tan directo como la respuesta de ella.

Manuela Sáenz de Thorne tenía veinticinco años en 1822. Ella parece haber hecho algunos esfuerzos para ocultar su origen. “Mi país —dijo cierta vez— es América. He nacido bajo el Ecuador.”⁸⁹¹ Era en realidad hija del sol tropical, de crecimiento desenfrenado y apetitos insaciables. Hoy sabemos, sin embargo, que Manuela había nacido en Quito en 1797, y casi diríamos que nos intriga por qué hizo un secreto de ese acontecimiento.⁸⁹² Es cierto que su origen está oscurecido por la nube de la ilegitimidad.⁸⁹³ Su padre, Simón Sáenz de Vergara, un noble español, había llegado a Quito en busca de fortuna, casándose con una mujer de rango que le dio cuatro hijos. Algún tiempo después Simón quedó encandilado por una hermosa ecuatoriana de ascendencia española, María de Aizpuru, y Manuela resultó una de las consecuencias.⁸⁹⁴ Estos incidentes se miraban con indiferencia total en Quito.⁸⁹⁵ Manuela era un producto de esta sociedad. Nadie culpó a su padre por su nacimiento, pero la hija tuvo conciencia de que las circunstancias que lo rodearon no eran del todo convencionales. Vio poco a sus medio-hermanos y media-hermana, que se mostraron fríos e inamistosos hacia ella, y sintió la animosidad que encontró en su casa paterna. Le pusieron de compañeras a dos negras, que se apegaron a ella. Estas amigas íntimas de sus primeros

891 A. Miramón: *La vida ardiente de Manuela Sáenz*, pág. 11, Bogotá, 1944. J. M. Cordovez Moire: *Reminiscencias*. Bogotá 1990, 1900. Serie IV, pág. 70.

892 H. Moncayo: “El Quito colonial y el de la época libertadora.” *El Comercio de Quito*. Agosto de 1934. L. A. Cuervo: *Notas históricas*. Bogotá, 1925.

893 A. Rumazo González: *Manuela Sáenz*. Cali, 1944.

894 Rumazo: pág. 29, *B. de H.* Quito, vol. XXII, pág. 231.

895 F. González Suárez: *Historia general del Ecuador*, vol. IV, pág. 286: volumen V, pág. 495. Quito. 1890.

días tenían buen humor, eran extravagantes y conocían todos los chismes de la ciudad. Como la mayoría de las niñas de su raza, se desarrollaron pronto, y como consecuencia del ambiente se hicieron sensuales y disolutas. Manuela absorbió inconscientemente estas licencias en su vida diaria.

La infancia de Manuela transcurrió durante los primeros años de la Revolución. Había huido al campo con otros, escapando de la confusión de la ciudad. Entonces aprendió las pocas artes que practicaban los criollos, el bordado y la confección de dulces, pero también a montar, a arrojar una lanza y a disparar. Su carácter era una extraña mezcla de rasgos masculinos y femeninos. El desdén ligeramente velado de que había sido objeto tan a menudo, desarrolló en ella el deseo de distinguirse de alguna manera, de llamar la atención de sus compañeras y de sobresalir en algún terreno. Tenía un complejo de inferioridad que necesitaba cierta compensación. Pronto se cumplió su deseo de convertirse en el centro de la atracción, pues la naturaleza la había dotado muy brillantemente para desempeñar ese papel. Era muy atractiva, y lo sabía muy bien, así como muy aficionada a los animales y, con el instinto de una cortesana innata, prefería los gatos.

Sin embargo, en el mundo católico existe un excelente medio para disciplinar a las jóvenes coquetas, y a los diecisiete años Manuela ingresó en el convento de Santa catalina.⁸⁹⁶ Una vez al mes se le permitía ir a la casa materna y asistir a misa fuera del convento. No necesitó más que una de estas oportunidades para iniciar un amorío con un joven oficial. Su amor a los uniformes, nacido quizá en ese entonces, habría de preservarse durante toda su vida, probablemente como expresión de su vehemente deseo de sobresalir. El joven oficial le envió cartas por intermedio de las negras, y Manuela le contestó. Finalmente, la niña impulsiva y erótica desafió las conveniencias y se fugó con él, pero se dice que su primer amante la abandonó pronto.⁸⁹⁷ La familia la envió de nuevo al convento, pero todos se resignaron ante la evidencia de que no podía ni quería permanecer allí.

En tales circunstancias, parecía que lo mejor era casarla lo antes posible. No obstante, el problema de encontrarle marido no era simple. Entre los sudamericanos de su clase una joven seducida, era considerada como una mujer degradada. Sólo un extranjero podía pasar por alto su paso en falso. Al fin, se desposó con un médico inglés residente en Quito, un tal James Thorne. Por ese entonces Manuela tenía veinte años y su

896 Rumazo: págs. 75 ss.

897 J. B. Boussingault: *Memoires*. París, 1892-1903.

esposo cuarenta. Sin duda, ella recibió con mucho agrado su matrimonio, pues le abría las puertas del mundo, pero la unión distó mucho de ser satisfactoria, ya que Manuela nunca sintió nada hacia el Dr. Thorne, a no ser una compasión amistosa. Su desgraciado esposo la amó más tiernamente cada día, adorándola con una pasión que no pudieron destruir el tiempo, la inconstancia ni la infidelidad. El estudioso de la mezcla de razas en Sudamérica está familiarizado con este fenómeno; no son raros los casos en que el indolente temperamento anglosajón se convierte en esclavo de los caprichos, las extravagancias y la inconsistencia del erotismo tropical. De acuerdo con un psicólogo francés, el amor es una cuestión de epidermis, pero las diferencias entre Manuela y el Dr. Thorne incluían muchos otros factores: temperamento, maneras, bienes patrimoniales y enfoque de vida. Ella era apasionada e insaciable; él lento, metódico y de buen corazón. Manuela expresó su actitud con franqueza cruel: “Como esposo eres torpe. La vida monótona está reservada a tu nación. Haces el amor sin sentir placer... conversas sin gracia. Caminas con pasos medidos, saludas con rigidez. Te levantas y te sientas con cuidado. Gastas bromas sin reír. Yo me río de mí misma y de toda tu seriedad Británica.”⁸⁹⁸ Es fácilmente comprensible que el pedante anglosajón, que era más celoso de su coqueta mujer que cualquier portugués, le haya parecido tiránico a la diablilla latina. Thorne cometió el error en que caen todos los celosos: buscó la razón de su infidelidad no en ella ni en sí mismo, sino en las circunstancias y en los demás. Quizá un cambio de ciudad o de escenario, un viaje y nuevas impresiones la harían variar. Manuela se abrazó a la idea de un viaje con el mayor entusiasmo, pues nada es tan insoportable para un sudamericano como una vida sedentaria. Incluso la gente simple, los campesinos y los jornaleros, ambulan de un sitio a otro, cambiando una molestia por otra, como ellos dicen. El Dr. Thorne se trasladó a Lima con Manuela y las dos negras.

Durante los tres años que pasaron allí, Manuela fue testigo de la conquista de Lima por San Martín y de la rebelión del Perú. Las damas de Lima tomaron parte activa en el movimiento político. Sus salones fueron centros de intriga y conspiración. Otra ecuatoriana, Rosita Campuzano, de Guayaquil, era la reina sin corona tanto del mundo elegante como del político. Se convirtió en la amante de San Martín, pero en secreto, pues el Protector detestaba el escándalo. Manuela se hizo amiga de Rosita y pronto las dos mujeres se hicieron inseparables.⁸⁹⁹

898 O’Leary: *Memorias*, vol. III, págs. 305-307

899 R. Palma: *Bolívar en las tradiciones peruanas* pág. 89. Barcelona, 1930. C. Hispano: *Historia secreta de Bolívar*, pág. 198.

En Lima llamaban la Protectora a la amiga de Manuela. Ésta anhelaba un destino semejante y utilizó toda su astucia para lograr su ambición. El destino se puso en sus manos. En poco tiempo habría de superar a su compañera y convertirse en la Libertadora. Mientras tanto, gozó de la intoxicación de muchas fiestas. San Martín había creado una orden, la Orden del Sol, que se concedía a los hombres y mujeres que se habían distinguido al servicio de la independencia peruana. Manuela fue nombrada Dama de la Orden del Sol y llevó con todo orgullo la cinta roja y blanca de la Orden.

Entretanto el desdichado Dr. Thorne no logró hacer adelantos. Lima era para él un verdadero purgatorio, pero con la tozudez de su raza se aferró a su resolución de conquistar el afecto de su esposa. Bastante irónicamente, los pensamientos de Manuela se apartaban de él más y más en la medida que pasaban los días. Durante este paréntesis en la vida matrimonial de los Thorne, el padre de Manuela llegó a Lima por razones de trabajo. Manuela expresó su deseo de volver a ver a sus amigos y parientes de Quito, y el Dr. Thorne convino en que regresase con su padre. Llegó a Quito al mismo tiempo que el victorioso ejército de Sucre entraba en la ciudad. La noche en que fue presentada a Bolívar, le pareció, como a todos los hombres, la mujer más hermosa que había conocido. Su rostro ligeramente ovalado tenía el color de las perlas; sus grandes ojos negros eran apasionados y lucían plétóricos de promesas; llevaba suelto su cabello negro y abundante; sus manos y pies eran pequeños, como los de la mayoría de las criollas. Era verdaderamente Manuela *la Bella*, como la llamaba Bolívar, pero también *la amable loca* que tenía nuevos enredos todos los días. Le gustaba vestir ropas de hombre; tomaba parte en las batallas y peleas callejeras, cabalgaba con los hombres y daba una bofetada a la decencia burguesa y a las buenas maneras cuando le parecía. Era una mezcla completa de amazona y hetaira, la mujer ideal para un luchador como Bolívar.⁹⁰⁰

Con todo, los encantos de Manuela obraron despacio. Al principio apenas si fue algo más que una aventura pasajera, veleidosa e intercambiable dondequiera surgiesen perspectivas más atrayentes. Mientras Bolívar estaba en Guayaquil encontró a Joaquina Garaycoa, a quien llamó *la Gloriosa* y escribió pronto las cartas más tiernas.⁹⁰¹ *La Gloriosa* hace bien en amarme... pues yo la amo con devoción y gratitud.”

900 Rumazo: págs. 224-225.

901 *Cartas*: Vol. III, pág. 120. Véase J. B. Pérez y Soto: *B. de H.* Caracas, volumen XXIII, núm. 92, pág. 519.

Pensó en Joaquina durante sus viajes y le contó la historia de su vida. “La Iglesia me ha conquistado. Vivo en un convento. Las monjas me envían comida y el canónigo refrescos. El Tedéum es mi canción y la oración de mi sueño. Medito sobre las bellezas con que la Providencia ha adornado Guayaquil. Mi vida es enteramente espiritual, y cuando me veas de nuevo seré angelical”. Y después: “*La Gloriosa* vive en mi corazón.” La adorable niña se dirigía a él como a “mi queridísimo amigo” y lo llamaba *mi Glorioso*. Ella se identificaba con él y firmaba con su nombre. Esto era mitad en broma y mitad en serio... pretendida adoración de parte de él, rendición imaginaria de ella.⁹⁰² Mientras tanto recibía asimismo cartas de Manuela en que ella declaraba que se aburría soberanamente sin él.⁹⁰³ Si Bolívar hubiese relatado sus aventuras amorosas, no habría encontrado ninguna mujer que pudiese ser al mismo tiempo amiga y amante, nadie que se hubiese identificado tanto con él y con su gran causa como Manuela. Ésta lo adoraba, pero tenía suficiente criterio para reírse de ella misma y de él cuando el gran hombre parecía entretenerla. Se convirtió en su secretaria y poco después en la depositaria de sus secretos. Bolívar le confiaba sus informes.⁹⁰⁴

El enredo constituyó un escándalo en la sociedad sudamericana. El esposo de Manuela le rogó, incluso después de muchos años, que volviese a él, pero su respuesta fue una protesta vehemente: “¡No, no y no! Hombre, por amor de Dios..., mi querido señor, eres excelente, eres inimitable. Puedes creer que nunca te diré tus defectos. Pero, mi amigo, no es una pequeñez que te haya dejado por el general Bolívar... ¿Crees seriamente que si soy elegida por él y soy dueña de su corazón preferiría ser ni siquiera la esposa del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo o de los tres juntos? Sé muy bien que no puedo estar unida a él según las leyes del honor como tú las llamas. ¿Crees que me siento más o menos honrada porque sea mi amante y no mi esposo? Oh, yo no vivo para los prejuicios de la sociedad, que fueron inventados únicamente para poder torturarse los unos a los otros”.⁹⁰⁵ Hay algo de Goethe en esta carta..., algo semejante a la voz de Claerchen o a la de George Sand. Pero para comprender

902 V. Lecuna: “Papeles de Manuela Saenz” *B. de H. Caracas*, volumen XXIII núm. 112, y F. L. Borja: “Epistolario de Manuel Sáenz” *B. de H. Caracas*, volumen XXIX, núm. 116. Véase también *B. de H. Caracas*, vol. XVI, núm. 62. “Cartas de mujeres”. Págs. 335, 339 y 341.

903 “Cartas de mujeres”, pág. 332.

904 Algunas de las cartas de Bolívar fueron escritas por Manuel siguiendo el dictado de aquél.

905 O’Leary: *Memorias*, vol. III, págs. 505-507.

cabalmente a Manuela hay que leer la terminación de la carta. “Hagamos algo más. Casémonos nuevamente cuando estemos en el cielo... pero no en esa tierra. En nuestro hogar celestial llevaremos vidas angélicas, enteramente espirituales, pues aquí en la tierra y como hombre eres muy torpe. Allí todo será muy británico. Pero basta de bromas. Seriamente y sin reír, con toda rectitud de conciencia, la verdad y la pureza de una mujer inglesa, digo que no me casaría otra vez contigo”.

El amor de Manuela por Bolívar y la pasión que Bolívar sentía por ella no era un idilio de la época burguesa. Allí no había reglas, ni pactos de unión, ni siquiera mucha lealtad. En los largos intervalos en que vivieron separados, Bolívar la olvidó ocasionalmente. Entonces la dominaba el desconcierto y escribía al edecán de Bolívar pidiendo una explicación. “El general ya no piensa más en mí. En diecinueve días apenas si me ha escrito dos veces. ¿Qué pasa?” Entonces haría algo irracional⁹⁰⁶ A veces no era la separación, sino la sed insaciable de aventuras de Bolívar la que despertaba sus celos. Se dice que una vez encontró un brazaletes de diamantes en su cama. No era suyo, se arrojó sobre Bolívar y le arañó la cara. Con la ayuda de dos edecanes éste se la quitó de encima, pero Manuela lo había desfigurado de tal modo que no pudo aparecer en público durante una semana. “El general tiene un fuerte resfrío”.

Ninguno renunciaba a nada por el otro. La hermosa Manuela, por su parte, no dejaba de apreciar los encantos de la novedad. Era natural que en su posición de *maitresse de titre* se erigiese en el centro de los chismes y la curiosidad del ejército. Algunos, como Sucre, la querían mucho; otros, como Córdoba, la detestaban. Muchos la envidiaban, muchos la deseaban; la *chonique scandaleuse* hizo de ella una Mesalina. Su amor hacia los animales dio origen a que fuese acusada de ciertas depravaciones sorprendentes. Su comportamiento libre y desenvuelto con los oficiales era interpretado como desvergüenza.

El amor de ambos era como una prolongada tormenta de truenos: violento y ruidoso y con expresiones apasionadas, pero también con furiosos silencios. Manuela a Bolívar: “Estoy muy enojada y muy enferma. Qué cierto es que las ausencias largas matan el amor y aumentan las grandes pasiones. Tu me tenías poco amor y la prolongada separación lo mató. Pero yo, que tenía una gran pasión por ti, la he mantenido para preservar mi paz y felicidad. Y continúa y continuará mientras viva

906 “Cartas de mujeres”, pág. 332.

Manuela”.⁹⁰⁷ Bolívar a Manuela: “Pienso en ti y en tu suerte a cada momento. Si, te adoro, hoy más que nunca.”⁹⁰⁸

A veces el remordimiento asaltaba a Bolívar, pero nunca por mucho tiempo, y su arrepentimiento por haberla arrebatado de su matrimonio nunca fue sincero. A veces trataba de convencerse de que su mutuo renunciamiento podía reparar su culpa, pero apenas se alejaba de su presencia inquiría por ella y cualquier demora lo consumía de impaciencia. Ocasionalmente ella amenazaba con dejarlo, ya fuese con honestidad o por coquetería. Entonces Bolívar se desesperaba y le imploraba que se quedara. “Espera, sea como sea, ¿escuchas? ¿Entiendes? Si no, eres una ingrata, infiel y más, una enemiga.” No firmó esta comunicación, agregando simplemente una confesión: “Tu amante.”⁹⁰⁹ Poco después le escribió: “Mi adorada, tu respuesta no es clara acerca de ese terrible viaje a Londres... ¿Es posible querida? No me des a resolver acertijos misteriosos. Dime la verdad y que no quieres ir a ninguna parte. Contéstame lo que pregunté recientemente, de modo que conozca tus intenciones en forma definitiva y segura. Quieres verme... por lo menos con tus ojos. Yo quiero verte, verte de nuevo... tocarte, sentirte, gustarte, unirme contigo en todo sentido. ¿No me quieres tanto como yo? Bueno, es lo más real y lo más honesto que puedes decirme. Aprende a quererme y no te vayas, ni siquiera con el mismo Dios. A la única mujer... Tuyo.”⁹¹⁰

Manuela no habría sido mujer si no le hubiera hecho jurar que no quería a otra. Bolívar le escribió: “Mi encantadora Manuela, tu carta me deleitó. Todo es amor en ti. Yo también estoy sufriendo esta fiebre abrazadora, que nos consume como a dos chicos. A mi edad, sufro una enfermedad que debía haber olvidado hace tiempo. Sólo tú me tienes en esta condición. Me ruegas que te diga que no amo a nadie más que a ti. No, no amo a nadie, ni amaré a nadie. El altar que tú habitas no será profanado por ningún otro idolo ni imagen..., aunque sea el mismo Dios. Me has hecho un adorador de la belleza... específicamente de Manuela. Créeme que te quiero y te querré sólo a ti y a nadie más que a ti. No te mates, vive para mí y para ti. Vive para consolar a los desgraciados y a tu amante, que se consume por ti”⁹¹¹

La ternura de Manuela, sus caprichos, su apasionada adhesión, hasta sus locuras, se convirtieron en una necesidad para él. Cuando los

907 “Cartas de mujeres”, pág. 334.

908 *Cartas*: Vol. IV, pág. 315; vol. V, pág. 180

909 *Cartas*: Vol. V, pág. 267.

910 *Cartas*: Vol. VI, pág. 3

911 *Cartas*: Vol. VI, pág. 3^o.

desengaños políticos comenzaron a ensombrecer su corazón, cuando se quedó cada vez más solo, no pudo prescindir de ella. De los muchos centenares de cartas que el amante apasionado y fiel envió a su ardiente y voluble amante, apenas nos ha llegado algo más que un puñado. Es suficiente para saber que en medio de todos los errores y confusiones de su vida, ésta fue la única emoción que siempre tuvo un sitio en su corazón, y Manuela fue la única mujer que comprendió cómo llenar de energía rozagante su naturaleza intensa, cómo disciplinar con la emoción su inconstancia y cómo relajar el espíritu todavía apasionado de este hombre cansado y que envejecía.

El capricho de Manuela se convirtió al final en un amor verdadero: considerado, desinteresado y sacrificado. La conquista de Bolívar había constituido su triunfo sobre una sociedad donde no tenía cabida y no había saciado su goce de este amor que parecía establecer su superioridad. Exhibicionista como era, nunca perdía la ocasión de ser vista con Bolívar; cuando estaba sola con él, sus días y sus noches transcurrían en apasionados abrazos. Las lenguas malignas hablaron ásperamente de su temperamento sexual; se le acusaba de ninfomanía y de muchas otras cosas aun más diabólicas. Nadie sabe qué hay de verdad en todo esto, pero dos cosas son seguras; era estéril e insaciable. Bolívar era indiferente ante aquello y esto le resultaba familiar. El también era sexualmente insaciable, pero, en su caso, la consumación de su pasión agotó un cuerpo ya debilitado por las penurias de diez años de guerra. Sin embargo, Manuela emergía de estos encuentros tórridos descasada y brillante.

La madre de Bolívar había muerto de hemorragia y el Libertador había heredado su predisposición a la tuberculosis. Los primeros síntomas de la enfermedad se manifestaron ya en los comienzos de su unión con Manuela y un año después sufrió su primera caída. La violencia de su amor por ella pudo haber acelerado la erupción de su mal, pero es probable que el curso del destino de Bolívar estuviese decidido y que, de no ser Manuela, otra mujer, o muchas otras mujeres hubiesen hecho el mismo estrago en su naturaleza ardiente y sensual. De todos modos el encuentro de Bolívar con Manuela constituyó un punto decisivo en su vida. Su nombre implica el comienzo de su decadencia física. Su pasión sexual por Manuela no agotó de modo alguno el contenido de su larga relación. Esta mujer, más que ninguna otra persona, se entregó incondicionalmente a Bolívar. Respondió a su afecto con mil muestras de la fuerza de su cariño por él y, aunque este amor fue la réplica a su ambición más profunda y

el complemento de su ser, se vio precisada a pagar su satisfacción a buen precio. La condena de la sociedad fue sólo el comienzo.⁹¹² Iban a sucederle años de pobreza y exilio. Era incapaz de hacer cálculos y, una vez que rompió con su marido, desdeñó aceptar dinero o regalos de él. A la muerte de Bolívar fue expulsada de la Gran Colombia, y después de muchas experiencias amargas encontró por último una especie de refugio en el pequeño puerto peruano de Paita, donde se ganó la vida con la venta de dulces. “¿Qué tengo que ver con la política?”, escribió cuatro años después de la muerte del Libertador. “Amé a Bolívar y lo honré a su muerte. Como recompensa, estoy desterrada.”⁹¹³ Garibaldi, cuyas andanzas lo llevaron a la costa peruana en 1854, la consideró la matrona más amable que había conocido.⁹¹⁴ Para nosotros es lo que fue para Bolívar: la única e irremplazable Manuela, su compañera en la gran Odisea de la independencia americana.

Durante el otoño de 1822 Bolívar estaba realizando preparativos para dejar el Perú. El campo era encantador. Las palmeras mecidas por la brisa, los mangos con sus dulces frutos, los naranjos: toda la naturaleza en el lujo de su desarrollo parecía una invitación a prolongar su tormentosa felicidad. Pero tras las verdes paredes de este paraíso había un mundo en llamas. Pasto se había rebelado otra vez, encomendándose a Sucre la tarea de someter la región. Pero los fanáticos habitantes de este país de montaña le presentaron resistencia, y al grito de “¡Viva Fernando VII!” atacaron a los patriotas y obligaron a Sucre a retroceder. Sin embargo, regresó con mayores fuerzas de combate y derrotó a los habitantes de Pasto, imponiendo a la provincia un terrible castigo, que Bolívar confirmó.⁹¹⁵ Todos los que habían tomado parte en la rebelión fueron reclutados en el ejército, confiscándose sus propiedades. Se expulsó al clero pro español y esta medida fue seguida por otras aun más inflexibles. Miles, muchos de los cuales murieron en el camino, fueron llevados a Quito y arrojados a la prisión. Algunos se declararon en huelga de hambre y otros se suicidaron. Ni siquiera con medidas severas pudo Bolívar dominar la provincia; después de seis meses, la resistencia volvió a encenderse por tercera vez.⁹¹⁶ Esta oposición podía adquirir importancia sólo en el caso de que fuese apoyada por el otro lado, esto es, siempre que los monárquicos de

912 Rumazo: págs. 254-255.

913 Rumazo: pág. 273.

914 Rumazo: pág. 283.

915 Larrazábal: Vol. II, pág. 172. Lecuna: “El Gobierno del Perú llama al Libertador”, *B. de H. Caracas*, vol. XXVI, núm. 103, pág. 180

916 *Cartas*: Vol. III, pág. 131. O’Leary: *Doc.* vol. XX, pág. 86.

Colombia extendiesen sus manos a los españoles en el Perú. Así, este problema implicaba también la cuestión peruana.

La renuncia de San Martín había sumergido en el caos al Perú. El Congreso peruano designó un triunvirato para desempeñar el gobierno, pero los nuevos jefes no se mantuvieron unidos entre ellos y se hicieron la guerra mutuamente, tanto en forma abierta como en secreto. Estaban de acuerdo en una sola cosa: no querían a Colombia.

Cuando Bolívar se ofreció a enviarles ayuda, el Parlamento y el Gobierno la rechazaron, señalando que deseaban armas, pero no tropas. La división colombiana que Bolívar había enviado a Lima, según lo convenido, fue recibida con odio y envidia. Los periódicos publicaron calumnias contra los soldados y sus oficiales y el gobierno declaró su abierta oposición. Por fin, el comandante se vio obligado a dar órdenes para retornar a Guayaquil. En enero de 1823 llegaron al puerto, sin otra cosa que las maldiciones de los peruanos por sus fatigas.⁹¹⁷

Perú quedó en un estado de gran confusión. El ejército argentino estaba desmoralizado, y sus jefes desconcertados y desengañados y el ejército realista mantenía su posición estable en las sierras. Las leyes aprobadas por el Parlamento sólo aumentaban la fiebre que estaba consumiendo el país. El sistema crediticio quedó desorganizado y paralizado el comercio por la introducción del papel moneda. El gobierno esperaba en vano una victoria que restaurase su prestigio. Como era de esperar, dadas las circunstancias, el ejército peruano fue derrotado decisivamente por los españoles en enero de 1823, en Torata y Moquegua.⁹¹⁸

Finalmente, la guarnición de Lima envió un ultimátum exigiendo el nombramiento de un nuevo Gobierno, que tuviese a su frente un hombre en quien se pudiese tener confianza, y el 27 de febrero, Riva Agüero fue designado presidente. Su primer acto de gobierno fue enviar un ministro extraordinario a Guayaquil para solicitar a Bolívar una nueva fuerza expedicionaria que liberase al Perú.⁹¹⁹ En marzo, Bolívar recibió al general Portocarrero y reafirmó que estaba dispuesto a prestar ayuda. “Colombia cumplirá sus obligaciones en Perú. Conducirá sus soldados al Potosí y estos valientes regresarán al país con la única satisfacción

917 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 178. Restrepo: *H. de C.*, vol. III, pág. 297. *Cartas* vol. III, pág. 138. O’Leary: *Doc.*, vol. XIX, pág. 390, 394, 396, 397 y 401. Paz Soldán: *Vols. I, II*, págs. 12 y 54.

918 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 180. L. Alaiza Paz Soldán: *Unanue, San Martín y Bolívar*, Lima, 1934.

919 Blanco: *Doc.* vol. VIII, pág. 603. O’Leary: *Doc.*, vol. XIX, pág. 458. G. Bulnes. *Bolívar en el Perú*, vol., I, pág. 127. Madrid, 1919.

de haber contribuido a la destrucción de los últimos tiranos del Nuevo Mundo. Colombia no ambiciona un solo grano de suelo peruano.”⁹²⁰ Bolívar había llegado a la conclusión, después de muchas dudas, de que él mismo estaría obligado a dirigir la liberación del Perú.

Durante muchas semanas Bolívar había considerado seriamente si no sería mejor abandonar el Perú a su suerte. ¿No sería más prudente concertar la paz con España y concentrar todas sus fuerzas en la consolidación de Colombia? Chile y Argentina estaban empeñados en guerras civiles y él sabía que el virus de la desintegración podía atacar fácilmente a Colombia. Quizá fuese mejor dejar a los españoles en el Perú por el momento y colocar así un cinturón de seguridad alrededor de su amada Colombia. “Los agitadores quieren gobiernos nuevos y débiles que hagan revoluciones y más revoluciones. Yo no. Yo no quiero un gobierno débil. Prefiero morir sobre las ruinas de Colombia luchando por sus principios y su unidad.”⁹²¹

Bolívar pensaba que sería fácil establecer un gobierno fuerte en Colombia, utilizando el dominio español en el Perú como una especie de foso de contención entre la ciudadela de libertad de Colombia y la anarquía todavía existente en la zona sur del continente. Esta línea de pensamiento, a la que no faltaba maquiavelismo, despierta nuestro interés, no porque Bolívar continuase con su idea, sino porque finalmente la abandonó. Un estadista europeo —un Bismarck, un Disraeli, hasta un Cavour— ciertamente habría obrado de acuerdo con estos principios proyectados por Bolívar, pues estaban por entero en concordancia con la política del egoísmo nacional de esos tiempos. Pero Bolívar no era un político calculador de Viejo Mundo, sino un visionario del Nuevo. No era sólo el Presidente de Colombia, sino el portador de la antorcha de la libertad americana, y sentía con intensidad la ley de la solidaridad continental. En consecuencia, no pudo pasar por alto las demandas peruanas cuando le fueron transmitidas por intermedio de los delegados de Riva Agüero.

Para estar seguro, Bolívar no tomó decisiones precipitadas. Mientras pendiese sobre Colombia algo parecido a un peligro, no abandonaría su país. Cuando el 30 de abril recibió el aviso de que el español Morales había ganado más terreno en Venezuela, de desplazó al Norte. Esto, cuatro días después del ruego del Presidente del Perú de ir a Lima para asumir el mando. Mientras estaba en camino, recibió un mensaje especial

920 *Proclamas*: pág. 282, *Bulnes*: Vol. I, pág. 133.

921 *Cartas*: Vol. III, pág. 133.

desde Bogotá con la información de que Morales se había retirado otra vez. Bolívar regresó a Guayaquil.

Una y otra vez lo impulsaron también consideraciones personales a postergar su decisión de ir al Perú. No quería que esta empresa fuese mal interpretada. Escribió a Riva Agüero: “Abrigo el secreto temor de que mis enemigos observen con envidia mi viaje a Lima. Hubo sólo un Bonaparte y nuestra América ya ha tenido tres Césares. Mis tres colegas, San Martín, O’Higgins e Iturbide, ya han experimentado la mala suerte porque no amaban la libertad. Y no quiero que ni la más leve sospecha me haga parecer a ellos. El deseo de terminar la guerra en América me impulsa al Perú y el amor a mi reputación me retiene al mismo tiempo. Dudo y no decido nada... No obstante, me siento inclinado a creer que, si así lo quiere el destino, triunfará mi amor a mi país.”⁹²²

La patria de Bolívar era América; sin embargo, retardó su acción hasta que quedaron cumplidos todos los requisitos imprescindibles para el éxito. Gradualmente se cumplieron toda sus condiciones. El ejército español fue derrotado en el norte de Colombia y el Parlamento confirmó en Bogotá la Constitución y la unidad de la República que tan cara era al corazón de Bolívar. Además, las súplicas provenientes de Lima se hacían más urgentes con el correr de las semanas.⁹²³ Bolívar había prometido a los peruanos un ejército de seis mil hombres, que aquellos convinieron en transportar a Lima. Ya había una división a bordo y una segunda se preparaba a embarcarse. Al mismo tiempo los peruanos renovaron sus ruegos a Bolívar para que él en persona se hiciese cargo de la campaña. Bolívar replicó que estaba dispuesto a partir si el Congreso colombiano le daba su consentimiento.⁹²⁴ Sin embargo, el Congreso vaciló y Bolívar no llegó a decidirse todavía a embarcarse en esta aventura bajo su propia responsabilidad. Parecía mejor enviar delante un piloto que midiese la profundidad de las aguas peruanas. Bolívar eligió a Sucre para esta misión. Lo nombró embajador extraordinario ante el Gobierno de Lima y le confió el mando de las tropas colombianas en suelo peruano. Sucre tenía que preparar el plan de campaña y coordinar las fuerzas de las dos naciones. De este modo Bolívar envió al Profeta para que precediese al Mesías. Sucre abandonó Guayaquil a mediados de abril.⁹²⁵ Pronto llegaron

922 *Cartas: Vol. III*, pág. 164; *vol. X*, pág. 421.

923 O’Leary: *Doc.*, *vol. XIX*, pág. 462. O’Leary: *Doc.*, *vol. XX*, pág. 138.

924 *Cartas: Vol. III*, págs. 155 y 156. O’Leary: *Memorias*, *vol. II*, pág. 199.

925 *Cartas: Vol. III*, pág. 162. Blanco; *Doc.*, *vol. VIII*, pág. 684. *Arch. Santander: Vol. IX*, pág. 278.

desde Lima otras delegaciones suplicando nuevamente a Bolívar que tomase el mando, pero éste deseaba ver qué es lo que podía hacer Sucre solo. Se mantuvo en comunicación constante con su general, enviándole instrucciones detalladas semana tras semana. Así transcurrieron tres meses —mayo, junio y julio de 1823— y sólo cuando finalizó este período, Bolívar se convenció de que Perú no podía ser liberado sin él.

Al fin, en agosto, el Congreso de Bogotá concedió su permiso para que Bolívar asumiese el mando en Lima. Este había escrito ya una carta a Santander anticipándole que iría al Perú sin esperar el permiso del Congreso. Cuando el 3 de agosto llegaron las noticias esperadas, rompió esta carta y con febril apuro dio sus últimas instrucciones. El 6 de agosto se hizo a la mar hacia Lima. Su barco se aproximó a la costa peruana el 1º de septiembre, más de un año después de que San Martín lo instara a tomar el mando, pero su demora había estado en consonancia con sus convicciones diplomáticas. Ahora llegaba, no invitado por un hombre, que además era un extranjero en el Perú, sino a requerimientos del Presidente del Estado, del Parlamento, de los funcionarios y del ejército.

Mientras Bolívar se aproximaba lentamente al puesto, pensaba en la extraña suerte de esta tierra a la que quería libertar. Sus tesoros habían resultado su perdición. La maldición del oro pendía sobre ella. La costa árida que se extendía ante sus ojos y las solitarias colinas se levantaban del mar. Parecían un símbolo de lo que sabía que le esperaba: guerra civil, abandonos y traiciones en todas partes. El oro había diezmado la tierra y emponzoñado a su gente moral y políticamente. Mientras pensaba en todo esto, nació en Bolívar un sentimiento de rabia y de desprecio. Los peruanos habían mandado una delegación para dispensarle la bienvenida. La recibió con una acritud antes desconocida en él. “Pueden contar conmigo —dijo— sólo si se alejan de las malas prácticas e introducen reformas en todas las ramas del Gobierno donde aparecen la venalidad y la decadencia.

XXVII

JUNÍN Y AYACUCHO

Bolívar pisó la ribera de Lima en septiembre de 1823. La recompensa por diez años de conflictos sangrientos y tenaces había sido la independencia de tres países. La lucha que lo aguardaba iba a ser aun más despiadada y salvaje. Allí estaba ante él la tierra de las maravillas, la enviada de millares de aventureros, la fuente que había surtido de oro y Plata a Europa durante tres siglos. Mientras Castilla dominase el país, el Nuevo Mundo no podía más que soñar con la libertad. Veamos por qué Perú permaneció sordo al llamado de la libertad.

Geográficamente, Perú formaba parte de la mole andina que se extiende desde Venezuela hasta la Tierra del Fuego. Se puede apreciar su constitución mediante un breve examen.⁹²⁶ De Norte a Sur se extiende una estrecha franja costera, de un ancho no mayor de 140 kilómetros. Esta región costera es casi enteramente desierta; es una planicie donde prácticamente no llueve y en la que sólo florecen los cactus. La atraviesan unas cuantas corrientes de agua que bajan de las montañas. Estas corrientes irrigan pequeñas superficies, donde prospera la vegetación tropical, en forma de pequeños oasis en la monotonía del desierto. En estas zonas más agraciadas están las ciudades portuarias de El Callao, Trujillo, Pisco y Huacha, que controlan las comunicaciones con el verdadero país, la Sierra. En ciertos sitios los Andes llegan hasta el borde mismo del mar y en otros retroceden tierra adentro. Esta región montañosa, con sus nobles cúspides de nieve eterna, con sus bizarras formaciones de rocas—confusa, caótica, impenetrable—, es el verdadero Perú. Su capital, Lima, es la Fata Morgana del hechizo y del lujo, pero en las regiones montañosas donde alguna vez floreció la vieja cultura incaica, se siente la emoción profunda de la realidad.

Un país así constituido planteó problemas increíbles a Bolívar. Nada de lo que había hecho antes podía servir de precedente para lo que tenía que hacer. La posesión de las sierras era requisito imprescindible para controlar el Perú. Los españoles estaban en las sierras y, en consecuencia, eran todavía los dueños del reino tres años después de la proclamación de la independencia del Perú por parte de San Martín. Las maniobras

926 Blanco: *Doc.*, vol. VIII, pág. 565. A. Fuentes Rabe. *Geografía militar del Perú*. Santiago, 1917.

de un ejército constituían en este país un problema serio e intrincado.⁹²⁷ Sin embargo, eran posibles dos soluciones: podía utilizarse el camino a través de las montañas, aunque la marcha fuese lenta y fatigosa, o las tropas podían transportarse por agua a través de puerto en puerto. Aunque cuando ésa era todavía la época de la navegación a vela, un ejército podía desplazarse cinco veces más ligero por mar que por tierra, y por esa razón San Martín había reunido una flota. Con ella, éste había creído que se apoderaría de los puertos y mataría de hambre a los enemigos diseminados por las montañas. Sabemos que este plan fracasó porque el control del mar sólo constituía un aspecto del problema. Únicamente la conquista de la sierra podía completar lo que había comenzado el bloqueo, y el argentino había retrocedido ante esta empresa.

Después de la renuncia de San Martín, la débil estructura de la independencia peruana se había venido abajo como un castillo de naipes. Bolívar sabía qué podía esperar. “Los asuntos peruanos han llegado a la cúspide de la anarquía. Sólo el ejército enemigo está bien organizado, unido, fuerte, enérgico y capaz. El ejército patriota está perdido. Siete potencias bélicas luchan una contra otra bajo las banderas del Perú, Colombia, Buenos Aires, el Gobierno, el Parlamento y Guayaquil.”⁹²⁸

Es verdad que Sucre había sido enviado delante, para practicar un reconocimiento y poner orden y que se había mostrado realmente activo en el Perú desde comienzos de mayo, pero su presencia sólo había probado la desintegración general.⁹²⁹ Sucre se había consagrado primero a la tarea de mejorar las condiciones de vida de las divisiones colombianas. Para que la lucha saliese del letargo de una guerra estancada, tenía que organizar un ejército de seis mil hombres y llevarlo a las arterias de las posiciones españolas. Sucre y el general Santa Cruz, comandante de las tropas nativas, estuvieron de acuerdo que había que poner ese plan en marcha.

Sin embargo, la ejecución de esta estratagema fue frustrada por la anarquía del país. Al poco tiempo Sucre quedó preso en la red de la política desenfundada de partidos que amenazaba estrangular el Perú. El Gobierno y el Parlamento luchaban por el predominio y cada uno buscaba

927 Cortés Vargas: *Participación de Colombia en la libertad del Perú*, vol. I, pág. 7. Bogotá, 1924.

928 O’Leary: *La emancipación del Perú. 1821-1830*. Correspondencia del general Heres con el Libertador. Madrid, 1919. *Cartas*: Vol. X, pág. 430. O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 200.

929 López Contreras: *Sucre*, pág. 77. O’Leary: *Doc.*, vol. XX, pág. 25.

el apoyo de los refuerzos colombianos en el Perú.⁹³⁰ Cada contrincante quería que Sucre asumiese el mando, pero Sucre fue enérgico en su negativa, pues sentía que esa posición era incompatible con el cargo de embajador colombiano. Sin embargo, la situación empeoró y desembocó en la necesidad imperiosa de actuar cuando los españoles dejaron sus cuarteles y partieron para conquista Lima. Hacia mediados de junio de 1823 el general Canterac estaba ante las puertas de Lima, en virtud de lo cual Sucre se vio obligado a tomar el mando. Abandonó la capital y se retiró con su ejército a la fortaleza del puerto de El Callao.

Lamentablemente, el Presidente y el Parlamento también habían huido a El Callao, donde cada cual mantuvo una oposición resuelta y activa. Sucre comprendió que sólo era cuestión de tiempo que el ejército también resultase afectado y trató de salvar la situación amenazando con retirarse. Finalmente propuso que las autoridades civiles buscasen otro asiento al Norte, en el puerto de Trujillo, donde los grupos contendientes podrían solucionar sus disputas con mayor libertad. Su sugestión fue aceptada y los parlamentarios se fueron a Trujillo. Pero antes de partir acusaron al presidente Riva Agüero y nombraron a Sucre comandante en jefe del Perú.

El frenético conflicto continuó en Trujillo. El Parlamento insistió en sus derechos y el Presidente en sus facultades. Por último, éste reunió el Parlamento el 19 de julio y después lo derrotó por la fuerza de las armas. La mayoría del Parlamento se retiró a Lima, que los españoles habían evacuado de nuevo. Riva Agüero fue declarado traidor y el marqués de la Torre Tagle electo presidente paralelo.⁹³¹

Así, además de los siete poderes que Bolívar había esperado, coexistían también dos presidentes. Pese a todo su tacto, Sucre no pudo salvar al país, corrompido y desmoralizado, de su propia destrucción. Pero había cumplido su misión; había probado que Bolívar y su ejército eran necesarios para expulsar a los españoles del Perú. Mientras Sucre esperaba el arribo del Libertador, tenía libertad para actuar como general; y en seguimiento del general Santa Cruz fue al Sur con la división colombiana, dependiendo así de los movimientos y decisiones de Santa Cruz. Su destino quedaba ahora en manos de este general.

Esa era la situación que encontró Bolívar a su llegada. Desde el primer momento se vio rodeado por un mar turbulento de dificultades. Estaba

930 Villanueva: *Sucre*, pág. 240. Paz Soldán: Vol. I, II, págs. 89 ss. Lecuna: *B. de H.* Caracas, vol. XXVI, núm. 103, págs. 231 ss.

931 O'Leary: *Doc.*, vol. XX, págs. 148, 149 y 150. Villanueva: *Sucre*, pág. 264.

preparado para tratar con grupos distintos; en realidad su número formaba legión. La característica más difícil de esta situación residía en la falta de toda apariencia de unidad entre estos grupos. La fusión de elementos que anteriormente habían trabajado para libertar al Perú estaba destruida; los átomos actuaban antagónicamente en lugar de cooperar entre ellos. Existían nada menos que cuatro ejércitos —el peruano, el argentino, el chileno y el colombiano—, cada uno de los cuales obedecía a una autoridad distinta, mientras la flota bajo el mando de un oficial naval británico, Guise, actuaba en forma independiente. Además, el Parlamento peruano, el Presidente depuesto en Trujillo y el Nuevo Presidente en Lima presentaban una escena política completamente dislocada.

Resulta interesante señalar que el espíritu de anarquía e insubordinación tenía causas perfectamente lógicas. El movimiento emancipador en el Perú no se había originado allí, sino que había sido impuesto desde el exterior. La gran masa del pueblo, indios por sangre y tradición, permanecía en letargo e indiferencia ante la situación política, en tanto que la clase alta criolla vacilaba. Cuando las circunstancias parecían favorecer la causa de la libertad la siguieron; cuando bajó el barómetro de la nueva causa, se dio vuelta con rapidez y, esquivando como el mercurio, siguió a los españoles.

Bolívar había encontrado toda suerte de oposición en sus doce años de batallas revolucionarias. La incompetencia, la envidia, los celos y la rebelión le salían al paso en cada recodo del camino. Sin embargo, no puede decirse que ninguno de los revolucionarios colombianos haya sido desleal alguna vez a la causa, y en esta distinción residía la raíz del cáncer del Perú; la traición y la disposición a coquetear con España invalidaban todos los esfuerzos por fomentar un espíritu de independencia. Bolívar tenía conciencia de que su presencia incluso aumentaba su buena voluntad hacia España. “Siempre seré un extranjero para la mayoría de la gente y siempre despertaré celos y desconfianza en estos caballeros... Ya me pesa haber llegado aquí.”⁹³²

Sin embargo, al principio las condiciones parecían propicias. El Presidente Torre Tagle había dado la bienvenida a Bolívar como salvador a su llegada a Lima, y el pueblo lo había aclamado. El Parlamento lo designó árbitro de todas las disensiones internas y le dio la bienvenida en un cónclave solemne el 13 de septiembre. La Asamblea Nacional le confirió la más alta autoridad militar del Perú y le concedió todas las

932 *Cartas*: Vol. III, pág. 240. Lecuna: *Descomposición del Perú*. *B. de H.* Caracas, vol. XXVI, núm. 104, pág. 271.

facultades que la situación exigía. Bolívar prometió la victoria y la libertad, pero les aseguró que no ambicionaba el poder político.⁹³³ Fue prudente al hacer esta afirmación, porque los peruanos tenían sospechas del Libertador, así como las habían tenido del Protector. Pero a pesar de todas sus aseveraciones en contrario, la posición de Bolívar fue la de un dictador militar. Torre Tagle siguió siendo jefe del Gobierno civil, pero tenía plena conciencia que le habían cortado las alas, y comenzó a trabajar contra Bolívar.

Con todo, estos días constituyeron la luna de miel de la aventura peruana. “El Congreso y el pueblo peruanos creen que tengo el hilo del laberinto de Creta y que puedo penetrar en él como Teseo... Lima es una ciudad grande y agradable que alguna vez fue rica. Parece muy patriota. Los hombres parece que me son leales y dicen que están dispuestos a hacer sacrificios. Las damas son agradables y muy bonitas. Hoy se dará un baile donde las veré a todas.” Y pocas semanas después: “Cada día estoy más encantado con Lima. Hasta ahora lo he pasado muy bien con todos. Los hombres me respetan y las mujeres me aman. Todo es muy lindo. Hay muchos placeres para quienes pueden pagarlos... Por supuesto, no me falta nada. La comida es excelente, el teatro regular, pero adornado por hermosos ojos...; carruajes, caballos, excursiones, corridas de toros, tedéum...; no falta nada, excepto dinero.”⁹³⁴

La atmósfera carnavalesca de estas primeras semanas no duró mucho. Después de todo, Bolívar no había ido al Perú a realizar excursiones ni a trabar relaciones galantes. La primera prueba demostró la gravedad real de los hechos. “Los españoles y la anarquía amenazan de muerte a este país. Perú está dividido en dos zonas: la Sur está en guerra con el exterior, y la Norte está desgarrada por la guerra civil. Sólo Lima, saqueada y devastada como está, tiene gobierno legal, aunque lo único que pueda considerar suyo son las deudas.”⁹³⁵ Vio que tenía que actuar rápidamente. Se puso en contacto con el ejército peruano; escribió al almirante Guise; gestionó un empréstito en Inglaterra y solicitó refuerzos a Chile. Pero mientras existiese la anarquía lo mismo podría haber hablado al viento o escrito sobre la arena. Como el Congreso le había dado una autoridad superior a la de los dos presidentes, Bolívar se dio a la tarea de consolidar

933 *Proclamas*: Págs. 285-286. Larrazábal: Vol. II, pág. 210. Blanco: *Doc.* volumen IX, pág. 84.

934 *Cartas*: Vol. III, págs. 237-238, 253. Véase R. Proctor: *Narrative of a Journey*, pág. 246. Londres, 1825.

935 *Cartas*: Vol. III, págs. 235 y 242.

el Estado peruano. Al principio no intentó utilizar la fuerza. El galanteo, la persuasión, la consideración de los sentimientos justificables y de las vanidades que no lo eran: éstos fueron sus primeros métodos.

Los postulados de su política eran claros y no dudó mucho en machacar con ellos sobre los peruanos. En una de las muchas celebraciones que le ofrecieron el Lima, brindó por el ángel bueno de América que había llevado a San Martín desde el Plata a la costa del Perú, pero finalizó expresando su esperanza de que el pueblo de América jamás consentiría en que se erigiese un trono sobre el suelo. Esperaba que se dejaran por completo de lado todos los deseos monárquicos y todos los pensamientos de contraer compromisos con la Corona española.⁹³⁶ Perú sólo se convertiría en República cuando se reconciasen los muchos partidos hostiles y se uniesen para proclamar el nuevo ideal del Estado.

Bolívar se dirigió primero al expresidente rebelde Riva Agüero, pero este peruano, que apenas unos pocos meses antes había suplicado a Bolívar que salvase su país, se había convertido ahora en su enemigo declarado.⁹³⁷ Llamó a Bolívar tirano y usurpador y trató de atraerse al ejército. Lamentablemente, un número alarmante del ejército y la marina se dejaron engañar por él. Para Bolívar lo más peligroso era la actitud favorable del almirante Guise hacia Riva Agüero. Un levantamiento de la flota habría significado en ese momento el fin de la empresa peruana, pues si Bolívar no podía contar con refuerzos colombianos, que sólo eran posibles por mar, estaba realmente perdido.⁹³⁸

Se produjeron entonces dos hechos que hicieron aún más precaria la posición de Bolívar. El ejército peruano a las órdenes de Santa Cruz había desembarcado en un puerto del sur, desde donde debía dirigirse al Alto Perú. Estos cinco mil hombres, sin embargo, se habían dispersado a los cuatro vientos sin haber presentado ni una sola batalla, y Sucre, que había querido unir este ejército, se vio precisado a regresar a Lima sin haberse anotado un solo éxito. Los hombres de Sucre constituían las únicas tropas con que Bolívar podía contar.⁹³⁹ El segundo golpe fue apenas algo menos catastrófico, Bolívar tenía pruebas de que Riva Agüero había iniciado negociaciones con España después de haber rechazado la mediación del Libertador. La intención de Riva Agüero eran juntar los ejércitos español

936 *Proclamas*: págs. 284-285. Véase Blanco; *Doc.*, vol. IX, pág. 79

937 O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 232.

938 O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 233.

939 *Cartas*: vol. III, págs. 259-261. Villanueva: *Sucre*, pág. 281. O'Leary: *Doc.*, volumen XX, págs. 372-381, 435 ss.

y peruano en un esfuerzo por expulsar al extranjero, es decir, a Bolívar.⁹⁴⁰ La reacción de éste fue instantánea. Escribió a Santander: “Necesito seis mil hombres experimentados, armas y todo, pero todo, cuanto se necesita de equipo... Por el bienestar de Colombia, arrostraré la tormenta. Si se me apoya, puedo hacer cualquier cosa”.⁹⁴¹ Sin embargo, iban a pasar meses enteros antes que este grito fuese escuchado en Bogotá. Una simple carta requería semanas para llegar de Perú a Colombia. ¡Cuánto tiempo más se necesitaría para transportar las tropas! ¿Podría Bolívar arriesgarse a esperar mientras Riva Agüero realizaba su intento? El ejército del Sur no existía ya y la flota no era de fiar. En caso de que el expresidente lograra unirse entonces el ejército realista en el Norte, Bolívar quedaría apresado en una trampa y no le quedaría otra alternativa que huir.

Bolívar suplicó a Sucre que actuara contra Riva Agüero, pero Sucre se negó, alegando que no deseaba verse implicado en una guerra civil. Al fin, el propio Bolívar tomó el mando, y partió para encontrar a Riva Agüero en sus cuarteles. Reunió cerca de cuatro mil hombres para oponerse a los tres mil del expresidente, Bolívar tenía que impedir que se unieran al ejército realista y deseaba aislarlos de su jefe traidor. La suerte llegó en su ayuda. Entre los oficiales de Riva Agüero había un coronel apellidado La Fuente, que había viajado varias veces entre Lima y Trujillo, intentando interceder. Bolívar le había presentado algunas pruebas de la traición de Riva Agüero y el coronel había quedado muy impresionado. La Fuente reunió a sus camaradas, les reveló la traición del Presidente y les rogó que se levantaran contra él. Riva Agüero fue capturado el 5 de noviembre y el Libertador le permitió embarcarse hacia Europa. De este modo Bolívar se libró de un desertor y evitó al mismo tiempo enzarzarse en una guerra civil. Estando ya en el Norte, se quedó allí, y eligió para instalar sus cuarteles primero a Cajamarca y después Trujillo. Estas provincias fueron bien elegidas para crear un nuevo ejército, acerca de cuya formación Bolívar pensaba día y noche.

En el ínterin, era un secreto a voces que sólo Bolívar y Colombia seguían apoyando todavía la causa del Perú. Argentina había retirado calladamente su ayuda cuando concertó con España un acuerdo temporal al que habría de seguir una paz definitiva. Mientras tanto, las tropas argentinas permanecían en el Perú y su conservación constituía para Bolívar la preocupación del momento. Chile le significó un desengaño

940 Cortés Vargas: Vol. I, pág. 224. Paz Soldán: Vol. 1, 2 págs. 177 ss.

941 *Cartas* Vol. III, págs. 260-261. P. Provonena (Riva Agüero): *Memorias y documentos*. París, 1958

aun mayor. Un Perú libre era vital para la independencia de Chile y el gobierno chileno había prometido ayudar a Perú a condición de que Bolívar en persona asumiese el mando. Los soldados chilenos habían partido de Valparaíso el 15 de octubre, pero cuando su comandante recibió órdenes de Bolívar de dirigirse al puerto de El Callao, regresó inmediatamente y el gobierno chileno aprobó su indigno acto. Bolívar comprendió cada día con más claridad que estaba solo en esta lucha. “No se puede seguir confiando en chilenos y argentinos. Y estos peruanos son de los más miserables para esta guerra.”⁹⁴² Así describió la situación. Perú sólo podía contar con Bolívar, y Bolívar únicamente con Colombia. Se enviaron más cartas a Guayaquil y Bogotá; se presentaron nuevas demandas a Santander. “Te escribo esta carta en medio de los Andes, respirando el aire pestilente que llaman soroche, sobre la nieve y rodeado de llamas. Seguramente la carta quedará congelada si el cóndor no se la lleva y la calienta al sol.”⁹⁴³ Sus esperanzas también pudieron haber muerto en la atmósfera de muerte de la traición, pero recobró la calma y se calentó en el sol de su convicción de que la libertad de América era inevitable. “Estos peruanos no son aptos como soldados. Huyen como antas. Aquí no podemos contar más que con los colombianos. Envíame la vieja guardia... pues con ella somos invencibles.”

Ahora quedaba demostrada cuánta razón asistía a Bolívar para insistir en la incorporación de Guayaquil. Sin este puerto, la comunicación directa con el arsenal colombiano habría sido imposible. Aun así, el problema que aguardaba a Bolívar era sobrehumano. Sucre, que no se descorazonaba fácilmente, escribió por ese entonces: “No sé si puedo felicitarme por el arribo de Su Excelencia al Perú. Surgirán resistencias y dificultades sin fin que pueden poner en peligro la reputación que el Padre de Colombia ha logrado a fuerza de tanto trabajo y sacrificio durante estos trece años.”⁹⁴⁴ Bolívar no se preocupaba demasiado por su reputación, pero no veía la situación con menos pesimismo que Sucre. “Si voy al Norte, el Sur se desintegrará; si voy al Sur, el Norte se sublevará.”⁹⁴⁵ El resultado continuaba sin poder predecirse. Por cartas interceptadas, Bolívar supo que los españoles habían enviado un escuadrón de refresco al Pacífico y tenía plena conciencia de que una flota enemiga podía cortar la arteria entre Perú y Colombia. Su siguiente paso fue en consecuencia, asegurarse

942 *Cartas*: Vol. III, pág. 309.

943 *Cartas*: Vol. III, pág. 293.

944 O’Leary: *Doc.*, vol. XX, pág. 453.

945 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 240.

de la lealtad de la armada peruana. Bajo su propia responsabilidad, al almirante Guise había bloqueado la costa peruana para cortar la línea de abastecimiento de Bolívar. Pero éste logró persuadir a Guise que revocase esta orden y por último reconociese al Gobierno de Lima como representante legal de la soberanía peruana.⁹⁴⁶

Sin embargo, fue este mismo gobierno el que originó nuevas preocupaciones a Bolívar. de Lima llegaban informes sorprendentes. El pueblo estaba cansado de la guerra. Estaba enfermo de hacer sacrificio tras sacrificio. Desesperaba de alcanzar la independencia para su país. ¿Por qué debía continuar luchando si quizá, mediante la intervención Argentina, podía concertar la paz con España? Bolívar sólo podía hacerse una idea aproximada de la dirección de los acontecimientos, pero sentía el peligro y estaba dispuesto a no quedarse mirando con los brazos cruzados. “Creo que si el Gobierno no adopta medidas enérgicas contra los realistas y los rebeldes, Perú caerá víctima de su propia lenidad”. Pensó en ir él mismo a Lima, y mientras tanto se acordó que Sucre asumiese el mando. Los desórdenes, malos como eran, provocaban de vez en cuando un suspiro de Bolívar. “Sólo la Providencia con su dedo omnipotente puede crear el orden de este caos”. Dependía de unos cuantos hombres que, como él comprendían que este iba a ser el último asalto entre el despotismo y la libertad en Sudamérica. Escribió implorante a Sucre. “Le ruego, mi querido general, que me ayude con todo su poder a llevar adelante este plan. Si no lo hace, no tendré a nadie que pueda asistirme espiritualmente. Por el contrario, hay un desarraigo de cosas, de hombres y de principios, que me desconcierta a cada paso. A veces pierdo el valor. Sólo el patriotismo me restituye la energía.”⁹⁴⁷ Bolívar sabía que podía confiar en Sucre para reorganizar el ejército mientras él buscaba en Lima nuevos traidores e impedía que pudiesen vender el país a los españoles.

Partió a fines de diciembre. Todavía parecía una máquina de inagotable energía, pero el esfuerzo de los últimos tres meses había dejado sus huellas. El 1º de enero de 1824 su barco llegó al pequeño puerto de Pativilca, treinta millas al norte de Lima, donde el Libertador se desmayó y fue transportado a tierra. Casi inconsciente y consumido por una fiebre alta, luchó por su vida durante siete días. En una pequeña aldea, sin médico ni medicinas, su voluntad de hierro resistió la enfermedad que había estado minando su constitución durante años. El diagnóstico fue una fiebre gástrica común en los trópicos. Sin embargo, es más probable que fuese su

946 *Cartas*: Vol. III, pág. 311, 313. O’Leary: *Doc.*, col. XXI, págs. 32, 132.

947 *Cartas*: Vol. III, pág. 302.

primer ataque de tuberculosis. Después de dos semanas la fiebre comenzó a ceder, pero quedó agotado, enflaquecido su cuerpo y penosamente delgados sus brazos y piernas. Cuando sus hombres lo vieron saliendo de su rancho por primera vez para tomar aire fresco, apenas pudieron contener las lágrimas.⁹⁴⁸ Escribió a Santander: “No me reconocería, pues estoy muy consumido y muy viejo.” Era dos meses antes de que pudiese pensar en reanudar sus viajes; dos meses en que trató de dirigir el curso de la revolución peruana desde Pativilca. La sorprendente tozudez del hombre queda demostrada en su correspondencia. Bolívar cayó enfermo el 1º de enero; el 7 de este mes ya había comenzado a dictar de nuevo. Su primera carta estuvo dirigida al Presidente Torre Tagle. Puso en el papel lo que había pensado decir personalmente.

Al tiempo del desmayo de Bolívar en Pativilca, un delegado argentino que visitaba la capital propuso la admisión del Perú en las conferencias de paz con España. El gobierno apoyó la sugerencia y el Parlamento no la desaprobó.⁹⁴⁹ Cuando Bolívar tuvo conocimiento de los hechos, asumió la actitud de que las negociaciones con los representantes de Su Majestad Católica eran lo bastante inofensivas mientras estuviesen basadas en el principio de la independencia peruana. Muy probablemente creía que se repetiría la maniobra de Santa Ana. Por supuesto que un armisticio sería bien recibido, pues esperaba que en un plazo de seis meses se le uniesen ocho mil colombianos. Sin embargo, mucho dependía del modo como se desarrollasen estas discusiones. Como artimaña de guerra eran excelentes; como síntoma de debilidad serían ruinosas.⁹⁵⁰

Bolívar suplicó a Torre Tagle que abandonase su posición ambigua y vacilante. “Créame, el país no se salvará de este modo, el mío se liberó porque tenía unidad y disciplina... No puede imaginarse lo que puede ser y cuánto puede costar esta guerra por la libertad. Nosotros soportamos la guerra a muerte durante catorce años y usted se queja por cuatro años de pan moreno.”⁹⁵¹ A pesar de la protesta de Bolívar, Torre Tagle envió un representante a los cuarteles españoles. También él estaba dispuesto ahora a jugarse su país por un plato de lentejas.⁹⁵²

El marqués era un ejemplo típico de la aristocracia peruana: bien educado, irresoluto, extravagante, susceptible a toda impresión pasajera

948 Blanco: *Doc.*, vol. IX, págs. 343-345. Carta de J. Mosquera a J. M. Restrepo.

949 O’Leary: *Memorias* vol. II, pág. 245. Bulnes: Vol. II, pág. 133. Cortés Vargas: Vol. I, pág. 272-273.

950 *Cartas*: Vol. IV, págs. 14-19. O’Leary: *Doc.*, vol. XXI, págs. 273-287.

951 *Cartas*: Vol. IV, págs. 3-7, 20.

952 Bulnes: Vol. II, pág. 133. Cortés Vargas: Vol. I, pág. 272.

y tan variable como un día de abril. Había pasado por todas las fases de la política con alteraciones de camaleón. Cuando la traición se puso de moda en el Perú, se convirtió en un traidor. Como su antecesor, temió que el Libertador le arrebataste la autoridad de sus débiles manos. Parecía más tolerable compartirla con los españoles que con los colombianos. La vulgaridad de los oficiales colombianos no sólo había repelido a Torre Tagle; había despertado la ira de su esposa. En Lima se dijo que la dama ejerció su influencia sobre el débil marqués para que traicionase a Bolívar en venganza de la ocasión en que el secretario general del Libertador le había echado en cara su moral relajada. Fuese como fuese, lo cierto es que Torre Tagle prefirió llegar a un entendimiento con el antiguo amo antes que aceptar las órdenes del nuevo. Ofreció la rendición de la fortaleza de El Callao a La Serna y poner la caballería peruana a su disposición.⁹⁵³

Mientras Bolívar estaba en su lecho de enfermo y Torre Tagle estaba listo a abrir las puertas de Lima a los españoles, la guarnición de El Callao se rebeló. El gobierno había abandonado mucho estas tropas y la mala comida y la paga inadecuada las habían llevado a la insurrección. Incluso en tales circunstancias los rebeldes podrían haber sido mantenidos en el bando de la independencia; sus demandas se limitaban al pago de los sueldos atrasados y a la repatriación, puesto que la mayoría eran argentinos y chilenos. Sin embargo, el gobierno desperdició esta última oportunidad, quizá por debilidad, y quizá porque la pérdida de El Callao ya había sido prevista por Torre Tagle y éste vio la oportunidad de disimular su traición.⁹⁵⁴ El 10 de febrero ocurrió lo inevitable. La bandera realista fue izada en el fuerte y los prisioneros españoles puestos en libertad. Inmediatamente se pusieron en contacto con el virrey, y Lima se perdió. La única autoridad que quedaba en la capital era el Parlamento, y en un último y desesperado esfuerzo el Congreso renunció y Bolívar fue designado dictador del Perú con facultades ilimitadas.⁹⁵⁵ Los españoles ocuparon Lima el 12 de febrero de 1824. Por fin, la anarquía se había destruido a sí misma, pero ¿no había matado al mismo tiempo la idea de un Perú libre? Todos los que observaban la situación con imparcialidad creían que Perú estaba perdido. Quienes tenían acceso a los pensamientos

953 O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 250.

954 O'Leary: *Doc.*, vol. XXI, pág. 448. Para los acontecimientos en El Callao, véase Blanco: *Doc.*, vol. IX, págs. 203, 205 y 216. Cortés Vargas: Vol. I, pág. 289.

955 O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 246.

íntimos de Bolívar le aconsejaron que no aceptara el papel de dictador. Hasta Sucre le advirtió que se retirara.⁹⁵⁶

Sin embargo, desechó estas advertencias. También él vio los peligros, pero además vislumbró la victoria. El fracaso completo del Estado peruano parecía una de las muchas catástrofes de su vida: 1812, 1814, 1815, 1816 y 1818. Tenía experiencia para enfrentar las tormentas del destino violento. Además, ahora poseía lo que antes no había sido suyo: es decir, la fortaleza, Colombia, en la que podía buscar apoyo. De todos modos, reconoció con claridad la gravedad de la situación. “Este país está afectado por una peste moral. En los cinco meses que he estado aquí, he experimentado cinco fenómenos calamitosos. El primero fue la pérdida del ejército de Santa Cruz; el segundo, la guerra de Riva Agüero con nosotros y su traición; el tercero, la desertión de los chilenos; el cuarto, el levantamiento de la flota peruana, y el quinto, la insurrección de la guarnición de El Callao.”⁹⁵⁷ “Todo bribón quiere ser supremo. Todo bribón defiende sus mezquinas posiciones a sangre y fuego.”

El drama de este anarquismo egoísta lo llenaba de repugnancia y de pena. “El pesar que siento es tan horrible que no quiero ver, ni comer con nadie. La presencia de la gente me fastidia. Vivo entre los árboles de este miserable lugar de la costa del Perú, y me he convertido en un misántropo por la noche. Pero debes comprender que... esto no es consecuencia de ningún mal físico ni de una gran tristeza personal. Esta repulsión hacia la gente y la sociedad proviene de un pensamiento íntimo y de la convicción más ineludible que haya tenido. Mi edad es la de la ambición. Rousseau dijo que la ambición guía a los hombres cuando tienen cuarenta años. Pero mi ambición ha muerto. Ve el cambio de las cosas humanas. El trabajo del hombre siempre fue precedero, pero hoy es como la semilla que muere antes de germinar. Por todos lados oigo el sonido del desastre. Mi época es la de la catástrofe. Todo nace a la vida y muere ante mis ojos como partido por un rayo. Todo pasa, y yo, ¿debo enorgullecerme por mantenerme firme en medio de estas revueltas, en medio de tantas ruinas y la revolución moral del cosmos? No, no, mis amigos; no puede ser. Y como la muerte no se preocupa por acogerme bajos sus alas protectoras, debo apresurarme a esconder mi cabeza en medio del olvido y del silencio,

956 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 247. Arch. Santander: Vol. XI, pág. 312. “El Libertador no desconocía porque su alma grande es superior a todos los peligros; pero también aseguró a usted que es el único que confía.” Mosquera a Santander.

957 *Cartas*: Vol. IV, pág. 79

antes que el granizo y los rayos que estremecen los cielos me alcancen y me conviertan en polvo... en cenizas.. en nada. Sería una locura observar la tormenta y negarse a buscar refugio... Todo se desploma en el suelo, golpeado por la crueldad del desastre. ¿Y yo debo permanecer erguido? No puede ser. Yo también debo caer.”⁹⁵⁸

Pero este chorro elocuente de su pesimismo poético sólo le dio un respiro personal. Fue su filosofía particular, aunque no le permitió que chocase con sus convicciones políticas ni le impidió cumplir con su deber. En ese momento, y mientras le agobiaba aún un sentimiento de descorazonamiento y de desesperación, se produjo uno de los acontecimientos más memorables de su vida. El embajador colombiano en el Perú, Joaquín Mosquera, estaba en camino de regreso a Bogotá y deseaba presentar su informe en persona al Libertador. Lo encontró en Pativilca, en su jardín, sentado en un banco destartado..., delgado, con un pañuelo atado a la cabeza. Tenía tal apariencia de un hombre moribundo que Mosquera tuvo dificultades para ocultar sus lágrimas. Previó la aniquilación del ejército colombiano. “¿Que hará, mi general?, preguntó con voz trémula. Los ojos cansados del Libertador se iluminaron y con voz plena de decisión respondió: “¡Triunfar! Y no era esta una exhibición para la galería. De un modo sobrio y técnico y con voz calmada explicó a Mosquera simplemente cómo y por qué debía triunfar. “En tres meses tendré un ejército para atacar. Ascenderé a las Cordilleras y derrotaré a los españoles.” Mosquera quedó profundamente conmovido. El sol se había hundido en el mar cuando se separaron, y no pudo evitar la impresión de que se trataba del sol del Perú. La vista tranquila del desierto, el silencio del mar, la naturaleza toda parecía portentosa. Temió que no volvería a ver más a Bolívar. El Libertador, tendido en el suelo, demasiado cansado y enfermo para levantarse, dio a Mosquera un último mensaje: “Cuente a nuestros camaradas cómo me deja, tendido en esta playa inhóspita, donde luché a brazo partido para lograr la independencia del Perú y la seguridad de Colombia.”⁹⁵⁹ Este mensaje a Colombia era urgente, pues Bolívar necesitaba soldados y sabía que encontraría resistencia en los políticos.

Bolívar no estaba abrumado por la situación; sabía que la importancia política de ésta era relativamente pequeñas. Las diferencias surgidas entre él y Santander fueron más graves. Bolívar mantenía aún su antigua confianza en Santander, pero su correspondencia con él sólo reconocía un motivo: un adagio, como él decía: “Si me envían tropas, la consecuencia

958 *Cartas*: Vol. IV, págs. 37-38.

959 Blanco: *Doc.* vol. IX, pág. 344. *Cartas*: Vol. IV, págs. 26-27.

será la libertad.” Pedía demasiado a Santander, y cuando sus deseos no se cumplían al pie de la letra, se volvía impaciente e insultante. Santander estaba dispuesto a servir a él y a la gran causa, pero la envidia personal dificultaba sus realizaciones. “El libertador cree que soy Dios y puedo decir: ¡Hágase!, y que se hará. De modo que pide sin piedad armas y hombres, y lo peor es que don Simón recibe todas las aclamaciones, en tanto que los peruanos no reconocen los esfuerzos del Gobierno colombiano”.⁹⁶⁰ Se refugiaba tras el texto de la Constitución para reducir o demorar las demandas de Bolívar. “No hay ley que me faculte a ayudar al Perú, y sin esa ley nada puedo hacer.” En otra ocasión escribió: “Nada me resultó tan penoso como su carta oficial en la que culpa a este gobierno de los males peruanos porque considera sus demandas con indiferencia. Soy digno de confianza, general..., y mi conducta no merece, y mucho menos de usted, una acusación tan injusta y deliberada... gobierno a Colombia, y no a Perú. Las leyes que me dieron para gobernar esta República nada tienen que ver con el Perú, y su carácter no varía porque el Presidente de Colombia mande un ejército en suelo extranjero.... Hay leyes, o no hay ninguna. Sí no hay ninguna, ¿Por qué engañamos al pueblo con fantasmas? Y si hay, se deben cumplir y obedecer.”⁹⁶¹ Fundamentalmente ambos hombres tenían razón. La seguridad interna de Colombia dependía del desarrollo orgánico de la vida constitucional que defendía Santander; la seguridad externa dependía de la independencia del Perú, por la que luchaba Bolívar.

Al fin llegaron a un mutuo entendimiento. Santander arrancó del Congreso una ley que autorizaba y aseguraba la ayuda al Perú por parte de Colombia y, por su parte, Bolívar reconoció la lógica de la posición de Santander. “Creo —le escribió— que en beneficio de nuestro mutuo entendimiento, debemos olvidar lo pasado.” Las leyes que hoy se encuentran en los archivos colombianos expresan con su lenguaje sintético hasta dónde desarrolló Santander el programa de Bolívar.

El nombramiento de Bolívar como dictador, lo dejó en libertad para erigir un nuevo Estado sobre las ruinas de la soberanía peruana. “Estoy resuelto a no dejar nada por hacer, aunque tenga que empeñar mi alma, para salvar mi país.” “El destino de Su Excelencia —dice un documento oficial— y el del ejército bajo su mando es inalterable... Implica el triunfo o la muerte en el Perú.”⁹⁶² Entre los informes adversos, recibió también

960 *Cartas*: Santander; Vol. I, pág. 243.

961 *Cartas* Santander: Vol. I, pág. 219.

962 O’Leary: *Doc.*, vol. XXII, pág. 193.

un mensaje reconfortante: Puerto Cabello y su comandante habían capitulado ante Páez. Así Colombia quedó a salvo y libre y la traición de siete presidentes peruanos compensada. Era evidente que si podía superar el momento de crisis, podría reunir nuevas fuerzas. El enemigo recurrió a toda clase de astucias para librarse de él. El asesinato era común, y Bolívar descubrió un complot en su propia vecindad. No tenía miedo por su propia seguridad, pero escribió a Sucre:

“Le aconsejo que tenga mucha precaución y procure no andar solo, pues la moda del día es bastante peligrosa para todos aquellos que tienen algo que perder.”⁹⁶³

Se acordó del año 1813-1814. “Hagamos oídos sordos a los gritos de todos... La guerra vive del despotismo y no se libra con el amor de Dios. No deje nada por hacer. Sea terrible e inflexible. Discipline las fuerzas a su mando..., si no hay cañones, habrá lanzas.”⁹⁶⁴ Redujo el gobierno al gabinete de un hombre y estableció un Gobierno ambulante, como ya había hecho antes en el Orinoco.⁹⁶⁵ Los asuntos del Perú estaban ahora en manos de un solo ministro, el peruano Sánchez Carrión, hombre que se había distinguido por su gran habilidad y patriotismo. El problema de las finanzas del Estado era de primordial importancia. La mayor parte de las deserciones en las filas del ejército tenían su origen en la paga baja. Bolívar la redujo a una cuarta parte, pero aseguró de que los hombres la cobrasen. Tomó una medida similar con respecto a los funcionarios del Estado.⁹⁶⁶ Como ya no recibía más ayuda de las demás naciones sudamericanas, las invitó a que por lo menos contribuyesen a solventar el costo de la empresa. Sin embargo, mientras convinieran en hacerlo debía vivir al día. En tales circunstancias no dudo en dar un paso atrevido, pero lógico. Perú tenía el tesoro de plata del mundo; sus iglesias estaban repletas de costosas vasijas labradas a mano. Confiscó esas riquezas y pagó a sus soldados.⁹⁶⁷

Estas medidas metódicas y a veces despiadadas no agradaban a los egoístas ni a sus vacilantes, y sus adversarios, con Torre Tagle a la

963 *Cartas*: Vol. IV, pág. 93

964 *Cartas*: Vol. IV, págs. 75 y 123.

965 *Cartas*: Vol. IV, pág. 100.

966 O’Leary: *Memorias*, col. II, pág. 252. O’Leary: *Doc.* vol., XXI, págs. 446 y 528. Vol. XXII, pág. 171. F. Olivas Escudero: *Apuntes para la historia de Ayacucho*, pág. 156. Ayacucho, 1924.

967 *Cartas*: Vol. IV, págs. 110 y 113. O’Leary: *Doc.*, vol. XXI, págs. 446 y 528. Vol. XXII, pág. 171. F. Olivas Escudero: *Apuntes para la historia de Ayacucho*, pág. 156. Ayacucho, 1924.

cabeza, aprovecharon las crítica subsiguientes para desacreditarlo como a un nuevo Napoleón que quería anexionar el Perú a Colombia. Él les contestó: “Hubiese preferido no ir al Perú. Hasta hubiese preferido el fracaso al terrible título de dictador. Pero Colombia estaba implicada en vuestro destino, y no pude hacer otra cosa. En nombre de Colombia y en el nombre sagrado del Ejército de Liberación os prometo que mi autoridad no pasará del tiempo necesario para preparar la victoria.”⁹⁶⁸

¿Victoria? Parecía inasequible y remota. Para comprender la audacia de la proclama de Bolívar hay que comparar su posición con la de los españoles. El apenas controlaba una sola provincia; sus enemigos, el resto del país; contaban con unos doce mil hombres en las montañas y además la captura de Lima y El Callao les había abierto de nuevo la ruta del mar. Los españoles zarparon sin pérdida de tiempo, confiados en que por fin estaban cerca de su meta: la destrucción de Bolívar.⁹⁶⁹

A fines de 1823 terminó la corta época del liberalismo en España. La era revolucionaria había concluido ante las armas francesas del duque de Angulema, y Fernando, una vez más rey absoluto, intentó convertirse en monarca absoluto de sus colonias. Las autoridades españolas en el Perú se felicitaron entre sí por este cambio, pues ninguna ley constitucional pondría freno a sus ambiciones. También Bolívar estaba contento de que los españoles hubiesen arrojado la careta de democracia honesta que se habían puesto por tan poco tiempo. Sin embargo, la conquista del Perú estaba llena de dificultades. Necesitaba una base de operaciones, material y tiempo.

Primero, Bolívar organizó su cuerpo de oficiales. Sucre tomó el mando del ejército aliado, en tanto que Bolívar, como dictador, retuvo la dirección de la campaña. Se dieron instrucciones a los peruanos para que levantasen sus campamentos en el Norte, y los colombianos se desplazaron más cerca de las montañas: de este modo se impidió que los peruanos se precipitaran contra el enemigo y que los colombianos desertasen. La acción inmediata estaba fuera de duda, y aunque Sucre era partidario de la ofensiva, Bolívar lo convenció de que la defensa era la única solución posible. “Somos los albaceas de Sudamérica. Debemos conservar nuestras fuerzas. El secreto de esta guerra consiste en mantener el ejército. Por mi parte, la tierra, el ganado, los caballos, los labriegos e incluso el dinero pueden perderse, con tal que preservemos nuestra materia prima y la moral del ejército... Espero mucho del tiempo... Lo

968 *Proclamas*: págs. 288-289.

969 Consúltese la opinión del historiador Torrente, en Blanco: *Doc.*, volumen IX, pág. 212.

que nos importa después de todo es mantenernos intactos a toda costa. Entonces no finalizará el año sin que lleguemos a Potosí.”⁹⁷⁰

Trujillo, donde desde marzo Bolívar había instalado sus cuarteles, se había convertido en un arsenal. Las mujeres hacían uniformes; se pedían ponchos y frazadas a los nativos y se les daba al ejército.⁹⁷¹ Se recolectaba todo el metal disponible en la vecindad para confeccionar cantimploras para las tropas durante sus marchas. Se necesitaba hojalata para soldar las juntas de estos utensilios, tarea que por fin quedó cumplida por una combinación de suerte e ingenio. Bolívar se desgarró los pantalones al sentarse cierto día sobre un clavo de su silla y al examinar la causa del accidente descubrió que el clavo estaba hecho de hojalata. Desde ese momento no quedó intacto en Trujillo ningún artículo con clavos de hojalata.⁹⁷²

Otro asunto de gran importancia eran las herraduras de caballos y mulas. Estos animales pisan sobre la arena del desierto sin herraduras, pero el cruce de las sierras era otra cosa. Bolívar dio instrucciones exactas sobre cómo hacer más resistente los cascos de los caballos, cómo debían hacerse las herraduras, exactamente qué tipo de clavos había que usar, el forraje que había que obtener y otros detalles *ad infinitum*.

El elemento sorpresa de la siguiente campaña no habría de ser muy importante, pues cada bando conocía demasiado bien las posiciones del otro. En consecuencia el plan de Bolívar era demorar las cosas y someter a las tropas a un adiestramiento intenso que las preparase para la lucha de montaña. Cuando quiso efectuar un ataque por sorpresa, como en 1819, no tomó en cuenta si las tropas estaban adecuadamente vestidas, si los caballos podían caerse o si los hombres podrían sufrir por el cambio de clima. Sin embargo, ahora, frente a la posibilidad de una larga campaña, prestó escrupulosamente atención a todos los detalles. Además de su caballo, cada soldado de caballería estaba provisto de una mula para acarrear las armas y las municiones. Los abastecimientos de reserva estaban constituidos por diez mil cabezas de ganado vacuno, además del maíz y la avena como forraje para los caballos. Los soldados practicaron marchas de montaña como precaución ante la posibilidad de caídas por el mal de altura. Bolívar tenía refugios preparados con provisiones de comida y agua, donde las tropas pudiesen vivaquear.⁹⁷³

No podía inspeccionar por sí mismo la ejecución de todas las órdenes, pero tenía un excelente sustituto en Sucre, que podía equipararse a él

970 *Cartas*: Vol. IV, págs. 62-65, 92-94. *Bulnes*: Vol. II, págs. 201-207.

971 *Cartas*: Vol. IV, pág. 321. *Cortés Vargas*: Vol. II, pág. 55.

972 *Cartas*: Vol. IV, pág. 111. O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 256.

973 *Cartas*: Vol. IV, pág. 130. *Cortés Vargas*: Vol. II, pág. 143.

en todas las artes militares y lo sobrepasaba en método. Sucre no sólo adiestró a los soldados; cabalgó por las montañas para familiarizarse por los caminos, confeccionó mapas, organizó los vivaques; en una palabra, fue infatigable. Era para Bolívar lo que había sido Gneisenau para Blücher..., el cerebro bien ordenado al que no se le escapaba detalle.⁹⁷⁴ El nuevo ejército se componía de las reservas colombianas a las órdenes del joven coronel Córdoba, en tanto que la división peruana estaba bajo el mando del mariscal La Mar. El general argentino Necochea y el británico Miller habían salvado un regimiento de húsares de la catástrofe de Lima, y les fue confiada la caballería.⁹⁷⁵ Hacia abril el ejército contaba con casi diez mil hombres, que presentaban un espectáculo extraordinario. El general Miller dijo a un amigo: “Le aseguro que la infantería colombiana, así como la caballería, podrían desfilar por St. James Park y llamarían la atención.” Y otro observador extranjero dijo: “No sé de dónde sacó Bolívar tanto dinero, tantos caballos, mulas y todo lo demás necesario para equipar un gran ejército en este país empobrecido. El genio del gran Bolívar es verdaderamente prodigioso.”⁹⁷⁶

Señalemos ahora la fuerza de los españoles en el Perú. Su principal rubro del activo era la posesión de las tierras montañosas que comprendían el territorio de la actual Bolivia, llamado Alto Perú en la época colonial. El visitante que llega a estas extrañas tierras recibe una primera impresión de tremenda confusión. Las montañas, desgarradas por erupciones volcánicas, caen perpendicularmente al mar. Sus crestas, cubiertas de nieve, parecen inaccesibles. Pasos estrechos, de un ancho apenas suficiente para una sola mula, unen los solitarios valles. Aquí y allá surgen altiplanicies, pero no de tanta extensión como las de Quito y Bogotá. La población tiene en su casi totalidad sangre india pura.⁹⁷⁷ Todo recuerda la pasada gloria incaica, y a cada paso se encuentran grandes muestras de su arquitectura. Los indios se habían rendido a los españoles, como antes a los incas, con la misma despreocupación fatalista con que un día recibirían a los ejércitos de la independencia. Cambiaban de uniformes, pero ¿quién puede adivinar qué pasaba en los corazones de esta gente inerte y taciturna? Sabían que su destino era servir.

Los cuarteles del virrey La Serna estaban en Cuzco, anteriormente capital de los incas.⁹⁷⁸ Su ejército, que se componía de casi doce mil

974 O’Leary: *Doc.*, vol. I, pág. 154. O’Leary: *Doc.*, vols. XXI y XXII, *passim*.

975 Miller: *Memorias*, vol. II, págs. 90-97. Bulnes: Vol. II, págs. 226-228.

976 Bulnes: Vol. II, pág. 222.

977 Bulnes: Vol. II, pág. 193.

978 Bulnes: Vol. II, pág. 78-79.

hombres, estaba constituido por nativos, mejor dotados para la lucha en regiones que están a tres o cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Comandaba el ejército un cuerpo homogéneo de oficiales españoles, cuyos mejores cerebros eran los generales Canterac y Valdés. Las líneas españolas se extendían desde Cuzco al Sur y comprendían toda Bolivia; al Norte llegaban a los fértiles valles de Jauja. Aquí el ejército español, a las órdenes de Canterac, estaba preparado para atacar a los patriotas si éstos se hubiesen aventurado a emprender el ascenso.⁹⁷⁹ Desde Jauja, los españoles también pudieron presionar hacia la costa bajo el mando de La Serna. Afortunadamente, la orden no llegó y Bolívar se salvó. La rebelión en las filas de La Serna lo había demorado y la consiguiente pérdida de tiempo y de oportunidad fue irreparable.

Hemos visto cómo Bolívar tuvo que combatir la traición. Era entonces lógico que el ejército de los monárquicos sufriese inquietudes similares. En el Alto Perú, el general Pedro Antonio de Olañeta, con su ejército de cuatro mil hombres, se rebeló contra la autoridad del virrey. Olañeta había gobernado con gran independencia en el Alto Perú y parecía que su posición despertó en él el deseo de evadirse de la tutela del virrey. Desafió el poder de La Serna por razones personales, pero su coraje no fue tan lejos como para violar los trescientos años de gobierno de la Corona española. Olañeta originó un disturbio militar, llenó las posiciones gubernamentales con hombres que le eran adictos y asumió el pomposo título de gobernador de las provincias del Plata. El virrey tenía que meter en cintura al rebelde Olañeta, y era inminente un choque entre los dos ejércitos realistas. Olañeta no era un admirador de la libertad americana, sino, por el contrario, absolutista; sin embargo, inconscientemente, prestó un gran servicio a Bolívar. Su defección impidió la concentración de las fuerzas de combate españolas durante esos meses críticos en que Bolívar estuvo agobiado.⁹⁸⁰

Enterarse de la noticia de la insurrección de Olañeta fue para Bolívar como escuchar el son de las trompetas. “Los españoles también sufren ahora la influencia de la estrella maligna del Perú. Los Pizarro y los Almagro luchan entre sí. La Serna pelea con Pezuela. Riva Agüero pelea con el Congreso; Torre Tagle con Riva Agüero, y Torre Tagle con su madre patria. ahora Olañeta está luchando con La Serna y, en consecuencia, tenemos tiempo de llegar a la palestra armados de pies

979 Cortés Vargas: Vol. II, pág. 100.

980 *Cartas*: Vol. IV, pág. 125. Bulnes: Vol. II, pág. 191. García Gamba : *Memorias*, vol. II, *passim*.

a cabeza.⁹⁸¹ Naturalmente, Bolívar adaptó los hechos a sus propósitos. Escribió a Olañeta como si estuviese luchando por la buena causa y le ofreció su amistad. Olañeta le dio la seguridad de que sus sentimientos eran los mismos: unos sentimientos que no comprometían a ninguno. Sin embargo, las noticias de la insurrección de Olañeta dieron a Bolívar el coraje para ponerse en acción. “Puesto que me he enterado de la pelea entre La Serna y Olañeta, he decidido comenzar mi campaña contra Jauja en el mes de mayo.”⁹⁸²

Las grandes cordilleras de los Andes, espina dorsal de Sudamérica, se dividen en tres cadenas de montañas paralelas cuando entran en Perú: cordilleras del Este, Central y del Oeste. Se unen en un punto llamado Pasco. Se separan de nuevo y forman la altiplanicie de Jauja, que estaba en camino del avance de Bolívar, quien dio órdenes de iniciar la marcha el 15 de junio. “Estoy poseído por el demonio de la guerra y a punto de terminar esta lucha de un modo u otro... El genio de América y mi destino se me han subido a la cabeza.”

Iniciar la marcha significaba ascender. El ejército tenía que cruzar las cordilleras del Oeste, cuyos pasos se encuentran a cuatro y cinco mil metros de altura. Las dificultades de esa empresa eran tantas que oficiales británicos como Miller y O'Connor pensaban que ningún soldado europeo podría sobrevivir, pero se sabía que los indios se destacaban por su gran resistencia a los sufrimientos y por su fortaleza.⁹⁸³ Bolívar estaba indeciso entre llevar las tres divisiones de su ejército por caminos separados o conducirlos juntas a su destino. Ambos planes tenían desventajas. Por último, se decidió a que marcharan por rutas distintas. Aunque de ese modo no podrían ayudarse mutuamente en el camino, el peligro de que una gran parte del ejército pereciera en una batalla se reducía así al mínimo.

El general Miller nos ha legado una gráfica descripción de la obediencia de los soldados y de su sumisión durante la marcha. Muchas veces se escuchaban gritos que subían a las alturas desde las profundidades de un arroyo de montaña, preguntando si habían elegido el camino acertado. Las notas de trompeta de los soldados, el relincho de los caballos y el lamento de las mulas, los gritos de los hombres y las bestias que necesitaban descansar formaban un extraño y terrible concierto cuyos

981 *Cartas*: Vol. IV, pág. 148.

982 *Cartas*: Vol. IV, pág. 129. O'Leary: *Doc.*, vol. XXII, pág. 227.

983 Burdett O'Connor: *Memorias*, pág. 117. Miller: *Memorias*, vol. II, páginas 130-132.

ecos se prolongaban en la soledad de la cumbre y en la oscuridad de la noche.⁹⁸⁴ El mal de altura agravado por la radiación de los minerales, atacaba a batallones enteros. El ejército pudo haberse perdido, pero Sucre cuidó que las provisiones fuesen transportadas por hordas de indios infatigables acostumbrados a vagar por las montañas.

El 15 de julio las tres divisiones habían cruzado los Andes y penetrado en las sierras. La primera parte del plan se había cumplido. Sin mapas, en un país desconocido, Bolívar y sus compañeros habían alcanzado el éxito en la atrevida empresa de conducir el ejército a Pasco.

El 2 de agosto se pasó revista a seis mil colombianos y tres mil peruanos. Sucre lo consideraba el mejor ejército que hubiese luchado en América y Bolívar se enorgullecía de él. Era su obra: literalmente lo había creado de la nada, a pesar del antagonismo de los hombres, a pesar de las circunstancias adversas e incluso a pesar del consejo de sus amigos. Esta fue la alocución que dirigió a sus soldados: “Completaréis la mayor tarea que el cielo haya asignado a los hombres: la de salvar a todo un mundo de la esclavitud. Soldados, el enemigo que estáis por destruir se vanagloria de los triunfos de catorce años. Es digno de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil batallas. Soldados, Perú y América toda esperan la paz de vosotros..., la paz, hija de la victoria. Hasta una Europa liberal mira con agrado hacia vosotros, pues la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo.”⁹⁸⁵ Este es el discurso más impresionante de los que pronunció Bolívar. Cuán profundamente se había compenetrado su espíritu con los acontecimientos por venir, es algo que ahora saben los desdichados hijos del siglo XX, quienes han presenciado la autodestrucción de Europa y para los cuales la libertad de América es la esperanza del universo.

Entretanto, el campamento español había husmeado la marcha acelerada de Bolívar. Canterac emprendió una gira de reconocimiento para comprobar por sí mismo si era cierto que el Libertador había iniciado las operaciones. Bolívar avanzó sobre Jauja con la esperanza de atacar al enemigo por la retaguardia, los dos ejércitos se enfrentaron la tarde del 6 de agosto.⁹⁸⁶ El objetivo principal de Canterac era proteger Jauja, pues ésta era la base de sus operaciones. En consecuencia retrocedió

984 Miller. *Memorias*, vol. II, págs. 132-137. Véanse también H. Paulding en Blanco: *Doc.*, vol. IX, págs. 308 ss.

985 *Proclamas*: págs. 289-290.

986 García Gamba : *Memorias*, vol. II, pág. 256. Cortés Vargas: Vol. II, página 128. Paz Soldán: Vol. I, 2, pág. 253.

cuando divisó al ejército patriota, pero Bolívar tuvo miedo de perder esta oportunidad de confrontar fuerzas con el enemigo y se decidió a forzar la batalla. Cabalgó al frente de la caballería, que mandaba Necochea, y chocó con Canterac en la llanura de Junín a las cinco de la tarde.⁹⁸⁷

Quizá Bolívar se mostró poco prudente al precipitar esta batalla. Se dijo que quiso libertar al Perú el 7 de agosto, en conmemoración del glorioso día en que había dado la libertad a Colombia. Canterac vio que tenía ventaja y atacó el centro y el ala izquierda de Bolívar.⁹⁸⁸ Los colombianos esperaron tranquilamente, empuñando sus largas lanzas de acuerdo con las tácticas que los llaneros habían desarrollado en los llanos. Cuando se produjo, el choque fue terrible. Necochea resultó herido siete veces, capturado y puesto en libertad. No se disparó un solo tiro durante todo el encuentro. Se utilizaron únicamente los sables y las lanzas, y el aire se llenó de aceros al chocar. Casi todos los generales republicanos tomaron parte en el combate.

Al principio Canterac logró ventaja cierta; los patriotas se vieron precisados a retroceder y al hacerlo perdieron su formación. Por su parte, los españoles penetraron demasiado profundamente en las líneas republicanas, y cuando el regimiento de húsares peruanos tomó la ofensiva, el retroceso fue tan violento que la victoria española se tornó pronto en derrota. Canterac veía que sus once escuadrones comenzaban a huir sin que pudiese descubrir la razón.⁹⁸⁹ La lucha duró sólo hora y media. Las planicies quedaron cubiertas de muertos y heridos y los caballos sin jinete corrían alocadamente entre ellos. Los patriotas persiguieron a los españoles con sus largas lanzas y los empujaron hasta su punto de partida, donde buscaron refugio tras la infantería. Los realistas perdieron 400 hombres, y los republicanos 120.

La brillante escaramuza de Junín, como la llamó Bolívar tuvo repercusiones que superaron en mucho su importancia militar. La confianza en sí mismos se desplazó de las fuerzas realistas a las de Bolívar. El pánico se apoderó de los hombres de Canterac, que esa misma noche abandonaron las llanuras de Junín en loco desorden, allanando así el camino para el éxito final de las armas republicanas cuatro meses después. Bolívar describió la batalla de Junín del siguiente modo: “El

987 Bulnes: Vol. II, pág. 249. Véase el informe de la batalla de O. F. Braun, en *B. de H.* Bogotá, vol. XXVI, pág. 903. Miller: Vol. II, pág. 144.

988 O’Leary: *Memorias*, vol. II,

989 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 272. Lecuna: “La batalla de Junín”. *B. de H.* Caracas, vol. XIX, núm. 76, pág. 534.

genio de América nos guió y la suerte nos sonrió. No hace todavía un año desde que partí de Lima para tomar quince provincias que estaban en manos de los renegados y para liberar más de veinte en poder del opresor. He logrado todo esto sin tener que disparar un solo tiro.”⁹⁹⁰

En síntesis: se había apoderado de las fértiles altiplanicies de Jauja, cortando así la fuente de abastecimiento del ejército español del Norte. El y su ejército estaban firmemente atrincherados en las sierras, pero Junín no había sido una batalla decisiva porque el ejército enemigo no había sido destruido. Además, la huida de Canterac había sido tan precipitada que el Libertador tenía pocas perspectivas de hacerlo prisionero. Los españoles se retiraron al punto central de las líneas. Primero se detuvieron en Cuzco, donde se unieron a los soldados del virrey, y a continuación siguieron su marcha para reunir todas sus fuerzas con el fin de prepararse para la prueba decisiva.

Bolívar deseaba también engrosar su ejército. Nuevas divisiones habían llegado de Colombia, pero muchas otras estaban aún diseminadas a lo largo de las regiones conquistadas. Sucre, que era oficialmente el comandante en jefe del ejército, fue comisionado para llevar de nuevo a los cuarteles a los perdidos, desamparados y convalecientes. Cumplió la misión y lo hizo conscientemente, pero después sacó a relucir sus quejas. A pesar de sus grandes dotes era tan sensible como una mimosa. Se imaginó que Bolívar deseaba librarse de él, que la misión lo había puesto en ridículo a los ojos de sus colegas y rogó se le otorgase el retiro. La respuesta de Bolívar fue inmediata: “Contesto a su carta que me trajo Escalona con una frase de Rousseau... Esta es la única cosa sin talento que ha hecho en su vida. Creo que le falta por entero el juicio si piensa que deseaba insultarlo. Yo mismo quería llevar a cabo la misión que le encomendé, pero como pensé que usted, con su gran energía, podría cumplirla mejor, se la confié como prueba de mi estima, y no para humillarlo.... Esta sensibilidad, este escuchar los chismes de los hombres mezquinos, es indigno de usted. La gloria consiste en ser grande y útil.” Hizo que Sucre reconsiderase su renuncia, y éste la retiró.⁹⁹¹

Los meses de agosto y septiembre se pasaron en refrescar las tropas. Había comenzado la estación de lluvias, y en las sierras las precipitaciones pluviales caían con la fuerza de las tormentas tropicales. Las pequeñas corrientes de agua se convertían en cascadas que a su paso barrían los

990 *Cartas*: Vol. IV, pág. 195.

991 *Cartas*: Vol., IV, págs. 179-181.

troncos de los árboles y las rocas.⁹⁹² En tales condiciones la campaña pareció llevar a una paralización temporal, y Bolívar decidió que el mejor plan consistía en acampar a los soldados durante ese período. El, así como Sucre, sobrestimó los efectos de la batalla de Junín cuando supuso que el ejército español permanecería mucho tiempo bajo la nube de la derrota. Bolívar estaba plenamente convencido de que la batalla decisiva para el Perú sólo se libraría a comienzos del siguiente año.⁹⁹³ Sin embargo, el impulso de actuar se posesionó de él y buscó un nuevo campo de actividad.

Lima y El Callao habían estado en manos de los realistas desde febrero. Bolívar sabía que si lograba liberar la capital, la causa de la independencia recibiría un gran impulso.⁹⁹⁴ Designó nuevamente a Sucre comandante en jefe del ejército y le dio permiso para adoptar una posición ofensiva o defensiva según le pareciese conveniente. El 7 de octubre Bolívar partió hacia la costa. En su calidad de dictador, organizó el país mientras viajaba. Fueron designados gobernadores y jueces, se restableció la educación y se garantizó la propiedad privada.

El 24 de octubre, mientras cabalgaba por la provincia de Jauja, recibió una extraña carta del Gobierno colombiano. La posición constitucional de Bolívar no era usual, pues era al mismo tiempo Presidente de Colombia y dictador del Perú. En octubre de 1821 un acta habilitante le había concedido el mando de las fuerzas colombianas, y en virtud de su cargo de dictador del Perú estaba asimismo a la cabeza del ejército peruano. El Parlamento colombiano revocó entonces su decisión y rescindió las facultades de Bolívar en el momento en que más las necesitaba.⁹⁹⁵ Santander, vicepresidente y delegado de Bolívar, trató de darle la impresión de que el Congreso había tomado tan imprudente decisión por propia iniciativa, pero los indicios lo señalaban como al instigador. Santander y Bolívar habían disentido en varias ocasiones y parece probable que el vicepresidente se vengase ahora, enseñando al Libertador que las Leyes y la Constitución también podían ejercer un poder decisivo. Por supuesto, su actitud era ridícula. Enviar tropas a

992 Bulnes: Vol. II, págs. 250-261.

993 *Cartas*. Vol. IV, pág. 195. O'Leary: *Doc.*, vol. I, pág. 182. Bulnes: Vol. II, página 264.

994 Bulnes: Vol. II, pág. 265. La idea expresada por vez primera por Galindo, *op. cit.*, de que Bolívar fue a Lima para que la culpa de la derrota no cayese sobre él, es absurda. Esa actitud estaría en contradicción con todo el carácter de Bolívar.

995 Blanco: *Doc.*, vol. IX, págs. 410-411.

Bolívar para libertar el Perú y después recusar su derecho a comandarlas, implicaba una posición completamente insostenible.⁹⁹⁶

Bolívar quedó más desilusionado que indignado. “Felices aquellos que mueran antes de ver el fin de este drama sangriento. Por más triste que sea nuestra muerte, será más alegre que esta vida.” Escribió estas palabras bajo la primera impresión de su profundo desengaño. Sin embargo, su posición política era insostenible. La decisión del Congreso fue un golpe para su orgullo, aunque lo soportó, no sin amargura, pero sin prorrumpir en invectivas. Dio instrucciones a Sucre para que informase en seguida al ejército de las decisiones del Parlamento colombiano, pero le ordenó que se asegurase de que ello no alteraría la disciplina ni los buenos hábitos. Sucre asumió el mando, ya no como delegado de Bolívar, sino con plenos poderes para actuar.⁹⁹⁷

Era natural que el ejército protestase. Sucre envió al Libertador una petición firmada por todos los oficiales, en la que le suplicaban que reasumiese el mando.⁹⁹⁸ No accedió a este requerimiento; ni siquiera mandó la petición a Bogotá. Su reacción fue simplemente reducir su correspondencia con Santander, de lo que fueron responsables tanto él como Sucre. Aparte de esto, la actitud parlamentaria sólo produjo consecuencias insignificantes. Bolívar continuó siendo dictador del Perú.

A comienzos de diciembre, Lima estaba de nuevo en manos de Bolívar. restauró el Gobierno constitucional y designó ministros y jueces, pero su preocupación primordial fue la guerra. Deseaba organizar un ejército que igualase al de Sucre, pues esperaba que los españoles lo buscasen en la costa. En consecuencia, hizo saber a Sucre que por el momento no podía enviarle ayuda alguna. Pero estaba equivocado; los acontecimientos no ocurrieron como los había esperado.⁹⁹⁹

Bolívar había aconsejado circunspección a Sucre. Tenía que mantener unido el ejército y quedarse cerca del enemigo, cualquiera que fuese la dirección que éste tomase. Estaba preparado para una guerra de posiciones, pues nada hacía prever una ofensiva española. Transcurrió un mes en escaramuzas de avanzada. Pero el 1º de noviembre Sucre recibió repentinamente la noticia de que los españoles estaban en marcha con

996 O’Leary: *memorias*, vol. II, pág. 291. Lecuna: “El Ejército Libertador y la Ley del 28 de julio”. *B. de H.* Caracas, vol. XXVIII. Num. 109, Págs. 3 ss.

997 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 292.

998 O’Leary: *Doc.*, vol. XXII, págs. 541-542.

999 *Cartas*: Vol. IV, pág. 215.

todas sus fuerzas.¹⁰⁰⁰ La Serna había unido las tropas españolas y tres divisiones de infantería, caballería y artillería, que constaban de unos nueve mil trescientos hombres, avanzaron sobre Sucre. La Serna tenía el plan de cercar al general colombiano y empujarlo hacia el Norte, pues esperaba que Sucre quedase muy contrariado al encontrar bloqueado el camino a Jauja y cortado el contacto con Bolívar. En realidad, hubo algunos días de ansiedad en el campamento patriota, pero si La Serna pensó que esta maniobra descorazonaría a Sucre, estaba condenado al desengaño. Sucre dijo: “Doquiera se encuentre el enemigo lo destruiremos. Tengo confianza ilimitada en este ejército.” Bolívar fue aún más lejos. Escribió a Sucre que el desplazamiento español parecía excelente porque obligaba a sus hombres a luchar con valor desesperado para escapar de la trampa.

Es punto menos que imposible describir los movimientos de los dos ejércitos. Cualquier relato detallado de sus marchas y contramarchas resquebrajaría el armazón de la biografía de Bolívar. Para salirse del cerco de La Serna, Sucre inició una retirada de treinta días a través de un territorio de cien millas. El virrey apresuró su avance en un esfuerzo por alcanzar a Sucre. Fue como un juego de escondite, pero La Serna era demasiado impaciente. Agotó sus soldados con marchas sin fin sobre un terreno de montañas y ríos. Bolívar, que observaba la campaña a distancia, escribió a Sucre: “Se está cumpliendo el axioma del mariscal de Sajonia. La infantería perdonó al Perú; la infantería salvó al Perú y la infantería causará nuevamente la pérdida de la causa del Perú. Las ideas fijas siempre se vengan de sí mismas. Como no podemos correr como nuestros enemigos, reservamos nuestras energías. Antes o después se detendrán y los derrotaremos.”¹⁰⁰¹ El mes de noviembre pasó en marchas. Desde el primero de diciembre en adelante, los ejércitos estuvieron casi paralelos uno con el otro. Sucre estaba ansioso por forzar una decisión, pero creyó que las instrucciones de Bolívar no le permitían presentar batalla. Después recibió una carta del Libertador en que éste le decía que tomase la ofensiva cuando el momento le pareciese propicio. Desde ese momento en adelante fue simplemente cuestión de elegir el tiempo y el lugar.¹⁰⁰²

Por su parte, el virrey creía que Sucre estaba en una trampa. Ordenó a los nativos de las aldeas circunvecinas que se armasen para que

1000 Cortés Vargas: Vol. II, págs. 172-173; vol. III, pág. 83.

1001 Bulnes: Vol. II, pág. 304. O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 305 ss. Villanueva: *Sucre*, pág. 351.

1002 Paz Soldan: Vol. I, 2, págs. 271-272. Cortés Vargas: Vol. II, págs. 192-193. Bulnes: Vol. II, pág. 296.

podiesen matar a los republicanos derrotados mientras huían. Esta era precisamente la situación que había deseado Bolívar. sus hombres tenían que conquistar la victoria en el campo de batalla si no querían caer en manos de los indios que, como buitres, estaban al acecho de su presa.

El 8 de diciembre se enfrentaron los dos ejércitos. El campo en el que habría de decidirse la libertad del Perú se llama Ayacucho, que se dice significa Rincón de los Muertos. Es una pequeña planicie situada a trescientos cuarenta metros de altura. Las fuerzas realistas estaban separadas de las republicanas por zanjas profundas y peligrosas. La Serna estaba oculto en una colina, a la distancia de un disparo de cañón. Por la mañana del 9 de diciembre reunió a sus generales y su decisión fue arriesgarse a dar batalla. A las diez, ambos ejércitos estaban listos. Sucre dirigió a sus hombres unas pocas palabras: “De vuestros esfuerzos depende el destino de Sudamérica.” Los soldados replicaron con vivas al Libertador y a la República. Sucre se sentía seguro de la victoria, aunque su ejército era inferior al de La Serna. Tenía sólo 5.780 hombres.¹⁰⁰³ Antes del comienzo de la batalla, se sucedieron escenas que traían el recuerdo de los conflictos de la Edad Media. En ambos ejércitos había amigos y parientes cuyas conveniencias o convicciones los habían colocado en bandos opuestos. Se salieron de sus respectivas filas y se despidieron.¹⁰⁰⁴

Las líneas de los patriotas estaban en ángulo. La división colombiana, a las órdenes de Córdoba, ocupó el ala derecha; a la izquierda se colocaron los peruanos bajo el mando de La Mar, y Sucre había trasladado su caballería al centro. Los españoles ocupaban las colinas y estaban apoyados por la artillería. Ambos hechos les eran favorables. El virrey deseaba atacar el ala izquierda de Sucre y obligarla a retroceder, para después de embestir al centro del enemigo y empujarlo hasta la retaguardia, con lo que obtendría la victoria. El ala derecha española comenzó el ataque, obligando a retroceder a los peruanos a las órdenes de La Mar. Si Sucre hubiese esperado que el enemigo numéricamente superior hubiese llevado su violento ataque hasta las planicies, habría quedado perdido. Pero había planeado por adelantado cómo impedir esa contingencia. La división de La Mar fue reforzada y Sucre envió su ala derecha y la caballería para hacer frente al ataque. El heroísmo del joven

1003 Lecuna: “Batalla de Ayacucho”. *B. de H.* Caracas, vol. XIII, núm. 50, pág. 207. Miller: *Memorias*, pág. 173. López: *Recuerdos*, pág. 140. García Gamba : *Memorias*, vol. II, págs. 298 ss.

1004 Larrazábal: Vol. II, págs. 267-268. Cortés Vargas: Vol. II, pág. 245.

Córdoba ganó la batalla. Desmontado, arengó a sus hombres con calmosa voz: “¡Soldados, adelante a paso de vencedores!”¹⁰⁰⁵ Vitoreando a Bolívar y sin disparar un solo tiro, los colombianos avanzaron, acompañados por dos regimientos de caballería. Los españoles trataron en vano de detener la corriente. Córdoba siguió inexorablemente hasta ponerse a tiro y después dio la orden de disparar y atacar con las bayonetas. Obligado a retroceder y rebasadas sus líneas, el virrey lanzó a la refriega sus tropas del centro, pero sin resultado. Los colombianos atacaron hasta que el enemigo se vio precisado a retroceder hasta más allá de sus propias trincheras. Entonces Córdoba casi no encontró resistencia. Capturó la artillería realista, arrojó delante de él a los aterrorizados regimientos de las reservas españolas y condujo sus tropas en triunfo hasta la colina que defendía las posiciones españolas. El virrey La Serna fue hecho prisionero.

Entonces apareció el general Canterac y ofreció a Sucre su rendición. “Aunque la posición del enemigo fue tal que tuvo que acceder a capitular incondicionalmente, creo que es digno de la generosidad americana rendir algunos honores al enemigo que había sobrevivido en Perú durante catorce años. En consecuencia, la capitulación tuvo lugar en el campo de batalla... Incluía la rendición del ejército español más la entrega de todo el territorio del Perú que había ocupado, y el abandono de todas las guarniciones, todos los pertrechos militares y la fortaleza de El Callao, además de su equipo.”¹⁰⁰⁶

El hombre que había puesto la bandera de Castilla a los pies de América apenas tenía treinta años. El éxito no se le subió a la cabeza a Sucre. No puede encontrarse una palabra de jactancia en su carta a Bolívar anunciándole los resultados de Ayacucho. El mismo día había nombrado general de división al coronel Córdoba, de quien dijo que había ganado la batalla. “Si he hecho mal, por favor, perdóneme. Me sentí justificado por su amistad, por la justicia y por la victoria para hacerlo. Como recompensa, le ruego que preserve su amistad hacia mí.”¹⁰⁰⁷

Se dice que Bolívar, al recibir las noticias de Ayacucho, bailó por la habitación pletórico de alegría y gritó: “¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!” Esta vez no experimentó ningún sentimiento de rivalidad hacia su pupilo y compañero de armas y nombró a Sucre mariscal de Ayacucho. Bolívar había alcanzado su meta: Perú quedaba libertado, y con Perú, toda Sudamérica.

1005 Bulnes: Vol. II, pág. 323. Cortés Vargas: Vol. II, pág. 293.

1006 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 312. Cortés Vargas: Vol. III, págs. 119-121.

1007 Véase carta de Sucre a Bolívar. O’Leary: *Doc.* vol. I. pág. 198.

XXVIII

BOLIVIA

La batalla de Ayacucho hizo ingresar a Bolívar en el singular gremio de los soñadores cuyos sueños se veían realizados. Hasta los que habían sufrido la derrota estaban impresionados. El general Canterac escribió a Bolívar: “Contándome entre aquellos que hacen honor a las hazañas gloriosas aun cuando hayan sido derrotados personalmente en ellas, considero que debo felicitar a vucencia por haber puesto fin a su misión en Perú con la batalla de Ayacucho.”¹⁰⁰⁸

Pero, ¿había terminado realmente la misión de Bolívar? le faltaba liquidar todavía los restos del régimen español en Perú. La capitulación del 9 de diciembre fue rechazada por el comandante de El Callao, y Bolívar se vio obligado a sitiar durante más de un año esa tenaz guarnición.¹⁰⁰⁹ Como contrapeso pudo usar el pequeño ejército de Lima, pero era indispensable restablecer un estado de paz en todo el Perú.

Un interrogante pesaba aún sobre el futuro político de la nación. Bolívar era un dictador supremo, y anunció la celebración de una Asamblea Nacional que había de reunirse en Lima el 10 de febrero: “Hora es ya de que cumpla la promesa que os hice de abolir la dictadura el mismo día que la victoria decidiera vuestro destino.”¹⁰¹⁰ “El día en que se reúna vuestro Parlamento, será el día de mi gloria, el día en que se habrán realizado mis más ardientes deseos, el día en que, de una vez para siempre, renuncie al gobierno.”¹⁰¹¹

¿Era sincero Bolívar cuando escribía esas palabras o empleaba de nuevo una fórmula solemne detrás de la cual se escondían sus aspiraciones a un poder supremo? Es probable que ambas posibilidades sean verdaderas. En realidad, Bolívar renunció a un poder dictatorial que de hecho consideraba su deber.

La Asamblea Nacional se reunió el 10 de febrero, un año después del nombramiento de Bolívar como dictador. Compareció ante el Parlamento para hacer un breve relato de sus hazañas. “Mi administración —dijo— ha sido una sola campaña... El cúmulo de desventuras no nos dio otra

1008 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 323. Véase la respuesta de Bolívar a Canterac. *Cartas*: Vol. IV, pág. 230.

1009 *Cartas*: Vol. IV, pág. 235. Larrazábal: Vol. II, pág. 275. Blanco: *Doc.*, volumen IX, pág. 513

1010 *Proclamas*: Págs. 297-298. Larrazábal: Vol. II, pág. 284.

1011 *Proclamas*: pág. 299, *Cartas*: Vol. IV, pág. 237.

alternativa que defendernos.” Había hecho cuanto había podido, siguió diciendo Bolívar, pero no le había sido posible terminar sus planes de reforma política. El Congreso Nacional se vería obligado a concluir esta parte de su programa. La obtención de la victoria reclamaba un gobierno por ley, no por dictadura.

Los diputados no aceptaron la renuncia de Bolívar. es muy probable que jamás la considerasen sino como gesto. Su alocución fue seguida por un concierto de apasionados discursos a la manera de los parlamentos latinoamericanos. Contestando a sus alegatos, Bolívar declaró: “Hoy es el día del Perú, porque hoy ya no tiene dictador.” Manifestó que no podía aceptar un cargo que estaba en conflicto con su conciencia, pero que estaba dispuesto a seguir sirviendo al Perú con su espada y con su corazón. Su aspiración, añadió, era la creación de una gran Confederación en que unieran sus fuerzas Colombia y Perú.¹⁰¹² Sin la menor duda, nadie se sorprenderá al saber que Bolívar recibió de nuevo el Poder ejecutivo supremo y siguió siendo dictador del Perú durante otro año. El Parlamento no había de reunirse de nuevo hasta 1826.

Varias pruebas de confianza y gratitud siguieron después del nuevo nombramiento de Bolívar. se acuñaron medallas, se proyectaron monumentos, se propusieron inscripciones. El Congreso le ofreció un millón de pesos, pero Bolívar se negó a aceptarlos. A pesar de que vivía en Lima con un rumbo mucho mayor que en ninguna otra ocasión anterior, todavía no consideraba útiles esos donativos. Su gloria no podía medirse en moneda del reino. El Congreso insistió en su oferta y, por último, Bolívar pidió que se diera el dinero a Caracas como ayuda a su reconstrucción.¹⁰¹³

De esta suerte, Bolívar siguió siendo presidente de Colombia y dictador del Perú. “Aquí me comparan al caduceo de Mercurio, que tiene la virtud de unir en amistad a todas las serpientes que podían haberse devorado entre sí. Nadie se entiende con nadie, pero todos se entienden conmigo.”¹⁰¹⁴ Su

1012 *Proclamas*: Pág. 299. *Cartas*: Vol. IV, pág. 237.

1013 Blanco: *Doc.*, vol. IX, pág. 579, 581. Larrazábal: vol. II, pág. 292 ss. *Cartas*: Vol. IV, pág. 273. Bolívar consideraba que ese dinero tenía que emplearse para la reconstrucción moral de Caracas, y llamó al educador inglés Lancaster, a quien había conocido en Londres en 1810, para que organizara la educación en Venezuela. Lancaster llegó a Caracas, pero los millones peruanos no fueron entregados en realidad nunca, y Bolívar pagó de su propio peculio los gastos del contrato con Lancaster. Véase también *Cartas*: Vol. VII, pág. 44. Véase además “El millón de pesos del Perú”. *B. de H.* Caracas, vol. VIII, núm. 31, pág. 19.

1014 *Cartas*: Vol. IV, pág. 258.

extraordinaria posición de dictador era necesaria para que Bolívar pudiera alcanzar la meta que se había fijado. “Cada día me convengo más de que es necesario dar a nuestra vida un fundamento de seguridad.”¹⁰¹⁵ ¿Dónde encontraba Bolívar esa base de seguridad? La contestación da la clave de todo lo que proyectó durante los dieciocho meses subsiguientes. En primer lugar, seguridad significaba la expulsión total de los españoles de América del Sur; en segundo lugar la adopción de un designio final para el mapa político de su continente, que comprendiera no sólo el trazado definitivo de las fronteras, sino el nacimiento político de aquel enorme país de mesetas montañosas, el Alto Perú, en cuyo futuro había cifrado Bolívar las más elevadas esperanzas; en último lugar, pero no menos importante, seguridad significaba que había que proceder ahora a elegir definitivamente entre el establecimiento de un régimen monárquico o uno republicano en América del Sur, cuestión discutida en Guayaquil y que seguía ocupando un lugar importante en los debates del momento. Y, en definitiva, la seguridad de América del Sur reclamaba su incorporación al sistema de relaciones internacionales, su reconocimiento por las naciones del mundo y su respeto tanto por amigos como por enemigos. De ahí que el último eslabón en esa cadena de seguridad de Bolívar consistiera en formar un vínculo de unión entre los países libertados. Consideraba que la solución de este problema podía encontrarse en una federación de los Estados de América del Sur. Unidos, adquirirían la fuerza de que, separados, carecían. “Preveo la guerra civil y el desorden extendiéndose de una parte a otra, de un país a otro, y mis dioses lares destruidos por fuegos intestinos... Esta idea ocupa mis pensamientos día y noche... Como única solución, vuelvo a mi proyecto de federación.”¹⁰¹⁶ Cual temas de una sonata, esos motivos se combinaban en los planes de Bolívar para la seguridad de su continente. Durante 1825-26, Bolívar estuvo pensando en ellos, que unas veces se combinaban, otras se entorpecían, pero siempre se robustecían y enriquecían entre sí.

Al llegar a este punto, el biógrafo de Bolívar tiene que elegir entre seguir su narración por orden cronológico en que se presentan a la vez todos los problemas del Libertador, puesto que Bolívar trataba de resolverlos simultáneamente, o considerar la posibilidad de atenerse a un orden más unificado y fundamentalmente más lógico. El autor cree que el primer criterio sólo ocasionaría confusión. La historia es algo más que la mera acumulación de hechos. Comprende entendimiento e interpretación,

1015 *Cartas*: Vol. IV, pág. 240.

1016 *Cartas*: Vol. IV, pág. 240.

y sólo con ellos es posible hacer despertar el material de las fuentes de su profundo sueño en libros y archivos. Por esta razón, los complicados motivos de la actuación de Bolívar durante esos años se han puesto por separado según su interpretación y significación. De esta suerte, las ideas en que se inspiraban sus hazañas y que hicieron grande y memorable su vida adquieren mayor claridad y adoptan un carácter más distintivo.

Después de la batalla de Ayacucho quedaban dos restos del régimen español en el suelo peruano: el puerto de El Callao y el ejército de Olañeta en el Alto Perú. Apoderarse de El Callao era una empresa meramente militar, pero para dominar las fuerzas de Olañeta había que atender a diversas consideraciones políticas de gran importancia. La solución de estos problemas estaba en manos de Sucre. La conquista del territorio peruano de las sierras y del territorio costero era cuestión relativamente sencilla después de Ayacucho. Las pocas tropas peruanas que se habían escapado de la rendición general siguieron el ejemplo del virrey y se entregaron.¹⁰¹⁷ Sucre entró en Cuzco, la antigua capital de los Incas, el 24 de diciembre, allí recibió el estandarte de Pizarro y el manto real que en tiempos antiguos llevaban los fundadores de la dinastía de los Incas. Conjuntamente, simbolizaban el renacimiento experimentado por América del Sur en su movimiento a favor de la independencia.

Sucre se encontraba entonces en la misma región fronteriza de la meseta montañosa del Alto Perú donde seguía manteniéndose el general Olañeta, y, a falta de instrucciones de Bolívar, que había pedido con urgencia, se vio obligado a asumir toda la responsabilidad de su actuación futura. Como habría hecho todo oficial capaz, decidió continuar la guerra hasta el final. Mantener sus fuerzas en la frontera del Alto Perú, donde se le enfrentaba un ejército de la Corona, habría sido sencillamente una locura. Además, su avance no era peligroso, pues para tomar posesión de toda la región montañosa se requería poco más que una simple operación limpia. Sin embargo, Sucre prefería en lo posible, llegar a un acuerdo con Olañeta.¹⁰¹⁸ Bolívar era de la misma opinión, y escribió a Olañeta desde Lima: “La victoria de Ayacucho no nos hará olvidar lo que debemos a usted.”¹⁰¹⁹

Pese a ello, Sucre era cauteloso y se negó a poner en riesgo la conquista de toda una región a base de jugar solamente la carta diplomática. Mientras estaba en camino la carta a Olañeta, comenzó a ocupar el Alto Perú como

1017 Lecuna: *Documentos referentes a la creación de Bolivia*, 2 vols. Vol. I, páginas 11, 26. Caracas, 1924.

1018 Lecuna: *Documentos*, vol. I, pág. 39

1019 *Cartas*: Vol. IV, págs. 222-223.

preparativo para la inevitable rendición de Olañeta, fuera ésta por la fuerza de las armas o por el poder de la persuasión. Bolívar aprobó el plan de acción de Sucre y desde Lima le escribió aconsejándole que siguiera negociando con el enemigo, pero que al mismo tiempo avanzara hacia su territorio. Su opinión era que Olañeta no se prestaría a un acuerdo rápido, y, entretanto, se proponía llegar en persona para concertar los arreglos finales en Alto Perú.¹⁰²⁰ Pero Bolívar se atrasó y los acontecimientos llegaron a su punto culminante en las montañas. El carácter empecinado de Olañeta lo indujo a intentar una resistencia suicida.¹⁰²¹ Sucre, por su parte, lanzó una proclama a las provincias del Alto Perú invitándolas a acudir en auxilio del ejército revolucionario. En enero de 1825, cuando Sucre había iniciado apenas su marcha, grandes secciones de la división de Olañeta abandonaron a éste, y la guarnición de Cochabamba se unió entonces a la causa de los patriotas y abrió a Sucre las puertas de la ciudad. Entró en La Paz el 20 de febrero; el 9 de marzo habían caído prisioneros todos los generales españoles menos Olañeta, quien, aunque no tenía perspectiva alguna de escapar, prefirió, al verdadero estilo ibérico, considerar el quinto acto de su vida como una corrida de toros y seguir la lucha hasta el final. Por último, el esperado encuentro se produjo el 13 de abril. Los restos de su división se dispersaron y él mismo quedó mortalmente herido. Sucre ocupó Potosí.¹⁰²²

La batalla en que Olañeta perdió la vida fue la última que en el continente americano se dio contra las tropas españolas. En un lapso de doce meses se había destruido un ejército de dieciocho mil hombres; se había derrumbado el último apoyo a que el régimen español se había asido desesperadamente, y el antiguo régimen había sucumbido sin gloria. Sucre, de treinta años de edad, que había logrado todo eso, parecía un gigante a sus contemporáneos. Bolívar lo presentó en términos brillantes: “Con un pie apoyándose en Pichincha y otro en Potosí, mira con altivez las cadenas que quebró su espada.”¹⁰²³ Pero Sucre no era un titán, sino un ser humano sensible y a menudo irritable, un hombre que frecuentemente lo asustaba su propio coraje. Había libertado el Alto Perú —así como se habían libertado Ecuador y Perú— siguiendo las instrucciones de Bolívar.

En esa coyuntura de los asuntos del Alto Perú, Sucre no estaba seguro de cómo tenía que proceder. La historia del país era gloriosa, era una

1020 *Cartas*: Vol. IV, pág. 249, 250. *Cartas*: Santander: Vol. II, págs. 22-23.

1021 Lecuna: *Documentos*: vol. I, pág. 59.

1022 Lecuna: *Documentos*, vol. I, pág. 143. Blanco: *Doc.*, vol. IX, pág. 721.

1023 Larrazábal: Vol. II, pág. 273.

historia que se enlazaba con las revoluciones de Caracas, Bogotá, Quito y Buenos Aires. Los primeros mártires de la libertad de América del Sur habían recibido muerte en La Paz, y Sucre denominó a esa ciudad cuna de la independencia americana.¹⁰²⁴ Le parecía que debía desecharse la idea de ocupar ese territorio con fuerzas armadas. Creía que debía organizarse como una nación libre. Durante la larga campaña de 1824, Bolívar había estudiado frecuentemente sus planes de independencia nacional del Alto Perú, y Sucre consideró que tenía derecho a poner en práctica las ideas del Libertador.¹⁰²⁵ Por consiguiente, el 9 de febrero de 1825 emitió su famoso decreto proclamando nación independiente el Alto Perú. Se convocó a una Asamblea nacional para determinar el destino de las provincias y decidir sobre su forma de gobierno.¹⁰²⁶

Pero Bolívar no estaba dispuesto a apoyar esa actuación de Sucre. Consideraba que el joven general había excedido su mandato de jefe del ejército, puesto que no se le habían dado atribuciones políticas; además, creía que la proclamación de independencia se había lanzado sin tener en cuenta ciertos hechos esenciales. Al declarar Estado independiente al Alto Perú, Sucre había violado uno de los principios fundamentales de la revolución americana: el principio del *uti possidetis*, en virtud del cual toda nación tenía que conservar el *statu quo* territorial de 1810, año en que se inició el movimiento a favor de la independencia. El Alto Perú había sido una provincia del Perú hasta 1768, y desde ese año pasó a formar parte del Virreinato de La Plata. Por consiguiente, el futuro de esas regiones tenía que ser decidida conjuntamente por Perú y Argentina. Sólo con el consentimiento de esos dos vecinos podía erigirse en un nuevo Estado en el Alto Perú. En consecuencia, Bolívar dirigió a Sucre una vehemente advertencia: “Usted y el ejército a su mando me están subordinados. Su provincia sólo debe ejecutar lo que yo ordene. Ni usted ni yo, ni los Parlamentos peruano o colombiano pueden infringir ni violar los principios del Derecho público que hemos reconocido en América.”¹⁰²⁷

Sucre invocó en favor de su actuación argumentos enteramente válidos. Afirmó que se había limitado a hacer lo que el propio Bolívar había

1024 Lecuna: *Documentos*, vol. I, pág. 121.

1025 Véase la carta de Sucre a Santander, del 23 de abril de 1825. Lecuna: *Documentos*, vol. I, pág. 183.

1026 Lecuna: *Documentos*, vol. I, págs. 94-95. O’Leary: *Memoria*, vol. II, páginas 381 ss.

1027 Lecuna: *Documentos*, vol. I, págs. 94-95. O’Leary: *Memoria*, vol. II, páginas 391 ss.

proyectado. Además, el Libertador había omitido darle instrucciones concretas. Sea como fuere, añadió, cabía aplazar la reunión de la Asamblea Nacional si Bolívar desaprobaba las medidas que había adoptado. Huelga decir que terminaba su defensa ofreciendo su renuncia.¹⁰²⁸ La respuesta de Bolívar estaba concebida con todo el afecto de un hermano mayor: “Un alto destino le está reservado. Preveo que la gloria de usted rivalizará con la mía. Usted ya ha ganado dos campañas, y me aventaja a mí en amabilidad, energía y celo por la causa común.” No obstante, añadió, por esas mismas razones, Sucre tenía que reconocer sus defectos y resistirse a las obcecaciones del halago.¹⁰²⁹

Sin embargo, la verdadera base de la argumentación versaba sobre el “cómo”, no sobre el “qué”; sobre el medio de lograr un resultado, no sobre el resultado mismo. Hacía algún tiempo que Bolívar había proyectado también la creación de un Estado libre en la región montañosa del Lago Titicaca, pero no tenía la intención de permitir que Sucre llevara a cabo esa idea. Se resistía a que la reputación militar de Sucre se realzara con la gloria de libertar a toda una nación. De ahí que el propio Bolívar, al cabo de tres meses, emitiera la orden confirmando el decreto de Sucre en todos los puntos esenciales.¹⁰³⁰

En esta época, la situación en Lima se había estabilizado hasta el punto de que las facultades de Bolívar podían delegarse, sin peligro, en sus colaboradores. Nombró un gabinete cuyas figuras más destacadas eran los ministros La Mar, Sánchez Carrión y el coronel Heres. Bolívar les dejó un programa que era un modelo de sagacidad y tacto político.¹⁰³¹ El 10 de abril salió de Lima para dirigirse a las regiones peruanas a las que no había llegado durante la campaña. Su viaje lo llevó por la zona costera y llegó a ser algo parecido a una marcha triunfal. Los moradores, con sus ponchos de brillantes colores, se lanzaban a las calles, lo saludaban como su salvador y le besaban las manos. Bolívar contempló los magníficos monumentos del periodo incaico, pero al mismo tiempo reparó en las miserables condiciones en que vivían los indios. Prometió solemnemente que aliviaría su desdichada suerte por todos los medios a su alcance. A veces, las distancias entre las ciudades eran demasiado grandes para una

1028 Lecuna: *Documentos*, vol. I. págs. 147, 151, 172.

1029 *Cartas*: Vol. IV, págs. 316-319. J. M. Rey de Castro: *Recuerdos de un tiempo heroico*. Guayaquil, 1883.

1030 Lecuna: *Documentos*, vol. I, págs. 91, 94, 180-181. Villanueva: *Sucre*, página 436.

1031 Véase el texto de las instrucciones en O’Leary: *Memorias*, vol. II. página 352. O’Leary: *Doc.* vol. XXIII, págs. 159, 200, 227, 228.

jornada de viaje, y en esos caso Bolívar se alojaba en chozas de madera y cañas rápidamente improvisadas. Los indios de las aldeas esperaban con gran ansiedad su llegada, iluminando sus cabañas con velas y antorchas. Bolívar aceptaba con gratitud su devoción. Escuchaba sus quejas e inmediatamente enviaba instrucciones a Lima con información e ideas para fomentar el comercio, la agricultura y la minería. En esas zonas, la educación había sido descuidada lamentablemente y la higiene era desconocida. Bolívar trataba de remediar la situación con órdenes concisas y concretas. Viajando por las sierras observó que los indios cazaban manadas de llamas que eran indispensables para su primitiva existencia; dio ordenes prohibiendo el exterminio de esos animales y esbozó un proyecto para su domesticación y cría.¹⁰³²

Al llegar a Arequipa a mediados de mayo procedió exactamente como Sucre había pronosticado; convocó a los diputados del Alto Perú para que se reunieran en asamblea legislativa. Sin embargo, dispuso que las deliberaciones de ese organismo fueran provisionales, a reserva de acuerdo con Perú y Argentina.¹⁰³³ El decreto de Bolívar era repetición de la misma proclama que él había criticado tan severamente a Sucre. Con todo, ese incidente no provocó animadversiones entre ambos, probablemente porque Sucre, que ahora quedaba plenamente vindicado, prefirió olvidarlo.

Desde Arequipa, Bolívar siguió hacia Cuzco. El viaje era difícil y el Libertador padeció el mal de altura, pero una y más veces se sentía gozoso y alentado al ver que las humildes gentes del país lo saludaban con entusiasmo. Su imaginación se desbordaba en presencia de la vasta y formidable belleza natural del país, y sus pensamientos se inflamaban al considerar la grandeza de una historia que parecía hablarle directamente.¹⁰³⁴ En Cuzco se dirigió a la catedral montado en un caballo con silla dorada que los moradores de la ciudad le ofrecieron, y allí fue saludado como padre de los indios, quienes, aunque dominados aun por los primitivos instintos de la edad de piedra, miraban a sus gobernantes como dioses y protectores. Las damas de la ciudad lo coronaron con una corona adornada con perlas y diamantes.¹⁰³⁵

Bolívar se encaminó luego al Alto Perú. En uno de los pueblos por donde pasó, se dice que el alcalde, José Domingo Choquehuanca, le

1032 O'Leary *Memorias*, vol. II, págs. 360-363. Lecuna: *Documentos*, vol. I, pág. 263.

1033 Lecuna: *Documentos*, vol. I, págs. 220-221.

1034 *Cartas*: Vol. V, pág. 8. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 471.

1035 Larrazábal: Vol. II, pág. 308.

dirigió estas palabras: “Sois el hombre del destino. Nada sucedió en el pasado que tenga algún parecido con vuestras proezas. Para imitaros sería preciso libertar otra vez un mundo. Habéis fundado cinco repúblicas, proeza que, con su exigencia sin precedentes para su desarrollo, elevará vuestra imagen a una altura jamás alcanzada por otro ser humano. Vuestra gloria crecerá con los siglos cual crece la sombra al ponerse el sol.”¹⁰³⁶ Este discurso, que figura en casi todas las biografías de Simón Bolívar, pertenece más bien a la leyenda que a la historia, pero lo señalamos como parte del mito bolivariano, que ha ido adquiriendo proporciones enormes con el paso de los años.

Mientras Bolívar se encaminaba hacia el Alto Perú, grandes acontecimientos habían sucedido en esa región. La Asamblea Nacional se había reunido en Chuquisaca el 10 de julio. Los diputados, invocando a Bolívar como primogénito del Nuevo Mundo imploraron su protección.¹⁰³⁷ El 6 de agosto, en solemne asamblea, declararon su independencia. Estaban determinados a formar una nación libre y soberana, capaz de administrar sus propios asuntos.

Esta joven nación adoptó el nombre de Bolívar, que más tarde se transformó en Bolivia. Como sucedió con el nombre de Alejandro, el del Libertador se dio a innumerables ciudades. Pero en el caso de Bolívar se le concedió otra gloria: la de que su nombre fuera conmemorado en una nación entera. A veces, Bolívar hizo notar que el nombre de Bolivia era más eufónico que el de Colombia.¹⁰³⁸ Medio en broma y medio en serio, escribió: “Pronto moriré, pero la República de Bolivia durará hasta el fin de los tiempos. Rómulo fundó una ciudad que dio su nombre a un imperio. Yo no fundé una ciudad, pero sí un Estado que lleva mi nombre, un Estado integrado por personas que aman la libertad.”¹⁰³⁹ Le encantó

1036 Lecuna: *Documentos*, vol. I, pág. 276. Sobre la personalidad de Choquehuanca, véase E. Posada: “El Discurso de Choquehuanca”. *Rev. Bol.*, abril de 1935, pág. 460. El discurso fue publicado por vez primera por F. García Calderón en 1879. Abrigo serias dudas acerca de su autenticidad. La aserción “habéis fundado cinco repúblicas” era inconcebible en 1825, puesto que Venezuela, Nueva Granada y Ecuador formaban un solo Estado: la Gran Colombia. El propio Bolívar escribe que fue llamado padre de tres repúblicas (*Cartas*: Vol. V, pág. 13). Por consiguiente, el discurso de Choquehuanca no pude considerarse auténtico en la forma que actualmente se conoce.

1037 O’Leary: *Memorias*, vol. II, págs. 396-397. Lecuna: *Documentos*, vol. I, página 278. A. Arguedes: *Hist. De Bolivia: Fundación de la República*-Madrid.

1038 *D. de B.*, pág. 317.

1039 *Cartas*: Vol. V, págs. 86-87. Véanse también las págs. 88 y 141.

que los diputados le encargasen de redactar una Constitución para Bolivia. Se le dieron amplias facultades para ese proyecto; la única condición era que el instrumento de gobierno fuera republicano, representativo y de carácter centralista.

Bolívar llegó a La Paz el 18 de agosto de 1825. Después de asistir a un Tedéum en la catedral, acudió a una recepción en el palacio de gobierno. También allí le aguardaba una corona de oro preparada por sus admiradores, y de hecho un miembro del clero deseaba seriamente coronarlo.¹⁰⁴⁰ Pero Bolívar rechazó ese reconocimiento final de su éxito. “La corona —dijo— no se me debe.” La pasó a Sucre, quien también rechazó ese emblema, de poder. Sucre se la dio a Córdova, y la corona quedó por fin en poder de este joven héroe. En general, Bolívar, que tenía poco interés por las cosas materiales, distribuía entre sus camaradas todos los obsequios que recibía: espuelas de oro, sillas preciosas, etc. Le importaban más la admiración, el elogio y la adoración, y esos atributos de la gloria lo satisfacían por completo. Le encantaba oírse llamar hombre providencial, y no le resultó difícil creer lo que todos sus adeptos pretendían que era. ¿Acaso había olvidado que las palabras tienen poca importancia y en Sudamérica menos importancia que en ninguna otra parte? ¿Había olvidado que los días de fiesta son sólo sueños en la vida del hombre, que pasan y van seguidos de los inevitables desengaños encontrados en la rutina diaria?

Al salir de La Paz, viajó hacia el Sur en dirección a Potosí, ciudad que su viva imaginación había pintado en brillantes colores. El 5 de octubre entraba en la famosa ciudad, cuyas minas de Plata habían servido de apoyo al Gobierno español durante tres siglos. Todavía en la actualidad, la Casa de la Moneda en Potosí, en forma de barriles gigantescos, provoca nuestra admiración. Detrás de la ciudad se levanta la desértica cumbre de Potosí, que dio su nombre al municipio. Bolívar y su séquito treparon por sus desoladas lomas llevando consigo las banderas de Colombia, Chile, Perú y Argentina. Su acto era simbólico, casi un rito, que anunciaba la completa libertad de las naciones de América del Sur. En la remota altura se erguía un soñador, pero un soñador cuyos sueños se habían hecho realidad. Con mirada retrospectiva, Bolívar recorría las sangrientas luchas de quince años, que allí habían llegado a su término. Mientras los estandartes de las cuatro naciones flotaban al viento, conjuró ese recuerdo: “Venimos victoriosos de la costa atlántica. En quince años

1040 *Cartas*: Vol. V. pág. 68. Véase *Arch. Santander*: Vol. XIII, pág. 175. E. Posada: *Apostillas*, pág. 41.

de continua y horrenda lucha hemos destruido el edificio que la tiranía erigió durante tres siglos de usurpación e ininterrumpida violencia... De pie sobre esta montaña de plata de Potosí, cuyas ricas venas fueron el tesoro de España durante trescientos años, debo declarar mi creencia de que esta riqueza material no es nada comparada con la gloria de haber traído la enseña de la libertad desde las ardientes costas del Orinoco para plantarla en la cumbre de una montaña que es admiración y envidia del mundo.”¹⁰⁴¹ El teatral despliegue de elocuencia de Bolívar encubría, como de costumbre una finalidad diplomática concreta. Quería hacer una manifestación destacada y potente de la unidad del pueblo americano, no tanto para que impresionara al mundo exterior como a la propia América del Sur.

El general Alvear y el doctor Díaz, a título de delegados de Argentina visitaron a Bolívar en Potosí.¹⁰⁴² Tenían la misión oficial de felicitar al Libertador por los servicios que había prestado al Nuevo Mundo. También estaban autorizados a negociar con Bolívar sobre cualesquiera dificultad que surgieran con respecto a los límites de Bolivia. Sin embargo, esta fachada diplomática escondía una finalidad más profunda. Argentina quería obtener de Bolívar ayuda en su lucha con Brasil para el dominio del Río de la Plata.¹⁰⁴³ En 1822, Pedro I, miembro de la casa de Braganza, había dirigido una revolución que separó Brasil de la Corona portuguesa. El joven emperador extendió las pretensiones de Brasil a la margen oriental del Río de la Plata e incorporó a Montevideo a su nuevo imperio. La gran mayoría de los moradores de Montevideo no era partidaria de aceptar su nuevo dueño y expresó el deseo de pertenecer a las Provincias Unidas del Río de la Plata, nombre que entonces se daba a Argentina. Esas circunstancias colocaban a Argentina en posición difícil, pues si escuchaba las súplicas de los montevidEOS tenía la seguridad de verse envuelta en una guerra contra el Brasil; en cambio, si no asistía a Montevideo, era seguro que su poderoso vecino se extendería al Río de la Plata. Ante ese problema, los gobernantes argentinos concibieron la idea de utilizar a Bolívar y su ejército como medio de intimidar a Brasil y obligarlo a restituir Montevideo. Confiaban en los instintos guerreros de Bolívar y su insaciable deseo de gloria. La idea no dejaba de tener cierta lógica. Sin duda Bolívar no fue insensible a la fama mayor que podía

1041 *Proclamas*: pág. 314. L. Subieta Sagarnaga: *Bolívar en Potosí*. Potosí. 1925.

1042 Lecuna: *Doc.*, Vol. I, pág. 510. Larrazábal: Vol. II, pág. 314.

1043 Lecuna: *Doc.*, col. I. Págs. 510-511. *Cartas*: Vol. V, pág. 108. Blanco: *Doc.*, volumen IX, pág. 731; vol. X, pág. 143.

adquirir convirtiéndose en protector de Argentina. Además, tenía no pocas razones para mirar con aversión al Brasil. En primer lugar, Brasil era un imperio; además, había violado recientemente los derechos de Bolivia. Estos hechos inclinaron a Bolívar a escuchar con simpatía las propuestas de alianza que le ofrecían los argentinos. En consecuencia, recibió a los embajadores, primero en reuniones secretas, para averiguar la extensión de sus aspiraciones. Los argentinos expresaron que su país deseaba tener relaciones más íntimas con Colombia, hasta el punto de declararse dispuestos a colocar Argentina bajo el protectorado del Libertador. Su plan era que Bolívar se dirigiera al Río de la Plata con su flota y su ejército, y que todos los gastos de la expedición serían sufragados por el Gobierno argentino.¹⁰⁴⁴

Bolívar se había arriesgado a esas negociaciones porque necesitaba la buena voluntad de Argentina para dos proyectos importantes. El primero consistía en el establecimiento de una Bolivia independiente, y el segundo en la fundación de una Liga de Naciones de América del Sur.¹⁰⁴⁵ Por consiguiente, Bolívar estaba deseoso de obtener la benevolencia del Gobierno argentino, pero quería lograrla sin comprometerse a aventuras que no podía ni debía permitirse. Tampoco podía ser seducido con halagos ni con apelaciones a sus ambiciones. Sea como fuere, el gobierno colombiano le informó que no aprobaba la aventura Argentina.¹⁰⁴⁶

El 16 de octubre, Bolívar, rodeado de sus más altos funcionarios recibió solemnemente a la delegación. Pronunció ante ellos un discurso de reto condenando al emperador del Brasil por su intrusión en Montevideo. Declaró que estaba dispuesto a aliarse con la Argentina, y dijo que hasta trataría de enviar parte de su ejército a la frontera brasileña, pero no más allá. Consideraba que podía arriesgarse hasta ese punto y sabía que era preciso que no llegara más allá en la realización de sus aspiraciones.¹⁰⁴⁷ En mayo de 1825, Argentina dio plenos poderes a Bolívar para zanjar cuestiones de límites entre ese país y Bolivia. Éste interpretó ese gesto como reconocimiento de la independencia de Bolivia por el gobierno de Buenos Aires, y por el momento se dio por satisfecho con ese éxito. Durante unas semanas, su primera preocupación fue el joven Estado que había de inmortalizar su nombre.

1044 Lecuna: *Doc.*, vol. I, págs. 510-511, 513, 524.

1045 Lecuna: *Doc.*, vol. I, pág. 525.

1046 *Cartas*: Vol. V. Pág. 65. *Cartas*: Santander: Vol. II, pág. 24.

1047 *Proclamas*: pág. 314. *Cartas*: Vol. V, pág. 139. Decisivo para la actitud de Bolívar fue el hecho de que Inglaterra era contraria a una guerra entre Argentina y Brasil. L. A. Herrera: "La misión del Lord Ponsonby a la Paz en 1828". *Rev. del Inst. Hist. Y Geogr. Del Uruguay*.

Por lo que respecta al derecho internacional. Los asuntos de Bolivia se hallaban todavía en un estado ambiguo; ni siquiera su soberanía podía considerarse un hecho, pero —dice Vauvenargues— quien quiera realizar grandes hazañas debe obrar como si fuera inmortal. El gobernante que desee crear una nueva forma política tiene que hacer caso omiso de la inseguridad del reconocimiento humano y obrar como si tuviese a su mando la eternidad. Es lo que hizo Bolívar. Decidió que permanecería en el país un año, y estaba dispuesto a lograr el reconocimiento dentro de ese plazo.¹⁰⁴⁸

Su primer empeño fue la administración de justicia, vergonzosamente descuidada durante el período colonial. Se establecieron Tribunales Locales y de Apelación. Se prometió un nuevo cuerpo de leyes que incorporaran las ideas liberales.¹⁰⁴⁹ Se instituyó una política económica sana. Era ése un país de considerables ingresos en tiempo de paz a causa de la abundancia de metales preciosos, pero la falta de una política sistemática había provocado una confusión entre los ingresos y gastos. Bolívar introdujo el equilibrio financiero. El Estado confiscó las minas abandonadas, abolió el tributo indio y suprimió los impuestos de consumos que los españoles habían introducido en ese país como en otras partes.¹⁰⁵⁰ Pero Bolivia padece de una enfermedad incurable: su falta de acceso al mar; Bolívar tenía el propósito de remediar esa situación cuando le asignó el puerto de Cobija y se dispuso a terminarlo.¹⁰⁵¹

Los indios tenían una ignorancia absoluta aun de los rudimentos de higiene. Enterraban a sus difuntos en las iglesias, y sus templos estaban llenos de hedor a putrefacción. Bolívar ordenó que se crearan cementerios. Se construyeron nuevas carreteras y se hizo un estudio de los derechos de aduanas; se prestó atención a las posibilidades de la agricultura y minería. Más importante aún era la cuestión de la educación. La población de Bolivia, aun en la actualidad, es india y mestiza en un ochenta y cinco por ciento. Hace más de un siglo, Bolívar encontró que la gente de ese país estaba más atrasada que todas las demás que él había visto. El llanero de Venezuela era un bárbaro, pero el indio de Bolivia era un esclavo que, en todos los aspectos de la vida práctica, seguía llevando una existencia neolítica. Bajo el régimen español había perdido todo afán

1048 S. Pinilla: *La creación de Bolivia*. Biblioteca Ayacucho. Madrid. *Cartas*: Volumen V. Pág. 94

1049 Lecuna: *Doc.*, vol. I, pág. 444.

1050 Lecuna: *Doc.*, vol. I, págs. 246, 276. Blanco: *Doc.*, vol. X, pág. 11.

1051 Lecuna: *Doc.*, vol. I, pág. 465. O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 447.

de progreso o de alcanzar un nivel de vida más elevado. El uso continuo de la coca, planta cuyas hojas mezcladas con cal mastica el indio, había agotado a una raza potencialmente vigorosa y había provocado su pronta decadencia.

Bolívar decidió usar parte de las rentas del clero para la educación. El gran número de huérfanos que, sin cuidados de ninguna clase, vagaban por todas partes, fue recogido en asilos. Bolívar estaba obsesionado con el problema de la instrucción, como lo demuestra el hecho de que llamara a su propio maestro, Simón Rodríguez, para ponerlo al frente del departamento de Educación. Ese personaje había vuelto a América del Sur, después de veinticinco años de viajar a la ventura, y Bolívar se enteró de su presencia en el país cuando se hallaba enfermo en Pativilca. Le escribió: “¡Oh, mi maestro, mi amigo, mi Robinson, estáis en Colombia, estáis en Bogotá, y no me lo habías dicho!” Rogó a Rodríguez que viniera a verlo.¹⁰⁵² “En vez de una amante necesito un filósofo. Por el momento prefiero Sócrates a Aspasia.” Dio instrucciones a Santander para que facilitara dinero a su antiguo maestro, y añadió: “Este hombre puede serme muy útil.”¹⁰⁵³ El excéntrico Rodríguez, que había perdido todo contacto con el Nuevo Mundo, vino efectivamente y emprendió la tarea de instruir a los indios del Alto Perú. Cuando succe heredó la posición política de Bolívar en el Lago Titicaca al año siguiente, también se sintió heredero de los muchos casos de locura que caracterizaron las actividades de Rodríguez. Más de una vez, Sucre se vio en graves apuros para decidir qué podía hacer con tan rara criatura. Por último, se vio obligado a sacrificarlo ante la protesta pública contra sus insanos actos.¹⁰⁵⁴

Además de los problemas esenciales había un sinfín de detalles que reclamaban la atención de Bolívar. Los últimos meses de 1825 los pasó en Chuquisaca, entonces capital de Bolivia, donde iba a reunirse otra Asamblea Nacional para deliberar sobre problemas jurídicos y sobre la Constitución. Bolívar no pudo aguardar a que se inaugurara porque había en Perú problemas urgentes que reclamaban su presencia.¹⁰⁵⁵

En febrero estaba de regreso en Lima. En Bolivia delegó su autoridad en Sucre, a pesar de que este ardía en deseos impacientes de abandonar

1052 *Cartas*: Vol. IV, pág. 32.

1053 *Cartas*: Vol. IV, pág. 151.

1054 O’Leary: *Memorias*, vol. II, págs. 350-351. Sobre el proyecto educativo de Rodríguez, véase Lecuna: *Doc.*, vol. I, pág. 409. O’Leary: *Doc.*, vol. I, págs. 332, 347, 348, 349, 354 ss.

1055 *Proclamas*: pág. 317.

el servicio y sus deberes, para regresar al lado de la hermosa marquesa de Solanda, que le esperaba en Quito. Repetidas veces había presentado su dimisión, pero la había retirado siempre cediendo a la amonestación de su maestro. “Mi amigo —escribió Bolívar—, no debemos abandonar nuestras tarea mientras podamos trabajar noble y justamente. Seamos los fundadores y benefactores de tres grandes naciones. Seamos dignos de la fortuna que se nos ha deparado. Mostremos a Europa que América tiene hombres capaces de emular la gloria de los héroes del viejo mundo... Una vida pasiva, inactiva, es imagen de la muerte, es la pérdida de la vida. Es la anticipación de la nada antes de que ésta llegue.” Sucre se calmó y aceptó el gobierno de Bolivia.¹⁰⁵⁶

Cuando, a comienzos de año, Bolívar salió para Perú, había dejado un problema sin resolver: el problema de la Constitución. Entonces, en mayo de 1826, la Asamblea Nacional de Bolivia le pidió de nuevo el proyecto gubernamental que les había prometido.¹⁰⁵⁷

Las responsabilidades de Bolívar aumentaron grandemente con ese encargo de esbozar una Constitución para Bolivia. Desde 1812 había sostenido principios concretos y profundamente arraigados con respecto a la Constitución de una república americana. Un Estado fuerte, un Poder Ejecutivo eficiente con amplios poderes, la dirección de la selección intelectual y moral: tales eran las piedras fundamentales de su programa. Colombia, en 1821, no adoptó sus ideas, pero esa defección no preocupó mucho a Bolívar. Había seguido acariciando la idea de un gran imperio que él había de edificar en los Andes, un imperio mitad democrático, mitad feudal; mitad liga, mitad federación.

En ese momento de su carrera, la organización de Bolivia lo colocó una vez más ante el problema de la estructura del Estado. Era una tarea que no podía eludir, aunque temía la responsabilidad que entrañaba. Se debatía entre el deseo de cumplir su promesa y el temor del fracaso. Sus sentimientos aparecen expresados en una carta al poeta Olmedo: “Se me puede ver aquí esbozando la Constitución para un Estado recién nacido. La ruta que conduce a la gloria militar está recargada con las armas de la muerte, pero la que conduce a la sabiduría está oscurecida con pesadas nieblas... Sólo he dado unos pocos pasos por esta senda de paz. La guerra, la destrucción de nuestros enemigos, la libertad de mi país, han reclamado toda mi atención. Pero el mismo amor a América me ha obligado a una nueva carrera, y este amor ha disipado, por lo menos en parte, cualquier

1056 *Cartas*: Vol. IV, pág. 249.

1057 *Lecuna: Doc.*, vol. II, págs. 163-164. *Cartas*: Vol. IV, pág. 254.

sentimiento de temor que pudiera haber sentido exponiéndome a las críticas de quienes pusieron canas estudiando la ciencia del gobierno. Tal vez mi ejemplo inspire un coraje semejante en otros americanos, a fin de que acabemos poseyendo nuestros propios modelos y no tengamos necesidad de mendigarlos fuera de nuestro mundo.”¹⁰⁵⁸ Cuando Bolívar envió su Constitución a la Asamblea General de Chuquisaca, la acompañó de un mensaje presidencial que nos ayuda a comprender actualmente, los pensamientos y sentimientos que lo impulsaban cuando compuso ese documento arrebatador y paradójico.

Bolívar creía que todo Estado libre estaba amenazado por dos males: la tiranía y la anarquía, que constituyen un océano de opresión del cual emergen solamente unas pocas venturosas islas de libertad.¹⁰⁵⁹ Para evitar esos males, Bolívar, en 1826, se colocó sin reservas a lado de la autoridad. Las famosas palabras de Abraham Lincoln declaran que la democracia consiste en el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. La constitución de Bolívar aleja al pueblo, en la medida de lo posible, de ejercer influencia alguna sobre el gobierno; emula al gobierno consular de Napoleón. Sin embargo, Bolívar no preconiza el gobierno ilimitado en manos de un solo hombre. Pide una división de poderes y, además de los tres departamentos de gobierno de Montesquieu, añade otro, siendo los cuatro: el Electivo, el Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial.¹⁰⁶⁰ No obstante, la base del poder sigue siendo la selección moral e intelectual.

El procedimiento para las elecciones iniciales era complicado. Diez ciudadanos de cada provincia habrían de designar un compromisario. Esos compromisarios constituirían un segundo cuerpo electivo que nombraba finalmente al representante del pueblo. Además confería a ese grupo de compromisarios el derecho a señalar los candidatos para el cargo de alcaldes en las ciudades y pueblos, así como también el de nombrar los jueces locales y presentar quejas. Bolívar creía que esas diversas disposiciones constituían una aproximación a las libertades del sistema federal. En realidad, su Constitución no admite ninguna forma de gobierno autónomo.¹⁰⁶¹

El Poder legislativo tenía que dividirse en tres cuerpos: tribunales, senadores y censores. En otro tiempo, Miranda preconizó ideas análogas,

1058 *Cartas*: Vol. V, pág. 335, de 2 de junio de 1826.

1059 *Lecuna: Doc.*, vol. II, págs. 311-312.

1060 Belaúnde: “La Constitución Boliviana”. *B. De H.* Caracas, vol. XI, número 44, pág. 378. C. Ponce: *Las ideas del Libertador*. Quito, 1936. Los modelos de Bolívar fueron la Constitución consular de Napoleón y la Constitución peruana de 1823.

1061 Para los modelos de Bolívar, véase Belaúnde: *op. cit.* págs. 378-379.

pero son también expresión de las más íntimas creencias políticas de Bolívar. Correspondía a los tribunos la iniciativa para proponer todas las medidas referentes a finanzas y entender problemas importantes como la paz y la guerra. De hecho, eran los supervisores de la administración. La misión de los senadores consistía en compilar un código de derecho, supervisar los tribunales y controlar el culto religioso. Por último, los censores eran los encargados de la moral y les incumbía también proponer los miembros de la Corte Suprema y las autoridades eclesiásticas más elevadas. Los censores representaban un poder moral como el que Bolívar había propuesto en su discurso en Angostura; debían ejercer el cargo vitaliciamente, mientras que el de los senadores duraba ocho años, y el de los tribunos, cuatro. También era sumamente complicado el procedimiento para la renovación de esos cuerpos. A los ciudadanos les estaba permitido solamente presentar una lista de candidatos, y de esa lista los miembros de cada Cámara elegían a los que consideraban dignos de ser sus sucesores.

Según Bolívar, el presidente debía ser el sol de ese sistema planetario. Este funcionario debía ser nombrado con carácter vitalicio y tendría el privilegio de nombrar a su sucesor. Bolívar se atrevió a calificar ese proyecto de gobierno de “la más sublime inspiración de las ideas republicanas”. Semejante exageración ostenta todas las notas de una conciencia culpable. Estas disposiciones que acabamos de enumerar habrían hecho simplemente de Bolivia una monarquía sin monarca, con una realeza electiva tal como la Iglesia Católica y el Sacro Imperio Romano. El rey sin corona nombraba al vicepresidente, que también tenía el cargo de primer ministro y había de suceder al presidente en el cargo. “De acuerdo con este procedimiento se evitarían las elecciones, que son el peor flagelo de las repúblicas y sólo producen anarquía.”¹⁰⁶² Bolívar dijo que su precedente era Petion, pero en realidad había tomado como modelo a Napoleón.

Por si esto no bastara, Bolívar pidió también que el vicepresidente fuera hereditario; dicho de otro modo: que el poder del primer ministro se concentrara en una familia, disposición ilógica y ridícula y el punto más flaco de la Constitución bolivariana. Las demás partes de la Constitución no necesitan análisis detallado. Los párrafos que tratan de los derechos humanos son breves y un tanto vagos; los relativos a la administración no se apartan de lo tradicional; los que versan sobre la administración de justicia se prestan a discusiones. Sin embargo, a pesar de esos defectos

1062 Lecuna: *Doc.*, vol. II, pág. 317.

del instrumento de gobierno de Bolívar, no se había olvidado totalmente de su primer apelativo que fue de Libertador, y en los capítulos que reclamaban la abolición de la esclavitud estuvo a la altura de ese título.¹⁰⁶³ La constitución debía permanecer inalterada durante diez años, sin permitir enmienda alguna hasta la expiración de este periodo.

La Constitución boliviana, adoptada en julio de 1826, es el producto asombroso de una extravagante imaginación política. El autor de este libro no ha encontrado prueba alguna de que no fuera totalmente hija del cerebro de Bolívar.

Durante todas las fluctuantes circunstancias de la vida de Bolívar, encontramos ciertos elementos básicos de su pensamiento político que permanecieron inalterados: nacionalismo, republicanism, unidad del Estado, un Congreso independiente, eficiencia en el Poder ejecutivo y respeto por las fuerzas culturales y religiosas. A media que Bolívar se fue formando, esas ideas subsistieron sin alteración, pero se combinaron de modos diferentes en los distintos periodos de su vida. En la Constitución bolivariana hay un máximo de autoridad, estabilidad y seguridad, pero un mínimo de espontaneidad en la libre expresión de la voluntad del pueblo.

Sin embargo, si queremos ser justos con Bolívar, debemos tener presente el carácter del pueblo al cual estaba destinada esa Constitución: un pueblo considerado como el más atrasado de América del Sur. Por consiguiente, es preciso juzgar a Bolívar sin perjuicios. Sus ideas reaccionarias provienen del deseo de poner coto a movimientos subversivos y veleidades anárquicas. Sea como fuere, hay que convenir en que la disposición relativa a los censores era tan absurda y utópica en 1826 como en 1819. Mas no era ese error lo que sentenciaba la Constitución, sino las propuestas de Bolívar a favor del poder ilimitado del presidente y del vicepresidente. Aun sintiéndonos inclinados a aceptar la idea de una presidencia vitalicia, consideraríamos imposible justificar su criterio sobre el carácter hereditario de la vicepresidencia. Sólo en raros casos se hereda el arte de gobernar, y no cabe la menor duda de que esos casos son un número demasiado limitado para que puedan servir de base a un régimen constitucional. El plan de Bolívar a favor de un vicepresidente hereditario, que ocupara además el cargo de primer ministro, repugna tanto a todo sentido común, que el estudioso se ve obligado a seguir buscando una explicación de ese criterio esencialmente absurdo. Bolívar pensaba que la América del Sur sólo podía ser gobernada

1063 Lecuna: *Doc.*, vol. II, págs. 318-319. Belaúnde: *op. cit.* pág. 388.

mediante influencia personal: “Las leyes carecen de valor a los ojos de nuestro pueblo, que ignora su significado”, afirma, y en consecuencia creía necesario establecer una influencia personal: “Las leyes carecen de valor a los ojos de nuestro pueblo, que ignora su significado”, afirma, y en consecuencia creía necesario establecer la influencia personal en forma de institución.¹⁰⁶⁴ Cuando esbozó su idea de una vicepresidencia hereditaria, lo hizo pensando en Sucre, a quien escribió: “Debéis estar convencido de que os espera un gran destino. Se me ha ofrecido una corona que no sienta bien a mi cabeza; pero considerando la incertidumbre del futuro, me propongo colocarla en las sienas del hombre que ganó la victoria de Ayacucho.”¹⁰⁶⁵ Fue, pues, por amor a Sucre por lo que Bolívar concibió la errónea idea de una vicepresidencia hereditaria. Los acontecimientos posteriores revelarán si esa actitud era indicio de tendencias monárquicas.

Los críticos de Bolívar no están de acuerdo en sus opiniones sobre esta Constitución. Los inclinados a juzgarla con severidad creen que el documento es un mojón en la ruta que conduce a la decadencia mental de Bolívar.¹⁰⁶⁶ El autor de esta obra se inclina por juicio un más indulgente. Le parece que las insólitas e ilógicas medidas previstas por Bolívar son resultado de un intento de hacer frente a circunstancias difíciles por medios audaces.¹⁰⁶⁷ Su error estriba en el hecho de que esos medios eran a la vez contradictorios e inapropiados. El deseo de Bolívar era combinar las ventajas de todos los sistemas políticos, pero lo que hizo fue una combinación de todos sus defectos. Y aun fue más allá de su error: se enamoró de este hijo de su fantasía política concebido en éxtasis y acabó considerándolo verdadera panacea, remedio seguro para todos los males: “Todos considerarán esta Constitución como el Arca de la Alianza, como transacción entre Europa y América, entre militares y civiles, entre democracia y aristocracia, entre imperialismo y republicanismo. Todos me dicen que esta Constitución será el gran instrumento de nuestra reforma social.”¹⁰⁶⁸ Eso no es sólo una afirmación exagerada de su propio acierto en el campo del pensamiento político, sino también una demostración de que no logró captar los problemas esenciales de

1064 Villanueva: *Imperio de los Andes*, pág. 286. París, 1912.

1065 *Cartas*: Vol. V, pág. 294.

1066 Lozano: *op. cit.*, pág. 96. Belaúnde: *op. cit.*, pág. 377. Gil Fortoul: *Hist.*, página 349. J. R. Vejarano: “Bolívar, legislador”, en *Simón Bolívar*, pág. 516. Madrid 1914.

1067 E. Finot. “Bolívar pacifista”. *Rev. Bol.*, vol. II, núms. 19-20, pág. 264.

1068 *Cartas*: Vol. V, pág. 291; vol. VI, pág. 29.

América del Sur. Bolívar había identificado siempre la libertad con la independencia, pero parece que no tuvo en cuenta la verdad de que el reino de la libertad rige asimismo en los asuntos internacionales. La determinación de América de ser libre coincidía con su determinación de resolver sus propios problemas y de agenciarse su propio régimen. Si Bolívar negaba estos derechos inequívocos de independencia, su negativa era en última instancia un repudio de las verdades fundamentales de todo el movimiento y una declaración franca y abierta de que el continente no había llegado a su madurez. No logró percibir que el virus de la democracia tiene vida propia y tarde o temprano infecta a un pueblo haciéndole sospechar de toda las formas de monarquía o dictadura. En una palabra: la Constitución boliviana es uno de los más grandes dislates de Bolívar.

La conclusión que acabamos de formular no implica que la creación de una Bolivia independiente fuera también un error. Por el contrario, en la actualidad, al cabo de ciento veinte años de la existencia de ese Estado, es preciso admitir que en modo alguno fue un engendro artificial. Bolivia debe su existencia a la comprensión, por parte de Bolívar, de una necesidad política; no a sus caprichos o a su vanidad. Si hoy parece haber una anomalía en esa República a causa de que carece de acceso al mar, tenemos que recordar que esa circunstancia era contraria al plan de Bolívar, quien reconocía que el enorme territorio de la república de Bolivia era demasiado importante y tenía tantas posibilidades en el futuro que debía desecharse la idea de que pudiera ser gobernado desde centros tan alejados como Lima o Buenos Aires.

Se ha acusado a Bolívar de que al establecer una Bolivia independiente se guió por móviles egoístas y maquiavélicos. Se ha dicho que no estaba dispuesto a permitir que su riqueza en metales preciosos cayera en poder del Perú o Buenos Aires. Esa acusación podría ser justa, dado que tales cálculos no eran ajenos a Bolívar y pudieron influir perfectamente en sus decisiones. Vista a través de ese prisma, la creación de Bolivia resulta ser la última jugada de la gran partida que comenzó en Guayaquil: a saber, la organización de América del Sur en torno a Colombia como centro de gravedad. Sin embargo, parece seguro que Bolivia, aún sin la intervención de Bolívar, habría acabado por ser una República independiente. No debe olvidarse que, para Bolívar, Colombia no era el problema principal. La idea de una federación de América del Sur se antepone a cualquier otro interés, fuera éste Colombia, Chile, Argentina o Bolivia. Bolivia era sólo una de las muchas piezas que el Libertador movió en su gran tablero.

La creación de Bolivia y su Constitución cierran un raro capítulo en la vida de Bolívar. Estos dos acontecimientos son los dos últimos actos heroicos de su carrera de Libertador. Hasta entonces había obrado inspirado por un genuino deseo de gloria, pero en lo sucesivo parecía dominado por la ambición de elevarse al rango de un semidiós cuya existencia mítica diera vida a una nación entera. Parece como si la contemplación de ese pináculo final de la fama oscureciera con un velo de irrealismo algunas de las más bellas cualidades de Bolívar. Una gran capacidad de organización se asociaba a un pensamiento político deficiente. La Constitución de 1826 es un plan utópico cuyos ideales son del pasado; en cambio, la Liga Americana de las Naciones es una idea profética de las necesidades del futuro.

La vida del Libertador llegó a su punto de apogeo en Bolivia. En lo sucesivo era inevitable el descenso. Sólo hubiera podido impedirlo a condición de renunciar a su poder político. Pero la renuncia no se compadecía con el carácter de Bolívar.

XXIX

¿SIMÓN I ?

Después de un largo y caluroso día de agosto, el sol acaba poniéndose y por algún tiempo el aire sigue conteniendo calor y luz. Más ese esplendoroso atardecer es sólo reflejo del día que muere y anuncia la llegada de la noche. La vida de Bolívar en el año 1826 es como uno de esos memorables atardeceres de verano; exuberante, serena, suntuosa, brillante, pero el presentimiento del ocaso, invade la atmósfera que lo rodea. Por vez primera en la vida se veía libre de todos los menudos detalles, que habían sido necesarios para el mantenimiento de una máquina de guerra. Ya no era preciso dar más batallas. Bolívar tenía ahora tiempo para leer y meditar.

Para la mayoría de los hombres, la filosofía es resultado de la tribulación. Bolívar difería de los demás a este respecto: “Soy más filósofo cuando soy feliz que cuando soy desdichado. Si estoy triste es por los demás. El hado me ha elevado a tal altura que para mí resultaría difícil ser desdichado.”¹⁰⁶⁹ Son palabras audaces. Ningún hombre es dueño de la invulnerabilidad, por grandes que sean las alturas que haya alcanzado. Bolívar era un filósofo en circunstancias lo mismo propicias que adversas, y la constante corriente de contemplación que acompaña sus acciones da mayor color e interés a su vida. Aun siendo Libertador de América del Sur, no perdió el sentido de las proporciones, y cuando el poeta Olmedo le envió unos versos sobre la batalla de Junín, llenos de hiperbólica retórica, la respuesta de Bolívar fue condenatoria:¹⁰⁷⁰ “Nos habéis magnificado hasta un extremo tal que hemos sido precipitados a un abismo de anonadamiento. Cubrís con una infinidad de luz el débil reflejo de nuestras dudosas virtudes... Si yo no fuera tan honesto y vos no fuerais un poeta, yo podría creer que vos deseasteis escribir una parodia de la *Iliada* utilizando como personajes los protagonistas de nuestra pobre farsa. Pero yo no lo creo así. Vos sois un poeta y, como Bonaparte, os dais cuenta de que de lo sublime a lo ridículo sólo hay un paso.”¹⁰⁷¹ El resto de la crítica de Bolívar es una ilustración de su gusto literario, aunque el propio Bolívar admite que él es como el ciego que castiga a un reo invisible, puesto que sólo posee un escaso conocimiento de su tema.

1069 *Cartas*: Vol. IV, pág. 199.

1070 V. M. Rendón: *Olmedo*. París, 1904.

1071 *Cartas*: Vol. V, pág. 7. O’Leary: *Doc.*, vol. IV, pág. 381.

El elogio de los poetas no fue el único homenaje que recibió. Pasó las coronas de oro a sus compañeros más jóvenes que él, y se negó a aceptar los millones que querían donarle los agradecidos peruanos y bolivianos. Sin embargo, le encantaba oír a la gente que iba a misa a entonar unos versos que decían así:

Oh señor, todo lo bueno viene de ti. Nos has dado a Bolívar. ¡Gloria a ti, gran Dios! Qué hombre es él, o cielo, que por tu mano ha sido coronado con amor y destreza. Conoce tan bien el futuro como si el tiempo obedeciera a su voz.¹⁰⁷²

En esa época, la vida de Bolívar era realmente principesca, aunque debemos considerar como legendarias exageraciones de la fantasía los relatos de que comía en platos de oro y con cuchillo y tenedores del mismo metal. Bien es verdad que los moradores de Lima lo mimaban y lo es también que eso lo hacía feliz. Entre los muchos obsequios que se le hicieron había un uniforme aparatosamente adornado y una espada de oro incrustada con diamantes, que le ofreció la capital.¹⁰⁷³ En aquel entonces Bolívar vivía fuera de los límites de la ciudad y ocupaba una casa de campo llamada La Magdalena. Se hizo famosa como serrallo del Libertador, lugar donde Manuela, aun siendo favorita indiscutida, compartía con muchas otras el afecto del gran hombre. Es muy probable que esos relatos fueran exagerados por envidia de malas lenguas, pero cuando el río suena, piedras lleva.¹⁰⁷⁴ No cabe la menor duda de que Bolívar llevaba en La Magdalena la vida de un monarca, pero en aspectos secundarios seguía siendo un hombre moderado. En los registros de su despensero no figura nada que revele derroche o despilfarro, si bien sería ingenuo creer que en un libro de cuentas aparezca toda la verdad.¹⁰⁷⁵ Bolívar asignó una pensión de tres mil pesos al abate de Pradt, y le rogó que aceptara “la mezquina cantidad.”¹⁰⁷⁶ Viudas y huérfanos recibían los gajes de su generosidad. Vivía como patricio que era por nacimiento, como caballero y como héroe.

El eco de sus hazañas se extendió hacia el Este y el Norte. Byron estuvo a punto de embarcarse para América del Sur —el país de Bolívar, como él dijo—, pero habiéndose enterado de que la libertad tenía otros

1072 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. Pág. 471.

1073 O’Leary: *Memorias*, vol. II, págs. 448, 450. Blanco: *Doc.*, vol. X, pág. 150.

1074 R. Palma: *Bolívar en las tradiciones peruanas*. Barcelona.

1075 L. Correa: *B. De H.* Caracas, vol. XI, núm. 42, pág. 145.

1076 *Cartas*: Vol. V, pág. 258-260. M. Aguirre: “Un ignorado archivo Bolivariano. *B. De H.* Caracas, vol. XIX, núm. 76, pág. 514.

campos de batalla más accesibles, cambió de parecer y se fue a Grecia.¹⁰⁷⁷ Mayor significación tuvo la carta escrita a Bolívar por el anciano marqués de Lafayette a sugerencia de la familia de Jorge Washington. Los descendientes de Washington enviaron a Bolívar una medalla de oro, acuñada después de la capitulación de Yorktown, que había sido propiedad del presidente. “Segundo Washington del Nuevo Mundo”, fue la elevadísima expresión de su aprecio.¹⁰⁷⁸ Ese reconocimiento conmovió profundamente a Bolívar. El era completamente diferente del tranquilo y mesurado hidalgo rural de Virginia; no le habría gustado disfrutar de una vejez en el apacible lugar de Mount Vernon, pero sintió que la carta y el donativo de los descendientes de ese gran americano, le conferirían una distinción por la cual había luchado durante quince años. “Washington de la mano de Lafayette es la corona de todas las recompensas humanas.”¹⁰⁷⁹

La palabra “corona” aparece ahora con sospechosa frecuencia en las cartas de Bolívar. Sin embargo, la palabra revela más bien una tendencia de sus contemporáneos que una actitud de Bolívar. El temor a la anarquía se había generalizado ante el gobierno arbitrario de varios líderes de la Revolución. Parecía que la única solución era un régimen autoritario, pero autoridad y monarquía eran sinónimos en la política del siglo XIX; por consiguiente, la decisión entre la monarquía y la república estaba de nuevo en discusión. Bolívar, como sabemos, era partidario de un régimen autoritario, pero ¿estaba dispuesto ahora a volver al ideal monárquico que él había combatido tan encarnizadamente cuatro años antes? Para contestar esta pregunta es preciso hacer una delicada diferenciación entre el problema objetivo, o constitucional, y el psicológico, o personal.

La ambición fue la pasión dominante en la vida de Bolívar. Después de los grandes días de Ayacucho y Junín se vio obligado a decidir qué camino conduce a la mayor gloria. Había alcanzado el nombre de Libertador en el campo de batalla, y era natural que ahora se le ocurriera la idea de la guerra. “Todo está trastornado en Buenos Aires a causa de la presión diaria de Brasil. Me parece que deberíamos acudir en ayuda de ese pueblo ingrato y desdichado. El demonio de la fama nos conducirá a Tierra del Fuego, pero ¿qué arriesgamos?... Os ruego pidáis al Congreso,

1077 Véase la carta de Byron del 12 de junio de 1822. Blanco: *Doc.*, vol. VIII, pág. 423. E. Posada: *Apostillas*, pág. 3.

1078 Larrazábal: Vol. II, pág. 339. Blanco: *Doc.*, vol. X, pág. 103.

1079 *Cartas*: Vol. V., págs. 206, 252. C. Pereyra: Bolívar y Washington, *passim*. Otero d’Costa: “Bolívar y Washington”. *B. De H.* Bogotá, vol. XX, pág. 254. O’Leary: *Doc.*, vol. XII, pág. 168.

en mi nombre, que se me permita ir a donde me conduzcan el peligro para América y la reputación de Colombia... Sólo soy eficaz donde se combinan el peligro y las dificultades... Si se me permitiera entregarme a mi disposición diabólica, acabaría realizando todo el bien de que soy capaz.”¹⁰⁸⁰ De esta suerte proyectaba Bolívar una cruzada para ayudar a Argentina o libertar de la dictadura al Paraguay. Le encantó el título de Protector de América; y deseando ensanchar su significación, pidió permiso para dirigirse hacia el Sur durante algunos años. También se le ocurrió ir al Norte, pues a veces acariciaba la idea de llevar la guerra a La Habana, Puerto Rico y aun a las Filipinas. Esos estallidos de ambición militar son de poca importancia desde un punto de vista político, puesto que Bolívar no olvidaba por mucho tiempo su verdadera misión, pero son significativos como manifestación humana y como revelación de una ambición insatisfecha por escalar nuevas cumbres de la fama.

Durante esos años, Bolívar estuvo cada vez más bajo el influjo de la teoría de Napoleón. Sus manifestaciones públicas al respecto están envueltas en cuidadoso recato, pero pueden sacarse muy fácilmente las consecuencias. Un admirador inglés le envió una serie de libros que habían sido propiedad del emperador, y, al agradecerse los, Bolívar calificó a Napoleón de “honor y desesperación de la mente humana.”¹⁰⁸¹ Bolívar se comparaba a menudo con Napoleón, y meditó muy a fondo sobre la carrera de esplendor y de desventura del gran Corso.¹⁰⁸² ¿No es comprensible que considerara a Napoleón como su modelo en otros aspectos? ¿No era ése el momento para que él se coronara? ¿No era el imperio andino la síntesis de todos sus sueños? ¡Simón! ¿No era eso la conclusión de sus cinco grandes victorias? La demanda de autoridad que se había producido en América del Sur había encontrado natural satisfacción con tal imperio y su importancia en el exterior habría sido de no poca monta. La fundación de un imperio en la región andina habría facilitado relaciones amistosas con las potencias europeas. El príncipe Polignac, ministro francés de Asuntos Exteriores, había dado a entender que le era indiferente que fuera un príncipe europeo o un general americano quien ciñera la corona de América del Sur. Lo único que preocupaba a los gobernantes europeos era la creación de un orden semejante al que había existido en el viejo continente desde 1815.¹⁰⁸³

1080 *Cartas*: Vol. V, págs. 88-89.

1081 *Cartas*; Vol. IV, pág. 208.

1082 *D. de B.* Pág. 198.

1083 *Cartas*: Vol. IV, pág. 280.

Si Bolívar se sentía seducido por sueños de un imperio, el único procedimiento seguro que podía adoptar era esconder su ambición detrás de una necesidad de llegar a un acuerdo con las potencias europeas. A medida que se producían los acontecimientos, aun eso resultó innecesario, pues los propios sudamericanos le ofrecieron la corona. Esa circunstancia sin precedentes se dio en Venezuela.

En la parte norte de Colombia se multiplicaban a diario los síntomas de descomposición anárquica. Veteranos del antiguo ejército de patriotas y antiguos soldados de las fuerzas realistas amenazaban la vida civil y el orden. Páez, que tenía el mando en Venezuela, ponía coto a ese peligro. Cercó las bandas de merodeadores y bandidos y las confinó en campos de concentración; pero a pesar de todo lo que pudo hacer, en todas las partes surgieron líderes y demagogos que intentaron probar suerte en motines y rebeliones.¹⁰⁸⁴ Páez y sus amigos observaron con poca aprensión el cariz que iban tomando los acontecimientos. En otoño de 1825, Páez y un grupo de oficiales decidieron abolir la forma de gobierno republicana y crear un imperio según el modelo de Napoleón. Páez escribió a Bolívar tratando de explicarle la situación: “Este país se parece a la Francia de la época en que el Gran Napoleón estaba en Egipto y fue llamado por los personajes famoso de la Revolución para salvar a Francia. Vos debéis llegar a ser el Bonaparte de la América del Sur, porque *este país no es el país de Washington*.”¹⁰⁸⁵ La carta de Páez fue entregada a Bolívar por un emisario especial, a la vez que llegaban al Libertador otras confirmaciones de análogas tendencias cesaristas. En cambio, su hermana María Antonia, que estaba enterada del rumbo que tomaban los acontecimientos, le escribió en otros tonos: “Te envían una comisión para ofrecerte una corona. Recíbeles como merecen porque la proposición es infame... Diles siempre lo que les dijiste en Cumaná en 1814, que quieres ser el Libertador, o nada. Este título es el que realmente te corresponde; ha exaltado tu nombre entre los grandes de la tierra; es el título que ahora conservará tu reputación formada a costa de indecibles sacrificios. Tienes que rechazar a cualquiera que te ofrezca una corona, porque quien así obrare, sólo desea tu caída.”¹⁰⁸⁶

1084 Restrepo: Vol. III, *H. de R. C.*, pág. 413. Arch., *Santander*: Vol. XII, página 143.

1085 *Cartas*: Vol. *Autobiografía*, pág. 485, niega que escribiera jamás esa carta, pero se ha demostrado que él fue su autor.

1086 “Anotaciones sobre María Antonia Bolívar”. *B. De . H.* Bogotá, vol. XXIV, pág. 88.

¿Acarició alguna vez Bolívar ese sueño? El autor está convencido de que, a este respecto, Bolívar nunca sintió la tentación de seguir los pasos de Napoleón. Para él su reputación significó siempre más poder, y esa reputación se basaba más bien en el título de Libertador que en el posible de emperador. Por consiguiente, parece natural que contestara el llamamiento de Páez diciendo que había recibido con sorpresa el mensaje: “Me parece que no sois imparcial en vuestro juicio de los hombres y los asuntos. Colombia no es Francia ni yo soy Napoleón... Napoleón era grande, único y extraordinariamente ambicioso... No soy Napoleón ni deseo serlo. Tampoco emularé a César y menos aún a Iturbide. Esos ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es una recompensa muy superior a todas las que se hayan ofrecido al orgullo humano... Y nuestra población no es la de Francia. ¡No nos parecemos a los franceses en nada, en nada, en nada! La República ha elevado a este país (Colombia) a la fama y prosperidad; nos ha dado leyes y libertad... Un trono produciría terror tanto por su altura como por su esplendor. Se borraría la igualdad, y las razas de color, frente a una nueva aristocracia, sentirían que sus derechos se habían perdido por completo... Confieso francamente que ese plan es impropio de vos, de mí y del país.”¹⁰⁸⁷

Bolívar seguía diciendo que la reforma en Colombia sólo podría considerarse en 1831, porque la Constitución de Cúcuta había sido aceptada por un período de diez años. En ningún caso debían hacerse cambios extremos en ese momento, puesto que provocarían irremisiblemente el caos. Bolívar ponía en duda —y con motivos justificados— la lealtad de quienes querían hacerlo emperador. Eran hombre que en otros tiempos habían sido federalistas, luego constitucionalistas; ahora eran bonapartistas, mañana serían anarquistas. Aunque Bolívar hubiera tenido fe ciega en sus palabras no habría podido suscribir sus ideas. “Mis enemigos y mis insensatos amigos han hablado tanto de esa corona que se me expulsará de Colombia y América. Se niegan a creer que detesto tanto el poder como amo la gloria. Gloria no requiere mando, sino la práctica de la gran virtud. Yo quise libertad y fama; logré las dos. ¿Qué más puedo desear?”

De hecho, Bolívar había alcanzado la condición de emperador aunque no ciñera corona. No tenía herederos legítimos; por consiguiente no

1087 *Cartas*: Vol. V., págs. 239-41. L. Vallenilla Lanz: *Críticas de sinceridad y exactitud*. Caracas, 1921. Véase el capítulo “Simón I, rey de las Américas”, pág. 193.

existía para él el incentivo usual de la ambición dinástica.¹⁰⁸⁸ Le faltaba el instinto de familia que indujo a Napoleón a distribuir entre los miembros de su parentela las coronas que había conquistado. Los esfuerzos de Bolívar tendían a educar a sus sobrinos para que llegaran a ser buenos ciudadanos y no simplemente parientes del Libertador.¹⁰⁸⁹ “La fortuna, —escribió a su hermana— me ha elevado a la altura del poder, pero no pido más derechos que los del ciudadano más sencillo.” Prohibió a María Antonia que se inmiscuyera en política y le ordenó que hiciera callar a sus hijos o los expulsara de casa si pretendían meterse en política.¹⁰⁹⁰

Puesto que a todas luces se veía que no había motivos para convertir a Colombia en monarquía, parecería ocioso acusar a Bolívar de tener esa ambición. Su lema fue siempre: “Libertador o no nada”. La sinceridad de su negativa se hace patente en el mensaje enviado a Santander al rechazar la corona: “Os envío esta carta abiertamente, para que, después de leerla, la selléis como os parezca y la hagáis llegar luego a Páez.”¹⁰⁹¹

En la idea de la monarquía se comprendían por igual una decisión constitucional e intereses extranjeros. ¿Es inconcebible que Bolívar rechazara el plan de una monarquía asociada a su persona, pero que lo aprobara como una solución para el futuro de América del Sur? En algunas ocasiones hizo declaraciones a militares y diplomáticos europeos, que corroboran la última interpretación. Así, por ejemplo, sus observaciones a un capitán inglés que lo visitó en marzo de 1825: “De todos los países, América del Sur es quizá el menos indicado para una forma de gobierno republicana, porque la población se compone de indios y negros que son más ignorantes aún que los españoles de quienes nos hemos libertado. Un país gobernado por esa clase se encamina a un desastre seguro. No hay modo de salir del paso como no sea pidiendo ayuda a Inglaterra.” Manifestó que nunca había sido enemigo de la monarquía y prometió que si el gobierno inglés proponía alguna vez el establecimiento de Estados monárquicos administrados con capacidad en el Nuevo Mundo, él, Bolívar, sería el primero en apoyar esa idea. “Me consta —siguió diciendo— que muchos creen que yo deseo llegar a ser rey. Pero eso dista

1088 *Cartas*: Vol. V., pág. 271. Sucre era de la misma opinión; véase Villanueva: *Imperio de los Andes*, pág. 80. Bolívar no tenía herederos legítimos. Sin embargo, en Potosí le había nacido un hijo natural. Véase también L. A. Ciervo: “Un hijo de Bolívar” *B. De H. Bogotá*, vol. XXIII, pág. 469.

1089 *Cartas*: Vol. V, pág. 319.

1090 *Cartas*: Vol. VI, pág. 13.

1091 *Cartas*: Vol. V, pág. 248. Sobre la opinión de Santander, véase *Cartas Santander*: Vol. II, pág. 203.

mucho de ser verdad. Nunca aceptaré la corona para mí, y cuando vea a este país feliz y seguro bajo un gobierno bueno y estable, me retiraré de nuevo a la vida privada.¹⁰⁹² Del mismo tema habló con visitantes franceses, y les hizo manifestaciones parecidas, pero halagando a Francia en vez de elogiar a Inglaterra.¹⁰⁹³

Los estudiosos de Bolívar no deben desorientarse con esos subterfugios característicos suyos. El Libertador nunca se propuso ceñir corona, ni tampoco hacer experimentos con la monarquía en América Latina. Las conversaciones que acabamos de referir eran mercaderías de exportación destinadas a los consumidores europeos. Bolívar se valía de ese método para calmar a las potencias conservadoras y granjearse el favor y la protección de Gran Bretaña.¹⁰⁹⁴ Aseguraba a sus parientes mayores que en lo sucesivo el hijo pródigo americano se comportaría como ellos y los imitaría en todas las cosas. Estaba dispuesto a seguir cualquier plan de gobierno: reino, monarquía limitada, lo que fuera, a condición solamente de que se le permitiera tratar los problemas de América del Sur sin injerencias extranjeras. De esta suerte, Bolívar esperaba evitar la intervención de la Santa Alianza y al mismo tiempo obtener la benevolencia del Imperio británico con su flota, su comercio y su capital.

El lector puede tener la impresión de que hay cierta inconsecuencia en la afirmación que acabamos de hacer, considerando que se ha sostenido que el Libertador deseaba instalar en Bolivia un régimen que para todos los fines y efectos era una monarquía, a la que sólo le faltaban para serlo los títulos y la corona. También se ha afirmado que la Constitución boliviana contiene las claves para descifrar los pensamientos políticos más íntimos de Bolívar. No era sordo a la demanda de un gobierno estable ni ciego al justificable deseo de volver a establecer una autoridad en el Hemisferio Occidental. Su aspiración era echar un fundamento seguro para el porvenir, y se veía obligado a encontrar una solución práctica a este problema difícil y apremiante. Si estas naciones coloniales, acostumbradas a obedecer órdenes gubernamentales, no estaban en condiciones de practicar la democracia; si la mezcla de razas era aún demasiado reciente para haber llegado a la estabilidad, Bolívar idearía una estructura

1092 Villanueva: *Fernando VII y los nuevos Estados*, págs. 259-261, y *Cartas*: Volumen IV, págs. 292-293.

1093 Villanueva: *op. cit.*, págs. 248, 268, 270.

1094 J. R. Vejarano: *op. cit.*, pág. 497. Belaunde: "La federación de los Andes". *B. de H. Caracas*. Vol. XII, núm. 46, pág. 211.

gubernamental compatible tanto con sus propias ideas políticas como con las necesidades del país: en vez de un emperador, un presidente vitalicio; en vez de una clase aristocrática, una selección moral e intelectual. A pesar de que Bolívar era un aristócrata criollo, no tenía la más leve intención de perpetuar las prerrogativas de su clase. No consideró que el Estado tuviera que ser un museo para conservar privilegios anticuados. La selección que había de sustituir a la antigua aristocracia debía ser elegida a base de los méritos contraídos durante la guerra de la independencia. Los vencedores de la batalla por la libertad tenían que ser los primeros miembros de la nueva clase: Sucre, Santander, Páez, Montilla, Soubllette y muchos otros. Convencido de que la Constitución boliviana era un arcano de sabiduría política, Bolívar quería establecer sus principios, en lugar de la monarquía, en las Repúblicas que él había libertado. En una carta escribió a Páez: “Encontraréis que aquí se unen todas las garantías de estabilidad y libertad, de igualdad y de orden. Si vos y vuestros amigos aceptáis esta propuesta, podría discutirse y recomendarse a la opinión pública. He aquí un servicio que podemos prestar a la patria.”¹⁰⁹⁵ La oferta de una corona había ofendido a Bolívar porque suponía que él acariciaba una ambición vulgar, una ambición que no concibiera otras alturas de fama que las alcanzadas por Alejandro, César o Napoleón. “Quiero aventajarlos en abnegación ya que no puedo igualarlos en la acción. Mi ejemplo puede ser útil a mi país, puesto que la moderación en el primer líder impresionará a todo ciudadano, y mi vida llegará a ser un modelo. El pueblo me adorará y me considerará como la clave de bóveda de su unidad.”¹⁰⁹⁶ En estas palabras se revela la esencia de Bolívar. Rechazaba la corona con la esperanza de que el pueblo se educara en el espíritu de la verdadera ciudadanía, pero aspiraba a ser el arco iris que coronara la futura existencia de las naciones de América del Sur.

Los acontecimientos del Perú parecieron dar fundamento a esta aspiración. Con la capitulación de El Callao, Bolívar había terminado su misión de Libertador y ahora había llegado el momento de realizar su promesa de regresar a Colombia con el ejército. Pero las recompensas del poder demostraron ser demasiado seductoras. Bolívar tuvo pocas dificultades para resistir la ofrenda de una corona, pero otra cosa era cerrar los oídos a las voces que lo proclamaban único e irremplazable, hombre del destino que había de llegar a ser el punto en torno al cual girara un gran movimiento.

1095 *Cartas*: Vol. V, pág. 241.

1096 *Cartas*: Vol. V, pág. 224.

Su residencia en Lima pasó a ser de nuevo el punto neurálgico del Estado peruano. Pero el horizonte no estaba despejado, y ya en 1826 se descubrió una conspiración contra el Libertador en la que estaban complicados dos ministros de Estado y ciertos altos funcionarios y militares peruanos y argentinos. Bolívar aplastó la incipiente rebelión, pero pareciera que no se percató de la significación del incidente. Siguió deleitándose con la riqueza, el lujo y la facilidad de la vida peruana. Y así, mientras Bolívar se entregaba a los placeres de la capital, los acontecimientos llamaban a la puerta y se precipitaban.¹⁰⁹⁷

La inauguración del Parlamento peruano, que se había aplazado en 1825, era inminente, y todos esperaban que Bolívar renunciara a su dictadura en esa ocasión. Por fin, en marzo se reunieron sesenta diputados, pero se suscitó una violenta controversia acerca de los poderes de esa nueva asamblea. No había un cuerpo oficial competente para examinar el procedimiento electoral ni para determinar el derecho a los títulos de los representantes. Bolívar y el Gobierno consideraban que esa función correspondía a la Suprema Corte peruana, que estaba bajo su influencia. En cambio, los diputados sostenían que la cuestión era de su propia incumbencia.¹⁰⁹⁸ Bolívar, como dictador, impuso su interpretación, y su intervención reveló la existencia de alarmantes grietas en la unidad del Perú. El triunfo de Bolívar se atribuyó más a la presencia de las bayonetas colombianas en Lima que a la equidad de su causa.

Circularon críticas contra el Libertador, a las que Bolívar replicó con la amenaza de abandonar Perú. La sociedad de Lima se alarmó entonces, temiendo que volviera la anarquía. El Ayuntamiento, las corporaciones y al asociación de artesanos comenzaron a acudir en peregrinaje a La Magdalena para implorar a Bolívar que no los abandonara. Cuarenta y dos diputados firmaron una petición para que se aplazara el Parlamento. El ministro del Interior extremó más la nota reclamando un plebiscito para averiguar si Perú aceptaría la Constitución bolivariana. Este procedimiento era más que ilegal: constituía un golpe de Estado. Pero Bolívar estaba infatuado con su obra y contaba con que sería elegido presidente vitalicio del Perú.¹⁰⁹⁹ La decisión de Bolívar de imponer su Constitución al Perú fue uno de sus más grandes errores: en primer lugar,

1097 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, págs. 519-520. Paz Soldán: Vol. II, páginas 57 ss. J. Tamayo: *La Gran Colombia*, Bogotá, 1941, pág. 196.

1098 O'Leary: *Memorias*, vol. II, págs. 491-492. Blanco: *Doc.*, vol. X, pág. 200. Véase también *Proclamas*, pág. 317.

1099 *Cartas*: Vol. V, págs. 374. Blanco: *Doc.*, vol. X, pág. 469-

porque lo obligaba a pasar cada vez más tiempo en Perú, y en segundo término, porque estaba totalmente engañado acerca de las tendencias de la opinión pública del país. “Mi corazón —escribió a Santander— es débil cuando se pone en contacto con los que me aman. Y en verdad. Todos me quieren en Perú, por lo menos todos lo proclaman con gran cordialidad. Lo cierto es que de varios miles apenas hay uno que me deteste, o mejor dicho, que se asuste de mí.”¹¹⁰⁰

¡Uno apenas de varios miles! Ahora hubo muchos que elevaron sus voces contra el Libertador. ¿No había jurado que renunciaría a la dictadura? Es cierto que sólo pretendía ser elegido Presidente, pero una presidencia vitalicia parecía peor, en ciertos aspectos, que la monarquía, especialmente si el Presidente era un extranjero, un colombiano respaldado únicamente por la fuerza de los fusiles. La independencia distaba de ser completa mientras Bolívar gobernara en Perú y seis mil soldados colombianos lo asolaron como una nube de langostas. Durante esas semanas, la popularidad de Bolívar sufrió un grave descenso. Una nueva conspiración interrumpió el establecimiento de la paz interna, y esa vez sus enemigos habían resuelto darle muerte. Por segunda vez, Bolívar no supo reconocer la advertencia implícita en ese resurgir de la violencia.¹¹⁰¹ Con funesta facilidad, sus ministros lo persuadieron de que sólo un puñado de demagogos eran contrarios a la Constitución y que el era el único que podía dar seguridad y paz al Perú. No les fue difícil persuadir a Bolívar de que aceptara el cargo de presidente vitalicio de la república.

Todo se hizo de acuerdo con el plan. El 16 de agosto de 1826 se adoptó en Perú la Constitución boliviana, y Bolívar fue elegido Presidente. Al enterarse del resultado de las elecciones dijo orgullosamente: “Esta Constitución es obra de siglos, pues logré combinar las teorías de la experiencia y el consejo y opinión de hombres sabios.” Por desgracia, esa jactancia tiene poco de verdad. A pesar de todo, Bolívar se negó a aceptar la presidencia alegando que Colombia lo necesitaba. Una vez más, los peruanos trataron de inducirle a quedarse; hasta las damas de Lima tomaron parte en el cortejo que fue a pedirselo: desde luego, nadie lo iba a echar tanto de menos como ellas. El les dirigió esta alocución: “Señoras, el silencio es la única respuesta que puedo dar a sus encantadoras palabras, que cautivan no sólo mi corazón, sino mi conciencia. Cuando la belleza habla, ¿quién puede resistir? Yo he sido un soldado al servicio

¹¹⁰⁰ *Cartas*: Vol. V., pág. 269.

¹¹⁰¹ *Proclamas*: pág. 337. Larrazábal: Vol. II, pág. 355.

de la belleza, pues he luchado por la causa de la libertad, y la libertad es a la vez bella y seductora.” Las señoras de Lima lo rodearon; estaban convencidas de que se quedaría. Este episodio da cierta idea del clima moral de vida de Bolívar en 1826.¹¹⁰²

Bolívar no puede sustraerse a la acusación de que el goce, excesivamente humano, del poder, le hizo perder irrecuperables meses en Perú, pero sería injusto atribuir a esta circunstancia la única razón de su demora. Había otros motivos y más objetivos que lo hicieron quedar. Bolívar estaba tratando de echar los fundamentos de una seguridad, no sólo para la estructura interna del Estado, sino para las relaciones entre las repúblicas libertadas. Creía que la Federación de los Andes que él proyectaba ahora adquiriría mayor unidad si fueran idénticas las bases constitucionales de cada una de las repúblicas. Bolivia y Perú ya habían adoptado la Constitución boliviana, y Bolívar envió el texto de su inspiración política a Colombia, con la esperanza de que acabaría sustituyendo la Constitución de Cúcuta. Hasta llegó a concebir el plan de que su programa fuera aceptado por Argentina y Chile.

El plan que ocupaba el centro de los sueños de Bolívar era a la vez elevado y fantástico. Desde luego, tenía cierta grandeza de percepción. Si las naciones de América del Sur consintieran en aceptar su Constitución y le eligieran como Protector, la tarea de fundirlas en alguna forma de organización internacional se facilitaría en gran manera. Simón I, Emperador de los Andes, no era un título que ejerciera una tentación irresistible sobre Bolívar; pero Simón Bolívar, creador de tres repúblicas, Presidente de la Liga de las naciones de América del Sur, era quizá la meta íntima de sus ambiciones que acarició durante mucho tiempo. En la época en que Bolívar aspiraba a que su Constitución fuera adoptada en el norte y el sur del continente, se reunió en Panamá un Congreso donde los delegados de las repúblicas libertadas iban a examinar su común destino. Se habían abierto nuevos horizontes y América estaba frente a frente de Europa; una liga de naciones libres se enfrentaba con la Santa Alianza. El congreso de Panamá —su preparación, su historia y su fracaso— completa el retrato de Bolívar en los años 1825-26. La trágica grandeza de su vida sólo resulta visible a la luz de una visión panamericana.

1102 *Proclamas*: Pag. 337. Larrazábal: Vol. II, pág. 355.

XXX

LA LIGA DE LAS NACIONES DE AMÉRICA DEL SUR

La política exterior comenzó en América del Sur en la época del nacimiento del país como federación de naciones libres. Sin embargo, el término política exterior debe entenderse con limitaciones si se aplica a América Latina. No implica el uso de la fuerza para obtener ganancias territoriales ni el avasallamiento de una nación por otra; no es una política de expansión e imperialismo a la usanza europea. Si hacemos caso omiso de las ambiciones forzosamente egoístas que existen en casi todas las políticas exteriores de larga tradición y nos fijamos en la política de la América del Sur como resultado de la integración del continente y su consiguiente capacidad para tratar con naciones extranjeras, podemos decir con toda propiedad que la política exterior sudamericana nació en 1826 y que su padre fue Simón Bolívar.¹¹⁰³

El problema de las relaciones internacionales fue el tercer gran tema de esos años. Era un problema complicado y asignaba a Bolívar una doble misión. Ante todo tenía que construir un fundamento para las relaciones interamericanas dentro del propio continente, pero al mismo tiempo tenía que presentar estas repúblicas como grupo integrado a Europa y los Estados Unidos.

¿Cómo había reaccionado el mundo ante las hazañas de Bolívar? Hasta entonces, la revolución sudamericana había despertado poco interés entre los gobernantes de Europa, y desde luego la Santa Alianza no se había arriesgado a lanzar una intervención. La guerra de independencia sudamericana difería de la norteamericana porque la lucha de los latinos había sido exclusivamente entre la madre patria y sus colonias. La caída de Napoleón sólo influyó indirectamente en la marcha de los acontecimientos. España no podía contar con la ayuda de otros países conservadores europeos porque éstos carecían de flotas y bases en el Hemisferio Occidental.

La actitud de Inglaterra fue de suma cautela. El ministro tory Castlereagh, pensando en los intereses de Inglaterra, apoyó la Santa Alianza, pero los intereses de Inglaterra en América del Sur estaban preocupados todavía por apoderarse del comercio exterior. Cuando el movimiento a favor de la independencia hubo prosperado, Castlereagh

¹¹⁰³ J. Pérez Concha: *Bolívar, internacionalista*, Quito, 1939.

se inclinó cada vez más a favorecer el establecimiento de monarquías constitucionales que por su naturaleza vincularían más estrechamente a los latinoamericanos con la Gran Bretaña. Se convenció de que un régimen republicano los colocaría más cerca de los Estados Unidos. Esta era la situación cuando George Canning se hizo cargo del Ministerio de Asuntos Extranjeros inglés. Los acontecimientos de América del Sur no habían redundado a favor de la política de suma cautela de Castlereagh. América del Sur decidíase por un régimen republicano. Además, España y Portugal habían sido inundadas por la marea revolucionaria. Los gobernantes de la Santa Alianza se reunieron en el Congreso de Verona con el intento de poner coto a esa marea y restablecer, mediante la fuerza armada, el Gobierno legítimo de España. Su intervención, llevada a cabo por el ejército francés a las órdenes del duque de Angulema, dio lugar a la restauración de Fernando VII como monarca absoluto. Inglaterra no intervino en esas operaciones, y Canning manifestó que las desaprobaba.¹¹⁰⁴ Hizo una tentativa para interesar a los Estados Unidos en una declaración conjunta contra esa política continental a fin de impedir que la Santa Alianza interviniera en América del Sur. Canning tenía todas las esperanzas de que los gobernantes norteamericanos simpatizarían con su plan, porque en aquel momento tenían dificultades con Rusia a causa de Alaska y, por consiguiente, habían de mostrarse inclinados a condenar toda injerencia de la Santa Alianza en el Hemisferio Occidental.¹¹⁰⁵

Sin embargo, los diplomáticos norteamericanos estaban en perfectas condiciones de tratar con los proyectos diplomáticos de Canning. Los Estados Unidos habían reconocido ya la soberanía de la mayor parte de las repúblicas de América del Sur y dieron a entender a Canning que esperaban de Inglaterra que adoptara la misma actitud.¹¹⁰⁶ Sólo después de haber dado este paso cabía pensar en la posibilidad de hacer causa común contra la Santa Alianza. Pero Canning era demasiado cauteloso para lanzarse por esa senda; seguía temiendo que se alejaran de ella España o alguna otra potencia europea.

En ese momento crítico, el Presidente Monroe emitió su famoso mensaje en que se oponía a toda intervención no americana en el

1104 W. C. Temperley: *Life of Canning*. Londres, 1905. Temperley: "The Ltyin American Policy of Canning" *AM Hist. Rev.*, Vol. XI 1906.

1105 G. Heinz: *Die Beziehungen Russlands, Englands und Nordamerikas 1823*. Berlín, 1911.

1106 F. J. Urrutia: *Páginas de historia diplomática*. Págs 217-238. Bogotá, 1917.

Hemisferio Occidental.¹¹⁰⁷ Canning, viendo que los Estados Unidos se le habían anticipado, trató de recuperar su posición y logró persuadir a Francia para que renunciase a usar la fuerza contra las naciones sudamericanas.¹¹⁰⁸ Aprovechando esa concesión, se presentó como el más destacado paladín de la libertad de América del Sur, y ésta aceptó como sincera esa actitud de Canning. El propio Bolívar creía en él y pensaba que Inglaterra era la única amiga de la independencia de la América del Sur entre las potencias europeas reaccionarias y egoístas. Entonces Canning reconoció como repúblicas soberanas a los jóvenes Estados: primero a Argentina y después a Colombia y a México.¹¹⁰⁹

Entretanto, la Santa Alianza seguía impotente. Prusia, Rusia y Austria protestaron ante Canning, pero no facilitaron los medios necesarios para emprender una acción contra América del Sur. De esta suerte, las circunstancias no sólo habían convertido en hecho consumado el cambio de actitud de Canning, sino que habían conferido importancia internacional al acontecimiento. Canning revistió su cambio de actitud con todos los atributos de un gran gesto cuando en 1826 dijo: “Yo hice nacer el Nuevo Mundo para restablecer el equilibrio con el Viejo.”

El lector recordará que esas palabras remedaban las de la carta de Bolívar desde Jamaica, y nos llevan de nuevo al origen de nuestras reflexiones.

¿Cuál era la posición de Bolívar en medio de la intriga diplomática que se desarrollaba a uno y otro lado del Atlántico? El movimiento a favor de la independencia en el Nuevo Mundo ostenta una tendencia que falta totalmente en las anteriores revoluciones: la tendencia a la solidaridad, presente en las luchas del mundo occidental, de la cual se hizo portavoz Bolívar. Sin duda había tenido sus precursores. Los Ayuntamientos de Buenos Aires, Caracas y Bogotá se consultaron mutuamente en 1810, cuando por vez primera pensaron en sacudir el yugo de trescientos años de tiranía. Esos hombres estaban unidos en la creencia de que su empresa era de común interés. Miranda había mostrado el camino, y Martínez de Rozas en Chile y Cecilio del Valle en Guatemala respondieron a su idea de la solidaridad sudamericana. Pero Simón Bolívar los aventajó a todos. “Desde el primer momento de la revolución me convencí que si un día pudiéramos establecer naciones libres en América del Sur, una

1107 Dexter Perkins: *The Monroe Doctrine, 1823-26*. Londres, 1927. Whitacker: *op. cit.*, págs. 428 ss., 464 ss.

1108 Webster: *op. cit.*, vol. I, pág. 19.

1109 Blanco: *Doc.*, vol. IX, pág. 514.

federación entre ellas sería la forma más fuerte de unión.”¹¹¹⁰ En 1812 su visión ya era continental: en 1813 dijo a sus soldados: “América espera de vosotros la libertad y la salvación.”

Luego estudió la forma que debía adoptar la federación. En su Carta de Jamaica, Bolívar rechazó la idea de un superestado, fuese éste república o monarquía. Pero subrayó el hecho de que los habitantes del continente tenían el mismo origen, la misma lengua, la misma religión, y poseían en común costumbres y un código moral. Podían unirse. Panamá podía convertirse en el Corinto del Nuevo Mundo, teatro de un glorioso congreso que reuniera a todo el pueblo de América.¹¹¹¹

Tres años después, Bolívar se dirigió al director de la república Argentina en los siguientes términos: “Vamos a hacer nuestros mayores esfuerzos para convertir en realidad la convención de América del Sur: realidad que funda en un solo cuerpo todas nuestras repúblicas.”¹¹¹² Para preparar el camino que llevara a la Liga de Naciones de América del Sur se concertarían tratados de alianza con México, Guatemala, Perú, Chile y Argentina.¹¹¹³ La intención de Bolívar era formar una verdadera Liga Americana, sociedad de naciones hermanas, sociedad cuya fuerza federada se opondría a la santa Alianza.¹¹¹⁴ Bolívar aspiraba a una unión voluntaria en América a diferencia de la unión impuesta coercitivamente por la Santa Alianza a naciones pequeñas e indefensas. Trataba de realizar los ideales proclamados por el abate de Saint-Pierre a principios del siglo XVIII y tan admirablemente dilucidados en fecha posterior por Kant en su ensayo *Vom ewgen Frieden*.¹¹¹⁵

1110 *Cartas*: Vol. IX, pág. 430. Véase también *Boletín de la Unión panamericana*, mayo de 1942.

1111 *Cartas* Vol. I, pág. 202. F. Lozano y Lozano. “El Congreso de Panamá”. *B. de H. Bogotá*, vol. XVIII, pág. 225, E. Finot: *Bolívar, pacifista*. Nueva York. 1936.

1112 *Cartas*: Vol. II, pág. 20. A. F. Ponte: *Simón Bolívar*, pág. 220. Caracas, 1919. F. Velarde: *Congreso de panamá en 1826*. Panamá, 1922. M. Oliveira Lima: *La evolución histórica de la América Latina*, págs. 160-170. Madrid.

1113 *Cartas*: Vol. II, págs. 54, 58, 62, 63, 81, 108, 257. Blanco: *Doc.*, vol. IX, páginas 297, 305, 717.

1114 Urrutia: *El ideal internacional de Bolívar*, *op. cit.*, pág. 202. R. Rivas: “Bolívar internacionalista”. *B. de H. Bogotá*, vol. XXV, pág. 664.

1115 Pérez Concha. *Op. cit.*, pág. 113. Urrutia: *La evolución del arbitraje en América*. Madrid, 1920. Se ha dicho a veces que San Martín y su ministro Montegudo fueron quienes realmente iniciaron el plan de una Liga de naciones en América del Sur, pero esa interpretación es errónea, pues San

Pocos días antes de la batalla de Ayacucho, Bolívar había enviado una circular a los Gobiernos de México, Guatemala, Argentina y Chile: “Tras quince años de sacrificio —escribía— dedicados a garantizar la libertad americana en un sistema de seguridad que, tanto en la guerra como en la paz, pueda ser escudo de nuestro destino, ha llegado ahora el momento en que los intereses y asociaciones que unen las repúblicas americanas aseguren un fundamento firme.” En consecuencia, Bolívar sugería la reunión de una asamblea de plenipotenciarios que debería celebrarse en Panamá: “El día en que estos plenipotenciarios cambien sus credenciales, se considerará inmortal en la historia de América. Cuando, después que hayan pasado cien años y la posteridad haya hecho investigaciones sobre los orígenes de nuestro Derecho Internacional, se acordará de los tratados que han fortalecido nuestro destino y los tratados del estrecho de Panamá se recordarán con respeto.”¹¹¹⁶ habiendo recibido Bolívar respuestas satisfactorias de la mayoría de las repúblicas invitadas a asistir a la asamblea, creyó que el éxito de su Congreso estaba asegurado. En ese caso, su ardiente imaginación anticipó una vez más una promesa de futura grandeza a la cual, sin darse cuenta, él mismo dio realidad. Más de quince años antes había previsto los resultados de la guerra; ahora pronosticaba el rumbo que seguirían los acontecimientos durante cien años.

Además, Bolívar tenía razones concretas para recomendar su plan a favor de una Liga de naciones Americanas e insistir en él. Ya hemos indicado que seguía temiendo una intervención por parte de las potencias conservadoras europeas. El Congreso de Panamá sería el mejor medio de poner coto de una vez por todas a esos intentos de injerencia. Una nueva organización internacional se enfrentaría a otra antigua y con principios diametralmente opuestos. “Mientras en Europa todo está hecho por amor a la tiranía, en América todo está hecho por amor a la libertad”.¹¹¹⁷

A propuesta de Santander, la invitación a asistir al Congreso se hizo extensiva a los Estados Unidos y a las naciones europeas que tuvieran intereses que defender en el Hemisferio Occidental. Se ha dicho que esa iniciativa de Santander torpedeaba los planes de Bolívar, pero la acusación

Martín, en su famosa proclama del 13 de noviembre de 1818, pedía solamente un tratado de alianza entre Argentina, Chile y Perú, mientras que Bolívar aspiraba a una verdadera Liga de las Naciones de América del Sur.

1116 *Cartas*: Vol. IV, págs. 216-218, 266. Miranda fue quien primero propuso que se reuniera un Congreso panamericano en Panamá. Robertson: *Life*, vol. I, pág. 230.

1117 *Cartas*: Vol. IV, págs. 267, 288.

es completamente injusta. El fracaso de Bolívar puede atribuirse con mayor razón a una dualidad de intereses, que parecen contradictorios. Cuando proyectaba su liga Panamericana, Bolívar preparaba también un plan más limitado e imperialista: la Federación de los Andes.¹¹¹⁸ La segunda visión era la idea de una federación de todos los estados de la región andina, desde México hasta el Cabo de Hornos, idea que fue creciendo y fortaleciéndose en la mente del Libertador. “México, Guatemala, Colombia, Perú, Chile y Bolivia podrían formar una magnífica federación... esta Federación tendría la ventaja de ser homogénea, sólida y continua. Los norteamericanos y los haitianos serían una sustancia extraña en nuestro cuerpo.”¹¹¹⁹ Es evidente que en ese momento la atención de Bolívar se concentraba en una Liga de Naciones Hispánicas. La Liga Panamericana universal seguía siendo sólo una especie de marca para imprimir cierta dignidad ideológica a la Federación de los Andes.

Bolívar esbozó luego otra idea que puede parecer asombrosa y excéntrica en varios aspectos. Propuso que la Federación de los Andes se colocara bajo la protección de Gran Bretaña, “la dueña de las naciones”, como él la llamaba.¹¹²⁰ Esperaba concertar con Inglaterra una alianza ofensiva y defensiva, a cambio de la cual ese país se encargaría de la protección de la República Andina.¹¹²¹ Tratemos de entender esa idea desorientadora. ¿Vamos a creer que Bolívar quería volver a las concepciones de Miranda, que sólo había sacudido el yugo español para aceptar la dominación inglesa? En los planes de Bolívar a favor de un protectorado inglés se amalgaman las consideraciones más heterogéneas. Inglaterra era para él el país liberal por excelencia; su Constitución había sido tomada como modelo por Bolívar porque su régimen se fundaba en la libertad. Bolívar no temía que Inglaterra, aún en su función de protectora, se ocupara de los problemas internos de América del Sur. Más importante era su sensación de seguridad de que sólo Inglaterra podía sostener con éxito una guerra contra América del Sur, continente defendido por dos océanos. “Inglaterra —escribió Bolívar— sigue una línea ascensional. ¡Ay de quien se le oponga! Quiénes no se hayan aliado ya con ella o no hayan unido sus destinos a Inglaterra, son realmente desdichados. Toda América no vale lo que la flota inglesa. Hasta la Santa Alianza

1118 *Cartas*: Vol. IV, págs. 308, 343.

1119 *Cartas*: Vol. IV, pág. 348..

1120 *Cartas*: Vol. IV, pág. 13.

1121 *Cartas*: Vol. IV, págs. 26-27, 204, 214, 215. *Cartas Santander*: Vol. II, páginas 74, 93.

es impotente contra una Inglaterra apoyada por inmensos recursos y principios liberales. Una alianza con Inglaterra significaría para nosotros más que la batalla de Ayacucho.”¹¹²²

Para comprender plenamente la razón de que Bolívar deseara un protectorado inglés en Sudamérica, debemos tener en cuenta su actitud escéptica respecto de las aptitudes de su pueblo. Estaba convencido de que éste se hallaba todavía demasiado lejos de la madurez para defenderse de la agresión exterior; además, no confiaba en sus protestas de democracia. No le asustaba que un protectorado pudiera poner un día en peligro la soberanía nacional, pues dijo: “... a su sombra creceríamos y nos haríamos hombres, podríamos cultivarnos y fortalecernos y, por último, presentarnos entre las naciones con el grado de civilización que se requiere de un gran pueblo.”¹¹²³ Este pasaje da la nota del pensamiento político de Bolívar durante los años que siguieron a Ayacucho. Se daba perfecta cuenta de que el solo hecho de la independencia de América del Sur no había modificado la atmósfera de dependencia colonial que durante tantos años había regido la vida del pueblo sudamericano.

Bolívar soñaba con fundar una gran nación que pudiera competir con las demás tanto en poder como en cultura. Para alcanzar ese fin, consideraba necesario que se estableciera la seguridad interna mediante un régimen autoritario y que se adquiriera la estabilidad entre las potencias extranjeras a base de un Protectorado. No se le ocultaban los peligros que encerraba ese plan, pero los consideraba como riesgos inevitables si las naciones de los Andes aspiraban a educarse para desempeñar un papel importante en los asuntos mundiales.

No parece que Inglaterra hiciera el menor caso del llamamiento de Bolívar. Durante el siglo XIX, la gran Bretaña se limitó a la penetración y conquista económica de América del Sur. Un Protectorado habría sido un experimento caro condenado a un seguro fracaso a causa del natural antagonismo que habría provocado en los Estados Unidos.

Mientras estudiaba las perspectivas de esa federación, Bolívar siguió llevando adelante los preparativos para el Congreso de Panamá.¹¹²⁴ Se conserva el programa de esta primera Conferencia Panamericana, que comprende los siguientes puntos: Los Estados del Nuevo Mundo

1122 *Cartas*: Vol. V, págs. 26-27, 204, 214, 215. *Cartas Santander*: Vol. II, págs. 74, 93.

1123 *Cartas*: Vol. V, págs. 215-216.

1124 *Proclamas*, pág. 315: “Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá. R. Porras Barrenechea: *El Congreso de Panamá*. Lima, 1930.

se unirían bajo un derecho internacional común. Habría una base de igualdad en sus mutuas relaciones. Todo miembro de la Liga que se niegue a aceptar sus resoluciones debe ser expulsado. La Liga debía tener la facultad de mediador y arbitrar todas las disputas que surgieran entre los miembros. Así como entre un miembro y una potencia extranjera. Si una agresión externa o anarquía interna amenazarán la existencia de cualquier miembro, la Liga debería prestarle asistencia. Había que abolir las discriminaciones raciales. Debería rechazarse todo nuevo intento de iniciar experimentos coloniales en suelo sudamericano. Había que abolir el comercio de esclavos. Era preciso liquidar todos los vestigios del poder español en el Nuevo Mundo. América debería abrirse al comercio inglés y servir de cabeza de puente económica entre Europa y Asia. Los ingleses deberían tener los mismos derechos que los ciudadanos sudamericanos, y éstos emular a los ingleses y adoptar su código moral. De los puntos enunciados se desprende claramente que Bolívar estaba obsesionado por su admiración hacia la Gran Bretaña.

No causará sorpresa el hecho de que el Congreso de Panamá no realizara lo que de él esperaba Bolívar. En 1826, los Estados Unidos no estaban dispuestos a prohibir el comercio de esclavos, y lo que es más importante aún, se negaban a aceptar otros movimientos revolucionarios en el Mar Caribe. Ni Cuba ni Puerto Rico podían alterar su posición en esa época porque la actividad revolucionaria en esa zona podía poner en peligro la influencia de Norteamérica. El gabinete del Presidente Adams se mostró frío al proyecto de Bolívar, pero nombro un representante al Congreso de Panamá. Desgraciadamente, ese enviado falleció durante el viaje y los Estados Unidos no participaron en las deliberaciones de Panamá.¹¹²⁵

Inglaterra también adoptó una actitud de frialdad. Las ventajas que Bolívar le ofrecía las tenía ya sin contraer responsabilidades, y la política británica no aceptó nunca una obligación que no tuviera su recompensa definida. Por consiguiente, Inglaterra se limitó a enviar un observador al Congreso. Las repúblicas sudamericanas vacilaban. Chile no era hostil a los planes de Bolívar, pero exigencias internas le impidieron tomar parte activa en Panamá. Buenos Aires y Brasil se excusaron. Al fin se reunió un Congreso trunco. Los primeros delegados que llegaron fueron los peruanos; seis meses después, los colombianos; por último, en junio de 1826, aparecieron los representantes de México y Guatemala. El 22 de junio, en el monasterio franciscano de Panamá, se reunió solemnemente

1125 Blanco: *Doc.*, vol. X, pág. 227.

el Congreso. Sólo habían enviado delegados cuatro repúblicas sudamericanas. Las reuniones se aplazaron el 15 de julio.

Las resoluciones adoptadas por el Congreso de Panamá fueron las siguientes: Las cuatro repúblicas representadas hicieron un tratado de alianza interna abierto a todas las repúblicas americanas.¹¹²⁶ La federación, así constituida, debía tener un ejército y una escuadra a su disposición, sostenidos por todos los Estados federados. Debía confiarse a esa fuerza armada la defensa de todos los asuntos americanos. Una asamblea, representativa de los Estados federados, debía reunirse cada dos años o, en caso de guerra, anualmente. Considerando que el clima de Panamá era insalubre, se resolvió que las futuras conferencias se celebrarían en una población mexicana¹¹²⁷ El relato que acabamos de hacer es un resumen en líneas general de las resoluciones tomadas en el Congreso de Panamá. No se había fundado una Liga de Naciones de América del Sur. Ni Argentina, ni Chile, ni Brasil se adhirieron a las resoluciones, y los delegados de Bolivia no pudieron intervenir en los debates porque llegaron demasiado tarde.

Bolívar, que seguía residiendo en Lima, se negó a ejercer la menor presión sobre los delegados de Panamá, pero quedó profundamente decepcionado con el resultado de sus deliberaciones.¹¹²⁸ Las estipulaciones relativas a la defensa común parecían endebles e inestables; consideró que la adopción de una localidad mexicana como sede de la Liga era un error, puesto que la alejaba de su jurisdicción y la ponía más cerca del control mexicano y en un territorio limítrofe de los Estados Unidos. Ordenó que se aplazara la ratificación de los tratados, y en una de sus grandilocuentes metáforas se comparaba al loco griego que desde una base montañosa en tierra firme trató de dirigir el curso de los buques que se hacían a alta mar.¹¹²⁹

En realidad, era cierto que el Congreso de Panamá constituyó un fracaso, puesto que no se había logrado su principal objetivo: la creación

1126 Véase el relato de Briceño en O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 564. Blanco: *Doc.* Vol. X, pág. 432.

1127 J. B. Lockey: *Pan-americanism, its beginnings*. Nueva York, 1920. Los cuatro tratados firmados en Panamá están reproducidos en Blanco: *Doc.*, vol. V, pág. 499. V. Mendoza López: *El Congreso de Bolívar y el panamericanismo*. La Paz.

1128 *Cartas*: Vol. V, pág. 222. O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 578. F. L. Reinhold: *Hisp. Am. Hist. Rev.*, vol. XVIII, págs. 342 ss.

1129 *Cartas*: Vol. VI, págs. 68-69. Whitacker: *op. cit.*, pág. 578. F. L. Reinhold: *Hisp. Am. Hist. Rev.*, vol. XVIII, págs. 342 ss.

de una Liga Sudamericana. Sin embargo, su importancia estriba en el hecho de que Bolívar concibió esa idea hace más de un siglo e hizo un intento concreto para llevarla a cabo. Fue el primero que preconizó el arbitraje internacional en el Hemisferio Occidental y uno de los primeros que pidió la abolición del comercio de esclavos. Otra de sus grandes concepciones, la defensa común del Hemisferio, había de realizarla el siglo XX. Se habían logrado verdaderos progresos en algunos puntos: las conferencias panamericanas pasaron a ser institución permanente y la idea de tribunales internacionales fue ganando cada vez más terreno. La política de la buena vecindad de Franklin D. Roosevelt, está muy cerca de los más íntimos deseos del Libertador. Las resoluciones de Chapultepec y San Francisco, están animadas del mismo espíritu que impulsaba a Bolívar cuando convocó el Primer Congreso de Panamá.

El golpe que recibieron sus esperanzas no le halló del todo desprevenido. Más adelante, en una conversación privada confesó lo siguiente: “Convoqué el Congreso de Panamá con el objeto de causar sensación. Mi ambición era elevar el nombre de Colombia y de las demás repúblicas de América del Sur a la atención de todo el mundo.... Nunca creí que de sus deliberaciones resultara una Liga Americana comparable a la Santa Alianza formulada en el Congreso de Viena.”¹¹³⁰ Calificó de vana jactancia, de golpe teatral, el Congreso, pero en modo alguno había perdido la fe en los principios que inspiraban la convocatoria. No obstante, veía con mayor claridad la disparidad de intereses que impedían un acuerdo internacional en América. Las repúblicas sólo poseían en común una cosa: la independencia. “Consideré que el Congreso del Estrecho era una función teatral y, como Solón, creí que las medidas promulgadas en él eran trampas para los débiles y apoyos para los fuertes.”¹¹³¹

Bolívar concentró entonces sus esfuerzos en el segundo triunfo que podía jugar: la Federación de los Andes. Una vez más se le ofreció la corona de emperador. Intereses influyentes en el Perú trataron de convencerlo de que el momento era propicio para establecer un gran imperio que se extendiera del Orinoco a Potosí. Bolívar debía ser emperador, ya que su presencia estabilizaría al país y apaciguaría las potencias europeas. Ese partido adoptó el lema: “Bolívar o nada.”¹¹³²

1130 *D. de B.* págs. 318-319.

1131 *Cartas*: Vol. VI, pág. 10.

1132 *O'Leary*: *Memorias*, vol. II, pág. 505. *O'Leary*: *Doc.*, vol. X, págs. 144-166. *Cartas*: Vol. V., pág. 288. Pérez Concha: *op. cit.* pág. 5. *Cartas*: Vol. V, 288. Pérez Concha: *op. cit.*, pág. 5.

De hecho, la posición de Bolívar en 1826 era igual a la que ocupaba el rey español durante el período colonial. Controlaba Venezuela, Ecuador, Nueva Granada, Panamá, Perú y Bolivia: su voz hallaba poderoso eco en Chile y Argentina y aun en América Central. En más de un aspecto habría parecido prudente consolidar esa posición. No obstante, Bolívar se negó de nuevo y, en cambio, exigió en vez del imperio su Federación de los Andes, idea que entonces pasó a ocupar el lugar de su anterior interés por una Liga de Naciones de América del Sur.

En 1815, Bolívar había sustentado la opinión de que un Estado demasiado extenso con fronteras muy alejadas de un centro de operaciones debe, por su misma naturaleza, degenerar en tiranía. Una monarquía muy dilatada es difícil de mantener —dijo—, pero una república extensa no puede sostenerse. Ahora, al cabo de once años, lo vemos defender un punto de vista contrario. Su visión política se había ensanchado a la par de las dimensiones de sus éxitos militares, y parecía reacio a hacer dejación de la influencia que había adquirido sobre el continente.¹¹³³ A la luz de una excelsa victoria, le parecía que la formación de una Federación de los Andes era una solución definitiva para todos los angustiosos problemas del continente. Tal era su ilusión.

El sueño de Bolívar era que se le designara Protector o Presidente de la Federación, pero cada uno de esos países había de ser objeto de subdivisiones. Colombia sería dividida de nuevo en tres Estados: Venezuela, Cundinamarca y Ecuador. Perú y Bolivia conjuntamente debían dividirse en tres Estados. De esta suerte, la Federación se habría integrado a base de seis Estados. Bolívar explicó su proyecto con gran detalle en una carta al general Gutiérrez de la Fuente: “Tras larga meditación, nosotros, es decir, los hombres de sano juicio y yo, hemos decidido que el único remedio para los terribles males (de la anarquía) debe buscarse en una Federación general entre Bolivia, Perú y Colombia. Esa Federación debería estar más íntimamente unida que la de los Estados Unidos. Debería estar dirigida por un presidente y un vicepresidente. La Constitución boliviana formaría la base de su régimen, puesto que puede adaptarse tanto a la Federación como a los distintos Estados introduciendo en ella algunas modificaciones. La finalidad de la Federación es establecer una unidad tan completa como la que es posible bajo un régimen federado. El gobierno de cada uno de los Estados debe permanecer en manos de los vicepresidentes y las dos Cámaras en todos los asuntos relativos a la religión, la justicia, la administración civil y

¹¹³³ Belaúnde: *La Federación de los Andes, op. cit.*, pág. 205.

la economía, o sea en todo cuanto no se refiera a lo asuntos exteriores o a la guerra... El Libertador, como gobernante supremo, visitaría a los Estados miembros por lo menos una vez al año. La capital estaría situada en un punto central de los Estados federados... La Federación adoptaría cualquier nombre: el nombre no importa..., pero tendría una sola bandera, un solo ejército y sería una sola nación.”¹¹³⁴

Pocos días después, Bolívar escribió a Santander: “Aquí estamos trabajando en grandes planes relativos a la Constitución y Federación de Bolivia, Perú y Colombia.”¹¹³⁵ Pero ya estaba abandonando la idea de la Federación para sustituirla con una unión: la Unión de los Andes. Huelga decir que él había de ser presidente vitalicio del imperio-república proyectado, con Sucre como sucesor. Eso recuerda la fundación del Imperio alemán, con Colombia desempeñando el papel de Prusia, pero Bolívar no era Bismarck y sus planes estaban condenados de antemano al fracaso.

El movimiento a favor de la independencia no había llegado nunca a un punto de aceptación universal en América del Sur, a diferencia de América del Norte. Las trece colonias del Norte habían proclamado su libertad con una sola voz en la Declaración de Independencia; en el Sur, cada Estado había tomado su decisión por separado. Bolívar subestimó la importancia de este hecho, o tal vez prefirió ignorarlo. Diez años antes había descrito con gran elocuencia las muchas diversidades de los Estados de América del Sur; ahora, en 1826, pide que se forme una nación unificada a base de los mismos Estados dispares.

Los colaboradores de Bolívar eran más escépticos que él. Santander consideraba utópica y absurda la unión entre Colombia y Perú. Sucre tenía sus dudas de que una República gigantesca de esa índole redundara en beneficio de las naciones libertadas. No acababa de estar seguro de que éstas se sometieran a un solo Gobierno.¹¹³⁶ Pero Bolívar no prestaba oídos a objeciones: estaba bajo el hechizo de su idea y consideraba que la Federación de los Andes culminaría la gloria de toda su vida. El lector recordará las palabras “Busquemos un fundamento de seguridad” con que empezó este capítulo de la vida de Bolívar. La Federación de los Andes era para él la respuesta a su búsqueda. Daba cuerpo a un nuevo orden político y geográfico de conformidad con sus deseos; además, adoptaría la

1134 *Cartas*: Vol. V, pág. 296.

1135 *Cartas*: Vol. V, págs. 292, 367. *Cartas*: Vol. V, pág. 59.

1136 Belaúnde: *Federación de los Andes*, pág. 207. Sobre la opinión de Sucre acerca de la Federación, véase O’Leary: *Doc.*, vol. I, págs 374, 422.

Constitución bolivariana y regularía las relaciones entre los Estados. Por último, hasta podría constituir una seguridad contra enemigos exteriores: la Santa Alianza o Brasil. Confiando en esa creencia, Bolívar consideró que con el tiempo podría desafiar a los Estados Unidos y dirigir la lucha por la libertad de Cuba y Puerto Rico.¹¹³⁷

La idea híbrida de Bolívar se asentaba sobre una peregrina mezcolanza de ambición personal, deseo de estabilidad interna y prestigio externo. Soñaba en una nación poderosa en América del Sur que rivalizara con los éxitos de los Estados Unidos y fuera capaz de competir en autoridad e importancia con esa potencia del Norte. Sin embargo, acariciaba ese sueño, a pesar de que en su fuero interno sabía que el metal del alma sudamericana no era capaz de apoyar semejante ideal. Se daba cuenta de que las barreras geográficas y los prejuicios raciales y nacionales separaban a los nuevos Estados, que hasta el último momento habían sido colonias dependientes.

Pero Bolívar se resistía a admitir esta verdad, con la esperanza, tal vez, de que acaso los sudamericanos se unieran bajo presión autoritaria.

La idea que de la dictadura se formaba Bolívar estaba ilustrada por un motivo educativo, por el estilo de ciertas ideas de Fichte, a la vez magníficas y delirantes. Como Disraelí, Bolívar no era primordialmente un gobernante, sino un artista y poeta que trataba de insuflar vida a la arcilla americana. Como Shiller, pensaba: “Este siglo no está bastante maduro para mi ideal; yo vivo como ciudadano de tiempos venideros”, con la diferencia de que Bolívar no se contentaba con aguardar a que los actores del futuro se hicieran cargo de sus papeles. Deseaba montar su magnífico drama bajo la apremiante ilusión de que estos partícipes en el destino de América del Sur estaban dispuestos ahora a salir a escena y ansiosos de desempeñar sus papeles. Haciendo totalmente caso omiso de la obstinación fundamental de los sudamericanos, Bolívar exigía su derecho a realizar su sueño. Pero no es fácil prescindir de los seres humanos, y menos de los sudamericanos. Eran indiferentes a la idea bolivariana de la federación; no les importaba nada la Constitución Boliviana y proclamaban estentóreamente su desaprobación de la debilidad de Bolívar por un protectorado británico. Había luchado, dado su sangre y su vida por la independencia. Esa era su meta y la habían alcanzado. Para ellos libertad significaba autodeterminación y consideraban que la Federación de los Andes era una negación completa

1137 O’Leary: *Doc.*, vol. XXIV, pág. 8. *Cartas*: Vol. VI, págs. 54-55. J. M. Yepes: *El Congreso de Panamá*. Bogotá, 1930.

de todos sus esfuerzos por la libertad. No estaban dispuestos a someterse a un régimen imperialista.

La gran concepción de Bolívar estaba condenada al fracaso, y su pensamiento político era trágico y sin esperanzas. Nadie pensaba o proyectaba como él con criterio continental. Y aunque la arquitectura de su Federación Andina se erigía clara y brillante a los ojos de su mente, los mismos fundamentos de su estructura comenzaban a tambalearse. La tierra se abrió y tragó a los obreros y al andamiaje. Colombia estaba en llamas de un extremo a otro.

Cuarta parte

HOMBRE DE PESARES

XXXI

PÁEZ Y SANTANDER

“Mientras los libertadores permanezcan a mi alrededor Colombia seguirá unida; después habrá guerra civil.”¹¹³⁸ Al cabo de dos años de haber hecho Bolívar esa afirmación, sucedió lo que él había previsto. La desintegración de Colombia pasó de una fase latente a otra aguda. La causa inmediata del conflicto fue el desacuerdo entre Páez, comandante militar de Venezuela y, Santander, jefe de la administración civil de la República.

La estructura política de la Gran Colombia no había sido más que un expediente pasajero, una especie de parapeto detrás del cual dio Bolívar sus últimas batallas contra España. El Estado que se creó durante ese período de emergencia comprendía regiones de la mayor diversidad: las ardientes llanuras del Orinoco y las altas mesetas de Bogotá y Quito; las zonas costeras de los dos océanos y el gigantesco macizo de los Andes. Las tres grandes divisiones no tenían una política económica común; sus intereses estaban en conflicto, y entre ellas había grandes distancias. Sus provincias habían sido devastadas por la guerra y, aunque no razonable, era muy natural que se achacara a la joven República la acumulación de miserias. La administración liberal, poco más que improvisada, no tenía tiempo de hacer reformas y, en consecuencia, se veía entorpecida por innumerables abusos que databan del período colonial.

Las circunstancias que vamos a exponer patentizan ampliamente la situación del país. Bajo el régimen español se había formado una industria textil de grandes proporciones en Nueva Granada y Ecuador, protegida por la prohibición decretada por España para la importación de mercancías extranjeras. Cuando la República adoptó una política de libertad de comercio, el país se vio inundado inmediatamente con productos franceses e ingleses. Las fábricas del país hicieron bancarrota, y el capital invertido se perdió. La agricultura sufría por falta de carreteras y medios de transporte. En las regiones costeras, la harina norteamericana era más barata que la de Colombia.¹¹³⁹ Además la administración financiera del joven Estado notoriamente débil e insuficiente: el contrabando, las distracciones de fondos y el fraude eran cosa de todos los días, con lo cual toda la red fiscal veía aumentadas

1138 *Cartas*: Vol. IV, pág. 121.

1139 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 582.

sus dificultades. En lugar de los habituales derechos de aduana se había gravado toda la población con un impuesto general que provocó la oposición y estancamiento financiero. Los préstamos obtenidos de naciones extranjeras se dilapidaban. Cualquier semejanza de armonía entre los tres Estados federados era puramente superficial. Ese pueblo había vivido sin intercambio económico o intelectual durante trescientos años: por consiguiente, de cada unidad política de la administración colonial se sentía independiente y autártica.¹¹⁴⁰

La mayor parte de los europeos creía que los sudamericanos eran un solo pueblo: les parecía que las diferencias entre colombianos, venezolanos y ecuatorianos no eran mayores que las que había entre austríacos, bávaros y suizos. Pero la corriente oculta de idiosincrasias locales y malas interpretaciones que constituía una barrera entre los países de América del Sur, había penetrado muy a fondo en la naturaleza primitiva de esos pueblos, y la experiencia común de una lucha por la independencia no había formado unos puentes que salvaran esa oscura corriente. Los colombianos tenían cierta razón diciendo que Venezuela era una choza, Colombia una universidad y Ecuador un monasterio. En Caracas era importante el soldado: en Bogotá, el abogado; en Quito, el sacerdote. El último no constituía un peligro para el Estado en ciernes, pero los abogados y escritores de Colombia y los oficiales y llaneros de Venezuela ofrecían un antagonismo abierto y declarado. Bolívar se daba perfecta cuenta de esos obstáculos que se oponían a la unión y sabía con toda exactitud lo que podía esperar. “Juro con la máxima sinceridad —escribió a Santander— que temo a mi querida patria más que a todo el resto de América. Me creo más capaz de gobernar el Nuevo Mundo que gobernar a Venezuela.”¹¹⁴¹

En Venezuela un partido influyente había trabajado por la disolución de la unidad de la Gran Colombia. Caracas rival de Bogotá, había protestado ya en 1821 contra la unión con Colombia. El grupo venezolano dio a la publicidad sus ideas en alocuciones y periódicos, pero los políticos colombianos no prestaban atención a la creciente animosidad y seguían insistiendo enérgicamente con sus demandas de unidad.¹¹⁴²

“Antes del advenimiento de una revolución, todos son esfuerzos —dice un aforismo de Goethe—; pero después todo es afirmar prerrogativas.” El

1140 E. Caballero Calderón: “Un continente sin bautizar”. *Rev. De las Indias*, agosto de 1945.

1141 *Cartas*: Vol. IV, pág. 322.

1142 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 586. Baralt: Vol. II, págs. 91 ss

incidente del coronel Infante lo confirma. Infante, un venezolano héroe de inúmeras batallas, fue a Bogotá en 1819. Pero el paso a la vida civil no se compadecía con su temperamento, y no pasó mucho tiempo sin que adquiriera los hábitos y el aspecto de un sujeto de mala catadura. Estuvo envuelto en una disputa por una joven y dio muerte a un teniente colombiano. El proceso que vino luego asumió importancia política a causa del rango de Infante. La Corte Suprema de Bogotá lo condenó a muerte, y Santander, a pesar de que tenía atribuciones para conmutar la pena por la de cárcel perpetua, confirmó la decisión¹¹⁴³ Cabe suponer que la sentencia fuese justa, pero era poco prudente pedir la pena de muerte. Es posible que Santander obrara movido por su recto espíritu jurídico, pero también que influyera en él su odio al espíritu militar venezolano, odio al que muchos venezolanos hacían responsable de una vasta persecución. Uno de los jueves, Miguel Peña, venezolano, consideró que esta última idea había inspirado a Santander y, en consecuencia, se negó a firmar la decisión de la mayoría. Durante mucho tiempo, Bolívar se dio cuenta de que la enemistad de Peña constituía un verdadero peligro, y rogó a Santander que lo apaciguara y lo tuviera ocupado en Bogotá. Pero el consejo de Bolívar fue rechazado por Santander, y Peña fue acusado de violar la ley. Este, aunque era presidente de la Corte Suprema, tenía un historial poco envidiable con muchos aspectos turbios, y consideró que era prudente sustraerse al proceso.¹¹⁴⁴ Por consiguiente huyó a Venezuela y desatendió las órdenes de volver a Bogotá. Era conclusión inevitable que en lo sucesivo se dedicara a la fácil tarea de acrecentar la discordia entre Colombia y Venezuela.

Ya hicimos mención de la situación reinante en Venezuela en 1826. Numerosas bandas de insurgentes pululaban por el país fomentando la rebelión y despreciando la autoridad pública. Páez había hecho todo lo posible por dominar la situación, pero a fines de 1825 se consideró obligado a convocar las milicias para imponer algún control. Sin embargo, el gobernador civil, intendente Escalona, se negó a obedecer sus órdenes declarando que Páez se había excedido en sus facultades al convocar a las milicias.¹¹⁴⁵ Envió un memorandum de su queja al Gobierno central

1143 P. M. Ibáñez: "El coronel Leonardo Infante". *B. de H. Bogotá*, vol. III, número 26. O'Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 593. Blanco: *Doc., vol. IX*, pág. 627.

1144 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 485, *Cartas*: de Santander: Vol. II, páginas 16-17. Véase *Arch. Santander*: Vol. XII, pág. 302. O'Leary: *Doc. Volumen II*, pág. 256.

1145 Blanco: *Doc.*, vol. IX, pág. 611. O'Leary: *Doc.*, vol XXIV, págs. 100 ss.

de Bogotá, y en marzo. Páez fue acusado de violar la Constitución y se le ordenó que se presentara en la capital.¹¹⁴⁶

Páez estaba conforme en acudir a Bogotá para responder a la acusación del Gobierno pero le enfureció que se le tratara como a un vulgar soldado. Era un hombre de sentimientos primitivos, y la acusación, —diciéndolo con sus propias palabras— le había penetrado en el corazón como un puñal.¹¹⁴⁷ Sensible al insulto y susceptible por naturaleza al halago, Páez prestaba oído a las insinuaciones de falsos amigos, cuyo portavoz, en ese caso era el doctor Peña. ¿Cómo fue que Páez aceptara las órdenes de Bogotá que podían llevarlo a una muerte como la del coronel Infante? ¿No sería más prudente destruir la impopular unión con Nueva Granada y asumir él la jefatura en Venezuela? Era el héroe de los llanos, el León del Apure, y debía conservar las riendas del poder. Las palabras de Peña hallaron eco entre el pueblo. El Ayuntamiento de Valencia emitió una declaración afirmando que todos los habitantes tenían plena confianza en la jefatura del general Páez. Otras ciudades siguieron el ejemplo de Valencia. Su conducta constituía una revuelta contra el Gobierno central. El 16 de mayo, Venezuela nombró a Páez su jefe civil y militar. Algunos ciudadanos cautelosos y discretos del país se oponían enérgicamente a la rebelión abierta y escribieron a Bolívar pidiéndole que regresara y acelerara la reforma de la Constitución.¹¹⁴⁸ El propio Santander pidió ahora al Libertador que volviera de Lima. “Vuestra presencia —escribió— es absolutamente necesaria.”

La disputa entre Santander y Páez era un fenómeno que no falta en la historia de las revoluciones. Páez representaba la actitud del soldado veterano, el hombre que había luchado y sufrido, el hombre que durante años había estado exento de las restricciones del poder civil. Como es natural, consideraba que podía disponer del Estado. En cambio, Santander había vivido dentro de los límites de una sociedad controlada por el régimen civil y, aunque debía su encumbramiento a la revolución, quería ahora que terminara el período caótico y que se cancelara volviendo a la autoridad legal. De esta suerte, la disensión pasó a ser una contienda entre el poder militar y el régimen civil. El Gobierno central de Santander

1146 Restrepo: . *de. R. C.*, vol. III, pág. 484. O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 607. *Cartas*: Santander: Vol. II, pág. 93.

1147 O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 614-615. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, página 498. Larrazábal: Vol. II, pág. 345.

1148 Blanco: *Doc.* Vol. X, págs. 436, 526. *Cartas Santander*: Vol. II, pág. 219. O’Leary: *Doc. Vol. VIII*, pág. 181.

debiera haber aplastado la sublevación, pero carecía de dinero y armas para acometer la empresa; Además, nadie se atrevía a medirse con Páez; se le recordaba aún como el soldado impávido e implacable de la revolución.¹¹⁴⁹ Esa situación, asociada a la incompetencia y perplejidad del Gobierno de Bogotá, dio rienda suelta a los sediciosos. Nuevos fuegos se encendieron en varias partes del país.¹¹⁵⁰

Bolívar no podía alegar que lo hubiera sorprendido el rumbo que tomaron los acontecimientos. Sus amigos le advirtieron muchas veces del peligro que corría Colombia y le pidieron que volviera a Venezuela para restablecer la ley y el orden. Y Bolívar había prometido: “Ofrezco mantener a Colombia en paz con la ayuda del victorioso ejército de Ayacucho.”¹¹⁵¹ Trató de apaciguar a Páez y le recomendó que obedeciera al Parlamento, aunque tenía pocas esperanzas de que Páez aceptara su consejo. Y, en efecto, veía con toda claridad el cariz que iban tomando las cosas: “Si los señores del Congreso decidieron obligar a Páez a acudir a Bogotá y él se niega a obedecer, no soy yo el responsable de este dislate. Si el ejército está inquieto porque está mal pagado y sólo se le recompensa con la ingratitud tampoco es mi culpa. Tampoco soy el responsable de que la gente de color se rebele y lo destruya todo porque el gobierno es demasiado débil para ejercer su autoridad.”¹¹⁵² Pero ¿Era posible que Bolívar se desentendiera de toda responsabilidad y, como Poncio Pilatos, se lavara las manos diciendo: “Soy inocente”?

El error de Bolívar fue no volver a Colombia. Después de la batalla de Ayacucho, y con toda seguridad después de la fundación de Bolivia, tenía que haberse dado cuenta de la importancia de regresar pronto a Colombia. Si creía que la Gran Colombia sobreviviría mientras las huestes de los libertadores lo consideraran su jefe, resulta patente que su sitio estaba en el palacio presidencial de Bogotá. Pero Bolívar hizo caso omiso a estas verdades evidentes y permaneció en Lima, donde los placeres del poder y el sueño fascinador de una Federación de los Andes se impusieron a su mejor juicio. Muchas circunstancias coadyuvaron a la notoria ceguera de Bolívar. No era administrador; en momento de emergencia sabía dominar la situación, pero le molestaban los trámites administrativos y detestaba

1149 *Cartas Santander*: Vol. II, págs. 220, 242. Blanco: *Doc.*, vol. X, pág. 409.

1150 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 539. Acuerdos del Consejo de Gobierno de la república de Colombia, 1825-27, pág. 201 ss. Bogotá 1942. Páez: *Autobiografía*, págs. 368, 452.

1151 *Cartas*: Vol. V, pág. 100.

1152 *Cartas*: Vol. V, pág. 349.

el trabajo detrás de un escritorio. Pocas oportunidades deja pasar sin hacernos conocer ese rasgo de su carácter. Bolívar no tuvo la capacidad de Federico el Grande de volver a los asuntos civiles después de siete años de guerra y dedicarse el resto de su vida a tareas de reconstrucción y administración. La reflexión de Talleyrand sobre el tiempo y paciencia que se requieren para convertir en seda las hojas de la morera, no dijeron nada a su temperamento presuroso e impetuoso. La oposición le irritaba hasta enloquecerlo. “No soy capaz de jugar en tan complicado tablero. Lo rompería”, confesó en una ocasión.¹¹⁵³

Bolívar se había acostumbrado ahora al poder dictatorial. Desde 1813 había ejercido su autoridad casi sin obstáculos, y en Lima su posición adquirió los atributos y prerrogativas de un sultanado. Una presidencia constitucional, con su séquito de ministros cavilosos, funcionarios criticones, diputados presuntuosos y público omnipresente, no lo atraía. Permaneció en Lima donde su palabra era ley. Pero ese abandono le fue fatal. Si hubiera empleado su influencia en Colombia se habría podido evitar la ruptura final entre Santander y Páez.

O’Leary, edecán de Bolívar, recibió la misión de ir a Bogotá y Caracas, y revelar a los dos antagonistas las ideas íntimas de Bolívar para el futuro de Colombia. O’Leary llevó copias de la Constitución bolivariana, la milagrosa panacea para los males políticos. “Dios me conceda que podamos aplicar esta Constitución en Colombia cuando intentemos la reforma.”¹¹⁵⁴ Mientras O’Leary estaba en camino, Páez estableció su sede en Caracas. Los oficiales y el ejército le tomaron juramento sobre su nuevo “desorden” y Páez juró que ya no aceptaría más órdenes de Bogotá. Tres provincias —Caracas, Carabobo y Apure— se pusieron de su lado, pero las demás siguieron leales a las autoridades legales. Entretanto, Páez había escrito a Bolívar dándole cuenta de los acontecimientos a su manera. Censuró a Santander por todo lo ocurrido, presentando a su rival como pendenciero y hábil. Pidió a Bolívar que hiciera de árbitro y zanjara la disputa.¹¹⁵⁵

En otras partes de Colombia, las peticiones de ayuda se hacían cada vez más insistentes. Urdaneta y Briceño unieron sus voces al clamor general. Por último, Bolívar tomó su tardía decisión, y el 3 de septiembre

1153 *Cartas*: Vol. V, pág. 368.

1154 *Cartas*: Vol. V, pág. 327. *Cartas Santander*: Vol. II, pág. 62. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 525.

1155 “*Cartas de Páez*”: *B. de H. Caracas*. Vol. XV. Núm. 60, págs. 249, 262. Páez: *Autobiografía*, pág. 378. O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 631. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 503.

de 1826 salió de la capital peruana. “Colombia —dijo en su alocución de despedida— me llama y yo obedezco.”¹¹⁵⁶ Colombia hacia muchas semanas que estaba llamando, pero su voz angustiada había sido desatendida.

Bolívar dejó el Gobierno del Perú en manos que él consideraba de confianza. La mayor parte del ejército colombiano permaneció en Perú y Bolivia, medida mal meditada como el propio Bolívar tenía que reconocer, puesto que sus soldados provocaban hostilidad. Volvió a Colombia sin ejército, confiando en la mágica influencia de su nombre. Sin embargo, debía sentir cierta aprensión por su propia negligencia, pues al tocar suelo colombiano en Guayaquil ofreció a sus compatriotas lo que él llamó “el ramo de olivo de paz”. “Sólo hay una persona responsable de vuestras querellas: soy yo. He regresado demasiado tarde. Dos Repúblicas aliadas, hijas de vuestras victorias, me hicieron retrasar, hechizándome con infinita gratitud y recompensas inmortales.”¹¹⁵⁷

El grito de rebelión lanzado en el Norte había repercutido ya en Guayaquil. Los separatistas de ese sector, que ya en 1823 se vieron obligados a frenar su descontento y resentimiento, se manifestaron públicamente ahora contra la República colombiana, condenando abiertamente la potencia que los había dominado. De un extremo a otro del Estado, la sociedad estaba desunida: en Quito, Bolívar oyó quejas contra el sistema tributario; se enteró del descontento del ejército y advirtió que las autoridades de la República estaban en abierto conflicto.¹¹⁵⁸ Los partidarios de Bolívar le decían que el pueblo quería una monarquía, pero él contestó que se lo impedía la Constitución boliviana. No era su ambición nombrar reyes, sino elevarse al papel de árbitro, elevada posición desde la cual, como nuevo Salomón, podía tratar con todos los grupos contendientes y desunidos.¹¹⁵⁹ Concedió cargos y títulos como si todavía fuera el todopoderoso dictador de Colombia, cuando en realidad, y según la Constitución colombiana, era simplemente un general victorioso que había regresado a su patria. Bolívar esperaba que Colombia le confirmara la autoridad que había asumido: la dictadura era esencial para el éxito de su proyectada reforma constitucional.¹¹⁶⁰

1156 *Proclamas*: pág. 338.

1157 *Proclamas*: pág. 340. *Cartas*: Vol. VI, pág. 93.

1158 Blanco: *Doc.*, vol. X, pág. 568. O’Leary: *Doc.*, vol. IV, págs. 451 ss. O’Leary: *Memorias*, vol. II, pág. 642, 643.

1159 *Cartas*: Vol. VI, págs. 28-30, 61.

1160 *Cartas*: Vol. VI, págs. 67, 68, 70, 75. Larrazábal: Vol. II, pág. 364. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 549.

Todo dependía ahora de la diplomacia de Bolívar en presentar la plataforma de su reforma constitucional. Según los estatutos de 1821, la Constitución de Cúcuta era inviolable durante un período de diez años. Pero Bolívar consideraba que esa Constitución era demasiado débil y liberal, y escribió a Santander que la rebelión de Páez no podría aplastarse nunca con las leyes entonces en vigor.¹¹⁶¹ Santander protestó contra todo proyecto de introducir cambios temiendo que Bolívar tramara un nuevo período de dictadura. Declaró que cualquier alteración de la forma de gobierno existente sería inconstitucional. De hecho, Bolívar rechazó públicamente el título de dictador. “No quiero oír la palabra *dictador*”, dijo, pero las cartas que el Libertador escribió durante su viaje de Lima a Bogotá contienen abundantes pruebas de que estaba fascinado con la idea de ser de nuevo dictador de Colombia.

Ahora se produjo un notorio cambio de tono en la correspondencia entre Santander y Bolívar. Las cartas de Bolívar adquieren un sesgo mordaz y agresivo. Santander había dado a Bolívar el consejo poco cauteloso y diplomático de que al regresar a Bogotá no se inmiscuyera en problemas políticos. Propuso que Bolívar dirigiera el ejército que se enviaría a Venezuela y restaurara allí la paz y el orden.¹¹⁶² Esa medida habría colocado a Bolívar, como general, a las órdenes de Santander, y Bolívar era demasiado listo para caer en esa trampa. Santander había dicho a Bolívar que temía que estaba perdiendo su poder, y era totalmente improbable que el Libertador olvidara esa confesión. Comenzó a criticar abiertamente la actuación de Santander. “Los males de Colombia —dijo— no provienen de la guerra de la independencia, sino de leyes inicuas.” La república estaba exhausta porque la capital chupaba la sangre del cuerpo político. El derroche de los préstamos extranjeros se achacó a Santander, y, desgraciadamente para éste, había otros que sustentaban la misma opinión. Pero los préstamos extranjeros eran sólo una piedra del intrincado mosaico. El verdadero problema estribaba en localizar y suprimir las causas de la discordia en Colombia.

“Tenemos que hacer un nuevo contrato social; el pueblo tiene que rescatar su soberanía”, esas palabras pasaron a ser el lema de Bolívar.¹¹⁶³ Pensó que un llamamiento a la opinión pública podría provocar la aceptación de la Constitución boliviana: idea absurda y fatua, puesto que equivalía a derribar la casa vieja con el solo objeto de construir otra

1161 *Cartas*: Vol. VI, pág. 76. Blanco: *Doc.*, vol. X, págs. 629, 630, 667.

1162 *Cartas*: *Cartas*: Vol. V, pág. 349. Vol. VI, págs. 82 y 91.

1163 *Cartas*: Vol. VI, págs. 82, 91.

nueva. ¿Había olvidado Bolívar que hacía cuatro años juró defender la Constitución de Cúcuta con el ejército de los libertadores? Santander le advirtió que la Constitución boliviana no sería nunca popular, pero ante la oposición de Santander la indignación de Bolívar subió al punto máximo. Lanzó amenazas de dimitir y abandonar el país. “No deseo presidir los funerales de Colombia.”¹¹⁶⁴

La recepción de que se le hizo objeto a su paso por Quito, Pasto y Popayán hizo creer a Bolívar que todavía podía evitarse la catástrofe. Su confianza en el futuro de Colombia le hacía saltar por encima de todos los obstáculos. Mas ya no era el Bolívar de antes; la enfermedad y las dificultades consumían su organismo. El que en años anteriores montaba a caballo durante horas y más horas, ahora acusaba los efectos del viaje. Escribió a Manuela, a quien había dejado en Lima: “Estoy tan cansado con todo este viaje y con todos los trastornos de tu país que no tengo tiempo de escribirte largos relatos en letra pequeña como te gustaría.”¹¹⁶⁵ Por fin llegó a Bogotá el 14 de noviembre.

La recepción de que se hizo objeto al Libertador era un tanto diferente de la ceremoniosa despedida de cinco años antes. Bolívar había pasado esos años en el Sur, y eran años largos, demasiado largos para los trópicos, donde los hombres son fácilmente exaltados y fácilmente olvidados. Cuando entró en la ciudad fue saludado por una delegación, y en un discurso de salutación el que tomó la palabra se refirió a las leyes violadas. Bolívar se irguió furioso sobre los estribos para contestar: “Este día —gritó— es un día reservado para la gloria del ejército: hablad de ella y no de la Constitución infringida.” Hizo dar vuelta a su caballo y dejó al grupo confuso y ofendido. Caía una lluvia fría y, aunque la ciudad había sido engalanada en su honor, poco público acudió a saludarlo. En todas partes se veían letreros con la inscripción: ¡Viva la Constitución!, y se dio cuenta de que la propaganda de Santander en contra había sido eficaz. Bolívar recorrió a caballo la ciudad casi solo.¹¹⁶⁶ Pero las ceremonias oficiales se celebraron sin incidentes. Bolívar y Santander convinieron en mantener la Constitución sin modificaciones. Bolívar se encargaría del poder ejecutivo; y, apoyándose en el artículo 128 de la Constitución, asumiría las facultades especiales concedidas en emergencias tales como la guerra civil y la rebelión.

1164 *Cartas*: Vol. VI, pág. 98.

1165 *Cartas*: Vol. VI, pág. 80.

1166 J. Posada Gutiérrez: *Memorias histórico-políticas*, 2ª, edición. Bogotá. 1929, volumen I, pág. 43. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III. Pág. 555. Blanco: *Doc.*, volumen X, pág. 700. O’Leary: *Doc.*, vol. VII, pág. 559.

En noviembre, Bolívar recibió a los diplomáticos extranjeros y les aseguró que seguía adicto a las ideas liberales. En una proclama dirigida a los colombianos manifestó su profunda aversión a asumir las responsabilidades del gobernante: “Como simple soldado, como verdadero republicano y como ciudadano armado, deseo defender el más precioso galardón de la independencia: los derechos de mis compatriotas.”¹¹⁶⁷ Mas la desintegración entonces estaba muy avanzada y sus palabras hallaron poco eco. La sinceridad de Bolívar era puesta en duda más que por el propio Santander por sus amigos y colaboradores. Esos hombres, versados en jurisprudencia y poseedores de sólida cultura, se consideraban guardianes de la Constitución. Si durante la época colonial se habían mantenido en silencio, ahora desplegaban ruidosa elocuencia; imitaban a los jacobinos y a los girondinos, y resultaban un tanto ridículos cuando proferían sus opiniones en frases altisonantes en medio de la hipocresía y mezquindad de la vida colombiana. Pero los Sotos los Azueros —o cualesquiera que fuesen sus nombres— trataban francamente de crear dificultades. Un memorándum presentado a Bolívar, escrito por Azuero y firmado por centenares de liberales, contenía la frase siguiente: “Bolívar será grande y la patria será libre.” Esa afirmación presentaba realmente el problema, pero quedaba por ver si ambos sentimientos eran compatibles.¹¹⁶⁸

Durante la breve estancia de Bolívar en Bogotá, los acontecimientos parecían propicios para que lograra reconciliar las dos facciones. El ministro inglés en Bogotá, Campbell, escribió a Canning: “El general Bolívar es bondadoso y sumamente caballeresco en sus modales y su aspecto, pero muy animado en la conversación sobre asuntos de su interés. Posee la entera confianza de todas las clases, y su influencia moral es ilimitada, como asimismo es total su ascendiente sobre los hombres de más talento en la capital.” Bolívar organizó el gabinete sobre bases mejores; cuidó la administración de justicia y finanzas y redujo los gastos y salarios superfluos. Lo hizo en pocos días, casi en horas. Al mismo tiempo se preparaba para viajar a Venezuela, donde se proponía arrancar el poder militar de manos de Páez. Durante su ausencia, Santander había de hacerse cargo de Bogotá. Esa concesión a Santander no fue la única que se vio obligado a hacer durante esos días.¹¹⁶⁹

1167 *Proclamas*: pag. 344.

1168 Acevedo Latorre: *Colaboradores de Santander*, Bogotá, 1943. F. Lozano y Lozano y G. Hernández de Alba: *Documentos sobre V. Azuero*. Bogotá, 1944.

1169 Blanco: *Doc.*, vol. X, pág. 724. Webster: Vol. I, pág. 425.

Bolívar explicó su Federación de los Andes a su gabinete y recibió con fingida aceptación la oposición de Santander y sus colegas. Pretendía llegar a un acuerdo con el partido de Santander, pero sólo disimulaba sus intenciones.¹¹⁷⁰ Al mismo tiempo que hacía importantes concesiones a Santander, escribía cartas de halago a Páez. Lo llamaba uno de los pilares de la república, y le prometía que haría todo cuanto pudiera por Venezuela. Por último, aunque no lo menos importante, lo colmó de obsequios.¹¹⁷¹ El autor cree que la ambigua política de Bolívar tenía por objeto atraer a su campo al vano y primitivo Páez por medio de halagos y muestras de generosidad, y facilitar así su voluntaria sumisión, mientras que al mismo tiempo se agenciaba un apoyo para protegerse contra los liberales de Bogotá mediante un fingido arreglo con Santander.

A fines de noviembre montó a caballo para emprender su viaje a Venezuela y sofocar la rebelión. Ese país se hallaba en un estado de terrible confusión. Los sentimientos de los venezolanos no se habían puesto totalmente al lado de Páez, y hombres como Arismendi y Bermúdez habían permanecido leales al Gobierno central. Sin embargo, Páez continuaba dueño de vastas regiones, y O'Leary, el emisario de Bolívar, no había logrado doblegar su tenaz espíritu.

En una reunión en Caracas, los separatistas habían declarado que la disolución de Colombia era un hecho. Páez había ido aun más allá convocando una asamblea nacional que dotara a Venezuela de una nueva Constitución. Pero una vez más la fortuna favoreció a Bolívar; Puerto Cabello rechazó las proposiciones de Páez y declaró su lealtad a la idea de la Gran Colombia.¹¹⁷² Briceño Méndez, esposo de una sobrina de Bolívar y uno de los más ardientes partidarios del Libertador, se hizo con el mando de la fortaleza, y Páez sitió en vano el puerto. La resistencia de Puerto Cabello resultó fatal para el llanero. Las noticias de la resistencia de Puerto Cabello fueron comunicadas a Bolívar mientras se dirigía a la costa. De súbito cambió el tono que empleaba con Páez: cualquier resolución de la llamada Asamblea Nacional de Páez —manifestó— sería automáticamente nula y sin valor. “Mis enemigos —escribió Bolívar— se encaminan a su ruina por voluntad de la Providencia, pero mis amigos, como Sucre, se encumbran.” Páez tenía que decidir qué camino le convenía elegir¹¹⁷³

1170 J. J. Guerra: *La Convención de Ocaña*, pág. 99, Bogotá, 1908.

1171 *Cartas*: Vol. VI, pág. 99. Véase también: “Cartas inéditas”. *B. de H. Bogotá*, volumen XVIII, pág. 787.

1172 Blanco: *Doc.*, vol XI, págs. 7, 16. Restrepo *H. de R. C.*, vol. III, pág. 573.

1173 *Cartas*: Vol. VI, págs. 117, 127.

Durante su viaje desde el interior a Maracaibo, en la costa Atlántica, Bolívar hizo preparativos completos para una guerra abierta contra los rebeldes. Se reclutó un ejército y se reunieron provisiones de dinero y alimentos. Ante la determinación de Bolívar, Páez vacilaba, y ahora éste apeló al Libertador para que intercediera entre él y el Gobierno central, pero no mencionó el título presidencial de Bolívar, sino que se limitó a denominarlo hijo de Venezuela. Esa negativa a reconocer su autoridad enfureció a Bolívar. “Volví del Perú con el objeto de impedir el crimen de la guerra civil... ¿y ahora os dirigís a mí como simple ciudadano desprovisto de autoridad legal? Eso no es posible... No hay en Venezuela otra autoridad legal que la mía.” La voz de la nación —seguía diciendo— pedía unánimemente Bolívar y reforma. Nadie podría arrancar de sus manos las riendas del Gobierno. Pero él seguía ofreciendo a Páez su amistad. Bolívar estaba inspirado en el deseo de evitar la guerra civil, y dictó una de las más conmovedoras cartas de su vida. Pero se dirigía a un auditorio sordo. Páez no era el hombre que escuchara las advertencias de un patriotismo abnegado. El secretario de Bolívar que cerró la carta, la miró con duda e hizo observar: “Margaritas a los puercos.”¹¹⁷⁴

Al llegar a Maracaibo, Bolívar lanzó otra proclama a sus compatriotas rogándoles que desistieran de su guerra fratricida. Prometió que se iniciaría sin demora una reforma de la Constitución. Bolívar no perdió tiempo en Maracaibo, y en pocos días atravesó la ardiente tierra de Coro en dirección de Puerto Cabello, donde suponía que encontraría a Páez. Dudaba si tendría que dominarlo por la fuerza. No cabe duda de que era bastante fuerte para lograrlo, y además, era el único hombre que no temía un encuentro con el llanero. Pero ese año no era 1817, ni Páez era Piar. Bolívar se pasó una noche sin dormir estudiando el problema, y luego decidió no llevar a Páez a la desesperación. El 1º de enero de 1827 dictó una amnistía general. No se perseguiría ni impondría castigo alguno a los rebeldes; nadie perdería su trabajo ni su fortuna. Páez seguiría al frente del poder civil y militar, y él ostentaría el título de jefe supremo de Venezuela. En reconocimiento de su generosidad, Bolívar pidió a Páez que aceptara su autoridad como Presidente y Libertador y que prometiera obediencia a todas las órdenes futuras.¹¹⁷⁵

El decreto de Bolívar facilitó la reconciliación, pero era demasiado evidente que el precio que había pagado para lograrla resultaba exagerado. Sus concesiones no sólo exoneraban a los rebeldes, sino que

1174 *Cartas*: Vol VI. Págs. 132-134, 136. Larrazábal: Vol. II, pág. 375.

1175 Véase el decreto en Blanco: *Doc.*, vol. XI, págs. 74-75.

constituían una aprobación de la rebelión. Dificilmente esperaba Páez esa actitud magnánima, y pronto reconoció la autoridad de Bolívar y abandonó su Asamblea Nacional. Se había evitado la guerra civil, y es fácil comprender que Bolívar se sintiera satisfecho por haber logrado la paz de una manera tan expedita. Pero su satisfacción le hizo perder su equilibrio. Después de haber insistido, apenas unos pocos días antes, en que Páez reconociese su dignidad presidencial, caía ahora en el otro extremo y se permitía elogios extravagantes de los méritos del rebelde. Calificó a Páez de salvador de la república, de único que había impedido la catástrofe de la nave del Estado. Declaró que la nación habían contraído con Páez una deuda profunda.¹¹⁷⁶ Es difícil decidir si Bolívar hablaba movido por un sentimiento de ilimitada gratitud o por un sentimiento de impotencia; lo cierto es que sus palabras resultaron fatales para la estructura política que él trataba de conservar. A la correspondencia ente ambos personajes siguió una reunión de reconciliación. Páez, receloso hasta el último momento, acudió acompañado de su guardia personal, pero el Libertador fue solo y abrazó a Páez. Juntos entraron en Valencia y una semana después se presentaban en Caracas. La capital homenajeó a Bolívar con la pompa tradicional; arco de triunfo, palmas, guirnaldas, alocuciones y celebraciones. Bolívar no habría sido sudamericano sino le hubiera gustado la pompa.¹¹⁷⁷ Creyendo que debía hacer un gesto para contribuir a las solemnidades generales, presentó su espada a Páez en una escena solemne. Páez se lo agradeció a la manera de un vasallo medieval. “Compatriotas —dijo—, la espada de Bolívar está en mis manos. Por él y por vosotros marcharé con ella a la eternidad.” Demasiado pronto iba a olvidar su teatral juramento.¹¹⁷⁸

El carnaval político y social puesto en movimiento a la llegada de Bolívar a Caracas, duró dos meses. Bolívar iba de un baile a otro; se sentía feliz al ver de nuevo a sus hermanas, a su antigua nodriza Hipólita y a sus sobrinos y sobrinas, a una de las cuales casó con un oficial de sus fuerzas, con gran pesadumbre para ella. Y durante todo ese tiempo acarició la ilusión de que había salvado la república y de que él y Páez habían realizado ese milagro.¹¹⁷⁹ De hecho, su actitud hacia Páez constituía una

1176 Blanco: *Doc.* Vol. XI, pág. 79. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. III, pág. 589. Larrazábal: Vol. II, pág. 382.

1177 *Cartas*: Vol. VI, pág. 205. Larrazábal: Vol. II, pág. 386-388. Véase “La entrada triunfal del Libertador en Caracas, 1827”. *B. de H.* Caracas, vol. X, número 38, pág. 144.

1178 Larrazábal: Vol. II, págs. 390-391. Páez: *Autobiografía*, pág. 478.

1179 *Cartas*: Vol VI, pág. 160.

recompensa a la desobediencia y a la deslealtad, y fue uno de los grandes enigmas de la carrera de Bolívar. Requiere una explicación.

Bolívar no sintió nunca especial simpatía por Páez. “Mi amigo el general Páez —solía decir— es el hombre más vanidoso y más ambicioso del mundo. No conoce más que su propia nulidad, y el orgullo de la ignorancia lo ciega. Siempre será un instrumento en manos de sus consejeros.”¹¹⁸⁰ Consideraba que Páez era el hombre más peligroso de Colombia. No estaba influido por un sentimiento de camaradería que habría podido nacer de la convivencia militar con Páez, ni sentía prejuicios por el hecho de que ambos fueran venezolanos. Su decisión de absolver a Páez, y elevarlo a un nivel heroico respondió exclusivamente a una concepción política que resultó ser uno de sus errores políticos más graves.

Bolívar había vuelto a Colombia para impedir la guerra civil, y había alcanzado esta primera fase sin demasiados esfuerzos. Ahora se proponía realizar su más profunda obsesión: la Federación de los Andes. Pero la concepción general de la Federación Andina se basaba en la idea de que Colombia debía dividirse en tres Estados. Por consiguiente, la unidad de Colombia, tal como había sido creada por la Constitución de Cúcuta, era un obstáculo para los planes de Bolívar. Siendo así, cualquier movimiento que amenazara la Constitución, tal como la rebelión de Páez, era considerado por Bolívar más bien como una ayuda que como un estorbo para sus planes. Páez había declarado nula y sin valor la Constitución de 1821, y eso era también uno de los fines perseguidos por Bolívar. Por esa misma razón puso buen cuidado en evitar toda demanda de que Páez se sometiera a la Constitución y se limitó a que Páez reconociera su superioridad personal. Escribió a Páez diciendo: “Yo no puedo dividir la república, aunque me gustaría por amor a Venezuela. Y esa división se producirá cuando se reúna la asamblea nacional, si así lo desea Venezuela.” Manifestó a Páez que no tenía que allanarse a las autoridades constitucionales con tal que reconociera simplemente la autoridad personal del Libertador. Y terminó con estas palabras, sumamente características: “Mi único pensamiento es ahora la gran Federación, entre Perú, Bolivia y Colombia.”¹¹⁸¹

Su carta a Páez explica su actitud, la cual se le ha reprochado a menudo, pero que pocos han comprendido realmente. En su programa de 1827 seguía figurando la prevención de la guerra civil, la convocatoria de

1180 *D. de B.* pág. 241.

1181 *Cartas*: Vol. VI, pág. 181. Véase O’Leary: *Doc.*, vol. V, pág. 447.

una asamblea nacional, la partición de la Gran Colombia en tres Estados que adoptarían la Constitución boliviana; y por último, como realización final, la Federación de los Andes. Ese sueño de grandeza indujo a Bolívar a creer que Páez llegaría a ser involuntariamente su partidario. Pero Bolívar no realizó su sueño remoto y glorioso, y con su política puso en peligro lo que ya se había ganado: la República de la Gran Colombia.

Bolívar estaban convencido de que un arreglo mucho mejor sustituiría la Constitución de 1821 y, en consecuencia, insistió en preservar su propio poder y posición. Cuando los oficiales de Páez se mostraron presuntuosos, los puso en su debido lugar. “Aquí —dijo— no hay otra autoridad ni otro poder que los míos. Entre mis compañeros, yo soy el sol. Si ellos brillan es a causa de la luz que yo les presto.”¹¹⁸² Rechazó de plano todo proyecto de reforma que no fuera compatible con su Federación de los Andes.

Durante un tiempo parecía que la intuición de Bolívar había sido acertada. “Bolivia ha elegido presidente a Sucre y ha firmado una alianza con Perú y Colombia. Perú me ha nombrado presidente y ha adoptado la Constitución boliviana. Todo el sur está dispuesto a aliarse con Colombia, y los colombianos desean lo que yo deseo porque tienen confianza en sí sabiendo que siempre tengo su bienestar en mi corazón”.¹¹⁸³ Tal era el espejismo de acuerdo unánime que veía Bolívar.

Pero en su fuero interno sabía que la unidad a la cual él aspiraba y que casi parecía al alcance de la mano no duraría más que él y quizá menos aún. Las revoluciones continuarían, y sólo Dios o el tiempo podría detenerlas. Advirtiéndolo así, hizo la siguiente confesión conmovedora: “Dirán de mí que liberté el Nuevo Mundo, pero no dirán que mejoré la felicidad o estabilidad parecían fuera del alcance del Nuevo Mundo, pero no dirán que mejoré la felicidad o estabilidad de una sola nación de América.”¹¹⁸⁴ En verdad, la felicidad parecían fuera del alcance del Nuevo Mundo. Bolívar había modificado sus planes y se decidió a favor de Venezuela contra Nueva Granada y Ecuador. Las inevitables reacciones de las otras partes del país habían de producirse sin demora. El centro colombiano, Bogotá, y Nueva Granada contestaron con vehemente protesta contra la nueva tendencia. Bolívar les había reconciliado con Páez, pero ello le costó tener que hacer frente a un enemigo más fuerte e inteligente. Una trágica disensión iba a producirse ahora entre Santander y Bolívar.

1182 *Cartas* Vol. VI, pág. 191. *Proclamas*: pág. 347. Larrazábal: Vol. II, pág. 384

1183 *Cartas* Vol. VI, pág. 233. Blanco: *Documentos*, vol. VI. Pág. 25.

1184 *Cartas*: Vol. VI, pág. 203

Estos dos hombres no tenían un solo rasgo en común, y su amistad, iniciada en 1819, sólo fue posible mientras vivieron separados por largas distancias. Durante los siete años que trabajaron juntos, Santander había administrado Colombia y ayudado a Bolívar a ganar sus victorias. Es difícil decir si eran justas las críticas formuladas en Venezuela contra Santander. ¿Había descuidado realmente la parte oriental de Colombia con el objeto de favorecer a su país natal? ¿Fue injusto? ¿Se enriqueció a costa del Estado? En la actualidad es imposible dar una respuesta segura a estas preguntas. Lo cierto es que cometió graves dislates desde el primer momento de la disputa con Páez. Su actitud general no era equivocada, pues le incumbía defender la Constitución, y asumió la vindicación del Gobierno con una noble percepción de lo que significaba. Pero no replicó a las acusaciones de Páez en el Parlamento con una justificación clara de sus actos, y todavía irritó más a Páez con mezquinas minucias administrativas.

Al principio Bolívar pensaba actuar como mediador entre ambos rivales; pero el cúmulo de abusos administrativos que encontró en todos los departamentos de la república, le hizo concebir equivocadamente muchos actos de Santander. Llamó la atención de éste sobre el estado ruinoso de las finanzas señalando abusos tales como el número indebidamente alto de empleados públicos. Con sus amigos, Bolívar se manifestaba con menos recato y criticó severamente a Santander por su codicia y poca honradez.

Santander se allanó a implantar las reformas pedidas por Bolívar, pero se sintió ofendido con las acusaciones del Libertador y preguntó en qué se fundaba para el juicio de su administración. Bolívar reconoció que hasta entonces no había recibido denuncias oficiales contra Santander, pero que el desmoronamiento de la nación era notorio. “La República ofrece un espectáculo de miseria general; no hay medios públicos ni privados disponibles. La confianza pública, el amor a la ley y el respeto a los funcionarios del Estado se han desvanecido. La insatisfacción es general. No sé quien es responsable de todo esto, pero los resultados son claros y palpables.”¹¹⁸⁵ Eso era una franca acusación contra Santander, y como tal la tomó el vicepresidente. Siguió en correspondencia con Bolívar y se trataban de amigos, pero sus denominaciones de intimidad revelaban un eco de formalismo irónico. Santander, consumado maestro en el arte de la hipocresía, seguía fingiendo en público la antigua admiración por

1185 *Cartas*: Vol. VI, pág. 157. T. T. Guerra: *La convención de Ocaña*, página 140, Bogotá, 1908.

el Libertador, pero con sus amigos de Bogotá adoptaba otra actitud. Criticaba los actos de Bolívar; condenaba sus ideas constitucionales o inconstitucionales, declarando que era tenue velo para encubrir ambiciones dictatoriales. Los liberales de Bogotá consideraban a Santander como su jefe natural y le daban toda suerte de alientos. Formaban grupos cuyas aspiraciones eran obstruir de cualquier modo la política de Bolívar. Por último, la disensión entre los dos grandes hombres trascendió a los periódicos, en su mayoría liberales, y pronto fueron objetos de recios ataques la Federación de los Andes y la idea de una presidencia vitalicia. Los adeptos de Santander, a veces llamados constitucionalistas leales, otras veces republicanos y otras patriotas, comenzaron ahora a pedir la separación de Venezuela. Hasta se intentó un golpe de Estado, que fue reprimido por Santander, aunque con él se dio cuenta de que contaría con apoyo para oponerse al Libertador. Entonces hizo todo lo posible para sabotear los planes de Bolívar; demoró la contestación de sus cartas, etc., pero siguió desempeñando el papel de inocente.

La reconciliación de Bolívar con Páez provocó profundo y amargo resentimiento en Santander, pues el nombramiento de Páez como jefe de gobierno venezolano, alejaba de la esfera de poder administrativo de Santander un vasto territorio. El injustificado elogio que de su rival Páez hizo Bolívar, denominándolo salvador de la república, sorprendió muy desagradablemente a Santander, que se consideró víctima de su sentido del deber y de su conciencia legal.

En cambio, Bolívar prestó oídos en Caracas a las voces de los enemigos de Santander y se dejó convencer de que el vicepresidente le había sido desleal. En una carta dijo: “Ya no puedo fiarme de él; no tengo confianza en su corazón ni en su moral”.¹¹⁸⁶ De ahí que en marzo de 1827 rompiera su amistad con él y manifestara que se negaría a seguir recibiendo sus cartas. La contestación de Santander fue escrita en una comunicación larga y digna, con su letra tranquila y firme como nunca.¹¹⁸⁷ En abril, la ruptura entre los dos personajes principales de la Gran Colombia era total y el asunto había pasado a ser de dominio público.

El estado general de los asuntos era sumamente caótico. Santander y sus amigos preconizaban la separación de la Nueva Granada y Venezuela. Páez tenía aspiraciones análogas, aunque por motivos diferentes. El cuadro se oscureció aún por los acontecimientos que se produjeron en el Perú. La división colombiana destacada en Lima se amotinó contra sus

1186 *Cartas* Vol. VI, pág. 223.

1187 *Cartas Santander*: Vol. III, págs. 123-125.

oficiales venezolanos.¹¹⁸⁸ Obedeciendo órdenes del coronel Bustamante, jefe de estado mayor de la Nueva Granada, arrestaron a los oficiales de procedencia venezolana, afirmando que lo hacían así a fin de defender la Constitución contra tendencias dictatoriales. La división salió entonces de Lima y se embarcó para Colombia.¹¹⁸⁹ Al marcharse ese ejército, la obra de Bolívar en el Perú se vino abajo. Se aprobó la Constitución boliviana y se eligió un nuevo Presidente. No se acabó ahí el desmoronamiento. Los peruanos estaban decididos a anexarse Guayaquil y acabar separando Ecuador de la gran Colombia. Contaban con Bustamante y su división como fuerzas auxiliares para alcanzar su objetivo. En vista de esos acontecimientos, era evidente que se había producido una violenta reacción no sólo contra el Libertador, sino contra su obra y su concepción política general.

Al recibir Santander las noticias del motín de Bustamante, hizo tocar las campanas para celebrar el acontecimiento y salió a la calle para recibir el aplauso de las masas excitada. Desde luego, pensaba que él era el instigador de la rebelión. Resulta difícil decidir si eso era cierto o no, pero el incidente colocó a Santander en una posición sumamente ambigua. Había condenado la revolución de Páez y con el mismo aliento aprobaba el motín de Bustamante.

Bolívar sintió más pena que enojo al enterarse de la rebelión de la tercera división. “Colombia —dijo— ha perdido solamente un ejército, pero Perú se sumirá en la anarquía.” Durante un momento pensó en ir a Lima a castigar a los traidores cual semidiós vengador. Pero se daba cuenta de que no podía abandonar Colombia en un período de peligro tan agudo.¹¹⁹⁰

En febrero de 1827, Bolívar renunció una vez más a la presidencia de la República con la única idea de que le pidieran que continuara en el cargo. Había hecho pública su dimisión, pero logró convencer tan poco a sus enemigos como en la actualidad nos convence a nosotros, y continuó el conflicto sobre el futuro de Colombia.¹¹⁹¹ Santander y sus amigos se habían quitado la máscara y en un periódico recién fundado pedían que Bolívar fuera alejado de la presidencia. Bolívar no quiso descender a una batalla verbal creyendo que su nombre seguía siendo poderoso talismán. Pero frente al fortalecimiento de la oposición, se dio cuenta de que se

1188 Larrazábal: Vol. II, págs. 396-397.

1189 Blanco: *Doc.*, vol. XI, págs. 73, 103, 105, 107, 199, 226, 340.

1190 *Cartas*: Vol. VI, pág. 266, 272. Guerra: pág. 154.

1191 *Proclamas*: pág. 348.

necesitaban medidas enérgicas y de que ya no podía descansar en los fundamentos de una gloria pasada.

Durante los seis primeros meses de 1827 permaneció en Caracas tratando de reorganizar la desvencijada administración. La situación del país presentaba un aspecto de increíble desintegración. Soldados y oficiales morían materialmente de inanición, el tesoro estaba vacío y el crédito nacional agotado. Bolívar puso manos a la obra como en otros tiempos: infatigable, tenaz y enérgico, él mismo se ocupaba de los derechos de aduanas, la educación, los hospitales y la mísera condición de los esclavos. Pero pocas esperanzas había de que pudiera curar la enfermedad de Colombia; era una dolencia orgánica y no podía esperar curarla con analgésicos. “Nosotros los americanos hemos sido criados en un sistema de esclavitud y no sabemos vivir de conformidad con leyes sencillas o principios liberales. Estoy decidido a hacerlo más que pueda. Para salvar a mi país declararé tiempos de guerra a muerte... Para salvarlo una vez más combatiré a los rebeldes aunque me maten con sus puñales.”¹¹⁹²

¿Pensaba Bolívar restablecer un régimen de terror? Sus amigos le pedían que volviera a Bogotá a ocupar el cargo de Presidente que le había sido conferido de nuevo. Los ministros inglés y norte americano le hablaron y escribieron en el mismo tono.¹¹⁹³ Pero si Bolívar dejaba Caracas ahora, Venezuela se sumergiría de nuevo en el caos. “Nunca llego al fin de mis sufrimientos. Lo que levanto con mis manos lo pisotean otros con los pies.”¹¹⁹⁴ Era muy natural que no le gustara vivir en Bogotá después de su ruptura con Santander y demoró el viaje varias semanas. Por fin se decidió, al enterarse de que Bustamante había invadido la región de Guayaquil. Esta circunstancia hacía presagiar que de un momento a otro estallaría la guerra entre Colombia y Perú.

Bolívar se despidió de Caracas. Ya no debía volver jamás allí. Anunció su intención de volver a Bogotá: “Vuestros enemigos amenazan a Colombia con la destrucción; mi deber es salvarla.”¹¹⁹⁵ Añadió que bajaría a Guayaquil y preservaría la existencia de la República. Bolívar sabía que se vería obligado de nuevo a luchar en dos frentes: Tendría que defender el territorio de la República y al mismo tiempo zanjar su

1192 *Cartas*: Vol VI, págs. 241, 251.

1193 *Cartas*: Vol. VI, págs. 275-277. Manning: Vol. II, pág. 1310. Blanco: *Doc.*, volumen XI, pág. 240.

1194 *Cartas*: Vol. VI, págs.295-296.

1195 *Proclamas*: págs. 350-352.

disputa con Santander. Ahora, cuando Bolívar se acercaba realmente a la capital, el vicepresidente recurrió a medidas audaces. Indujo a la guarnición de Bogotá a enviar una petición al Gobierno exigiendo que se mantuviera la Constitución. Pero Bolívar contrarrestó esa amenaza con una medida análoga. Las guarniciones de Maracaibo y Cartagena exigieron la Constitución boliviana. Ambas partes sembraban vientos: ambas habían de recoger tempestades.

Santander y sus partidarios se sintieron ahora muy alarmados ante la perspectiva del retorno de Bolívar. Su portavoz Azuero pidió a Nueva Granada que denunciara la unión con Colombia en una proclama formal. Estaban dispuestos a arriesgarlo todo, aun la revolución, para que Bolívar no volviera a Bogotá. Su tentativa de rebelión fracasó en gran parte a causa de la conducta cautelosa y prudente del gabinete. Pero los enemigos de Bolívar se negaron a retirarse. Declararon que Bolívar venía a Bogotá, como en otro tiempo Morillo, para derramar la sangre de los patriotas; que si venía con intenciones pacíficas, tenía que despedir su ejército y llegar a la ciudad sin acompañamiento militar. Santander escribió a Bolívar que el Gobierno no podía sostener un ejército, que sus soldados morirían de hambre y que su presencia en la ciudad sería a la vez escandalosa y superflua.¹¹⁹⁶ Bolívar no se inmutó y ordenó a sus hombres que prosiguieran la marcha por el interior. Santander declaró entonces que su decisión constituía una violación de la Constitución; era el caso de Bonaparte al volver de Egipto. Bolívar se dirigió al Parlamento diciendo que, dadas las circunstancias no podía consentir en la menor alteración del volumen de su ejército. Si el Parlamento ordenaba la menor reducción de su fuerza militar, él se negaría a aceptar la presidencia.¹¹⁹⁷

Era la primera vez que Bolívar admitía oficialmente que se proponía tomar posesión del Poder ejecutivo. Dos semanas después, el Congreso colombiano se reunió en la iglesia de Santo Domingo, en Bogotá. Bolívar entró a caballo en la ciudad, como de costumbre, por la puerta Norte y en dirección hacia el sur. El populacho lo recibió con frialdad. Los que habían apostado a que no juraría la Constitución perdieron su apuesta. Acudió a la sesión del Congreso y juró el cargo. Su discurso fue breve: describía la victoriosa marcha de los años que siguieron a 1819, marcha que ahora había llevado al borde de la guerra civil. Su programa político se resumía en pocas palabras: la convocatoria de la Asamblea Nacional.¹¹⁹⁸

1196 Blanco: *Doc.*, vol XI, pág. 515.

1197 *Proclamas*: págs. 354-357. *Cartas*: Vol. VII, pág. 14. *Acuerdos del Consejo*: *op. cit.*, pág. 257.

1198 Posada Gutiérrez: Vol. I, pág. 107. *Proclamas*: págs. 357-358. Blanco: *Doc.* Volumen XI, pág. 536.

La Asamblea Nacional o Gran Convención, como la llamaba Bolívar, tenía que decidir a su juicio sobre las reformas necesarias, y más concretamente sobre las modificaciones que era preciso introducir en la estructura de la Constitución. A pesar de la desintegración y la anarquía —declaró—, Colombia saldría de sus aflicciones convertidas en una nación unida.

Santander hizo todos los esfuerzos para impedir, antes de la llegada de Bolívar, que éste tomara posesión del Poder Ejecutivo, pero el prestigio del Libertador era demasiado grande y Santander se vio obligado a aceptar la derrota con toda la serenidad de que era capaz. Aguardó a Bolívar en la casa presidencial; se abrazaron y cambiaron ceremoniosos saludos.¹¹⁹⁹ ¿Quién resultó engañado con este despliegue de cortesías? Bolívar estaba dispuesto a perdonar, pero Santander no podía olvidar. Bolívar mandó a decir a sus enemigos que estaban escondidos fuera de la ciudad que podían regresar tranquilamente a Bogotá; nada tenían que temer. Su corazón no abrigaba odios ni deseos de venganza. Esperaba poder reconciliarse con ellos como se había reconciliado con Páez. Pero en ambos casos quedó francamente decepcionado.

Desde que dejó Lima en 1826, algunos cambios graves se habían producido en el panorama de los asuntos públicos. En esa época cría que bastaría su presencia para restablecer la armonía entre las fracciones contendientes de la familia colombiana. El colapso del sistema boliviano en Perú había destruido de un solo golpe todas las ilusiones que abrigaba sobre una Federación de los Andes. Los peruanos habían comenzado ya a violar la frontera colombiana. ¿Cuánto tardaría Bolivia en ser atraída al campo del enemigo? Las esperanzas de Bolívar se habían apoyado en un engaño; ninguno de sus cálculos resultó acertado.

Cualquiera que medite sobre el fatídico año de 1826-27 tiene que abordar la cuestión de la actuación de Bolívar. ¿Podía haber seguido otro rumbo? ¿Tenía abierto otro camino? El autor cree que Bolívar no fue prudente ni hábil en sus métodos. En primer lugar, prolongó demasiado su estancia en Perú; en segundo lugar, cometió un grave error dejando el ejército en Perú cuando lo necesitaba para aplastar la rebelión de Páez. En tercer lugar, se negó a juzgar inexorablemente ciertos asuntos indiscutiblemente graves: sabía que Páez no era salvador de la república, y tenía que constarle que su reconciliación con él no era honrada ni valerosa. Además, tenía que darse cuenta —si hubiese estado dispuesto a admitirlo— de que la Federación de los Andes no era considerada más

que como un sueño tanto en el Norte como en el Sur, y que era mirada con desdén y burla. La Constitución boliviana era francamente impopular en Colombia. Aunque dijo: “Echadla al fuego si queréis, no tengo vanidad de autor”, Bolívar se aferró obstinadamente a su Constitución.¹²⁰⁰ Y fue esta última consideración, su programa político, más que nada, lo que le enajenó la gran mayoría del partido liberal, receloso de toda ideología que tuviera el más leve asomo de monarquía o dictadura.

Hay una segunda cuestión puramente lógica. ¿Era posible evitar la desintegración de Colombia? En este caso, sólo cabe una contestación: dadas las circunstancias, la caída de la Gran Colombia hubiera podido aplazarse, más no evitarse. ¿Acaso Bolívar no se percató de que el destino de su país era inevitable o prefirió cerrar los ojos ante la catástrofe que se aproximaba? Había escrito a Santander: “El origen de nuestra existencia es impuro. Todo lo que nos ha precedido está cubierto por la capa del crimen. Con esta mezcla de sangre, con estos elementos morales, es imposible dictar leyes para héroes o establecer principios para hombres.”¹²⁰¹

Bolívar había dicho en varias ocasiones que América del Sur sólo podía ser gobernada por un déspota astuto, pero que él no quería encargarse de esa misión. Pero siendo así, ¿por qué no se sacrificaba en aras de esa creencia, o por qué no seguía el ejemplo de San Martín y se retiraba a un exilio voluntario? La contestación debe buscarse en lo hondo de la personalidad del Libertador. Durante dieciséis años luchó contra dificultades insuperables. La derrota, las privaciones, el exilio, no habían logrado doblegar su indómita voluntad. Con la misma invencible tenacidad se aferraba ahora a las tambaleantes columnas de la República de Colombia. Su gloria estaba en juego y no podía decidirse a renunciar a ninguna parte de ella. No podía permitir que ningún ser humano destruyera su visión de una futura grandeza para América del Sur. Si Bolívar hubiera renunciado en 1827, se habría ahorrado una infinita amargura de espíritu, pero su temperamento no habría tolerado jamás que se apartara de participar activamente en la historia de su país; no era hombre para vivir como un aristócrata ocioso. La felicidad personal no suele acompañar a la grandeza histórica, y Bolívar comenzó entonces su viacrisis.

1200 *Cartas*: Vol. VI, pág. 303.

1201 *Cartas*: Vol. VI, pág. 11.

XXXII

LA NOCHE DEL 25 DE SEPTIEMBRE

En 1827 Bogotá era una pequeña ciudad que dormía bajo la protección de las cordilleras. En sus calles estrechas vivían unas veinte mil personas. Allí, en el centro de la ciudad, en el hueco existente entre dos elevados picos, se encuentra la casa-quinta que el municipio regaló a Bolívar en 1820. Todavía hoy esta pequeña vivienda se conoce como La Quinta de Bolívar, porque fue allí donde el Libertador pasó todo el tiempo que le dejaban libres los asuntos de gobierno, que trataba en la mansión presidencial.¹²⁰² La elevada pared que rodea la propiedad da acceso a la casa a través de un hermoso portal que se abre sobre un bosque de majestuosos cipreses. Es una casa de un piso, de estilo colonial, con techo de tejas rojas y una galería alrededor. Los cuartos tienen pisos de ladrillos; los techos son bajos y las ventanas se abren ante cedros centenarios. Rosas silvestres y cantidades de madre selvas. Allí los ruidos de la ciudad llegan distantes y débiles, de modo que la casa tiene la apariencia de aislamiento campestre. Los cuatro cuartos, biblioteca, sala de recibo, comedor y dormitorio, amueblados según el estilo del Imperio en caoba y sin adornos— son acogedores y llenos de colorido. En las tardes frías se obtiene calor por las chimeneas o los braseros a carbón de leña. En la ladera que da sobre la casa existe un modesto pabellón, agregado por Bolívar y llamado El Mirador porque presenta una vista magnífica de las montañas. Al lado del pabellón hay una piscina de natación donde Bolívar, incluso a los dos mil seiscientos metros de altura de Bogotá, se daba su baño diario de agua fría. El tocador de Manuela puede verse todavía en el pequeño cuarto próximo a la piscina.¹²⁰³

Manuela se había quedado en Lima. Mientras Perú se amotinaba y Bustamante traicionaba a Colombia, Manuela había luchado contra lo inevitable. Había ido a los cuarteles del ejército disfrazada de hombre, con una pistola en la mano y dinero en la otra, y había implorado a los soldados que permaneciesen fieles a Bolívar. Pero ni las palabras ni el dinero fueron de utilidad alguna. El ministro de la Guerra peruano ordenó su encarcelamiento, pero escapó por bote a Colombia.¹²⁰⁴ El

1202 *Cartas*: Vol. VII, pág. 9.

1203 J. Otero Muñoz: *En la quinta de Bolívar*. Conferencias de la Academia. Bogotá. 1935.

1204 L. A. Cuervo: *Apuntes históricos*, pág. 195. Bogotá, 1925. Palma: *op. cit.*, página 107.

general Córdoba, famoso desde Ayacucho navegaba en el mismo velero. Ambos se profesaban mutuamente un odio profundo: Córdoba porque detestaba las extravagancias de Manuela y Manuela porque creía que Córdoba era culpable de deslealtad a Bolívar, sospecha que no dejaba de estar bien fundada. Vía Quito, Manuela llegó finalmente a Bogotá. Bolívar había suspirado por su presencia. “El hielo de mis años — escribió— se funde bajo tu amabilidad y gracia. Tu amor resucita una vida que está desfalleciendo. No puedo estar sin ti. No puedo renunciar voluntariamente a Manuela... ¡Ven, ven, ven!”¹²⁰⁵

Ella vivió con Bolívar en su Quinta o en su palacio presidencial de San Carlos. La Quinta es todavía un sitio de sensacional belleza. Quienes han caminado bajo sus viejos árboles o se han sentado en los bancos de piedra mientras el sol se pone y la luna asciende lentamente tras las montañas, se han sentido en contacto con la vida de Bolívar, la vida de un aristócrata que se movió incansablemente por el continente y cuyo sentido de la belleza surge en tantos sitios. Manuela encontró a su amigo muy cambiado. Ya no era más el brillante conquistador que le había dejado en Lima. Mientras se paseaba de un lado a otro con su uniforme azul y sus galones de plata, se dio cuenta de lo delgado que estaba. Su cabello era ralo y había retrocedido más de su frente alta y estrecha. Sus ojos, antes tan llenos de emoción, estaban sombríos y sólo reconquistaba su vieja expresión en momentos pasajeros. Manuela cuidó de él mientras se recuperaba lentamente de la fatiga de su largo viaje desde Caracas. No guardó en secreto su amor por el Libertador, apareciendo con él en público siempre que pudo. La sociedad de Bogotá estaba todavía constreñida a sus horizontes provinciales y se consideraba un escándalo que el Presidente viviese abiertamente con su amante. La gente de Bogotá no era más virtuosa que otra, pero mantenía un cierto respeto por las convenciones para ocultar sus flaquezas. Manuela era una extranjera, y Bogotá era hostil a los extraños; además, Manuela hacía todo para excitar la malquerencia del público. Exhibicionista por naturaleza salía a caballo con ropas de hombre y cometía locura tras locura. Cuando los bogotanos eran amables la llamaban la extranjera; cuando estaban con otro humor le daban nombres muchos menos cordiales.¹²⁰⁶ ¡Una amante en el palacio y soldados en las calles! ¿Qué había logrado esta independencia con tantos sacrificios? Así se hablaba de casa en casa. Pero Manuela se había hecho ya indispensable para el envejecido presidente. Algunas veces ella lo

1205 *Cartas*: Vol. VII, pág. 377.

1206 Rumazo: pág. 211.

irritaba apareciendo en reuniones donde no había sido invitada, pero sus cuidados, su ternura, proporcionaban a un trémulo corazón un ardor que no podía encontrar en ninguna parte.¹²⁰⁷ Sentado en el pequeño pabellón que dominaba la ciudad, todo le parecía en calma y en paz, pero desde las fronteras del Ecuador hasta el Océano Atlántico el país entero ardía en rebelión.

Bolívar se preocupó primero de la defensa del Sur contra las ambiciones peruanas. Después que hubo entrado en posesión de su cargo de Presidente lanzó una proclama a los habitantes de Guayaquil implorándoles que se mantuviesen leales a la gran Colombia. “Vosotros no sois los responsables —dijo Bolívar—; el pueblo nunca puede ser responsable. Las ideas perniciosas y erróneas provienen de los jefes; son ellos quienes ocasionan las calamidades públicas.”¹²⁰⁸ ¿Quiénes eran estos líderes que trabajaban por la separación de Guayaquil y Colombia? En primer lugar, estaba el rebelde Bustamante, a quien el Perú había prometido una considerable recompensa en efectivo si tenía éxito su empresa. Su plan había sido ocupar todo el sur de Colombia y anexionarlo al Perú; para consumar este proyecto había partido con la tercera división.¹²⁰⁹ Sin embargo, la noticia de sus intenciones precedió a su llegada a los territorios amenazados y un grupo de oficiales residentes en Guayaquil y adictos a Bolívar y a sus ideas sobre una gran Colombia, improvisaron la defensa y trataron de separar la tercera división de su traidor jefe. No obstante, las tropas se mantuvieron y declararon que lucharían contra la dictadura de Bolívar. Contaban con la falta de unidad de los habitantes de Guayaquil. Una revolución destituyó a las autoridades locales y puso al general La Mar, peruano de nacimiento, a cargo de la administración militar. Mientras tanto Bustamante se había internado profundamente en territorio ecuatoriano. Ecuador parecía perdido para la gran Colombia y sólo fue rescatado por la energía del general Flores.

Flores había nacido en Venezuela y luchado por la independencia desde los días del terror español. El triunfo de la libertad lo había llevado al Sur y en Ecuador había escalado importantes posiciones. Bolívar lo describió con las siguientes palabras: “Pocos hombres en Colombia superan al general Flores en astucia y en inteligencia tanto para la guerra como para la política. Tiene talento natural desarrollado por el estudio y la reflexión. Además, es extremadamente valiente y tiene también la

1207 Véase la carta de Manuela a Bolívar. *B. de H.* Caracas, vol. XVI, pág. 334.

1208 *Proclamas*: págs. 358-359.

1209 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, págs. 27-28. Larrazábal: Vol. II, pág. 399.

facultad de agradar a la gente. Es generoso y sabe cuándo gastar. Pero su ambición excede todas sus otras virtudes o defectos; es el motivo de todas sus acciones... Flores desempeñará un papel importante en este país.”¹²¹⁰ En la crítica situación arriba descrita, Flores utilizó su influencia para ponerse en contacto con ciertos oficiales de la tercera división. Explicó todas las derivaciones del proyecto de Bustamante y, apelando a su patriotismo, logró obtener su colaboración. Bustamante y cuarenta de sus amigos fueron arrestados y puestos a disposición de Flores. Sólo el puerto de Guayaquil insistió en continuar la rebelión.

Flores fue comisionado para hacer entrar en obediencia a la ciudad rebelde. En ambos campos reinaba la mayor confusión, complicándose aun más la situación con el diario desplazamiento de los partidos, comandantes y esferas de influencia. Sin embargo, en cuanto Bolívar asumió la presidencia, el Sur se dio cuenta de que la marea de la guerra estaba cambiando y, a fines de septiembre de 1827, Flores entró en Guayaquil a la cabeza de un ejército de confianza. Los traidores huyeron por la cercana frontera peruana y Flores declaró nuevamente a Guayaquil bajo las leyes colombianas. Fue el primer triunfo de Bolívar como Presidente y lo tomó como indicio de que podía alcanzar el éxito en mantener unida Colombia. “Estoy concentrando todos mis planes, toda mi gloria, para que Colombia, unida, pueda presentarse ante la gran convención. Dispongo apenas de seis meses para conquistar esta victoria nacional.”¹²¹¹

Antes de llegar a Bogotá había dicho que podría salvar a Colombia sólo si se le permitía ejercer poderes ilimitados.¹²¹² Después se había sometido a la Constitución, y las cosas se presentaron más fáciles de lo que había esperado. Mantuvo a los secretarios de Estado con los que Santander había cooperado durante tanto tiempo, y la simple presencia del Libertador pareció limar los antagonismos entre dichos partidos.¹²¹³ El Congreso expresó su confianza en él; se aprobaron los decretos que había dictado en Venezuela y obtuvo la prerrogativa de efectuar nombramientos militares sin la sanción del Congreso. Después se aceptó su plan de reformas administrativas.

Pero era evidente que en todo lo que hacía Bolívar estaba tratando de anteponer los intereses de su propio partido. En sus viajes a lo largo del

1210 *D. de B.*, pág. 167. Véase O’Leary: *Doc.* Vol. IV, *passim*

1211 *Cartas*: Vol. VII, pág. 31 y 59.

1212 *Cartas*: Vol. VII, pág. 14.

1213 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, pág. 62. Guerra: pág. 234.

continente había quedado persuadido de que las masas estarían a su lado. Contaba con el ejército para equilibrar la influencia de los abogados y escritores y también, por primera vez en su carrera política, prestó cierta atención a la cooperación del clero. Invitó a su mesa a los dignatarios eclesiásticos; rindió homenaje a los santos de la madre patria y a los pastores que habían guardado el rebaño colombiano. Confirmó este nuevo acercamiento con una serie de decretos favorables a la posición de la iglesia.¹²¹⁴ Sus motivos eran obvios; buscaba establecer una alianza con todas las fuerzas conservadoras.¹²¹⁵ Desde el primer día de su regreso a Bogotá, la correspondencia de Bolívar estuvo dedicada a la concertación de esta alianza. Su refrán era siempre el mismo: el destino de Colombia será decidido por una gran convención; si esta oportunidad se desaprovecha, todo quedará perdido. En consecuencia, era necesario elegir los diputados con el mayor cuidado. Únicamente hombres moderados de propósitos firmes y corazones puros podían representar al país.¹²¹⁶

No era sino natural que sus enemigos también comprendieran los puntos que estaban en juego. Santander escribió utilizando casi las mismas palabras: “Es importante que sólo sean elegidos patriotas que hayan sido probados y que sean incorruptibles y muy liberales.”¹²¹⁷ La diferencia entre las dos afirmaciones reside en los principios que las respaldan. Bolívar deseaba una Gran Colombia unida bajo un régimen conservador. Santander contemplaba la separación de Nueva Granada de la república hermana para formar un Estado liberal. Sin embargo, la disparidad entre los dos jefes trascendió los límites que la diferencia en estas actitudes objetivas respecto a la política estatal parecía señalar; un incidente de carácter personal pronto agravó el conflicto. Ya se ha mencionado que los préstamos foráneos fueron malgastados durante la ausencia de Bolívar. El dinero nunca había sido una tentación para Bolívar. Incluso durante estos años en que su fortuna personal casi se había agotado, cumplía sus obligaciones con gran puntualidad, prefiriendo pagar los gastos en que había incurrido como Presidente de su propio bolsillo antes de permitir que sufriera el prestigio nacional. No podía comprender que los funcionarios se enriquecieran a expensas de la comunidad. Sospechó que Santander había abusado de los préstamos e impulsivamente expresó su

1214 *Proclamas*: pág. 359. Blanco: *Doc.*, vol. XII, pág. 693, 697 y 721.

1215 R. Botero Saldarriaga: *El presidente Libertador*. Bogotá, 1928.

1216 *Cartas*: Vol. VII., págs. 28, 29, 30, 31, 33, 34 y 40.

1217 *Cartas*: Santander: Vol. III, pág. 127. *Arch. Santander*: Vol. XVII, pág. 223.

sospecha en comentarios casuales. Santander exigió una investigación y Bolívar giró este requerimiento al Congreso. Después de acalorados debates, el Congreso designó una comisión para investigar la cuestión, pero no se llegó a ninguna decisión concreta.

Sin embargo, el asunto resultó fatal, en cuanto se refiere a las relaciones entre ambos. Su enemistad había invadido ahora el campo de las acusaciones personales y cualquier reconciliación parecía fuera de lugar.

Santander se convirtió en el líder reconocido de la oposición, puesto que desempeñó con la habilidad que da la experiencia. Sabía cómo acercarse a la gente y de pronto se hizo popular. Bebía chicha con ellos, iba a las ciudades y pueblos, prometía todo a todos y en general se preparaba para las elecciones con un raro talento demagógico.¹²¹⁸ Estaba resuelto a arrebatar la administración del Congreso del control de Bolívar. Y, lamentablemente, la actitud marcadamente contradictoria de Bolívar durante este período le significó una gran ayuda.

Como se ha dicho, Bolívar concedía mucha importancia a la gran convención, pero de todos modos sentía que su reputación no le permitiría intervenir en el proceso electoral. No deseaba ser acusado de utilizar el poder ejecutivo para fomentar sus intereses personales, y con este pensamiento en la mente ordenó a los oficiales del Gobierno se abstuviesen de intervenir o influir en la votación.¹²¹⁹ Sólo la más grande ingenuidad le pudo hacer creer que sus enemigos le reconocerían el mérito de su actitud objetiva. Por el contrario, aseveraron que estaba preparando una dictadura militar que haría palidecer el gobierno de Morillo. Bolívar rechazó asimismo indignado la sugestión de presentarse en persona ante la Asamblea Nacional para influir en sus deliberaciones. Tenía la seguridad de que no asistiría a sus debates y a veces parecía experimentar un sentimiento premonitorio de que sus esfuerzos serían vanos. “No tengo deseos de ponerme a hacer nada; puesto que nada durará, no tiene sentido trabajar.”¹²²⁰ Desgarrado por emociones en conflicto, perdió toda base firme para creer o esperar. El tono de sus cartas varía de un extremo a otro; a veces confiado y otras desesperado, muestra la depresión de un hombre que lucha contra lo inevitable. “No puedo mejorar las cosas porque no tengo poder para hacerlo. No puedo saltar sobre las barreras de una Constitución que debo sostener. No puedo modificar las leyes que

1218 *Cartas*: Vol. VII, pág. 122.

1219 *Cartas*: Vol. VII, pág. 58. *D. de B.*, pág. 150.

1220 *Cartas*: Vol. VII, págs. 71, 80 y 86.

complican nuestro sistema de gobierno y, finalmente no soy Dios que puede cambiar los hombres y la materia... Colombia y América están perdidas por una generación.”¹²²¹ En otra oportunidad Bolívar escribe: “La influencia de la civilización indigesta a nuestro pueblo, de modo que lo que debe nutrirnos nos arruina.”

Sin embargo, estas y muchas contradictorias reflexiones no lo impulsaron a influir sobre las elecciones; como prueba de este aserto no sólo tenemos la palabra de Bolívar, sino también el testimonio del secretario del Interior.¹²²² Con todo, la última victoria de Santander enfureció a Bolívar. Escribió: “Santander es el ídolo de esta gente.” Continuó diciendo que sus enemigos habían preparado una elección fraudulenta, acusación infantil, pues el propio Bolívar estaba en el poder. Si hubiese creído realmente que la gran convención tomaría la decisión definitiva con respecto al futuro de Colombia, había tratado de ganar la elección asegurando la mayoría para su propio partido. Apoyado por los alcaldes y los sacerdotes, podía haber decidido el resultado de las elecciones. Si miraba con desprecio esas prácticas y se negaba a utilizarlas, no estaba en condiciones de quejarse porque sus enemigos se aprovecharan de subterfugios obvios para alcanzar sus propios objetivos.

Con los resultados de las elecciones en su contra, Bolívar no podía hacer otra cosa que dejar que la Convención siguiese su rumbo. Como la había convertido en el punto focal de su programa, no podía tomar una posición opositora. En consecuencia, en sus discursos públicos evitó la cuestión de la Constitución y se limitó a expresar sus deseos de unidad para la nación. Mientras tanto, concentró sus energías en los problemas prácticos.

Aunque el Sur permanecía temporalmente en calma, la rebelión estaba latente en Venezuela desde el mismo día en que Bolívar había dejado Caracas. Pandillas que pretendían luchar por el rey de España asolaban las planicies. Otros grupos fuera de la ley saqueaban los alrededores de Caracas. Los españoles los proveían de armas y de dinero desde el próximo Puerto Rico y corrían rumores de que Morales, con doce mil hombres, se estaba preparando para invadir a Venezuela. Bolívar estaba gravemente preocupado por estos informes, y no era para menos, pues incluso el rumor de un desembarco español en Venezuela sería suficiente para volver a encender las llamas de la guerra civil,

1221 *Cartas*: Vol. VII, págs. 114-115.

1222 Restrepo: *H de R. C.*, vol. IV, págs. 82-83.

extinguidas tan recientemente y de manera tan poco definitiva.¹²²³ Páez, comandante militar de Venezuela, actuó con energía y rapidez; los líderes insurgentes fueron fusilados, e indultados sus adeptos. Pero estas medidas no lograron extirpar la raíz de la rebelión y Páez pareció incapaz de controlar la situación. Los levantamientos se propagaron al Orinoco, después a Barinas, Coro, Guayana y por último a Cumaná.¹²²⁴ Páez y los demás generales venezolanos hicieron cuanto pudieron para mantener separados estos rebeldes y así entenderse con ellos uno por uno. No obstante, nadie podía contemplar la Venezuela de estos días con cierta ecuanimidad, y Bolívar menos que nadie. Pensó que su presencia en Venezuela podía resultar útil para pacificar una provincia y concibió planes para dejar Colombia. Ya no esperaba más grandes cosas de la Convención Nacional. “Mis enemigos han logrado hacerme impopular”, dijo, y, por tanto, se dedicó al proyecto venezolano con gran energía. En tales circunstancias su decisión de ir a Caracas tiene más apariencias de huida que de programa.

Cuando Bolívar estuvo listo para partir, hizo uso nuevamente del artículo 128: esto es, reclamó las prerrogativas que le correspondían en caso de emergencia. Sin embargo, esta vez estaba resuelto a no delegar su poder en el vicepresidente —nominalmente todavía Santander— y parecía abrigar la intención de reservarse el poder dictatorial y utilizarlo durante su viaje. El decreto no mencionó siquiera el nombre de Santander y esta omisión equivalió a una nueva herida en los sentimientos ya lacerados del vicepresidente.¹²²⁵ Bolívar nombró secretario general suyo a Soublette y reforzó el gabinete de Bogotá con uno de sus adeptos más leales, Urdaneta.

El 20 de febrero de 1828 Bolívar emitió un decreto que establecía tribunales especiales para casos de alta traición para salvaguardar la República de los conspiradores.¹²²⁶ Esas medidas fueron interpretadas por sus enemigos únicamente como preparativos para una dictadura inminente. Un periódico de Bogotá publicó vehementes denuncias de los siniestros planes de Bolívar, y la respuesta de los funcionarios de éste fue quemar la edición. Al día siguiente el periódico apareció con el título de *El Incombustible*. Bolívar consideró estos acontecimientos

1223 *Cartas*: Vol. VII, pág. 57. Botero: pág. 83.

1224 Blanco: *Doc.*, vol. XI, pág. 619. *Cartas*: Vol. VII, pág. 67, 77, 85 y 119.

1225 Guerra: págs. 244-245.

1226 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, págs. 84-85. Botero: Págs. 84-85. O’Leary: *Doc.*, vol. XXVI, págs. 25 y 27.

como síntomas del próximo diluvio. El 13 de marzo declaró perturbado el orden público, afirmación que equivalía a proclamar la ley marcial. Se sucedieron luego enérgicas medidas referentes al presupuesto estatal, y aunque el propósito de Bolívar era adoptar todas las medidas necesarias para suprimir el déficit, sus compatriotas sólo vieron la mano férrea del poder gubernamental y levantaron un gran clamor ante la opresión.

Esas eran las circunstancias en que el Presidente dejó la ciudad rumbo a Venezuela.¹²²⁷ Mientras estaba en camino se enteró de que el peligro de una invasión española había desaparecido y que la paz había quedado restaurada. Pudo haber regresado a Bogotá, pero dos acontecimientos lo indujeron a no hacerlo: el primero fue el intento de rebelión del almirante Padilla, y el segundo, la inauguración de la Convención Nacional en Ocaña. El levantamiento de Padilla había tenido lugar en Cartagena; la gran Convención desarrollaba sus conferencias cerca del Valle del Magdalena. En consecuencia Bolívar eligió un lugar desde el cual pudiese asumir el control de la situación si las circunstancias hacían necesaria su intervención. Durante más de tres meses estableció sus cuarteles en Bucaramanga.

Padilla, un mulato, se había distinguido en las batallas contra la flota española. Difería de los demás oficiales en que tenía ideas liberales y era partidario de Santander. Era hombre de apasionados impulsos. Cierta vez, mientras jugaba, observó que su compañero estaba usando dados cargados y con su daga atravesó la mano del fullero hasta la mesa.¹²²⁸ Ahora se puso decididamente de parte de Santander. Sus intentos de derrocar las autoridades de Cartagena no duraron más de siete días, cuando él fue a su vez derrocado por Mariano Montilla, comandante de Cartagena. Por razones inexplicables, quizá porque creyó que Santander lo protegería, huyó al interior. En Ocaña, junto a los delegados liberales de la Convención, planeó otra rebelión contra Bolívar. De regreso a Cartagena fue arrestado inmediatamente por Montilla y enviado a Bogotá para ser sometido a juicio. El mismo Padilla era poco más que un aventurero, pero su rebelión fue importante en cuanto demostró la seria intención del partido liberal de llegar al poder por la fuerza si las deliberaciones de Ocaña no alcanzasen los resultados que deseaba.

La Asamblea Nacional, o la Convención de Ocaña, como se la conoce en la historia colombiana, había realizado una solemne sesión de apertura

1227 *Proclamas*: pág. 375, *Cartas*: Vol. VII, págs. 180 y 185.

1228 Otero D'Costa: *Vida del almirante Padilla*. Manizales. Posada: *Apostillas*, página 374. J. P. Urueta: *Vida de Padilla*. Cartagena, 1889.

el 2 de abril de 1828, en la iglesia de San Francisco. El primer discurso, pronunciado por el doctor Soto, demostró un odio abierto hacia Bolívar, pero la elección de Castillo y Rada, anterior ministro de aquél, como presidente de la Convención, constituyó un triunfo para el Libertador.

¹²²⁹ El partido de Bolívar era comparativamente pequeño; el de Santander tenía ventaja, y un tercer grupo, llamado los Independientes, en el que había muchos amigos de Bolívar, planeaba actuar según las circunstancias. Puede que Bolívar haya cometido un error al negarse a asistir a las conferencias de Ocaña, pues pudo haber influido fácilmente a este grupo indeciso, pero continuó limitando sus actividades y se dirigió a la Convención sólo mediante un mensaje escrito.

El mensaje de Bolívar tuvo un tono exclusivamente crítico y en sus palabras trasluce un amargo desengaño.¹²³⁰ Colombia, escribió, alguna vez creadora de su propia existencia, está agotada. Aunque no se mencionaba el nombre de Santander, el mensaje constituye una acusación directa a él y su administración. Bolívar señala que fue Santander quien tuvo el timón del Estado y dio alas a todos para pensar en sus derechos, pero nunca en sus obligaciones. El gobierno estaba mal organizado; no se ajustaba a la realidad colombiana. El Parlamento había absorbido todo el poder, pero sus leyes no eran completas ni coherentes. El gobierno, en lugar de ser un centro de fuerza, estaba en letargo y era indiferente. Se necesitaban poderes especiales para todo; era alternativamente una fuente envenenada y una corriente devastadora. La seguridad de los civiles no contaba con protección policiaca. La agricultura estaba arruinada; las pocas industrias habían perecido y el comercio con el exterior no bastaba para satisfacer las necesidades de la existencia. El ejército, que había sido orgullo y modelo de Sudamérica, estaba desintegrado. Esta disolución interior había culminado con la bancarrota de Colombia, en lo interno y lo externo. Perú, que no podía existir sin Colombia, se había atrevido a desafiarla. Únicamente un gobierno poderoso podía resolver este caos, y el país, que ansiaba su resurrección, rogaba por un Gobierno fuerte y eficiente. “Sin la fuerza no hay virtud; sin virtud, el Estado muere. La anarquía destruye la libertad, pero la unidad la preserva. Denos leyes inexorables.” Así termina el mensaje de Bolívar a los legisladores de Ocaña.

Estas palabras inflexibles, dirigidas a hombres que en su mayoría habían sido miembros del Parlamento colombiano desde 1821, sólo

1229 Guerra: págs. 268-279. Blanco: *Doc.*, vol. XII, *passim*.

1230 *Proclamas*: pág. 360.

sirvieron para aumentar la desconfianza con que se miraban las intenciones de Bolívar. Los adictos a Santander intentaron sabotear la lectura del mensaje, pero aunque su oposición fue firme, resultaron derrotados.¹²³¹ Durante las primeras sesiones, la Convención quedó abrumada por una marea de peticiones del ejército, de los Ayuntamientos y de las autoridades provinciales que exigían una reforma constitucional como la esbozada en el mensaje de Bolívar. Sin embargo Santander y sus amigos no las tomaron en cuenta, en la creencia que habían sido escritas especialmente a petición del Libertador.¹²³²

Desde el primer día de la Convención resultó evidente que la Asamblea Nacional iba a ser un duelo entre Bolívar y Santander. Por ejemplo, Bolívar contaba con el sostén de los representantes venezolanos, entre los que estaba el conspicuo doctor Peña, pero Santander se apresuró a formular objeciones. Exigió la expulsión del doctor Peña alegando que éste no había levantado la acusación de peculado que pesaba sobre él. Desde Bucaramanga, Bolívar trató de forzar la admisión de Peña, pero fracasó.¹²³³

La reforma de la Constitución fue el único y exclusivo problema del programa de deliberaciones de Ocaña. La discusión se inició con la propuesta de un diputado venezolano para disolver la unidad de Colombia y reemplazarla por una Federación libre. El rechazo de esta idea fue uno de los pocos triunfos de Bolívar en Ocaña. A renglón seguido la Convención decidió las reformas a introducir en la Constitución y designó una comisión de ambos partidos para elaborar el texto de las enmiendas. Sin embargo, los miembros de la comisión no lograron trabajar de común acuerdo y, como consecuencia, cada grupo presentó su propio proyecto de reformas.¹²³⁴

El partido de Santander solicitó la división de la República en veinte departamentos; quería un Senado restringido y una Cámara de Diputados fortalecida. El artículo 128, que concedía facultades dictatoriales en casos de emergencia, debía suprimirse.

Por su parte, el partido de Bolívar pidió un gobierno fuerte y eficiente. El presidente tendría que tener el poder del veto y el derecho

1231 Guerra: págs. 282 y 288.

1232 J. S. Rodríguez: *La Convención de Ocaña*. Memoria relativa a la convención B. de H. Caracas, vol. XVII, núm. 66, pág. 139 y 150. Guerra: pág. 297. Posada Gutiérrez: Vol. I, pág. 137. A. Urdaneta: *La Convención de Ocaña*. Caracas, 1900.

1233 *Proclamas*: Págs. 377-379. *Cartas*: Vol. VII, págs. 184, 206-207. *D. de B.*, página 190.

1234 Guerra: Págs. 321-402. Posada Gutiérrez, vol. I, pág. 139.

a designar y destituir a los funcionarios estatales. El artículo 128 debía ser mantenido.

Al debatir estas dos propuestas, los delegados de Ocaña tomaron una resolución que quien escribe entiende que es única en la historia de los procedimientos parlamentarios. Se decidió discutir los dos proyectos al mismo tiempo. El resultado fue precisamente el que el lector debe suponer. Ambos grupos abundaron en apasionados vituperios; se intercambiaron insultos y las palabras mentiroso y traidor resonaron en los pasillos de la iglesia de San Francisco. Se desvanecieron todas las esperanzas de un acuerdo.

En el ínterin Bolívar esperaba en Bucaramanga, con su acostumbrada impaciencia, los resultados de la Convención. Escribió cartas a todos los puntos cardinales; envió a sus ayudantes a Ocaña por frecuentes informes. Y vaciló. De vez en cuando pensaba ir en persona a Ocaña para ejercer su influencia en las reuniones. Demoró en hacerlo sólo porque esperaba que la Convención lo impulsase a ir. Sin embargo, y con gran disgusto suyo, la Convención no pareció sentir la necesidad de su presencia y la invitación no llegó. Santander conocía demasiado bien la irradiación de la personalidad de Bolívar. Confesaba francamente que él mismo se había acercado con frecuencia al Libertador con ideas de odio y venganza, sólo para darse cuenta de que en presencia de Bolívar su enemistad desaparecía y ocupaba su lugar un sentimiento de admiración por este hombre extraordinario, fundador de la madre patria.¹²³⁵ Si Santander, abogado y lógico, reaccionaba de esta manera, ¿qué probabilidades tenía el diputado promedio, con sus débiles recursos, de defenderse de la influencia personal de Bolívar? Así permaneció Bolívar en Bucaramanga, como una bestia salvaje enjaulada. Atendía sus asuntos diarios, salía a caballo, jugaba a las cartas y se permitía recordar los días gloriosos de la guerra. La vida de Bolívar durante estos meses se refleja en el diario de su ayudante, Perú de la Croix. Cuanto llegaban malas noticias, Bolívar se encerraba en su cuarto y daba rienda suelta a su sentimiento de depresión. Se negó a asistir a los bailes de fiesta, aun cuando siempre había tenido fama de bailarín apasionado; en cambio, se volcó a los servicios religiosos, comprendiendo de que este modo podría obtener importantes ventajas del clero católico. Su indiferencia por sus viejos pasatiempos incluía su actitud hacia las mujeres; se desentendió de todas, excepto de Manuela, que escribía fielmente y que ocupaba su mente hasta cierto punto. Sólo en ocasiones como en la carta al poeta

1235 *Cartas*: Vol. VII, pág. 292.

Olmedo observamos un reflejo de su vieja fuerza literaria. “He vuelto a mi vieja ocupación de ser un pobre diablo. Todos mis gustos se han tornado comunes, contrarios al poder y la gloria. Finalmente he vuelto a mi ser interior, a lo que los franceses llaman un vaurien. Si, mi querido amigo, me he convertido a los caminos del cielo. Me arrepiento de mi conducta mundana. Estoy cansado de imitar a Alejandro, y en vez de ello busco a Diógenes para salir de su cántaro, de su barril o de su casa. Uno puede saturarse de todo en este mundo..., ya es tiempo que otros héroes ocupen el escenario y desempeñen sus papeles, pues mi parte ha terminado. Usted sabe que la suerte, como buena mujer, ama los cambios, y como mi amante está cansada de mí, yo mismo me arrepiento de ella.»

Sin embargo, hasta en su melancolía, Bolívar mantiene su posición como uno de los hombres más destacados de su siglo. Esboza un carácter humano con unos cuantos rasgos simples; sus ingenuas instantáneas de los funcionarios y estadistas colombianos cobran vida por su perfección; su juicio histórico sigue siendo independiente y filosófico.

La tensión originada por los acontecimientos de Ocaña mantenía a Bolívar despierto durante la noche y arruinó su carácter y su apetito. Estaba humillado por los ataques que le habían dirigido Santander, Azuero y Soto. ¿Cómo era posible que estos hombres se engañasen a sí mismos creyendo que estaban luchando contra la desintegración de Colombia por cuestiones de ambición personal? «¿Para qué necesito a Colombia? Hasta sus ruinas atestiguarán mi gloria. Los colombianos aparecerán ante los ojos de la posteridad cubiertos de ignominia, no yo... Mi amor ha sido la patria; mi única ambición, la libertad. Los que me imputan algo distinto no me conocen. Y otra vez: «¡Las miserables criaturas! ¡Hasta me deben el aire que respiran, y se atreven a sospechar de mí!» Fue la desesperación la que indujo a Bolívar a pronunciar estas famosas palabras sobre la ingratitud y la inestabilidad de América. Y ciertamente había tanta inestabilidad como ingratitud, pero ¿qué otra cosa podía haber esperado de países que estaban todavía en proceso de formación? La furia de Bolívar le hizo ser, si no ingrato, cuando menos injusto. Acusó a sus adeptos de que les faltaba su propio entusiasmo fanático, de ser demasiado moderados en su defensa de una gran causa. Escribió: «El hombre es el hijo del miedo, y el esclavo y el criminal lo son doblemente.» Pero la falta no residía en los diputados de Ocaña. Eran minoría y apenas capaces de inspirar temor a sus adversarios.

Cuando, por último, se aproximó el momento de debatir la proyectada Constitución, Bolívar exigió una posición inflexible. Era mejor, dijo,

defender la República por las armas que transigir. Puso en juego todas sus viejas triquiñuelas, incluso la amenaza de renuncia, pero no surtieron efecto alguno. Cada uno de los dos partidos enfrentó al otro enajenado e implacable; era inconcebible una solución aceptable para ambos. Los fanáticos ya estaban buscando una salida más rápida y efectiva; Bolívar fue informado de que Santander y sus amigos habían comisionado a un oficial para que fuese a Bucaramanga y lo matara, pero no concedió mayor importancia al consejo, afirmando que Santander no era en realidad tan malvado como para llegar a eso.

Por su parte, Santander no podía sentirse muy confiado de su propia seguridad. Bolívar propagó su opinión de que el ejército jamás se sometería a los planes de Santander aunque éste triunfase en Ocaña.

Por último, Santander solicitó protección personal y pidió un pasaporte para ir al extranjero, pero en lugar de facilitar su partida, Bolívar aprovechó esta oportunidad para hacerle sentir su poder. Y así se acumularon las equivocaciones; esta montaña de errores explica el fracaso de la Asamblea Nacional.

El partido de Bolívar había seguido sus instrucciones y cuando resultó evidente que la Constitución de Santander sería aceptada, los bolivaristas boicotearon las sesiones. El 6 de junio este grupo se retiró en forma inequívoca de las reuniones, echando la culpa del fracaso de la Convención directamente sobre Santander y sus amigos. Su ausencia privó de quórum a la asamblea de Ocaña, lo que por ley constitucional indicaba un interregno, pues la Constitución de Cúcuta ya no estaba en vigencia y no se había aceptado un nuevo instrumento de gobierno. Tal era la situación según Bolívar, que afirmó que Colombia carecía tanto de Parlamento como de Constitución.

Los acontecimientos se sucedieron ahora con alarmante rapidez. El Parlamento largo de Ocaña puso en marcha la revolución. Se concibieron planes secretos y los diputados se juramentaron. Santander fue elegido como líder y ciertos miembros llegaron a exigir la muerte de Bolívar. Pero Bolívar se había anticipado de nuevo a sus enemigos. Cuando se enteró de que su minoría planeaba hundir la Convención, recomendó a sus adictos en Bogotá que se preparasen para la emergencia y considerasen las medidas a adoptar.

El 13 de junio el gobernador de Cundinamarca convocó una asamblea popular a celebrarse en la plaza de Bogotá. Esta asamblea resolvió anular los mandatos de los diputados de Ocaña, desautorizar toda decisión tomada por la Convención y concentrar todo el poder en manos de Bolívar.

El Consejo de ministros se mostró de acuerdo con estas resoluciones y muchas comunidades expresaron su aprobación. Todo el procedimiento fue muy arbitrario, pero le bastó a Bolívar. Recibió la petición de que se hiciese cargo de la dictadura cuando ya estaba en camino de Bucaramanga a Bogotá. Sonriendo, comentó: «Ahora ha salido el toro y veremos quién es el valiente.» El 24 de junio entró en Bogotá ante las aclamaciones de la multitud. «Toda la nación reconoce mi autoridad.»

Bolívar se dirigió inmediatamente a la catedral pues deseaba evitar todo contacto con los liberales y masones de Santander. Allí, en la gran plaza, en presencia de las autoridades locales y nacionales -el Gabinete, la Suprema Corte, el gobernador y sus oficiales-, Bolívar asumió el poder como Presidente. Recibió las felicitaciones de sus amigos y colegas y declaró que sería siempre el defensor de los derechos y libertades públicos, pero que cuando el pueblo lo quisiera renunciaría al poder y lo devolvería a la nación. A continuación se sirvió un banquete en el palacio, en el que Bolívar brindó por la República de Colombia. «El bien de la nación no consiste en una odiosa dictadura ... La dictadura es gloriosa cuando tapa el abismo de la revolución, pero perniciosa para los pueblos que se acostumbran a vivir bajo un gobierno dictatorial.»

¿Cuáles eran las intenciones de Bolívar? El mismo había acuñado la frase «odiosa dictadura». Su poder dictatorial se basaba en el ejército y en parte de la burocracia que le era adicta. Todos los generales de alto rango: Urdaneta, Mariño, Páez, Soublette, Arismendi, Flores, Córdoba, Montilla, Bermúdez y Salom, le aseguraron su lealtad. El nombre de Santander era el único que faltaba en esta lista de hombres famosos de la revolución. Sin embargo, Bolívar quería estar seguro del consentimiento del pueblo. «Es necesario que los buenos patriotas hagan todos los esfuerzos para lograr que el pueblo sancione los últimos acontecimientos... Porque no deseo gobernar contra la voluntad del pueblo.» Estas manifestaciones populares se propagaron por orden de Bolívar.

El programa de Bolívar puede definirse como un cesarismo democrático. Delineó su cometido en el «Decreto Orgánico» del 27 de agosto, en el que bautizó al nuevo régimen. El decreto fue un acta habilitante que le daba plenos poderes dictatoriales para reorganizar el Estado. No obstante, Bolívar no asumió el título de dictador; en vez de ello, recibió el nombre de Presidente-Libertador. Un Consejo de Estado debía cuidar la preservación de los derechos civiles. El 2 de enero de 1830 habría de reunirse una nueva asamblea nacional para dictar una Constitución. En el Ínterin, Bolívar quería dedicar todas sus energías a la

restauración y desarrollo de la economía nacional. El Decreto Orgánico iba acompañado por una proclama a los colombianos que incluye esta extraña frase: «Deploremos igualmente que una nación obedezca a un solo hombre y que un hombre por sí solo detente el poder.» Exactamente cuatro semanas después Bolívar era víctima de su propia y profética visión. La dictadura resultaba verdaderamente odiosa. Un grupo odiaba al Gobierno dictatorial como tal; otro despreciaba a los bolivaristas y existía aún otro más que se oponía al propio Libertador. El pueblo de Bogotá no simpatizaba con el ejército: especialmente con un ejército cuyos oficiales de más alto rango eran extranjeros en muchos casos. Aborrecía la dictadura militar y detestaba a Manuela.

Y Manuela era un blanco fácil para los chismes. Cierta día en que el batallón de granaderos estaba de guardia invitó a un grupo de amigos suyos a la quinta. Había confeccionado con trapos una efigie a la que había prendido con alfileres el marbete: «Francisco de Paula Santander muere por traición», y la había apoyado contra la pared. En presencia de los invitados llamó a un guardia y le ordenó que disparase. Un oficial se negó a obedecer, pero el otro que llamaron cumplió su orden. El general Córdoba, al enterarse del incidente, envió una protesta a Bolívar, quien respondió que conocía demasiado bien el fanatismo de su amiga y que había tratado en vano de romper con ella. Córdoba tenía razón, continuaba, y le prometí: que se libraría de ella. Fue una suerte para Bolívar que esta vez no tuviese más éxito que antes en su intento de desembarazarse de ella. Ciertos autores, como Ludwig, creen que Bolívar hubiera hecho con toda seriedad que Manuela hizo en broma. Tal actitud implica la incomprensión fundamental de la situación. Aunque despojado de su posición oficial, Santander constituía todavía una potencia. Pese a que no se le había otorgado puesto ni autoridad en el Decreto Orgánico, Santander permaneció en Bogotá y con toda naturalidad pasó a ser el cabecilla de una proyectada conspiración contra Bolívar. El nuevo lema de estos liberales fue: «No habrá libertad mientras viva el Libertador.»

Los miembros de la conspiración respondían a diversos intereses. Había jóvenes escritores como Vargas Tejada: hombres que habían experimentado el impacto de la revolución durante su niñez y que ahora querían defender sus conquistas; aventureros, como el misterioso doctor Arganil, que había sido empujado hasta las playas de América por las olas de la evolución Francesa y que ahora, por razones oscuras y misteriosas, se encontraba envuelto en el complot; individuos aislados, como el francés Horment, de quien se decía que era un espía pagado por los

españoles; como Florentino González y Mariano Ospina, cuyo sentido de la justicia estaba ofendido por la dictadura. Además, había algunas voces poderosas, tales como la del coronel Guerra, jefe de la plana mayor, y el comandante Carujo, quienes prometían que la rebelión tendría un éxito inmediato. La dirección de la revolución se puso en manos de un comité de siete. Santander era considerado todavía el vicepresidente legal y debía asumir la presidencia en cuanto Bolívar fuese eliminado. En consecuencia era de vital importancia iniciar la acción mediante la captura de Bolívar y sus ministros. Su plan consistía en practicar los arrestos en el santo de Bolívar, el día de San Simón, protegidos por la confusión general de las festividades.

Sin embargo, el plan original fue modificado y se decidió asesinar a Bolívar a cubierto de un baile de máscaras. No es seguro el modo en que Bolívar escapó de la trampa. Se ha dicho que Manuela lo salvó, pero el autor lo considera extremadamente dudoso; otros dicen que Santander lo protegió, suposición aun menos probable. A pesar de estos acontecimientos siniestros, Bolívar seguía creyendo en su invulnerabilidad. Ni soñaba con que alguien podría atreverse a poner las manos sobre él y siempre apareció sin armas ni custodia. Sus ministros eran más escépticos, y es probable que hayan estado más o menos en conocimiento de los complots revolucionarios y que fueran ellos quienes convencieron a Bolívar de que Santander debía ser exiliado. El 15 de septiembre, sin previo aviso Bolívar anunció: «Santander dejará el país de un modo o de otro», y pocos días después el que había sido vicepresidente fue designado embajador en Washington. Esta promoción era evidentemente un exilio honorable que llevaba el propósito de privar de su jefe a la oposición. Luego de ciertas dudas Santander aceptó el puesto, pero continuó su agitación contra Bolívar. Permaneció en Bogotá, secretamente informado del desarrollo de la conspiración, pero aparentemente ignorante de su existencia. Incluso demoró el estallido de la revolución, no porque quisiese proteger a Bolívar, sino porque consideraba que los planes no estaban lo bastante maduros. No rechazó la idea de la revolución ni, por otra parte, notificó a las autoridades del peligro inminente. Pensaba aparecer como un dios descendiendo de una nube si triunfaba la rebelión; acudiría al llamamiento del pueblo, pero con las manos limpias de sangre, pues era el Hombre de la Ley.

Sin embargo, los acontecimientos tomaron un giro completamente insospechado. El 25 de septiembre el capitán Triana regresó a su cuartel en completa borrachera. Al encontrar a su camarada, el teniente Salazar,

comenzó a maldecir violentamente, gritando que había llegado el momento de ahogar la tiranía en ríos de sangre. Salazar informó de lo ocurrido y Triana fue arrestado, pero la conspiración ya no pudo seguir considerándose un secreto. Cuando el coronel Guerra se enteró del hecho y comprendió que el complot había sido descubierto, comisionó a su ayudante, el mayor Carujo, la tarea de informar a los demás conspiradores. Estos se vieron entonces obligados a actuar con gran celeridad, pues contaban apenas con unas pocas horas antes de que se generalizase el conocimiento de sus planes. A las siete y media de la tarde los conspiradores se reunieron en la casa de Vargas Tejada y decidieron dar el golpe esa misma noche. Se formaron tres grupos; el primero capturaría a Bolívar a toda costa; el segundo debía apoderarse de los cuarteles y el tercero tenía que estar preparado para cualquier eventualidad. A medianoche el primer grupo cercó el palacio de San Carlos.

Bolívar había pasado la tarde en el palacio. No estaba bien y había enviado a buscar a Manuela, que acudió, afortunadamente para las próximas exigencias, calzando altas botas para protegerse del barro. Bolívar se estaba dando un baño de pies y le contó el arresto de Triana, pero agregando que creía que se había conjurado todo peligro inmediato. Manuela le leyó hasta que cayó dormido. Mientras tanto, los conspiradores habían dominado a los guardias del portal y, antorchas en mano, estaban subiendo por la escalera, vitoreando mientras tanto la Constitución. Ybarra, edecán de Bolívar, fue encontrado y dejado atrás, herido. Por último, llegaron a la puerta del dormitorio de Bolívar. Manuela, todavía despierta, escuchó el ruido inusitado y pensó inmediatamente en los rumores de la rebelión que habían corrido por Bogotá durante semanas. Apresuradamente despertó a Bolívar, que empuñó la pistola y la espada preparándose para hacer frente a los invasores. No obstante, Manuela no perdió la cabeza. ¿Pretendía luchar por su vida en camisón? La idea era absurda; debía vestirse en seguida. Mientras Bolívar obedecía, a Manuela le vino a la cabeza la idea de que sólo unos cuantos días antes había comentado lo fácil que sería escapar por la ventana, y ahora le recordó esta posibilidad. «Tienes razón», dijo Bolívar, y calzándose las botas de Manuela abrió la ventana. Ella lo empujó por la espalda mientras se aseguraba que las calles estaban desiertas. Mientras tanto, el grupo del exterior estaba golpeando la puerta, amenazando con hacer saltar el pestillo si no eran admitidos. Bolívar saltó al suelo, que estaba casi a tres metros, y Manuela lo vio huir hacia el Norte. «¡Ve a los cuarteles!», le gritó. Después se volvió y abrió la puerta. Los conspiradores se

precipitaron dentro y, agarrándola, preguntaron a gritos por Bolívar. Para ganar tiempo y distraer su atención de la ventana abierta, les dijo que Bolívar estaba en el salón de conferencias. «¿Y la ventana?» «La abrí para ver qué era ese ruido.» No la creyeron, pero quedaron indecisos sobre lo que tenían que hacer después. Manuela contaba los segundos; cada momento que pasaba, Bolívar aumentaba la distancia que lo separaba de quienes querían asesinado. Los hombres estaban furiosos, y en su agitación corrían de un lado a otro del cuarto. Si Bolívar escapaba estaban perdidos. Un conspirador enloquecido trató de matar a Manuela, pero Horment la salvó diciendo: «No estamos aquí para matar mujeres.»

Sin embargo, la cama en desorden y la ventana abierta constituían una evidencia clara, y cuando Manuela reiteró su afirmación de que Bolívar estaba en el salón de conferencias, le exigieron que los condujera allí. En el corredor, el herido, Ibarra, le gritó: «¿Está muerto el Libertador?», y Manuela, dejando de fingir, le dijo: «No, está vivo.» Después se arrodilló y vendó la herida de Ibarra con su pañuelo. Los conjurados tuvieron entonces la clara noción de su fracaso, pero cuando el edecán de Bolívar, Fergusson, llegó de la calle y, a pesar de la advertencia de Manuela, entró en el palacio, Carujo lo mató de un tiro. Poco después de este incidente abandonaron la búsqueda y huyeron. Cuando, pocos minutos más tarde, llegaron Urdaneta y Herrán y le preguntaron a Manuela dónde estaba Bolívar, apenas pudo evitar una sonrisa. En medio de toda su confusión y excitación le parecía divertido que todos esperasen que supiese dónde estaba.

En su huida, Bolívar se había encontrado con uno de sus sirvientes y juntos habían corrido hacia el puente de San Agustín. Vieron que los soldados iban y venían y escucharon disparos, de modo que Bolívar decidió esconderse bajo el arco del puente, y allí permaneció durante cuatro horas de fatal incertidumbre, sumergido en el agua, a la espera de lo que pudiese pasar. Finalmente, su sirviente se aventuró a practicar un reconocimiento y encontró un grupo de soldados que vitoreaban a Bolívar. Esto dio al Libertador la confianza suficiente para abandonar el puente. Cubierto de barro y calado hasta los huesos, se precipitó a los cuarteles.

El asalto a los cuarteles tampoco había tenido éxito. Aunque los conspiradores habían logrado liberar al almirante Padilla, no llegaron a conseguir su objetivo principal, porque los regimientos habían permanecido leales al Libertador. Urdaneta, que había sido informado del frustrado coup d' état, había asumido el mando y ordenado el arresto

de los conspiradores. Al amanecer todo estaba terminado; la rebelión había resultado vencida.

Al llegar a los cuarteles, Bolívar había pedido un uniforme seco y un caballo y cabalgado hasta la gran plaza. La guarnición entera estaba de pie y todos los generales reunidos. Con voz ronca y sepulcral, Bolívar les agradeció su lealtad y después ordenó la persecución de los traidores. Cuando Santander y Padilla lo felicitaron, los interrumpió con desprecio. Después regresó a palacio, y abrazando a Manuela, le dijo: «Esta noche has sido la libertadora del Libertador.»

Manuela misma estaba enferma y con mucha fiebre, pero Bolívar no se percató de su estado de nerviosidad. El estaba casi delirante. Se cambió de ropa y trató de rehacerse para descansar unos momentos, pero todavía sentía la tensión de las últimas horas. Pidió a Manuela que le contara lo que había pasado durante la noche, pero interrumpió su respuesta con un «No me digas nada». Casi en seguida repitió la pregunta, pero de nuevo la mandó callar. Así transcurrió la mañana trágica del 26 de septiembre.

En el interin, los conspiradores habían sido capturados y conducidos a palacio, donde los aguardaba Bolívar para escuchar sus declaraciones. El propio Libertador impidió que el coronel Crofton estrangulase al joven Horment y luego ordenó que trajesen ropas secas para quien había querido asesinarle. El general París, volviéndose hacia los conspiradores, dijo: «¡Y éste es el hombre a quien quisisteis matar!» «¡No al hombre, sino al sistema», respondió Horment.

¿Cuál fue la reacción de Bolívar ante este serio intento contra su vida, un intento que había señalado una profunda repugnancia hacia sus ideas y hacia él mismo como protagonista? Expresó su decisión de perdonar a los criminales y renunciar después. Si el pueblo le había dado la espalda, si había interpretado mal el carácter de su sacrificio al tratar de salvar a Colombia, no cabía otra alternativa. Mandó llamar a Castillo y Rada, presidente del Consejo de Estado, quien, a su arribo, encontró a Bolívar aparentemente sereno y firme. Bolívar le explicó que había meditado sobre los acontecimientos de la noche anterior sin encontrar otra solución al problema que su renuncia. Solicitó a Castillo y Rada que convocase al Gabinete y preparase la resolución. Además, entraba dentro de sus planes decretar una amnistía general para los conspiradores. Ni siquiera quiso conocer sus nombres.

El deseo de renunciar encontró la oposición conjunta de sus generales. Urdaneta, Córdoba y muchos otros alegaron que el ejército había demostrado su lealtad al Libertador y que n.) podía desertar en esos

momentos. Su renuncia, afirmaron, implicaba la aprobación del intento de asesinato. Rechazaron la idea de rendirse y declararon que el motín debía ser sofocado y los conspiradores ahogados en su propia sangre.

Bolívar cedió otra vez. Permaneció en su cargo de Presidente Libertador. La investigación comenzó sin demora mediante un procedimiento especial. Se nombró un tribunal compuesto por cuatro jueces y cuatro oficiales y el 30 de septiembre se dictó la primera pena de muerte. Urdaneta había tomado a su cargo la investigación y, fundándose en el decreto del 20 de febrero, asumió todas las prerrogativas como fiscal y juez. En el ínterin, Córdoba se hizo cargo del Ministerio de la Guerra, aunque no estaba libre de sospechas por su actitud durante la noche del 25 de septiembre. Urdaneta no perdió tiempo y el 2 de octubre el almirante Padilla fue ejecutado, y en seguida siguieron otros fusilamientos.

El 26 de septiembre Santander había sido citado para comparecer en juicio, acusado de participar en el complot. Bolívar estaba convencido de que Santander era el principal cerebro de la conspiración, y aunque el vicepresidente rechazó la acusación, se vio obligado a admitir que conocía los hechos y que había aconsejado a los conspiradores. Era cierto que sólo había afilado la flecha y permitido que otros tirasen de la cuerda del arco, pero Santander era general de la República, embajador ante los Estados Unidos, y como funcionario del Estado su primera obligación era revelar cualquier amenaza que pendiese sobre la República a la primera insinuación de peligro. En consecuencia, Santander fue sentenciado a muerte.

Bolívar sometió el veredicto al Consejo de Ministros para su aprobación. Los ministros convinieron que su ejecución podía servir de base para una violenta reacción, en tanto que la prisión o el exilio podían producir una impresión favorable. Su actitud razonable enfureció a Bolívar. ¿Por qué Piar y Padilla habían pagado con sus vidas su insurrección si Santander iba a escapar a la pena? Por último, aceptó, sin embargo, su decisión y Santander fue condenado al exilio. Aparentemente Bolívar era el vencedor en esta lucha fundamental entre los dos líderes, pero tiempo después confesó: «Fue nuestra ruina que no llegáramos a un entendimiento con Santander»; desde muchos puntos de vista ésta no fue sino una victoria pírrica. La sombra del hasta entonces vicepresidente persiguió a Bolívar de uno al otro confín de la República, y en último análisis fue Santander quien pudo reclamar el triunfo, no porque regresó a Bogotá como Presidente después de la muerte de Bolívar, sino porque representaba un principio político que estaba más cerca de la realidad que el sueño de grandeza de Bolívar.

La opinión pública de Europa y Norteamérica consideró que Bolívar había perdonado a Santander por pura debilidad. Este juicio no valorizaba al Libertador como merecía. En realidad, había sacrificado su pasión vengativa y su deseo de desembarazarse de su mayor enemigo ante su ambición mayor de preservar la República de Colombia. Poco después los ministros recomendaron a Bolívar una amnistía general para los conspiradores que habían escapado de la justicia distributiva. Sin embargo, los diputados conocidos como enemigos personales de Bolívar fueron desterrados, las logias masónicas cerradas y la educación reorganizada sobre bases conservadoras. Lentamente el país volvía a la normalidad.

Pero el corazón de Bolívar había quedado mortalmente herido. La noche del 25 de septiembre había sonado a toque de difuntos para sus aspiraciones y ambiciones. Por más que reflexionaba sobre los sucesos de esa noche fatal, todavía no alcanzaba a comprender que él, el creador de Colombia, hubiese escapado a la muerte de manos de sus compatriotas por un pelo. ¿Qué habría sido de la República de haber triunfado sus enemigos? La guerra civil, el derramamiento de sangre y la anarquía habrían sumido al Estado en una conflagración general. Esta pesadilla persiguió a Bolívar; en sus sueños veía las armas fatales de sus enemigos que le apuntaban; sentía el acero penetrando en su carnes. Gritaba a sus íntimos en agonía: «Me han destruido el corazón.» A la decadencia física que había comenzado en Lima, o quizás antes, se agregaba la profunda melancolía de su conocimiento de que su gran esfuerzo había sido vano. América era ingrata para el sacrificio de su vida, y no podía soportarlo más. «Como no soy santo, no tengo deseos de sufrir martirios.» Sin embargo, y pese a todo, no abandonó el mando, sino que permaneció en el puente en un esfuerzo desesperado por llevar a puerto el bajel colombiano.

XXXIII

DESINTEGRACIÓN DE LA GRAN COLOMBIA

Los sucesos de la noche del 25 de septiembre constituyeron un éxito político del Libertador. Todo intento frustrado de derribar un régimen fortalece en definitiva el Gobierno contra el cual va dirigido. Por consiguiente, la dictadura de Bolívar fue más poderosa que nunca. Lo ocurrido en esa noche memorable le había conmovido profundamente; sus pensamientos eran sombríos y su corazón quedó hondamente herido. Es muy elocuente el hecho de que jamás hiciera un relato descriptivo de lo sucedido. Pero sus enemigos quedaron reducidos a silencio, por lo menos durante un tiempo. El sentimiento de horror que inundó al país cuando se recibieron las noticias del atentado contra su vida, rodeó de prestigio moral el gobierno de Bolívar. Había adquirido así el apoyo de que le permitió mantener su posición durante un año y medio más.

Digan lo que quieran los críticos o enemigos de Bolívar sobre su dictadura, no pueden pretender que gobernara solamente porque estuviera obsesionado por amor al poder.¹²³⁶ Si se negó a abandonar su autoridad era porque tenía una misión que cumplir: conservar la unidad de Colombia. La existencia de la República estaba amenazada tanto desde el interior como desde el exterior. Perú, libertado a costa de la sangre colombiana, defendía la victoria que tan cara le había costado.

El derrumbamiento de la política peruana afectó al éxito personal de Bolívar en el sur del continente, es decir, la creación del Estado boliviano. En 1826, Sucre había sido elegido Presidente vitalicio de ese país. El joven mariscal había tomado la precaución de aceptar la elección con ciertas reservas: prometió servir a Bolívar solamente hasta 1828, año en que debía reunirse el primer Parlamento.¹²³⁷ El gobierno de Sucre fue un modelo de previsión política; se inspiró en el modelo trazado por Bolívar durante su rápido viaje de inspección por el país en 1825, y trató de animar con ideas liberales a ese atrasado país.

La administración de Sucre dio poco motivo a reproches, aunque debe admitirse que su excesiva integridad y pureza de móviles rayaban en

1236 *Cartas*: Vol. VIII, pág. 168. Groot: Vol. V, pág. 367. Tamayo; *op cit.*, *passim*. Lleras y Ruda: *Historia de la Gran Colombia*. Bogotá, 1986. Abreu y Lima: *Resumen Histórico de la última dictadura del Libertador Simón Bolívar*. Edición de Carbonell. Río de Janeiro, 1922.

1237 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, pág. 8.

la debilidad.¹²³⁸ Pocos meses después de haber sido elegido Presidente, atentó contra su vida un tal Matos, que fue detenido y condenado a muerte; pero Sucre, cediendo a las súplicas de la madre, le conmutó la pena por la de destierro y además le dio doscientos pesos de su propio peculio. Esa bondad era excesiva para un asesino político, y no es de extrañar que se abusara de la actitud de Sucre.

Perú no había abandonado nunca la esperanza de anexar a Bolivia, para lo cual contaba con la poca confianza que merecía la división colombiana destacada en Bolivia. Agentes secretos trataron de influir en ese ejército, y fuerzas peruanas, a las órdenes del general Gamarra, se dirigieron en actitud amenazadora a la frontera boliviana. Se dice que en el conflicto mediaron móviles personales; Gamarra acusaba a Bolívar de cortejar a su esposa, circunstancia que a veces irrita a los maridos, y sin duda deseaba vengarse de algún modo.¹²³⁹ No se sabe si eso es cierto o no, pero la rebelión estalló en Bolivia el día de Navidad de 1827. Sin embargo, Sucre logró dominar a los insurrectos y, a pesar de ciertas pruebas de la responsabilidad del general Gamarra trató de convencer al general peruano que ni él ni Bolívar abrigaban intenciones hostiles hacia el Perú. Sus palabras conciliatorias no produjeron efecto, y Gamarra continuó su agitación. El 18 de abril, la guarnición de Chuquisaca se amotinó, y Sucre, al dirigirse a la ciudad, fue atacado y herido en un brazo. Al no poder resistir a quienes lo atacaban cayó prisionero. Entretanto, con el fútil pretexto de que iban a proteger la vida de Sucre, los peruanos atravesaron la frontera boliviana. Bolivia se vio obligada a firmar un acuerdo en virtud del cual expulsaría del país a todos los extranjeros, es decir, a todos los colombianos.¹²⁴⁰

De acuerdo con la letra del convenio, Sucre era un extranjero. Incapacitado por su herida, había delegado todos los asuntos políticos a su representante y estaba dispuesto a salir del país y aún lo deseaba. Sin embargo, se negó a capitular ante la pura fuerza y salir como fugitivo del país por él libertado. Hasta el 3 de agosto no renunció a su cargo ante el Congreso reunido. Su último mensaje al Parlamento boliviano es notable por su dignidad y su escrupulosos sentido del honor: “La Constitución me declara inviolable; no asumo responsabilidad alguna por los actos de gobierno. No obstante, pido que se me prive de este privilegio y

1238 Villanueva: *Sucre*, pág. 443. J. M. Rey de Castro, *op. cit.*, págs. 216 ss.

1239 Véase la carta de Sucre en C. Hispano: *Bolívar y la posteridad*, pág. 136. Bogotá, 1938.

1240 López Contreras: *Sucre*, pág. 101. Villanueva; *Sucre* pág. 456.

que se examine mi conducta. Si puede encontrarse una sola violación de las leyes cometidas antes del 18 de abril, o si las Cámaras piensan que debe acusarse al gabinete, regresaré de Colombia y me someteré a la sentencia. Pido esta recompensa con tanto mayor derecho cuanto que declaro solemnemente que he sido yo quien ha gobernado durante mi administración. De todo lo bueno o malo que haya hecho, yo soy el responsable.”¹²⁴¹ En septiembre de 1828, con el brazo paralizado todavía por la herida, Sucre llegó a Quito, donde se instaló.

Bolívar consideró que el tratamiento infligido a Sucre constituía un insulto a Colombia.¹²⁴² La tensión aumentó peligrosamente cuando el Gobierno peruano manifestó abierta hostilidad hacia su vecina septentrional. El ministro peruano en Bogotá denunció los tratados y obligaciones concertados entre ambos Gobiernos durante los heroicos años de 1823 y 1824. Se sospechó que solapadamente provocaba a los enemigos de Bolívar en Bogotá, y el Gobierno colombiano acabó devolviéndole las credenciales y rompiendo las relaciones diplomáticas con Lima. Otros incidentes agravaron la situación, hasta el punto de que Perú creyó que Colombia se preparaba para declarar la guerra. De ahí que movilizara sus fuerzas, y su presidente, el general La Mar, asumió el mando del ejército. Bolívar envió un mensaje en el cual calificaba a los peruanos de desleales y traidores, y convocó a los colombianos del Sur para que se movilizaran y estuvieran dispuestos para cuando él llegara. “Mi presencia entre vosotros será la señal para la batalla.”¹²⁴³

Esa proclama de Bolívar era insólita en más de un aspecto. No sólo atentaba contra todas las normas de la cortesía internacional, sino que además amenazaba a los peruanos con una guerra que Colombia no deseaba. La respuesta del Perú fue un folleto presidencial dirigido contra Sucre y Bolívar. Este último habría tenido que recurrir ahora a la guerra, pero su gabinete se resistió a la idea y él tuvo que ceder a sus deseos. De ahí que se enviara a Lima a su edecán O’Leary para que allanara el camino para una transacción, misión que no dio resultado alguno. El Gobierno peruano le negó el salvoconducto y O’Leary no llegó nunca a Lima. Los peruanos extremaron aún la nota y negaron a Bolívar el título y honores de Presidente, pues en sus proclamas se limitaron a llamarle “el general”. Por último estallaron abiertamente las hostilidades.¹²⁴⁴

1241 Lecuna: *Doc.*, Vol. II, pág. 616. O’Leary: *Doc.*, vol. I, pág. 496.

1242 *Cartas*: Vol. VII, págs. 174, 175, 345. Véase la carta de Sucre a Bolívar. Blanco: *Doc.*, vol. XIII, pág. 54.

1243 *Proclamas*: pág. 384, *Cartas*: Vol. VII, págs. 344-345.

1244 *Cartas*: Vol. VIII, págs. 4 y 8. Restrepo: *H. de R. C.* Vol. IV, págs. 137-137.

La flota peruana bloqueó los puertos de Colombia en el Pacífico, y La Mar esperaba con cuatro mil hombres en la frontera ecuatoriana. Ante la gravedad de la situación, Bolívar nombró a Sucre su representante personal, y Sucre aceptó con vacilación. Después de dieciocho años de servicio casi constantes dedicados a la causa pública, Sucre consideraba justificado vivir su propia vida. Pero Bolívar lo persuadió de que la fama era más importante que la felicidad personal, y Sucre acabó aceptando la plena responsabilidad de las operaciones en el teatro meridional de la guerra.¹²⁴⁵

Bolívar sabía que esa guerra era impopular. En el tono amargo característicos de las cartas de sus últimos años escribió: “Estas naciones no ofrecen la base para las hazañas heroicas”.¹²⁴⁶ Amoldó sus actos a la razón de Estado, que le ordenaba que permaneciera en Bogotá y prosiguiera la labor de consolidación interna. Un cuadro real de su espíritu durante esos meses, tal como lo muestra su correspondencia, revela los estragos causados por la desilusión y la decepción. Son frecuentes las alusiones a la fatídica noche de septiembre, y la ofensa y el disgusto que le causaron hacían que a menudo fuera injusto con sus compatriotas. Pero todavía era raro que Bolívar desechara cualquier petición que se le hiciera. Su generosidad natural irrumpe a través de la costra de su amargura con palabras como éstas: “Mi querido amigo: Desearía tener una gran fortuna para poder compartirla con todos los colombianos. Pero no tengo posesiones. Sólo tengo un corazón para amarlos y una espada para defenderlos.”¹²⁴⁷

Bolívar confiaba en la habilidad de Sucre para resolver el conflicto peruano, hasta que recibió la noticia de que dos oficiales con mando en el Sur se habían sublevado contra el gobierno. Conocía demasiados bien el carácter de estos hombres los coroneles López y Obando. Había dicho a Perú de La Croix: “López es un malhechor sin decencia ni honor, un ridículo fanfarrón y jactancioso, engreído y lleno de vanidad... Sin talento, sin espíritu militar, sin valor ni conocimiento de la guerra se cree capaz de mandar y conducir un ejército. Pero todo su conocimiento no es sino engaño deslealtad y traición. En una palabra, es un rufián.” Obando era más que un canalla. “Es un asesino... un bandido audaz y cruel, un criado repulsivo, un tigre sediento de sangre, que no está satisfecha con toda la sangre colombiana que ya ha derramado...; deshonran y causan

1245 *Cartas*: Vol. VIII, págs. 84 y 98.

1246 *Cartas*: Vol. VIII, págs. 84 y 92.

1247 *Cartas*: Vol. VII, pag. 121.

oprobio al ejército al que pertenecen y a la bandera que llevan.”¹²⁴⁸ En realidad, López y Obando eran piratas de la revolución; la guerra civil se había convertido en hábito para ellos. Es muy improbable que su empresa tuviera por móvil una idea política, pero se escudaron con el pretexto de luchar por la Constitución de 1821.

López y Obando dominaban el Valle del Cauca y pudieron penetrar hasta el Ecuador por Pasto, estableciendo así un contacto con el ejército peruano.¹²⁴⁹ Ese peligro decidió a Bolívar a obrar. Modificó de nuevo la lista de sus colaboradores; una vez más, Urdaneta pasó a ser un el personaje más importante del gabinete. Siguió una serie de medidas administrativas cuyo objetivo era garantizar la estabilidad de la República mientras Bolívar estuviera en campaña. No todas esas medidas correspondían estrictamente al ideal de un Estado libre, pero entre ellas figura el decreto que convocaba a una nueva Asamblea Nacional para el 2 de enero de 1830. Por último, Bolívar delegó los asuntos en el Consejo de Ministros y salió para el Sur.¹²⁵⁰

En ninguna ocasión anterior había acusado tan agudamente las molestias del viaje. No pudo resistir el viaje a caballo durante más de dos horas seguidas. Agotado físicamente y desesperado moralmente, se percataba que le quedaba muy poco tiempo. Córdoba había sido destacado para dirigir la parte militar de la empresa; conquistó Popayán y comenzó una guerra de guerrillas contra lo rebeldes. Bolívar, que seguía muy de cerca de Córdoba, les ofreció una amnistía a condición de que depusieran las armas,¹²⁵¹ Obando, al darse cuenta de que la ayuda que esperaba de los peruanos no llegaría a tiempo para protegerlo de Bolívar, salvó la piel firmando un acuerdo con el delegado del Libertador.¹²⁵² Bolívar ha sido criticado severamente por esta medida paliativa y, en realidad, es difícil comprender que perdonara a hombres a quienes había calificado de canallas y rastreros, a la vez que pedía que los conspiradores idealistas de Bogotá pagaran con su vida. El monstruoso Obando siguió siendo dueño de las regiones de Pasto, en libertad para urdir otros crímenes.

Si Bolívar hubiese sabido que ya estaba descartado el peligro de una invasión peruana, su conducta con los rebeldes tal vez habría sido menos

1248 *D. de B.*, pág. 251.

1249 Véase la carta de Obando a La Mar en O’Leary: *Memorias*, vol. III., pág. 351. *Cartas*: Vol. VIII, págs. 146, 173, 178.

1250 *Cartas*: Vol. VIII, págs. 180, 183. Blanco: *Doc.*, vol. XIII, pág. 290.

1251 *Cartas*: Vol. VIII, págs. 218, 220. Blanco: *Doc.*, vol. XIII, pág. 366.

1252 I. H. López: *Memorias*, vol. II, págs. 14, 42. Bogotá. 1942. Posada Gutiérrez: Vol. I, pág. 221.

generosa. Tres días después de firmar el acuerdo con López y Obando, cuando entraba en la ciudad de Pasto, se enteró que el general Sucre, por tercera vez, había demostrado que era el mejor general del ejército colombiano. La primera intención de Sucre había sido evitar a toda costa una guerra fratricida. Le parecía monstruoso que Perú y Colombia se hicieran la guerra al cabo solamente de cinco años de la batalla de Ayacucho. Sin embargo, sus intentos de llegar a un acuerdo con el Perú fracasaron. El Presidente La Mar rechazó todas las propuestas y la guerra resultó inevitable.

Al principio, pareció que los peruanos llevaban ventaja gracias a algunos éxitos de poca importancia; ocuparon Guayaquil y confiaban que su ejército de ocho mil cuatrocientos hombres derrotaría a los colombianos. Sucre tenía solamente seis mil hombres, pero su talento militar compensaba su inferioridad numérica. Una campaña de treinta días, en la que con su habilidad dominó completamente a La Mar, terminó victoriosamente con la batalla de Tarquí, que merece ser puesta en pie de igualdad con Pichincha y Ayacucho. Sucre era contrario a que se derramara más sangre; además, la batalla del Charquí había restablecido el prestigio de Colombia y, en consecuencia, Sucre ofreció a La Mar una rendición honorable. El Tratado de Girón, firmado el 28 de febrero, concedía modestas reparaciones a Colombia y le garantizaba la integridad territorial.

Bolívar se apresuró a llegar a Quito para felicitar a Sucre, pero cuando se reunieron, estaba tan dominado por la emoción que la voz le falló. Dos veces intentó expresar su gratitud y dos veces su voz quedó ahogada en lágrimas. Por último abrazó a Sucre en silencio. Tenía ante sí un hombre que había soportado la ingratitud de Sudamérica y su corazón no se había alterado.¹²⁵³

Sin embargo, a pesar del éxito y de la moderación del tratado, Bolívar siguió desconfiando de los peruanos, y los acontecimientos justificaron sus prevenciones. La Mar había dado instrucciones a su segundo en el mando para que hiciera caso omiso del Tratado de Girón, y en ningún caso devolviera Guayaquil a Colombia. Ante esa deslealtad, Bolívar decidió permanecer en el Sur hasta que se hubiesen restablecido totalmente los derechos de Colombia. Instaló su cuartel general en la costa e hizo preparativos para poner sitio a Guayaquil;¹²⁵⁴ pero sus esfuerzos fueron superfluos, y el puerto fue tomado sin disparar un tiro. Una revolución

¹²⁵³ Larrazábal: Vol. II, pág. 474.

¹²⁵⁴ *Proclamas*: Pág. 389, *Cartas*: Vol. VIII, pág. 299.

destituyó en Lima a La Mar, y el presidente que se eligió en su lugar se apresuró a informar a Bolívar que el país no olvidaría nunca los extraordinarios servicios que Colombia le había prestado. Se ratificó el Tratado de Girón y Guayaquil fue ocupado por el ejército colombiano.

La campaña de 1829 señala el fin de la carrera militar de Bolívar; había luchado por la integridad de Colombia y por conservarla, pero era problemático que durara más allá de su vida. Bolívar estaba agotado y su muerte no estaba lejos. En Guayaquil lo atacó una enfermedad grave, que él creyó que era una fiebre gástrica, pero observadores sagaces advirtieron que su enfermedad pulmonar progresaba.

Cabía esperar que los diadocos estuviesen proyectando ya el reparto del reino de Alejandro entre ellos. El general Córdoba tramaba deponer al enfermo Libertador y separar luego Nueva Granada de Venezuela, dejando Ecuador independiente. Esperaba que sus compatriotas lo apoyarían. Huelga añadir que se reservaba el alto mando.¹²⁵⁵ Córdoba era un hombre que no conocía el miedo. Su valor en Pichincha y Ayacucho habían decidido el curso de la lucha. Su valor era de una clase que a veces se encuentra entre los sudamericanos, un valor que hace frente a los elementos como si éstos fueran impotentes para dañar a los seres humanos. Córdoba era incapaz de comprender los imponderables y creía que su participación personal en cualquier causa decidiría la victoria. Había ido al Sur con Bolívar y allí, con su espíritu simple y primitivo, se había enredado en política. Cada vez se percató más de que el Libertador no le tenía confianza; había oído rumores de que Bolívar pensaba hacerse emperador; vio ciertas cartas, prestó oídos a las calumnias, y, por último, reacio por temperamento al pensamiento lógico, perdió la cabeza y regresó a su provincia natal, Antioquia, y con trescientos voluntarios inició un movimiento para derribar a Bolívar.

Bolívar no consideró que tuviera que preocuparse. Había intentado apaciguar a Córdoba y tenía el proyecto de enviarlo a Europa en misión diplomática. Ahora, las circunstancias impedían esta transacción, y emitió órdenes terminantes.¹²⁵⁶ Urdaneta trató de entablar negociaciones con el arrojado general y envió a O'Leary a sofocar la rebelión. Este invadió las montañas de Antioquia, y el 17 de octubre encontró y derrotó a Córdoba.

1255 T. Mosquera: *Memorias sobre la vida política del general Bolívar*, págs. 659, 660, 663, Bogotá, 1940. Posada Gutiérrez: Vol. I. pág. 232. *Autobiografía*, pág. 711.

1256 *Cartas*: Vol. IX, págs. 56, 146, 150, 156. Véase la Proclama de Córdoba. Blanco: *Doc.*, vol. XIII, pág. 633.

El general rebelde quedó herido y se refugió en una cabaña que servía de hospital de campaña, donde lo encontró Hand, un legionario irlandés de O'Leary, que lo mató a sangre fría. Hand dijo luego que se había limitado a obedecer órdenes superiores, y algunos historiadores acusan a Bolívar de ese acto de cobardía, pero la acusación carece de fundamento.¹²⁵⁷

La rebelión de Córdoba fue aplastada con facilidad, pero un sentimiento de pena invadía a la nación. Con la ejecución de Padilla, el destierro de Santander y el asesinato de Córdoba parecía que la revolución, cual Saturno devorara a sus propios hijos. Todos los días, la ingratitud de América del Sur reclamaba una nueva víctima; Córdoba no había de ser la última. Pero Bolívar no perdió tiempo lamentando la pérdida de Córdoba, quien nunca había ocupado un lugar en su corazón. Córdoba era de poca importancia en comparación con la gran masa de los sudamericanos y su trágica impreparación.

Durante el transcurso de ese año, las emociones de Bolívar eran de desesperación, disgustos y en definitiva de tristeza, sentimientos que se hacen patentes en todo cuanto él pensaba o escribía sobre sí mismo o sobre Colombia: “En cuanto a mí, desespero de mi propio poder y sólo espero ver unida la Asamblea Nacional para que yo pueda alejarme de los ingratos y pérfidos. Ya recibirán su castigo de otros tan ambiciosos como ellos mismos.”¹²⁵⁸ Todos los días le daban nuevos motivos para quejarse de las “ideas diabólicas” que agitaban América del Sur. “Las perspectivas de América del Sur me deprimen y me entristecen; esta tierra está condenada.”¹²⁵⁹ “La ingratitud me ha destruido y ha privado a mi espíritu de todos sus recursos, estoy decidido a marcharme de Colombia y a morir de pena y miseria en un país extranjero... Mi aflicción no tiene límites. La calumnia me estrangula como las serpientes estrangularon a Laocoonte.”¹²⁶⁰ Ya no puedo aguantar más; estoy cansado ya tengo bastante; tal es el tenor de las cartas día tras día. “Durante veinte años de trabajo hice lo que pude. ¿Quién tiene derecho a exigir más de mí? ¿Y quién exigirá que muera en la cruz?... Aún en la cruz, por lo menos pondría fin a mis tormentos. Jesucristo soportó esta vida humana durante treinta y tres años. Yo pasé cuarenta y seis, y lo peor es que los pasé sin ser un dios que esté por encima del sufrimiento. Ya no puedo aguantar más. Ya no puedo aguantar más: mi corazón me lo dice cien veces por día.”¹²⁶¹

1257 Urdaneta: *Memorias*, pag. 377. Botero: *córdoba*. Bogotá, 1927.

1258 *Cartas*: Vol. VIII, pág. 279.

1259 Vol. IX, págs. 20, 79.

1260 Vol. IX, pág. 246.

1261 Vol. IX, págs. 108, 115.

Los ataques de su enfermedad se hacían cada vez más frecuentes; su fatiga aumentaba. “Parezco un hombre de sesenta años.” Pero la enfermedad no era el único elemento con el cual tenían que luchar sus deprimidos arrestos. Como hemos visto, toda la vida de Bolívar había estado regida por dos intereses antagónicos: su ambición personal y el ideal de la libertad. En la persona del Libertador, las dos tendencias se combinan sin merma de mérito o dignidad. Había conducido al pueblo a la independencia, y sólo él conocía la senda por la cual podría avanzar hacia una futura grandeza. Pero ¿y si no querían seguir ese camino? Si se resistían y, en vez de unir sus fuerzas en un gran imperio, decidían hacerse naciones independientes... ¡ah!, entonces serían realmente ingratos... Esas eran las reflexiones de Bolívar, y no le costó mucho convencerse de que las naciones sudamericanas se indignaron con sus ideas políticas y se opusieron a ellas.

Bolívar se consideraba el Libertador, pero para muchos de sus compatriotas ahora no era más que el Presidente, o, peor aún, el dictador, el usurpador.¹²⁶² “¿Yo un usurpador? ...No puedo aguantar esa idea, y el horror que me causa es tan grande que prefería ver el hundimiento de Colombia.”¹²⁶³ El carácter y la obra de Bolívar eran juzgados de modo análogo en otras partes del mundo. En Europa, Benjamín Constant criticó severamente a Bolívar por haber aceptado la dictadura. Cuando Bolívar se enteró por vez primera de la actitud de Constant, hizo un franco esfuerzo por refutar la acusación.¹²⁶⁴ Pero luego comenzó a sentir la seguridad de que no lograría imponerse a sus críticos, de que los contemporáneos no le harían justicia, y de que sólo la posteridad estimaría sus méritos como era debido. En son de amonestación escribí estas altivas palabras: “Mi nombre pertenece ya a la historia, y allí se me hará justicia. Por consiguiente, ni me tomo la molestia de defenderme de esa acusación mediante la cual Benjamin Constant trata de empañar mi reputación. Su juicio sería muy distinto si conociera más exactamente los acontecimientos de nuestra historia. Mi patriotismo es por el estilo del de Camilo. Amo la libertad no menos que Washington, y nadie puede discutirme que tengo el honor de haber humillado al león español desde el Orinoco a Potosí.” En el mismo tenor escribí también: “Una calma

1262 J. V. Castro Silva: *La tristeza de Bolívar*. Bogotá, 1935.

1263 *Cartas*: Vol. IX, pág. 22.

1264 *Cartas*: Vol. IX, págs 31, 40-41. M. Aguirre. “Una célebre polémica francesa de 1829”. *B. de H.* Caracas, vol. XX, núm. 79, pág. 357. Blanco: *Doc.*, volumen XIII, pág. 352.

general, una indiferencia absoluta se ha apoderado de mí y me domina completamente.”¹²⁶⁵

En otro tiempo dijo Bolívar. “Hemos ensayado todos los sistemas, y ninguno resultó eficaz. México cayó; Guatemala está destruida; hay nuevas revoluciones en Chile. En Buenos Aires mataron al Presidente. Bolivia ha tenido tres presidentes en dos días, y dos de ellos fueron asesinados.”¹²⁶⁶ “Eso no acaba; no se respetan derechos ni deberes, América es una barahúnda, un caos de pasiones, dificultades, desórdenes.” Pero, ¿cómo el propio Bolívar, cinco años antes había denominado a esa América la esperanza del universo, la tierra prometida? Sí —contestó—, pero esa creencia fue una quimera; deseos que engañaron a todos ellos, como engañan a los niños. En ese estado de ánimo escribió Bolívar un monólogo de honda emoción con el título de *Una visión de la América española*, donde nos encontramos las famosas palabras: “No hay fe ni verdad en América, ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son simples pedazos de papel, las Constituciones son libros, las elecciones son batallas, la libertad es anarquía y la vida es tormento. Esta es nuestra situación, y si no la modificamos, mejor será que perezamos.”¹²⁶⁷

¿Era posible que acariciara la esperanza de que América cambiara? En realidad, él no habría sido Bolívar si hubiese abandonado la esperanza de preservar a Colombia. Esa esperanza era más fuerte, más apremiante que la vida; ninguna aflicción, por honda que fuera, podía disiparla completamente. Pensaba en todo instante en el futuro de Colombia, y su primera aspiración era presentarla intacta a la Asamblea Nacional. Manifestó que se sometería a la decisión del pueblo; su reputación de Libertador se lo exigía, aunque no creía que los problemas de Colombia hallaran una solución verdadera en las discusiones constitucionales. “Estoy desengañado de las Constituciones, y aunque hoy estén de moda, sus fracasos son los mismos.”

Bolívar había decidido terminar su dictadura el 2 de enero de 1830, y su resolución era sincera. No es preciso repetir los acontecimientos del año anterior en Ocaña. La elección del futuro jefe de la República debe llevarse a cabo con entera libertad y en paz por la asamblea legislativa. Pero su actitud ante esas cuestiones prácticas de actuación gubernamental no impedía que tratara continuamente de encontrar algún medio de salvar

1265 *Cartas*: Vol. IX, págs. 33, 121.

1266 *Cartas*: Vol. VIII, págs. 277, 279.

1267 Blanco: *Doc.*, vol. XIII, pág. 496.

a la República de la desintegración. Sabía que esta desintegración era probable, pero habría recurrido a todos los medios para impedirla.

Volvió a su plan anterior de establecer un protectorado extranjero, y de nuevo pensó que Gran Bretaña aceptaría el mandato. “América —escribió a sus ministros— necesita un pacificador. La nación más poderosa del mundo debe proteger a los jóvenes estados de América del Sur para que no se devoren entre sí.”¹²⁶⁸ En otros momentos consideró la posibilidad de imponer la Constitución boliviana y nombrar su sucesor a Sucre para que ejecutara un programa que, como le constaba perfectamente, su vida no alcanzaría a completar. Entre las muchas especulaciones que cual relámpagos cruzaban por su mente, hay una que atrae nuestro interés. En una carta a O’Leary esbozó un nuevo proyecto, revolucionario en más de un aspecto: “¿No sería mejor para Colombia y para mí... que se eligiera un nuevo Presidente y que yo me quedara sólo como generalísimo? Yo me movería alrededor del Gobierno como alrededor de un rebaño de vacas... Yo recorrería las provincias, evitaría las rebeliones... Mi movilidad sería admirable. Podría estar en todas partes donde me llamaran la necesidad o el deber... Colombia saldría ganando mucho con este plan, y yo obtendría gloria, libertad y felicidad.”¹²⁶⁹ La proposición de Bolívar parece fantástica, pero habría resultado factible en una fecha anterior. Habría sido requisito esencial que se estableciera una perfecta armonía entre Bolívar como generalísimo y el gobierno. De haberse dado estas condiciones, el Libertador habría podido ir de ciudad en ciudad, como emperador medieval, arreglando, mejorando y alentando. Esa posición habría sido compatible con el carácter semifeudal de la sociedad y la economía colombianas; habría contribuido de algún modo a salvar las grandes distancias que impedían la centralización del país; en una palabra, podría haber contribuido a formar en Colombia un espíritu nacional. Si Bolívar hubiese pensado en esa solución en 1825, tal vez habría impedido, o por lo menos aplazado, la desintegración de su obra. Ahora, en 1829, el paciente estaba en una fase de la enfermedad demasiado avanzada para que pudiera aplicársele este remedio.

Entretanto, los ministros colombianos estaban estudiando otra solución. Si Colombia no podía mantenerse como república, debía convertirse en monarquía.¹²⁷⁰ El prestigio de Bolívar en Europa era considerable. Se le

1268 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, pág. 211. Véase también: *Cartas*: Vol.: VIII, página 305.

1269 *Cartas*: Vol. IX, págs. 91-92.

1270 L. A. Cuervo. “La monarquía en Colombia”. *B. de H. Bogotá*, vol. C, página 2890. Larrazábal: Vol. II, pág. 493 ss. Groot: Vol. V, pág. 302. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, págs. 202 ss. Botero: págs. 221. Ss.

apreciaba no sólo como gran talento militar, sino también como garantía de la reorganización pacífica del continente libertado. Bernadotte, el rey de Suecia, dijo: “Hay muchas analogías entre Bolívar y yo. Ambos debemos nuestro encumbramiento a nuestras espadas y a nuestros méritos; ambos somos amados por nuestro pueblo; ambos somos fieles a la causa de la libertad, y en esto nos distinguimos de Napoleón.” Muchas voces de Francia e Inglaterra manifestaban también su admiración por Bolívar.¹²⁷¹

A principios de 1829, el gobierno francés había enviado a M. De Bresson como ministro extraordinario para estudiar la situación de las repúblicas sudamericanas, como base para el posible establecimiento de relaciones diplomáticas ente los Estados recién nacidos y la Francia de Carlos X. De Bresson, acompañado por el duque de Montebello, hijo del mariscal Lannes, comenzó una misión que pronto se convirtió en foco de una gran intriga política. Su aspiración era la creación de una monarquía constitucional cuyo rey fuera un príncipe Borbón. El gabinete colombiano, propicio a embarcarse en una aventura que prometía una solución para la crisis del país, aprobaba los planes franceses, y no cabe duda de que las clases altas y el clero eran también favorables a ese plan. Urdaneta fue el principal paladín de este proyecto poco afortunado.

Es evidente que Urdaneta esperaba conceder la corona a Bolívar, pero esa idea tenía pocas probabilidades de éxito dada la manifiesta aversión de Bolívar por el régimen monárquico. Sin embargo, Urdaneta considerada justificadas sus intenciones teniendo en cuenta la desesperanza que Bolívar había manifestado a causa de la situación anárquica de América. Además, el Libertador había sugerido al gabinete que obtuviera una protección extranjera, y sus ministros eran de opinión contraria: que la monarquía sería un mal menor. Entretanto se habían alterado algo los planes primitivos. Ahora se creía que lo mejor sería que Bolívar siguiera en la presidencia hasta el fin de sus días y luego se eligiera un príncipe francés que reinara como rey en Colombia. En junio de 1829, una asamblea de altos mandos militares, funcionarios públicos y clero, que se reunió en Bogotá, aprobó el proyecto, y convino en preparar a la opinión pública para el nuevo programa. También se informó del plan previsto a los jefes venezolanos.¹²⁷²

Bolívar, a miles de millas de Bogotá, enfermo y atormentado por la pena, se enteró entonces de que sus ministros consideraban irrealizable su plan de crear un protectorado, y que, en cambio, proponían instituir

1271 Larrazábal: Vol. II, págs. 490-491.

1272 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, págs. 203-205.

un régimen monárquico para poner coto a la anarquía. Escribió a su secretario de Estado que la monarquía no tenía la menor perspectiva de éxito en América. Ningún príncipe europeo se embarcaría en ese remolino de pasiones sin garantías concretas, y la situación de América del Sur anulaba la posibilidad de toda garantía. El país era demasiado pobre para sostener una corte real; las clases inferiores serían violentamente hostiles a una nueva aristocracia, secuela inevitable del nuevo régimen, y las superiores mirarían con envidia y mala intención a esos innovadores. Además, habría cierta oposición en el extranjero. Inglaterra no consentiría nunca en una expansión del poder borbónico, y tanto los Estados Unidos como las demás Repúblicas sudamericanas se opondrían a la monarquía por razones de carácter ideológico. Bolívar deseaba vetar todo el asunto a menos que se contara con la plena aprobación de Francia e Inglaterra. Añadió que no lo movía la ambición personal, y que si el plan tuviera perspectivas de salvar a Colombia, él sería el primero en aplaudirlo.¹²⁷³

Echase de ver que las convicciones de Bolívar no habían cambiado, y tampoco puede reprochársele que ocultara su desaprobación. Lo único que le impidió rechazar inmediatamente el plan monárquico fue la circunstancia de hallarse enfermo y a mucha distancia del lugar en que se trataban estos asuntos, todo lo cual hacía imposible una comunicación continua con sus ministros. El silencio inevitable a causa de la demora en la información fue interpretada por sus ministros como asentimiento, y los representantes colombianos en París y Londres recibieron instrucciones de ponerse en contacto con los Gobiernos francés e inglés para gestionar el establecimiento de una monarquía en el suelo americano. Esa precipitación del plan monárquico para Colombia produjo solamente los resultados previstos por Bolívar; confusión exterior y disputas intestinas. Harrison, embajador norteamericano, aprovechó la oportunidad para inmiscuirse en los problemas políticos más delicados de Colombia. Escribió largas cartas a Bolívar dándole consejos sobre el modo de gobernar la República ateniéndose al modelo de los Estados Unidos. Harrison trataba de establecer algún enlace con los enemigos de Bolívar, y se dice que fue el verdadero instigador de la rebelión de Córdoba. Por último, Colombia pidió que fuera retirado, llegando a amenazar que lo expulsaría. El Presidente Jackson accedió a la demanda de Colombia y envió a Bogotá otro embajador.¹²⁷⁴

1273 *Cartas*: Vol. IX, págs. 21-22.

1274 *Cartas*: Vol. IX, pág. 192. Restrepo: *H. de R. C.K.*, vol. IV, págs. 218-220. *H. Montgomery: The Life of W. S. Harrison*. K Nueva York, 1857, H. R. Lemly: *Simón Bolívar*, pág. 433. Boston, 1923.

La respuesta inglesa al plan de monarquía encerraba para la República un peligro mucho mayor que las inhábiles tentativas de intromisión de Harrison, porque los ingleses eran más diestros en sus maniobras. Sólo la extrema ingenuidad de los ministros colombianos puede explicar su infundada creencia de que Inglaterra toleraría un solo momento que Francia hiciera otra tentativa para adquirir influencia en el hemisferio occidental. Inglaterra no empleó las ingenuas estratagemas de Harrison, sino que recurrió a la astucia y a la intriga. Se veía claramente que Colombia sufría una crisis permanente desde 1827 y era bien patente que la desintegración de la República liquidaría automáticamente todo el plan. El 9 de abril de 1829, el vicealmirante inglés Fleming, comandante de todas las fuerzas británicas en el Caribe, llegó a La Guayra, donde fue objeto de ostentosa recepción por Páez. Según todas las apariencias, la misión de Fleming constituía un notorio intento de fortalecer a los secesionistas venezolanos en su deseo de disolver la unión con Colombia. Además, el ministro inglés de Asuntos Exteriores informó al gabinete de Bogotá que su Gobierno recomendaba la elección de un príncipe español para el proyectado trono colombiano. Desde luego, Lord Aberdeen sabía perfectamente que esa proposición era totalmente inaceptable tanto para Bolívar como para su gabinete.¹²⁷⁵

Entretanto los venezolanos aprovecharon la proposición monárquica de Urdaneta como pretexto para su rebelión contra la unidad de la Gran Colombia. Desde el primer momento, Páez había entretenido con gran precaución el plan de Urdaneta manifestando que no podía aceptarlo ni rechazarlo mientras no supiera qué actitud adoptaría Bolívar. Nadie conocía mejor que Páez las ideas de Bolívar sobre la monarquía, puesto que había sido uno de los que en 1825 recibieron la famosa negativa de Bolívar, pero Páez simuló no estar enterado y envió a uno de sus oficiales, el coronel Austria, para que fuera a pedir oficialmente a Bolívar, cuáles eran sus opiniones sobre el futuro régimen de Colombia. Austria encontró a Bolívar en el sur, cuando el último había emprendido ya su viaje de regreso a Bogotá. El viaje había sido sumamente fatigoso. La lluvias habían borrado los caminos y Bolívar, físicamente agotado, difícilmente podía soportar el esfuerzo que en esas condiciones se veía obligado a hacer. Más ni la enfermedad ni los riesgos del viaje lograron demorarlo, y a fines de noviembre, desde Popayán, dio su opinión definitiva sobre el

1275 Blanco: *Doc.*, vol. XIII, págs. 499, 536. O'Leary: *Doc.*, vol. II, págs. 283. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, págs. 250, 251. Gil Fortoul: *Hist.*, págs. 466-467. Botero: pág. 254.

plan de una monarquía colombiana. Dio instrucciones a sus ministros para que interrumpieran todas las negociaciones sobre el asunto y les informó que sólo el Congreso podía sancionar decisiones relativas a problemas de soberanía nacional.¹²⁷⁶ Bolívar explicó al coronel Austria que todo experimento monárquico tropezaría con obstáculos insuperables. El, Bolívar, no aceptaría la corona aunque se la ofreciera todo el Estado de Colombia. No obstante, estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio para asegurar la preservación de la unidad, y hasta a servir a las órdenes de Páez si éste fuera elegido Presidente. “Os aseguro —escribió a Páez— que estoy muy dispuesto a servir bajo vuestro mando si llegarais a ser jefe de Estado.”¹²⁷⁷ Esa carta lleva fecha 15 de diciembre y nos da una idea clara de la república colombiana, con sus grandes distancias, su falta de carreteras y medios de comunicación, pues vemos que cuando se envió ese mensaje habían ocurrido acontecimientos que hacían insostenible su contenido, acontecimientos que durante un tiempo desconocía Bolívar.

Páez no se manifestó abiertamente contra el plan monárquico, pero solapadamente se aprovechó del rumor de la coronación de Bolívar para desacreditar al Libertador a los ojos de sus compatriotas. El momento parecía oportuno para los planes de Páez; Nueva Granada estaba estremecida aún de la impresión causada por la rebelión de Córdoba, y por eso Páez estaba decidido a correr el riesgo y separar Venezuela de la Gran Colombia.

El otoño de 1829 presenció una repetición de los sucesos de 1826. Venezuela fue escenario de una revolución separatista dirigida contra la persona del Libertador. La rebelión estaba dirigida por un triunvirato integrado por Páez, Soublette y Peña. Eran los hombres en quienes Bolívar había depositado su confianza: los había colmado de elogios con la sola idea de que fueran sus colaboradores en la gran empresa de conservar la unidad nacional. La revolución de Venezuela selló definitivamente la suerte de todos los planes de Bolívar como gobernante y de todas sus esperanzas como ser humano.

La rebelión venezolana se inició con un premeditado programa de vilipendio y calumnia. En las paredes de las casas aparecieron inscripciones insultantes contra Bolívar. El próximo paso lo dieron los Ayuntamientos de Valencia, de Calabozo y de Caracas negándose a obedecer las órdenes del Libertador y pidiendo que se le prohibiera atravesar las fronteras de Venezuela. Se le proclamó tirano, hipócrita, hombre de ilimitada ambición

1276 *Cartas*: Vol. IX, pág. 195. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, pág. 244.

1277 *Cartas*: Vol. IX, pág. 216.

cuyo nombre debía borrarse.¹²⁷⁸ Páez tenía que asumir la jefatura porque poseía la confianza del pueblo. En ese momento, Páez se quitó la careta y, al prestar juramento en el acto de Constitución de Venezuela como Estado independiente, dio su aprobación a la perfidia de los otrora partidarios de Bolívar. Ese acto de desafío público fue seguido de un reto personal. Páez escribió a Bolívar que estaba dispuesto a defender la soberanía de Venezuela con las armas. Si el Libertador trataba de oponérsele, se encendería una guerra de guerrillas exactamente como hacía quince años. Hasta llegó a amenazar veladamente con que Venezuela podría ser de nuevo presa de los españoles.¹²⁷⁹ La pena y la desilusión de Bolívar al enterarse de la conducta infame de Páez fueron indescriptibles. “Nunca sufrí tanto —exclamó— y anhelo que llegue el momento de que termine esta vida que ahora ha llegado a ser tan ignominiosa.”¹²⁸⁰ Bolívar acusó por esta catástrofe a los ministros y a su intriga monárquica. Le irritó especialmente Urdaneta y durante estas semanas se apartó totalmente de él. El gabinete se negó a asumir la responsabilidad de los acontecimientos y dimitió. Parecería que tanto Bolívar como sus ministros se mecían en la ilusión de que todavía podía salvarse a la República de Colombia. El gabinete quería salvar al Estado mediante una peligrosa operación: la implantación de la monarquía; Bolívar quería preservar la República embalsamándola con las venda conservadoras del protectorado.

Bolívar regresó a Bogotá a principios de 1830 y eligió un nuevo gabinete. Todavía no se hallaba dispuesto a admitir que el juego estaba perdido, y se preparó una vez más a intentar lo imposible con la nueva Asamblea Legislativa. El día 15 de enero entró por última vez a la capital. Las calles estaban adornadas como para una gran fiesta, pero la multitud guardaba silencio; parecía tener la sensación de que asistía a los funerales de la República. Cuando por fin apareció Bolívar a caballo, todos quedaron impresionados por su aspecto enfermizo y agotado. Pálido, ojeroso y con la voz que apenas se oía, dio pruebas inequívocas de la inminencia de su muerte.¹²⁸¹

El nuevo Congreso, la tercera asamblea constitucional de Colombia en diez años, ha sido calificado de “admirable” porque entre sus sesenta y siete diputados figuraban muchos hombres patriotas y honestos. Bolívar asistió a la elección del presidente cuando el Parlamento se inauguró el

1278 Blanco: *Doc.*, vol. XIII, pág. 714 ss. T22, 723; vol. XIV, págs. 12 ss.

1279 Véase la carta de Páez a Bolívar en Blanco: *Doc.*, vol. XIV, págs. 29, 54.

1280 *Cartas*: Vol. IX, pág. 227.

1281 Posada Gutiérrez: Vol. I, pág. 340.

20 de enero. La elección de Sucre era del agrado de Bolívar, que felicitó a los diputados por su decisión y dijo que el mariscal era el general más digno de la República. Ese juicio sobre Sucre era completamente justo, pero Urdaneta se sintió muy resentido.

Sucre entregó al Congreso el mensaje de Bolívar una vez que el Libertador se hubo retirado. El ex presidente dijo, en resumidas cuentas, que su ambición fue presentar la República intacta de la Asamblea Nacional: la rebelión del Sur había sido aplastada y la guerra con el Perú estaba terminada. El motín de Venezuela había echado abajo sus cálculos, a pesar de lo cual él esperaba que la Asamblea Nacional preparara una Constitución para toda la república y prometía aceptarla. “Creedme, la república necesita un nuevo presidente. La nación quiere saber si algún día voy a dejar yo de gobernar.” El lenguaje del mensaje de Bolívar era más comedido, más moderado que las expresiones de sus años anteriores. Evitó todo despliegue de su profundo pesimismo y honda tristeza, salvo en el último párrafo. El relato de su dictadura va seguido por estas palabras: “Ciudadanos, me sonrojo admitiendo que la independencia es el único bien que hemos logrado a costa de todo lo demás.”¹²⁸² No podía definirse más exactamente la situación de América del Sur en 1830.

En otra proclama emitida el mismo día, Bolívar se dirigía a los colombianos: “Hoy he dejado de gobernar. Escuchad mis últimas palabras. En el momento en que mi carrera política llega a su fin imploro y pido en nombre de Colombia que permanezcáis unidos.”

El Parlamento no aceptó la renuncia de Bolívar, pero en esa ocasión se atuvo exclusivamente a consideraciones de carácter práctico. El Congreso hizo notar que era preciso promulgar previamente los principios de la Constitución y que mientras no fueran aceptados esos fundamentos, el destino de Colombia dependía de individuos. Bolívar —dijeron— se comprometió a continuar en la presidencia hasta que se aprobara una nueva Constitución y se eligiera un nuevo presidente. Dicho de otro modo: Bolívar no era indispensable, pero por el momento se le necesitaba.¹²⁸³

Bolívar seguía en la creencia de que podría persuadir a Páez y Soubllette de que aceptaran la sumisión pacífica, y pidió permiso al Parlamento para ir a la frontera a reunirse con Páez. Recordando los errores de Bolívar en 1827, los diputados denegaron la petición con la diplomática excusa de que el presidente debía permanecer en la capital mientras se discutiera la Constitución. De esta suerte se ahorró a Bolívar el disgusto de que Páez rechazara la mano que él quería tenderle.

1282 *Proclamas*: pág. 398.

1283 Blanco: *Doc.*, vol. XIV, pág. 123.

Entretanto los esfuerzos por establecer un Estado independiente habían hecho rápidos progresos en Venezuela. Páez había convocado una Asamblea Constituyente que había de reunirse en abril y, dadas las circunstancias, no quería entablar negociaciones prematuras con Nueva Granada sobre ningún asunto que no fuera el problema de los límites.

La labor de la Asamblea Constituyente de Bogotá estuvo condicionada por la actitud de Páez. La nueva Constitución estaba inspirada en principios liberales algo parecidos a los principios en que se apoyaba la Constitución de Cúcuta de 1821. Sin embargo, dos problemas fundamentales pesaban gravemente sobre todas las decisiones referentes al futuro de Colombia: ¿Insistiría la Asamblea en la idea de la Gran Colombia después de la secesión de Venezuela?, pues parecería que elaboraban una Constitución para un Estado en vías de desintegración; en segundo lugar, ¿a quién debería elegir para que dirigiera la nación en esa nueva era? Ambos problemas eran de honda importancia para Bolívar, pues estaba convencido de que le sería imposible continuar en el cargo. Advirtiendo la inminencia de un colapso físico y psíquico, pidió una licencia temporal. Se le dio permiso y se le reconoció su derecho a elegir sucesor.

El 1º de marzo, después de haber nombrado Presidente interino al general Caicedo, Bolívar dejó las riendas del gobierno, que ya no volvería a tomar jamás, y se retiró a una casa de campo en las inmediaciones de Bogotá. Aunque los ataques de su mortal enfermedad arreciaban y aunque él sabía que carecía de vigor para guiar los asuntos de la nación, una y más veces sintió la mágica atracción de la política. A mediados de marzo llegaron a Bogotá noticias que revelaban la completa decadencia de la República. Un regimiento destacado en la región costera había desertado y el oficial que lo tenía a su mando se había puesto a las órdenes de Páez. La primera idea de Bolívar fue encargarse nuevamente del mando creyendo que su dictadura evitaría una mayor calamidad. No se daba cuenta de que le faltaba apoyo para esa aventura, de que sus colegas de 1828 se habían alejado de él y de sus ideas. Confiaba todavía en que Urdaneta, Herrán, París, Castillo y Rada le seguirían; por consiguiente, los invitó a una conferencia en el lugar a donde se había retirado.¹²⁸⁴

Esa memorable reunión se celebró el día 20 de marzo. Bolívar propuso hacerse cargo de la autoridad y declarar la guerra a los secesionistas de Venezuela. Los reunidos se arriesgaron a decir que esa guerra sería impopular; la separación de Venezuela era un hecho

¹²⁸⁴ *Cartas*: Vol. IX, pág. 252. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, pág. 299.

consumado y como tal debía aceptarse. Era perfectamente evidente que la mayoría se oponía al plan. Hasta ese momento, Urdaneta había guardado silencio, y Bolívar le pidió ahora que expresara su opinión. Pero ésa era la oportunidad de Urdaneta para desquitarse. Nunca había olvidado que Bolívar había calificado a Sucre del más digno de todos los generales, y también estaba resentido porque Bolívar lo había acusado a él, Urdaneta, de ser el responsable del estado caótico de la república. Su respuesta a Bolívar fue cruel y vehemente. La separación de Venezuela, dijo, se había consumado ya en 1827, cuando el propio Bolívar hizo doblar las campanas por la muerte de la república perdonando a Páez. Bolívar no pudo refutar la acusación; además, le faltaba el apoyo de sus antiguos amigos. Castillo y Rada, después de excusarse de asistir a la reunión, había enviado una carta que ahora leyó el Libertador, cuya voz temblaba de ira al enterarse de su contenido. Renunciad al poder para siempre, le aconsejaba su antiguo primer ministro; la separación de Venezuela es un hecho consumado; la guerra que proyectáis es impopular; es preciso mirar el problema cara a cara y constituir un Gobierno independiente para Nueva Granada; ¡Un gobierno sin Bolívar! En su ira, Bolívar acumuló acusaciones y reproches contra sus colaboradores de antaño. Querían que abandonara el timón del Estado, pero él no se iría; se quedaría a pesar de todo. La reunión se levantó sin haber llegado a ninguna decisión. Al volver a Bogotá a través de la niebla y la lluvia, los políticos tenían la impresión de que habían asistido a la agonía de un gran hombre.¹²⁸⁵

Muchos temían que Bolívar intentara hacerse con la dictadura aun sin apoyos políticos, confiando enteramente en el ejército. Los que abrigaban ese temor querían que Bolívar saliera del país; habrían considerado su defunción como un don de la Providencia. En la prensa aparecieron referencias injuriosas al Libertador; en Bogotá circularon de nuevo comentarios calumniosos de casa en casa, de una esquina a otra. Pero el gobierno estaba sobre aviso y dispuesto a poner coto a todo intento de atacar a Bolívar.

En ese momento, el gobierno se convenció de que era vano todo esfuerzo por contener la corriente general de la opinión y decidió transigir con la disolución pacífica de la gran Colombia. El Congreso discutió una proposición de que Nueva Granada rechazara la idea de la Gran Colombia, y el gobierno adoptó esa solución declarando que la Constitución promulgada sólo sería válida para las provincias de Nueva Granada. Las campanas tocaban a requiem por el sueño político de Bolívar.

1285 Posada Gutiérrez: Vol. II, pág. 38.

Era lógico que la cuestión de la sucesión del Libertador en la presidencia se resolviera asimismo en sentido anticolombiano, mejor dicho: antibolivariano. Por última vez trató Bolívar de imponer su propio nombre para la presidencia. Todos los altos oficiales y políticos fueron convocados a una reunión que había de proclamarlo candidato nacional. Para mantener una apariencia de imparcialidad, Bolívar se abstuvo de asistir a la reunión y aguardaba con confianza la comisión en su casa de campo. Pero la delegación que le trajo el informe vino a comunicarle su aplastante derrota. La reunión no sólo se había negado a proclamarlo Presidente, sino que consideró prudente informarle de que si continuaba residiendo en la capital de Nueva Granada, la paz interior estaría en peligro. El doloroso mensaje fue entregado por antiguos amigos de Bolívar —Caicedo, Herrán, Baralt—, pero Bolívar los trató como enemigos personalmente interesados en su dimisión. Perdió totalmente el dominio de sí mismo, pero la delegación no se intimidó. Por último, Bolívar preguntó cuál sería su posición después de haber renunciado a la presidencia, y le contestaron que siempre sería el primer ciudadano de Colombia.¹²⁸⁶

Poco a poco recuperó Bolívar el dominio de sí mismo y su ira cedió a una melancólica resignación. Su amigo el coronel Posada Gutiérrez escribió un emocionante relato de esos últimos días de lucha contra su muerte política. “Una tarde salió a dar un paseo por la hermosa pradera de la finca. Caminaba con paso lento y pesado; apenas podía oírse su voz; sólo con dificultad lograba hacerse entender. Caminamos a lo largo de las márgenes de un arroyo serpenteante a través del silencioso paisaje. Con los brazos cruzados contemplaba Bolívar la corriente, imagen de la vida humana: «¡Cuánto tiempo —dijo— se necesita para que esa agua se mezcle con el océano infinito, así como el hombre en la descomposición de la tumba se mezcla con la tierra de donde viene: en alguna parte se evapora como la gloria humana!» y de repente apretando las manos contra las sienes, gritó con voz temblorosa: « Mi gloria, mi gloria. ¿Por qué la destruyen? ¿Por qué me calumnian?»¹²⁸⁷

El 27 de abril se despidió de sus compatriotas: “El bien común de la patria exige mi separación del país que me dio la vida, a fin de que mi presencia no constituya un obstáculo para el bienestar de mis compatriotas” el 4 de mayo, su destino político quedaba sellado. Se había

1286 *Cartas*: Vol. IX, págs. 254-255. Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, pág. 309. Gutiérrez: Vol. II, pág. 51

1287 Posada Gutiérrez: Vol. I, pág. 370.

aceptado la Constitución y el Congreso procedió a elegir Presidente. No se emitió un solo voto a su favor; ni siquiera se respetó su elección de sucesor, pues fue elegido Joaquín Mosquera. Santander había triunfado contra Bolívar en Bogotá como Páez había triunfado en Caracas.

Todos estaban convencidos de que Bolívar iba a ser desterrado. La orden se adornó con palabras corteses y hasta fue acompañada de una pensión, pero era el destierro al fin y a la postre. Los pocos días que se le dejaron a Bolívar en Bogotá fueron de gran excitación. Al enterarse de su renuncia, una parte del ejército se amotinó y emprendió la marcha hacia Venezuela, mientras los estudiantes de la capital censuraban a Bolívar por lo ocurrido. Había temores de que se intentara una repetición de la noche del 25 de septiembre. La última noche de Bolívar en Bogotá fue de insomnio. El jefe del gobierno y los ministros permanecieron a su lado para impedir todo ataque. El día 8 de mayo por la mañana, Bolívar salió de Bogotá acompañado de sus ministros, oficiales, diplomáticos y muchos extranjeros. Cuando la caravana desapareció entre las nieblas de la meseta, el ministro inglés dijo: “Marchó el caballero de Colombia”.¹²⁸⁸

Dos cartas reflejaban las emociones de esa hora de despedida; la primera es de Bolívar a Manuela: “Mi querida, me satisface decirte que estoy bien, aunque me embarga tu pena y la mía por nuestra separación. Mi querida, te amo muchísimo, y te amaré mucho más si ahora eres más razonable que en ningún momento anterior. Pon cuidado en lo que hagas: de lo contrario, te echarás a perder, o sea que nos perderemos los dos. Soy siempre tu devoto amante. *Bolívar*.”¹²⁸⁹

La segunda carta es de Sucre a Bolívar: “Cuando llegué a vuestra casa para acompañaros, ya habías partido. Quizá fue mejor así, puesto que me ahorre el dolor de un amargo adiós. En este momento, con el corazón oprimido no sé qué decirnos. Las palabras no pueden expresar el sentimiento de mi alma, pero vos conocéis mis emociones porque me habéis tratado durante mucho tiempo. Y sabéis que lo que inspiraba en mí el sentimiento más ardiente no era vuestro poder, sino vuestra amistad. Siempre conservaré esa amistad cualquiera sea el destino que nos aguarde, y me halaga que guardéis la opinión que teniais de mi. Trataré de ser digno de ella en toda circunstancia. Adiós, mi general. Recibid en prenda de amistad estas lágrimas vertidas por vuestra ausencia. Sed feliz donde quiera que os encontréis, y dondequiera que estéis podéis

1288 Larrazábal: Vol. II, pág. 540. Posada Gutiérrez: Vol. II, págs. 66, 73. P.M. Ibáñez *Crónicas de Bogotá*, pág. 311. Bogotá, 1891.

1289 *Cartas*: Vol. IX, pág. 265.

contar con vuestro leal y devoto, *Sucre*. ”¹²⁹⁰ Bolívar, dirigiéndose ya al destierro, contestó: “Si pena os daba escribirme, ¿qué diré yo que dejo no sólo a mis amigos, sino mi país...? La noche de la tragedia comenzaba a proyectar sus sombras sobre estos dos grandes héroes de la libertad de América del Sur.

Al terminar la carrera de Bolívar como gobernante, parece necesario decir unas últimas palabras sobre sus aciertos políticos. Bolívar abandonó la actuación política en el momento en que se convenció de que ya no podía servirle a sus ideas de grandeza. Su renuncia y la desintegración de la Gran Colombia coinciden y se condicionan mutuamente. El gobierno de Bolívar no aspiró nunca a la satisfacción de un deseo egoísta ni se entregó a un vano afán de poder. Había puesto sus esperanzas en llevar a cabo una concepción política, y al ver su fracaso se rindió, con vacilaciones y renuencia, no cabe duda, pero sin recurrir a la fuerza de que disponía. Es la gran diferencia que hay entre Bolívar y Napoleón, y entre Bolívar y los dictadores del siglo XX. No hay por qué negar que era ambicioso y autoritario, pero aún desde un punto de vista democrático sólo puede censurarse la intención de permanecer en el poder contra la voluntad del pueblo, mas no que realizara esa intención. De pocos grandes gobernantes de la historia universal puede decirse lo mismo.

Bolívar fracasó como político porque sus ideas no coincidían con los instintos y deseos más arraigados de las naciones por él libertadas. Trató de encaminar a Hispanoamérica, una vez terminada la guerra, hacia lo que había sido al comenzar la guerra: un todo único y sólido. En ese deseo se inspiraban sus proyectos de una Gran Colombia, una Liga de Naciones Sudamericanas, una Federación de los Andes. Sabiendo que las masas del continente carecían de madurez política para comprender su concepción, trató de educarlas por medio de una dictadura educativa.¹²⁹¹ Sólo era republicano por lo que respecta a la forma; mas no aceptaba la significación esencial del concepto. Por último, su creencia era que sólo un régimen militar y autoritario podía dar estabilidad a América del Sur, y su sueño de un superestado sudamericano requería esa estabilidad. Pero las naciones de América del Sur sólo aceptaron las ideas de Federación y Liga mientras fueron indispensables para las exigencias de la guerra. Por temperamento, consideraban intolerables esas ideas. Tales son las hondas razones de la caída de Simón Bolívar, y es preciso comprenderlas para tener una noción clara de ese período de desintegración.

1290 *Cartas*: Vol. IX, pág. 268.

1291 A. Miyares: “El Libertador como político”. *B. de H.* Caracas, vol. XIV, número 53, pág. 14.

Hemos señalado que las inmensas distancias y las muchas dificultades encontradas en los trópicos fueron obstáculos para la creación de un reino como el de la visión de Bolívar. Otros observadores nos recuerdan la falta de intereses económicos comunes y de una burocracia preparada. Son éstos hechos indiscutibles, pero no constituyen el factor decisivo del fracaso de Bolívar. La razón última de la desintegración de las diversas formas de unión del Libertador fue que el pueblo se negaba a organizarse en una entidad supernacional. La descomposición del Imperio español fue seguida muy de cerca por el despertar del nacionalismo sudamericano, y a este hecho puede atribuirse directamente que Bolívar no tuviera éxito. Las naciones sudamericanas eran reacias a toda suerte de organización política que chocara con sus intereses o derechos particulares. Bolívar creyó que formarían un conglomerado, pero las relaciones entre Argentina, Perú, Chile y Nueva Granada, etc., apenas eran más que una aglomeración.

Por paradójico que parezca, esa tendencia al nacionalismo es herencia del régimen español. Cada una de las nuevas Repúblicas hispanoamericanas había sido una unidad administrativa desde el siglo XVI al XVIII, y nada da más fuerza al nacimiento del nacionalismo que un destino común experimentado bajo una sola administración pública. La historia de Alemania, Suiza, y Austria, confirma esta aseveración. En esos países, el mismo lenguaje, el mismo fondo racial y a menudo la misma religión prevalecían, pero cada uno de ellos tenía el sentimiento de ser una entidad nacional. De modo análogo, en América del Sur, el martillo de la administración española había forjado nacionalidades cuyas inclinaciones se proyectaban más hacia el interior que hacia el exterior. Bolívar trató de hacer caso omiso de esas verdades intrínsecas. Creyó que podía prescindir de la herencia española en este aspecto como había hecho en muchos otros, pero las tendencias de la voluntad popular se resistieron a todos sus esfuerzos y acabaron estrangulando sus sueños de unidad.

Puede decirse perfectamente que América del Sur comprendió su destino con mayor claridad que Bolívar. La grandeza histórica no consiste en la expansión territorial, como lo corrobora el caso de las naciones escandinavas, que también se negaron a formar un bloque político. Las naciones de América del Sur adoptaron una actitud análoga; las naciones de la parte sur del hemisferio occidental cultivan sus vidas individuales con cierto amor celoso, pero en conjunto no han sentido aversiones ni apetencias territoriales con respecto a las vecinas, y aun en la actualidad

hay un sentimiento de solidaridad entre ellas, que se hace extensivo incluso a los Estados Unidos de Norteamérica, y las une con los vínculos de un común destino. Han vuelto a la idea bolivariana de una Liga Americana, o mejor dicho: han dado más pasos hacia este fin. Las ideas de Bolívar sufrieron una metamorfosis; en un proceso verdaderamente dialéctico evolucionaron y en la actualidad abarcan a todas las naciones sudamericanas como Estados iguales y soberanos. Bolívar trató de pasar por alto esta frase intermedia, omisión que hizo fracasar todo su plan.

En cuanto a la organización interna del Estado, puede hacerse una crítica muy parecida. El superestado de Bolívar fracasó porque sus ideas constitucionales no se compadecían con las aspiraciones y pretensiones de los grupos sociales que ejercían presión para conquistar su participación en el poder. Bolívar consideró que la revolución había terminado cuando asumió el supremo título de Presidente; pero esos grupos no estaban preparados y eran hostiles a toda conclusión que les presentara una solución inflexible como la Constitución boliviana.

Las dos tendencias que estaban en conflicto en América del Sur durante el siglo XIX siguen todavía en batalla abierta por el dominio del continente. De un lado, el *caudillismo* o jefatura personal de hombres de talento o simplemente brutales; de otro, el deseo de implantar una vida constitucional bien regulada de conformidad con las normas jurídicas. Páez y Santander personificaron, respectivamente, las dos tendencias, y ninguno de ellos consideró aceptables los proyectos de Bolívar; cada uno de ellos consideraba preferible la anarquía a la concepción bolivariana del orden y la estabilidad. De esta suerte, durante el lapso de un siglo, América del Sur pasó a ser un continente en permanente revolución, el continente de los pronunciamientos y rebeliones, en el cual pequeños grupos disputan entre sí para ocupar la posición dirigente del Estado. Así lo había previsto Bolívar. Su diagnóstico fue acertado, pero los remedios que propuso no eran eficaces. En la actualidad la democracia sigue en estado de fermentación en América del Sur.

El fracaso de Bolívar como gobernante proviene de la gran discrepancia entre sus planes y la realidad sudamericana. Todas sus ideas se basaban en el poder de su prestigio personal; a su muerte, tenían que resultar insostenibles. Sólo había podido fundar un imperio si hubiese decidido olvidarse de Rousseau para inspirarse en Napoleón. Sin embargo, la gloria de Libertador siguió siendo para él más importante que el título de emperador.

El dilema de la vida de Bolívar continuó siendo lo que había sido desde los días de su adolescencia en París. Un autor francés coetáneo lo formuló

en estas palabras: *L'empire de la liberté, ou la liberté de l'empire*.¹²⁹² (El imperio de la libertad, o la libertad del imperio.) Tal era en los días de la desintegración de Colombia y tal fue desde el día en que por primera vez vio a Napoleón. Veintiséis años después de haber resuelto conquistar la gloria de la libertad, se vio obligado a reconocer que sólo había un modo de conservar su reputación de Libertador: el camino de la resignación y de la clemencia desapasionada.

1292 J. M. Aguirre. *Op. cit.*, pág. 357.

XXXIV

MUERTE Y TRANSFIGURACIÓN

Después de once años como presidente, Bolívar se retiró a la vida privada en la pobreza. Antes de partir de Bogotá, vendió su plata, sus caballos y algunas de sus joyas en mil setecientos pesos, suma que equivalía a sólo una parte de su renta anual anterior.¹²⁹³ Las minas de cobre de Aroa eran todo lo que le quedaba y, según iban las cosas en Venezuela, Bolívar temía que el nuevo gobierno no le reconociese ni siquiera sus títulos a estas últimas posesiones. “Dicen que mi dominio sobre la propiedad no es legal y que no hay leyes para un hombre en mi posición; en otras palabras, me consideran un canalla. No necesito nada para mí, o cuando más muy poco, pues estoy acostumbrado a la vida militar. Sin embargo, el honor de mi país a la vez que mi posición me obligan a presentarme decentemente, en especial porque es sabido que he conocido la riqueza.”¹²⁹⁴ Bolívar escribió estas palabras mientras descansaba en un pueblito en uno de los primeros días de su agotador viaje. Todavía estaba indeciso entre ir a Europa o buscar refugio en las Antillas. Su situación material era rayana en la indigencia si la comparamos con su opulencia anterior, pero, en realidad, estaba lejos de ser un mendigo. El Parlamento le había concedido una pensión anual de treinta mil pesos en forma vitalicia, y viajaba acompañado por sus ayudantes y sirvientes.¹²⁹⁵

Hizo su marcha a través del valle del Magdalena, llegando a las ardientes planicies de Mariquita, donde permaneció unos cuantos días para recuperarse de la fatiga de su largo viaje. Como de costumbre en sus días mejores, se bañaba regularmente en los frescos manantiales. Cuando uno de sus oficiales le recordó que Alejandro había muerto después de darse un baño, Bolívar replicó sonriendo: “Cuando Alejandro tomó un baño frío, todo abundaba; estaba en el pináculo de su gloria. Ese peligro no existe para mí. Además algunos atribuyen su muerte a Antípater, que lo envenenó, como Santander trató de asesinarme.”¹²⁹⁶

En el interin se había preparado un barco para Bolívar; una tienda lo protegía del sol abrasador, y a cierta distancia lo seguía un segundo bote

1293 Posada Gutiérrez: Vol. II, pág. 71.

1294 *Cartas*: Vol. IX, pág. 209. Lecuna: *Papeles*, vol. II, págs. 153, 157. *Aras*: Vol. IX, pág. 263.

1295 J. I. Méndez: *El ocaso de Bolívar*, pág. 42. Santa Marta, 1927.

1296 Posada Gutiérrez: Vol. II, pág. 92

con provisiones. Bolívar fue a la proa del barco, sombrero en mano, y dijo adiós a sus amigos. El río lo llevó rápidamente a la costa atlántica.

Cuando llegó a Turbaco el 25 de mayo su estado de salud era lamentable, pues el calor de la costa sólo había logrado agravar su enfermedad. Fue de Turbaco a Cartagena, donde esperaba embarcar en una nave inglesa. El comandante de Cartagena le imploró que no abandonase Colombia, y le preguntó si quería vivir como un mendigo en el extranjero. “Si no muero durante el viaje, los ingleses no me dejarán perecer de hambre. Además, Colombia lo quiso así.”¹²⁹⁷ Sin embargo, las circunstancias impidieron su partida; un barco no tenía espacio para él y otro planeaba seguir una ruta que no coincidía con sus deseos. Y así fue como se quedó en Cartagena durante unas cuantas semanas.¹²⁹⁸

La caída de la República se tornaba cada vez más cierta con el correr de los días. Las planicies de Casanare se habían separado de Nueva Granada y unido a Venezuela; en el sur, el astuto Flores había proclamado la independencia del Ecuador. Había llegado el estado de completa anarquía, profetizado por Bolívar; la contravención de todos los principios legales e internacionales que, hasta ese momento, habían estado en vigencia en Sudamérica. El 13 de mayo quedó decidida la independencia de Ecuador y el 4 de junio Sucre fue asesinado.¹²⁹⁹

La noticia de la muerte a traición del mariscal de Ayacucho en las montañas de Berruecos, llegó a oídos de Bolívar la noche del 1º de julio mientras estaba solo, sentado, meditando sobre la frustración de sus esperanzas. Sucre había sido presidente del Congreso, pero ya no abrigaba más ambiciones. Quería servir al Estado sólo en cuando supiese el curso que estaba siguiendo el barco. Ya en 1829 había escrito a Bolívar: “No me niego a servir al Estado, pero quiero conocer el sistema y el propósito. Durante mucho tiempo hemos estado sin ellos, y estoy demasiado cansado y enfermo para trabajar sin rumbo.” Su propuesta al Congreso de que durante los cuatro próximos años ningún comandante general fuese electo presidente ni vicepresidente, fue clara evidencia de su propia abnegación. Sus ideas eran liberales; generoso y bueno, parecía que era odiado y perseguido sólo a causa de sus virtudes. Había demasiados pillos y granujas para quienes un hombre como Sucre era una espina clavada en la carne.¹³⁰⁰ Su talento era tan brillante y tan

1297 Posada Gutiérrez: Vol. II, pág. 189.

1298 Méndez: págs. 54-55. Groot: Vol. V, pág. 376.

1299 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, pág. 333, Blanco: *Doc.*, vol. XIV, pág. 235.

1300 Larrazábal: Vol. II, pág. 548. Véase N. A. González: *El asesinato del gran*

innegables sus méritos, que más tarde o más temprano habría sido electo presidente. Los enemigos de Bolívar no consideraban terminada su obra cuando lograron exiliarlo; enfrentaban aún la necesidad de destruir a su heredero.

El complot contra la vida de Sucre fue planeado meticulosamente y a sangre fría. Los asesinos sabían que se apuraría a ir de Bogotá a Quito por el camino más corto, y Obando, comandante de Pasto, construyó, la trampa en su trayecto. Los asesinos estaban seguros del éxito de sus planes que cuatro días antes del golpe del periódico de Bogotá publicó la siguiente frase: “Quizás Obando haga con Sucre lo que no hemos hecho con Bolívar.”¹³⁰¹ El rumor de un ataque inminente a Sucre se propagó por el país y sus amigos le advirtieron del peligro que se cernía sobre él, aconsejándole que tomase otro camino para ir a Quito. Pero Sucre no hizo más que reír; ni se le pasó por la cabeza que alguien pudiese querer asesinarlo. El 4 de junio fue muerto a tiros en un lejano paso de montaña en medio de los bosques de Pasto. Durante un día entero su cuerpo quedó sobre el barro; después, sin ceremonia alguna, fue enterrado en un lugar oculto.

Jamás se ha encontrado una explicación satisfactoria para este crimen. Se ha dicho que el asesino tenía motivos personales; otros sostuvieron que la responsable fue la esposa de Sucre. Pero ninguna de estas explicaciones resiste un análisis crítico. El asesinato de Sucre fue un acto político, y los demagogos de Bogotá, los generales Flores y Obando, los grupos de matones que servían de instrumento a los hombres más poderosos que se movían tras las bambalinas, fueron los responsables directos.¹³⁰²

Al escuchar la noticia Bolívar exclamó: “Dios mío, han derramado la sangre de Abel!” y así era: Caín se había levantado y matado a traición a su buen hermano. La misma noche, ignorando la culpa de Flores, Bolívar le escribió: “Es imposible vivir en un país donde los generales más famosos son asesinados cruel y bárbaramente; los mismos hombres a quienes América debe la libertad... Creo que el propósito del crimen fue privar a la patria de mi sucesor... No puedo seguir sirviendo en un país así: me iré a Venezuela.”¹³⁰³

mariscal de Ayacucho. Bogotá, 1908.

1301 *El demócrata*. Bogotá, 1º de junio de 1830. E. Posada: “El crimen de Berruecos”. *B. de H.* Bogotá, vol. XXX, pág. 326.

1302 Martínez Delgado: *Sucre* Bogotá, 1945. López Contreras: *Sucre*, pág. 107. J. B. Pérez y Soto: *El crimen de Berruecos*, vols. I-IV, roma, 1924-26.

1303 *Cartas*: Vol. IX, págs. 279-281.

Pero Venezuela no era mejor. En su patria natal, todo el odio de la demagogia viciosa se volcó contra el propio Libertador. No sólo hubo un intento de despojarlo de su propiedad, sino que la Asamblea Nacional, que funcionaba en Caracas desde mayo, se permitió calumniarlo y vituperarlo abiertamente. La disolución de Colombia quedó decidida, y los diputados informaron a Nueva Granada que considerarían la posibilidad de una alianza únicamente después de que Bolívar fuese expulsado de sus dominios. En una última medida, cruel e injustificada, la Asamblea Nacional lo declaró proscrito y lo puso fuera de la ley dondequiera que estuviese.¹³⁰⁴ Bolívar pudo haberse enterado bien pronto de las ignominiosas resoluciones, pero el secretario del Interior de Bogotá se dio un gran gusto de comunicárselo a Bolívar mediante una carta oficial. Quien ahora se tomaba el desquite era el doctor Azuero, a quien había ofendido en 1819 y enviado al exilio después del 25 de septiembre. Según Keyserling, Sudamérica es el mundo en el tercer día de su creación, y el escorpión corresponde al cuadro general de odio y persecución.¹³⁰⁵

Bolívar no se entretuvo en contestar a Azuero, pero las resoluciones de Caracas fueron cuanto necesitó para abandonar definitivamente la lucha. “No puedo vivir entre asesinos y rebeldes. No tengo honor entre esa escoria ni tranquilidad bajo su amenaza.”¹³⁰⁶ No había respiro para el dolor que corroía su corazón. Nada le importaba que el pueblo de Quito lo invitase a residir allí; no tenía importancia que Bolivia le ofreciese el cargo de embajador en el Vaticano. Las palabras de su hermana cayeron en oídos sordos cuando le escribió desde Caracas que toda la nación lo reclamaba y que el clero lo apoyaba y proclamaba al Libertador, Simón Bolívar, su protector. María Antonia escribía al mismo tiempo que la persecución era intensa, que tenía miedo de morir y que muchos creían que la familia del Libertador sería exterminada totalmente. En realidad, no había consuelo para él. Hasta un repentino cambio de política lo dejaba frío; ahora era, como los muertos, indiferente a lo bueno y a lo malo.

Por última vez se le acercó la seducción, tentándolo con ofrecimientos para volver a la política. En junio, un grupo de oficiales venezolanos le había solicitado que trabajase para preservar la unidad de Colombia, y poco

1304 *Anales de Venezuela*: Vols. VI y VII. Caracas, 1891. Blanco: *Doc.*, volumen XIV, pág. 184. D. Carbonell: 1830, pág. 47, París, 1931.

1305 Méndez: Págs. 68 ss. “Los últimos días del Libertador”. *B. de H.* Caracas, Vol. XXV, núm. 100, pág. 290.

1306 *Cartas*: Vol. IX, pág. 321.

tiempo después le ofreció la presidencia. En Bogotá quedaba un grupo fluyente que basaba todas sus esperanzas en el retorno del Libertador. Manuela estaba tras este movimiento. Bolívar le había implorado que fuese cauta, pero había sido lo mismo pedirle cautela al río Magdalena. Cuando el Gobierno le exigió que devolviese los archivos de Bolívar que mantenía en su poder, se negó y pidió ver la ley que había proscrito al Libertador. Fomentaba escándalos; distribuía folletos que glorificaban a Bolívar.¹³⁰⁷ De este modo la opinión pública se preparaba gradualmente para la contrarrevolución que devolvería a Bolívar a palacio.

Urdaneta se convirtió en cabecilla del complot, y el regimiento de El Callao, compuesto por veteranos de Junín y Ayacucho se levantó contra el gobierno de Bogotá. La resistencia del Gobierno fue ineficaz, y la rendición a los contrarrevolucionarios, inevitable. El 5 de septiembre renunciaron el Presidente y el vicepresidente y en seguida fue enviada una comisión a Cartagena para solicitar a Bolívar que regresase y asumiese la presidencia.¹³⁰⁸ Sus amigos lo abrumaron con cartas; los embajadores de Inglaterra, Estados Unidos y Brasil declararon públicamente que sólo el Libertador podía salvar a Colombia. En Cartagena, los líderes militares y políticos designaron a Bolívar jefe del ejército. Se le prometió una libertad completa para tomar todas las medidas necesarias a fin de mantener el orden en la República. Pero Bolívar resistió la tentación. Dijo que estaba todavía dispuesto a servir a su país, pero que el movimiento espasmódico a su favor no constituía una base para su regreso a la presidencia.¹³⁰⁹ Toda esa acción estaba marcada con el estigma de la anarquía, contra la que había luchado siempre. Urdaneta, que ahora lo instaba a regresar, se había opuesto a que continuase en el poder apenas unos cinco meses antes. Bolívar no esperaba que surgiese nada constructivo de estos levantamientos ni para él ni para la República. “Estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, afligido, calumniado y mal pagado. Créanme que nunca he mirado con buenos ojos los levantamientos y que durante estos últimos días me he arrepentido hasta de los que emprendimos contra los españoles”: confesión terrible, que reservamos para un último comentario. “Todos mis razonamientos llegan a la misma conclusión: no tengo esperanzas de salvar a la patria. Este sentimiento, o mejor dicho, esta convicción, ahoga mis deseos y me sume en la desesperación. Soy de opinión que todo está perdido para siempre... si sólo se tratase

1307 Rumazo: Págs. 250-252. E. Posada. *B. de h.* Bogotá, vol. XVII, pág. 237.

1308 Restrepo: *H. de R. C.*, vol. IV, pág. 367.

1309 *Proclamas*: Pág. 406.

de hacer un sacrificio, aunque fuese de mi felicidad, de mi vida o de mi honor, créame que no vacilaría. Pero estoy convencido de que este sacrificio sería inútil, pues el cambio del mundo excede el poder de un pobre hombre, y como soy incapaz de hacer la felicidad de mi país, me niego a gobernarlo. Además, los tiranos de mi patria me han expulsado y proscrito: de modo que no tengo patria a quien ofrecer sacrificios.”¹³¹⁰

Por primera vez en su vida, Bolívar estaba definitivamente resignado. Nada tenía significado, todo era fútil. Quizá todo el movimiento emancipador había sido prematuro. Algunas veces su aflicción lo llevaba a exagerar, como cuando dijo que le pesaba haber emprendido la liberación de Sudamérica. Miranda había muerto en una prisión española; San Martín estaba en el exilio; Sucre yacía asesinado; y él mismo, en esta costa ardiente y estéril, estaba proscrito y a la espera de la muerte. ¿De qué habían servido veinte años de guerra y revolución? “Hemos arado en el mar”, fue su amarga conclusión.¹³¹¹

Es más que probable que el sentimiento premonitorio de su próximo colapso haya sido primordialmente responsable de la trágica renuncia de Bolívar. Las recaídas de su enfermedad se habían hecho más marcadas desde mediados de octubre, y a pesar del calor ecuatorial, iba envuelto en lana de pies a cabeza y el más mínimo movimiento le costaba un gran esfuerzo. Ahora llamó a un médico, pero como todavía se negaba a tomar remedios, había pocas esperanzas de mejorar su estado. La cortesía y la exquisita amabilidad que lo habían caracterizado en tiempos mejores continuaron distinguiéndolo durante todas estas semanas en Barranquilla. Pero su tos era continua, su voz baja y su paso incierto. En ocasiones trataba de revivir su vigor natural tomando vino o algún otro estimulante, pero el agotamiento subsiguiente anulaba todas las energías que podía haber ganado.¹³¹² Pese a su postración, no interrumpió su correspondencia.

1310 *Cartas: Vol. IX*, págs. 32-327, del 25 de septiembre de 1830.

1311 Groot: Vol. V, pág. 368. Bolívar concluyó su carrera política con las siguientes palabras: “La América es ingobernable. Los que han servido a la Revolución han arado en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a los tiranuelos casi imperceptibles de todos los colores y razas, devorados por los crímenes y extinguidos por la ferocidad. Los europeos tal vez no se dignarán conquistarlos. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último periodo de América.”

1312 *Diario de Barranquilla. B. de H. Caracas*, vol. XXVI, núm. 103, pág. 258. Carbonell: 1830, pág. 167.

Aconsejó a Urdaneta, recomendó a otros ser obedientes y conciliadores, pero escribía estas palabras con menos fuerza cada día. “Inspiraría lástima hasta a mis enemigos. Sólo soy un esqueleto viviente.”

Por ironía del destino, Bolívar halló su último refugio en la casa de un español. Joaquín de Mier, admirador del Libertador, le ofreció como residencia su hacienda, San Pedro Alejandrino, en las cercanías de Santa Marta, y a principios de diciembre Bolívar se embarcó rumbo a este último santuario. Casi parece que el mismo destino se encargó del arreglo de la última escena de la vida de Bolívar con mano de gran artista. La escenografía de Santa Marta era perfecta; una pequeña bahía de aguas de azul zafiro, protegida por las montañas; y a lo largo de la playa las altas palmeras se doblaban ante la voluntad de la brisa de diciembre. Los viejos Fuertes españoles seguían mirando hacia el puerto, y a lo alto, entre la capa de nubes, en ocasiones podían verse los picos blancos y brillantes de la Sierra Nevada.

Bolívar llegó a Santa Marta el 1º de diciembre de 1830 y allí conoció a un médico francés, el doctor Reverend, que lo atendió hasta el fin. Bolívar fue transportado desde el barco. Ya no podía caminar; su voz era ronca y su estado general dejaba traslucir la presencia de la muerte. El doctor Reverend diagnosticó su enfermedad como un estado avanzado de tuberculosis y reconoció que no había esperanzas de cura. El doctor Night, que también examinó a Bolívar cuando llegó, estuvo de acuerdo con la opinión de Reverend.¹³¹³

El 7 de diciembre Bolívar viajó a San Pedro Alejandrino, que distaba algunas millas de Santa Marta. La hacienda era pequeña y se dedicaba al cultivo de la caña de azúcar. En medio de un jardín magnífico se levantaban sencillos edificios blancos, con habitaciones modestas y muebles de campo. Los tamarindos de San Pedro Alejandrino son de extraordinaria belleza, pero es poco probable que Bolívar pudiera gozar de ellos. Cada día era más evidente que su fin estaba próximo.

1313 A. P. Reverend: *La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar*. París, 1866, F. Bolívar: “Los últimos días del Libertador”. B. de H., Caracas, vol. XXV, núm. 100, pág. 298. Se produjo una acalorada controversia con respecto a la enfermedad mortal de Bolívar. Algunos historiadores acusan a Reverend de ser el responsable de su muerte. Sin embargo, y de acuerdo con López de Mesa y Carbonell, no alcanzó a ver una razón para poner en duda el diagnóstico de Reverend. R. Chalón: “*La última enfermedad del Libertador*”. Caracas, 1883, y F. Genio Mozo: *El médico del Libertador*. B. de H. Bogotá, volumen XVIII, pág. 741, ataca el diagnóstico de Reverend.

Bolívar seguía dando muestras de su innata sensibilidad. Uno de sus amigos, que gustaba fumar en pipa, fue invitado a sentarse cada vez más lejos de la cama. Un poco molesto, el oficial dijo al fin: “Mi general, el olor del tabaco nunca le molestaba cuando provenía de Manuela.” “Ah, entonces...” respondió Bolívar con tristeza. También ponía reparos al olor de hospital y de drogas que tenían su médico y el farmacéutico, y se negaba tercamente a tomar estas drogas. El doctor Reverend se dio cuenta pronto de que los remedios eran inútiles y no se los recetó mas. Bolívar le preguntó por qué había venido a América. “Por amor a la libertad”, respondió el francés. “¿Y la ha encontrado aquí?” “Ciertamente, excelencia.” “Oh, entonces ha tenido más suerte que yo. Debe regresar a su hermosa Francia, donde flamea de nuevo la gloriosa tricolor. En este país no se puede vivir; hay demasiados granujas.” En otra oportunidad habló de ir a Francia con el doctor Reverend: a Francia, donde otra vez prevalecía la libertad.¹³¹⁴

Los momentos de agotamiento se alargaban hasta horas enteras y se hacían evidentes los síntomas de la euforia fatal de los tísicos. En sus sueños de delirio Bolívar hablaba de su recuperación. Su sobrino, Fernando Bolívar, informó a Montilla del avance de la enfermedad y mandó a buscar músicos para que lo entretuvieran. El 10 de diciembre el obispo de Santa Marta lo visitó y le amonestó para que pusiese todo en orden. Bolívar comprendió por fin que estaba perdido y redactó su testamento. Fue pródigo con su mayordomo, que lo había servido durante muchos años; la espada de Sucre, regalo del mariscal, le fue devuelta a los herederos de éste, la medalla de oro recibida de Bolivia debía devolverse a la República de ese nombre. Ordenó que se quemaran todos los papeles que podían perjudicar a Urdaneta y a su Gobierno. La mayor parte de su fortuna la legó a sus hermanas y a los hijos de éstas. Expresó el deseo de ser enterrado en Caracas.¹³¹⁵ Por último se confesó y recibió el último sacramento. La importancia de este acto final ha sido discutida con frecuencia, pero como nadie, a excepción del sacerdote, presenció la confesión de Bolívar, sería temerario aventurar un juicio al respecto. Sólo puede decirse que Bolívar murió de acuerdo con los ritos y ceremonias de la Iglesia católica, como había vivido dentro de ellos.¹³¹⁶

1314 Reverend: Págs. 28 y 29.

1315 *Cartas*: Vol. IX, pág. 411. Véase también la carta del edecán de Bolívar, Wilson. *B. de H. Caracas*, vol. XV, núm. 57, pág. 38.

1316 N. E. Navarro: *Anales de la Universidad de Venezuela*, noviembre diciembre de 1930.

No quedaba por hacer sino una cosa: decir adiós a Colombia. Quizá sus últimas palabras, pronunciadas desde su lecho de muerte, podrían poner fin a la guerra fratricida. El 11 de diciembre escribió al general Briceño: “Escribo estas líneas en los últimos instantes de mi vida, para pedirle la única prueba de amistad y estima que todavía puede darme. Le ruego que se reconcilie sinceramente con el general Urdaneta y que se una a él en apoyo del actual Gobierno de Colombia. Mi corazón me asegura que no me negará el último honor. Sólo sacrificando nuestros sentimientos personales podemos proteger a nuestros amigos y a Colombia de los horrores de la anarquía.” Esta carta revela la magnanimidad que era parte inherente del carácter de Bolívar y no requieren comentarios. Los escritores relatan que Bolívar dijo asimismo durante estos últimos días que Jesucristo, Don Quijote y él eran los tres grandes locos de la historia, parecen ignorar la discrepancia entre sus últimos pensamientos serios y la necesidad melodramática de ese comentario. En esos momentos, la mente de Bolívar estaba ocupada en asuntos de mayor importancia.¹³¹⁷

En su habitación estaban los generales Montilla y Silva, el español De Mier, su sobrino Fernando Bolívar y el doctor Reverend. Incorporado en la cama, Bolívar pidió a su secretario que leyese su último mensaje:

“Colombianos, habéis sido testigo de mis esfuerzos por establecer la Libertad donde anteriormente prevalecía la Tiranía. He trabajado desinteresadamente, sacrificando tanto mi fortuna como mi tranquilidad. Cuando me convencí de que dudabais de mi integridad de mis intenciones, renuncié al poder. Mis enemigos han abusado de vuestra credulidad y han pisoteado lo que me era más sagrado: mi reputación y mi amor a la libertad. He sido sacrificado en aras de mis perseguidores; me han llevado al borde de la tumba. Los perdono.

“En este momento de mi partida de vuestro lado, mi corazón me dice que debo expresar mis últimos deseos. No aspiro a más gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por los beneficios inestimables de la unidad... Colombianos, mi último deseo es la felicidad de mi patria. Si mi muerte puede contribuir en algo a la reconciliación de los partidos o a la unificación del país, me iré a la tumba en paz.”¹³¹⁸

La conmovedora despedida de Bolívar arrancó lágrimas a sus amigos, pero no había terminado. “A mi tumba —repetió— ahí es donde me han llevado, pero los perdono. Pido a Dios que me quede el consuelo de que se mantengan unidos.” En estas últimas palabras de Bolívar se

1317 *Cartas*

1318 *Proclamas*: Pág. 407.

completa el retrato del héroe. Aquí el Libertador obtiene su victoria sobre toda ambición egoísta, y aquí asistimos a la restauración de esos grandes ideales por los que se había librado la guerra de independencia. La proclama de San Pedro Alejandrino resuena como los acordes finales de la sinfonía de la vida.

Su agonía física se prolongó siete días más. En su delirio hablaba de su exilio: “Vámonos: lleven mi equipaje a bordo. No nos quieren en este país. Vámonos.” El barco que debía transportarlo estaba en el puerto, a la espera: era el barco de la muerte. El 17 de diciembre de 1830, a la una en punto, se embarcó en su viaje final a una tierra de gloria: una gloria que había crecido como crecen las sombras cuando el sol se pone.

Bolívar tenía cuarenta y siete años cuando murió: una vida breve si se la mide con la edad promedio de un hombre. Sin embargo, todas las vidas tienen su dimensión externa e interna, una medida del tiempo visible e invisible. Las experiencias del tiempo interior de Bolívar llenarían un siglo de existencia ordinaria. Pocos grandes hombres de acción han conocido veinte años de actividad incesante. “Soy como el sol: envío mis rayos en todas direcciones”, dijo de sí mismo.¹³¹⁹ Así fue la hoguera de mi vida, que se extinguió más rápidamente que los fuegos que arden en rescoldos sin cesar. Pero Bolívar, al igual que Rafael y Mozart, no murió joven; murió, como había dicho Zaratustra, en el momento oportuno.

El 18 de diciembre el cuerpo de Bolívar fue enviado a Santa Marta para ser embalsamado. Su camisa estaba desgarrada y raída, y el general Silva le puso una de él para que el Libertador de Sudamérica no fuese enterrado en harapos. El funeral se llevó a cabo en la catedral de Santa Marta.

Sólo unos cuantos recibieron con pena la noticia de la muerte de Bolívar. Manuela se había mantenido muy confiada, incluso en noviembre. “Los liberales pueden abandonar toda esperanza —escribió a un amigo inglés— porque el Libertador es inmortal. No morirá nunca, ni siquiera si lo queman. Y en eso ¿no son verdaderamente afortunados? ¿Nada más piensan en que muera? los miserables liberales. Todos elegirían al Libertador como su santo. Hasta yo, si fuese tan remisa como para sobrevivirle, hasta yo lo haría mi santo; y la desesperación quizá me llevaría a realizar intentos temerarios de toda índole.”^{1320*}

Cuando, por último, se supo la noticia de su muerte, ella dijo que quería morir como Cleopatra, de la picadura de una serpiente; pero superó

1319 *Cartas*: Vol. X, pág. 422.

1320 * Carta inédita, escrita en Guaduas el 24 de noviembre de 1830.

este deseo para vivir una larga vida plena de privaciones y persecuciones. “Amé al Libertador mientras estaba vivo —dijo—; ahora que está muerto, le adoro.”¹³²¹

Sus viejos camaradas, O’Leary, Wilson, Perú de la Croix y unos cuantos colombianos lo sintieron como Manuela, pero en Venezuela un odio persistente oscureció el recuerdo de Bolívar durante muchos años. El 21 de enero de 1831, el gobernador de Maracaibo informó al ministerio del Interior que Bolívar, “El espíritu del demonio, el causante de todas las desgracias, el opresor de la patria”, había muerto. Transcurrieron doce años antes que la familia se atreviese a transportar su cuerpo a Caracas. Entonces el difunto Bolívar recibió, por último, los honores que le fueron negados en vida. Un convoy lo condujo a La Guayra, y sus viejos camaradas llevaron el ataúd a través de las calles de Caracas. Los mismos hombres cuyo odio político y testarudez habían envenenado sus últimos días, daban ahora rienda suelta a los mayores elogios sobre sus méritos.¹³²²

Nueva Granada había pedido el corazón de Bolívar para guardarlo, siendo enterrado en una pequeña urna en Santa Marta. Sin embargo, a principios de este siglo, los historiadores buscaron en vano dicha urna.¹³²³ El incidente es un símbolo del proceso por el cual Bolívar entró en el reino del mito. Su corazón no está bajo tierra, confinado en paredes de arcilla: vive y palpita en todos los pechos sudamericanos.

Después de la muerte de Bolívar se produjo una transfiguración que puede considerarse única en la historia moderna. Provincias y ciudades adoptaron su nombre; las plazas públicas se adornaron con monumentos a su gloria; se convirtió en más que un héroe: en un semidiós o en un superhombre. Los libros están llenos de elogios a sus hazañas; en las celebraciones en su honor, en los periódicos, por medio de altavoces, en las iglesias, en los colegios y en las sesiones del Parlamento se exalta y glorifica el nombre de Bolívar. Hasta el peón más pobre, que no sabe ni leer ni escribir— y todavía hay millones de ellos en Sudamérica—, asocia lo grande y lo irresistible al nombre de Bolívar; para las almas ignorantes significa la esencia de su suelo natal, el destino del continente y la

1321 Rumazo: pág. 267 y 273. La leyenda de la hermosa Ana Lenoir, que pasó dieciocho años esperando a Bolívar, para asistir finalmente solo a su funeral, es otra historia contada por Rourke: *op. cit.*, pág. 358. No hay absolutamente ninguna prueba de ello. L. A. Cuervo: *Amores de Bolívar*. Bogotá, 1913.

1322 I. S. Alderson: “Los funerales de Bolívar”. *B. de H. Caracas*, col. XI, número 41, pág. 49.

1323 Méndez: págs. 212-213.

libertad de sus habitantes. La glorificación de Bolívar es exclusivamente lírica y retórica. Probablemente no haya en Sudamérica poeta o escritor que no haya compuesto una oda, un ensayo, o una oración sobre el más grande héroe del continente. Es el tema principal de todos los literatos sudamericanos, desde Rodó hasta Valencia y de Gabriela Mistral a Neruda. Y sería tan tonto como carente de discernimiento burlarse de esta adoración heroica. Estas naciones se encuentran todavía en el proceso de cristalización y el mito bolivariano es un elemento esencial de su desarrollo.

Con todo, es muy comprensible que incluso en su propio continente Bolívar sea más querido que comprendido y más ensalzado que analizado. Además, en Norteamérica y en Europa apenas se le conoce. Años atrás era apenas algo más que un nombre, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo. Sólo unos pocos reconocieron su grandeza: Wellington, Byron, Humboldt y Goethe, que fijó con alfileres sobre la puerta de su dormitorio los datos publicados de la biografía de Bolívar. En París la gente llevaba sombreros a *la Bolívar* y unos cuantos románticos franceses le dedicaron poemas.¹³²⁴ Su vida se mantuvo ensombrecida primero por Napoleón y después por Cavour, Bismarck, Lincoln, Disraeli. Ni Macaulay, ni Rande, ni Burckhardt ni Taine, mencionan sus hazañas, y un hombre de la importancia de Seeley escribe que los sudamericanos crearon varias repúblicas “en un momento de confusión”. La única excepción a esta erudición superficial general es la gran obra del alemán Gervinus, *La historia del siglo XIX*.

La ceguera de Europa con respecto a la grandeza histórica de Bolívar puede interpretarse de varias maneras. En primer lugar, puede explicarse por el fracaso de los planes políticos de Bolívar. Como consecuencia de este fracaso, Sudamérica retornó al caos y Europa llegó a considerarla únicamente como fuente de materias primas. En segundo lugar, la compleja personalidad de Bolívar desafía cualquier interpretación exacta de su carácter. ¿Dónde estaba su nicho? ¿A qué categoría pertenecía?

Bolívar fue un aristócrata que descartó la conciencia de clase, un revolucionario que aspiraba al poder autoritario, un campeón de la soberanía nacional y la autodeterminación que, sin embargo, consideraba al pueblo demasiado inmaduro para concretar esos conceptos; el Libertador de un continente que se arrepentía de su hazaña, un hombre de acción, un artista, un escritor, un sociólogo que vacilaba en sus decisiones como

1324 A. Cuervo: *Notas históricas*, págs. 24 y 25, 68. R. Paredes Urdaneta; *Simón Bolívar*, Hamburgo, 1930.

un verdadero oportunista. Romántico y realista, visionario y diplomático, activo y contemplativo al mismo tiempo, en realidad Bolívar no es fácil de catalogar, incluso como guerrero, Bolívar no puede medirse con discriminación. Algunos críticos afirman que no se le puede considerar un gran general porque nunca encontró un adversario digno de su acero.¹³²⁵ Puede que no sea justa una opinión tan pobre de los generales españoles, pero ciertamente no es digno de comparación con César, o Federico, con Napoleón o Von Moltke. La historia de la guerra hubiera sido la misma aunque Bolívar no hubiese librado una sola batalla, pero, ¿quién sino Bolívar pudo haber superado las gigantescas dificultades de la naturaleza, del espacio y del pueblo en particular con que tuvo que tratar? Fue el hombre que necesitó Sudamérica para establecer su independencia. La afirmación de Bolívar acerca de la guerra es igualmente válida para su propia personalidad: “Esta guerra es como el pulimento de un diamante, que se hace más duro y más brillante con cada corte... Realmente como espectáculo teatral, nada hay más magnífico.”¹³²⁶

Al contemplar la vida de Bolívar y buscar paralelos, pronto nos damos cuenta de que son muy pocas las comparaciones apropiadas. ¿Bolívar y Washington? ¿Bolívar y Napoleón? ¿Bolívar y Cromwell? Todas son insostenibles. Sin embargo, existe una sorprendente analogía entre Bolívar y Winston Churchill: ambos son hombres de dificultades, de emergencia en la historia del mundo. Ambos provienen de viejas y nobles familias acostumbradas a mandar, y el arte de la guerra está en su sangre. Ambos son oficiales, aunque aficionados en materia de estrategia; pero, con todo, son receptáculos de esas profundas intuiciones que tan a menudo superan el conocimiento y la sabiduría de los expertos. Ambos enfrentaron circunstancias desesperadas con fe inmovible en la victoria. Ambos, al comienzo de sus carreras, cometieron equivocaciones trascendentes; Churchill, al igual que Bolívar, aprendió en la derrota el arte de la victoria. Ambos son maestros de la palabra y artistas por naturaleza. Los famosos discursos de Churchill después de Dunkerque son muy parecidos a las oraciones pronunciadas por Bolívar en Casacoima, Angostura y Pativilca. Sin embargo, todo un mundo separa al anglosajón del criollo, al parlamentario disciplinado del líder fanático de las naciones tropicales. Uno luchó por salvar un imperio; el otro, por destruir uno de cuyas ruinas surgiría un continente libre. Y aquí llegamos

1325 Fl Lorraine Petre: *Simón Bolívar*, pág. 439. Nueva York, 1910. Véase también Blanco Fombona en *Simón Bolívar*, pág. 370, Madrid, 19145.

1326 *Cartas*: Vol. X, pág. 422.

a la última razón que explica el desdén sufrido por Bolívar en el siglo XIX. El siglo de Bolívar pensó en términos de naciones y nacionalidades, pero Bolívar no creía que el concepto nacional fuese el último paso en el desarrollo histórico. Pensaba en continentes; y aunque por cronología externa pertenece al siglo XIX, por cronología interna es ciudadano del siglo XX. La combinación de democracia y autoridad, la formación de enormes bloques regionales, la ideas de una liga de naciones libres: todos éstos son conceptos de nuestros tiempos. ¿Es sorprendente entonces que la comprensión clara de su asombrosa previsión llegase tan tarde? Un siglo después de su muerte el mundo comenzó a comprender que había sido campeón de la cooperación y de la solidaridad panamericana.

Finalmente, el principio de una Liga de Naciones, que ha ejercido su influencia en el pensamiento político del mundo desde 1918, es una confirmación del internacionalismo de Bolívar. Esta institución, imperfecta aún como lo era en 1919, representa no obstante un ideal esencial para el bienestar de la humanidad, si concedemos que el hombre mantiene todavía el deseo de sobrevivir. Bolívar fue uno de los primeros en proclamar el ideal de una comunidad de naciones. En Ginebra los delegados a la conferencia reconocieron que el Libertador de Sudamérica no podía seguir siendo considerado como personalidad americana; se había convertido en una figura universal, en uno de los fundadores de nuestro mundo.

La crítica moderna formulará probablemente una objeción a la política de Bolívar; su ceguera ante los factores económicos de la vida. Es cierto que su comprensión de la economía fue muy limitada; nunca vio con claridad que la independencia política debía ser seguida por una revolución económica y social si el proceso había que completarse. Sin embargo, Bolívar comparte esta ceguera con la mayoría de los hombres de su época y en este aspecto es con seguridad un hombre del siglo XIX.

Como la evolución histórica se ha desplazado del Este al Oeste y puesto que América ha alcanzado la etapa de todas las decisiones futuras, la figura de Simón Bolívar ha surgido de las sombras de la benigna ignorancia para situarse entre las candilejas de la historia. “América — dijo Bolívar en 1823— no es un problema, como tampoco es un hecho. Es la más grande e irrefutable obra del destino.”¹³²⁷ Para nosotros, que valorizamos el *pode* histórico de estas palabras, Bolívar no necesita leyendas ni oropeles estilísticos. No pueden negarse sus debilidades,

1327 *Cartas*: Vol. X, pág. 135.

sus errores ni sus contradicciones. Pasar por alto sus faltas implicaría disminuir su grandeza o fosilizar su carácter.

El destino de Bolívar puede parangonarse con el de todos los grandes hombres de la historia que ayudaron a progresar a la humanidad: hombres que tuvieron un profundo e inmanente conocimiento de las ansiedades de sus prójimos y supieron expresar en palabras las necesidades silenciosas de las masas. Cuanto mayor sea la conciencia que de su misión adquiera el siglo XX, tanto más considerará a Bolívar como uno de los fundadores de su destino. El mundo es uno, y la libertad de América es todavía, como dijo Bolívar en Junín, su esperanza y su salvación.

Concluimos la historia de la vida de Simón Bolívar con las palabras de un documento hasta ahora inédito, que bien merece llamarse su testamento político. Data de 1829.¹³²⁸ “Amo a mi país, y creo que lo comprendo... Cuando Colombia era presa del despotismo español, arriesgué mi vida y mi fortuna por la victoria de la independencia. He ido aún más lejos. He llevado el nombre de Colombia a las laderas del Chimborazo y de Pichincha... La dictadura que detento no tiene la omnipotencia de la tiranía que aborrezco; es el sacrificio que ofrezco al orden público..

“Este país pasará por todas las formas de gobierno hasta que nazca el día en que la raza anglosajona invada la Hispanoamérica de modo democrático y se forme una inmensa nación que un día conquistará el mar americano y traerá riqueza y la civilización de Europa a este gran continente. El destino de América es profundo y sublime, pero antes de que se cumpla, América experimentará todas las etapas de las naciones medievales.

“No he logrado otro bien que la independencia. Esa fue mi misión. Las naciones que he fundado, luego de prolongada y amarga agonía, sufrirán un eclipse, pero después surgirán como Estados de una gran república: AMÉRICA.

1328 *El Pasatiempo*, núm. 16. 6 de diciembre de 1851. Arch. Bolívar. Caracas.

Para una bibliografía completa véase:

1. *Bibliography of the Liberator; Simón Bolívar*. Compilada en la Columbus Memorial Library de la Unión Panamericana. Washington, D. C. 1933.
2. *Catálogo de la Exposición de Libros Bolivarianos*. Compilada por la Biblioteca Nacional. Caracas, 1943.
3. E. Planchart: *Bibliografía de J. A. de Sucre*. 2 vols. Caracas, 1946. Manuscrito mecanografiado.
4. Santiago Key Ayala. *Series hemerobibliográficas*, primera serie bolivariana. Caracas, 1933.
5. M. S. Sánchez... *Bibliografía de índices bibliográficos relativos a Venezuela*. Cambridge, Massachusetts, 1940.

Bibliografía selectiva

Las obras que siguen a continuación representan solamente una lista parcial de la bibliografía completa sobre Simón Bolívar y la Independencia sudamericana. Una Bibliografía exhaustiva requeriría todo un volumen. La presente lista, seleccionada sobre una base práctica, está destinada a orientar posteriores estudios tanto del neófito como del erudito, y ha sido compilada por el autor tras una larga y cuidadosa evaluación de cada uno de los títulos dados como referencia.

Esta enumeración no incluye todas las obras citadas en las notas. Se han excluido especialmente los libros relacionados con el material de fondo y con problemas específicos. Las notas y la bibliografía resultan así complementarias, y como tal deben ser tenidas en cuenta por aquellos lectores que deseen ampliar el estudio del tema.

Las ediciones señaladas en las notas son siempre las mismas usadas como referencia. Las incluidas en la bibliografía son las más accesibles en los Estados Unidos.

Complementos bibliográficos

- Catálogo de la Exposición de Libros Bolivarianos*. Caracas, 1943.
Biblioteca Nacional.
- Key Ayala, S.; *Series hemerobibliográficas*. Caracas, 1933.
- Sánchez, Alonso B.: *Fuentes de la historia española e hispanoamericana*. Madrid, 1927.

- Sánchez, M. S.: *Anuario bibliográfico de Venezuela*. Caracas, 1917.
- Sánchez, M. S.: *Bibliografía de índices bibliográficos relativos a Venezuela*. Cambridge, Massachusetts. 1940.
- Union Panamericana: *Bibliography of the liberator Simón Bolívar*. Washington D. C., 1933.
- Manuscritos
- Archivo del Libertador. Caracas. Casa Bolívar.
- Archivo Nacional de Colombia. Bogotá.
- Archivo nacional de Venezuela. Caracas.
- Colección de documentos para la historia del Libertador. Reunidos por V. Lecuna. Manuscrito mecanografiado. Biblioteca Bolivariana. Caracas. Academia de la Historia. 2º vols.
- Documentos y cartas
- Acuerdos del Consejo de Gobierno de la República de Colombia, 1825-1827. Bogotá, 1942.
- Aguirre, M.: "Un ignorado archivo bolivariano" *Boletín de la academia de la Historia*. Caracas, vol. 19.
- Archivo de Miranda*. Caracas, 1936-1946. 15 vols.
- Archivo Santander*. Publicación hecha por una comisión de la Academia Nacional de Historia. Bogotá, 1913, Vols. 1-25.
- Blanco, José Félix (ed.): *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*. Caracas, 1875-1878. Vol. 14.
- Bolívar Simón: *Bolívar pintado por sí mismo*. Recopilación de documentos, notas y prólogo de R. Blanco-Fombona. París, 1912.
- Bolívar, Simón: *Cartas de Bolívar. 1799-1822*. Prólogo de José Enrique Rodó y notas de R. Blanco-Fombona. París, 1912.
- Bolívar, Simón: *Cartas de Bolívar; 1823, 1824, 1825*. Notas de R. Blanco-Fombona. Madrid, 1921.
- Bolívar, Simón: *Cartas de Bolívar, 1825-1827*. Notas de R. Blanco-Fombona. Madrid, Editorial América, 1922 (?).
- Bolívar, Simón: *Cartas del Libertador corregidas conforme a los originales*. Editados por V. Lecuna. Caracas, 1929-1930. 10 vols.
- Bolívar, Simón: *Papeles de Bolívar*; publicados por Vicente Lecuna. Caracas, 1917.
- Bolívar y Santander: *correspondencia, 1819-1820*. Bogotá, 1940.
- Calvo, C., *Anales Históricos de la revolución en la América Latina*. París, 1864-1867. 4. Vols.
- Capacho, S. *Sucre. Cartas al Libertador*. Nueva York. 1883.

- Cartas de Santander*. Editadas por V. Lecuna. Caracas, 1942. 3. Vols.
- Colección de decretos-leyes de las Cortes de España*. México, 1829.
- Colección de documentos* relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú., Simón Bolívar; para servir a la historia de la independencia de Sudamérica. Caracas, 1826-1833.
- “Collection of documents and letters for the history of Bolívar”. Publicado por V. Lecuna y otros en el *Boletín de la Academia de la Historia*, Caracas, vols. 13, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 24, 25, 26, 27, 28, 29.
- Colombia: Acuerdos del Consejo de Gobierno, 1821-1824. Bogotá, 1940.
- Colombia: Codificación de todas las Leyes de Colombia desde 1821. Bogotá, 1924.
- Colección de los decretos expedidos por S. E. El Libertador, presidente de Colombia desde... 1826 hasta... 1827. Caracas, 1828.
- Congreso Constituyente de Venezuela, 1811. Caracas, 1911.
- Congreso de Angostura. Libro de actas*. Publicado por H. Cortázar y L. A. Cuervo. Bogotá. 1821.
- Congreso Constituyente de Venezuela, 1811. Caracas, 1911.
- Congreso de Angostura. Libro de Actas*. Publicado por R. Cortázar y L. A. Cuervo. Bogotá, 1921.
- Congreso de Cúcuta. Libro de actas*. Publicado por R. Cortázar y L. A. Cuervo. Bogotá. 1921.
- Congreso de Cúcuta. Libro de actas*. Publicado por R. Cortázar y L. A. Cuervo. Bogotá. Imprenta Nacional, 1923.
- Congreso de 1823; actas*. Publicadas por R. Cortázar y L. A. Cuervo... Bogotá, Imprenta Nacional, 1926.
- Congreso de 1824; Senado, actas*. Publicadas por R. Cortázar y L. A. Cuervo... Bogotá, 1931.
- Corrales, M. E.: *Documentos para la historia de la provincia de Cartagena de Indias*, Bogotá, 1883.
- Cuervo, Rufino: *Epistolario*, Bogotá, 1918.
- Diario de Bucaramanga*. Editado por N. E. Navarro. Caracas, 1935.
- Documentos en honor del Gran mariscal de Ayacucho*, Caracas, 1890.
- Documentos históricos del Perú*. Editado por M. Doozola. Lima, 1875. 6 vols.
- Documentos para los Anales de Venezuela desde el movimiento separatista de la Unión Colombiana hasta nuestros días*. Caracas, 1889-1909. 7 vols.

- España, Archivo General de Indias, Sevilla. *Independencia de América, fuentes para su estudio*. Editado por P. Torres Lanza. Madrid, 1912. 6 vols.
- Lecuna: V.: *Documentos referentes a la creación de Bolivia*. Caracas, 1924. 2 vols.
- Lozano y Lozano, F., y Hernández de Alba, G.: *Documentos sobre V. Azuero*. Bogotá, 1924.
- Azuero*. Bogotá, 1924.
- Manning, W. R.: *Diplomatic correspondence of the United States concerning the Independence of the Latin American Nations*. Nueva York, 1925. E vols.
- Márquez, M., Santander: *Documentos históricos sobre la muerte del Libertador Simón Bolívar*, Barranquilla, 1930.
- O'Higgins, B.: *Epistolario, 1798-1823*. Santiago, 1916.
- O'Leary: Daniel Florencio: *Memorias del General O'Leary*. Caracas, 1879-1888, 32 vols.
- Ortega, Ricaurte, E.: *Documentos sobre la conspiración del 25 de septiembre*. Bogotá, 1942.
- Páez: J. A.: *Archivo 1818-1820*. Bogotá, 1939.
- Perú de la Croix, Louis: *Diario de Bucaramanga, Vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*, París, 1912.
- Porras Barrenechea, R.: *El Congreso de Panamá*, Lima, 1930.
- Proceso de Nariño*, Editado por J. M. Pérez Sarmiento. Cádiz, 1914.
- Proclamas de Bolívar, Sucre, Santander y Padilla*. Bogotá, 1878. Un vol.
- Rosas, A. E. De las: *Firmas del ciclo heroico. Documentos inéditos para la historia de América*. Lima, 1938.
- San Martín: *Documentos de archivo*. Buenos Aires, 1911. 11 vols.
- San Martín, José de: *Su correspondencia, 1823-1850*. Tercera edición. Madrid, 1911.
- Webster, C. K.: *Britain and the Independence of Latin America*. Oxford, 1938. 2 vols.
- Obras contemporáneas y memorias
- Abreu y Lima, J. J. De: *Resumen histórico de la última dictadura del Libertador Simón Bolívar*. Río de Janeiro, 1922.
- Aldercreutz, F. Th.: *La cartera del conde de Adlercreutz*. Introducción y notas de C. Parra Pérez. París. 1928.
- Antepara, J. M. *South American Emancipation*. Londres, 1810.
- Aranda y Ponte, F. *Obras*. Caracas, 1858.

- Austria, J. de: *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*. Caracas, 1855-57.
- Bolívar, Fernando S.: *Recuerdos y reminiscencias del primer tercio de la vida de Ríbolba*, París, 1873.
- Boussingault, J. B.: *Memoires*. París, 1903.
- Briceño Méndez, P.: *Relación histórica*. Caracas, 1933.
- Caballero, J. M.: *En la Independencia*. Bogotá, 1902
- Castillo y Rada,; *Memorias*. Publicado por E. Rodríguez Piñeros. Bogotá, 1914.
- Cochrane, Th.: *Narrative of serve in the liberation of Chile, Peru and Brazil*. Londres., 1830, 2. Vols.
- Diez, José Domingo: *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. Madrid, 1829.
- Ducoudray-Holstein, H. Lafayette Villaume: *Memoirs of Simon Bolivar*. Londres, 1830. 2. Vols.
- Ensayo sobre la conducta del general Bolívar*. Lima, 1827.
- Espejo, Jerónimo: *Recuerdos históricos. San Martín y Bolívar; entrevista de Guayaquil (1822)*. Buenos Aires, 1873.
- Espinosa, José María: *Memorias de un abanderado*. (Nueva Granada, 1810-1819) Madrid. 1920.
- Exposición de los sentimientos de los funcionarios públicos... y demás habitantes de la ciudad de Bogotá*. Bogotá, 1826.
- Flintner, G. D.: *A history of the Revolution of Caracas*. Londres, 1819.
- Fray Nicolás de Vich: *Víctimas de la anárquica ferocidad*, 1818.
- García del Río J.: *Meditaciones colombianas*. Caracas, 1830.
- García Gamba, general: *Memorias del general García Gamba*. Madrid, 1846.
- González, Florentino: *Los Conjurados del 25 de septiembre*. Bogotá, 1853.
- González, Florentino: *Memorias*. Buenos Aires, 1933.
- Guido, Th.: *San Martín y la gran epopeya* . Buenos Aires, 1928.
- Guzmán, A. L.: *Ojeada del proyecto de Constitución que el Libertador ha presentado a la república de Bolívar*. Lima, 1826.
- Heredia y Mieses, José Francisco: *Memorias del regente Heredia*. Madrid, 1916.
- Hippisley, G.: *Narrative of the expedition to the rivers Orinoco y Apure in South America*. Londres, 1819.
- Lafond de Lurey, Gabriel: *Voyages dans l'Amérique espagnole pendant les guerres de l'independencie*. París, 1844.

- Lander, T.: *Reflexiones sobre el poder vitalicio*. Caracas, 1826.
- López, J. H.: *Memorias*, Bogotá, 1942.
- López, Manuel Antonio: *Recuerdos históricos de la guerra de independencia. Colombia y el Perú. 1819-1826*. Segunda edición, Bogotá, 1819-1826.
- López, Vicente Fidel: *El conflicto y la entrevista de Guayaquil expuesta al tenor de los documentos que la explican*. Buenos Aires, 1884.
- Mahoney, William D.: *Campaigns and cruises in Venezuela and New Granada and in the Pacific Ocean; from 1817 to 1830*. Londres, 1831, 3 vols.
- Miller, John: *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú...* Traducción por el general Torrijos. Madrid. 1810, 2. Vols.
- Morillo y Morillo, P. *Mémoires*. París, 1826.
- Mosquera, Tomás Cipriano de: *Memorias sobre la vida del Libertador Simón Bolívar*. Parte I. Nueva York, 1853.
- Mosquera, T.: *Memorias sobre la vida del general Bolívar*. Bogotá, 1940.
- Obando, A. "Autobiografía." *Bol. De la Academia de la Historia*. Bogotá, vol. 8.
- O'Connor, F. B., *Independencia americana, recuerdos*. Madrid, 1915 (?)
- Páez, José Antonio: *Autobiografía*. Nueva York, 1865.
- Palacio Fajardo, M.: *Esquisse de la revolution de l'Amerique espagnole*. París, 1817.
- Paulding, H.: *A sketch of Bolívar in his camp*. Nueva York. 1834.
- Posada Gutiérrez, Joaquín: *Memorias histórico-políticas*. Segunda edición. Bogotá. Imprenta Nacional, 1929, 4. Vols.
- Podenx, H., y F. Mayer: *Memoire pour servir à l'histoire de la revolution... de Caracas*, París, 1815.
- Pruvonena, P.: *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú y causa del mal éxito que ha tenido ésta*. París, 1858. 2. Vols.
- Rafter, M.: *Memoirs of Gregor McGregor*. Londres, 1820.
- Recollections of a Service of three years during the war of extermination in the republics of Venezuela and Colombia*. By an officer of the British Navy. Londres, 1818, 2. Vols.
- Restrepo, José Manuel: *Historia de la revolución de la República de Colombia*. Besacon, 1858, 4 vols.

- Reverend, Alejandro Próspero: *La última enfermedad, los últimos momentos y los funerales de Simón Bolívar; Libertador de Colombia y el Perú, por su médico de cabecera*. París, 1866.
- Richard, K.: *Briefe aus Kolumbien*, Leipzig, 1822.
- Rodríguez, Simón: *Defensa de Bolívar*; Caracas, 1916.
- Rodríguez, Simón: *El Libertador del mediodía de América*, Arequipa, 1830.
- Sánchez Carrión: *Memorias*. Lima, 1825.
- Santander, Francisco de P.: *Historia de sus desavenencias con el Libertador*. Bogotá.
- Segur, F. De: *Memoires et souvenirs*. París, 1827, vol. I.
- Sevilla, Rafael: *Memorias de un oficial del ejército español: campañas contra Bolívar y los separatistas de América*. Madrid, 1916.
- Stevenson, William Bennet: *Memorias.. sobre campañas de San Martín y Cochrane en el Perú*; versión castellana de Luis de Terán... Madrid, 1917.
- Torrente, Mariano: *Historia de la revolución hispanoamericana*. Madrid, 1829. 3 vols.
- Torre Tagle, marqués de: *Manifiesto*, Lima, 1824.
- Urdaneta, Rafael: *Memorias del general Rafael Urdaneta*. Madrid, 1916.
- Urquizaona y Pardo, P. de *Memorias*. Madrid, 1916.
- Vargas y Tejada, L.: *Recuerdos históricos*. Biblioteca Popular. Bogotá (?).
- Walton, W.: *Outline of the Revolution in Spanish America*. Nueva York, 1817.
- Libros de viajes
- Adam, W. J.: *Journal of voyages to Margarita Trinidad and Maturín, etc*. Dublín, 1824.
- Andrews, J.: *Journey from Buenos Aires to Potosí*. Londres, 1827.
- Brackenridge, H. M.: *Voyage to South America*. Londres, 1827.
- Camacho, S.: *Recuerdos de Santa Marta*, Caracas, 1844.
- Cochrane, Charles Stuart: *Journal of a residence and travels in Colombia during the years 1823 an 1824*. Londres, 1825.
- Chesterton, George Laval: *A narrative of the proceedings in Venezuela in South América in the years 1819 an 1820*. Londres, 1820.
- Duane, W.: *A visit to Colombia in 1822-1823*. Filadelfia, 1826.
- Hackett, J.: *Narrative of the expedition fitch sailed from England in 1817, to join the South American Patriots*. Londres, 1818.

- Haigh, S.: *Sketches of Buenos Aires, Chile and Peru*. Londres, 1818.
- Howell, J.: *The Life of Alexander*. Londres 1830.
- Mollien, G. Th.: *Voyages dans la république de Colombia en 1823*. París, 1825.
- Niles, John Milton: *History of South América and México; comprising their discovery, geography, politics, commerce and a revolutions*. Hartford, 1838, 2. Vols.
- Proctor, R.: *Narrative of a journey across the cordillera of the Andes... in 1823-24*. Londres, 1825.
- Libros sobre la historia general de la independencia sudamericana
- Acosta de Samper, Soledad: *Época de la independencia*. Bogotá, 1909-10.
- Altamira, R. *Resumen histórico de la independencia de la América española Buenos Aires*, 1910.
- Andre, Marius: *El fin del imperio español en América*. Barcelona, 1922.
- Arrubla y Henao: *Historia de Colombia*, Bogotá, 1929.
- Azpúrua R. *Biografías de hombres notables de Hispanoamérica*. Caracas, 1877.
- Baralt, R. M. Y R. Díaz: *Resumen de la historia de Venezuela*. Brujas, 1939. 2 volúmenes.
- Barguelata, H. D. *Histoire de l'Amérique espagnole*. París, 1936.
- Barros Arana, D.: *Historia general de Chile*. Vols. XII-XIII. Santiago de Chile, 1887.
- Becker, Jerónimo: *La independencia de América* (su reconocimiento por España), Madrid, 1922.
- Benedetti, Carlos: *Historia de Colombia*. Segunda edición, Lima, 1887.
- Benzo, E.: *La libertad de América*. Madrid, 1929.
- Bingham, Hiram: *The Journal of an expedition across Venezuela and Colombia, 1906, 1907*. New Haven, Yale University Press, 1909.
- Blanco, Eduardo: *Venezuela heroica; cuadros históricos*. Caracas, 1883.
- Briceño, Mariano de: *historia de la Isla de Margarita*. Caracas, 1885.
- Bulnes, Gonzalo: *Historia de la expedición Libertadora del Perú. (1817-1822)* Santiago, 1887-88. 2 vols.
- Calle, M. J.: *Leyendas del tiempo heroico*. Guayaquil, 1905.
- Camacho, J. M.: *compendio de la historia de Bolivia*. La Paz, 1927.
- Carlyle, Th.: *El doctor Francia*, Buenos Aires, 1905. (Traducción española).
- Cleven, Nels Andrew Nelson: *Reading in Hispanic American history*. Boston, 1927.

- Coroleu, José: *América. Historia de su colonización, dominación e independencia*. Barcelona, 1896, 4, vols.
- Corredor, Rubén: *La Gran Colombia*. Mérida, 1930.
- Cortés, José Domingo: *Diccionario biográfico americano*. Segunda edición. París, 1876.
- Crichfield, George W.: *American Supremacy; the rise and progress of the Latin American republics and their relations to the Unites States under the Monroe Doctrine*. Nueva York, 1908, 2 Vols.
- Cuervo Márquez, *La independencia de las colonias hispanoamericanas. Participación de la Gran Bretaña y los Estados Unidos*. Bogotá, 1935. 2 vols.
- Daniel, Margarett: *Markers of South América*. Nueva York, 1916.
- Delgado, C.: *1815*. Cartagena, 1916.
- Destruge, Camilo: *Historia de la revolución de octubre y la campaña libertadora de 1802-22*. Guayaquil, 1920.
- Dousdebes, P. J.: *Trayectoria militar de Santander*, Bucaramanga, 1935.
- Edwards, W.: *British foreign policy, 1815-1833*. Londres, 1934.
- Forero, M. J.: *Santander*. Bogotá, 1937.
- García, H. M.: *La Gran Colombia*. Caracas, 1925.
- García Calderón, F. *La creación de un continente*. París.
- García Calderón, Francisco *Les démocraties latines de l'Amérique*. París, 1914.
- Gervinus, J. J.: *Gerchichte des XIX Jahrhunderts*. Leipzig, 1858. Bol. 3.
- González, E. G. *Dentro de la Cosiata*. Caracas, 1907.
- González, E. G. *Historia de Venezuela... hasta 1830*. Caracas, 1930.
- González, Eloy. G.: *La ración del boa*. Caracas, 1908.
- González, F.: *Santander*. Bogotá, 1940.
- Graham, Robert Bontine C.: *José Antonio Páez*. Londres, 1929.
- Griffin, Ch.: *La opinión pública norteamericana y la independencia de Hispanoamérica*. Caracas, 1941.
- Groot, José Manuel: *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada escrita sobre documentos auténticos*. Segunda edición. Bogotá, 1889-93. 5 vols.
- Guerra, J. J. *La Convención de Ocaña*, Bogotá, 1908.
- Guzmán, Antonio Leocadio: *La guerra a muerte*. Caracas, 1876.
- Harrison, M. H.: *San Martín*. Buenos Aires, 1943.
- Heres, Tomás de: *Historia de la independencia americana; la emancipación del Perú*. Madrid, 1919.
- Herrera, L. A.: *La Revolución Francesa y Sudamérica*. París, 1910.

- Humbert, Jules; *Histoire de la Colombie et du Venezuela des origens jusqu'aux jours*. París, 1920.
- James, Herman Gerlach, y Percy A. Martin; *The republics of Latin América; their history governments and economic conditions*. Nueva York y Londres, 1923.
- Jane, L. C.: *Libertad y despotismo en la América española*. Buenos Aires, 1932. (Traducción española).
- Jáuregui Rosquellas, A.: *Antonio José de Sucre*, La Paz, 1928.
- Lafuente y Valera: *Historia general de España*. Barcelona, 1922. Vols. 16 y 17.
- Lallement, G.: *Histoire de la Colombie*. Prís, 1826.
- Levene, R.: *Historia de América*. Buenos Aires, 1940. Vols. I-VII.
- Lockey, Joseph Burne: *Pan-Amerism; its behinnigs*. Nueva York, 1920.
- López Contreras, Eleázar: *El Callao histórico*, Caracas, 1926.
- López Contreras, E.: *Sucre*. Caracas, 1945.
- Mitre, B.: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Buenos Aires, 1889, 4 vols.
- Moses, Bernard: *The intellectual background of the revolution in South America, 1810.-1824*. Nueva York, 1926.
- Oliveira Lima, M. De: *La evolución histórica de la América Latina*. Madrid.
- Oliveira Lima, . de: *Panamericanismo (Monroe-Bolívar-Roosevelt)*. Río de Janeiro, 1907.
- Otero, J. P.: *San Martín*. Buenos Aires, 1932, 4. Vols.
- Parks, E. T.: *Colombia and the United States*. Durham, 1935.
- Parra Pérez, C.: *Historia de la primera república de Venezuela*. Caracas, 1939. 2. Vols.
- Parra Pérez, C. *Miranda et la Revolution Francaise*. París, 1925.
- Paxon, F. L.: *Independence of South América republics*. Filadelfia, 1903.
- Paz Soldán, Mariano Felipe: *Historia del Perú independiente... Segundo período, 1822-27*. Lima, 1870-74, 2. Vols.
- Pereyra, C.: *Historia de la América Española*. Madrid, 1920-26, 8 vols.
- Pinilla, Sabino: *La creación de Bolivia*. Prólogo y notas de Alcides Arguedas. Madrid, 1917.
- Posada, E.: *La Patria Boba*. Bogotá, 1902.
- Posada, E.: *Provincias Unidas de la Nueva Granada, 1811-1816*. Bogotá, 1924.
- Rippy, J. Fred; *Rivaldy of the Unites States and Great Britain over Latin Americ*. Baltimore, 1929.

- Rivas, R.: *Relaciones internacionales entre Colombia y los Estados Unidos*. Bogotá, 1918. (traducción española).
- Rivas Groot, J. M.: *Páginas de la historia de Colombia*. Bogotá, 1907.
- Robertson. W. Spence: *Francisco de Miranda y la revolución de América española*. Bogotá 1918. (Traducción española).
- Robertson W. Spence: *History of Latin American Nations*. Nueva York, 1922.
- Roberson, W. S.: *Rise of the Spanish American Republics*. Londres, Nueva York, 1928.
- Rodríguez Villa, Antonio: *El Teniente general Don Pablo Morillo*, Madrid. 1908-10. 4 vols.
- Rojas, Aristides: *Leyendas históricas de Venezuela*. 1ª serie. Caracas, 1890.
- Rojas R.: *El santo de la espada*. Buenos Aires, 1940.
- Rueda Vargas, T.: *Visiones de la Historia colombiana*. Bogotá, 1933.
- Samper, José María: *Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada desde 1810*. Bogotá, 1853.
- Siegfried, André: *L'Amérique Latine*. París, 1934.
- Tavera Acosta, Bartolomé: *Anales de la historia de Guayana*. Ciudad Bolívar, 1913-14. 2 vos.
- Tavera Acosta, B.: *Historia de Carúpano*. Caracas, 1930.
- Tamayo, J.: *La Gran Colombia*. Bogotá, 1941.
- Terán, J. B.: *El nacimiento de la América española*. Tucumán, 1927.
- Urdaneta, Amenodoro: *La Convención de Ocaña*. Caracas, 1900.
- Urrutia, F. J.: *La evolución del principio del arbitraje en América*. Madrid. 1920.
- Urrutia, F. J.: *Los Estados Unidos de América y las repúblicas hispanoamericanas*, Madrid, 1918.
- Urrutia, F. J.: *Páginas de historia diplomática*. Bogotá, 1917.
- Vallenilla Lanz, L.: *Disgregación e integración*. Caracas, 1930.
- Vallenilla Lanz, L.: *La guerra civil de la independencia*. Caracas,, 1911.
- Vega, José de la: *La Federación de Colombia (1810-1812)*. Madrid.1912.
- Vicuña, Mackenna, B.: *La revolución de independencia del Perú*. Lima, 1860.
- Villanueva, Laureano: *Vida de Don Antonio José de Sucre, gran mariscal de Ayacucho*. París.
- Whitacker, A.: *The United States and the independence of Latin America*. Baltimore, 1941.

Williams, Mary W.: *The people and politics, of Latin America*. Boston, 1945.

Zeá, Francisco Antonio: *Colombia*. Londres, 1822, 2, vols.

Obras sobre Bolívar y su tiempo

Agosto Méndez, J. M.: *Libro del centenario de Angostura*. Ciudad Bolívar, 1920.

Aguirre Elorriaga, M.: *El abate de Pradt en la emancipación latinoamericana*. Roma, 1941.

Alamo Ybarra, Carlos: *La Constitución de Bolívar pur la république qui porte son nom*. Ginebra, 1922.

Alayza Paz Soldán, L.: *Unanue, San Martín y Bolívar*. Lima, 1934

Alcance al Diario de Bucaramanga. Caracas, 1912.

Aldao, C.: *Miranda y los orígenes de la independencia americana*. Buenos Aires, 1928.

Alessio, Giovann d': *Bolívar*. Roma, 1932.

Alfaro, r. J.: *Carabobo*, Panamá, 1921.

Amunátegui, M. L.: *Vida de Andrés Bello*, Santiago, 1882.

Andrade Coello, A.: *Motivos nacionales*. Quito, 1991. (sic)

André, Marius: *Bolívar y la democracia*. Barcelona, 1924.

Angell, H.: *Simón Bolívar*. Nueva York, 1930.

Antología bolivariana. Bogotá, 1938.

Antuña, José G.: *Bolívar símbolo de América; el Libertador; el legislador; el apóstol*. Montevideo. 1932.

Antuña, J. J.: *Nuevas páginas bolivarianas*. Montevideo, 1942.

Aragón, A.: *Popayán. A la memoria del Libertador*. Popayán, 1930.

Arboleda, G.: *Historia contemporánea de Colombia*. Segunda edición. Cali, 1935.

Arcaya, P. M.: *Estudios sobre personajes y hechos de la historia venezolana*. Caracas, 1911.

Arcaya, P. M.: *Influencia del elemento en la independencia de la América latina*. Caracas, 1916.

Arce, L. A. de: *Bonaparte y Bolívar*. La Habana, 1940.

Arguedas, Alcides; *Historia de Bolivia*. Madrid.

Arias Argáez. D.: *El canónigo don José Cortés y Madariaga*, Bogotá, 1938.

Arocha Moreno, J.: *Bolívar juzgado por el general San Martín*. Caracas, 1930.

- Arocha, M: *Iconografía del Libertador*; Quito, 1943.
- Arocha Grael, C.: *El Libertador en Guayaquil*. Panamá, 1926.
- Baraya, José María: *Biografías militares e historia militar del país en medio siglo*. Bogotá, 1874.
- Barbagelata, Hugo David: *Bolívar y San Martín*. París, 1911.
- Barrera, Isaac J.: *Simón Bolívar, Libertador y creador de pueblos*. Quito, 1930.
- Bates, Lindon Wallace: *The path of the conquistadores*. Londres, 1912.
- Bayo Ciro: *Bolívar y sus tenientes. San Martín y sus aliados*. Madrid, 1929.
- Bayo Ciro: *Examen de los próceres americanos (los libertadores)*. Madrid, 1916.
- Becerra, Ricardo: *Vida de don Francisco de Miranda*. Madrid, 2 vols.
- Belaúnde, V. A.: *Bolívar and the political thought of the Spanish American revolution*. Baltimore, 1938.
- Bellegarde, Dantes: "Pétion et Bolívar." En *Revue de l'Amérique Latine*, París, diciembre 1924.
- Bermúdez de Castro, L.: *Boves*. Madrid, 1934.
- Bingham, Hiram: *Simón Bolívar, the George Washington of South America*. Washington, D.C.U.S. Gov't Print. Off., 1930.
- Blanco-Fombona, R.: *Mocedades de Bolívar*. Buenos Aires, 1942.
- Biographical sketch of the life and services of general William Henry Harrison, together with his letter to Simón Bolívar*. Montpelier, Vermont, 1836.
- Borges, Carlos: *La casa de Bolívar*. (Discurso pronunciado en la inauguración de la casa natal del Libertador.) Lima, 1929.
- Botero Saldariaga, R.: *El Libertador presidente*. Bogotá, 1928.
- Briceño, Olga: *Bolívar americano, Bolívar criollo, Bolívar Libertador*. Madrid, 1934, Editorial-América, 1919, 2 vols.
- Bulnes, Gonzalo; *Bolívar en el Perú: últimas campañas de la independencia del Perú*. Madrid, Editorial-América, 1919. 2 vols.
- Campano, L.: *Biografía del Libertador Simón Bolívar*. París, 1868,
- Carbonell, D. *1830*, París 1931.
- Carbonell, D.: *Influencias que se ejercieron en Bolívar*. Caracas, 1920.
- Carbonell, D.: *Reflexiones históricas y conceptos de crítica*. Río de Janeiro, 1922.
- Clarens, J. P.: *Bolívar, vie, son oeuvre*. Burdeos, 1884.
- Colombia (República de Colombia, 1886-) Estado Mayor General: *Campaña del ejército Libertador colombiano en 1819*. Bogotá, 1919.

- Colombres Mármod, E.: *San Martín y Bolívar en la entrevista de Guayaquil*. Buenos Aires, 1940.
- Comité Simón Bolívar. Hamburgo: *Homenaje al Libertador en la ciudad libre y anseática de Hamburgo*. Hamburgo, 1926.
- Congreso panamericano conmemorativo de Bolívar, 1826-1926. Panamá, 1927.
- Conte Bermúdez, Héctor: *La creación de Bolivia y la Constitución boliviana en el istmo de Panamá*, 1930.
- Cordovez Moure, J. M.: *Reminiscencias series 1-7*. Bogotá, 1900-1911.
- Correa, Luis: *Viaje stendhaliano*. Caracas, 1940.
- Cortés Vargas, C.: *Participación de Colombia en la libertad del Perú*. Bogotá 1924, 3 vols.
- Cova, J. A.: *El superhombre, vida y obra del Libertador*. Caracas, 1941.
- Cova Maza, J. M.: *Mocedades de Simón Bolívar*, Barcelona, ven, 1924.
- Cruz, Ernesto de la: *Entrevista de Guayaquil (El Libertador y San Martín)*. Madrid.
- Cruz, Ernesto de la: *La entrevista de Guayaquil: ensayo histórico*. Santiago, 1912.
- Cuervo, L. A.: *Amores de Bolívar*. Bogotá, 1913.
- Cuervo, L. A.: *Apuntes historiales*, Bogotá, 1925.
- Chacón, Rodrigo: *La última enfermedad y últimos momentos de Bolívar*. Caracas, 1883 (sic)
- Chávez Mata, José María: *El Libertador, estudio*. Segunda edición. Guayaquil. 1928.
- Chiriboga, A. L.: *Bolívar en el Ecuador*. Quito, 1942.
- Chiriboga Navarro, A. I.: *Tarqui documentado*. Quito, 1942.
- Churion, Juan José: *El humorismo del Libertador. Cien anécdotas*. Caracas, 1916.
- Dalencour, Francois, *Alexander Petion devant l'humanité; Alexandre Petion et Simón Bolívar; Haïti et l'Amérique Latine. Et Expedition de Bolivar par Marion Ainé*. Port au Prince, 1928.
- Dávalos y Lisson, Pedro: *Bolívar (1823-1827). Episodio de la independencia peruana*. Barcelona, 1924.
- Dávila, C.: *Bolívar intelectual y galante*. México, 1942.
- Dávila, V. *Investigadores históricos*. Caracas, 1927.
- Delgado, Luis H.: *Bolívar, Perú y Bolivia*. Lima, 1942.
- Destruye, Camilo; *Cuestión histórica; la entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil*. Guayaquil, 1918.
- Diestrich, W.: *Simón Bolívar*, Hamburgo, 1934.

- Duarte Level, Lino: *Cuadros de la historia civil y militar en Venezuela*. Madrid, Editorial-América.
- Finot, E.: *Bolívar pacifista*. Nueva York, 1936.
- Forero, Manuel José: *Los últimos días del Libertador; homenaje en el centenario de su muerte*. Bogotá, 1930.
- Francia, Felipe: "Genealogía de la familia del Libertador." En *Gaceta de los Museos Nacionales*, Caracas, 1912-1913, I.
- Galindo, Aníbal: *Batallas decisivas de la libertad*, París, 1906.
- García Calderón, Francisco: "Bolívar." En *Ideas e impresiones*. Madrid, Editorial-América.
- García Naranjo, N.: *Simón Bolívar*. San Antonio, Texas, 1931.
- García Ortiz, L.: *Estudios históricos*. Bogotá, 1938.
- Geonaga, José Manuel: *Entrevista de Guayaquil*, Segunda Edición. Toma, 1915.
- González, E. G. *Bolívar en la Argentina*. Caracas, 1924.
- González, F.: *Mi Simón Bolívar*. Manizales, 1930.
- González, Juan Vicente: *Biografía del general José Félix Ribas*. Madrid, Editorial América, 1918. (?)
- Guastavino, Juan Esteban: *San Martín y Bolívar*. Buenos Aires, 1913.
- Guzmán Blanco, Antonio: *El Libertador de América del Sur*. Londres, 1885.
- Hasbrouck, Alfred: *Foreign legionnaires in the liberation of Spanish South. América*. Nueva York, 1928.
- Hernández, C.: *El estilo de Bolívar*. Bogotá, 1945.
- Hernández de Alba, Guillermo: *La misión de Bolívar a Londres en 1810*. Bogotá, 1930.
- Herriot, E. *De Bolívar a Kellogg*. Valencia, 1928.
- Hispano, C.: *Bolívar y la posteridad*. Bogotá, 1922.
- Hispano, C.: *El libro de oro de Bolívar; París, 1925*.
- Hispano, C.: *Historia secreta de Bolívar*, Bogotá, 1944.
- Hispano, C.: *Los cantores de Bolívar en el primer centenario de su muerte*. Bogotá, 1930.
- History of Simón Bolívar (The), Liberator of South América*. Londres, 1876.
- Ibáñez, P. M.: *Crónicas de Bogotá*. Bogotá, 1913. 1923.
- Irazábal, C.: *Hacia la democracia*. México, 1939.
- Izpizua, S. De: "La ascendencia vasca de Simón Bolívar." En: *Los vascos en América*. Madrid, 1919. Vol. Vi.
- Jaramillo, A. P.: *Estudios históricos*. Quito, 1934.

- Jiménez Arrechea, S.: *Bolívar y la confederación americana*. Cali, 1930.
- Key Ayala, S.: *La vida ejemplar de Simón Bolívar*. Caracas, 1942.
- Kienzl, F.: *Bolívar der Befreier*, Berlín. 1935.
- La conferencia de Guayaquil*. Caracas, 1940.
- Lafond, Georges, y Gabriel Tersane: *Bolívar et la libération de l'Amérique du Sud*; prefacio de Raymond Pincaré. Paris, 1931.
- Landaeta, Rosales M.: *La batalla de Carabobo, 1821*. Caracas, 1911.
- Larrazábal, Felipe: *Correspondencia general del Libertador Simón Bolívar*. Nueva York, 1865-66. 2 vols.
- Latino, Simón: *La vida de Bolívar para niños*. Bogotá, 19- 1 vol.
- Lecuna, V.: *Historia de la casa de Bolívar*. Caracas, 1924.
- Lecuna, V.: *La campaña de Bombona*. Caracas, 1922.
- Lecuna, V.: *La campaña de Carabobo*. Caracas, 1921.
- Lecuna, V.: *La campaña del Libertador en 1818*. Caracas, 1939.
- Lecuna, V.: *La expedición de Los Cayos*. Caracas, 1928,
- Lecuna, V.: *La liberación del Perú*, Caracas, 1941.
- Lemly, Henry Rowan: *Bolívar, Liberator of Venezuela, Colombia, Perú and Bolivia*. Boston, 1928.
- Lepervanche, Parparcen, R.: *Núñez de Cáceres y Bolívar*. Caracas, 1939.
- Leowenthal, M. von: *Bolívar*. San José de Costa Rica, 1941.
- López Contreras, Eléazar: *Bolívar conductor de tropas*. Caracas, 1930.
- Lozada, Jesús Rodolfo: *Simón Bolívar, 1783-1830*. Amberes, 1930.
- Lozano y Lozano, Fabio: *El maestro del Libertador*. París, 1913.
- Ludwig, E.: *Bolívar*. Buenos Aires, 1942.
- Machado, José Eustacio: *El estandarte de Pizarro y la espada de Bolívar*. Nueva York, 1933.
- Martín, Percy Alvin: *Simón Bolívar, the Liberator*, Stanford Universty, 1931.
- Martínez Mariano R.; *Simón Bolívar, íntimo*. París, Buenos Aires, 1912.
- Medina, P. A.: *Campaña de Casanare, 1816-1819*. Bogotá, 1916.
- Méndez, José Ignacio: *El ocaso de Bolívar*, Santa Marta, 1927.
- Mendoza, Cristóbal: *La junta de gobierno de Caracas y sus misiones diplomáticas en 1810*, Caracas, 1936.
- Mijares, A. : *Hombres e ideas en América*. Caracas, 1940.
- Miramón, A.: *La vida ardiente de Manuela Saenz*. Bogotá, 1944.
- Miramón, A. *Los septiembrinos*. Bogotá, 1939.
- Monsalve, José D.: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar*. Bogotá, 1916.

- Navarro, N. E.: *La cristiana muerte del Libertador*; Caracas, 1930.
- Navarro, N. E.: *La política religiosa del Libertador*; Caracas, 1933.
- Navarro, N. E.: *páginas de Perú de la Croix*. Caracas, 1936.
- Nucete-Sardi, José: *El escritor y civilizador Simón Bolívar*. Caracas, 1930
- Nuñez Domínguez, José de J.: *Bolívar y México; contribución al centenario de su muerte*. México, 1930.
- Olivas Escudero, F.: *Apuntes para la historia de Ayacucho*. Ayacucho, 1924.
- Olmedo, José Joaquín: *La victoria de Junín*. Canto a Bolívar. Londres, 1826.
- Orjuela, L.: *Ricaurte y sus impugnadores ante la crítica*. Bogotá, 1922.
- Ortega París, Bolívar. Bogotá, 19-?
- Palma, Ricardo.: *Bolívar en las tradiciones peruanas*. Madrid, 1930.
- Paredes-Urdaneta, Rafael: *Biografía de Simón Bolívar, el Libertador*. Hamburgo, 1930.
- Parra Pérez: C.: *Bolívar. Contribución al estudio de sus ideas políticas*. París, 1928.
- Pereyra, Carlos: *La juventud legendaria de Bolívar*, Madrid. 1930.
- Pereyra, Carlos: *La juventud legendaria de Bolívar. Madrid, 1932*.
- Pérez Díaz, L. L.: *Bolivianas, ensayos históricos*. Caracas, 1933.
- Pérez Díaz, L. L.: *La Batalla de Boyará*, Caracas, 1919.
- Pérez y Soto, J. B.: *Defensa de Bolívar*; Lima, 1878.
- Petre, Francis Loarine: *Simón Bolívar "El Libertador"*. Londres, 1910.
- Picón Febres, G.: *Don Simón Rodríguez*. Caracas, 1939.
- Planas Suárez, S.: *La doctrina Monroe y la doctrina de Bolívar*, Habana, 1924.
- Ponte, Andrés: *Árbol genealógico del Libertador Simón Bolívar*. Caracas, 1911.
- Ponte, A. F.: *Bolívar y otros ensayos*. Caracas, 1919.
- Ponte, A. F. *La revolución de Caracas y sus próceres*. Caracas, 1918.
- Pool, John de: *La trilogía psíquica del Libertador*.
- Porrás Troconis, G.: *Gesta bolivariana*. Caracas, 1935.
- Posada, Eduardo: *apostillas*. Bogotá, 1914.
- Rendón, V. M.: *Olmedo*, París, 1904.
- Rey de Castro, J. M.: *Recuerdo del tiempo heroico*. Guayaquil, 1883.(sic)
- Rincón, Nemesiano: *El Libertador Simón Bolívar en la campaña de Pasto, 1819-1822*. Pasto, 1922.

- Rivas Vicuña, Francisco: *Las guerras de Bolívar*. Bogotá, 1934, 4 vols.
- Rojas, marques de: *Simón Bolívar*, París, 1883.
- Rourke, Th.: *Man of Glory: Simón Bolívar*. Nueva York, 1939.
- Rumazo, A.: *Manuela Saenz*. Cali, 1944.
- Saavedra Galindo, J. M.: *Colombia libertadora*. Bogotá, 1924.
- Saavedra Galindo, J. M.: *El Libertador*. Bogotá, 1931.
- Salaverria, José María: *Bolívar el Libertador Simón Bolívar*. Primera Edición, Madrid, 1930.
- Samper, José María: *El Libertador Simón Bolívar*. Caracas, 1878.
- Sánchez, Manuel Segundo: *Apuntes para la iconografía del Libertador*. Caracas, 1916.
- Santana, Arturo: *La campaña de Carabobo (1821)*. Caracas, 1921.
- Santovenia y Echaide,, E.: *Bolívar y las Antillas hispanas*. Madrid, 1935.
- Sañudo, José Rafael; *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Pasto, 1925.
- Sarmiento, Domingo Faustino: Bolívar y San Martín (1847) Entrevista de Sarmiento con San Martín en Gran Bourg.” En sus *Obras*. París, 1889-1909, volumen II; vol. XXI.
- Schryver, Simón de: *Esqisse de la vie de Bolívar*, Bruselas, 1899.
- Sherwell, Guillermo; *Simón Bolívar el Libertador, patriot, warrior, statesman, father of five nations*. Washington. D. C., 1921.
- Silva, j. Francisco V.: *El Libertador Bolívar y el deán Funes en la política Argentina*, Madrid, Editorial América, 1918. (?)
- Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*. Madrid, 1914.
- Simón Bolívar y Andrés Bello: Correspondencia*. Universidad de Chile, 1935.
- Subieta, Sagarnaga L.: *Bolívar en Potosí*. Potosí, 1925.
- Sucre, L. A.: *Historial genealógico del Libertador*. Caracas, 1930.
- Urbaneja, Ricardo: *Bolívar, su grandeza en la adversidad*. Caracas, 1930.
- Urdaneta, N.: *Bolívar y Urdaneta*. Caracas, 1941.
- Uribe, Ángel Manuel: *El Libertador; su ayo y su capellán*. Bogotá, 1884.
- Urrutia, Francisco José: *El ideal internacional de Bolívar*. Quito, 1911.
- Valdivieso Montaña, A.: *José Tomás Boves*. Caracas, 1931.
- Vallenilla Lanz, L.: *Centenario de Boyacá*, Caracas, 1919.
- Vallenilla Lanz, L.: *Cesarismo Democrático*. Caracas, 1929.

- Vallenilla Lanz, L.: *Críticas de la sinceridad y la exactitud*. Caracas, 1921.
- Vasconcelos, J.: *Bolivarianismo y monroísmo*. Santiago de Chile, 1935.
- Vaucaire, Michel: *Bolívar el Libertador*. París, 1928.
- Vejarano, Jorge Ricardo: *Orígenes de la independencia sudamericana*. Bogotá, 1925.
- Velarde, F.: *El Congreso de Panamá en 1826*. Panamá, 1922.
- Velasco Ibarra José María:, *Estudios varios*. Quito, 1928.
- Vicuña Mackenna, Benjamín: *El Almirante don Manuel Blanco Encalada*. Madrid, 1918.
- Villardell Arteaga, R.: *Bolívar, Martí y la independencia de Cuba*. Caracas, 1936.
- Villanueva, Carlos A.: *Bolívar y el general San Martín*, París, 1912.
- Villanueva, Carlos A.: *Fernando VII y los nuevos Estados*. París, 1912.
- Villanueva, Carlos A.: *El imperio de los Andes*. París.
- Villanueva, Carlos A.: *La Santa Alianza*. París.
- Villarrutia, Wenceslao Ramírez de: *La reina María Luisa y Bolívar*. Madrid. 1928 (?9)
- Vivanco, Carlos A.: *La conjuración del 25 de septiembre*. Quito, 1919.
- Waugh, Elizabeth: *Simón Bolívar, a history of courage*. Nueva York, 1942.
- Wendehake, José Rafael: *The master of Bolívar*. Colón, 1930.
- Yanes, Fr. J.: *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela*. Editado por V. Lecuna. Caracas, 1943, 2 vols.
- Yepes, J. M.: *El Congreso de Panamá*. Bogotá, 1930.
- Ybarra, t. R.: *Bolívar the passionate warrior*. Nueva York. 1929.
- Artículos de revistas y periódicos
- Agosto Méndez, J. M. "El médico del Libertador" en *el Universal*, Caracas
- Alban, mayor H. M.: "La idea de Bolívar." En *El Comercio*, Quito, 24 de julio de 1930.
- Alfaro, Ricardo J.: "Les derniers jour du Libérateur. En el *Bulletin spécial de l'Union Panamericaine*, 1931, págs. 13-29.
- Alfaro, Ricardo J.: "The panamericanism of Bolívar and that of today." En el *Bulletin of the Panamerican union*, Junio 1926, páginas 551-562.
- Alvarado Lisandro: "Leyendas históricas. 1ª serie Los delitos políticos en la historia de Venezuela." En *El Cojo Ilustrado*. Caracas, 1908, núms. 65, 78 y 166.

- Andara, J. L.: "The Bolívar Doctrine" en *Inter-América*. Nueva York, octubre, 1920, págs. 40-46.
- Andara, J. L. "La doctrina de Bolívar" En *Cultura venezolana*, Caracas, junio, 1918, págs. 9-20.
- Arcaya, Pedro Manuel: "Bolívar forjador de almas" En el *Boletín de la Unión Panamericana*, diciembre, 1930, págs. 1268-1269.
- Arias, Augusto. "Bolívar y Sucre en Tarquí" En *América*, Quito, mayo 1929, págs, 121-123.
- Arias, Harmodio; "The international policy of Bolívar." En *Inter-América*, Nueva York, octubre, 1918, págs. 7-13.
- Barbagelata, H.: "Pichincha y Sucre" En la *Rev. De l'Amérique Latine*, 1922.
- Bermúdez, José Alejandro: "La quinta de Bolívar en Bogotá" en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, marzo, 1931. Pags. 37-41.
- Boletín del Museo Bolivariano*. Magdalena Vieja. Lima, año I, núms. 1-2, septiembre-octubre, 1928.
- Boletines del Ejército Libertador de Venezuela. Boletines de 1813 y 1814. En el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas, 7 de abril de 1922, págs. 709-711.
- "Bolívar as described by contemporaries." En el *Bulletín of the Pan American Union*, diciembre, 1930, págs, 1332-1329.
- "Bolívar et l'opinion française. La presse française su lendemain de la mort du libérateur." En *La revue de l'Amérique Latine*, París, diciembre, 1924, páginas 555-572.
- Brandt, Carlos: "La paz del mundo. La obra de Bolívar" en *cuba contemporánea*. La Habana, mayo 1924, págs, 59-72.
- Brandt, Carlos: "Universal peace, the work of Bolívar" En *Inter-América*. Nueva York, octubre, 1924, págs, 44-54.
- Carvajal, Ángel León: "Bolívar desde los puntos de vista jurídico, político y sociológico." En *Anales de la Universidad Central* Quito, octubre-diciembre 1930 a octubre-diciembre 1931.
- Castañeda, Francisco: "El Congreso Americano. Antecedentes históricos." I. Proyectos de Valle y de Alberdi. En *Centroamérica*, Guatemala, octubre-diciembre de 1916, vol. VIII (4) págs. 620-629: julio, 1920, págs. 643-649.
- Castro, Antonio N.: "Campaña de Bolívar." (Partes I y II) "Estudio crítico de las campañas de 1824, de la confederación Perú-Boliviana y del Pacífico hasta la Breña." En *Memorial del Ejército*, Lima, junio,

- 1920, págs. 620-629; julio, 1920, págs. 643-649.
- Castro Silva, José Vicente: “Oración fúnebre en memoria del Libertador.” En el *Diario Oficial*. Bogotá. 17 de diciembre de 1930, págs. 654-656.
- Coll, Pedro Emilio: “Años de aprendizaje de Simón Bolívar.” En *El Universal*, Caracas, 27 de febrero de 1928.
- “Corona de Bolívar”, esbozo histórico. En *Cromos*, Bogotá, 18 de marzo de 1921.
- Correa, Luis: “El Libertador en el Perú.” En el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, abril-junio, 1928.
- Cromos*, Bogotá, 13 de diciembre de 1930, ilustrado. (Número especial)
- Cuervo Márquez, Carlos: “Bolívar en México” En *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, octubre-diciembre de 1928.
- Cultura Venezolana*, Caracas, diciembre, 1930. (Número especial).
- Comercio (El)* Lima, 16, 17, 18 de diciembre, de 1930. (Número especial)
- Comercio (El)*, Quito. (Artículos publicados del 10 al 15 y el 17 de diciembre de 1930, en conmemoración del centenario de la muerte del Libertador.)
- Correo del Orinoco*, 1818-1821, Reproducción en facsímil, París, 1939
- Frías, José D.: “Las relaciones entre Agustín de Iturbide y Simón Bolívar.” En *Excelsior*, México, D. F., 27 de septiembre de 1921.
- Gaceta de Caracas*:. 1808-1818. Reproducción fotomecánica, París, 1939.
- González, Eloy G.: “Los abuelos del Libertador.” En la *Revista de la Sociedad Boliviana*. Bogotá, enero, 1927.
- Guimares, Argeu: “Bolívar y el Brasil” en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas, 31 de diciembre de 1924, págs. 51-68.
- Gutiérrez, José Fulgencio: “Bolívar y su obra” En: Estudio orgánico del Centro de historia de Santander, Bucaramanga, julio, 1931. Págs. E-22; agosto, 1931, páginas, 59-78; octubre, 1931., págs. 107-147.
- Humbert, Jules: “Les origines et les ancêtres du Libérateur Simón Bolívar. Les Bolívar de Biscaye.” Extracto del *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, Nueva Serie, vol. IX, 1912, págs. 1-17.
- Lecuna, Vicente: “Adolescencia y juventud de Bolívar.” En el *Boletín de la Academia General de la Historia*, Caracas, octubre-diciembre, 1930, páginas 446-669.

- Lembcke, Jorge Bailey: "La verdadera Manuelita Saenz." En *El Universal*, Caracas, 9 de septiembre de 1927.
- Leturia, Pedro; "La acción diplomática de Bolívar ante la Santa Sede a la luz del Archivo Vaticano." En *Razón y Fe*, Madrid, diciembre, 1924, págs. 445-460; febrero, 1925, págs, 176-191.
- López de Mesa, L.: "Simón Bolívar y la cultura iberoamericana." Rev. *América*, vol. I. 1945.
- Lozano y Lozano, Fabio.: Bolívar antes de la revolución." En la *Revista de la Sociedad Bolivariana*, Bogotá, enero, 1927.
- Lozano y Lozano, Fabio: "Bolívar, el Congreso de Panamá y la solidaridad americana" En la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Bogotá. 1 de febrero de 1930. Págs. 32-64.
- Martí, José Julián: "Simón Bolívar" En la *Revista de Derecho Internacional*, La Habana, 31 de diciembre de 1930, págs. 212-219.
- Masur, Gerhard: "Simón Bolívar y Alexander von Humboldt." En *Educación*, Bogotá, marzo-abril, 1942.
- Méndez Pereira, Octavio: "Bolívar, orador, pensador y apóstol" En *La Revista Nueva*, Panamá, julio, 1917, págs, 1-15.
- Mijares, Augusto: "El Libertador como político" En el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, enero-marzo, 1929, págs, 14-36.
- Naranjo, Enrique: "Irish participation in Bolívar's campaigns"" En el *Bulletin of the Pan American Union*, octubre, 1925, págs. 1015-1022.
- Pan American Union: *Centenary of the death of the Liberator Simón Bolívar; 1930*. Recortes y discursos preparados por la Unión Panamericana. Washington, D. C., Unión Panamericana, 1931. Un volumen.
- Panhorst, Dr.: "Simón Bolívar und Alexander von Humboldt." En *Ibero-Amerikanisches Archiv*, Berlín, 1930.
- Parra Pérez, C.: "Bolívar y Venezuela." En *Cultura Venezolana*, Caracas abril a junio de 1924, págs, 117-133.
- Parra Pérez, C.: "La dictadura de Bolívar." En *Cultura venezolana*, Caracas, abril a junio de 1924, págs. 5-29, 123.
- Planchart, Julio: "Las Cartas del Libertador." En el *Boletín de la Unión Panamericana*, diciembre, 1930, págs. 1445-1459, con ilustraciones.
- "Relaciones entre Agustín de Iturbide y Simón Bolívar." En *El Porvenir*, Monterrey, N. L., México, 16 de septiembre de 1924.

- Rippy, J. F.: "Bolívar as viewed by contemporary diplomats of de United States," en *His. Am. Hist. Rev.*, vol. XV, pág. 287.
- Rippy, J. F. "The Bolivar Centenary, I, Its, significance." *Bulletin of the Pan-American Union*, octubre, 1930, págs. 993-995.
- Rivas, Raimundo; Bolívar as internationalist." En el *Bulletin of the Pan American Union*, Diciembre, 1930, págs. 1266-1311. Con ilustraciones.
- Shepard, W. R.: "Bolívar and the United States." En *Hisp. Am. Hist. Rev.*, vol. I, núm. 3 pág. 270 ss.
- Vivanco, Carlos A.: "Cronología de la vida del Libertador." En la *Revista de la Sociedad Bolivariana*, Bogotá, enero de 1927 a noviembre de 1936.
- Waters, M.: Bolivar and the Church." En *Catholic Hist. Rev.*, diciembre de 1934.

Índice Onomástico

A

Alvear 479
Anzoátegui 326, 333, 337, 345, 509
Anzuola 380
Aranda 32, 33, 50
Argañil 556
Arisмени 222, 252, 254, 256, 260,
265, 269, 270, 274, 276, 291,
325, 349, 350, 351, 352, 354,
529, 555
Aury 248, 249
Austria 89, 119, 125, 133, 135, 138,
197, 361, 504, 576, 577, 585
Aymerich 394, 395, 396, 402
aztecas 20
Azuero 338, 528, 538, 553, 591

B

Baralt 47, 114, 115, 116, 117, 118,
119, 123, 128, 135, 140, 141,
164, 189, 190, 195, 198, 199,
203, 204, 207, 208, 209, 213,
262, 351, 520, 582
Barreiro 330, 331, 333, 334, 335,
336, 337, 348, 355
Belgrano 231, 410, 411, 412
Andrés Bello 44, 88, 102
Bermúdez 180, 190, 207, 209, 222,
224, 249, 258, 259, 262, 266,
267, 269, 270, 277, 280, 325,
365, 376, 386, 393, 529, 555
Bernadotte 574
Blanco 33, 35, 39, 44, 46, 47, 48, 73,
92, 93, 95, 98, 99, 100, 101, 102,
112, 114, 115, 116, 119, 122,
133, 135, 137, 139, 140, 149,
154, 158, 164, 180, 181, 190,
191, 194, 198, 203, 205, 208,
213, 216, 217, 218, 224, 225,

233, 235, 244, 246, 249, 251,
253, 256, 260, 263, 265, 272,
273, 274, 275, 276, 277, 280,
281, 285, 288, 320, 325, 335,
337, 338, 343, 351, 357, 369,
373, 374, 375, 376, 377, 380,
381, 384, 385, 390, 395, 402,
404, 408, 410, 411, 414, 418,
421, 425, 426, 437, 439, 441,
445, 446, 450, 451, 453, 456,
461, 464, 469, 470, 473, 479,
481, 491, 492, 499, 504, 505,
509, 510, 521, 522, 523, 525,
526, 527, 528, 529, 530, 531,
533, 536, 537, 538, 545, 548,
550, 565, 567, 569, 571, 572,
576, 578, 579, 589, 591, 600

Fernando Bolívar 595, 596
Juan Vicente Bolívar 39, 98, 101
María Antonia Bolívar 494
Bompland 34, 59, 60, 68
Bonaparte 80, 91, 92, 120, 439, 490,
494, 538
Boves 181, 190, 191, 192, 193, 194,
198, 203, 204, 205, 206, 207,
208, 211, 283
Bresson 574
Antonio Briceño 164
Bustamante 536, 537, 541, 543,
544
Byron 491, 492, 599

C

Cagigal 74, 75
Caicedo 580, 582
Caldas 342, 355
Calzada 363
Campbell 299, 528
Campomanes 32
Canning 243, 503, 504, 528

Canterac 443, 459, 461, 462, 463,
468, 469
Carlos III 32
Carlos IV 50, 90, 91
Carujo 557, 558, 559
Casa León 140, 143
Manuel del Castillo 156
Castillo y Rada 550, 560, 580, 581
Castlereagh 103, 104, 244, 502,
503
Catalina 76
Cerveris 180
Choquehuanca 476, 477
Churchill 600
Cochrane 84, 85, 92, 109, 225, 389,
414
Colón 17, 18, 25, 45, 243
Benjamín Constant 571
Ramón Correa 156
Cortés Madariaga 99, 260
Crofton 560

D

Díaz 47, 88, 94, 98, 99, 100, 118,
123, 128, 130, 140, 304, 362,
376, 479
José Domingo Díaz 130
Ducoudray 250

E

Escalona 463, 521
José María España 47

F

Fernando VII 50, 51, 92, 93, 94,
101, 105, 119, 215, 304, 358,
373, 436, 497, 503
Fleming 576
Flores 543, 544, 555, 589, 590
Floridablanca 32

G

Galán 35, 36
José Antonio Galán 35
Gamarra 564

Garaycoa 431
Basilio García 399
Garcilaso de la Vega 29
Girardot 162, 163, 170, 178, 184,
185, 252
Godoy 38, 50, 52, 90
Goethe 65, 236, 432, 520, 599
Florentino González 557
Gual 47
Manuel Gual 47
Guise 444, 445, 446, 449
Gutiérrez de la Fuente 512

H

Hamilton 76, 319
Harrison 575, 576
Heres 442, 475
Herrán 559, 580, 582
Hipólita 42, 531
Hippesley 225, 299, 301, 302
Horment 556, 559, 560
Humboldt 18, 27, 28, 34, 59, 60, 65,
68, 216, 237

I

Infante 521, 522
Iturbide 383, 439, 495

J

Jackson 575
Jefferson 83
Jiménez de Quesada 18

L

Labatut 155, 156
Lafayette 299, 303, 492
La Fuente 89, 93, 96, 447
La Mar 458, 467, 475, 543, 565,
566, 567, 568, 569
Lancaster 111, 470
Bartolomé de las Casas 26
La Serna 415, 451, 458, 459, 460,
466, 467, 468
La Torre 292, 293, 348, 349, 365,
369, 370, 373, 375, 376, 377,

378, 379
Lincoln 247, 484, 599
Liniers 85
López 47, 68, 102, 105, 230, 299,
300, 302, 303, 334, 393, 399,
400, 442, 467, 510, 564, 566,
567, 568, 590, 594
López Méndez 102, 299, 300, 302,
303
Lozano 13, 45, 167, 223, 240, 326,
487, 505, 528
Luis Brion 248
Luis XVI 79

M

Mac Gregor 249, 262, 263, 265
Josefina Machado 250
Mallo 49, 50, 51, 52
Manchester 234
María Luisa 50, 52, 90
Mariño 172, 180, 181, 182, 183,
190, 203, 204, 208, 209, 210,
213, 224, 249, 250, 252, 253,
258, 259, 262, 264, 266, 267,
268, 269, 272, 273, 276, 277,
278, 280, 281, 285, 287, 318,
320, 325, 349, 350, 351, 354,
386, 393, 555
Rafael Diego Mérida 175
Mier 594, 596
Miller 225, 228, 229, 419, 458, 460,
461, 462, 467
Miranda 41, 68, 71, 73, 74, 75, 76,
77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84,
85, 86, 87, 94, 99, 101, 110, 111,
112, 113, 117, 118, 119, 121,
124, 125, 126, 127, 128, 132,
133, 134, 135, 136, 137, 138,
139, 140, 141, 142, 143, 150,
163, 184, 210, 299, 313, 317,
353, 392, 411, 484, 504, 506,
507, 593
Monroe 242, 304, 424, 503, 504
Montesquieu 58, 109, 240, 312,
313, 317, 484

Monteverde 131, 132, 133, 134,
135, 136, 137, 138, 139, 140,
141, 142, 143, 144, 150, 162,
163, 168, 169, 170, 171, 173,
180, 181, 183, 184, 190
Mariano Montilla 88, 359, 549
Tomás Montilla 175
Francisco Morales 181, 190
Morillo 221, 222, 223, 224, 232,
235, 237, 244, 251, 254, 270,
271, 272, 284, 291, 292, 294,
295, 296, 297, 298, 305, 306,
307, 320, 321, 322, 323, 325,
330, 340, 348, 359, 361, 362,
364, 365, 366, 367, 368, 369,
370, 373, 375, 393, 412, 538,
546
Joaquín Mosquera 389, 408, 453,
583
Muñoz Tebar 175
Murgeon 396
Mutis 34, 304

N

Napoleón 52, 56, 57, 58, 60, 61, 62,
63, 64, 65, 68, 70, 79, 82, 86, 89,
90, 91, 92, 94, 96, 103, 107, 108,
118, 121, 134, 136, 142, 144,
149, 166, 167, 171, 178, 179,
186, 192, 197, 199, 206, 221,
227, 229, 232, 235, 236, 244,
257, 313, 314, 339, 410, 456,
484, 485, 493, 494, 495, 496,
498, 502, 574, 584, 586, 587,
599, 600
Antonio Nariño 37, 154, 380, 381
Necochea 462

O

O'Higgins 77, 389, 412, 413, 439
O'Leary 36, 41, 43, 44, 45, 48, 50,
51, 52, 55, 56, 57, 58, 60, 61, 63,
65, 66, 67, 91, 98, 102, 107, 109,
111, 122, 124, 125, 126, 130,
132, 135, 136, 137, 141, 142,

- 143, 144, 155, 156, 157, 158,
159, 160, 162, 164, 165, 167,
168, 170, 173, 174, 175, 176,
177, 178, 180, 182, 183, 190,
191, 194, 198, 200, 202, 203,
204, 205, 207, 208, 213, 215,
216, 217, 218, 219, 220, 228,
229, 230, 232, 234, 235, 236,
243, 245, 248, 249, 250, 252,
253, 254, 255, 256, 257, 258,
264, 265, 266, 267, 268, 270,
272, 273, 274, 275, 276, 277,
278, 280, 282, 285, 287, 288,
302, 320, 321, 322, 323, 324,
326, 327, 328, 329, 330, 332,
333, 334, 335, 336, 338, 341,
342, 343, 344, 347, 348, 349,
350, 351, 352, 354, 355, 358,
360, 363, 364, 365, 366, 367,
368, 369, 372, 373, 374, 376,
377, 378, 379, 380, 381, 383,
384, 385, 390, 391, 392, 394,
395, 396, 397, 398, 400, 401,
402, 404, 405, 407, 408, 409,
410, 416, 424, 425, 430, 432,
436, 437, 439, 442, 443, 446,
448, 449, 450, 451, 452, 454,
455, 457, 458, 460, 462, 464,
465, 466, 468, 469, 474, 475,
476, 477, 481, 482, 490, 491,
492, 499, 510, 511, 513, 514,
519, 520, 521, 522, 524, 525,
527, 529, 532, 544, 548, 565,
566, 567, 570, 573, 576, 598,
606
- Obando 324, 331, 566, 567, 568,
590
- Olañeta 459, 460, 472, 473
- Olmedo 483, 490, 553
- Mariano Ospina 557
- P**
- Padilla 392, 549, 559, 560, 561,
570
- Páez 188, 191, 232, 263, 265, 271,
281, 282, 283, 284, 285, 291,
292, 293, 294, 295, 296, 298,
300, 301, 302, 306, 307, 318,
320, 321, 322, 323, 325, 326,
329, 331, 344, 353, 362, 365,
371, 375, 376, 377, 378, 379,
386, 393, 419, 455, 494, 495,
496, 498, 519, 521, 522, 523,
524, 526, 528, 529, 530, 531,
532, 533, 534, 535, 536, 539,
548, 555, 576, 577, 578, 579,
580, 581, 583, 586
- Paine 76
- Carlos Palacios 44
- Paris 39
- Pedro I 479
- Miguel Peña 141, 521
- Perú de La Croix 566
- Perú de la Croix 52, 302, 552, 598,
606, 619
- Pétion 246, 247, 248, 249, 250, 253,
255, 259, 260
- Pezuela 414, 415, 459
- Piar 180, 209, 210, 224, 249, 252,
253, 260, 262, 263, 265, 266,
268, 269, 270, 272, 275, 276,
277, 278, 279, 280, 285, 287,
319, 530, 561
- Pitt 78, 79, 80, 81, 82, 118, 228
- Pizarro 18, 190, 396, 459, 472
- Popham 85
- Portocarrero 437
- Posada Gutiérrez 527, 538, 551,
567, 569, 578, 581, 582, 583,
588, 589
- Q**
- Quiroga 361
- R**
- Renovales 297
- Reverend 594, 595, 596
- José Félix Ribas 88, 117, 162
- Ricaurte 205
- Riego 361

Riva Agüero 437, 438, 439, 443,
446, 447, 452, 459
Simón Rodríguez 44, 45, 47, 56, 63,
65, 482
Rooke 300, 302, 326, 327, 333, 335
Roosevelt 511
Roscio 380
Rosita Campuzano 430
Rousseau 34, 45, 56, 58, 63, 64, 65,
179, 235, 241, 310, 317, 386,
452, 463, 586

S

Manuela Sáenz 428
Simón Sáenz 428
Salazar 557, 558
Salom 392, 555
Sámano 324, 338, 348, 364
Sánchez Carrión 455, 475
San Martín 149, 170, 231, 232, 264,
304, 339, 372, 373, 383, 389,
390, 391, 392, 395, 402, 403,
405, 406, 407, 408, 409, 410,
411, 412, 413, 414, 415, 416,
417, 418, 419, 420, 421, 422,
423, 424, 425, 427, 430, 431,
437, 439, 440, 442, 446, 505,
540, 593
Santa Cruz 402, 442, 443, 446, 452
Santamaría 389
Santander 156, 159, 224, 275, 284,
297, 305, 323, 324, 325, 327,
328, 329, 331, 332, 334, 335,
336, 337, 338, 341, 344, 345,
346, 347, 348, 353, 354, 355,
358, 360, 362, 363, 364, 365,
366, 371, 381, 385, 386, 387,
391, 392, 393, 394, 395, 396,
397, 398, 399, 402, 403, 404,
419, 422, 423, 425, 426, 439,
440, 447, 448, 450, 452, 453,
454, 464, 465, 473, 474, 478,
480, 482, 494, 496, 498, 500,
506, 507, 508, 513, 519, 520,

521, 522, 523, 524, 526, 527,
528, 529, 534, 535, 536, 537,
538, 539, 540, 544, 545, 546,
547, 548, 549, 550, 551, 552,
553, 554, 555, 556, 557, 560,
561, 562, 570, 583, 586, 588

Sanz 43

Sedeño 278, 377, 379

Solanda 483

Sota 278, 377, 379

Soublette 278, 377, 379

Sucre 39, 40, 57, 81, 133, 211, 233,
273, 280, 358, 359, 373, 387,
392, 393, 394, 395, 396, 397,
401, 402, 403, 404, 419, 422,
431, 433, 436, 439, 440, 442,
443, 446, 447, 448, 449, 452,
455, 456, 457, 458, 461, 463,
464, 465, 466, 467, 468, 472,
473, 474, 475, 476, 478, 482,
483, 487, 496, 498, 513, 529,
533, 563, 564, 565, 566, 568,
573, 579, 581, 583, 584, 589,
590, 593, 595

T

Tagle 421, 443, 444, 445, 450, 451,
455, 459

Thorne 404, 428, 429, 430, 431

Torices 404, 428, 429, 430, 431

Bernardo Toro 404, 428, 429, 430,
431

Camilo Torres 154, 157, 171, 172,
174, 214, 217, 223, 244, 246,
342, 387

Triana 154, 157, 171, 172, 174, 214,
217, 223, 244, 246, 342, 387

Tupac Amaru 154, 157, 171, 172,
174, 214, 217, 223, 244, 246,
342, 387

U

Urdaneta 154, 157, 171, 172, 174,
214, 217, 223, 244, 246, 342,
387

Ustariz 154, 157, 171, 172, 174, 214,
217, 223, 244, 246, 342, 387

V

Valdés 154, 157, 171, 172, 174, 214,
217, 223, 244, 246, 342, 387

Vargas Tejada 154, 157, 171, 172,
174, 214, 217, 223, 244, 246,
342, 387

W

Washington 13, 76, 83, 101, 124,
167, 202, 303, 312, 393, 492,
494, 557, 571, 600

Wellesley 104, 105, 106, 107, 202,
244

Wilberforce 104, 105, 106, 107,
202, 244

Wilson 104, 105, 106, 107, 202,
244

Y

Yanes 104, 105, 106, 107, 202, 244

Ybarra 104, 105, 106, 107, 202,
244

Z

Zaraza 104, 105, 106, 107, 202,
244

Francisco Antonio Zea 260, 318

Zea 249, 250, 260, 272, 304, 318,
319, 350, 351, 352, 353, 357,
358

Zuazola 181

Índice Toponímico

A

Alemania 9, 76, 313, 585

Alpes 65, 189, 338

Amazonas 28, 161, 188, 315, 380,
423

América 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23,
27, 28, 29, 31, 34, 35, 37, 38, 39,
40, 48, 59, 60, 68, 70, 71, 72, 73,
76, 79, 91, 92, 93, 94, 96, 97, 98,
106, 109, 112, 120, 121, 125,
149, 151, 152, 153, 158, 161,
165, 166, 174, 176, 183, 193,
201, 214, 215, 221, 224, 225,
227, 234, 236, 237, 238, 239,
240, 241, 243, 244, 245, 246,
260, 261, 263, 267, 273, 287,
299, 303, 304, 306, 310, 317,
324, 347, 356, 362, 363, 370,
383, 391, 396, 399, 410, 411,
417, 418, 420, 421, 422, 423,
425, 428, 439, 446, 448, 460,

461, 463, 468, 471, 472, 474,
478, 479, 480, 482, 483, 484,
486, 487, 488, 490, 491, 493,
494, 495, 496, 497, 498, 501,
502, 503, 504, 505, 506, 507,
508, 509, 510, 511, 512, 513,
514, 520, 533, 540, 547, 553,
556, 562, 570, 572, 573, 574,
575, 579, 584, 585, 586, 590,
593, 595, 601, 602, 604, 606,
609, 610, 611, 612

Andalucía 97

Angostura 251, 268, 269, 270, 271,
272, 274, 277, 278, 280, 281,
287, 293, 294, 297, 298, 301,
303, 306, 307, 308, 309, 310,
311, 313, 316, 317, 318, 319,
320, 323, 340, 348, 349, 350,
351, 352, 358, 359, 362, 365,
370, 371, 381, 485, 600, 605,
614

Antioquia 340, 342, 364, 569

Apure 188, 225, 275, 284, 285, 286,
 292, 293, 294, 295, 296, 298,
 306, 308, 319, 320, 321, 322,
 326, 349, 359, 362, 378, 386,
 522, 524
 Aragón 18
 Aragua 48, 97, 125, 204, 208
 Arauca 188, 284, 286, 293, 320,
 323, 329
 Araure 199, 200, 201, 202, 203, 211,
 252
 Arequipa 476
 Aroa 55, 588
 Austria 89, 119, 125, 133, 135, 138,
 197, 361, 504, 576, 577, 585
 Aux Cayes 245, 246, 248, 251
 Ayacucho 91, 96, 221, 225, 455,
 467, 468, 469, 472, 481, 487,
 492, 506, 508, 523, 542, 568,
 569, 589, 590, 592

B

Bailén 93, 221, 411
 Barbados 84, 209, 252
 Barcelona 18, 32, 45, 89, 172, 181,
 208, 262, 263, 264, 265, 266,
 267, 268, 269, 309, 430, 491
 Barinas 168, 180, 281, 309, 323,
 548
 Barquisimeto 132, 198
 Barrancas 155
 Barranquilla 220, 593
 Bayona 90, 91, 96, 304
 Berruecos 589, 590
 Bilbao 52, 56
 Bogotá 3, 4, 13, 17, 19, 20, 23, 27,
 28, 30, 34, 35, 36, 37, 41, 45, 46,
 59, 71, 91, 98, 100, 103, 104,
 116, 149, 150, 154, 155, 156,
 157, 159, 160, 167, 188, 197,
 205, 215, 216, 218, 219, 221,
 223, 224, 226, 227, 233, 236,
 239, 245, 248, 262, 263, 275,
 323, 324, 326, 328, 329, 330,
 331, 332, 333, 334, 335, 336,
 337, 338, 342, 343, 344, 346,
 347, 350, 352, 353, 355, 362,
 363, 365, 370, 372, 373, 374,
 376, 380, 384, 385, 387, 388,
 391, 393, 394, 395, 397, 405,
 418, 422, 425, 426, 428, 439,
 440, 442, 447, 448, 453, 458,
 462, 465, 474, 482, 492, 494,
 496, 499, 503, 504, 505, 514,
 519, 520, 521, 522, 523, 524,
 526, 527, 528, 529, 533, 534,
 535, 537, 538, 539, 541, 542,
 544, 545, 548, 549, 554, 555,
 556, 557, 558, 561, 563, 564,
 565, 566, 567, 569, 570, 571,
 573, 574, 576, 578, 580, 581,
 583, 588, 590, 591, 592, 594,
 598
 Bolivia 149, 423, 458, 459, 472,
 477, 478, 479, 480, 481, 482,
 483, 485, 488, 489, 497, 501,
 507, 510, 512, 513, 523, 525,
 532, 533, 539, 564, 572, 591,
 595
 Bomboná 336, 394, 397, 400, 401,
 403, 405, 406, 407
 Bonaire 257, 258
 Boston 17, 68, 575
 Boyacá 138, 303, 324, 331, 333,
 336, 337, 340, 342, 345, 347,
 348, 351, 359, 370, 371, 376,
 378, 379, 391, 402, 424
 Brasil 78, 90, 479, 480, 492, 509,
 510, 514, 592
 Bucaramanga 4, 52, 205, 328, 549,
 551, 552, 554, 555
 Buenaventura 397
 Buenos Aires 17, 18, 21, 28, 29, 35,
 44, 85, 86, 92, 100, 103, 149,
 153, 159, 225, 227, 231, 236,
 281, 288, 355, 389, 410, 411,
 413, 417, 418, 422, 442, 474,
 480, 488, 492, 504, 509, 572

C

- Cabo de Hornos 78, 86, 327, 407, 507
- Cádiz 37, 55, 97, 104, 107, 108, 112, 142, 215, 222, 361, 368
- Calabozo 134, 198, 294, 295, 296, 298, 320, 379, 577
- Cali 4, 397, 399, 428, 614, 618, 620
- Canarias 73, 118, 123, 131, 165, 191, 198
- Carabobo 206, 336, 372, 376, 377, 378, 379, 382, 385, 391, 402, 424, 524
- Caracas 13, 32, 36, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 51, 52, 53, 55, 63, 65, 68, 73, 74, 81, 84, 88, 91, 92, 93, 94, 95, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 123, 124, 126, 127, 129, 130, 131, 132, 134, 135, 136, 137, 138, 140, 142, 151, 152, 153, 155, 160, 162, 163, 164, 165, 167, 169, 170, 171, 172, 173, 175, 176, 177, 178, 180, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 190, 191, 194, 196, 197, 198, 200, 201, 203, 204, 206, 207, 208, 209, 213, 215, 218, 219, 221, 222, 223, 225, 227, 230, 231, 234, 235, 236, 246, 247, 249, 250, 252, 254, 255, 259, 260, 262, 264, 265, 266, 269, 275, 276, 284, 285, 286, 287, 292, 294, 295, 296, 298, 304, 309, 320, 322, 324, 337, 351, 352, 356, 357, 361, 362, 365, 366, 371, 372, 376, 378, 379, 380, 389, 391, 392, 393, 397, 402, 406, 408, 410, 411, 412, 417, 419, 425, 431, 432, 436, 443, 444, 462, 465, 467, 470, 472, 474, 484, 491, 495, 497, 504, 505, 520, 524, 529, 531, 535, 537, 542, 543, 547, 548, 551, 571, 577, 583, 584, 591, 593, 594, 595, 598, 602
- Cariaco 272, 273, 276, 280
- Cartagena 71, 144, 149, 150, 152, 153, 155, 156, 157, 158, 160, 164, 210, 213, 217, 218, 219, 220, 221, 223, 239, 244, 245, 247, 248, 330, 342, 359, 360, 366, 370, 392, 393, 538, 549, 589, 592
- Carúpano 210, 220, 252, 253, 254, 260, 261
- Casanare 188, 323, 324, 327, 328, 329, 589
- Castilla 18, 22, 441, 468
- Chacabuco 413
- Chile 24, 34, 73, 77, 99, 100, 149, 224, 238, 241, 305, 325, 355, 372, 389, 393, 412, 413, 414, 423, 438, 445, 447, 448, 478, 488, 504, 506, 509, 512, 572, 585
- Chimborazo 405, 425, 602
- Chuquisaca 477, 482, 484, 564
- Cobija 481
- Colombia 4, 9, 13, 34, 78, 83, 143, 149, 150, 154, 156, 157, 158, 162, 172, 173, 184, 185, 197, 213, 214, 216, 217, 220, 222, 223, 225, 228, 229, 233, 234, 241, 243, 244, 247, 284, 305, 316, 318, 323, 324, 328, 332, 340, 342, 346, 348, 352, 353, 355, 357, 358, 360, 362, 363, 366, 368, 372, 373, 374, 375, 380, 381, 382, 385, 386, 387, 390, 391, 392, 393, 394, 395, 397, 398, 399, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 426, 427, 436, 437, 438, 439,

442, 447, 448, 452, 453, 454,
 455, 456, 462, 463, 464, 470,
 477, 478, 480, 482, 483, 488,
 493, 494, 495, 496, 498, 499,
 500, 501, 504, 507, 511, 512,
 513, 515, 519, 520, 521, 523,
 524, 525, 526, 527, 529, 532,
 533, 534, 535, 536, 537, 538,
 539, 540, 541, 543, 544, 545,
 547, 548, 550, 551, 553, 554,
 555, 560, 562, 563, 565, 566,
 568, 569, 570, 571, 572, 573,
 574, 575, 576, 577, 578, 579,
 580, 581, 582, 583, 584, 587,
 589, 591, 592, 596, 602
 Coro 85, 101, 115, 116, 124, 126,
 131, 133, 152, 171, 172, 183,
 187, 198, 379, 530, 548
 Cuba 74, 149, 238, 392, 423, 509,
 514
 Cúcuta 143, 156, 157, 158, 325,
 327, 328, 342, 344, 348, 356,
 360, 362, 366, 368, 380, 381,
 383, 384, 385, 426, 495, 501,
 526, 527, 532, 554, 580
 Cuenca 143, 156, 157, 158, 325,
 327, 328, 342, 344, 348, 356,
 360, 362, 366, 368, 380, 381,
 383, 384, 385, 426, 495, 501,
 526, 527, 532, 554, 580
 Cumaná 172, 180, 181, 208, 209,
 252, 253, 262, 263, 266, 280,
 309, 379, 392, 494, 548
 Cundinamarca 154, 162, 215, 216,
 342, 512, 554
 Cuzco 21, 35, 357, 458, 459, 463,
 472, 476

E

Ecuador 30, 32, 100, 149, 217, 222,
 274, 325, 342, 352, 359, 363,
 372, 373, 383, 384, 388, 391,
 394, 396, 397, 398, 399, 402,
 404, 405, 407, 416, 418, 428,
 473, 477, 512, 519, 520, 533,

536, 543, 567, 569, 589
 El Callao 415, 441, 443, 448, 451,
 452, 456, 464, 468, 469, 472,
 498, 592
 El Semen 296, 297
 España 18, 19, 21, 22, 24, 25, 26,
 27, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 38,
 39, 40, 44, 46, 47, 48, 49, 50, 53,
 56, 59, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 78,
 79, 80, 81, 82, 86, 89, 90, 91, 92,
 93, 94, 96, 97, 98, 99, 100, 101,
 103, 104, 105, 106, 107, 108,
 112, 114, 115, 116, 120, 121,
 139, 144, 149, 153, 154, 167,
 184, 187, 192, 193, 206, 211,
 215, 217, 221, 222, 237, 238,
 239, 261, 276, 295, 305, 310,
 315, 318, 348, 358, 361, 362,
 363, 366, 368, 370, 372, 373,
 374, 375, 392, 395, 396, 398,
 410, 411, 412, 414, 416, 425,
 438, 444, 446, 447, 449, 450,
 456, 479, 502, 503, 519, 547
 Estados Unidos 36, 37, 63, 68, 71,
 75, 76, 81, 82, 86, 100, 121, 127,
 192, 193, 203, 246, 247, 260,
 312, 357, 424, 425, 502, 503,
 504, 506, 508, 509, 510, 512,
 514, 561, 575, 586, 592
 Europa 17, 22, 23, 27, 30, 31, 32,
 33, 36, 44, 49, 52, 55, 56, 59, 64,
 67, 68, 70, 76, 87, 89, 91, 96, 97,
 99, 101, 108, 109, 112, 114, 163,
 171, 186, 242, 243, 299, 319,
 353, 357, 381, 410, 416, 421,
 441, 447, 461, 483, 487, 501,
 502, 506, 509, 562, 569, 571,
 573, 588, 599, 602

F

Filadelfia 68
 Florida 36, 81, 82, 193

G

Gibraltar 70, 74, 116

Grafton Square 111

Gran Bretaña 72, 81, 82, 91, 102, 103, 104, 106, 108, 109, 139, 206, 244, 299, 303, 319, 497, 503, 507, 509, 573

Guayanas 78

Guayaquil 227, 372, 373, 375, 392, 394, 395, 396, 397, 399, 403, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 423, 424, 425, 427, 430, 431, 432, 437, 439, 442, 448, 471, 475, 488, 525, 536, 537, 543, 544, 568, 569, 607, 608, 610, 611, 615, 616, 617, 618, 619

Guiria 209, 252, 258, 259, 260, 261

H

Haití 46, 245, 246, 247, 248, 250, 251, 252, 258, 260, 262, 273, 275, 359, 616

Hogaza 293, 294

I

Inglaterra 32, 36, 46, 49, 50, 52, 58, 70, 71, 72, 73, 76, 78, 79, 80, 81, 82, 85, 86, 89, 91, 94, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 112, 144, 149, 192, 241, 243, 244, 253, 286, 301, 357, 363, 411, 425, 445, 480, 496, 497, 502, 503, 504, 507, 508, 509, 574, 575, 576, 592

Italia 49, 56, 62, 65, 67, 68, 70, 76

J

Jamaica 63, 74, 220, 225, 234, 237, 239, 242, 243, 244, 247, 248, 260, 310, 313, 324, 364, 389, 504, 505

Jauja 459, 460, 461, 463, 464, 466

Juanambú 399, 400

Junín 303, 462, 463, 464, 490, 492, 592, 602

L

La Guayra 39, 47, 55, 91, 92, 94, 98, 100, 118, 137, 140, 141, 142, 144, 165, 170, 183, 184, 203, 254, 379, 576, 598

La Habana 28, 34, 48, 75, 493

La Paz 92, 165, 393, 473, 474, 478, 510

Las Antillas 244

Lima 20, 28, 30, 35, 59, 216, 227, 233, 342, 355, 356, 357, 372, 389, 395, 406, 408, 411, 412, 414, 415, 416, 420, 421, 422, 430, 431, 437, 438, 439, 440, 441, 443, 444, 445, 446, 447, 449, 451, 456, 458, 463, 464, 465, 469, 470, 472, 473, 475, 476, 482, 488, 491, 499, 500, 505, 508, 510, 522, 523, 524, 526, 527, 535, 536, 539, 541, 542, 562, 563, 565, 569

Londres 34, 37, 76, 80, 81, 83, 94, 101, 102, 103, 104, 107, 110, 111, 112, 113, 115, 140, 173, 202, 225, 244, 262, 264, 284, 288, 299, 302, 357, 358, 434, 445, 470, 503, 504, 575

Los Andes 161, 162, 168, 171, 186, 188, 197, 222, 237, 263, 284, 285, 325, 329, 330, 332, 348, 372, 407

M

Madrid 18, 21, 22, 24, 26, 27, 29, 30, 32, 37, 38, 39, 40, 44, 48, 50, 55, 56, 74, 88, 90, 91, 93, 96, 99, 117, 150, 162, 167, 188, 190, 215, 221, 222, 225, 234, 235, 284, 304, 327, 359, 361, 362, 373, 389, 410, 413, 416, 437, 442, 477, 481, 487, 505, 600

Maipú 414

Maracaibo 34, 101, 115, 116, 126, 131, 136, 171, 172, 187, 360,

364, 366, 367, 374, 375, 377,
383, 387, 530, 538, 598
Maracay 254
Margarita 180, 209, 222, 250, 251,
252, 259, 260, 262, 267, 271,
275, 291, 292, 309, 320, 350,
359, 360
Mariquita 588
Maturín 278
Mendoza 412, 420, 510, 618
Mérida 116, 160, 163, 167, 175,
178, 187, 366, 367
Meta 188, 286, 359
México 13, 20, 21, 23, 24, 27, 28,
29, 48, 59, 72, 92, 100, 103, 149,
165, 227, 230, 238, 241, 249,
260, 373, 383, 389, 390, 406,
407, 504, 505, 506, 507, 509,
572

Miraflores 414
Mompox 218, 219
Monte Sacro 66
Montevideo 92, 479, 480
Mosquiteros 198

N

Nápoles 23
Neiva 342, 345
Nicaragua 81, 244
Nueva Granada 20, 29, 34, 35, 73,
80, 100, 116, 144, 149, 150, 151,
152, 154, 156, 158, 162, 167,
173, 174, 210, 214, 215, 216,
220, 233, 238, 241, 251, 263,
270, 274, 281, 284, 304, 305,
309, 318, 323, 324, 325, 326,
327, 328, 329, 330, 331, 332,
333, 334, 337, 338, 340, 342,
343, 344, 346, 347, 348, 349,
351, 352, 353, 355, 359, 360,
362, 364, 368, 375, 381, 384,
396, 412, 477, 512, 519, 522,
533, 535, 536, 538, 545, 569,
577, 580, 581, 582, 585, 589,
591, 598

Nueva York 13, 18, 19, 20, 22, 28,
44, 48, 62, 68, 76, 82, 425, 505,
510, 575, 600

O

Ocaña 96, 156, 157, 213, 218, 529,
534, 549, 550, 551, 552, 553,
554, 572
Orinoco 18, 28, 59, 131, 161, 185,
188, 225, 231, 251, 252, 254,
261, 263, 264, 265, 266, 267,
268, 269, 270, 271, 272, 273,
274, 275, 276, 277, 284, 286,
288, 291, 292, 293, 298, 300,
303, 304, 306, 308, 315, 320,
323, 325, 348, 349, 357, 358,
359, 371, 387, 455, 479, 511,
519, 548, 571

P

Paipa 336
Pamplona 342
Panamá 81, 155, 243, 244, 324, 364,
373, 389, 390, 391, 392, 396,
501, 505, 506, 508, 509, 510,
511, 512, 514
Pantano de Vargas 334, 335
Pasco 460, 461
Pasto 279, 394, 396, 397, 398, 399,
401, 402, 403, 404, 419, 427,
436, 527, 567, 568, 590
Patagonia 73
Patía 399
Pativilca 449, 450, 453, 482, 600
Paya 331
Perú 20, 23, 29, 34, 35, 52, 73, 100,
149, 216, 222, 238, 241, 263,
274, 302, 305, 325, 372, 373,
389, 390, 391, 394, 395, 402,
405, 407, 408, 409, 410, 411,
412, 413, 414, 415, 416, 417,
418, 419, 420, 421, 422, 424,
425, 430, 436, 437, 438, 439,
440, 441, 442, 443, 444, 445,
446, 447, 448, 449, 450, 451,

452, 453, 454, 455, 456, 458,
 459, 460, 461, 462, 464, 465,
 466, 467, 468, 469, 470, 471,
 472, 473, 474, 476, 477, 478,
 482, 483, 488, 498, 499, 500,
 501, 505, 506, 507, 511, 512,
 513, 525, 530, 532, 533, 535,
 536, 537, 539, 541, 543, 550,
 552, 563, 564, 565, 566, 568,
 579, 585, 598

Pichincha 392, 402, 403, 405, 406,
 407, 408, 473, 568, 569, 602

Pisba 332, 333

Popayán 227, 342, 363, 397, 398,
 399, 401, 403, 404, 527, 567,
 576

Port au Prince 246, 248, 259

Portugal 22, 86, 89, 90, 410, 503

Potosí 227, 233, 274, 357, 406, 437,
 457, 473, 478, 479, 496, 511,
 571

Prusia 89, 361, 504, 513

Puerta 52, 203, 204, 206, 296, 297,
 379

Puerto Cabello 84, 132, 133, 136,
 137, 138, 140, 142, 143, 160,
 165, 169, 170, 171, 172, 183,
 184, 187, 190, 198, 199, 202,
 203, 254, 255, 338, 379, 419,
 455, 529, 530

Puerto Rico 101, 115, 116, 117, 149,
 238, 250, 258, 392, 493, 509,
 514, 547

Q

Queseras 322

Quito 21, 23, 34, 59, 165, 227, 342,
 352, 356, 357, 360, 371, 380,
 388, 394, 395, 396, 397, 399,
 401, 402, 403, 404, 406, 407,
 408, 409, 416, 417, 418, 424,
 427, 428, 429, 431, 436, 458,
 474, 483, 484, 502, 519, 520,
 525, 527, 542, 565, 568, 590,
 591

R

Río Hacha 363, 364

Roma 65, 66, 179

Rusia 76, 89, 503, 504

S

San Carlos 141, 169, 377, 542, 558

San Fernando 293, 294, 296, 298,
 301

San Mateo 39, 45, 53, 54, 55, 204,
 205, 380

San Pedro Alejandrino 594, 597

Santa Ana 368, 369, 370, 371, 372,
 375, 377, 450

Santa Marta 154, 155, 217, 219,
 220, 222, 360, 363, 364, 366,
 367, 588, 594, 595, 597, 598

Santiago 24, 29, 34, 44, 86, 99, 180,
 393, 410, 412, 413, 414, 441

Santo Domingo 39, 79, 83, 84, 250,
 538

Sicilia 23

Socha 333

Socorro 340, 342

Sogamoso 334, 336

Suecia 76, 574

T

Tarqui 568

Tenerife 155

Texas 82

Trinidad 41, 46, 84, 85, 92, 180,
 209, 252, 393

Trujillo 116, 160, 163, 167, 187,
 366, 367, 368, 441, 443, 444,
 447, 457

Tucumán 412

Tunja 154, 156, 163, 213, 214, 216,
 331, 336

Turbaco 219, 589

V

Valencia 13, 22, 124, 125, 126, 129,
 132, 133, 135, 169, 170, 187,

197, 199, 204, 205, 207, 236,
 295, 296, 298, 378, 379, 380,
 522, 531, 577, 599
 Valle del Cauca 397, 567
 Valparaíso 411, 448
 Venezuela 23, 36, 37, 39, 40, 43, 44,
 46, 47, 48, 55, 59, 61, 66, 68, 83,
 84, 85, 87, 88, 91, 92, 93, 94, 96,
 99, 101, 103, 105, 106, 107, 108,
 111, 112, 114, 115, 116, 117,
 118, 119, 120, 121, 122, 123,
 124, 127, 128, 129, 131, 132,
 137, 138, 139, 143, 144, 145,
 150, 151, 152, 153, 154, 155,
 156, 157, 158, 159, 160, 162,
 167, 170, 171, 172, 173, 174,
 176, 178, 179, 180, 181, 182,
 184, 185, 187, 188, 189, 190,
 191, 193, 194, 195, 196, 197,
 201, 202, 203, 207, 208, 210,
 211, 213, 214, 215, 217, 218,
 220, 221, 222, 225, 231, 238,
 241, 247, 249, 250, 251, 253,
 254, 255, 259, 260, 261, 262,
 264, 265, 267, 270, 271, 275,
 277, 279, 280, 281, 284, 287,
 291, 295, 299, 301, 303, 305,
 307, 309, 310, 311, 312, 313,
 315, 316, 317, 318, 319, 324,
 325, 326, 328, 329, 340, 342,
 343, 344, 347, 348, 349, 351,
 352, 353, 355, 356, 359, 360,
 367, 368, 371, 372, 375, 377,
 379, 380, 381, 382, 384, 386,
 389, 391, 392, 438, 441, 470,
 477, 481, 494, 512, 519, 520,
 521, 522, 523, 526, 528, 529,
 530, 532, 533, 534, 535, 537,
 543, 544, 547, 548, 549, 569,
 577, 578, 579, 580, 581, 583,
 588, 589, 591, 595, 598
 Victoria 135, 139, 170, 187, 197,
 200, 456, 468
 Viena 57, 76, 511
 Villa del Rosario 344

W

Washington 13, 76, 83, 101, 124,
 167, 202, 303, 312, 393, 492,
 494, 557, 571, 600

El presente libro se termino de imprimir en los Talleres de Luar
Comunica Ltda. El 25 de septiembre de 2008 a los 180 años de la
Noche Septembrina en donde la reacción atenta contra la vida
de Simón Bolívar.